



Historia de las Religiones del Mundo

Comentario [LT1]:

El concepto de trascendencia en la historia de la humanidad

Hagamos un poco de ciencia ficción y supongamos que un investigador galáctico desciende al planeta Tierra en el que se ha extinguido la raza humana: a través de las ruinas se dispone a estudiar la conducta del hombre comparándola con la de los demás seres vivos. Deduce que el *Homo sapiens sapiens*, como todas las demás especies vivas, nació, creció, se reprodujo y murió; que, como casi todas las especies animales, aunque con una tecnología más evolucionada, construía sus cubículos; como muchas de ellas tenía una organización gregaria y jerárquica y sólo como algunas pocas fabricaba instrumentos, investigaba el funcionamiento de la naturaleza y diseñaba estrategias de preservación personal y de utilización de los recursos en favor del clan.

Aparentemente fue el único que se planteó algo tan inconsistente e intangible como la trascendencia. El hombre no sólo buscaba comida y comía; no sólo buscaba pareja y se apareaba, y establecía una vivienda elaborada como cubículo y se refugiaba en ella; no sólo establecía relaciones de dominio y sumisión entre los suyos y los animales y plantas de su entorno; y, en el ámbito de estas relaciones, no sólo comerciaba y guerreaba.

En la Tierra desierta quedan ciudades, mercados, comercios y edificios bancarios, entre otras innumerables huellas del paso y la acción del hombre en el planeta. Quedan lugares de encuentro y discusión, cines, teatros, salas de fiestas y cosos deportivos con taquilla en la entrada. Pero también quedan edificios singulares, aparentemente sin sentido, como lugares de encuentro social y sin taquilla en la entrada, aunque con muros (a veces defensivos) y puertas: son los templos.

¿Por qué, para qué el hombre erigió esos edificios no utilitarios y carísimos, de arquitectura casi siempre pionera con relación al tiempo en que fueron construidos? ¿Sólo para demostrar el poder de la clase clerical que los mandó construir? ¿Qué se encuentra en el interior de esos templos, sino espacios libres y, en todo caso, artes decorativas, y a veces altares y muebles obviamente pensados para que un humano se prosterne con menos incomodidad? ¿Para qué tanto dispendio y fastuosidad si en todo lo demás, excepto en la

poesía, el *Homo sapiens* era una de las especies más depredadoras, asoladoras y utilitaristas?

Las cuestiones que se planteará el antropólogo galáctico serán sorprendentes y, sin duda, la respuesta que dará, si no conoce la *trascendencia* (cosa difícil puesto que realiza sus investigaciones en las estrellas), será la perplejidad más impenetrable. ¿Era el hombre tan goloso, tan voraz de vida que no le bastaba con aquella de la que gozaba, sino que pretendía otra después de la muerte; o esa vida le resultaba tan penosa que sólo le quedaba como consuelo el refugio en la esperanza de una vida posterior mejor y llena de placeres? ¿Tan orgulloso era que pretendía la inmortalidad, a pesar de la fragilidad de su estructura corporal y de la limitación de su capacidad cognitiva? ¿Tan infantil, a pesar de tan inteligente, que pretendía comprar a los dioses unos atributos exclusivamente sobrenaturales, arrebatar para sí una esencia metafísica? ¿Y para ello rezaba, se mortificaba, peregrinaba, se reunía en multitudes orantes, cumplía mandamientos, daba limosnas, se ejercitaba en la donación desinteresada a los demás? ¿Eran realmente desinteresadas las conductas éticas de los seres humanos, regidas por ideas religiosas convertidas en principios de vida?

Volvamos a nuestro siglo XXI: en el planeta Tierra y a la altura de nuestros conocimientos, el fenómeno de la trascendencia es en apariencia exclusivo de la humanidad. Y tan difícil de definir que se ha dicho que cualquier explicación del fenómeno religioso está necesariamente viciado por las ideas preconcebidas de quien intenta realizarla. Se puede describir sin riesgo, quizás, como una realidad social que liga ("re-liga", éste es el origen de la palabra "religión") a cada una de las personas íntimamente con el entorno social donde surge un determinado sistema de creencias; casi siempre da sentido a un sistema cultural tan amplio como se quiera y que implica a diversos conjuntos de grupos humanos étnica y geográficamente afines. Un fenómeno, además, capaz de propagarse y de ser utilizado como instrumento de cohesión política interna así como de expansión externa, de cariz netamente imperial.

Ésta es la historia del hombre en su inquietante dimensión espiritual, la aventura del robo del fuego sagrado, la manzana comida del árbol de la ciencia del bien y del mal, el osado aldabonazo propinado a las puertas del Olimpo, del cielo, del Paraíso, en suma, del que aparentemente fue expulsado en los tiempos primeros y al que siempre tercamente pretendió regresar.

El culto en el Paleolítico

Si el hombre prehistórico fue "religioso", es un misterio para nosotros porque sus mensajes, en caso de que hayan conseguido llegar hasta hoy, lo han hecho truncados por el tiempo, la ruina, el saqueo... y el silencio.

Tal vez hace decenas de miles de años uno de nuestros ancestros celebró un complejo ritual de ofrenda, durante el cual colocó en el suelo una piedra y puso encima de ella una corteza vegetal pintada de ocre, y en su interior una víscera asada de un animal recién cazado. A quién iba dirigida la ofrenda, en qué consistía y, sobre todo, por qué y cómo se realizó, no lo narran los restos fósiles que nuestros científicos recogen, estudian, clasifican y guardan en museos. Los gestos y la palabra del ancestro, la víscera, la bandeja y hasta la propia memoria del dios..., todo ha desaparecido. Y por lo que se refiere a la piedra, sólo el ojo experto de un arqueólogo puede distinguirla de las demás piedras que afloran durante la excavación.

Es decir, que sabemos poco más que nada.

Aun así, resulta seductora la idea de introducirnos en el silencio y el asombro que suscita la contemplación de los restos no utilitarios de nuestros antepasados más remotos. Porque en un entorno de absoluta supervivencia en el que ellos tuvieron que moverse necesariamente, cualquier manifestación que no implique mera utilidad nos parece indicar una voluntad de trascendencia.

En nuestros días se ha conseguido asentar una certeza sobre operaciones de culto religioso y sobre un armazón de creencias entre los seres humanos primitivos. Sabemos, por ejemplo, que el hombre de Neanderthal tenía comportamientos que iban más allá del beber y el comer, que amasaba bolas, recogía fósiles y ocre, y ocultaba a algunos de sus muertos...; quedan vestigios de un cierto "culto" a las osamentas, quizás al oso, han llegado hasta nosotros colmillos perforados para llevar colgados a modo de trofeo... Pero de ahí no es posible deducir ideas precisas sobre el modo de pensar -religioso o no- de la Prehistoria, so pena de dar por verdad sentada lo que en realidad nunca sucedió o, si sucedió, fue por otros motivos o de otra manera. Dicho de otro modo, esto sólo añadiría nuevas incertidumbres a lo de por sí ya confuso de sobras.

En cambio, a partir del Paleolítico superior (entre 30000 y 9000 antes de nuestra era) se abre para la humanidad la nueva etapa de la figuración gráfica. El hombre del caballo y del bisonte deja ya miles de figuras que, sin ser textos, constituyen vestigios de una literatura oral que puede ser tratada como tal.

El arte religioso prehistórico

Pinturas calladas durante milenios

Arte, abstracción, orden

La religión en la Edad de Piedra

El arte rupestre conocido

Breve cronología del arte religioso prehistórico

Pinturas calladas durante milenios

Como un eco lejano, suspendido en el tiempo y de repente percibido, el arte prehistórico conservado en abrigos naturales hoy nos sigue atestiguando que sus autores percibieron lo trascendente.

Las pinturas rupestres son como un decorado sin texto teatral en un escenario vacío sólo iluminado por las débiles luces de la conjetura; no hay vestuario, ni partitura musical ni siquiera un triste programa de mano, nada: sólo nos quedan el decorado y el silencio de siglos.

Ni siquiera conocemos a ciencia cierta cómo debemos aplicar la palabra "religión" a un "santuario" que consiste en un abrigo natural decorado con grabados y pinturas de las que sólo conocemos su antigüedad aproximada, y, en algunas ocasiones, la composición del colorante.

En cuanto al artista, sólo podemos ceñirnos a las manifestaciones y preocupaciones que, en apariencia, sobrepasen el orden natural de la mera subsistencia. Argumentos como la prolongación de la especie o un zozobrante asombro frente al misterio de la muerte son todavía terrenos más oscuros, más conjeturales, por lo que más inciertas serán las conclusiones. Nos movemos en un mundo de sombras lejanas.

Arte, abstracción, orden

Las primeras muestras de arte paleolítico europeo fueron descubiertas en el último tercio del siglo XIX en Francia y Suiza (1878) y en Altamira, España (1879). Las discusiones que siguieron a los descubrimientos dieron pie a reconocer en la humanidad en general, y a la prehistórica en particular, un rasgo fundamental: el origen común de la religión y el arte. Incluso en las obras menos figurativas y más despojadas de contenido religioso, el artista es el creador de un mensaje mediante el cual, a través de las formas, pretende llenar la necesidad individual y social de un punto de inserción en el mundo móvil y aleatorio que le rodea.

Por lo que respecta al arte, el Paleolítico abarca, en general, tres categorías de temas: animales, seres humanos y signos. Los signos son muy numerosos y están presentes en todas las cavernas descubiertas.

En los signos, la fantasía contemporánea, muchas veces disfrazada de ciencia prehistórica, ha querido ver trampas de caza, trampas-choza para cazar espíritus, armas o trofeos conmemorativos. Sin embargo, análisis estilísticos y estadísticos rigurosos invitan más bien a pensar en la hipótesis de que los signos fueran símbolos de carácter sexual masculino y femenino, y de que se trataría, por tanto, de la explicitación de una primera percepción de la dualidad y la síntesis.

En las pinturas rupestres, la representación de animales heridos ha sido un "argumento" en favor de una interpretación mágica de las escenas, según la cual, los humanos de la Edad de Piedra remota herían la imagen de los animales para asegurarse el éxito de la caza. Pero un recuento de los animales pintados en las poco más de 125 cuevas que se conocen en el mundo, con más de 2 500 figuras, demuestra que los animales heridos representan sólo el cuatro por ciento de todos los animales representados, lo cual no significa, por supuesto, que los primitivos renunciaran al 96 por ciento de sus expediciones de caza, o que en ellas fracasaran en la misma proporción. Sin magia, el arte paleolítico pierde absolutamente cualquier carácter utilitario y pasa a ser sólo manifestación del espíritu: arte.

Y por otra parte, las pinturas de las cavernas muestran un mundo auténticamente organizado. No percibimos al detalle un sistema simbólico, pero sí advertimos que el conjunto se apoya en representaciones cuya disposición supone un pensamiento más allá del prejuicio que sobre él nos habían transmitido los teóricos.

¿Es posible "animar" el legado del hombre de las cavernas sin introducir en él elementos modernos? Una vez adquirida la certeza de que existe una organización de conjunto, podemos realizar un análisis de los temas tratados y buscar indicios de su relación mutua.

La religión en la Edad de Piedra

Como en todas las religiones perdidas, la religión de la Edad de Piedra nos ha llegado a través del arte conservado. En él encontramos, tras los símbolos de personajes humanos o animales, una determinada concepción del orden universal. Innumerables religiones utilizaron figuras masculinas y femeninas como elemento central. El arte paleolítico contiene también esa representación con el añadido de un emparejamiento estadístico constituido por el bisonte y el caballo, o por una pareja de bisontes y una pareja de caballos que parecen representar dos grupos complementarios. Interviene a menudo un tercer animal (mamut, ciervo, cabra).

No sería difícil encontrar esquemas mitológicos en los que la combinación binaria de personajes entra en relación con un tercero. Pero esa vinculación dinámica escapa a nuestra comprensión; por mucho que la fórmula se repita cientos de veces en las cavernas, lo único que afirma es la existencia de un sistema de representación sólidamente establecido. Lo

único que podemos constatar, aparte de un principio general de complementariedad entre símbolos de distinto valor sexual, es que las representaciones recubren un sistema extremadamente complejo y rico, una mitología que, a partir del año 12000 antes de nuestra era, quizás se prolongó evolucionando hasta tiempos posteriores, quizás incluso de un modo u otro hasta nuestros propios días..., pero cuyo contenido siempre desconoceremos.

El arte rupestre conocido

Si los primeros vestigios humanos se remontan a unos 2,3 millones de años, hasta hace unos 40 000 nuestros antepasados proliferaron en el planeta Tierra como una especie más de mamíferos depredadores, en apariencia sin proyectos trascendentes. A partir de esa fecha, las balbucientes manifestaciones artísticas de algunos especímenes humanos nos invitan a pensar que habían dado el paso hacia la comprensión de algo trascendente más allá de las tareas cotidianas de la comida, la protección del grupo y la procreación instintiva.

Ciñéndonos a esas fechas, el arte rupestre (grabados, pinturas y relieves en las cavernas) se difundió casi exclusivamente en la Europa atlántica, aunque también (en menor abundancia) en el interior de las penínsulas Ibérica e Itálica, Rumania y Rusia; en Asia sólo hay vestigios en el sur de Siberia; las pinturas de África no pueden fecharse con seguridad, y en América y Oceanía no se conocen. El núcleo principal se extiende por la región francocantábrica, desde el oeste de las tierras asturianas, continuando por Cantabria, los Pirineos y la margen derecha del Ródano.

Aunque existen representaciones figurativas en rocas al aire libre o en entradas de abrigos, las mejores creaciones se encuentran en el interior de las cuevas, en algunos casos en zonas muy alejadas de la entrada, para lo cual los artistas tuvieron que ayudarse de luz artificial proporcionada por lamparillas de arenisca (algunas decoradas) alimentadas con grasa animal. Los científicos han clasificado los estilos y la cronología a partir de diversos hallazgos.

Breve cronología del arte religioso prehistórico

-35000 a 30000: primeras manifestaciones decorativas muy simples: Arcy-sur-Cure, Laugerie-Haute (Francia).

-30000 a 25000: primeros grabados sobre piedra, toscas representaciones animales, símbolos femeninos y abstractos: Cellier (Francia).

-25000 a 18000: representaciones de especies animales reconocibles en accesos a las cuevas: Pair-non-Pair (Francia).

-17000 a 13000: pinturas de animales con volumen, todavía en las bocas de las cavernas, aunque alguna, como en Lascaux, ya en el interior.

-13000 a 10000: perfección de proporciones y movimiento: Lascaux (Francia), Altamira (España).

-10000 a 8000: representaciones muy realistas y con movimiento, animales en grupos y en distintas actitudes: Limeuil (Francia).

-8000 a 6000: en el Levante español se representan actividades cinagéticas humanas en cuevas de Cádiz, Jaén, Almería, Murcia, Albacete, Cuenca, Teruel, interior de Valencia, Castellón, Tarragona y Lérida.

En Mas d'Azil (Francia) y en otros yacimientos se encuentran cantos de piedra pintados: se han relacionado con los churinga australianos, "piedras del alma" de los antepasados que cada tribu guardaba como patrimonio sagrado.

Los ritos funerarios prehistóricos

Huellas de ritos funerarios prehistóricos

Emoción y culto

Los primeros cementerios

Glosario fundamental de la religión prehistórica

Cronología del pensamiento trascendente en la prehistoria

-35000 a -8000

-8000 a -5000

-5000 a -3000

Huellas de ritos funerarios prehistóricos

Los ritos funerarios tienen un significado claramente religioso, ya que son, en primer lugar, una respuesta elaborada a la constatación del hecho de la muerte -una reflexión trascendente- y una exaltación de la memoria de los muertos.

El culto a los muertos de las comunidades humanas primitivas implica la presencia de la conciencia de la muerte, probablemente la creencia en los espíritus de los muertos y en una comunidad de difuntos, y casi con toda seguridad, una concepción de la muerte como una prolongación de la vida con unas necesidades más o menos similares a ésta.

Los enterramientos rituales prehistóricos, en los que se ataviaba al difunto con su ajuar, adornos y los atributos de que había gozado en vida, debían de tener ese significado, si no nos empeñamos en creer que sus coetáneos quisieran enterrar con el difunto todo rastro o recuerdo que de alguna manera prolongara la memoria de su presencia entre los vivos; de hecho, todavía nosotros adornamos a nuestros difuntos de esa manera siempre que es posible.

Por cierto, los adornos más usuales debieron de ser los dientes de animales, las conchas y, sobre todo, los caninos de ciervos, éstos tan apreciados que hasta se hicieron imitaciones talladas en cuernos de reno, como se descubrió en un enterramiento de Arcy-sur-Cure, en Francia.

Que algún tipo de culto o trato ritualizado a los muertos fuera ya una realidad en la prehistoria espiritual de nuestros antepasados remotos es un hecho constatado por el hallazgo y estudio de los cadáveres primitivos depositados en las fosas, tendidos o muchas veces en posición fetal, y según rituales tan diversos y tan diversamente emocionales como lo puedan ser hoy en día en las dispares culturas que subyacen a la especie humana común.

Emoción y culto

En el yacimiento de Sungir, cerca de Vladimikov, en Bielorrusia, bajo una gran losa de piedra sobre la que se había colocado un cráneo de mujer apareció el cadáver de un hombre de unos cincuenta años que había sido depositado, en el momento de su enterramiento, sobre un lecho de brasas incandescentes; veinte brazaletes hechos con colmillos de mamut cubrían sus brazos y sobre su pecho se había colocado un collar de dientes de zorro y un colgante de piedra.

En Grimaldi (Liguria, Italia) existe la llamada Cueva de los Niños, donde se encontraron los restos de una mujer adulta y de un adolescente. La posición forzada de los esqueletos indica que fueron enterrados juntos, metidos en un saco de cuero: ¿una historia de

sentimientos proyectada al más allá? Sí, en cualquier caso y bajo cualquier interpretación, novelesca o no.

En la necrópolis de Bögenbakken, en Dinamarca, fechada en el 5300 antes de nuestra era, se encontró una doble tumba que contenía el cadáver de una mujer muy joven y, a su lado, el de un recién nacido varón que reposaba sobre un ala de cisne.

Otro hallazgo sobrecogedor fue el del enterramiento triple descubierto en una fosa poco profunda en Dolni-Vestonice (Checoslovaquia), con los restos de tres individuos de entre 17 y 23 años. Todos estaban orientados con la cabeza hacia el sur. El del centro correspondía a una mujer con graves malformaciones y con vestigios de un feto en las proximidades de su pelvis. El de su izquierda, depositado boca abajo, tenía uno de sus brazos apoyado en la joven, como si estuviera protegiéndola. Tanto él como su compañero, colocado al otro lado de la mujer, presentaban signos de muerte violenta. En el momento del enterramiento, la estructura había sido cubierta con maderos y posteriormente incendiada y cubierta con tierra.

Los primeros cementerios

En el Neolítico, a partir del octavo milenio antes de nuestra era, se fueron imponiendo las sepulturas colectivas, situadas en zonas alejadas de las aldeas, al modo de nuestros cementerios.

En lugares tan dispares como Biblos (Fenicia, cerca del actual Beirut), el Tigris medio o la meseta de Irán, los cadáveres se enterraban en grandes tinajas de cerámica común, pero de grandes dimensiones, como las utilizadas para almacenar el grano. También hubo, sobre todo en una amplia zona de la Europa central, sepulturas individuales, rodeadas o cubiertas de losas, o señalizadas por túmulos de grandes piedras.

Y la creencia en el más allá se tradujo cada vez con mayor firmeza en el incremento de la riqueza de las ofrendas y los ajuares funerarios.

El culto a los muertos se constata progresivamente, hasta el inicio de la historia propiamente dicha, en los rituales de conservación de los cráneos, práctica de la que se tiene constancia en Jericó (Palestina) y en Hacilar (Anatolia). Se han encontrado cráneos alineados sobre piedras llanas, posiblemente expuestos a la veneración de los vivos.

Estas y muchas otras inquietudes aparentemente funerarias culminaron con la construcción de grandes moles pétreas, llamadas megalitos (como los menhires, los dólmenes o las alineaciones pétreas de Stonehenge) cuyo origen y significado todavía no son plenamente conocidos, pero que, en cualquier caso, constituyen los primeros monumentos funerarios que fueron construidos por la mano del hombre y que han llegado más o menos intactos hasta nuestros días.

Glosario fundamental de la religión prehistórica

Ashdown: Localidad británica, en Berkshire, donde se conserva un enorme complejo megalítico con más de ochocientos megalitos situados en un paralelogramo de 250 por 500 metros de lado.

Bachler, Emil: Estudiante suizo que investigó las cuevas de Drachenloch y Wildenmannisloch, donde se hallaban enterramientos de huesos de oso. Ello demuestra que, al igual que algunas culturas de cazadores árticos, el ser humano daba sepultura ritual a los animales que le servían de sustento, probablemente para garantizar su regreso a la vida para continuar el ciclo.

Carnac: Enclave bretón donde se halla uno de los alineamientos más famosos de la cultura megalítica.

Childe, Gordon: Teórico que postuló una religión megalítica general extendida en Europa gracias a los colonizadores mediterráneos.

Chu-ku-tien: Yacimiento arqueológico en China, donde se han encontrado cráneos y mandíbulas inferiores enterrados por razones desconocidas. Es el enclave funerario más antiguo conocido y se remonta a entre trescientos y cuatrocientos mil años.

Crómlech: Monumento funerario megalítico similar al dolmen. Consistía en un círculo de piedras, a menudo con un dolmen en el centro.

Culto a los cráneos: Tipo de enterramiento frecuente en el Neolítico, al menos en Oriente Próximo. Las cabezas tenían los rasgos faciales sobremodelados con arcilla u otras sustancias, y se enterraban acompañadas de estatuillas, armas y otros objetos. El culto debe probablemente su origen a la creencia ancestral de que el alma está localizada en el cráneo.

Diosa Madre: Deidad principal y común a casi todas las culturas neolíticas. Se la representaba en figurillas de arcilla o en pinturas que adornaban los sepulcros. Ello hace pensar en la existencia de una relación entre el culto a los muertos y el culto a la fecundidad, dado el carácter cíclico de la sociedad agrícola del Neolítico.

Dolmen: En la cultura megalítica europea de las zonas preceltas, cámara funeraria sencilla compuesta por varias piedras verticales sin tallar y una piedra enorme como techo.

Gran Diosa: Divinidad femenina y protectora de los muertos, similar a la Diosa Madre neolítica, que prolifera en casi todas las culturas megalíticas en Europa.

Hacilar: Cultura neolítica de Anatolia en la que los muertos eran enterrados en subterráneos adornados con pinturas y esculturas de dioses, especialmente de la Diosa Madre.

Hal Saflieni: Gran necrópolis del período megalítico, situada en Turquía, que contiene más de 7 000 osamentas inhumadas en cámaras talladas en la roca y acompañadas de figuras femeninas recostadas, probablemente representaciones de la Gran Diosa.

Hematites: Mineral rojizo que se usaba en enterramientos, principalmente en África. (Véase *Ocre rojo*.)

Jericó: Probablemente la ciudad más antigua de la historia (6850-6770 a.C.), es un paradigma de las costumbres funerarias neolíticas: los sepulcros estaban situados bajo el pavimento de las viviendas, y en ellos las partes inferiores del difunto eran tratadas con yeso y se colocaban conchas en los ojos.

Los Millares: Necrópolis megalítica situada en las inmediaciones de Almería, donde hay más de cien sepulcros con restos de pinturas y cubiertos por túmulos.

Menhir: Gran piedra vertical característica de la cultura megalítica europea. El más alto conservado, de 20 metros, es el de Locmariaquer.

Meuli, Karl: Investigador que postula el origen no religioso de los enterramientos de osos en los Alpes. Según su teoría, el cazador prehistórico pretendía garantizar de forma mágica el retorno del oso, pero en ello no intervenía deidad alguna.

Musteriense: Período prehistórico (70000-50000 antes de nuestra era) a partir del cual es posible afirmar con seguridad arqueológica la existencia de verdaderas sepulturas.

Natufiense: Período mesolítico cuyo nombre procede de Wadi en Natuf, lugar donde se hicieron las primeras excavaciones que pusieron al descubierto esta población. Sus tumbas eran de dos tipos: enterramiento del cuerpo entero, encorvado, e inhumación tan sólo del cráneo.

Ocre rojo: Polvo con el que se rociaban los cadáveres que se enterraban hace cientos de miles de años. Fue una práctica común tanto en Asia como en Europa, América, Australia y África. Se cree que el rojo era símbolo de vida y que el polvo de este color garantizaba al difunto la resurrección o la encarnación en el otro mundo.

Piggot, Stuart: Estudiosos que sitúa el origen de la cultura megalítica en el Egeo, desde donde se extendió a casi toda Europa.

Reichel-Dolmatoff, C: Antropólogo que buscó las claves de las costumbres funerarias de la Prehistoria observando los enterramientos y ritos funerarios de los indígenas kogis de la Sierra de Santa Marta, en Colombia.

Schmidt, Wilhelm: Teórico del fundamento religioso de los enterramientos paleolíticos de osos en los Alpes. Según su teoría, obedecen a la creencia de los cazadores prehistóricos en algún tipo de señor de los animales. Se contrapone así a la tesis de Karl Meuli.

Sepulcro de corredor: Tipo de estructura funeraria megalítica procedente del dolmen, al que se añadía un pasillo de losas como vestíbulo. Es característico de Europa occidental y Suecia.

Stonehenge: Enclave próximo a la ciudad de Salisbury donde se encontró el crómlech más célebre de la cultura megalítica. Está rodeado de varios túmulos funerarios.

Tell Halaf: Cultura neolítica que conocía el cobre y enterraba a sus difuntos acompañados de figurillas de arcilla, especialmente del toro sagrado y la Diosa Madre.

Toro salvaje: Deidad común a muchas culturas neolíticas, que la representaban en esculturas o pinturas que se han hallado en tumbas. Representa la virilidad. Su presencia puede cumplir el mismo objetivo que la Diosa Madre.

Túmulo: Monumento funerario, probablemente correspondiente a la última época de la cultura megalítica, que incluía cámaras y objetos en bronce y hierro. El más conocido es el de New Grange, cuyas piedras tienen labrados numerosos dibujos simbólicos.

Cronología del pensamiento trascendente en la prehistoria

-35000 a -8000

Extremo Oriente: Probable culto a la fecundidad, rituales de caza, enterramientos ceremoniales.

África: Muertos enterrados con ornamentos y tocados, y con collares de cuentas.

Asia Menor: Culto a animales, ritos de caza, enterramientos ceremoniales.

Mediterráneo Occidental: Culto a la fecundidad con figuras de diosas. Culto a animales y sitios totémicos. Ritos de caza y enterramientos ceremoniales.

-8000 a -5000

Asia Central: Vestigios de culto a la Diosa Madre y a los animales. Figuritas de jabalíes pinchados.

África: Quizá culto a las cabezas de los antepasados. Cultos a la Diosa Madre asociados con animales. El buitre, asociado con cultos funerarios.

Asia Menor: Cultos de caza y magia. Enterramientos con bienes personales.

Mediterráneo Occidental: Continuación de ritos de caza. Enterramientos con bienes personales.

-5000 a -3000

Extremo Oriente: Enterramientos con bienes del difunto.

Asia Central: Cultos de fecundidad asociados con la Diosa Madre en Irán y la India.

Oriente Medio: Cultos de fecundidad asociados con la Diosa Madre y los toros

Asia Menor: Cultos a la Diosa Madre. Enterramientos comunales, quizá culto a los antepasados.

Mediterráneo Occidental: Enterramientos comunales. Culto a los antepasados.

El culto a la mujer en la Prehistoria

¿Culto a la fecundidad o a la mujer?

Diosa de la abundancia

Diosa lunar

Quando el enigma de la Prehistoria con sus representaciones mudas cede el paso, con la invención de la escritura, a la historia con palabras, nos encontramos de repente frente a una constelación elaborada de creencias coherentes, mezcladas con fantásticos relatos sobre los orígenes del mundo.

Adivinamos que durante milenios, y bajo una organización social eminentemente matriarcal, el mundo se concibió como surgido de un gran huevo germinal empollado por una Gran Diosa en un océano turbulento y confuso; que unas reglas superiores imponían tempestades, diluvios y terremotos. Que el fuego de poderes sobrehumanos no podía ser en la Tierra otra cosa que el fruto de un robo tan sacrílego como precioso, perpetrado por los humanos contra los designios de la divinidad.

El hombre en lucha por sobrevivir en un entorno tan hostil se concibió a sí mismo en una dialéctica constante de sumisión y enfrentamiento con los seres superiores. Con los dioses.

¿Culto a la fecundidad o a la mujer?

¿Existió realmente una Diosa Madre venerada por los pueblos de la Antigüedad? ¿Qué significado tenían para estos hombres las figurillas encontradas siglos después en tumbas y fosas domésticas? ¿Responden a una organización matriarcal de la sociedad?

Algunas de las numerosas estatuillas halladas en excavaciones de asentamientos mediterráneos nos remiten al Paleolítico superior. El cometido de estas figuras sigue siendo un tema de discusión para muchos arqueólogos, pues opinan que, al desconocer el contexto en que fueron producidas, las diversas interpretaciones sobre su función no dejan de ser meras hipótesis que han dado lugar, a veces, a conjeturas muy arriesgadas.

Desde hace miles de años la figura femenina ha estado vinculada a la muerte. En Egipto, por ejemplo, los sarcófagos de piedra eran denominados "vientres maternos". Asimismo, en la cuenca mediterránea los difuntos solían ser enterrados en el seno de las montañas, pues se creía que la divinidad que habitaba en ellas les ayudaba a renacer: convertidos en estrellas (las almas se elevaban hasta la constelación Orión), los traspasados guiaban las existencias de los vivos desde el firmamento. Por otro lado, muchas de las estatuillas que nos han llegado se han encontrado en sepulcros, lo que hace suponer que su misión era despertar a los muertos para conducirlos hacia su nueva vida en la tierra de los bienaventurados. Utilizadas como ornamentos, fetiches, joyas o amuletos, estas

representaciones femeninas (de divinidades o de sacerdotisas) actuaban como intermediarias entre los dioses y los muertos. Así, a su belleza se unían sus poderes mágico-religiosos, ya que la fuerza que emanaba de ellas tenía un carácter protector relacionado con las creencias en el más allá.

Diosa de la abundancia

Casi todas las figurillas encontradas están desnudas y sus características físicas son muy parecidas. Tanto sus exageradas formas nutricias y sexuales como sus cabezas carentes de rasgos hacen dudar de que estemos ante representaciones realistas de la mujer paleolítica; más bien sugieren una interpretación simbólica (las formas generosas remiten a la abundancia de bienes terrenales). Sin embargo, el significado de su desnudez evoluciona a lo largo de los siglos. En las representaciones posteriores, los rasgos femeninos se muestran tan esquematizados que quedan reducidos a simples trazos geométricos. Estas mujeres no parecen seres de este mundo, sino apariciones celestes (algunas, incluso, adquieren la apariencia de un pájaro).

Otras funciones de estas figuras están relacionadas con el ámbito doméstico. Algunas tribus cazadoras de Asia septentrional fabricaron unas estatuillas femeninas, llamadas *dzuli*, que representaban a la abuela mítica de la tribu, de la que se suponía que descendían todos sus miembros. Situadas en los hogares, las *dzuli* protegían tanto la vivienda como a quienes habitaban en ella; por eso, como muestra de agradecimiento, cuando los hombres regresaban de sus expediciones de caza les ofrecían ofrendas. Asimismo, en la región siberiana de Mal'ta se han descubierto unas casas antiquísimas cuya planta rectangular estaba claramente dividida en dos partes: una de ellas se reservaba a los hombres y la otra, a las mujeres. Las estatuillas halladas en su interior estaban situadas precisamente en este último sector, lo que hace pensar que fueron realizadas por mujeres. Quizá formaban parte de rituales domésticos: usadas como talismanes mágicos, garantizaban el cumplimiento de un bien deseado (fertilidad, salud para la familia, buena suerte, etc.).

El cambio de una sociedad nómada cazadora a otra sedentaria agricultora otorgó protagonismo a la figura femenina. Se estableció un vínculo entre la fertilidad de la tierra y la fecundidad de la mujer: las mujeres no sólo trabajaban los cultivos, sino que se convirtieron en responsables de la abundancia de las cosechas, pues sólo ellas poseían el misterio de la creación. La vida humana empezó a asimilarse al ciclo vegetal: tras ser engendrados (la tierra pasa a transformarse en una enorme matriz), tanto los hombres como las plantas crecen y terminan regresando a las entrañas terrestres cuando mueren. Asimismo, esta evolución hizo que la sacralidad femenina cobrase mayor importancia. En el Mediterráneo Oriental (Egipto, Fenicia, Frigia y Grecia) empezaron a venerarse las diosas Isis, Cibeles y Rea, consagradas a la fecundidad vegetal, animal y humana.

Diosa lunar

Además de estar estrechamente relacionada con la tierra, la sexualidad femenina guarda también una clara correspondencia con las fases lunares, lo que favoreció el nacimiento de una "Diosa Blanca" vinculada a la Luna. La literatura antigua nos ha dejado un valioso testimonio del culto a esta poderosa Diosa Madre lunar. En la obra latina *El asno de oro*, escrita por Apuleyo (125-180), se conserva un completísimo relato acerca de esta divinidad. Junto a su descripción física, se hace referencia a su poder sobre los hombres y sobre todos los cuerpos, pues aumentan o disminuyen según los ciclos lunares.

Esta diosa "soberana", que "resplandece con gran majestad", era adorada en su calidad de cultivadora, segadora y aventadora del grano. Se representaba con una larga cabellera que le cubría la espalda, una corona de flores que adornaba su cabeza y una túnica oscura "sembrada toda de unas estrellas muy resplandecientes, en medio de las cuales la Luna de

quince días lanzaba rayos inflamados". Pero dejemos que la propia divinidad sea quien se presente: "Soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de los dioses y reina de todos los difuntos, primera y única sola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispense con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas saludables de la mar, y los secretos lloros del infierno. A mí, sola y una diosa, honra y sacrifica todo el mundo en muchas maneras de nombres".

Y es cierto que casi cada pueblo que la adoptó la nombró de un modo distinto: los troyanos, Pesinuntica ("madre de los dioses"); los atenienses, Minerva cecrópea; los chipriotas, Venus Pafia; los cretenses, Diana; los etíopes, arrios y egipcios, Isis; los sicilianos, Proserpina, y los eleusinos, Ceres ("madre primera de los panes"). La lista, sin embargo, parece no terminar nunca, pues también se la reconoce bajo los nombres de Juno, Bellona, Hécates, Ranusia..

La escritura en el Fértil Creciente

Enuma elish

Poema de Gilgamesh

Libro del Génesis

El diluvio en la tradición mesopotámica

En la epopeya de Atrahasis

En el Poema de Gilgamesh

En el libro del Génesis

Con la invención de la escritura en el llamado Fértil Creciente, alrededor de los ríos Tigris y Éufrates, empezaron a compilarse antiguas narraciones que describían el origen del mundo a partir de un caótico abismo germinal.

Durante el cuarto día de la fiesta de Año Nuevo en el templo de Babilonia se recitaba un poema: el *Enuma elish*. Este texto (conocido por sus palabras iniciales, que en acadio significan "Cuando en lo alto") manifiesta el interés de la religiosidad sumeria por enlazar sus concepciones teogónicas y cosmogónicas con los orígenes del hombre... Todo este esfuerzo respondía a un claro objetivo: exaltar la figura de Marduk, el rey de los dioses.

Enuma elish

Según el poema, al principio de los tiempos existía una enorme masa acuática de la que surgió la pareja primigenia, Apsu (agua dulce) y Tiamat (agua salada). Ambos engendraron a Lakhmu y Lakhamu, quienes, a su vez, dieron vida a Anshar ("totalidad de los elementos superiores") y Kishar ("totalidad de los elementos inferiores"). De la unión de los dos complementarios nació Anu (el dios del cielo). Apsu, añorando el silencio y la quietud previas a la eclosión cosmogónica, se irritó tanto por el jolgorio de las deidades jóvenes que decidió aniquilarlas. Algunas divinidades descubrieron sus intenciones y trataron de impedir que las llevara a cabo. Anu hizo surgir los Cuatro Vientos y creó las olas para perturbar a Tiamat, mientras que Enki (dios de las aguas dulces) adormeció a Apsu y, tras encadenarlo, le mató. Tiamat envió a los dioses un regimiento de criaturas demoníacas y les retó a luchar contra Kingu (poseedor de la Tablilla de los Destinos). Sólo Marduk se atrevió a entrar en combate, pero impuso como condición ser erigido dios supremo.

Tras vencer a sus adversarios y dar muerte a Tiamat, Marduk se convirtió en el creador del mundo. Dividió el cuerpo de su víctima en dos partes: con una construyó la bóveda celeste y con la otra formó la Tierra. Marduk intervino y dispuso las estrellas en constelaciones y configuró los elementos terrestres a partir de los órganos de Tiamat ("hizo fluir de sus ojos el Éufrates y el Tigris", "sobre sus pechos amontonó las lejanas montañas"). Posteriormente, con la sangre de Kingu creó al hombre ("para que le sean impuestos los servicios de los dioses y que ellos estén descansados").

Así, tanto el hombre como el mundo participan de una doble naturaleza. Ambos han surgido de una materia demoníaca (el cosmos ha sido creado a partir del cuerpo de Tiamat, mientras que el hombre ha nacido de la sangre de Kingu) y adquieren características positivas gracias a la intervención de Marduk (que ordena el cielo e insufla a los hombres un hálito divino).

Poema de Gilgamesh

Otro escrito babilónico fundamental es el poema épico *Gilgamesh*. Se trata de una compilación de diversos episodios aislados y reinterpretados hace cinco mil años a lo largo de doce tablas de arcilla (el número de tablas corresponde a un orden astrológico) encontradas en la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive.

Al principio de la epopeya se enumeran las grandes obras llevadas a cabo por Gilgamesh, rey legendario de la ciudad de Uruk, y a continuación se describe su tiránico comportamiento ("separa a los hijos de sus padres", "no deja a la doncella al lado de su madre"...). Atemorizados por su desenfreno, sus súbditos pidieron a la diosa Aruru (esposa de Marduk y madre del género humano) que creara un contrincante a su medida. Y la divinidad modeló a Enkidu, un "valiente héroe" de apariencia bestial. Tras establecer relaciones con una prostituta, Enkidu perdió sus características animales ("no podía correr como antes, mas su espíritu ahora era sabio, comprendía") y cuando se encontró con Gilgamesh, en lugar de asesinarle, se convirtió en su mejor amigo. Ambos aunaron sus fuerzas para combatir el mal.

El regreso a Uruk les deparó una desagradable sorpresa: Ishtar (diosa de la guerra y el sexo, conocida también con el nombre de Inanna) propuso a Gilgamesh que se casase con ella. El héroe la rechazó despectivamente y la divinidad, humillada, pidió a su padre (Anu) que creara al Toro Celeste para destruir al arrogante Gilgamesh. Tras derrotar al animal con ayuda de su amigo, Enkidu insultó a Ishtar y fue condenado por los dioses, de modo que murió doce días después. Gilgamesh, desolado por la pérdida, tomó conciencia de lo efímero de la existencia y se propuso descubrir el secreto de la vida eterna. Ése sería ahora su único afán.

Como sólo conocía a un hombre que poseyera el don de la inmortalidad (Ut-Napishtim, el superviviente del diluvio), fue en su búsqueda. Después de superar varias pruebas, Gilgamesh se encontró ante Ut-Napishtim, quien le habló de una planta que crecía en el fondo marino y restituía la juventud. El soberano consiguió la planta, pero, en un descuido, una serpiente se la arrebató (por eso este animal "rejuvenece" periódicamente al cambiar la piel).

La epopeya de *Gilgamesh* ilustra a la perfección la dramática condición humana, definida por la inevitabilidad de la muerte. Su mensaje es concluyente: la búsqueda de la inmortalidad conduce inexorablemente al fracaso.

Libro del Génesis

Aunque el pueblo de Israel centró su interés en la relación con Dios y relegó a un segundo plano la cosmogonía y los mitos de los orígenes, en los capítulos iniciales del *Génesis*

(primer libro del Pentateuco y de toda la Biblia) se describen diversos acontecimientos fabulosos que reproducen tradiciones orales muy arcaicas.

El *Génesis* arranca con el célebre pasaje "En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo: y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas".

La ordenación del caos se llevó a término mediante la palabra divina ("Dijo, pues, Dios: Sea la luz. Y la luz fue") y durante seis días se fueron sucediendo distintas etapas de la creación.

Después, Dios completó su obra formando al primer hombre (Adán) con "lodo de la tierra" e insuflándole "en el rostro un soplo o espíritu de vida". Como "no es bueno que el hombre esté solo", le hizo caer en un profundo sueño y, quitándole una de sus costillas, formó a Eva, que se convirtió en su esposa.

Ambos habitaron en el Paraíso terrenal, situado en el centro del mundo y donde brotaba un río que se dividía en cuatro brazos que llevaban a cada una de las regiones terrestres. En medio del edénico jardín se elevaba el árbol de la vida y del conocimiento del bien y del mal (del cual Dios ha prohibido que tomen frutos). Eva, tentada por una serpiente, desobedeció, porque estaba convencida de que si probaba la fruta del árbol adquiriría conocimiento, es decir, sería como Dios. Como en el *Gilgamesh*, se trata de un fracaso iniciático, ya que en ambos casos el objetivo es igualar a los seres divinos por su calidad de inmortales o por su sabiduría.

Adán acompañó a Eva en su desafío y ambos fueron expulsados del "lugar de delicias". Habían cometido el primer pecado: a partir de ese momento estarían condenados a trabajar para vivir. Este primer acto de rebeldía transforma la condición humana y se convierte en el origen de todos los males que afligen a los hombres. Eva engendró a Caín y Abel, autor y víctima del primer homicidio. El crimen cometido por Caín le arrastró a vagar incesantemente por el mundo, donde construyó ciudades en las que reinó el mal... hasta que Dios enmendó la situación con el diluvio universal.

Así, el diluvio se convierte en un medio de purificación y al mismo tiempo en una catástrofe necesaria para hacer una *tabula rasa* moral. Estos dos conceptos son comunes a los mitos de otras culturas.

El diluvio en la tradición mesopotámica

El mito del diluvio aparece universalmente difundido y, con la excepción del continente africano, encontramos sus vestigios en todas las religiones del mundo. Es probable que catástrofes diluviales auténticas dieran lugar a estos relatos fabulosos, sobre todo si se tiene en cuenta que una de las primeras versiones procede de Mesopotamia, zona afectada periódicamente por las inundaciones de los ríos Tigris y Éufrates.

Casi todos los mitos del diluvio se integran en un ciclo cósmico: después de haber sido creado, el universo envejece, se deteriora. Los hombres se han reproducido de manera desordenada y han entrado en una espiral de decadencia (el mal impera por doquier): es necesario "regenerar" todas las cosas, borrarlo todo y empezar de nuevo. La acción diluvial, por lo tanto, es el resultado de un castigo divino que pretende poner fin a un período de corrupción y aniquilar a la humanidad pecadora. El mundo hasta entonces conocido desapareció bajo el agua, elemento estrechamente vinculado a las fases lunares y poseedor de un carácter purificador. Así pues, las aguas del diluvio no son demoledoras ya que, aunque las formas sean destruidas, las potencias creadoras permanecen intactas para que, cuando cese la mítica tormenta, surja de nuevo la vida.

En la epopeya de Atrahasis

El relato diluvial más completo se conserva en la *Epopéya de Atrahasis* (Atrahasis fue un rey de la ciudad mesopotámica de Shuruppak).

Según la tradición recogida en esta epopeya, los hombres, creados mil doscientos años atrás, se habían multiplicado y el alboroto que producían molestaba a las divinidades, que los habían creado para poder descansar y ser servidos por ellos. El dios Enlil decidió poner orden entre los humanos, y con este objeto en diversas ocasiones intentó reducir la población: primero envió la peste y después, dos sequías. Pero gracias al sabio Enki (que había enseñado a Atrahasis a combatir con éxito las plagas) la humanidad salió prácticamente indemne de las maldiciones divinas. Molesto con la intervención de Enki, el dios Enlil solicitó ayuda a las demás deidades para provocar un gran diluvio que acabase con todos los hombres. De nuevo el dios Enki salió en defensa del género humano y ordenó a Atrahasis que construyera una nave y se refugiara en ella junto con los miembros de su familia y algunos animales.

Entre tanto, los dioses reconsideraron su decisión ya que si los hombres desaparecían de la faz de la tierra, ellos tendrían que trabajar. Fue de este modo como, pasados siete días y siete noches desde el inicio de la tempestad, hicieron que remitiera la lluvia y Utu (el dios solar) devolvió la luz al universo. Terminada la inundación, y habiendo Atrahasis ofrecido un sacrificio a las divinidades, éstas renovaron la vegetación del planeta, lo repoblaron y recompensaron al valiente soberano con el don de la inmortalidad (An y Enlil le concedieron la "vida eterna, como un dios"). Aunque en un primer momento Enlil se enfureció con la renovada presencia humana, al final terminó aceptándola, pero adoptó dos medidas para evitar su crecimiento desmesurado: introdujo la mortalidad infantil e instituyó sacerdotisas a las que prohibió tener descendencia.

En la versión sumeria del mito, el nombre del monarca Atrahasis es sustituido por el de Zisudra, y el benefactor de la humanidad Enki recibe el nombre de Ea.

En el Poema de Gilgamesh

Otra variante mesopotámica del diluvio aparece en la tablilla número 11 del Poema de Gilgamesh. Como el relato anterior, guarda muchas similitudes con el mito narrado en el Génesis, por lo que se cree que ambas versiones proceden de una fuente arcaica común. Los paralelismos van más allá de la idea esencial que subyace en los textos (necesidad de destruir radicalmente a una humanidad y un mundo degenerados a fin de restituirles su integridad inicial) y se concretan en numerosos detalles.

El héroe Gilgamesh, en su búsqueda de la fórmula para la vida eterna, salió al encuentro de Ut-Napishtim (el superviviente del diluvio), quien le relató los hechos acaecidos durante el aguacero: cómo los dioses decidieron desatar la tempestad y cómo, advertido por el dios Ea, él derribó su choza de caña para construir un barco en forma de cubo perfecto ("su longitud ha de ser igual que su anchura", le indicó la divinidad). Tras narrar el proceso de construcción de la nave, Ut-Napishtim cuenta cómo llevó a ella los animales y "la semilla de toda cosa viviente". Su descripción de la inundación es sobrecogedora: "Todo lo que había sido luz era negrura; la vasta tierra era sacudida como una olla; cada vez más rauda, la tormenta sumergió las montañas"...

Cuando la lluvia cesó, Ut-Napishtim soltó varias aves para que reconocieran el terreno (primero una paloma, después una golondrina y, por último, un cuervo). Después, tomó tierra, y ofreció un sacrificio a los dioses en la cumbre de una montaña. Los dioses, arrepentidos por el excesivo castigo que habían impuesto a los hombres, se reconciliaron con ellos. Ea reprendió a Enlil por su idea (en lugar de intentar aniquilar a toda la humanidad, debiera haber sido más justo y haberse limitado a reprenderla). Enlil reflexionó

sobre estas sabias palabras y bendijo a Ut-Napishtim (convertido en salvador del género humano) concediéndole el don de la inmortalidad.

En el libro del Génesis

En los capítulos seis a nueve del Génesis (primer libro de la *Biblia*) se describe el diluvio universal. La humanidad había crecido a lo largo de los años, pero su comportamiento era tan ominoso que a Dios le pesó haberla creado: "Viendo, pues, Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal continuamente, pesóle de haber creado al hombre en la tierra". Sólo conoció a un "varón justo y perfecto en sus días", Noé. A él se dirigió con estas palabras: "Llegó ya el fin de todos los hombres decretado por mí: llena está de iniquidad toda la tierra por sus malas obras; pues Yo los exterminaré juntamente con la tierra".

Pidió a Noé que fabricara un arca "de trescientos codos" de longitud, donde él y su familia permanecerían a salvo de la inundación que haría "morir toda carne en que hay espíritu de vida debajo del cielo". Asimismo, en la nave debía llevar consigo un macho y una hembra "de todos los animales de toda especie". Las aguas del diluvio lo cubrieron todo durante cuarenta días. Pasado el temporal, Noé envió primero un cuervo y después una paloma para comprobar si la tierra se había secado. Entonces desembarcó y construyó un altar donde realizó diversas ofrendas a Dios. Complacido, el Señor estableció una alianza con Noé y sus descendientes: "Nunca más maldeciré la tierra por las culpas de los hombres, atento a que los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su mocedad; no castigaré, pues, más a todos los vivientes como he hecho".

Aparte detalles menores, estas tres versiones del mito diluviano son muy parecidas.

El mito de los orígenes para los aborígenes de Australia

La creación

Pinturas sagradas

Pinturas rupestres y héroes primitivos australianos

El ensueño y la creación

El Tiempo del Ensueño

Estilos de pintura rupestre

Pinturas sobre corteza de árbol

La danza del canguro

Los antepasados de los actuales aborígenes australianos llegaron del Sudeste Asiático hace aproximadamente cincuenta mil años. Los hábitos de aquellos pueblos, recolectores y cazadores nómadas, sufrieron una importante transformación con la colonización europea de finales del siglo XVIII, pero su estructura social se ha mantenido inalterable a lo largo del tiempo.

Para los aborígenes no existen jerarquías: organizados en tribus, se dividen en numerosos clanes, compuesto cada uno de ellos por entre cincuenta y quinientos individuos. Aunque todos los clanes comparten el mismo universo mítico, cada uno hace suyas las aventuras que los héroes ancestrales vivieron en su territorio. Durante el recorrido que llevaron a cabo estos héroes creando el mundo, se cobijaron en cuevas, pescaron en riachuelos, dejaron sus huellas en rocas... Estas trazas conforman una señal indeleble de su paso por la zona y estos lugares se consideran sagrados, pues están impregnados de la energía creadora que desprenden los antepasados míticos. Los rituales llamados de "incremento" se celebran

en estos espacios sagrados y los participantes se transforman en los antepasados y recrean sus viajes.

En Australia existe un lugar especial tanto por su condición sacra como por los innumerables mitos vinculados a él. Se trata de la montaña sagrada Ayers Rock (en lengua aborigen, *Uluru*). Con un perímetro de 9 kilómetros cuadrados es un macizo rojizo situado en el inmenso desierto de Simpson, en pleno corazón del continente. Una de las leyendas más famosas vinculadas a esta gran masa rocosa es la de las Siete Hermanas.

El mito, que es conocido por clanes que habitan a miles de kilómetros, cuenta la accidentada huida de siete mujeres al sur del país (escapaban del lascivo Nyiru, que quería violar a la mayor). Las escalas de su agitado periplo marcan un itinerario sagrado: acamparon en Witapula, bebieron en la fuente Tjuntalitja, unas líneas en una cueva de Walinya atestiguan que se sentaron allí... Al llegar a la costa, cerca de la actual Port Augusta, se lanzaron al mar y de ahí saltaron al cielo, convirtiéndose en estrellas (en la constelación de Kurialya). Pero ni aun así consiguieron librarse del lujurioso Nyiru, que continuó persiguiéndolas en el firmamento (se le identifica con la constelación de Orión).

La creación

Para los aborígenes, la tierra era un disco plano y flotante debajo del cual habitaban unas formas indefinidas. Tras una gran inundación que barrió el paisaje y el orden social anteriores, las misteriosas figuras tomaron apariencia humana y emergieron a la superficie. Estos seres ancestrales vagaron por la tierra y crearon las montañas, los ríos y las rocas, además de dar nombre a los animales y las plantas. Esta etapa (conocida como el Tiempo del Ensueño) corresponde al período de creación. Existe un fuerte vínculo entre este mítico Tiempo del Ensueño y los ritos religiosos, ya que se considera que aquella época posee una doble dimensión: la temporal (origen del mundo) y la espacial (conforma una realidad espiritual paralela a la realidad tangible e inmediata). Mediante la actividad onírica, y a través de ceremonias celebradas en lugares sagrados, los hombres tienen acceso al mundo "ensoñado", habitado por los espíritus de los muertos y por los dioses ancestrales.

La gran inundación, que tiene un correlato real en la última glaciación, se atribuye, según los clanes, a seres humanos y distintos animales. Para los kimberleys, los espíritus ancestrales del Tiempo del Ensueño provocaron la inundación, mientras que los tiwi (de las islas de Melville y Bathurst) consideran que fue una anciana llamada Mudungkala la que separó estas islas del resto del territorio y las pobló con tres niños. Los yolngu (en el noreste de la isla) poseen un mito más elaborado: las hermanas Wawilak enfurecieron a Yulunggul (una enorme pitón), la cual, tras engullirlas, desencadenó una tormenta que lo inundó todo. Cuando se retiraron las aguas, la serpiente regurgitó a las dos mujeres y a sus hijos; éstos se convirtieron en los primeros yolngu iniciados. El episodio sirve como base a la ceremonia de iniciación: los jóvenes son recluidos en un recinto sagrado, de donde salen convertidos en adultos. Se cree, además, que los cánticos del ritual fueron inventados por las hermanas Wawilak.

Pinturas sagradas

Como los aborígenes desconocían la escritura, el arte constituye la única vía no oral de transmisión de mitos. Las manifestaciones artísticas más importantes corresponden a grabados y pinturas rupestres que datan de cuarenta siglos atrás. Algunas de las representaciones que se conservan son muy esquemáticas: personas, animales y plantas aparecen como figuras apenas perfiladas. El esquematismo a veces es llevado al extremo, pues una simple línea de puntos debe ser interpretada en ocasiones como las huellas de un determinado animal. En Arnhem Land, al norte de la isla, se encuentran las pinturas rupestres más famosas del continente australiano. En ellas se observan dos estilos

pictóricos bien diferenciados: uno más antiguo (sus figuras, que tienen mucho movimiento y son de color rojizo, forman parte de escenas de caza, lucha o danza) y otro posterior (que representa el exterior de los elementos de manera estilizada, pero también retrata su anatomía interna). En una de las cuevas de Arnhem aparece una alusión al mito de la creación: junto a representaciones de animales y diversos dibujos, se distingue la gran serpiente de la inundación (llamada también del arco iris).

En zonas alejadas de la isla se han encontrado manifestaciones artísticas muy enigmáticas. Los habitantes de la región de los montes Kimberley, por ejemplo, plasmaron unas misteriosas figuras blancas de cabeza redondeada y sin boca; al sur del cabo York se han descubierto representaciones de los quinkan (delgadísimas criaturas nocturnas de aspecto demoníaco que poseen ojos enormes y están relacionadas con las ceremonias de iniciación). Los postes funerarios de los tiwi son muy interesantes: construidos con madera y pintados de colores muy vivos, se erigen para señalar las tumbas; su número depende de la edad e importancia del difunto.

Otros soportes utilizados por los antiguos australianos para plasmar su concepción del mundo fueron las rocas, las cortezas de los árboles, algunos utensilios cotidianos, el suelo e incluso el propio cuerpo. En los *churinga* pueden encontrarse grabadas imágenes que representan al tótem del clan

Pinturas rupestres y héroes primitivos australianos

El ensueño y la creación

El ensueño es el origen de los pueblos aborígenes, cuando los antepasados espirituales conspiraron para poner orden y dar forma al universo. El ensueño dio origen a las leyes tribales y comunitarias. Fue una presencia espiritual constantemente manifestada en el entorno físico: en las rocas, los ríos, el mar, el desierto, los animales y las plantas. Todas las leyes morales y costumbres del mundo aborígen se remontan a este emparejamiento del universo físico y espiritual. Los vivos son guiados hacia el buen camino por el mundo de los espíritus, que son contemporáneos suyos. Los muertos están presentes en todas partes y los vivos y los muertos son, en último término, indivisibles. Cuando se refleja el tiempo de la creación en un ritual, los participantes penetran en el espíritu del ensueño; es decir, entran y se convierten en las figuras espirituales reales de la creación. El ensueño no es, por tanto, un estado fantástico o ilusorio, sino un estado que, aunque espiritual en su origen, es plenamente consciente del universo físico. Todos los aborígenes leen el pasaje como una serie de complejos sistemas de signos de los cuales derivan el significado y las verdades espirituales.

El Tiempo del Ensueño

La religión de los aborígenes australianos se basa en la creencia de que en los orígenes de los tiempos, la Tierra era un disco plano y vacío que flotaba en el universo; debajo de su superficie existían unas fuerzas indefinidas que, en un momento dado, emergieron para tomar el aspecto de seres humanos y se formó el mundo. Aquellos seres míticos, en su vagar continuo sobre la Tierra, crearon las montañas, los ríos, dieron nombre a las plantas y a los animales, proporcionaron las distintas lenguas a los hombres, les enseñaron a recolectar, cazar, pescar y preservar la naturaleza. Aquella época de creación se llamó "Tiempo del Ensueño".

Estilos de pintura rupestre

Las manifestaciones artísticas más importantes de los aborígenes australianos corresponden a sus grabados y a las pinturas rupestres. Las más antiguas de estas obras se

remontan a dos mil años antes de nuestra era. En la Tierra de Arnhem, al norte del continente australiano, existen dos tipos de pintura rupestre: uno muy antiguo, conocido como "estilo mimi", que consta de figuras con mucho movimiento y de color rojizo; y el otro, llamado "estilo de rayos X", con el que se representa no sólo el exterior de la figura, sino también su anatomía interna.

El "estilo mimi" es muy naturalista, formado por escenas de caza, lucha o danza. Con el paso del tiempo fueron estilizándose y simplificándose hasta transformarse en un estilo simbólico, a base de figuras compuestas por elementos humanos y vegetales.

El "estilo de rayos X" también sufrió una evolución en el tiempo, desde unas representaciones muy simples hasta otras mucho más complejas, pasando por las más equilibradas, que pueden considerarse clásicas.

En la región de los montes Kimberley, al noroeste, se han descubierto pinturas que representan figuras blancas de gran tamaño y cabeza reondeada, con rostros en los que no aparece la boca. Se las ha relacionado con los Wandjina, seres que llegaron del mar para habitar estas tierras.

En la zona situada al sur del cabo de York son características las figuras Quinkan, de aspecto demoníaco, que están relacionadas con ceremonias de iniciación. Se trata de figuras muy delgadas, entre las cuales pueden distinguirse mujeres y hombres. Sus rostros presentan grandes ojos, como si se tratara de seres nocturnos, pero carecen de boca y nariz.

Pinturas sobre corteza de árbol

La pintura sobre corteza de árbol, al igual que la rupestre, formaba parte de los rituales sagrados entre los aborígenes australianos. La decoración consistía -consiste todavía- en una serie de diseños místicos que se transmitieron de generación en generación hasta nuestros días y que servían para invocar a las fuerzas ancestrales.

Se trata de una tradición muy antigua pero, debido a la gran fragilidad del soporte, ninguna muestra ha llegado hasta nuestros días. Estas pinturas se realizan sobre la corteza interior de ciertas especies de eucaliptos con pigmentos minerales de color rojo, ocre, amarillo, blanco y negro. Las cortezas pintadas se utilizaban en determinadas ceremonias y tenían un claro contenido ritual y didáctico. Con ellas se explicaba a los miembros del clan todo lo que debían saber sobre los mitos y el territorio de caza.

En la actualidad, este tipo de pintura ha perdido su carácter ritual y se destina a la venta turística. Sin embargo, las piezas con clara simbología sagrada se reservan para los iniciados y se excluyen del circuito comercial.

La danza del canguro

La danza tribal no sólo era representativa, sino que copiaba el universo físico. Cuando se representaba un canguro en una ceremonia, los actores, más que imitar al canguro, invocaban al espíritu del canguro. La relación entre la tribu y el canguro era aún más fuerte. La sociedad aborígen aprendió técnicas de supervivencia mediante la observación de la conducta de las manadas de canguros, que no es muy distinta de la organización social de muchas tribus, e incluía hábitos de migración que definían claramente los límites territoriales. Los canguros se protegen de sus enemigos corriendo en pequeños grupos. En la vida cotidiana, cada miembro de la tribu era investido con una responsabilidad personal hacia el bienestar de la tribu como conjunto, y aunque existían divisiones tribales, todo el mundo contribuía directamente a la totalidad. Las leyes y reglas de comportamiento no eran aplicables a toda la sociedad aborígen en general, no eran intercambiables entre pueblos y territorios, sino que estaban arraigadas en cada estado y grupo particular.

El mito de la creación para los comanches de Texas

Creación y sacrificio entre los comanches de Texas

La leyenda de La-Que-Ama-Mucho-A-Su-Pueblo

Otras leyendas de creación entre los indios de Norteamérica

Creación y sacrificio entre los comanches de Texas

La aportación personal a la acción creadora de la Divinidad es una pauta común en las más diversas religiones a lo largo de la historia.

El faraón egipcio ejercía los rituales matutinos para restablecer el orden creador; Adán y Eva tenían que abstenerse de comer del árbol de la ciencia como aportación ecológica al equilibrio de la creación; Jesucristo, con su muerte y resurrección, restableció este orden; a través de sucesivas purificaciones y reencarnaciones, la ascesis budista permite que la persona se integre en el universo.

Son ejemplos de cómo la humanidad ha entendido que cada uno debe realizar su aportación personal, su sacrificio, al acto creador iniciado por la Divinidad.

La leyenda de La-Que-Ama-Mucho-A-Su-Pueblo

Entre los indios comanches de Texas, esta aportación personal se reflejaba en la leyenda de una flor llamada, entre otros nombres, *Wolf Flower*, y también *Conejo*. La leyenda permanece viva en la actualidad, conservada en forma de cuento para niños, como tantas otras leyendas antiquísimas.

El pueblo comanche no conocía la idea de un solo Dios o un solo Gran Espíritu. Ellos adoraban a muchos espíritus, cada uno de los cuales representaba una acción. Por ejemplo, invocaban al espíritu del ciervo para obtener la agilidad, al espíritu del águila para conseguir fuerza, al importante espíritu del búfalo para obtener buena caza.

Según la leyenda, en un invierno de los tiempos pretéritos, la lluvia no cayó en las praderas de Texas. La sequía fue tan grande que ahuyentó la caza y sembró el hambre. La muerte abatió a los hombres y diezmó las tribus del pueblo comanche.

Entre los pocos hambrientos que quedaron vivos se encontraba la huérfana Muy-Sola, a quien en tiempo de prosperidad sus padres habían confeccionado un muñeco de piel de ante, con los rasgos del rostro pintados con jugo de bayas y plumas azules de guerrero coronando su cabeza. La niña quería mucho a su muñeco.

Un día, a la hora de la puesta del sol, el sacerdote de la tribu, que había subido al monte para consultar a los espíritus, regresó y dijo: "El pueblo se ha vuelto egoísta; durante años lo ha obtenido todo de la tierra sin devolver nada. Los grandes espíritus dicen que el pueblo ha de ofrecer un sacrificio. Cada uno de nosotros ha de quemar lo más valioso que podamos ofrecer. Las cenizas de la ofrenda serán desparramadas en el Hogar de los Vientos. Cuando el sacrificio se haya consumado, se acabarán la sequía y el hambre, y la muerte ya no os amenazará".

Los hombres pensaron que sus más apreciados arcos con sus correspondientes flechas no agradarían a los espíritus; lo mismo pensaron las mujeres acerca de sus hermosas mantas teñidas a mano. Sólo Muy-Sola comprendió que debía quemar su muñeco: "Tú eres lo más valioso que tengo. Es a ti a quien quieren los grandes espíritus".

Y así, cuando la hoguera del consejo se extinguía y la gente se había recogido en sus tipis para dormir, la pequeña Muy-Sola tomó su muñeco y una tea de la hoguera y subió al monte para ofrecer su sacrificio.

Pensó en su abuela y su abuelo, en su mamá y su papá, a quienes el hambre había devorado; pensó en lo que quedaba de su gente y, antes de que pudiera arrepentirse, prendió fuego al muñeco. Se quedó mirando la pequeña hoguera hasta que las llamas se apagaron y las cenizas se enfriaron; entonces las tomó en sus manos y las esparció por el Hogar de los Vientos, por el norte y el este, el sur y el oeste. Y se durmió hasta el amanecer. Cuando despertó, el suelo se hallaba cubierto de flores azules como las plumas prendidas del cabello de su muñeco allí donde habían caído las cenizas.

Y cuando el pueblo salió de sus tiendas, entendió el fenómeno como un milagro que simbolizaba el perdón de los grandes espíritus. Entonces empezó a caer una lluvia tibia y el suelo reseco volvió a cobrar vida. La gente comprendió que por encima del egoísmo reinante entre las tribus, el sacrificio de la pequeña les había salvado de la extinción.

A partir de entonces, Muy-Sola recibió el nombre de La-Que-Ama-Mucho-A-Su-Pueblo.

Otras leyendas de creación entre los indios de Norteamérica

La identificación con la naturaleza por parte de los indios norteamericanos, como en todas las civilizaciones antiguas, influye en sus leyendas de creación. En ellas se advierte hasta qué punto fueron sensibles al entorno natural en el que vivieron.

Según los indios mandan, el mundo era sólo plantas, agua y arena hasta que el Hombre Único mezcló arena con agua y del barro fue dando forma a los diversos animales que hoy la pueblan.

Para los esquimales, el cielo proviene de las disputas de una familia celestial: ante la mirada de sus padres, el hermano hizo enfadar a la hermana, que le persiguió con un tizón encendido: él se convirtió en la luna y ella en el sol.

Los indios pit river tienen una leyenda según la cual hombres y mujeres fueron creados por Coyote y Lobo a partir de las virutas que salieron raspando con un cuchillo unos palos de madera.

Por último, para los shasta, existe un creador llamado Chareya o el Anciano de lo Alto, que descendió sobre la tierra desierta y plantó los primeros árboles. Luego sopló sobre las hojas caídas y se convirtieron en pájaros. Rompiendo ramas, hizo al resto de animales.

El mito japonés de la creación del mundo

La creación como drama

La Pareja Creadora

El periplo de Izanagi

La creación como drama

En la mitología japonesa, dos fuentes principales hablan del origen del mundo. Se trata del Kojiki, escrito en el año 712, y el Nihongi, finalizado en el 720. Ambas obras fueron concebidas bajo los auspicios del emperador Temmu y responden a la voluntad política de dar un origen mítico a la dinastía.

El hecho de que los dos textos se hayan conservado escritos responde precisamente a esa voluntad histórica, ya que el emperador y las clases gobernantes pretendían hacer coincidir

el origen del mundo con el origen de la historia, y para ello era esencial que sus antepasados (convertidos en divinidades) estuviesen presentes en él.

El fragmento que narra el principio de la creación es bastante críptico en ambos relatos, ya que no sólo se citan los nombres de los dioses sin especificar cómo se produjo su nacimiento, sino que algunas de las divinidades que aparecen no vuelven a mencionarse ni una sola vez. Tras la separación entre el cielo y la tierra, surgieron una serie de dioses, entre ellos, las denominadas cinco Divinidades Celestiales y las Siete Generaciones de la Era de los Dioses. Asimismo se hacen referencias a la Alta Planicie Celestial, la Augusta Columna Celestial y la Estrella Polar. Esta última simboliza el Gran Uno, que puede identificarse tanto con el principio primigenio como con la figura del emperador y sus antepasados. La explicación de la formación del mundo que ofrece el *Nihongi* está muy influida por la concepción china y es más esclarecedora, en primer lugar, porque utiliza una sencilla imagen (un huevo), y, en segundo lugar, porque se percibe un cierto afán ordenador, ya que hace referencia a los principios femenino y masculino (la dualidad *yin/yang*):

"Cuando el cielo y la tierra no estaban todavía divididos, *yin* y *yang* tampoco estaban separados, su masa caótica era como un huevo de gallina, indeterminado e ilimitado, y contenía un germen. Lo puro y claro se extendió de forma tenue y se convirtió en el cielo: lo pesado y turbio se depositó y se convirtió en la tierra. Al unirse lo tenue y maravilloso, la concentración fue fácil; al fortalecerse lo pesado y turbio, la solidificación resultó difícil. Por eso surgió primero el cielo y luego se formó la tierra. A continuación generaron entre ambos a los seres divinos."

La Pareja Creadora

El siguiente pasaje se inicia con la presentación de las dos divinidades primigenias que dieron paso a la creación: Izanagi (dios masculino) e Izanami (su hermana menor), dos de los últimos miembros de las anteriormente citadas Siete Generaciones de la Era de los Dioses. Antes de unirse conyugalmente (según les habían ordenado las divinidades celestes) debían dar una vuelta de carácter ritual alrededor de la Augusta Columna Celestial (vínculo entre el cielo y la tierra), situada en el centro de la Sala de Ocho Brazas (en la concepción japonesa del universo, el número ocho representa la totalidad; esta sala es, por tanto, una representación del mundo a pequeña escala, un microcosmos). Él por la izquierda y ella por la derecha, cuando vuelven a encontrarse se emparejan y de su unión nace un primer hijo malogrado (Hiruko, el niño-sanguijuela), que es abandonado a su merced en un bote en medio del océano (se convertirá en la divinidad protectora de los pescadores). De sus relaciones posteriores surgieron varias islas (entre ellas, el conjunto llamado Gran País de las Ocho Islas, nombre mítico por el que es conocido Japón), numerosas divinidades y los mares, los ríos, las montañas, los árboles y las hierbas de todo el universo.

Cuando Izanami estaba a punto de dar a luz un nuevo dios, murió quemada, ya que este último y póstumo vástago es Kagutsuchi (el dios del fuego). Como su alumbramiento supuso la destrucción de su procreadora, este principio-dios tiene un poder devastador. De ahí que su padre, Izanagi, abatido por la pérdida de su esposa, lo degollara con su espada de diez palmos de largo. De las ocho gotas de sangre del infanticidio divino surgieron otras tantas divinidades (llamadas dioses nacidos por la espada y relacionadas todas con partes de la montaña: rocas, hierbas, guijarros, árboles, etc.). Una de las propiedades de los seres divinos es su capacidad de metamorfosearse, por ello Kagutsuchi se transforma: de los pedazos de su cuerpo surgen otras deidades relacionadas con el fuego, pero en su vertiente "domesticada" y no peligrosa.

El periplo de Izanagi

Tras la descripción del origen de los componentes celestiales y terrenales del universo, el siguiente pasaje de las narraciones míticas explica el mundo de los muertos. Izanagi, que no se resigna a la soledad y considera que debe continuar su labor creadora con la desaparecida Izanami, parte hacia el País de las Tinieblas. Como en el caso de Orfeo y Eurídice, Izanami le dice a su esposo que intentará llevarlo de regreso al mundo de los vivos, pero que él deberá respetar el tabú y no mirarla. Izanagi no cumple su promesa y la ira de los habitantes del reino de la muerte se cierne sobre él. Perseguido por maléficas mujeres, intenta huir utilizando distintos elementos: su peine (cuyos dientes se convierten en rayos de luz cegadora), piedras (o melocotones, según una de las versiones del *Nihongi*; en el Japón moderno, todavía se cree que este fruto posee el atributo mágico de ahuyentar a los demonios) y un espejo. La fuga finaliza cuando Izanagi logra interponer entre él y sus perseguidoras una roca, que se conocerá como el Gran Dios que Cierra la Puerta a las Tinieblas y que marcará la frontera que separa el mundo de los vivos del de los muertos.

Cuando regresó a la tierra, el dios tuvo que purificarse, ya que cualquier contacto con la muerte implica suciedad. Arrojó sus ropas y su bastón a un lado y después limpió las distintas partes de su cuerpo: todos estos gestos dieron lugar a diversas deidades. De este modo, Izanagi realizó el último acto de creación en solitario.

El mito de la creación del universo en el Asia Central

Cosmogonías del frío

La deidad creadora

Cosmogonía altaica

La cosmogonía hindú

Cosmogonías del frío

Buriatos, tártaros, calmuco, beltiros, yakutos, teleutes... son pueblos que tienen unas concepciones cosmogónicas prácticamente idénticas. Se distinguen unas de otras tan sólo por unas pequeñas diferencias que atañen a los nombres de las divinidades y a sus atributos.

A lo largo de la cordillera de Altai, que se encuentra en el centro de Asia, se establecieron diversas comunidades que sufrieron las sucesivas invasiones de las tribus guerreras de turcos, hunos y mongoles. Estos pueblos, unidos por una lengua propia (la altaica), se extendieron hacia el norte hasta llegar a la taiga siberiana. Esta expansión les permitió asimilar ideas religiosas de otras zonas, principalmente de China y la India, pero también aparecen influencias iraníes, cristianas, tibetanas e islámicas. Aunque los habitantes de esta región abrazaron el cristianismo ortodoxo, en la actualidad todavía persisten algunas de sus ideas religiosas más arcaicas y ciertos mitos ancestrales, como la creencia en el dios celeste y la pervivencia del chamanismo.

La deidad creadora

El dios Tangri (que, según las variantes, recibe los nombres de Tengri, Tengeri, Tingir y Tangere) es la divinidad suprema. La palabra *tangri* (que tanto en turco como en mongol significa a la vez dios y cielo) da una pista sobre las principales características del dios, entre las que destacan sus cualidades de eterno, fuerte, elevado, así como blanco y celeste. Se trata de una deidad creadora que separó el cielo de la tierra, y a quien en algunos casos se atribuye el origen del hombre; sin embargo, no se le considera responsable ni de las enfermedades ni de la muerte, ambas debidas a los malos espíritus (Kormos es uno de ellos). Tangri es omnisciente y no sólo decide el orden cósmico y la organización del mundo, sino que rige el destino individual y colectivo de los hombres. Sus designios tienen

un peso específico en la estructura social, por ello todos los soberanos reciben la investidura del cielo: los gobernantes son los representantes en la tierra del cielo divino. Cuando no existe ningún dirigente, esta divinidad se fragmenta en numerosas deidades celestes (Tengri): dios de la tormenta, de la fecundidad cósmica, etc. Aunque no se sabe a ciencia cierta si tuvo templos dedicados a su persona ni se conserva ninguna representación en forma de estatua, Tangri era invocado, se le dirigían plegarias y se le ofrecían sacrificios (caballos, toros y carneros), especialmente antes de emprender una campaña bélica. Los cometas, las carestías y las inundaciones eran considerados manifestaciones de su enojo con los hombres.

Cosmogonía altaica

Por lo que respecta a la concepción del mundo, a pesar de que los pueblos altaicos conservaron varios elementos autóctonos antiguos, asimilaron y reinterpretaron muchas ideas foráneas. Su noción del universo se basa en la unión de tres niveles: el cielo (ámbito de las divinidades y donde tiene su palacio Bai Olgan, "el de arriba"), la tierra (ocupada por los hombres) y el infierno (regido por Erlik Khan, el soberano del averno, es el lugar donde van a parar los muertos). La estructura del mundo se concibe como la superposición de estos tres planos, cuyo peso sostiene un animal (una tortuga o un pez, según las tradiciones) para impedir que se hundan en el océano. Existen dos representaciones muy gráficas del cielo: como si se tratara de una tapadera de la tierra (que da origen a los diversos vientos cuando no está bien cerrada) o como si fuera la carpa de una tienda. Las costuras de esta carpa conformarían la Vía Láctea, y el poste principal de la tienda, la estrella Polar. Por este eje (que, según las variantes, recibe los nombres de "columna de oro", "columna de hierro" o "columna solar") los dioses bajan a la tierra y los muertos descienden a los infiernos. Los hombres representan este vínculo con las deidades a través de unas estacas llamadas "columnas del mundo", que colocan en el exterior de sus yurtas (viviendas). En el interior de los hogares, un poste principal o la abertura por la que sale el humo se encargan de simbolizar la unión entre el cielo y la tierra. El centro del mundo se representa mediante el árbol cósmico, elemento fundamental en las ceremonias chamánicas. El árbol une las tres regiones que conforman el universo: se erige en el centro de la tierra, las ramas superiores llegan al cielo y sus raíces se hunden en el subsuelo. Según algunas versiones, los Tengri se alimentan de sus frutos, mientras que otras variantes cosmogónicas sugieren que las almas de los niños que todavía no han nacido reposan como pájaros entre el follaje.

Para los altaicos, el origen del universo se desencadena a partir del acto de creación de un dios que recibe los nombres de Sombol-Burkan, Ocirvani u Ocurman, según la tradición. Esta divinidad ordena a un animal (que en ocasiones es un anfibio, un ave acuática o un cisne blanco) que se sumerja en las vastas aguas primigenias: del fondo de ellas debe extraer un poco de lodo con el que posteriormente el dios moldea al hombre (al que insufla un alma) y todas las cosas del mundo. En algunas versiones de este mito tan universalmente difundido (es conocido incluso en la India y América del Norte), el protagonista de la inmersión se convierte en un perverso rival de la divinidad que ha creado el mundo. Esta variante posibilita una interpretación dualista de la realidad: la figura maligna es muy útil para explicar las imperfecciones de la creación, la condición mortal de los seres humanos y la existencia del mal. Sin embargo, otras veces no es el buceador cosmogónico quien se convierte en antagonista, sino las fuerzas del mal, personificadas en Erlik Khan o en Cholm ("el adversario"). A ellos se deben tanto las impurezas de la tierra como las del hombre. El chamán, individuo capaz de descender a los infiernos y tratar con los espíritus, es el encargado de reparar algunas de estas anomalías.

La cosmogonía hindú

En el sur de Asia, el primitivo panteón védico de 33 *devas* dio paso al *trimurti* (trío sagrado), compuesto por Brahma, Visnú y Siva, al que posteriormente se incorporaron otras divinidades.

Brahma, cuya figura a veces se asocia a la de Prajapati, es considerado el creador. De su cuerpo surgió una joven de la cual se enamoró y con quien tuvo un hijo, Manu, el primer hombre. Esta divinidad suele ser representada con mil caras, recordando cómo, prendado de su hija amante, la seguía con su mirada. La duración del universo se cuenta según la duración de la vida de Brahma, cada día de su existencia equivale a un año de la de los hombres; en este período, el dios crea el universo durante el día y lo desintegra por la noche. Con el tiempo, su prestigio cedió ante el de Visnú y Siva.

Uno de los calificativos de Visnú es "el de los grandes pasos", pues sus tres célebres zancadas convirtieron el universo en un lugar habitable para los dioses y los hombres. Amigo y aliado de Indra, ayuda a este dios en su lucha contra la serpiente Vritra. Está casado con Shri, una bellísima deidad asociada a la fertilidad y considerada paradigma de la lealtad de la esposa hindú (complaciente, fiel y sumisa a su marido).

Siva está revestido de características contradictorias. Por un lado, se le considera un dios malévolos, vengador y causante de todo tipo de desastres, mientras que por otro aparece vinculado al ascetismo (suele representarse meditando en el monte Kailasa). Así, entre sus atributos, además de un terrorífico collar de calaveras, cuenta con el tercer ojo de la iluminación. Seductor empedernido, se le relaciona con lo erótico, por eso se le rinde culto en forma de *linga* o falo sagrado. En ocasiones se le venera como "el señor de la danza", y entonces tiene cuatro brazos y su figura aparece rodeada por un círculo en llamas.

La deidad más popular entre los poetas del *Rigveda* es Indra. Dios guerrero, domina la región intermedia (la atmósfera) y es el señor de todo lo húmedo. Aunque sus calificativos hacen referencia a la fuerza que posee ("el que empuña el rayo", "el señor poderoso", "el de los mil ojos"), su gran afición al *soma* contribuye, sin duda, a su imbatibilidad. Tras reemplazar a su antecesor Varuna, se erigió en jefe de los dioses, a los que capitanea en su lucha contra las divinidades maléficas (asuras). Su combate más famoso es el que mantuvo con la serpiente Vritra ("la que no tiene hombros"): el maléfico reptil tenía encerradas las aguas hasta que la poderosa deidad, tras derrotarlo, las liberó abriendo canales en las montañas y formando los ríos. El triunfo de Indra representa la victoria de la vida contra la esterilidad (estancamiento) y la muerte. Durante el período clásico se convirtió en dios de la lluvia. En los *Puranas* aparece como pecador. Su carácter belicista y el hecho de haber seducido a la esposa de un sabio hacen que pierda brillo.

Menos popular que Indra, Varuna fue considerado durante un tiempo el dios supremo por excelencia, creador del mundo y regidor de los dioses y los hombres. Tiene el poder de atar a los seres humanos, por eso suele representarse con una cuerda en la mano. El *Rigveda* dice de él que "estiró la tierra para que sirviese de alfombra al sol" y puso "leche en las vacas, inteligencia en los corazones, el sol en el cielo...". Es omnipresente e infalible: quien se resiste a la ley es responsable ante Varuna y el culpable sólo es absuelto tras llevar a cabo los sacrificios que el propio dios ha establecido. Como muchas otras divinidades, está relacionado con un animal: la serpiente Ahi, que se identifica con el Sol. El astro rey, al alba, se libera de la noche de la misma manera que Ahi se libera de su piel.

El dios Agni representa el fuego y se encuentra en la madera, el agua y las plantas. Nace en el cielo y desciende a la tierra en forma de relámpago; esta conexión le convierte en mensajero entre los dos mundos (a él se le dirigen las ofrendas para que lleguen a los dioses). Eternamente joven, pues renace con cada fuego que se enciende, en el *Rigveda* se afirma que "jamás envejece". Es dios del sacrificio y a la vez sacerdote, por eso se le

invoca constantemente (ahuyenta los demonios y protege de las enfermedades y hechicerías).

El panteón védico está dominado por los dioses. Las pocas diosas de que se tienen noticia desarrollan un papel oscuro. Por ejemplo, bajo el nombre de Devi (la diosa) o de Mahadevi (la Gran Diosa) se agrupan diversas divinidades femeninas del panteón hindú clásico. Una de las más diferenciadas es Aditi ("la no ligada", o sea, la libre). Se la identifica con la tierra y representa la anchura, la libertad, lo que hace pensar que tal vez se trate de una antigua Diosa Madre.

Pavarti (también llamada Uma) es la paciente esposa de Siva. No se deja desanimar por la conducta y costumbres groseras del dios. Con una encomiable tenacidad, logra domesticar a su misantrópico cónyuge.

Durga, en cambio, es una diosa guerrera (inalcanzable para sus pretendientes e invencible en combate). Armada con arcos, espadas y tridentes, lucha contra los demonios que amenazan con desestabilizar el universo. Se la representa con ocho brazos. Kali, que brota de la frente de Durga cuando ésta se enoja, es aún más peligrosa. Calificada como "la oscura", contribuye a la aniquilación de los demonios, pero en ocasiones, cegada por la sangre, destruye la tierra y siembra el pánico entre los hombres. Tiene la apariencia de una bruja demacrada y suele representarse adornada con un collar de calaveras o cabezas cortadas. Los sacrificios de animales forman parte de su culto y son espectaculares: en su templo se sacrifican cabras a diario y, en épocas pasadas, se le ofrecían víctimas humanas.

La diosa Mariyamman también es terrible. Perteneciente a la casta de los brahmanes (sacerdotes), se casó con un intocable que se vistió como uno de su clase; encolerizada por el engaño, tiene por costumbre castigar a los intocables y reducirlos a cenizas. Otras diosas menos conocidas son Usas (diosa de la aurora), Ratri (de la noche), Sitala (de la viruela y afecciones de la piel) y Shashti (del parto). A muchas se les ofrecen en sacrificio búfalos en memoria de Mahisha, un demonio búfalo que mató Durga.

El totemismo

Un símbolo de la identidad comunicativa

Tótem y emblema

El tótem individual

Un símbolo de la identidad comunicativa

Aunque el totemismo tenga un espacio en la vida religiosa de numerosas tribus indias de América del Norte y africanas, es en Australia donde resulta más interesante, porque las creencias totémicas se encuentran aquí en un estado más cercano al origen y porque estas creencias constituyen la base de un sistema religioso completo.

En la antigua Australia, los clanes se agrupan en una unidad superior llamada tribu. Cada clan rinde culto a un determinado animal, planta u objeto inanimado que recibe el nombre de tótem, con el cual sus miembros establecen unos vínculos muy especiales. Para comprender la importancia de las creencias totémicas es fundamental entender qué es un clan y qué tipo de relaciones se establecen entre los individuos que lo integran. Los miembros de un mismo clan están unidos por un vínculo de parentesco, lo cual no significa que exista consanguinidad entre ellos, sino que participan de los mismos derechos y obligaciones que los miembros de una familia: no deben casarse entre sí, tienen que guardar luto cuando muere uno de ellos, etc. Pero lo que en realidad los identifica como miembros de una comunidad es el nombre que todos comparten (y que coincide con el de un animal, planta u objeto): su tótem.

La mayoría de objetos utilizados como tótem pertenecen al reino vegetal o animal, y sobre todo a este último. Otros tótems, mucho menos habituales, se refieren a elementos de la naturaleza o a fenómenos atmosféricos: el fuego, la lluvia, el viento, las nubes, el sol, la luna, el humo, el verano, el agua, el mar, las estrellas... A veces el tótem no es un animal, sino una parte de su cuerpo (la cola, el estómago, el hígado, etc.). Esto ocurre cuando un antiguo clan que compartía el mismo tótem se ha subdividido en varios clanes: cada uno de ellos adopta como suya una parte del animal. También son susceptibles de convertirse en tótems los lugares en que un antepasado mítico realizó una gesta importante e incluso el propio antepasado. Por lo general, los tótems se transmiten por vía hereditaria: según los clanes, el hijo adquiere el tótem de la madre o del padre (o el de la región donde fue concebido).

Tótem y emblema

Los aborígenes australianos consideran que el tótem es algo más que un nombre: es el emblema identificativo que señala su pertenencia a una determinada familia y les distingue de los miembros de otros clanes. Para que esta enseña sea recordada y para que la fuerza que emana de ella esté siempre presente, el tótem se imprime en distintos objetos relacionados con las personas: escudos, rocas, trozos de madera situados cerca de las tumbas, y en diferentes utensilios de uso cotidiano. Además, aparte de su función como aglutinante social (pues cohesiona individuos dispares a los que otorga una identidad común), la figura totémica está inextricablemente unida a la religión y es, ante todo, un objeto sagrado.

Durante las ceremonias religiosas, el tótem se integra en el cuerpo de los participantes. Su figura se reproduce mediante tatuajes e incisiones cutáneas, se representa en las máscaras y se evoca utilizando algunas partes de su organismo (si es un ave, sus plumas; si es un mamífero, su piel y, en ocasiones, su sangre). Pero es en los ritos iniciáticos donde la presencia del tótem desempeña un papel determinante.

La iniciación (que incluye la circuncisión y, en la mayoría de los casos, la extracción de dientes) permite al neófito adentrarse en el significado del ritual totémico, a la vez que le familiariza con los nombres y lugares de sus antepasados. Un instrumento imprescindible en la vida religiosa es el *churinga* (voz aborígen que significa "sagrado"), que desempeña un papel fundamental en este rito. Construidos de madera o de piedra pulimentada, los *churinga* tienen una forma ovalada y suelen llevar grabado el tótem del clan con representaciones muy esquemáticas. Entre las milagrosas propiedades atribuidas a esta herramienta mágica destacan las de sanar las heridas provocadas por la circuncisión, curar enfermedades de todo tipo, otorgar fuerza antes de entrar en combate, debilitar a los enemigos...

El *churinga* es el tesoro religioso del clan y debe guardarse de manera disimulada en un recinto apartado (normalmente en una cavidad), fuera del alcance de los extranjeros, las mujeres y los no iniciados. Este espacio sagrado (llamado *ertmatulunga*) constituye un santuario para todo el grupo totémico y emana una poderosa energía que transmite a todo su entorno. Como lugar de paz, quien se acerca a él goza de derecho de asilo: sirve de refugio a los hombres perseguidos y no está permitido cazar ningún animal que habite en los alrededores.

El tótem individual

Pero además del tótem común a todos los miembros del clan, existe otro que es propio de cada persona y al que ésta dedica un culto particular, exclusivo. A través del tótem individual cada uno expresa su personalidad: entre él y el individuo, plenamente identificados, se establece un vínculo vital. El animal (porque suele ser un animal) se

convierte en el *alter ego* del sujeto, quien, al participar de la dimensión divina de su tótem, empieza a considerarse a sí mismo como un ser sagrado. Así pues, cada persona posee una doble naturaleza: la humana y la totémica. Esta identificación entre el individuo y su animal patrón implica una serie de derechos y obligaciones hacia ambas partes. Por ejemplo, si un hombre tiene como tótem al emú, no podrá cazar ni comer ningún ejemplar de esta especie, y si lo hace estará sujeto a una serie de obligaciones (como purificarse después de llevar a cabo su acción). A cambio de este tributo que se le rinde, el animal patrón ayuda al hombre: le infunde coraje, le advierte de situaciones peligrosas y le protege de los males que le acechan. En definitiva, se comporta como su mejor amigo.

El totemismo individual es una práctica facultativa, ya que no está impuesta por el clan. Algunos individuos no tienen un tótem propio, mientras que otros tienen varios; además, está permitido renunciar a él y cambiarlo. A diferencia de lo que ocurría con el tótem colectivo, la elección del tótem particular no está determinada ni por los progenitores ni por el lugar de concepción, sino que se lleva a cabo en sueños o, tras el rito de iniciación, es un tercero (pariente, mago o anciano) quien lo sugiere.

El chamanismo

Para rectificar la presencia del mal

La llamada

El proceso iniciático

Función del chamán

Cronología del pensamiento prerreligioso

-3000 a -2000

-2000 a -1000

-1000 a -500

Para rectificar la presencia del mal

Adivino y curandero, el chamán, como poseedor de conocimientos superiores a los del resto del grupo, desempeña un papel destacado en la mayoría de las comunidades primitivas.

Los poderes de los que está revestido el chamán (literalmente, "el que conoce") son consecuencia de una serie de experiencias iniciáticas, gracias a las cuales logra comunicarse con las fuerzas sobrenaturales. Esta figura actúa como intermediario entre los hombres y los dioses, pero, como también tiene capacidad para establecer contacto con los malos espíritus, posee además las aptitudes necesarias para sanar a sus congéneres en caso de que sufran daños. Antes de obtener este poder curativo, el iniciado debe superar una serie de pruebas.

Se cuenta que el origen de la estirpe chamánica se debe a un acto de magnificencia divina. Por ejemplo, entre los altaicos, las deidades celestes decidieron que en la tierra tenía que existir un individuo que pudiera ayudar a los hombres a combatir sus dolencias y que, a la vez, supiera encaminar su alma al otro mundo en caso de fallecimiento. Entonces enviaron un águila, que dejó embarazada a una mujer dormida: el primer chamán fue fruto de esta unión.

La llamada

Los chamanes pueden llegar a adquirir esta categoría por vocación, transmisión hereditaria o elección personal o del clan. La primera posibilidad es la más habitual, es decir, normalmente el futuro chamán lo es porque ha recibido la "llamada". Existen indicios que distinguen al chamán de los demás miembros de la comunidad: empieza a tener visiones, siente la necesidad de alejarse de sus congéneres y en ocasiones sufre ataques que le dejan

inconsciente. A estas señales que advierte y siente, el elegido debe responder: se apartará durante unos días del clan y buscará refugio en lugares retirados, caminará sin rumbo por parajes solitarios, hablará consigo mismo en voz alta y se alimentará de manera precaria.

El elegido es consciente de su futura misión, pero también sabe que antes de llevarla a cabo deberá superar pruebas y pasar por sufrimientos que le conducirán a una muerte iniciática. De este modo, su antigua personalidad (su antigua esencia humana) desaparecerá y el individuo renacerá como un ser singular destinado a desarrollar un cometido muy especial en el clan. Porque esta muerte simbólica no sólo le permite conocer los misterios que encierra el alma de los hombres, sino que le familiariza con los dioses y los demonios que son invisibles para el resto de los mortales.

El proceso iniciático

Sin embargo, antes de establecer este contacto con los poderes sobrenaturales, el iniciado debe recibir instrucciones "prácticas" referidas a su futuro oficio. Serán sus antepasados chamanes quienes se encargarán de proporcionarle esta formación: técnicas chamánicas, nombres y atributos tanto de divinidades como de espíritus malignos, lenguaje secreto que se emplea en el oficio, genealogía del clan...

Por lo general, estas enseñanzas también se reciben en estado de éxtasis, ya que forman parte de un conocimiento esotérico al que sólo pueden acceder los elegidos. Maestro y discípulo se apartan de la comunidad durante un cierto tiempo: el chamán instruye al neófito sobre las enfermedades y le acompaña a los dominios de los espíritus celestes.

La segunda parte de este aprendizaje consiste en un descenso a los infiernos. Sin duda, constituye una experiencia más dramática que la anterior, ya que no sólo debe realizarse en solitario, sino que comprende elementos violentos: para superar esta prueba, el futuro chamán tendrá que asistir a su propia muerte. Como si se tratase de un ser clarividente, el iniciado ve en sueños su llegada al infierno. Una vez en él, los demonios despedazan su cuerpo y las diversas partes del mismo son entregadas a los malos espíritus. Así, conoce de cerca las enfermedades y aprende a curarlas. En otros casos, cuando el neófito entra en los infiernos, sus antecesores chamanes le abren el vientre y beben su sangre para, más tarde, infundirle sangre nueva. Durante todo este doloroso proceso el iniciado permanece inconsciente: su despertar puede considerarse una resurrección, porque cuando regresa a la vida lo hace convertido en otra persona con capacidad para curar.

Una vez finalizada la visita al infierno, para concluir su formación, el aprendiz de chamán debe ascender al cielo. El instrumento que le permitirá el contacto con lo divino es un vegetal que, como una llave, le permite la entrada en la bóveda celeste. El árbol chamánico representa el árbol cósmico que une los planos terrenal y celeste: tiene las raíces dentro del hogar y su copa asoma al exterior a través del agujero por el que sale el humo.

Función del chamán

A pesar de su importancia fundamental en la vida religiosa, los chamanes no intervienen en todas las ceremonias; por ejemplo, no participan en los matrimonios y sólo asisten a los nacimientos si se presenta alguna complicación. En cambio, la presencia del chamán es ineludible cuando se trata de enfermedades o defunciones, ya que si en el primer caso el curandero debe expulsar del alma del paciente los espíritus malignos que la han ocupado, en el segundo deberá acompañarla al otro mundo. Asimismo, la autoridad del chamán es requerida para resolver problemas con el ganado o la cosecha. A través de complejos rituales, trata de obtener la bendición de los dioses o de los antepasados para recuperar la producción. Los ingredientes esenciales de este rito son la sangre vertida del animal

sacrificado, el aguardiente (que facilita el acceso del chamán al infierno) y los tambores (que acompañan al curandero en su descenso extático).

Cronología del pensamiento prerreligioso

-3000 a -2000

Asia Central: Muchas figuritas femeninas y sellos con escenas de culto, especialmente con toros.

Baños rituales y altares con fuego.

Asia Menor y Mediterráneo Oriental: Cultos locales a la fecundidad y a la Diosa Madre.

Mediterráneo Occidental: Templos, sacrificio de animales, adivinación, libaciones. Diosa Madre con cultos de fecundidad y de ultratumba. Enterramientos comunales.

Europa Central: Enterramientos comunales que sugieren respeto a los antepasados

-2000 a -1000

Extremo Oriente: Deidades y antepasados que exigen ofrendas y sacrificios. Oráculos y adivinación mediante huesos.

Asia Central: Precusores de algunos dioses hindúes reconocidos en la civilización del río Indo. Introducción de la religión y la literatura védicas.

Asia Menor y Mediterráneo Oriental: Diosa Madre asociada con palomas Diosa Madre asociada con palomas y al toro.

Mediterráneo Occidental: Culto al Sol. Ofrendas votivas en ríos.

Europa Central: Culto al Sol y a otros cuerpos celestes. Ofrendas votivas en ríos.

-1000 a -500

Extremo Oriente: Culto a los antepasados. Aparecen Confucio y Lao-Tse.

Asia Central: La religión védica confundida con cultos nativos. Brahmanismo. Principio del budismo.

Europa Central: Ofrendas votivas.

América: Culto al jaguar. Centros ceremoniales. En Norteamérica, cultos funerarios.

La teoría de la creación del mundo como una ordenación del caos

Una mente ordenadora del caos

Una mente ordenadora del caos

Mitos, leyendas, tradiciones, novelas, dioses, héroes, combates sangrientos, diluvios, terremotos; víctimas y sacrificios, monstruos y gigantes, abismos subterráneos, cultos en cavernas, oráculos indescifrables; fragmentos de poemas, estatuas mutiladas, templos de los que sólo queda una parte de los cimientos... A seis mil, cuatro mil años de distancia, con documentos mal transmitidos y la mayoría de los edificios arruinados, ¿qué nos queda de la Antigüedad?

Quedamos nosotros, por supuesto, pero cargados con un bagaje cultural consciente o inconsciente que nos impone, año tras año, acciones tan dispares como encender hogueras en el solsticio de verano o encerrarnos en familia e intercambiarnos regalos en el de

invierno. O celebrar locos carnavales justo antes del inicio de la primavera, tomar dulces con licor después de un funeral familiar o llevar flores a las tumbas.

Al profundizar en el porqué de estos y otros rituales, podemos llegar por una intrincada escalera-laberinto hasta la percepción de antiguas sabidurías que, ante todo, se preguntaban de dónde y por qué había surgido el mundo habitable, y hacia dónde se dirigía la vida humana, que aparentemente terminaba siempre en la muerte individual.

Paradójicamente, todo parecía un caos ordenado. Si las tempestades asolaban la región, al año siguiente las cosechas eran más abundantes; si en el cielo nocturno las estrellas se mostraban en total desorden, la cadencia de los días y las estaciones era exacta año tras año; si el fuego lo destruía todo en un momento, bien administrado era fuente de calor y de vida... Orden en el desorden. Ése debía de ser el secreto del principio de todo. Ordenación del caos: eso debía ser, necesariamente, la creación del mundo.

La religión griega arcaica

Dioses-hombres en los tiempos remotos

La formación de los mitos

La fuerza de la palabra

Dioses muy humanos

La imagen mítica del mundo

Llamamos "mito" a la descripción de un orden del mundo anterior al orden actual, y tiene la finalidad de explicar una ley orgánica de la naturaleza de las cosas. Por ejemplo, el ciclo mítico de la diosa Deméter -uno de los más grandiosos del pensamiento griego- explica místicamente la germinación, el crecimiento y la maduración del trigo.

Por tanto, no toda leyenda antigua es un mito. Para merecer este nombre, el relato debe referirse al mundo de las esencias; al mito le repugna lo accidental y lo accesorio.

Los mitos mediterráneos, con sus tres principales focos en Grecia, Egipto y Roma, pretenden penetrar en los orígenes y las leyes que rigen el cosmos y el mundo con él, casi siempre a través de la introducción, en el relato mítico, de la intervención directa de los dioses.

Dioses-hombres en los tiempos remotos

Buscando una explicación a las sobrecogedoras experiencias de lo sobrenatural entendido como el desencadenamiento de fuerzas superiores que originan las tormentas y los terremotos y causan la muerte tanto como la vida...

Hablar de la religión griega arcaica significa adentrarnos en un universo politeísta al que no estamos acostumbrados y que nos puede confundir. No obstante, en los diversos aspectos que a veces pueden parecer contradictorios subyace un orden y una experiencia religiosa única.

La religión griega arcaica carece de escritos que contengan algún tipo de revelación divina tal como aparece en los Vedas de la India o, sin ir tan lejos, en las Sagradas Escrituras de los hebreos y los cristianos, o el Corán entregado por Alá a Mahoma. Por lo tanto, la religión del entorno griego más primitivo, y la del posterior, no es una "religión del libro".

Y si bien a partir de los siglos VIII-VII antes de nuestra era muestra una cierta continuidad con la religión del mundo minoico-micénico, con el desarrollo de las ciudades-estado las diferentes preocupaciones vitales de cada una de ellas irán configurando el variado espectro de lo que llamamos religión griega.

Pero la diversidad no significa dispersión o arbitrariedad, y hay que tener en cuenta que, en la antigua Grecia, el ámbito religioso era inseparable del dominio social o político.

La formación de los mitos

Los griegos expresaron sus creencias a través de las narraciones transmitidas primero oralmente y después por escrito, y conocidas bajo el nombre de mitos. La mitología griega forma un complejo entramado de narraciones, a veces aparentemente contradictorias, que reflejan este universo divino politeísta.

Con la asimilación de la escritura fonética fenicia en el siglo VIII antes de nuestra era, se recupera la palabra escrita que se había perdido después de la desaparición del mundo micénico. El mito, del que se tiene constancia incluso desde épocas anteriores a la arcaica, floreció en el canto épico, la poesía lírica y la coral, los himnos, y más tarde en las tragedias, las comedias y, con un uso diferente, la filosofía. En consecuencia, no se puede hacer una distinción tajante entre religión y literatura o narración.

La fuerza de la palabra

La palabra conduce la expresión de lo divino, instaura un orden. En cierto modo, los relatos míticos son narraciones literarias y, si bien implican un cierto grado de ficción, existe en ellos una dimensión de realidad vivida (aunque no necesariamente verídica), al igual que en la historia sagrada para el creyente cristiano. Los mitos no son meras fabulaciones y obedecen a un código preciso. Y, aun así, en nuestro vocabulario pervive la acepción del mito como fabulación, como sinónimo de algo imaginario e inalcanzable.

El antropomorfismo caracteriza la religión griega en Creta y Micenas desde épocas tan tempranas como el segundo milenio antes de nuestra era. La mitología griega comparte este antropomorfismo con otras mitologías de culturas más antiguas (como las mesopotámicas), aunque tiene una característica propia: sus dioses no crean al hombre.

La vida de los dioses se imagina con el lenguaje humano. En el mito, el encuentro con lo divino se expresa en el elemento humano de los dioses. Los dioses griegos viven en familia, se narran sus nacimientos (teogonías) y vidas, que transcurren entre rivalidades, conflictos dramáticos, amistades o matrimonios a semejanza de los humanos. En el mito, y también en la iconografía, el nombre divino representa a un sujeto, a una persona, que a veces puede asumir forma humana e incluso se puede producir un encuentro físico entre el hombre y el dios.

Dioses muy humanos

Entre los griegos primitivos, los dioses cumplían unas determinadas funciones y tenían una esfera de acción que incluso hoy se refleja en los adjetivos que acompañan a cada uno de los nombres divinos.

En el culto se expresaba la función de un dios mediante la invocación de atributos que acompañaban a su nombre. Estos atributos podían ser de tipo toponímico, descriptivo, geográfico, y otros, y variaban en función del dominio en que se esperaba la intervención divina. Así había un *Zeus dios de la lluvia*, y un *Zeus guardián de la ciudad*, o un *Zeus de todos los griegos*. El dominio de cada una de las divinidades estaba perfectamente delimitado, aunque en cada esfera de acción podían intervenir simultáneamente varias divinidades.

En Grecia se rendía culto a dos figuras: a los dioses y a los héroes, mortales que con frecuencia eran hijos de dioses. El culto podía constar de diversas actuaciones, como el rezo, las libaciones, las ofrendas y el sacrificio.

El sacrificio era el acto más importante del culto. Era una muestra de la devoción porque con él se buscaba contentar a la divinidad. Solía tratarse de animales que se sacrificaban y constituían un banquete compartido con la divinidad, ya que los hombres comían la carne del animal ofrecido. En casos excepcionales también se practicaban sacrificios humanos.

Sin duda, el mito como expresión de la religiosidad y, por lo tanto, de la cultura griega nos sitúa en una extraña posición respecto a una cultura tan alejada de la nuestra en el tiempo. Por un lado, existe una cercanía impresionante del hombre con la divinidad y, por otro, hoy nos plantea el interrogante acerca de su verdadero significado: ¿metáfora, mera fabulación, verdad vivida?

Pero finalmente lo que nos queda equivale a una expresión vivaz e inusual de la cercanía del hombre respecto a la divinidad.

La imagen mítica del mundo

Toda religión se desarrolla en un entorno geográfico y social que, si bien no es determinante, sí ayuda a entender algunos de sus aspectos. Así la mitología griega más remota recreó su propia imagen del mundo que se basaba en un sustrato verídico en el que se inserían los diferentes personajes y escenas míticas creando lo que se llama una imagen geográfico-mítica del mundo habitado.

Esta imagen fue representada en mapas que evolucionaron a medida que los griegos iban conociendo más territorios y perfeccionaban sus conocimientos astronómicos. En general los límites de este mundo se solían poblar de seres extraños con costumbres extravagantes. Como siempre sucede en los mitos, una realidad conocida iba acompañada de una realidad inventada, fruto en este caso del encuentro con lo desconocido propio de pueblos tan diferentes del griego.

La mitología refleja una imagen del mundo vertical y otra horizontal.

Los límites de la "geografía horizontal", que correspondería a nuestro concepto actual de "geografía", fueron variando a medida que los griegos iban fundando nuevas colonias por el Mediterráneo.

El mundo o *ecumene* de los antiguos griegos era principalmente el Mediterráneo, más allá del cual estaban las tierras incógnitas.

Dos personajes míticos, dos hermanos, marcaban los límites oriental y occidental: Atlas sostenía la bóveda celeste en el occidente (correspondiendo al actual Estrecho de Gibraltar) y Prometeo estaba encadenado a las rocas del Cáucaso, en oriente.

La "geografía vertical" correspondía a una imagen tripartita del universo en cielo, tierra y submundo o Tártaro más allá del cual estaba el Caos infinito. Estas dos geografías estaban contenidas en un mar que todo lo circundaba, Océano. Es en estos niveles cósmicos donde encontramos a las diferentes divinidades de la mitología griega.

La religión en Cnosos y Micenas

Misterio, arte y religión

Las epifanías

La Gran Diosa Madre y Dioniso

El laberinto y el Minotauro, Teseo y Dioniso

El laberinto

Minotauro

Teseo

Dioniso

Misterio, arte y religión

Arte y religión van de la mano; sea el arte el que encauza el sentimiento religioso o este sentimiento el que genere la actividad artística, lo cierto es que el arte ofrece una lectura de la experiencia religiosa. En la relación que se establece media la naturaleza: lo divino se manifiesta en la naturaleza.

Cuando en 1900 sir Arthur Evans excavó en Creta el palacio de Cnosos en busca de una de las más esplendorosas civilizaciones del Mediterráneo, asoció el lugar al mítico rey cretense Minos. De aquí surgió el nombre de "cultura minoica".

Posteriormente se encontraron, tanto en Cnosos como en Micenas y Pilos, unas tablillas de arcilla con una escritura que, una vez descifrada, resultó ser una lengua griega arcaica. En consecuencia, se dedujo que ambos lugares compartían la misma cultura, llamada desde entonces minoico-micénica. Cnosos y Micenas fueron dos centros de poder palaciego: el primero en Creta y el segundo en el Peloponeso, en la Argólida. Por lo que respecta a la religión, se puede llamar simplemente religión minoica.

La religión es la expresión de un entorno, de un mundo que en este caso es la isla de Creta, la mayor del Mediterráneo. La cultura minoico-micénica pertenece a la llamada Edad del Bronce, cuyo apogeo se sitúa en el segundo milenio antes de nuestra era, y que desapareció de improviso en el primer milenio. Existen testimonios del esplendor e importancia de estos sitios palaciegos, sobre todo en lo que respecta a la actividad artística, como lo demuestra el hallazgo de una ingente cantidad de objetos y de pinturas murales. A través de ellos conocemos la relación del hombre con la divinidad.

La escritura de aquella época que ha pervivido hasta hoy se limita a meros catálogos de contabilidad administrativa, en la que apenas aparecen nombres de divinidades.

El hombre no ocupa el centro, está situado enfrente de la divinidad tal y como se puede observar en los gestos culturales representados en las vasijas, los anillos y las pinturas murales. Se trata de visiones y de epifanías divinas en la naturaleza.

Las epifanías

Con frecuencia, los lugares de culto se encuentran en la naturaleza: fueron cuevas, santuarios de montaña, árboles e incluso animales. Pero el sitio en sí no fue objeto de adoración, sino el lugar "santo" en el que se mostró la divinidad y, en general, ésta se suele representar con figura antropomorfa. La naturaleza del lugar también podía evocar la presencia divina, y así había unas cuevas con estalagmitas que evocaban el útero materno y en las que, según se creía, se había producido la epifanía de la diosa parturienta Ilitia. En cuanto a los animales, el toro, presente por doquier en el arte y la arquitectura cretense y en el que se había encarnado la divinidad, era un animal sagrado. Así es muy frecuente el recurso al símbolo de los dos cuernos y del doble hacha, ya que esta última era el instrumento utilizado para sacrificar al toro.

Las epifanías tienen un carácter festivo y van acompañadas de gestos culturales y movimiento. Para indicar la epifanía, los artistas representaban a los que las presenciaban con los brazos y manos levantados y con las palmas abiertas. La epifanía misma solía mostrar a la divinidad bajando en movimiento, ejecutando una danza. Era en la danza donde la divinidad se encarnaba, y de ahí la importancia de la misma en los actos

religiosos. Era el modo que tenían los humanos de celebrar la llegada de la divinidad; en las procesiones se solía danzar.

La Gran Diosa Madre y Dioniso

Las divinidades más representadas suelen ser femeninas. Se trata de la Gran Diosa, la Diosa Madre de la Naturaleza, la señora de los animales (*pótnia téron*) que ya se encuentra en otras religiones orientales como, por ejemplo, la Madre Diosa anatólica. Pero aunque predominaba la figura de la Gran Diosa también había divinidades masculinas.

El dios más importante y que desempeñará un papel determinante en la religión griega posterior es Dioniso, un dios genuinamente cretense, que aparece mencionado junto a Poseidón y Zeus en las tablillas.

El nombre de Dioniso aparece asociado a la viticultura, que ya se practicaba en los palacios cretenses y que desde allí fue llevada a Grecia. Forma parte de su personalidad divina el estrecho vínculo con la naturaleza, con lo vegetal y lo indestructible inherente a ella y con la embriaguez momentánea de lo que nunca muere. Posteriormente, en Grecia circularía un mito que vinculaba a Dioniso con la isla de Creta y, en particular, con la hija del rey mítico Minos, Ariadna.

Los artistas fueron los vates de lo divino, así como posteriormente en la Grecia arcaica lo serían los poetas épicos; y, por supuesto, la representación antropomorfa de las divinidades será un precedente para la posterior religión griega.

El laberinto y el Minotauro, Teseo y Dioniso

El laberinto

El laberinto aparece mencionado en las tablillas de Cnosos en relación con un culto subterráneo de carácter iniciático. De hecho, en Creta existían cavernas como lugares de culto. El iniciado que salía de estas grutas lo hacía como un hombre nuevo, de manera similar al que se adentra en un laberinto y consigue encontrar la salida. El posterior mito griego del Minotauro estaría relacionado con este aspecto del culto arcaico cretense. Se conserva en Roma un grafito de los tiempos imperiales en el que un niño dibujó con un clavo en una pared un laberinto y escribió debajo: *Laberynthus. Hic habitat Minotaurus* ("Laberinto. Aquí habita el Minotauro"). Desde los tiempos arcaicos hasta las revistas de pasatiempos de nuestros días, pasando por la Roma clásica, las estelas celtas y los atrios de las catedrales góticas, el laberinto forma parte de la conciencia colectiva como un viaje iniciático que, partiendo del exterior, lleva al conocimiento de un centro interior entendido como el origen y el final del mundo.

Minotauro

Monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre, concebido por la esposa del rey Minos, Pasífae, de un toro con que el dios Poseidón había obsequiado al rey. Minos, avergonzado y asustado por lo que su esposa había dado a luz, mandó construir un inmenso palacio (el Laberinto) formado por un embrollo tal de salas y corredores que era muy difícil encontrar la salida. Allí encerró al monstruo, a quien periódicamente le sacrificaba siete muchachos y siete doncellas ofrecidos como tributo por la ciudad de Atenas. El joven héroe Teseo se integró voluntariamente en uno de estos grupos de víctimas sacrificiales y venció al Minotauro saltando por encima de él y agarrándole por los cuernos; además, ayudado por la enamorada Ariadna, encontró la salida del palacio. Esta leyenda conserva el recuerdo de la antiquísima civilización minoica que, según parece, rendía culto a los toros como

personificación del dios sol. En la actualidad se cree que las corridas de toros son un culto solar heredero del "salto del toro" micénico.

Teseo

Al filo de la conclusión de la era matriacal, que dio paso a la civilización patriarcal en el entorno mediterráneo, se alza el héroe quizá más carismático de la Antigüedad: Teseo, un gigante de enorme talla que da muerte al Minotauro y libra a Atenas de su tiranía, presiente los terremotos, seduce y abandona a las mujeres, vence a las amazonas y a los centauros, gobierna ciudades y finalmente muere, quizás suicidado, junto al mar.

Dioniso

Llamado Baco por los latinos, era el dios de la viña y de la embriaguez entendida como delirio místico. Su leyenda, larga y compleja, incluye un nacimiento doble, un largo periplo entre militar y milagrero alrededor del mundo entonces conocido y, finalmente, la ascensión al cielo en calidad de dios. Lo que no impidió que, después de entronizado, volviera a la Tierra para raptar o salvar a Ariadna, cuando ésta acababa de ser abandonada por Teseo en la isla de Naxos.

De las fiestas alocadas en honor de este dios se originaron las representaciones del teatro y las Bacanales, que perviven en nuestros días en los carnavales de todo el mundo.

Dioses y sabios en Asiria y Babilonia

El poder divino de la ciencia

Babilonia: religión y astrología

Las ciencias divinas de los magos mesopotámicos

El poder divino de la ciencia

La civilización sumerio-acadia, primero, y de Babilonia, más tarde, fueron culturas avanzadas con un concepto de la educación muy cuidado y una religión de resonancias astrológicas, que se concentraba en los complejos ritos que probablemente se practicaban en los famosos zigurats.

La primera ciudad sumeria según la leyenda fue Eridu. En la segunda (Badtibira) reinó el pastor Dumuzi, que se casó con la diosa Inanna. Después vino un diluvio (se ha comprobado que, efectivamente, hacia 2900 antes de nuestra era, la zona sufrió un cataclismo de estas características) y un único superviviente, Ziusudra, vio cómo la civilización sumeria tenía que empezar de cero hasta alcanzar las grandes cotas de

civilización bajo el mítico rey Gilgamesh. Más tarde llegaron los acadios, pueblo semita dirigido por su soberano Sargón. Tras siglos de alternancia y mezcla con pueblos extranjeros, como los amorreos y los enigmáticos qutu, la religión de la zona presenta evidentes características eclécticas, debido a los diversos orígenes de cada pueblo que la habitó. Por ejemplo, con la invasión de Sargón, la lengua acadia se impuso, pero se permitió usar el sumerio para el culto.

Los zigurats -su tipo de construcción más original- eran unas pirámides escalonadas de las que han quedado algunos vestigios -en ocasiones muy completos-, cuya función es motivo de controversia para muchos estudiosos. Algunos los consideran enormes altares. Lo más probable es que fueran sede de los ritos hierogámicos en los que la sacerdotisa se unía a la divinidad, representada por el rey o el sumo sacerdote. Desde la cima de los zigurats es muy probable que los magos y adivinos observasen las estrellas.

Los sacerdotes sumerio-acádicos eran instruidos en las *edubba* (literalmente, "casa de las tablillas", puesto que la escritura cuneiforme propia de esta cultura se se consignaba sobre tablillas de barro) y la enseñanza superior incluía temas de teología y lectura de textos sagrados. Después seguía la formación necesaria para desempeñar ciertas funciones, ya que el sacerdocio incluía varias especialidades. Por ejemplo, los Gudu se ocupaban de la unción; los Gala, de los cánticos; los Mashmash, de los conjuros; los Mashushu, de la adivinación, y los Ukku, de los funerales. Respetaban jerarquías: los sacerdotes "jefes" solían ser parientes del rey y pertenecían a las categorías superiores, llamadas sanga y nubanda. Las mujeres sacerdotisas (*nidingir* y *numig*) tenían el estatus de ayudantes.

La religión sumerio-acádica tenía muy en cuenta la agricultura y los astros, por lo que las estaciones, el agua y la fertilidad eran conceptos muy importantes en el rito. El templo era el centro de culto y era llamado "casa" tanto en sumerio (*e*) como en acadio (*bitu*). Los santuarios eran llamados *esh*. Durante las celebraciones, se hacían libaciones de agua, cerveza, vino, zumo de dátiles e incluso aceite, y se realizaban sacrificios de animales, así como prácticas adivinatorias. Cualquier excusa era buena para celebrar una fiesta ritual: una victoria militar, la construcción de un templo, el cambio de estación o la cosecha. La fiesta del año nuevo era la más importante. También, aparte del panteón de los dioses, se creía en los demonios, por lo que los exorcismos practicados por sacerdotes especializados eran frecuentes.

Babilonia: religión y astrología

Como civilización mesopotámica posterior, Babilonia se sustentó en los pilares culturales de las tradiciones precedentes, en especial la sumerio-acadia. En el ámbito religioso es muy evidente. Los pueblos que habitaron sucesivamente Babilonia (amorreos, caldeos, arameos, casitas) eran de mentalidad abierta y no les importó conservar las tradiciones religiosas que les habían precedido. Hubo aportaciones, evidentemente (por ejemplo, los casitas incorporaron los principales dioses de su propio panteón, como Kashshu, Shulimaya y Shugamuna), pero la lengua principal de culto siguió siendo sumeria. Además, la mayoría de dioses, aun con estos nombres, son básicamente los de la tradición sumeria y acadia.

Entre ellos, la figura central era Marduk (el Enlil sumerio), que era conocido con más de cincuenta nombres y se convirtió en paradigma y protagonista del poema que relata el mito cosmogónico babilónico, el llamado *Enuma Elish*. En honor de Marduk se construyó el mayor templo babilónico, el Esagila. Las diversas escuelas teológicas de Babilonia, Ur, Sippar y Eridu, aportaban tantas deidades que el sincrético panteón babilónico consta de más de tres mil, debidamente jerarquizadas y agrupadas en familias. No obstante, se ha podido constatar que el culto a Marduk y a sus familiares era practicado por las clases

dirigentes: los babilonios de a pie parecían confiar más en una especie de dioses personales o familiares, y en las prácticas de magia y brujería.

Dado el ingente número de dioses, existían muchos templos. En ellos se adoraba a las estatuas (los dioses se representaban siempre de modo antropomorfo, y su comportamiento era muy humano en los mitos), que eran limpiadas, vestidas y alimentadas con ofrendas casi a diario. Los demonios, que también eran importantes en la cultura religiosa babilónica, eran representados como híbridos entre humanos y animales, y su dominio era la noche. Eran muy temidos, por lo que la figura de los exorcistas era muy importante. Como en Sumer, los sacerdotes y sacerdotisas estaban especializados en distintas funciones y aunque cambien algunos nombres, seguían siendo especialistas. Sin embargo, una aportación importante era la del Urigallu, o custodio del templo. El sumo sacerdote, que estaba por encima de todos los servidores de los dioses, era denominado Enu.

La mayoría de divinidades eran de origen astral. Los babilonios pensaban que los astros eran imágenes de los dioses y que podían influir en el destino humano, por lo que los observaban y les rendían culto. En Nínive y Babilonia hubo grandes observatorios donde los astrónomos y astrólogos documentaban, estudiaban y predecían con precisión eclipses y otros fenómenos, tal vez los primeros de los que hay constancia escrita en la historia de la humanidad.

Las ciencias divinas de los magos mesopotámicos

A-ki-til: Fiesta ritual del Nuevo Año que celebraban los sumerios. Su denominación significa literalmente "fuerza que hace revivir el mundo". En ella se conmemoraba la efímera comunión entre los dioses y los hombres. El soberano sumerio encarnaba el papel del dios Dumuzi.

Akitu: Versión acadia del A-ki-til, sustituyendo a Dumuzi por Tammuz.

An: Deidad sumeria que se identifica con el cielo. En principio era la divinidad soberana, pero por su estatus de *dios ocioso* quedaba relegado respecto de otros dioses del panteón mesopotámico. Fue engendrado por Nammu.

Anunaki: Los siete jueces del infierno babilónico.

Apsu: Deidad babilónica masculina que representa el agua dulce.

Aruru: Diosa sumeria a quien se atribuye la creación del ser humano, aunque otras versiones se decantan por la acción combinada de Enki (que insufla vida) y Nammu (que proporciona el corazón).

Dumuzi: En la mitología sumeria, pastor que se casó con la diosa Inanna. Tras marchar su esposa a conquistar la tierra de los muertos, usurpó su poder. Cuando Inanna volvió lo arrojó al infierno.

Ea: En la mitología babilónica, señor de las aguas que mató a Apsu y engendró con su esposa Damkina a Marduk.

Enki: Señor de la tierra y dios de los cimientos en Sumer. Al principio fue considerado erróneamente por los estudiosos dios de las aguas porque la concepción sumeria de la Tierra (que descansaba sobre un inmenso océano) permitió la confusión.

Enlil: Dios sumerio. Considerado Señor de la Atmósfera y llamado también "Gran Monte", nació de la unión e identificación entre las divinidades An y Ki.

Enuma Elis.: Poema cosmogónico babilónico en el que se narra la creación del mundo y las peripecias y dramas de los diversos dioses sumerios, acadios y babilónicos.

Epopéya de Gilgamesh: Famoso texto babilónico en estilo bíblico que narra las vicisitudes del héroe y rey de Uruk Gilgamesh en su búsqueda de una inmortalidad que finalmente no consigue. Ello es interpretado por los estudiosos como una tendencia mesopotámica al pesimismo antropológico y religioso, una visión más existencial de lo habitual en las religiones del mundo antiguo.

Ereshkigal: En la mitología babilónica, hermana mayor de Inanna. Era la reina del inframundo y de la muerte y su mirada mataba. Retuvo a su hermana en el infierno cuando ésta intentó usurpar su poder y sólo la liberó a cambio de quedarse con Dumuzi.

Gilgamesh: (Véase Epopeya de Gilgamesh).

Hammurabi: Soberano amorreo de Babilonia que inauguró una dinastía y restableció la unidad en Mesopotamia durante un siglo. Afirma haber sido engendrado por la diosa Sin (Luna).

Inanna: Importante diosa babilónica, correspondiente a la estrella Venus y símbolo del amor. Más tarde fue llamada Ishtar y con posterioridad Astarté. Para expresar la plenitud de sus poderes, se la representaba hermafrodita.

Ishtar: Nombre acadío (y más conocido) de la diosa Inanna.

Ki: Diosa sumeria de la Tierra, engendrada por Nammu junto a An para formar la primera pareja de dioses creadores.

Kingu: Dios guerrero creado por Tiamat para vengar la muerte de su esposo Apsu. Fue vencido por Marduk, que también acabó con la vida de Tiamat, con cuyo cráneo formó la bóveda celeste.

Marduk: Versión babilónica del dios sumerio Enlil. Vencedor de los dioses de las aguas, a partir de sus despojos configuró el cielo y la tierra.

Nammu: Diosa sumeria considerada madre del cielo y de la tierra y también abuela de todos los dioses. Se la identificaba con un pictograma con las aguas primordiales. De ello se deduce la teoría acuática de los sumerios sobre el origen del mundo.

Nam-tar: Acto de determinación de ciertos decretos que los sumerios atribuían al juicio divino. Se lleva a cabo durante el A-ki-til o Año Nuevo.

Nanna-suen: Diosa babilónica de la Luna.

Nergal: Esposo infernal de Ereshkigal y, por tanto, rey del mundo de los muertos.

Nidama: Diosa que reveló el enclave celeste de las estrellas benéficas al rey sumerio Gudea en un tablero, lo cual posibilitó el importante papel que tienen los templos y zigurats en la cultura mesopotámica.

Ningursag: Diosa sumeria. Compañera de Enki, engendró con él varias hijas para después repudiarlo. Enki enfermó a causa del rechazo de su esposa, y ella, compadecida, acabó por curarlo con su "mirada de vida".

Shamash: Nombre babilónico del dios del Sol. Junto a Ishtar y Marduk constituía el triunvirato de dioses más adorados en el período babilónico a partir del reinado de Hammurabi.

Sin: Nombre que se daba en Babilonia (a partir de Hammurabi) a la diosa de la Luna.

Tammuz: Versión babilónica del sumerio Dumuzi. Se le rindió culto durante mucho tiempo; su mito corresponde al del dios joven que muere y resucita cada año, siendo metáfora del eterno retorno, al estilo del egipcio Osiris.

Tiamat: Divinidad femenina babilónica que representa al agua salada. Fue vencida por Marduk, quien hizo de su cráneo la bóveda celeste y de sus ojos, el Tigris y el Éufrates.

Tiara de cuernos: Emblema sumerio, común a otras civilizaciones del Próximo Oriente, cuyo probable origen neolítico es el simbolismo religioso del toro.

Ut-Napishtim: Superviviente del diluvio universal. Impuso a Gilgamesh una serie de pruebas de las que no pudo salir victorioso, por lo que no consiguió la inmortalidad.

Utu: Dios babilónico del Sol.

Zagmuk: Nombre babilónico dado al Akitu acadio y al A-ki-til sumerio.

Zigurat: Torre escalonada de base cuadrangular, común a todas las culturas mesopotámicas y desde la que los magos contemplaban las estrellas y descifraban su influencia. El más conocido es el de Ur.

Zisudra: Único hombre -inmortal- que se salvó del diluvio en la cultura sumeria. En la versión acadia es llamado Ut-Napishtim.

Dioses y reyes en el antiguo Egipto

Una religión del ciclo cósmico

Religión de Estado

Divulgación de la piedad

Dinastías egipcias divinas

El Uno, los dioses demiúrgicos y los conceptos fundamentales de la teología egipcia

Una religión del ciclo cósmico

Los ciclos de los astros y de la crecida anual del Nilo tuvieron tanta influencia en la percepción del tiempo y el espacio entre los egipcios, que éstos concibieron el mundo como un equilibrio sutil de fuerzas. La necesidad de un orden universal dio pie a numerosos ritos en el intento de desvelar la cara oculta del universo y sus poderes.

Entre los egipcios, el ciclo natural de la crecida anual del Nilo había de ser preservado porque por experiencia sabían que de él dependía la fertilidad de la tierra y, en consecuencia, la abundancia de las cosechas. Llevando estas observaciones a un nivel trascendente, la puntualidad de los ciclos naturales -medida con la ayuda de unas ciencias astronómicas y matemáticas muy avanzadas- sugería la idea de una ordenación universal del caos, es decir, la creación del mundo (no de la nada, sino del caos primordial), así como de una nueva vida para el hombre tras una muerte inevitable, habiendo equiparado la muerte con el caos, la noche y el mal por un lado, y la vida, con el orden, el día y la justicia, por otro. Sin embargo, el Principio Creador no era dual: el creador era el Uno que genera lo múltiple y se muestra a los humanos a través de su demiurgo.

El Uno es inalcanzable, incomprensible y oculto, pero se manifiesta de una forma múltiple a través de los "dioses": dioses del bien y del mal, del día y de la noche, de los vivos y de los difuntos, de la crecida y de las cosechas; dioses de cada nomo o poblado: un panteón de dioses, cada uno con su función, algunos con sus mitos, que en realidad no son más que el demiurgo de lo Uno, no facetas de él, sino diversas formas de hacerse si no comprensible, al menos cercano al hombre. Porque el hombre no sólo forma una parte pasiva de la creación, no sólo es creado, sino que es el rey divinizado (convertido en demiurgo, dios de los vivos mientras vive y de los muertos cuando ha fenecido) y por él toman una parte activa en el acto diario de la creación. La religión egipcia es la religión del mantenimiento

diario del acto creador del Uno. El complejo ritual de cada amanecer, en un principio reservado al rey y con el paso de los siglos delegado en algunos funcionarios escogidos y finalmente confiado a la clase sacerdotal, pretende y logra, mágica y eficazmente, levantar al Sol sumido en el reino de la noche e impulsar su curso benefactor por el arco celeste durante el día. Este ritual logra el triunfo del Sol (la vida, el bien, las cosechas) sobre la noche (la muerte, el mal). Es la ordenación diaria que significa eficazmente el cosmos frente al desorden que es el caos.

Religión de Estado

Cómo alcanzó el rey ese estado divinizado es para nosotros un misterio que se difumina en la lejanía de los tiempos. Es imposible un salto repentino desde la Edad de Piedra a una elaboración tan abstracta y a un sistema tan coherente como el que encontramos ya en el tercer milenio antes de nuestra era en el valle del curso bajo del Nilo. Si finalmente se demuestra como cierta la reciente y polémica teoría que afirma que la erosión de la Esfinge de Gizeh y de su entorno no se debe al viento sino a la lluvia, la ciencia egiptológica deberá ser replanteada de arriba abajo, puesto que habrá que retrotraer el inicio de la historia por lo menos cuatro mil años y remontarlo hacia el octavo milenio antes de nuestra era.

En cualquier caso, el Egipto que nos queda y que conocemos con suficientes evidencias históricas es el imperio de un dios demiurgo (Horus, el Sol) llamado Faraón, que cuando muere es asimilado al dios demiurgo Osiris. Dios mortal/inmortal entre mortales a su servicio; todo el Estado egipcio existe, trabaja y vive para él, para su subsistencia, para su servicio y su defensa porque de él depende cada mañana la renovación del ciclo cósmico; de ello depende, a su vez, la vida y el relativo bienestar de todos: desde el más alto funcionario hasta el esclavo más ínfimo de la escala social egipcia.

Así se mantienen rígidas y larguísimas dinastías antiguas (con reinados individuales de hasta noventa años, como el de Pepi II), sus períodos intermedios hasta la llamada Época baja, cuando las conquistas exteriores y las crisis interiores van secularizando paulatinamente el culto real y los individuos (primero los de las clases más altas) van reclamando para sí una nueva vida tras la muerte en un paraíso que, sin embargo, reproduce siempre el paisaje y los quehaceres del Egipto cotidiano (por lo menos esto es lo que reflejan las pinturas y los textos en las tumbas).

Divulgación de la piedad

Junto a la expansión de la devoción popular relativamente reciente, desde la más remota antigüedad las festividades anuales del calendario sagrado egipcio han llamado a todos los fieles a presenciar las procesiones y a tomar parte en los juegos escénicos que recuerdan episodios cruciales de los mitos religiosos.

Toda gran fiesta se caracteriza por la "salida del dios", cuya estatua es sacada del santuario, colocada en lo alto de una barca gestatoria y llevada en procesión por el exterior de los muros del templo. A la multitud de los fieles y a los peregrinos, la aparición divina en la procesión les concede el privilegio de alcanzar finalmente la cercanía del dios, unos raros instantes de contacto con lo divino que los humildes aprovechan para invocar, impetrar e incluso consultar, a modo de oráculo, el movimiento de la barca llevada a hombros por los sacerdotes.

El detalle de que la imagen del dios sea llevada en una barca obedece por un lado al mito de la laguna que hay que cruzar para llegar al reino de los muertos, pero por otro también explicita lo que de vida y renovación suele implicar el medio acuático.

Sin duda es en estas fiestas cuando la humanidad egipcia puede expresar intensamente sus lazos individuales con el dios. Sin embargo, más que las ruidosas fiestas públicas y fuera de ellas, en la religión egipcia impera la recomendación de un contacto íntimo, continuado y silencioso: "La habitación del dios aborrece los gritos. Reza para ti con los deseos de tu corazón. Entonces el dios te atenderá, te escuchará". Así lo enseña un texto de la época que ha llegado hasta nuestros días bajo el título de *Enseñanza de Anii*.

Dinastías egipcias divinas

En el antiguo Egipto, el rey, Faraón, dios encarnado, garante del retorno regular de los ciclos naturales, rector de los actos de los hombres y personificación del poder de los dioses, asumió el papel de pivote central de un universo en constante creación y ordenación. Por todo ello, la religión fue ante todo y sobre todo un asunto de Estado.

El Uno, los dioses demiúrgicos y los conceptos fundamentales de la teología egipcia

Amón: gran dios de Tebas, el Uno, inaccesible, "el escondido".

Amón y Amonet: pareja de dioses del poder oculto en Hermópolis.

Anubis: dios perro funerario.

Atón: dios demiurgo de Ra, "ser y no ser".

ba: esencia de la divinidad, alma de los vivos que sobrevive a la muerte.

Bastet: diosa madre, benévola y terrible.

corazón: sede del pensamiento y de los deseos.

Faraón: rey dios.

Hathor: diosa madre, benévola y terrible.

He y Hehet: pareja de dioses del espacio infinito en Hermópolis.

Horus: dios halcón, inaccesible, faraón en vida, "lo alejado", hijo póstumo de Osiris e Isis.

Isis: diosa madre, esposa de Osiris, asociada a la constelación de Virgo.

ka: principio de la energía vital.

Ke y Keket: pareja de dioses de las tinieblas en Hermópolis.

kheperu: conjunto de formas demiúrgicas de manifestación del Uno.

Khum: dios carnero.

Maat: diosa hija de Ra, el orden necesario del universo.

Nun y Nunet: pareja de dioses del agua inicial en Hermópolis.

Osiris: dios de los muertos, faraón difunto, asociado a la constelación de Orión.

ouab: estado de pureza necesario para los servidores del dios.

Ptah, Apis: gran dios de Menfis.

Ptah Tatenen: la tierra que emerge tras la inundación del Nilo.

Ra: dios Sol, gran dios de Heliópolis ("ciudad del Sol").

sekhem: poder creador.

Sobek: dios cocodrilo.

Toth: dios de Hermópolis.

El culto a los muertos en el antiguo Egipto

Una omnipresencia aterradora de la muerte

Nueva vida tras la muerte

Magia y ritos funerarios

Tumbas y templos en los valles sagrados

La tumba

El templo

Aspectos religiosos de las civilizaciones prehelénicas

Ritos principales

Ciudades principales

Deidad femenina principal

Deidad masculina principal

Representación de las divinidades

Mito relacionado con un culto iniciático

Animal relacionado con el culto

Cultos de muerte

Lugar de los cultos

Rey mítico

Carácter religioso del rey

Dios de la renovación

Héroe semihumano

Dios del agua

Diosa de la tierra

Dios solar

Una omnipresencia aterradora de la muerte

La muerte y la aspiración a trascenderla crearon entre los egipcios un sistema de creencias y prácticas que, si al principio sólo se refirieron al rey, acabaron extendiéndose al resto de los mortales a través de un largo proceso de divulgación.

Si algo nos resulta fácil comprender, cuando penetramos en el envolvente mundo religioso de los egipcios de la Antigüedad, es -junto a su obsesión por el orden universal- su indudable amor a la vida. Por sorprendente que pueda parecernos a cinco mil años de distancia, la sociedad egipcia de los faraones, asentada en un medio natural cuya feracidad garantizaba puntualmente la crecida anual, aparentemente caótica, del río Nilo, era muy próspera. Según los relatos hebreos conservados en los libros bíblicos Éxodo y Números, incluso los esclavos echaban de menos, tras su salida de Egipto, el relativo bienestar de que habían gozado a pesar de su condición, y que habían perdido tras los pasos de un Moisés visionario e iluminado. "¡Quién nos diera carnes para comer! Acordándonos estamos de aquellos pescados que de balde comíamos en Egipto; nos vienen a la memoria los cohombros, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos." Ciertamente, la próspera sociedad egipcia podía permitirse el lujo de cuidar de sus esclavos y proporcionarles alimentos comunes, como los cohombros, las cebollas y los ajos, cuyas propiedades preventivas y curativas de numerosas enfermedades conocemos bien.

Nueva vida tras la muerte

Sin embargo, la concepción egipcia de la vida tras la muerte era muy primitiva: no se trataba del paso a una vida eternamente bienaventurada en la contemplación de la divinidad, sino de una prolongación o perpetuación de una vida suficientemente placentera

en este mundo, pero en otro ámbito que, aun siendo paradisíaco, reproducía los ciclos, las cuitas y los quehaceres de la vida anterior. La muerte no era más que la última prueba que debía superar el justo; si luego, a la hora del juicio, su corazón no daba el peso requerido, el muerto era engullido por un monstruo devorador; en cambio, si la balanza permanecía en equilibrio con la virtud, su nueva vida apenas sufriría cambios, salvo que en lugar de realizar ofrendas, las recibiría y su grado social se conservaría mientras los deudos vivos mantuvieran el culto de las ofrendas. Aunque también, por si los deudos fallaban, el difunto ordenaba que decoraran su tumba con pinturas e inscripciones que, por magia eficaz, mantendrían para siempre vivo el culto del lado visible del mundo para que, en el otro, el difunto pudiera seguir disfrutando de la nueva vida.

Ciertamente, un proceso que el toque mágico hace rocambolesco y que inicialmente estuvo reservado al rey dios en cuanto dios. La progresiva secularización o divulgación (en todo caso, difusión) de la teología real permitió a muchos egipcios asumirla para alcanzar la ansiada inmortalidad, siempre, claro está, que pudieran obtener una licencia real y costearse una tumba con sus correspondientes enseres e inscripciones mágicas y pudieran hacerse con su propio pasaporte para la eternidad: el rollo de papiro que hoy llamamos *Libro de los muertos* y que -cuando se ha conservado- se ha encontrado sistemáticamente en las excavaciones junto a cada sarcófago.

Magia y ritos funerarios

Del amor a la vida y el conjuro de una muerte entendida como dislocación de los principios constitutivos de la persona emergieron las espectaculares construcciones funerarias con clara voluntad de permanencia indefinida en el lugar en que fueron construidas y que todavía hoy puntean el valle del Nilo. Por supuesto, con una obsesión por la obra bien hecha (ni siquiera hoy pasa el filo de una navaja por la rendija entre piezas de sillería cortadas con una precisión milimétrica), con una elaboración teológico-matemática asombrosa y con una monumentalidad cuyos medios de realización todavía no se conocen a ciencia cierta. ¡Todo ello, exclusivamente, para no perder la vida -así contuviera también algunas ocupaciones y preocupaciones- en un cosmos en constante creación y que a diario debía ser sometido a un proceso de ordenación perfecta!

La magia eficaz fue siempre elemento primordial en el ensamblaje de ritos que respondían al sistema de ideas de la religión egipcia. Y si los ritos regios del alba pretendían regenerar la acción del Uno cada mañana, los ritos y los monumentos funerarios pretendieron mantener vivo el recuerdo del difunto y así permitirle el paso a la nueva vida. La momificación, los elementos mágicos inscritos o depositados en la tumba y la misma tumba no pretendían otra cosa.

La momificación respondía a la creencia mágica de que la preservación del cuerpo era esencial para la supervivencia del difuno. Los procesos eran tan caros como en vida pudiera haberse costado el interesado. La momificación del rey alcanzó un grado máximo de perfección a partir de finales del Imperio Nuevo, para muy pronto dar paso a una rápida decadencia que ponía de manifiesto el fracaso de los sabios en su pretensión de conservación intacta de los cuerpos. La momificación del faraón en la época de máximo esplendor técnico constituía un proceso de cuidados prolongado durante unos setenta días, y empezaba por la evisceración y desecación de todos los órganos con la ayuda de la sosa (natrón), y la recomposición y vendaje final con lino empapado en resinas y ungüentos aromáticos, como la mirra y la canela. Si recordamos el gran mito de Osiris descuartizado por su hermano Seth y recompuesto miembro por miembro por su hermana-esposa Isis, en la que después engendra al Gran Dios del Sol Horus, tendremos una idea de la coherencia

egipcia al unir dioses y muerte para resumirlo todo en una sola palabra: vida, o en dos: vida eterna.

Tumbas y templos en los valles sagrados

En una religión en la que el rey es dios, el complejo de los monumentos funerarios reales se concibe como el puente de unión por excelencia entre el cielo y la tierra, el horizonte en el que el rey se beneficia de las ofrendas y nutre su vitalidad como un Osiris triunfante, asociado para siempre al curso solar.

La tumba

Al igual que en los monumentos religiosos, la arquitectura, el mobiliario y la decoración de la tumba ejercían una magia activa al servicio del difunto. Según las concepciones mágicas del egipcio, la imagen tenía valor de realidad y garantizaba al propietario el beneficio de lo representado, de ahí el esfuerzo para hacerla más duradera, sobre todo con el uso de la piedra; también a este fin, las imágenes habían de suplir la tibieza ocasional de los encargados de mantener el culto funerario. La mastaba (tumba construida en forma de macizo rectangular, con muros en talud que encerraban la capilla de culto y, en el subsuelo, el panteón funerario) había de ser el marco en el que el difunto satisfacería sus necesidades. Permaneciendo momificado en su panteón y rodeado por un mobiliario funerario lo más abundante posible, el difunto se beneficiaría de las ofrendas en la capilla de culto a través de la "estela-falsa puerta" frente a la cual estaba colocada la mesa de las ofrendas.

El templo

A lo largo de un eje netamente trazado se encadenan espacios y volúmenes cada vez menores (patios, salas hipóstilas, sala de la barca sagrada, santuario), como desde un antetemplo a un templo íntimo. El misterio del reencuentro queda reforzado por una sutil combinación de la luz y las sombras, hasta la oscuridad total del santuario. Desde la perspectiva de la magia activa, la decoración del templo participa en la regeneración necesaria del poder divino a cargo del rey; lo que a nosotros nos parece espectacular decoración, para los egipcios era una verdadera animación del edificio a través de los textos grabados y las imágenes. La decoración tenía un valor activo: no se trataba de narrar hechos asombrosos, sino de obtener la eficiencia necesaria y una garantía de perennidad de los mitos y de los ritos evocados. Era una prolongación de la acción real, que activaba la energía divina a través del cumplimiento de los ritos. A pesar de los grandes panegíricos reales que cubriendo los muros exteriores narraban victorias sobre enemigos o éxitos cinegéticos, en realidad todo ello era una conceptualización ritual de la ordenación del mundo por parte del dios creador frente al caos inicial. La decoración interior, por su parte, ofrecía una imagen del universo en su estado de perfección: sol puro, vegetación prolija, plafones estrellados en representación del cielo. En los muros, cuadros estrictamente organizados ilustraban los ritos esenciales para la marcha del cosmos, los múltiples gestos del intercambio fundamental del don y el contradón entre el rey y los dioses.

Aspectos religiosos de las civilizaciones prehelénicas

Ritos principales

Egipto faraónico: Reencarnación divina, búsqueda de la inmortalidad

Sumer/Babilonia: Adivinación, cánticos, conjuros, sacrificios

Creta/Micenas: Epifanías, danzas, sacrificios

Ciudades principales

Egipto faraónico: Tebas, Heliópolis, Menfis

Sumer/Babilonia: Nínive y Babilonia

Creta/Micenas: Cnosos/Micenas

Deidad femenina principal

Egipto faraónico: Isis (Diosa Madre)

Sumer/Babilonia: Inanna/Ishtar

Creta/Micenas: Gran Diosa (*Potnia Theros*)

Deidad masculina principal

Egipto faraónico: Amón-Ra, luego Osiris

Sumer/Babilonia: Enlil/Marduk

Creta/Micenas: Dioniso, Zeus

Representación de las divinidades

Egipto faraónico: Zoomorfa

Sumer/Babilonia: Antropomorfa

Creta/Micenas: Antropomorfa

Mito relacionado con un culto iniciático

Egipto faraónico: Pruebas que pasa el faraón antes de vencer a la muerte

Sumer/Babilonia: Epopeya de Gilgamesh

Creta/Micenas: Mito del laberinto

Animal relacionado con el culto

Egipto faraónico: Halcón, chacal, cocodrilo, carnero

Sumer/Babilonia: Toro

Creta/Micenas: Toro

Cultos de muerte

Egipto faraónico: Momificación, tumbas preparadas para la vida en el más allá

Sumer/Babilonia: Son menos significativos que en otras culturas

Creta/Micenas: Iniciación ritual del difunto al más allá

Lugar de los cultos

Egipto faraónico: Santuarios

Sumer/Babilonia: Zigurats/templos

Creta/Micenas: Grutas sagradas/colinas

Rey mítico

Egipto faraónico: Horus

Sumer/Babilonia: Gilgamesh

Creta/Micenas: Minos

Carácter religioso del rey

Egipto faraónico: El faraón es el dios Horus encarnado

Sumer/Babilonia: Representante de la divinidad en los ritos hierogámicos

Creta/Micenas: Rey-sumo sacerdote

Dios de la renovación

Egipto faraónico: Osiris

Sumer/Babilonia: Dumuzi/Tammuz

Creta/Micenas: Ilitia (diosa del parto)

Héroe semihumano

Egipto faraónico: El faraón (adquiere su naturaleza divina al morir)

Creta/Micenas: Heracles

Dios del agua

Egipto faraónico: Nun y Nunet

Sumer/Babilonia: Ea (dios) y Tiamat (diosa)

Creta/Micenas: Poseidón

Diosa de la tierra

Egipto faraónico: Hathor

Sumer/Babilonia: Ki

Creta/Micenas: Diosa Madre

Dios solar

Egipto faraónico: Ra/Horus

Sumer/Babilonia: Shamash

Creta/Micenas: Helios

Los dioses del Olimpo

La morada de los dioses griegos

La familia olímpica

Los nombres de los dioses

Los dioses del Olimpo

La cultura occidental, que ha sido hegemónica para la mayor parte de la humanidad al menos desde el descubrimiento de América, y que hoy, por medio de la globalización económica, va invadiendo incluso las formas de vida asiática y africana, depende directamente del sistema de creencias y de la organización social de la Grecia y la Roma clásicas. Estamos hablando de aproximadamente el medio milenio comprendido entre los siglos V y I antes de nuestra era.

El sistema de creencias estaba sólidamente estructurado en torno a unas divinidades celestiales (aunque los filósofos habían alcanzado ya el monoteísmo) que regían el destino y la conducta personal y comunitaria del hombre.

Grecia primero, y Roma después, extendían al orbe dominado por las armas su ordenación religiosa de la sociedad.

La morada de los dioses griegos

Que los dioses olímpicos pervivan hasta nuestros días en la lengua castellana parece imposible, casi tres mil años después. Pero es verdad: así, cuando decimos "le mostró su olímpico desdén" o "tal y cual están en el Olimpo", queremos indicar o bien una actitud de soberbia o un estado que sitúa a la persona por encima de la realidad.

El Olimpo es la montaña más alta de Grecia continental y en ella los griegos de la Antigüedad situaban la morada de sus dioses: por encima y a la vez cerca de los hombres. La noción de un panteón divino integrado por doce dioses y de una montaña alta que es su morada aparece en otras culturas del Próximo Oriente anteriores a Homero. Pero es indiferente hablar de dioses olímpicos o de dioses homéricos, porque fue Homero quien les dio nombre y los elevó a la categoría de dioses panhelénicos.

La familia olímpica

No todos los dioses olímpicos eran iguales, ya que existía una clara jerarquía. Al igual que los hombres, vivían en familia en el Olimpo, una familia patriarcal en la que Zeus ejercía la máxima autoridad. Era una reproducción de la familia griega de la época arcaica: ya fuese ésta la familia nuclear o la gran familia que era la *pólis*, la ciudad griega y comunidad de ciudadanos. Los dioses olímpicos tenían un comportamiento y sentimientos muy humanos, como los celos, la venganza, la perfidia, y también representaban todo aquello que, oculto, puede morar en el hombre.

Los antiguos griegos pusieron nombre a sus dioses, pero a pesar de estas similitudes con los humanos había una diferencia básica e infranqueable: los olímpicos eran inmortales (*atánatoi*) y, de hecho, al hablar de ellos se podía usar indistintamente la palabra dioses o inmortales. La principal preocupación del hombre era intentar adaptarse a su realidad, a lo que sabía que tenía un fin ineluctable, su vida.

La principal diferencia entre los dioses y los hombres era que a los primeros no les corría sangre por las venas, sino un líquido más fluido, el *ícor*, que hacía que su cuerpo fuera incorruptible. Se alimentaban de olores y perfumes, del néctar y la ambrosía (sustancia desconocida) y del humo que ascendía de los huesos y la grasa quemada de los animales que los hombres, en la Tierra, sacrificaban en su honor.

Los nombres de los dioses

Algunas veces, la etimología de los nombres puede orientar sobre la esencia, la función y, por lo tanto, la esfera de acción de una divinidad. En el caso de Zeus, su nombre evoca el resplandor del día en el cielo; es un dios celestial y representa la esencia del fenómeno meteorológico, pero no es un dios del tiempo climático. De este resplandor emana su inteligencia, su *noûs*, con la que toma las decisiones, que nunca son arbitrarias. Zeus es el padre, pero no el padre que ordena y rige la casa, sino el padre procreador y vencedor, seductor de mujeres.

Al lado de Zeus, encabezando esta familia divina, está Hera, su esposa y hermana, que no es la madre de todos los demás dioses, pues Zeus, al unirse a otras mujeres, engendra toda una saga de dioses, héroes y simples mortales. De hecho, en Grecia el culto a Hera, como diosa del cielo, es anterior al de Zeus. La figura de la madre estaba representada por Deméter, madre de Perséfone o Coré (que significa muchacha). Era la diosa-madre que dispensaba, negaba y de nuevo proporcionaba el fruto de la tierra, el grano, a los hombres.

Otras mujeres del panteón olímpico que eran la antítesis de la mujer -madre y, por lo tanto, mujeres- virgen eran Artemisa y Palas Atenea. La primera era la diosa cazadora y protectora de los animales, mientras que Palas Atenea (de la que la ciudad de Atenas toma su nombre) era la diosa por antonomasia de las *póleis* griegas. Y por último, otra diosa que

es la excepción: Afrodita, esposa de Hefesto, diosa del amor y también del adulterio, bella y seductora.

Los dioses del Olimpo eran Apolo, Hermes, Ares, Dioniso, Hefesto y Poseidón. Apolo era el dios griego por excelencia, ya que representaba la armonía, la moderación y la pureza, que salvaguardaba combatiendo todo lo impuro. Su hermano Hermes, también hijo de Zeus, encarnaba el espíritu mediador entre los dioses y los hombres y entre los propios dioses. Ares, hijo de Hera y Zeus, era el dios de la guerra. Otro hijo de Hera era Hefesto, a quien había concebido sola; su dominio era la forja y su elemento el fuego; era el dios artesano y creador, el herrero. Dioniso, uno de los dioses griegos más antiguos, descendía de Zeus. Representaba el reverso del orden establecido, de las tradiciones y de la vida familiar en torno a la diosa Hestia. Dentro del panteón olímpico es el único dios que no mantiene relación alguna con los otros dioses. Por último está Poseidón, hermano de Zeus, que en cierto modo es su antítesis porque representa otra fuerza elemental: es señor de las profundidades de los mares.

La vida y milagros de los dioses griegos los han convertido en un referente cultural constante en la historia posterior de la humanidad. No obstante, no sería exacto atribuir a la Grecia clásica todo el mérito creativo con respecto a ello: algunos de sus dioses están claramente inspirados en dioses de culturas anteriores, como la minoica.

Los dioses del Olimpo

Afrodita: El mito más conocido sobre su nacimiento cuenta que nació en el mar, de la espuma (en griego, *afrós*) generada por los genitales de Cronos, que su hijo Zeus le cortó y arrojó al mar. Viola el orden patriarcal olímpico con su amante Ares.

Apolo: Hijo de Leto y Zeus y hermano de Artemisa. Sus atributos más comunes son la lira y el arco. La lira representa tanto la música como la poesía. Es la armonía musical, en contraposición a la música desenfadada del culto dionisiaco. Se le representa siempre joven y hermoso, y es símbolo de la pureza y la luminosidad. Durante mucho tiempo fue la "autoridad" que regía las grandes decisiones políticas de Grecia a través de sus oráculos en Delfos o Delos, donde también tenía la función de médico purificador.

Ares: Hijo de Zeus y Hera. Representa la fuerza bruta de la guerra.

Artemisa: Diosa-virgen, hermana de Apolo. Es la diosa cazadora. Su esfera de acción es la naturaleza silvestre, los estanques y las regiones pantanosas. No se encuentra en las ciudades. Iba acompañada de las ninfas. Como su hermano, lleva el arco y las flechas.

Atenea: Según el mito, nació de la cabeza de Zeus por ser sabia y prudente. Es la diosa de la ciudad y también de la guerra; sus atributos son la égida y el yelmo.

Deméter: Diosa dispensadora de los cereales, que brinda y al mismo tiempo quita a los mortales, provocando épocas de fertilidad o de hambruna. Su esfera de acción es la tierra cultivada. Regenta los alimentos y acoge en su seno a los muertos y a las semillas, anudando entre ellos la vida y la muerte. También protege la semilla humana, la descendencia y, por lo tanto, a los recién nacidos (diosa-madre).

Dioniso: Hijo de Zeus y Semele, mujer mortal. Es uno de los dioses griegos más antiguos (ya se menciona en Creta) y en cierto modo representa la antítesis de Apolo. En su culto se celebra la eterna renovación de la vegetación representada por la vid. Su séquito es muy peculiar: le acompañan ante todo mujeres, las ménades o bacantes, conocidas como "enloquecidas". Pero también están presentes silenos y sátiros (figuras masculinas con rasgos de caballo y cabra).

Hebe: Hija de Zeus y de Hera. En la familia divina, desempeña el papel de criada y de hija de la casa. Esposa del héroe Heracles (Hércules), es la personificación de la juventud de los dioses.

Hécate: Diosa de la magia, asociada a Artemisa. Su estatua se levanta en las encrucijadas en forma de mujer de triple rostro. A su pie se depositaban ofrendas.

Hefesto: Hijo de Hera. Es el dios forjador, herrero y artesano por excelencia. Es el creador de artificios; así, para vengarse de Hera, fabrica un trono en el que la diosa se queda atrapada. Habita en las profundidades de la tierra, donde tiene su taller.

Hera: Hermana y esposa de Zeus. Era la protectora de la casa y el matrimonio. Las bodas se celebraban invocando su nombre. Hera no representa a la madre de familia, sino a la mujer en cierta medida ultrajada (por Zeus), que intenta defender su territorio mediante la intriga y la venganza.

Hermes: Hijo de Zeus y la ninfa Maya. Es el dios de los pastores y los viajeros, protector de los caminos y las encrucijadas (de viajeros, ladrones y vagabundos), y conductor de las almas de los muertos a los infiernos. Es el mensajero de Zeus, pero también actúa como mensajero entre los dioses, y entre los dioses y los hombres. Se le representa con alas en el casco y en los pies.

Hestia: Hermana de Zeus, hija primogénita de Cronos y Rea. Diosa del hogar doméstico y, por extensión, del hogar de la ciudad, como indica su nombre (en griego, "hestia" significa "hogar").

Poseidón: Hermano de Zeus. En el reparto del mundo le tocó el dominio de los mares. Por ello es el señor de las tormentas que sacuden la tierra. Era protector de los pescadores y se le representaba llevando un harpón.

Zeus: Último hijo de Rea y Cronos, a quien destronó. Es el dios soberano del Olimpo. Sus atributos iconográficos son el rayo y el cetro.

Las divinidades no olímpicas de Grecia

Personificaciones de la naturaleza

En el Olimpo siempre había nubes, era una montaña inaccesible y quien no tuviese su morada en ella sólo podía encontrar el camino a condición de que fuera conducido por un dios olímpico.

La diferencia de altura es lo que separa a los dioses olímpicos de las demás divinidades, que por ello llamaremos menores, aun cuando algunas más bien "cayeron en desgracia" por el protagonismo de una u otra deidad olímpica. Los antiguos griegos necesitaban dioses más accesibles, que actuasen de forma inmediata en el ámbito en que vivían. Estas divinidades menores tenían un rasgo predominantemente local, su radio de acción estaba restringido a un lugar. Por ello, ante la imposibilidad de abarcar a todos, sólo mencionaremos algunos de los que recibían culto en Grecia. Las divinidades más cercanas, y que en parte estaban emparentadas con los dioses olímpicos y representaban su contrario, eran los dioses ctónicos (en griego antiguo, ctónos significa tierra), que eran potencias del suelo y del subsuelo que traían el peligro y el mal. Se trataba de fuerzas divinas que no debían nombrarse y que se tenían que alejar mediante el sacrificio (por ejemplo, las Erinias).

Otras diosas eran Temis, hija de los Titanes (dioses a los que habían suplantado los olímpicos), cuya compañía era requerida por Zeus; Ilitia, diosa del alumbramiento que ya

se menciona en Creta; y Hécate, diosa de los caminos y las encrucijadas. Todas recibían culto en Grecia.

La antítesis de los dioses olímpicos era Hades, hermano de Zeus, dios del mundo subterráneo y del reino de los muertos y que, por lo tanto, infundía terror. Otro dios cuyo culto estaba bastante extendido en Grecia era Pan, dios cabra que representaba el poder no civilizado.

También recibían culto las divinidades del mar emparentadas con la familia olímpica, como las Nereidas que acompañaban a Tetis, madre de Aquiles. Además se personificaban y divinizaban las fuerzas naturales.

Personificaciones de la naturaleza

Cuando, en la *Ilíada*, Zeus convoca a los dioses a una asamblea en el monte Olimpo no sólo acuden los olímpicos, sino también las ninfas y todos los ríos. La idea de los ríos como dioses y de los manantiales como ninfas divinas es muy frecuente no sólo en la poesía, sino también en la creencia popular y tuvo sus propios rituales. La veneración de estos dioses estuvo limitada sólo por el hecho de que se identificaban con una localidad específica.

Cada ciudad adoraba a su propio río o manantial. El río incluso podía tener un *témenos* (recinto sagrado) o un templo (como el de Mesenia, consagrado al río Pamisses). Las ofrendas al río podían constar de regalos votivos o de sacrificios animales, en los que éstos eran arrojados al río. En la iconografía, los ríos se representaban en forma de un toro con cabeza o rostro humano, o bien como figuras humanas.

Un fenómeno muy extendido y que sentó precedente para la religión romana fue la divinización de nociones abstractas como el Miedo (*Phóbos*), la Riqueza (*Plutos*) o la Paz (*Eirene*), que se representaban en forma humana. Estas "abstracciones divinizadas" tomarían más relevancia en el siglo V antes de nuestra era, época de esplendor de la *pólis* griega, en la que se instauraría la divinización de virtudes morales referidas -o no- a la figura de algún personaje público destacado.

Los vientos también tenían su propio culto desde época temprana (en Cnosos ya aparece una sacerdotisa de los vientos). En su honor se ofrecían sacrificios y el efecto que se esperaba de los mismos era puramente mágico. El objetivo del sacrificio a veces era muy claro: se esperaba que se calmase el viento invocado para preservar la cosecha o, en el caso de la navegación, que les fuese favorable. También se rendía culto a los vientos desordenados y violentos que sembraban el desorden y a los que era necesario aplacar.

Aunque el culto al Sol, Helios, se celebraba en pocos lugares -en la isla de Rodas-, tenía un valor simbólico excepcional en la religión por su carácter único: Sol sólo hay uno, y más tarde algunos emperadores romanos se equipararían al dios Sol. Se le veneraba en forma antropomórfica y todavía se conserva una estatua de bronce, el famoso Coloso de Rodas.

Selene, en cambio, la diosa Luna, no tiene un culto concreto, al igual que Iris, el arco iris que en la mitología establece el puente entre el cielo y la tierra y que era la mensajera de los dioses.

Existen, por último, los grupos o sociedades de dioses. En la poesía estos grupos a veces acompañan a los dioses olímpicos como séquito: los sátiros y las ménades bailan alrededor de Dioniso, las ninfas alrededor de Artemisa, las musas alrededor de Apolo y las Oceánides, de Perséfone.

La invocación de los dioses en la Grecia antigua

El contacto personal con los dioses

La fiesta y los misterios

El contacto personal con los dioses

Los signos constituyeron una de las principales formas de contacto con el mundo de los dioses. Éstos podían enviar signos en función de la devoción y el favor que, en la tierra, les dispensaban los mortales.

Los signos debían ser interpretados por una persona dotada de un don especial que estuviese "inspirada". Este individuo se llamaba mántis y la mántica era el arte de la adivinación. La divinidad se podía manifestar de muchas maneras: podían leerse los signos en el sacrificio, en el modo de arder el fuego, en la claridad de las llamas, en el vuelo de las aves o en el examen de las entrañas de un animal.

Existían unos recintos sagrados consagrados a un dios en los que se buscaba consejo divino. A partir del siglo VIII antes de nuestra era algunos lugares en los que el dios oficiaba adquirieron una relevancia especial. Los griegos llamaron a estos sitios *chrestérion* o *mantéion* y los romanos, oráculos. En ellos, el dios se expresaba por boca de su profeta, persona que actuaba como médium y que generalmente estaba sumido en un estado de *entusiasmós*. El éxito en la interpretación de los signos significaba la fama del dios y de su santuario. Así sucedió con el oráculo de Delfos, al que acudían personas de toda Grecia y cuya fama perduró hasta la época romana.

Podían acceder a estos oráculos tanto las personas a título individual como los representantes de una colectividad, y el tipo de preguntas variaba en el contenido y en la formulación. Se acudía a los oráculos para consultar cuestiones de orden práctico cotidiano o prescripciones de tipo religioso relativas a la fundación de cultos divinos o heroicos, a la reglamentación de los sacrificios y, en época temprana, incluso para la fundación de una colonia. En un principio no existía una fórmula específica, aunque el tipo de respuesta solía ser invariable: raras veces el oráculo vaticinaba el futuro y cuando lo hacía, la respuesta solía ser ambigua y enigmática, por lo que debía ser interpretada. Por lo general, las personas que iban a consultarlo ya conocían varias opciones, y el oráculo servía para reafirmar una decisión en cierto modo tomada de antemano.

Casi siempre se buscaba la sanción divina, la adecuación de una decisión -que se consideraba correcta- al orden establecido por las fuerzas sobrenaturales (y la consecuente confianza puesta en la decisión divina). Los oráculos panhelénicos más célebres fueron los ubicados en Dodona y en Delfos, al que ya se ha hecho mención.

El primero estaba dedicado a Zeus y el segundo, a Apolo. El oráculo de Dodona tenía la peculiaridad de que la respuesta divina provenía del movimiento de las hojas de una encina. En Delfos, era una mujer que vivía dedicada exclusivamente al dios en el santuario, la pitia. Antes de dar una respuesta, la pitonisa caía en un estado de "éxtasis", y su mensaje, salvo raras excepciones, debía ser interpretado.

La fiesta y los misterios

Otro modo de invocar la presencia de la divinidad era a través de las fiestas (*heortai*), que constituían un aspecto muy importante de la vida religiosa de los griegos. El calendario estaba estructurado en meses lunares, que llevaban el nombre de dioses o de las diferentes fiestas, aunque el número de éstas excedía la docena. Las fiestas estaban destinadas a complacer a la divinidad y eran una ceremonia colectiva alrededor de un acto cultural central, que era el sacrificio. Había fiestas locales, pero también panhelénicas. En estas fiestas, además de la danza y las procesiones, se entonaban unos cantos específicos de cada

dios, en los que éste se hacía presente. Así sucedía en el canto a Apolo, el *peán*, o en el *ditirambo* en honor a Dioniso.

Estos diferentes modos de relación con la divinidad forman parte del rasgo politeísta de la religión griega. En la Grecia antigua no existía un término para expresar el concepto de piedad tal y como la entendemos hoy, y dependía de la actitud religiosa del individuo respecto a los rituales y cultos comunitarios. En general, los actos religiosos solían ser públicos, pero también había cultos secretos, llamados cultos místéricos que no constituían una religión distinta de la pública, sino una oportunidad de entrar en contacto con los dioses a título individual. El desarrollo de estos ritos, que normalmente eran de iniciación (en latín el equivalente de *mysteria* es *initiatio*), se mantenía en secreto, razón por la cual se sabe muy poco de ellos. Todos los misterios iban acompañados de mitos, de leyendas. Existían varios cultos místéricos, como el culto órfico o el báquico, pero quizás el más importante era el culto místico de Eleusis, localidad del Ática. Su actividad se extiende hasta el 400 d.C. Era un lugar de epifanía divina, en el que, según los mitos, se creía que la diosa Deméter había dispensado el grano a los griegos o donde se había encontrado con su hija Perséfone. De estos cultos nacieron posteriormente las sociedades secretas, que en cierta medida se mantenían como tales mediante un ritual.

Homero y las epopeyas

Un mundo de religiosidad y heroísmo

El legado que recogió Homero

Héroes y guerreros

Los héroes homéricos

Las intervenciones divinas en las gestas de los héroes

Un mundo de religiosidad y heroísmo

¿Quién en la Grecia del siglo VII antes de nuestra era, fuese o no una persona instruida, no había oído hablar del sacrificio de Ifigenia a manos de su padre Agamenón para aplacar los vientos y poder zarpar hacia Troya? Así lo recitaban los cantores épicos, basándose en las dos grandes epopeyas homéricas, la *Ilíada* y la *Odisea*.

Primero fue la palabra hablada, la narración oral, y después apareció la palabra escrita, privilegio de unos pocos. Los primeros que recogen y ordenan los mitos sobre los dioses son, por un lado, Hesíodo, que vivió en el siglo VII antes de nuestra era, y escribió la *Teogonía*, poema sobre el origen de los dioses, y, por otro, Homero, o los "Homeros", puesto que es posible que las epopeyas no hubiesen sido escritas de una sola vez y por un solo autor. En cualquier caso, fueron escritas entre finales del siglo VIII y principios del VII antes de nuestra era. En estas epopeyas aparecen unos dioses superiores llamados "dioses del Olimpo", que Homero elevó a dioses panhelénicos. Los dioses aparecen no como figuras estáticas, sino que cobran vida y actúan e interactúan con los hombres; incluso se muestran a los mortales con forma humana.

El legado que recogió Homero

Homero recoge creencias antiguas anteriores a su época y las inserta en la narración de hazañas épicas, creando así un marco de referencia para su época e incluso para la posteridad. Ambos poemas se constituyeron en referente cultural para todo el mundo griego, tanto para sus adalides como para sus detractores. Incluso durante el imperio romano todavía resuena el eco de Homero en poetas del siglo II de nuestra era, como

Apolodoro. En mayor o menor medida, la religión griega posterior reposa sobre la denominada "religión homérica".

Los protagonistas de los poemas son los héroes y los dioses, tanto en el relato del asedio de Troya (*Iliada*) como en el del regreso a la patria -diez años después- de uno de los héroes, Ulises, también conocido como Odiseo (*Odisea*). En la *Iliada*, la intervención divina se extiende a todos los dioses, mientras que en la *Odisea* actúa principalmente la diosa Atenea, protectora de Ulises. Así, la *Iliada* resulta mucho más interesante para formarse una idea de cómo se veía el hombre de la antigua Grecia respecto a los dioses.

En la *Iliada*, la intervención de los dioses en los asuntos humanos se produce o bien en forma de ayuda -infundiendo coraje o fuerza-, o bien todo lo contrario, en función de las relaciones que se establecen entre los dioses implicados y de sus predilecciones por uno u otro héroe. De lo que no cabe duda es de que los dioses siempre eran seres superiores, como a veces se pone de manifiesto en la actitud burlona y despreocupada que adoptan en los momentos más críticos de la batalla.

Héroes y guerreros

La sociedad humana que Homero retrata en sus poemas es una sociedad aristocrática de guerreros (*basíleus*) y héroes que, en muchos aspectos, se asemejaba a la sociedad micénica. Así, por un lado, nos remite a un pasado memorable y no muy lejano y, por otro, los héroes expresan la posibilidad de una cercanía entre los hombres que destacan por encima de otros y los dioses. En la actualidad, cuando hablamos de un "héroe" o de "llevar a cabo una heroicidad" nos estamos refiriendo a algo excepcional, algo que se sale de lo común. En Grecia, el héroe era una figura que podía recibir culto y honores divinos; era habitual venerar la tumba de un héroe, el *heroon*. Tener un héroe en la genealogía familiar, o como fundador de una ciudad o un linaje, era un símbolo de prestigio.

En la épica de Homero, el héroe tiene una condición que lo sitúa entre los dioses y los hombres, sus hazañas lo elevan al poder divino inalcanzable, pero al mismo tiempo sabe que rebasar este límite es un atrevimiento que recibirá su castigo. Cuando Dios castiga a un mortal no es por razones morales, sino por una ofensa personal. La moralidad está ausente en el sentimiento religioso de la época de Homero. Sísifo, por ejemplo, es condenado por Zeus por haber revelado una de sus intrigas. Muchos héroes homéricos tienen un progenitor divino y, de hecho, también se les solía llamar semidioses. De esta unión de mortales con inmortales nacen los héroes, que son mortales. Aquiles es hijo de Tetis, diosa que habita las profundidades de los mares, y Peleo, un mortal. En cambio, él es mortal y como tal tendrá su fin. Aun así, posee la capacidad de ver cosas que los demás mortales no pueden ver. De forma excepcional goza de una visión clara, expresada con la imagen de que "se le descorre un velo de los ojos". Es así como reconoce a Atenea "...por el brillo de sus ojos" (*Iliada*, I, 198).

En cierto modo, la divinidad es inherente al hombre y es él quien, en función de su condición, elige finalmente su destino. El hombre trágico es aquel de quien se ríen o burlan los dioses, puesto que se atreve a desafiar sus limitaciones o escoge el camino de la aniquilación. En los casos extremos, los dioses abandonan al hombre no por crueldad, sino por despreocupación o, según la elocuente sentencia de la diosa Atenea, porque "resulta difícil proteger el linaje y la descendencia de todos los humanos" (*Iliada*, XV, 140 ss.).

Los héroes homéricos

Agamenón: "señor de anchos dominios". Es, junto con Aquiles, el héroe más importante. Rey de Argos y jefe de los aqueos que luchan contra los troyanos. Ha heredado el cetro que forjó el dios Hefesto, símbolo de su poder. Lo protegen Hera y Atenea.

Alejandro (o Paris): "el deiforme". Es hijo de Príamo. La diosa Afrodita, su protectora, le dotó de una excepcional belleza. Es un excelente arquero que cuenta con los favores de Apolo. Por él Helena huye a Troya y se desencadena la guerra.

Aquiles: "el de los pies ligeros". Es, sin duda, el héroe principal de la *Ilíada*, que empieza con estos versos: "La cólera canta, oh diosa, del Pelida Aquiles...". Es hijo de Tetis y de Peleo, y lo educó el centauro Quirón. En la batalla, es el guerrero más temido. Héroe favorito de Hera y Atenea. Le protege su madre Tetis.

Ayante Telamoni: es, entre los héroes griegos -exceptuando a Aquiles-, el mejor de los guerreros. Lo protegen Hera y Atenea.

Diómenes el Tidida: "domador de caballos". Es un héroe protegido por Palas Atenea, quien le da fuerza en el combate. Es el único mortal que se atreve a atacar a los dioses en batalla. Se enfrenta a Apolo y a Ares, y hiere a Afrodita.

Eneas: "de pies veloces". Es el jefe de los dárdanos, hijo de Afrodita y un mortal llamado Anquises. Lo protegen en la batalla Apolo, Poseidón, Ares y Afrodita.

Héctor: "de tremolante penacho". Es hijo del rey Príamo y el guerrero que lidera las huestes troyanas. Muere a manos de Aquiles. Su protector es Apolo.

Menelao: "valeroso en el grito de la guerra". Es el hermano de Agamenón y ex marido de Helena, por quien se entabla la batalla de Troya. Le protege la diosa Atenea.

Néstor: "anciano conductor de carros". Es el guerrero de más edad de los aqueos y el consejero más honrado. En la *Odisea* es uno de los pocos supervivientes que consiguen volver a su casa, a Pilos.

Patroclo: "conductor de carros del linaje de Zeus". Es amigo de Aquiles y muere en batalla. Es descendiente de Zeus.

Príamo: "el deiforme". Es el rey de los troyanos y padre de muchos guerreros, entre ellos Héctor y Paris. Pierde el favor de Zeus.

Ulises: "fecundo en ardides". Es rey de Ítaca y, además, el héroe protagonista de la *Odisea*, que relata su retorno a su patria después de la guerra de Troya. Su gran protectora es la diosa Atenea.

Las intervenciones divinas en las gestas de los héroes

Los dioses implicados favorables a los troyanos son Ares, Afrodita, Apolo e Iris. A favor de los griegos están Hera y Atenea. A Zeus sólo le interesa mantener su soberanía sobre los dioses olímpicos y ayuda ora a un bando, ora a otro, en función de sus intereses.

Los dioses, en un momento dado, pueden apiadarse de un héroe. Éste es el caso de Poseidón, quien, a pesar de estar a favor de los aqueos, decide salvar al héroe dárdano Eneas de la muerte a manos del pelida Aquiles, arguyendo que "su destino es eludir la muerte, para evitar que perezca estéril y sin trazar el linaje de Dárdano" (*Ilíada*, XX, 302), razón por la cual, "... al punto derramó primero niebla sobre los ojos del pelida Aquiles... y de un empujón lanzó a Eneas desde el suelo a las alturas. Poseidón [...] se aproximó y, dirigiéndose a él, dijo estas aladas palabras: ¡Eneas! ¿Quién de los dioses te ha ofuscado así y te ha mandado luchar frente al soberbio Pelida, que es más fuerte que tú y más querido para los inmortales?" (*Ilíada* XX, 321-334). Y así es como Eneas, según la leyenda, huye de Troya con su padre y su hijo y llega, entre otros lugares, a Italia, donde los romanos, que asimilaron la mitología griega, lo convirtieron en el héroe fundador de la estirpe latina.

Los filósofos griegos

Una recepción reflexiva de la divinidad

El alma y las ideas

Teología aristotélica

Términos religiosos en la física y la metafísica griegas

Una recepción reflexiva de la divinidad

La religión y la moral de la Grecia posthomérica ofrecen un aspecto de rasgos sombríos: la expiación por el homicidio, el culto de las almas y los sacrificios en honor de los muertos aparecen por primera vez o llegan a ser la regla allí donde antes eran tan sólo la excepción.

A los primeros pensadores, los llamados órficos, o "teólogos" según Aristóteles, y a los que es lícito caracterizar como el ala derecha de la más antigua falange de pensadores griegos, las leyendas comunes de los dioses helénicos les parecían insuficientes, en parte porque contradecían unas exigencias éticas mínimas, y en parte porque las respuestas que daban a la interrogación por el origen de las cosas eran demasiado vagas y toscas. Con Ferécides de Siros a la cabeza y bajo una influencia babilónica que se percibe en los estudios astronómicos y en algunos de los nombres como el que designa el mar (Ogenos, muy cercano al Okéanos griego), conformaron en sus teogonías una extraña amalgama de un poco de ciencia, algo de teoría y mucha interpretación mitológica. Es casi un lugar común en los relatos antiguos de la creación que un combate entre los dioses preceda al establecimiento del régimen vigente en el universo; esta suposición tan difundida reposa sobre una consideración bastante obvia para el pensamiento de un hombre primitivo: el reino del orden difícilmente puede ser un hecho primordial, puesto que los seres poderosos -que intuye más allá en el mundo exterior- los imagina animados por una voluntad tan arbitraria y por pasiones no menos indomables que los miembros más destacados de la única sociedad que él conoce, la humana, tan alejada de la disciplina y del orden. Por tanto, la presunción de que la regularidad es comprobable en los ritmos de la naturaleza ha de ser una ley impuesta a los vencidos por la voluntad del vencedor.

Filosofía, teología y moral fueron de la mano, como se ve, desde los tiempos más remotos y a partir de Sócrates alcanzaron un grado de implicación mutua indisoluble en la sentencia *oudeís ekón hamartánei* (nadie peca voluntariamente). Esa pequeña frase forma la expresión terminante de la convicción de que toda infracción moral proviene del intelecto y descansa en un error del entendimiento. Es decir: quien conoce lo que es justo, lo realiza; la única fuente de toda falta moral es la falta de comprensión.

El alma y las ideas

El camino de la comprensión, que se iniciaba con la pretensión de conocer el origen del mundo y de las cosas -y con la atribución a personajes superiores de lo que resultaba incomprensible a la observación-, tuvo en Platón un nuevo hito: la doctrina del alma y de las ideas, y con ella, la cosificación de lo intangible. Una abstracción de la que seguimos viviendo casi dos milenios y medio más tarde.

Estamos hablando, por supuesto, con Platón pero también con la religión de los faraones, de la inmortalidad del alma, de la trascendencia absoluta. Intuido con más o menos acierto el origen del mundo y constatada nuestra presencia en él, lo que el ser humano pretende es mantenerse aquí no el máximo tiempo posible, sino eternamente. Habiendo concebido a los dioses como seres humanos portentosos, los mortales nos emulamos con ellos. Ya no se trata de luchas entre dioses, sino de una lucha de los hombres concebidos como héroes (en

griego lucha es *ágon*, de donde proviene nuestro vocablo "agonía") hasta alcanzar y allanar las lindes del Olimpo.

Teología aristotélica

Sin embargo, no tarda en manifestarse la primera crisis entre fe y razón, entre la constatación de los límites de la inteligencia humana y su pretensión obsesiva de eternidad. En Aristóteles se hace evidente que la religión precede a la teología, e incluso que ésta precede a la filosofía. La emoción y la intuición vaga de lo divino es anterior a la aplicación sistemática del pensamiento a las cosas divinas, y lo condiciona.

Con frecuencia Aristóteles se expresa en sus escritos de forma conmovedora, a veces desbordante. Si bien la profundidad de su sentimiento no alcanza la de su maestro Platón, no se halla sin embargo desprovisto de ella, ni cierra los ojos ante las maravillas de la naturaleza, ni permanece insensible frente a los secretos de la organización universal. Pero cuando intenta condensar sus impresiones y moldear su contenido en formas definidas, le resulta inusitadamente difícil conciliar las demandas del sentimiento religioso con las de su pensamiento científico. No debe extrañarnos, por tanto, que fracasara en el intento de construir un sistema teológico concluso y redondeado.

Monoteísmo salpicado de rasgos panteístas es la posición que Aristóteles asume frente a los grandes enigmas del universo. Más allá de los caminos recorridos por los filósofos más antiguos, se ve impelido a suponer un Ser reinante sobre todo el universo; así lo exige su convicción sobre la rigurosa unidad perceptible en la naturaleza. Según él, la naturaleza no es "episódica" como "una mala tragedia", sino que "Un hombre vino y llamó *Nous* [conocimiento] a la causa del orden en la naturaleza y de la estructura de los seres vivientes; quien dijo esto [se está refiriendo al filósofo Anaxágoras] apareció como un hombre de buen sentido frente a sus vanilocuentes precursores".

La más profunda de las discusiones teológicas de Aristóteles termina aprobando y aplicando al gobierno del mundo un verso de Homero: "Malo es el dominio de muchos; que sólo uno sea señor y jefe".

Tomás de Aquino, en la Edad Media, partirá de la *Metafísica* ("Más allá de las cosas físicas") de Aristóteles para establecer los argumentos más perdurables de la teología católica sobre la existencia de Dios.

Términos religiosos en la física y la metafísica griegas

Academia: Escuela fundada por Platón en unos amplios jardines consagrados al héroe Academos. Se convirtió en una institución dedicada a conservar el pensamiento platónico. De los frutos de su labor beben las escuelas neoplatónicas cristianas medievales y renacentistas.

Acción: Una de las categorías de Aristóteles, que se contrapone a la "pasión" y presupone el concepto de "ser agente", es decir, de quien hace algo. Puede ser de dos tipos: *póiesis* y *praxis*. Se relaciona con la ética.

Acroamático: (del griego, *akroamoai*, escucha). Se aplica a la enseñanza de Aristóteles reservada a sus discípulos (los peripatéticos), por lo que el concepto está relacionado con los ritos de iniciación.

Anapodíctico: Se dice de lo que no es susceptible de demostración, pero que tampoco la necesita, por ser evidente; durante muchos siglos, el pensamiento religioso ha partido de unas presuposiciones anapodícticas.

Aporía: Paso impracticable, camino sin salida que viene dado por dos soluciones igualmente válidas para un problema, por lo que es imposible decantarse por una de ellas.

Arjé: Entre los filósofos milesios, el origen de todo. Fue formulado con precisión a partir de Platón y Aristóteles.

Ataraxia: Placer estable que consiste, para los epicúreos, en la ausencia de deseo y de temor y, para los estoicos, en un alejamiento total de las pasiones y de cualquier interés subjetivo.

Axioma: Literalmente "lo que es digno de consideración" o "lo que se considera justo". No debe confundirse su valor filosófico (el principio que necesariamente debe poseer quien desea aprender alguna cosa) con su valor en la lógica.

Bien: Este concepto en el mundo griego está perfectamente sintetizado en la doctrina platónica. En *La República*, Platón lo compara con el Sol, pues es fuente y valor de todas las cosas. Por el contrario, para Aristóteles (*Ética a Nicómaco*) el Bien no es una idea trascendente, sino inmanente.

Caos: En la *Teogonía* de Hesíodo, personificación del vacío primordial que precede a la creación y al cosmos. Según Platón, el caos es transformado en cosmos por el demiurgo.

Catarsis: Purificación ritual de una contaminación (*miasma*) visible o invisible, como la sangre o la culpa.

Categoría: En la lógica aristotélica, cada uno de los predicados últimos que pueden ser aplicados a cualquier cosa. Distingue diez: sustancia, cantidad, cualidad, relación, tiempo, lugar, situación, condición, acción y pasión.

Contemplación: En Platón y Aristóteles, conocimiento intelectual (*theoria*), en contraposición a la *praxis*. En sentido místico-religioso, estado en que la mente se entrega a una realidad espiritual, olvidando todo lo demás.

Cosmos: En griego, *kosmos* significa tanto "orden" como "mundo". De este concepto derivan palabras como *cosmogonía* -"doctrina sobre el origen de lo existente"- y *cosmología*, que es la ciencia que estudia la forma y leyes del universo como sistema ordenado.

Demiurgo: En la escuela platónica, causa eficiente sin la cual es imposible que nada pueda nacer. La visión griega del demiurgo no es equiparable a la del dios cristiano, por ejemplo, ya que no crea, sino que transforma, y además se considera que el universo es preexistente a él: él sólo lo ordena.

Eidos: Aspecto exterior, especialmente del cuerpo humano, lo cual permite relacionarlo con el concepto de cuerpo (material) en contraposición al de alma (espiritual).

Entelequia: Término acuñado por Aristóteles para designar el estado de perfección de un ente que ha alcanzado su fin (*telos*), actualizando plenamente su ser en potencia. De este modo, mediante la *energheia*, lo posible se transforma en real.

Epojé: Literalmente, "suspensión del juicio", concepto en que se basaban los escépticos para negar la posibilidad de conocimiento sobre ciertos temas. Aplicada al ámbito religioso, es el fundamento del agnosticismo.

Ética: Término introducido por Aristóteles para designar la parte de la filosofía que trata de la conducta del hombre y los criterios para valorar dicha conducta.

Hedonismo: Doctrina moral, propugnada por Aristipo (discípulo de Sócrates), que identifica el bien con el placer.

Idea: Según Platón, esencia inteligible que se resiste al cambio y que puede ser vista plenamente por el alma en la región supraceleste. En cambio, sólo puede ser conocida imperfectamente por los sentidos.

Mal: Concepto común a todas las visiones filosóficas y religiosas antiguas. Platón afirma que existen dos almas del mundo, una que produce bien y otra el mal. Para la mayoría de pensadores griegos, la segunda (la maléfica) no puede proceder de Dios.

Metafísica: Desde Aristóteles, filosofía primera que versa sobre el "ser en cuanto tal" y los entes que carecen de materia y son eternos. Siglos después, recibió el nombre de ontología.

Misterios: En el mundo clásico, cualquier experiencia religiosa. Algunos nacieron en Grecia (Eleusis o los misterios órficos) y otros fueron importados de Egipto (Osiris), Frigia (Atis) o Persia (Mitra).

Mito: En la Grecia clásica, narración sobre dioses, seres divinos, héroes y descensos al más allá. Se contrapone al *logos* por su origen no racional.

Naturaleza: (en griego, *physis*). Principio generador de las cosas sometidas a nacimiento y muerte, crecimiento y corrupción.

Palingenesia: Término empleado por los estoicos para designar la reconstitución o apocatástasis del universo una vez que haya sido destruido por el fuego.

Placer: En una época de decadencia de los valores religiosos, Sócrates propuso identificar el placer con la virtud (*areté*). Más tarde, el placer ha sido entendido de diversas formas, desde los cirenaicos, que lo postulaban como un modo de vida, hasta los cínicos, que lo consideraban como un mal que el sabio debe evitar.

Pneuma: Término que significa literalmente "soplo", utilizado por los presocráticos para designar el alma en cuanto principio vital. Para los estoicos era el espíritu divino con que Dios daba vida a las cosas. La influencia de este concepto en la filosofía cristiana medieval fue fundamental.

Relativismo: A partir de Protágoras, concepción filosófica que no admite verdades absolutas en el campo del conocimiento o principios inmutables en el ámbito moral.

Sustancia: (del griego *ousia* a través del latín *substantia*). Para Platón es equivalente a "existencia" y a "modo de ser". Aristóteles distingue tres tipos de sustancias: la sensible y eterna (cuerpos celestes), la sensible y perecedera (plantas, animales, cuerpo) y la inmutable.

Las divinidades romanas

Una continuidad cultural en el Mediterráneo central

Los dioses de la ciudad

El panteón romano

Una continuidad cultural en el Mediterráneo central

Sin duda existió una continuidad cultural entre Grecia y Roma, y cuando utilizamos el término "cultura grecorromana" nos referimos a esta similitud y afinidad. Aun así, hay notables diferencias, sobre todo en el ámbito de la religión, por lo que utilizar el nombre "Júpiter" para designar a Zeus es un anacronismo.

Las gentes que conformaron Roma ciudad, y con el tiempo todo el imperio romano, procedían de culturas diversas. En los primeros tiempos encontramos, en la península Itálica, principalmente a los latinos, pueblo indoeuropeo del que descendía en su mayor parte el pueblo romano; a los etruscos, establecidos en la actual Toscana; a los griegos, que habían fundado colonias en el sur de Italia; y a los fenicios, cuya presencia se limitaba a pequeños establecimientos comerciales en la costa. De la confluencia de estas culturas y

sus creencias se fue formando, en un primer momento, la religión romana, que posteriormente adoptó cultos orientales.

La asimilación de los dioses de unos y otros se hizo de forma "sincrética", es decir, como una contaminación de las tradiciones autóctonas por elementos de otras religiones. El sincretismo empezó temprano y continuó a medida que Roma conquistaba nuevos territorios en zonas de África, la Galia, Egipto, Siria... En este proceso, los romanos asimilaron principalmente los dioses griegos, y de los etruscos adoptaron el conocido arte de los arúspices o capacidad de hacer presagios examinando las entrañas de las víctimas.

Por su parte, los griegos del sur de Italia habían asimilado algunos dioses etruscos a los propios como, por ejemplo, la diosa etrusca Uni a Hera. Y al contrario, en el panteón etrusco aparecieron divinidades griegas que conservaban su nombre: Aplu (Apolo) o Artumes (Artemis). Así mismo, el culto a Hércules que encontramos más tarde en Roma tiene reminiscencias fenicias, ya que los griegos asimilaron el dios fenicio Melkart a Herakles... y la diosa fenicia Astarté fue asimilada a la etrusca Uni. Pero las divinidades asimiladas conservaban la similitud sobre todo en el nombre, ya que su función solía ser distinta. La asimilación de conocimientos o creencias de otras culturas se produjo en mayor o menor medida en todas las civilizaciones, pero siempre se integran y reinterpretan en función de las necesidades de la cultura receptora.

La vida pública y política de Roma estaba estrechamente vinculada a la religión, y de los dioses se esperaba una eficacia concreta que se obtenía por medio del ritual. Los romanos adoptaron divinidades extranjeras para diferentes momentos -normalmente para acontecimientos muy puntuales, como fue la erección de un templo al dios Apolo al desencadenarse una peste en Roma en el siglo V antes de nuestra era, o la introducción de Esculapio (Asclepio griego), del que se esperaba protección durante las guerras púnicas. Los dioses extranjeros se asociaban al dios romano porque tenían ciertas similitudes. En cualquier caso, la inclusión de un dios extranjero se tenía que hacer teniendo en cuenta los antiguos dioses y ritos para no ofenderles, y la decisión debía partir de la autoridad: el senado durante la República o el emperador.

Los dioses de la ciudad

Los dioses romanos, al igual que los griegos, eran antropomorfos, pero no tenían una personalidad divina definida por unos mitos. De hecho, los romanos no tenían una mitología divina como los griegos, y en el siglo III antes de nuestra era, cuando surgió una literatura latina de inspiración griega, ésta se apropió del legado mitológico griego, creando así su propia mitología. Así fue como Eneas, el héroe de la guerra de Troya, se convirtió en el mítico fundador de Roma. También en el ámbito familiar se esperaba y buscaba la protección divina: existían a tal efecto los Lares y los Penates. Las primeras eran divinidades del hogar, que tenían un altar en la casa, y los Penates eran guardianes de la despensa doméstica.

Una peculiaridad de la religión romana era la organización sacerdotal, que incluía tres categorías: los sacerdotes consagrados a una sola divinidad, como los *flamines*, el *rex sacrorum* y las vestales (éstas eran seis mujeres dedicadas al culto de la diosa Vesta); los colegios sacerdotales (los pontífices, los augures, los *decemviri sacris faciundis* y los *septem viri epulones*), con el Gran Pontífice a la cabeza, y los Salios, cofradías que intervenían en ritos puntuales. A menudo se conoce el culto a una divinidad en Roma porque se ha conservado el nombre del *flamen*; por ejemplo, el *flamen dialis* era el sacerdote consagrado al culto de Júpiter. Pero esta organización no actuaba conjuntamente y, por lo tanto, no era como el actual orden clerical. Aun así, durante el Imperio, el emperador revestiría el cargo de Gran Pontífice y regularía la vida religiosa de Roma.

El panteón romano

La asimilación a los dioses griegos a veces implicaba la pérdida de la función original de la divinidad romana.

Los nombres de dioses asimilados se conocen a través de una liturgia romana llamada *lecisternio*, en la que se ofrecía un banquete a las estatuas de las divinidades que estaban expuestas.

La antigua tríada romana integrada por Júpiter, Marte y Quirino fue desplazada por la tríada capitolina de Júpiter, Juno y Minerva, que compartían templo y culto:

Júpiter: Venerado como dios soberano, era el dios del rayo fulminante y de los auspicios, y fue asimilado al Zeus griego. En el Capitolio recibía el apelativo de Júpiter Óptimo Máximo como dios protector de Roma. Los generales victoriosos acudían a este templo para rendir tributo al dios soberano que les había ayudado a obtener la victoria. En Roma, cualquier plegaria debía ir precedida de una invocación a Júpiter y a Jano.

Juno: Diosa protectora de las madres y los niños, a veces se la invocaba como diosa de la guerra. Fue asimilada a la Hera griega.

Minerva: Antigua diosa romana de origen etrusco, completa la tríada sentada a la derecha de Júpiter. Era la diosa de los artesanos y artistas y, ocasionalmente, de la guerra. Fue asimilada a la diosa griega Palas Atenea.

Apolo: Fue introducido como dios griego y mantuvo su nombre. Se le asimiló en su cualidad de dios médico, y con Augusto se le reconoció también su naturaleza profética.

Ceres: Antigua diosa que, tempranamente, fue asimilada a Deméter. Era la diosa de la agricultura, la dispensadora del grano. En el culto público fue asociada a otras dos divinidades, formando la tríada Ceres-Liber-Libera.

Diana: Diosa latina, que fue asimilada a la griega Artemisa en las funciones de diosa cazadora, protectora de las mujeres gestantes y, como la antigua Gran Diosa Madre, diosa lunar.

Hércules: Para los romanos era una divinidad de origen griego. Se le veneraba como protector del comercio a larga distancia y como dios de la victoria.

Jano: Dios genuinamente romano que no tenía parangón con ningún dios griego. También se le conocía como Jano bifronte, ya que se le representa con dos caras, una mirando al pasado y la otra, al futuro. Era el dios de todos los comienzos. En tiempos de paz su pequeño santuario permanecía cerrado, y se abría en tiempos de guerra.

Lares: Protectores de los romanos, eran concebidos como ancestros divinos y se oponían a los Manes. Su zona de influencia solía ser rural y sus estatuillas eran colocadas tanto en las propiedades como en los cruces de caminos.

Manes (Manes di): Dioses infernales que más tarde aparecen como los dioses protectores de los difuntos.

Marte: Antigua e importante divinidad romana, no era el dios de la guerra (pues ése era el dominio de Júpiter), sino del combate. Fue asimilado al dios griego Ares.

Mercurio: Antiguo dios romano del comercio (*merx*, mercancía), por lo que se constituyó en patrón de los comerciantes. Fue asimilado al Hermes griego.

Neptuno: Dios latino, patrón de todas las aguas por su asimilación al dios griego.

Poseidón: también patrón de las corrientes marinas.

Saturno: fue tempranamente asimilado al dios griego del tiempo, Cronos. En su nombre se celebraban unas fiestas muy populares, llamadas *Saturnalia*.

Venus: Antigua diosa romana que desempeñaba un papel tutelar en la religión oficial. Fue asimilada a Afrodita, diosa griega del amor.

Vesta: Diosa romana antiquísima. Era la diosa del hogar de Roma. En su templo, unas sacerdotisas vírgenes consagradas (las conocidas vestales) se encargaban de mantener encendido el fuego de la ciudad.

Vulcano: tras ser asimilado al dios Hefesto, sólo mantuvo sus funciones como dios del fuego destructor y de los incendios.

La divinización del poder en Roma

El culto al monarca

Emperadores y sacerdotes

Paralelismos entre los dioses mediterráneos

La ciudad romana de Tarraco, la actual Tarragona, fue una de las primeras posesiones occidentales del Imperio que instauraron por decisión propia el culto a Octavio Augusto, primer emperador de Roma. Se le erigió un templo en el que oficiaba un sacerdote y se introdujeron juegos (*ludi*) en su honor.

El origen y desarrollo del culto imperial fue ajeno a las imposiciones de la administración imperial. Eran cultos practicados de forma espontánea por las ciudades, las provincias o los particulares y se enmarcaban en las antiguas tradiciones religiosas de los diferentes pueblos del Imperio.

Además, el culto imperial solía ir acompañado de un culto paralelo a Vesta, diosa protectora de la ciudad. En la ciudad de Roma, el culto al emperador se fue instaurando lentamente, ya que las antiguas tradiciones religiosas se oponían a la idea de divinizar a una persona viva. El culto al emperador sólo se introdujo con la implantación de la apoteosis, término que designaba la deificación de una persona después de su muerte proclamándola *divus* o *diva*, según se tratase de un hombre o una mujer.

El culto al monarca

La costumbre de rendir culto al monarca provenía del Próximo Oriente y estaba muy extendida en Egipto, donde el faraón era venerado como un dios. Los posteriores soberanos de Egipto, tanto los reyes persas aqueménidas como Alejandro Magno, perpetuaron esta tradición.

De los dioses se esperaba protección, sobre todo en los momentos de inestabilidad política, que durante la República, y en menor medida durante el Imperio, eran muy frecuentes. Esto llevó consigo la celebración, es decir divinización, del general o emperador victorioso que había reconquistado la paz, por lo cual se le atribuía un poder divino. Sin embargo, esto no significaba que fuera considerado como un dios, sino que se ensalzaba su excepcionalidad y se le situaba por encima de los demás hombres. En cierto modo esta costumbre era parecida al culto a los héroes en Grecia, figuras sobrehumanas pero no por ello divinas.

En la religión romana ya existían implícitamente los requisitos necesarios para la divinización de personas vivas. Éstos se hallaban en una antigua tradición romana de divinizar conceptos abstractos como, por ejemplo, la *Victoria Augusta* o de un modo más

personalizado, en época de César, la *Clementia Caesaris* (Clemencia de César). En esta tradición se inscribía el culto al *Genius*, que era la divinización de la personalidad. Esta conjunción fue aprovechada por Augusto, quien mandó asociar el culto de su propio *Genius* al culto de los Lares de la ciudad, cuyos altares estaban instalados en todas las encrucijadas de Roma.

El proceso de divinización del emperador, iniciado por Octavio Augusto, que inauguró el Imperio como "hijo del divinizado" (*divi filius*) César, fue lento. Pero él no aceptó ser divinizado en vida y lo fue después de su muerte. Aun así, preparó el camino: el senado le otorgó epítetos como *Optimus* y, sobre todo, el de *Augusto*. Estos epítetos, en su mayoría superlativos, solían acompañar al nombre de una divinidad, como era el caso del Júpiter *Optimus* de la tríada capitolina. Simultáneamente se multiplicaron, por decisión del senado, los cultos a abstracciones como la *Pax Augusta* o la *Concordia Augusta*. Por ellas se creaba una ambigüedad que, inevitablemente, llevó a confundirlas con el detentador de este epíteto, Octavio Augusto. El camino que conducía a la divinización quedaba allanado.

Emperadores y sacerdotes

Augusto, y después de él todos los emperadores, acumularon cargos sacerdotales (como el de Gran Pontífice) y ejercieron el monopolio sobre los auspicios (interpretación de los presagios). Como consecuencia, asumieron un poder arbitrario sobre las cuestiones religiosas. Así fue como el emperador Tiberio pudo expulsar de Roma a los caldeos o Claudio a los judíos. Poco a poco, el emperador se fue convirtiendo en el intermediario "natural" entre el pueblo romano y los dioses. De hecho, el culto imperial y su acatación eran considerados una muestra de civismo. En el calendario litúrgico de Roma, el culto a los *divi* ocupó un espacio cada vez mayor y desde la oficialidad se proclamaban las "virtudes" sobrenaturales del emperador. No sólo se exaltaba su figura, sino la de toda su familia. Por ello Calígula decretó la divinización de su hermana Drusila como *diva Drusilla*.

En el panorama religioso politeísta, esto significó la introducción de la idea de una única divinidad por encima de las demás. El emperador Aureliano, en el siglo III d.C., instauró el culto al Dios Sol Invencible (*Sol Invictus*). De esta manera el Sol, al que Aureliano consideraba su protector personal, fue proclamado dios soberano del Imperio romano. Con este nuevo aspecto de la vida religiosa romana entraron en conflicto los cristianos. A pesar de la tradicional tolerancia a la práctica de cualquier culto (aunque, los cristianos fueron perseguidos desde el principio), a partir de este momento el culto imperial tenía un tinte de idolatría que era inaceptable para el monoteísmo cristiano.

Paralelismos entre los dioses mediterráneos

Grecia: Zeus

Roma: Júpiter

Atribuciones romanas: Protector de la ciudad

Grecia: Hera

Roma: Juno

Atribuciones romanas: Diosa del ciclo lunar. Sus fiestas: las Matronalia (1 de marzo)

Grecia: Atenea

Roma: Minerva

Atribuciones romanas: Diosa de la guerra y de la paz. Fiesta el 19 de marzo

Grecia: Afrodita

Roma: Venus

Atribuciones romanas: *Venus Genitrix* ("Venus madre")

Grecia: Apolo

Roma: Apolo

Atribuciones romanas: Protector personal (y quizá padre) de Julio César

Grecia: Ares

Roma: Marte

Atribuciones romanas: Dios de la guerra

Grecia: Artemisa

Roma: Diana

Atribuciones romanas: Protectora de las amazonas independientes del yugo masculino

Grecia: Dioniso

Roma: Baco

Atribuciones romanas: *Liber Pater*. Sus fiestas, las Bacanales

Grecia: Poseidón

Roma: Neptuno

Atribuciones romanas: Dios del elemento húmedo. Su fiesta: 23 de julio (en plena sequía veraniega)

Grecia: Heracles (héroe)

Roma: Hércules

La religión en los pueblos indoeuropeos

Los distintos pueblos indoeuropeos, que en sucesivas oleadas colonizaron Europa y se impusieron a la población autóctona, tenían un bagaje cultural y religioso común que fue adaptándose al lugar que ocuparon. Así, algunos dioses del viaje se convirtieron en dioses marinos, otros cambiaron de sexo, y en general se pasó de la concepción igualitaria mediterránea a una visión de claro predominio masculino, típicamente indoeuropea. De este modo, en buena parte de los panteones de estas culturas se da una jerarquía cuyo punto más alto es un dios padre celeste, como Odín. En la mayor parte de los cultos europeos no existían templos, sino unos límites imaginarios o lugares especiales, como cuevas, claros del bosque o acantilados.

Poco se sabe de las creencias preindoeuropeas: la figura central de su panteón era una Diosa Madre de la que quizá sea una herencia la *Mari* vasca. Los iberos veneraban a una divinidad principal, llamada Endovéllico, y los etruscos, pueblo no indoeuropeo, tenían un panteón similar al de los romanos y griegos.

A partir de las conquistas de Alejandro Magno y del imperio romano, se introdujeron diversos cultos de origen oriental. El más relevante fue el culto a Mitra, proveniente de Persia, de carácter iniciático y secreto, y cuyo ritual más conocido era el sacrificio de un toro y la aspersión de su sangre. Otro culto relevante fue el órfico, centrado en el mítico cantor Orfeo.

La religión en la antigua región escandinava

Dioses guerreros y crueles

Dioses guerreros

El Valhalla y el reino de Hel: la importancia de morir en batalla

Cosmogonía de la religión vikinga

Los dioses de los mares

Dioses guerreros y crueles

Hacia el III milenio antes de nuestra era, sucesivas oleadas de pueblos germánicos, procedentes de Europa central, colonizaron la región escandinava, llevando consigo el culto a la personificación de diversas fuerzas de la naturaleza, común a la mayoría de las religiones indoeuropeas. Estas migraciones coincidieron con un progresivo cambio climático que trajo inviernos más largos y gélidos.

Los Aesires eran dioses guerreros, moradores en Asgard, descendientes de un primer dios, Buri, según parece carente de atributos, que fue engendrado por la vaca primordial Audumla cuando lamía un bloque de sal. El dios mayor era Odín (o Wotan), llamado "padre de los dioses" y dotado de poder sobre todos ellos. Suya era la sabiduría, encarnada en dos cuervos, Hugin y Munin, que siempre le acompañaban. Aconsejaba a los reyes, a veces disfrazándose de mendigo e introduciéndose en las cortes reales y, armado de la imparable lanza Gungnir, era también un temible guerrero.

Dioses guerreros

El segundo Aesir en importancia era Thor, hijo de Odín y campeón, señor de la tempestad y la batalla furiosa; él imbuía en los guerreros (*berserks*) la furia asesina en combate. Poseía un martillo mágico, llamado *Mjolnir* ("el aplastador"), que siempre volvía a la mano que lo había lanzado.

Tyr, hermano o hermanastro de Thor, era el dios de la espada, la batalla juiciosa y la justicia; Tyr y Thor se complementaban de la misma manera que los griegos Ares y Atenea.

Evidentemente, los vikingos no sólo creían en los dioses guerreros, pero en esta sociedad las armas eran empuñadas por la clase gobernante, puesto que estos dioses se convirtieron en los más importantes para el pueblo. Las numerosas historias de Thor, en las que recorre el mundo matando gigantes con su martillo, junto con las historias que escribieron testigos extranjeros, confirman esta teoría.

El Valhalla y el reino de Hel: la importancia de morir en batalla

Si un hombre moría en combate, iba al Valhalla, donde los muertos luchaban de día y al anochecer sus heridas se cerraban; entonces se reunían en un gran banquete presidido por Odín y atendido por las valquirias. Las mujeres o los hombres que fallecían de muerte natural iban al submundo, donde reinaba Hel. Éste era un lugar muy oscuro, donde las almas de los muertos flotaban por doquier como sombras sin cuerpo. Por supuesto, los vikingos preferían la muerte en batalla.

Los agricultores adoraban a Frei y Freya, dioses de la fertilidad. Los comerciantes y marinos invocaban a Njord (la antigua diosa Nertus) cuando necesitaban vientos favorables en sus viajes. Y otras profesiones tenían a otros dioses menores por patronos. Los nórdicos creían en la existencia de numerosos dioses de distinta importancia. Aparte de los Aesires, existían los Vanires, dioses de origen misterioso aliados de los primeros, si bien se habían combatido y cambiado rehenes, como Frei y Freya: esto sugiere que los Vanires eran deidades agrícolas, posiblemente anteriores al culto Aesir. Hay otras divinidades sin una

filiación clara, como Loki, dios cuyo poder residía en la mentira y que siempre acompañaba a los Aesires. También poseían numerosos dioscellos y genios, como los enanos, elfos, gnomos y koboldos. Era normal que cada casa tuviera su correspondiente enano o ninfa tutelar, a los que se podían ofrecer sacrificios para recibir su ayuda u obtener una suerte favorable.

Cosmogonía de la religión vikinga

Los vikingos creían que el universo era un gran fresno llamado Yggdrasil. Bajo el fresno, entre las raíces (en el submundo de Hel), vivían las Nornas, tres mujeres ancianas (como las Moiras griegas) que tejían los hilos de la vida en un gran tapiz para el que se empleaban los hilos de todas las vidas. Cuando una persona moría, cortaban su hilo. Los hombres vivían en el medio de Yggdrasil, en un lugar llamado Midgard, formado por Odín y sus hermanos a partir del cadáver del gigante Ymir. Los malignos gigantes del hielo, los Jötuns, vivían en Utgard, en el otro extremo del fresno. Querían invadir Midgard, y estaba escrito que llegaría el día (Ragnarok) en que ellos, junto a los grandes demonios (Hel, Surtur, Loki, el lobo Fenris, la serpiente Iörmungadr...), combatirían y darían muerte a los dioses, cuando las crías de Fenris hubieran devorado el Sol y la Luna y el invierno eterno se cerniera sobre la Tierra. Pero hasta entonces, los Aesires protegían Midgard de los Jötuns y las tramas del infame Loki. Los dioses vivían en Asgard, en la copa del árbol.

Por desgracia, no existen muchos testimonios escritos originales sobre los vikingos, ya que la escritura fue casi desconocida hasta la llegada del cristianismo. Algunas de las fuentes son las antiguas piedras rúnicas, donde se describe superficialmente a los Aesires, y algunos de sus rituales. Otra fuente de información son las historias de Islandia y los textos de los mercaderes árabes originarios de Oriente Medio. Una tercera fuente, mucho menos fiable, fueron las historias escritas por monjes, a menudo posteriores a la era vikinga, con las que los cristianos intentaban desterrar el culto a los Aesires.

Además, existen restos arqueológicos que ofrecen alguna información más sobre el culto a los Aesires; en su mayor parte se trata de tumbas halladas en aldeas vikingas.

En la actualidad, en las excavaciones de las tumbas, los arqueólogos pueden encontrarse con numerosas sorpresas: desde restos de caballos hasta pequeñas joyas, como un amuleto con la conocida representación del martillo de Thor. Eso indica el alto grado de convicción en la existencia de una vida después de la muerte en el culto Aesir.

Sin embargo, es probable que estas tumbas correspondan al período en que el cristianismo empezó a desplazar el culto pagano vikingo. Esto significaría que los vikingos ofrecían sacrificios en honor a los muertos, a quienes por otra parte ofrecían comida, y a quienes amortajaban con joyas y símbolos tanto paganos como cristianos, quizás porque querían asegurarse de que el difunto llegara a un sitio de descanso, ya fuera el Valhalla o el mismo cielo.

Los dioses de los mares

Marineros muy expertos, navegantes incansables, temidos por doquier, los pobladores del Norte, procedentes del frío, entendieron la divinidad a la medida de la propia fuerza, de la propia brutalidad.

Entre ellos, los conceptos del Mal y de la muerte se fueron asociando al frío, a la oscuridad de los largos inviernos y al propio Norte, la morada de los hielos oscuros. El Bien, sin embargo, era para ellos las fuerzas contra las que combatían para conquistarlas: la luz del sol, lo cálido, las tierras feraces.

Aesires: Nombre de los dioses hijos de Borr (Buri).

Asgard: Morada de los dioses, guardada por el gigante Gangler; albergaba también los palacios de Odín y de los héroes muertos (el Valhalla).

Balder: Hijo de Odín y Frigga, dios de la primavera, famoso por su belleza y amable carácter.

Berserk: Guerrero que recibe la furia asesina de Odín en la batalla. Hermod señalaba a los combatientes elegidos con la lanza Gungnir, y éstos veían su fuerza multiplicada, como es parodiado sutilmente en la película *Eric el Vikingo*, de Terry Jones.

Bifrost: El arco iris que servía de puente entre Asgard (morada de los dioses) y Midgard (la Tierra).

Bragi: Dios de la música, tañedor del arpa.

Brock: Herrero enano que, para demostrar que era más hábil que Dvalin, fabricó el anillo Draupnir, el jabalí Gullinbursti y el martillo Mjolnir.

Dvalin: Herrero enano que, a instancias de Loki, fabricó el barco *Skidbladnir*, la lanza *Gungnir* y un hilo de oro mágico para dar una nueva cabellera a Sif.

Frei: Uno de los Vanir, dios de la fertilidad, poseedor del jabalí dorado Gullin-bursti y del barco Skidbladnir, que navegaba tanto por los aires como por el agua y podía doblarse hasta que cupiera en un bolsillo.

Freya: Hermana de Frei, también Vanir, diosa benevolente y cazadora.

Frigga: Diosa de las nubes, esposa de Odín, equivalente a la romana Juno. Es la única, aparte de Odín, que podía sentarse en el trono Hlidskialf, desde el que se contemplaba toda la Tierra.

Ginnungagap: La sima primordial en el centro del universo, rodeada por Niflheim, Muspellsheim, Gladsheim y Vanaheim.

Gladsheim: Literalmente, "morada de los dioses". Erigida sobre las ramas de Yggdrasil, acogía a Asgard, Valhalla y las demás moradas de los Aesires.

Gungnir: Lanza mágica de Odín, irrompible e infalible, en cuya punta estaba el anillo Draupnir, emblema de la fertilidad. Era tan sagrada que no podía romperse un juramento hecho sobre ella. Una de las señales del Ragnarok era que su asta se rajaría.

Gylfi: Rey de Suecia que, según se cuenta en el *Edda joven*, viajó en sueños hasta las puertas de Asgard, donde el guardián Gangler le explicó la historia de los dioses. Gylfi fue el impulsor del culto a Odín en Escandinavia.

Heimdall: Vigilante que con su cuerno toca siempre una nota suave, excepto en el Ragnarok.

Hvergelmir: Manantial inagotable de agua hirviente de Niflheim. De él partían hacia la sima doce corrientes, llamadas Elivagar.

Idun: Diosa de la juventud, una de las Aesires.

Jötuns: Gigantes del hielo.

Loki: Dios maligno y experto en las artes de la mentira, máximo rival de Thor y Odín.

Mjolnir: Martillo con que Thor llamaba a la tempestad; fue forjado por el enano Brock, aunque Loki hizo que quedara corto de mango.

Muspellsheim: Reino del fuego elemental, situado frente a Niflheim, al otro lado de la sima.

Niflheim: Reino de la niebla, origen del frío y la oscuridad. De su centro brotaba el manantial Hvergelmir.

Odín: También llamado Wotan, dios tuerto que reinaba sobre el viento, y era guía de los líderes de los hombres y rey del panteón vikingo. Tenía el trono más alto de Asgard, llamado Hlidskialf. También representa la sabiduría.

Sif: Esposa de Thor, cuya cabellera dorada y más hermosa que el sol fue robada por Loki. Thor, enfurecido, obligó al dios ladrón a reparar el daño, cosa que Loki hizo con la ayuda de Dvalin.

Surtur: Gigante del fuego, gran enemigo de los Aesires y Vanires. Habitaba en el Muspellsheim.

Thor: Hijo de Odín y Jörd, dios del rayo, el trueno y la tempestad, principal campeón de los Aesires en su lucha contra el diablo Surtur y sus criaturas malignas.

Tyr: Hijo de Odín y Frigga; era dios de la guerra y la justicia, como la griega Atenea. Fue el único que se enfrentó al lobo Fenris, y permitió que le devorara la mano izquierda por haber roto su juramento, cuando los Aesires ataron a la bestia.

Valhalla: El paraíso escandinavo. A él iban los guerreros que se habían destacado y muerto en combate. En el Valhalla los héroes peleaban entre sí para prepararse para la llegada de Ragnarok, momento en que formarían el ejército de Odín; entre los combates celebraban banquetes en una mesa presidida por Odín y atendida por las valquirias.

Vanaheim: Hogar de los Vanas o Vanires, situado frente a la sima Ginnungagap.

Vanires: Dioses del océano y la fertilidad. Pelearon con los Aesires y se intercambiaron rehenes: Frei, Freya y su padre.

Volla: Sirvienta preferida de Frigga y representación de la abundancia.

Yggdrasil: Fresno que alberga el mundo de los dioses (Asgard), de los hombres (Midgard) y de los demonios.

Ymir: Primero de los gigantes y el mayor de ellos. Cuando Odín, Vili y Ve lo mataron, su sangre causó un diluvio que exterminó su estirpe. De su carne fue creado Midgard; de su sudor, el océano; de su calavera, los cielos; de sus sesos, las nubes; con sus cejas se construyó una valla que rodeaba el mundo, y sus huesos y dientes formaron montañas y precipicios. Los bosques y las hierbas nacieron de su pelo.

La religión de los celtas

Un culto a las rocas y a los árboles

El bosque, lugar de ritos

El panteón celta

Nombres sagrados en la cuna de Europa

Un culto a las rocas y a los árboles

Los celtas eran el pueblo dominante en Europa poco antes de que fueran desplazados por los romanos y germánicos. Practicaban una religión de la que se sabe poco, aunque su mundo de héroes, druidas y magos ha inspirado leyendas posteriores, como los mitos artúricos.

Es obligado recurrir a los autores griegos (Posidonio) y romanos (Julio César, Lucano) para conocer los mitos célticos. Estas crónicas rara vez son imparciales y en ellas se presentaba interesadamente a los celtas como unos salvajes, amantes de los sacrificios humanos. Otra fuente son los mitos conservados en forma de texto (el Mabinogion o el

Toro de Quelgny, por ejemplo) que se recogieron en época cristiana: los monjes, aun adaptando algunas historias para cristianizarlas, conservaron una tradición que de otro modo se hubiera perdido.

El bosque, lugar de ritos

Los celtas no construyeron templos hasta la romanización. Los druidas, sacerdotes de esta cultura, consagraban para el culto elementos de la naturaleza, especialmente árboles centenarios, bosques, cuevas o manantiales. El culto se basaba en la interrelación del *shi*, o elemento divino, con el mundo humano. El *shi* era fiel reflejo de este mundo, pero mejorado y mucho más agradable. Entre las plantas, eran consideradas sagradas el roble, el tejo, la encina, el avellano y el muérdago, además de todos los árboles que daban nombre a las letras del alfabeto ogham, que también es llamado el "alfabeto del bosque". De los manantiales, los restos arqueológicos indican que los que brotaban en el interior de las cuevas o que parecían surgir "de la nada" (las bocas exteriores de ríos subterráneos, por ejemplo) gozaban de una especial reverencia, y en ellos se celebraban los ritos más solemnes.

Animales sagrados o de especial significado para el mundo céltico eran el ciervo, símbolo del bosque; el oso, que representaba la fuerza, el poder y la realeza; el jabalí, que suele aparecer asociado a los guerreros y el combate; y el salmón, que representaba el tiempo y la sabiduría que conlleva; en las leyendas *fianna* se cuenta que el animal más viejo de Irlanda es un salmón que, cocinado, dará a quien lo coma el conocimiento de todas las cosas pasadas y futuras.

Asimismo, los celtas también tenían en gran estima la palabra; es el caso de las *geise* (tabú que de no ser respetado acarrea terribles consecuencias).

El año celta, basado en meses lunares (de los cuales, la primera quincena era de buen augurio y la segunda, funesta), se dividía a su vez en dos grandes períodos que se iniciaban con dos festividades principales: *Beltine* (en mayo), la fiesta de los fuegos, de Belenos y propicia para la guerra, la caza, el matrimonio y el ganado; y la noche de *Samhain* (origen del actual Halloween y Noche de Difuntos), que marcaba el fin del verano y estaba consagrada a Cernunnos, dios cazador de los bosques, que también era el dios de la muerte y señor del otro mundo. Habitualmente se le considera emparentado con el griego Caronte y el etrusco Charun. A su vez, estas estaciones se dividían en dos períodos iguales, marcados por dos fiestas intermedias: la de la cosecha (*Lughnasadh*, en verano), consagrada a Lugh, y el *Imbolc* (primavera), la fiesta de la fertilidad, dedicada a Brigid.

El panteón celta

Lugh, el dios solar, era una de las deidades más importantes del panteón celta. Grandes ciudades llevaban su nombre (por ejemplo, Lyon, antiguamente Lugdunum) y era el padre de grandes héroes, como el irlandés Cúchulainn. Además enseñó a los hombres el trabajo manual y las artes.

Cernunnos rivaliza en importancia con el astuto y hábil Lugh. Era el dios de la caza y se le representaba con cuernos de ciervo, gruesa capa y arco de cazador. Por los escritos de César conocemos a Tutatis, nombre que proviene de "*tuata*", que significa tribu en gaélico. Es de señalar la ausencia (excepto en Irlanda, con Mannanan) de una deidad marina; quizá se deba a que el origen de los celtas se hallaba en tierra firme.

Por las sagas irlandesas tenemos noticia de los *fomori*, seres deformes y demoníacos, cuyo rey tuerto, Balor, podía matar con la sola mirada de su único ojo.

Hay que tener en cuenta que las atribuciones de las divinidades celtas no eran exactas ni constantes: no siempre se representa al mismo dios del mismo modo. Los símbolos físicos

que distinguen a los dioses cambian de una zona a otra: los cuernos adornan a menudo tanto a Lugh (por ejemplo, en el caldero de Gundestrup) como a Cernunnos. Además, el hecho de que las imágenes suelen carecer de inscripciones dificulta su identificación con las divinidades que aparecen en las fuentes escritas. Del dios herrero tan sólo conservamos el nombre, pero no el aspecto: en Irlanda Goibhniu y en Gales Gofannon.

En el más allá celta, el *Tir Na N'og* (perífrasis gaélica que significa "tierra de los siempre jóvenes"), los muertos conviven con los dioses. Es un mundo parecido al terrenal, aunque más hermoso, y en él todos se mantienen eternamente jóvenes. Está más allá del mar, pero a veces es posible acceder a él a través de las puertas mágicas que se abren en los túmulos funerarios (*brugh*) y otros lugares señalados. Aunque los dioses y los habitantes del otro mundo (*Shi*) pueden cruzarlas a voluntad, sólo los magos más cualificados de entre los humanos son capaces de hacer lo mismo.

La cultura y los ritos celtas han pervivido en diversos enclaves europeos (Gales, Escocia, Irlanda, Bretaña, Cornualles, Galicia, Asturias), y tanto su música de gaitas y violines como sus leyendas literarias siguen gozando de gran popularidad.

Nombres sagrados en la cuna de Europa

De Parsifal a los mitos del Grial, caballeros de la Mesa Redonda y santos, señores feudales y embaucadores que terminaron (o no) en las hogueras. Europa se asienta sobre una nebulosa de mitos y montañas vestidas de bosques entre los cuales se vislumbran monasterios cristianos con un cultura en ocasiones heredada de los druidas celtas.

Angus Og: Dios irlandés del amor, hijo de Dagda y de Boanna (el río Boyne).

Balor: Personaje legendario tuerto y rey de los *fomori*.

Belenos: Dios sanador, identificado frecuentemente con el griego Apolo. Tenía dedicados varios templos en Aquitania.

Beltine: Celebración en la que se invocaba al dios Belenos para favorecer la caza, la ganadería, el matrimonio y, en ocasiones, la guerra.

Brigit: Diosa de la curación, la artesanía y la poesía.

Cernunnos: Dios del reino de los muertos, que solía ser representado con cornamenta de ciervo y capa de piel. En su honor se celebraba el *Samhain*, fiesta precursora del actual Halloween o de la noche de Todos los Santos.

Cúchulainn: Campeón celta, hijo del dios Lugh, que defendió en solitario el Ulster contra la invasión de un ejército del resto de Irlanda, según se cuenta en el *Táin Bo Cuailgne*. Su nombre significa "perro de Cullan", ya que en su juventud mató al perro guardián de un herrero llamado Cullan y se ofreció a suplirlo hasta que crecieron los cachorros.

Dagda: Rey de los Tuatha De Dannan (pueblo de Dana).

Dana: Nombre irlandés de la diosa celta Brigit.

Danaanosd: Pueblo que llegó a Irlanda desde el cielo y, que como los *fir bolgs*, inició la historia de los hombres en la isla.

Deirdre de los Pesares: Heroína de una de las leyendas del *Táin Bo Cuailgne*. Esta historia parece que sirvió de base a la leyenda *fianna* de Dermot y Grainné, y a la de Tristán e Isolda.

Epona: Poderosa diosa yegua de los galos. Los irlandeses la llamaban Macha y los británicos Morrigan.

Fergus: Héroe céltico irlandés, compañero del mítico Cúchulainn.

Filidh: Sacerdotes de menor categoría que los druidas, que en la Galia eran llamados Vates.

Fir Bolg: Pueblo mítico que, según las leyendas celtas, fueron el grupo dominante entre los primeros pobladores de Irlanda.

Geise: Maldición o tabú, instaurada por los druidas, que, en caso de no ser respetada, acarrearía graves consecuencias al infractor.

Gundestrup: Caldero celta, uno de los restos arqueológicos más importantes porque está decorado con representaciones de varios personajes mitológicos célticos.

Imbolc: Fiesta de la primavera dedicada a Brigit, que incluía ritos de fertilidad.

Lyr: Deidad irlandesa relacionada con el mar. Su hijo Mannanan desempeña oficialmente el papel de Señor de los océanos.

Lugh: Divinidad principal que, como el Wotan germánico, era tuerto, empuñaba una lanza y tenía dos cuervos. Se le dedicaba el *Lugnasad* o fiesta de verano.

Naisis: Hijo de Usna. Amante de Deirdre de los Pesares.

Ogham: Alfabeto sagrado de carácter iniciático que sólo conocían los druidas, utilizado en diversas fórmulas mágicas y advocaciones. Era llamado el alfabeto del bosque.

Rama Roja: Hermandad irlandesa de guerreros liderada por el rey Conn de Ulster, a la que pertenecía el héroe Cúchulainn.

Shi: Correspondencia en el ámbito divino del mundo real.

Tain Bo Cualigne: Literalmente, "el toro pardo de Quelgny". Gigantesca epopeya irlandesa, con numerosas historias intercaladas o añadidas, sobre la guerra entre el Ulster y el resto de Irlanda, por Donn Cualigne, un toro mágico propiedad del rey Conn.

Taranis: Uno de los dioses galos de la guerra.

Tir Na N'og: Paraíso situado más allá del mar, donde los dioses convivían en armonía con los muertos, que gozaban de la vida eterna sin envejecer jamás. También se le llamaba el Mundo Occidental.

Transmigración: Creencia común a varias culturas, entre ellas la druídica, según la cual las almas de los difuntos van a parar a otros cuerpos.

Tuatha de Dannan: Nombre que se daba en Irlanda al colectivo de los dioses, aunque estrictamente sólo se refiriera a una tribu de ellos.

Tutatis: Dios tutelar de las tribus galas, a veces con connotaciones guerreras.

Los druidas de los pueblos celtas

Acerca de la sabiduría entre los celtas

Ogham: el alfabeto sagrado

De los bosques a los templos

Algunos aspectos de las religiones celta y escandinava

Deidad principal

Paraíso en el más allá

Diosa de la fertilidad

Animales sagrados

Arma mágica

Dios del infierno

Criaturas silvanas (del bosque)

Culto a los muertos

Dios maléfico

Herrero de los dioses

Árbol mágico

Aguas sagradas

Actividad sagrada

Acerca de la sabiduría entre los celtas

En su origen "druida" significaba "aquel que conoce el roble". Esta perífrasis en la que se relaciona el conocimiento natural con la sabiduría misma, indica hasta qué punto aquel árbol sagrado estaba arraigado en el modo de vida y en la religión celta.

Los testimonios más antiguos que se conservan sobre los druidas se remontan al siglo III antes de nuestra era y corresponden al escritor griego Posidonio; el relato más detallado, sin embargo, se encuentra en las obras de uno de los enemigos más encarnizados del pueblo celta, Julio César.

Según el emperador romano, había en la Galia dos tipos de hombres a los que se tributaban honores: los nobles y los druidas. Los druidas se encargaban de los sacrificios públicos y privados, y muchos jóvenes acudían a ellos para ser instruidos. Juzgaban las querellas privadas y públicas y dictaban sentencias. A quien no acatará la sentencia, se le prohibía asistir a los sacrificios, que era la pena más grave. Entre los druidas se elegía el gran druida, la máxima autoridad, y a su muerte se elegía a otro. Cuando dos de ellos reunían los mismos méritos la elección se realizaba en una asamblea y, a veces, incluso recurriendo a las armas.

Ogham: el alfabeto sagrado

Los druidas iniciaban su formación en la infancia. Ejercían de consejeros de los jefes y tenían conocimientos de medicina, magia y escritura, basada en el alfabeto oghámico, que sólo ellos conocían y que era sagrado. También estaban instruidos en el arte de la poesía, que compartían con los bardos y los filidh, sacerdotes de menor rango, pero que eran muy respetados en la sociedad celta. En la Galia, los filidh eran llamados *vates*.

Los druidas estaban exentos de pagar tributos y de las actividades guerreras, por lo que muchas familias enviaban a sus hijos a las escuelas drúidicas para que fueran druidas: los privilegios que conseguían no eran pocos. Estudiaban astronomía, filosofía natural, derecho, literatura y mitología, y algunos tardaban veinte años en completar su formación. El dogma principal de la doctrina drúidica afirmaba que el alma era inmortal y por tanto, tras la muerte, pasaba de un cuerpo a otro. La reencarnación es una creencia inusual en las culturas europeas, lo cual indica la peculiaridad de la religión céltica. La guerra también estaba relacionada con su actividad, ya que, aunque no participaban directamente en la lucha caía bajo su responsabilidad preparar a los guerreros para la batalla, probando en ellos una especie de frenesí bélico.

Los druidas ofrecían sacrificios humanos para curar a los enfermos graves y para proteger a los que arriesgaban su vida en el campo de batalla. Por lo general, los sacrificados eran delincuentes, pero alguna vez se elegían víctimas inocentes para dotar de mayor eficacia al rito. Los emperadores romanos Tiberio y Claudio prohibieron los sacrificios humanos y, según la leyenda, san Patricio -patrón de Irlanda- acabó con ellos en la isla. También se dice que el santo prohibió los ritos que incluían ofrendas a los demonios o el intercambio sexual entre los reyes y la diosa de la soberanía, práctica que, aunque desapareció de los rituales, perduró en la tradición literaria.

De los bosques a los templos

En el período más antiguo de la civilización celta, los ritos drúidicos se celebraban en los claros del bosque. Como sabemos, la naturaleza era un elemento crucial en la localización

y celebración de sus rituales: el roble sagrado, los ríos (y especialmente sus nacimientos) y los acantilados. En Irlanda quedan muchos restos (sobre todo dólmenes y otras piedras sagradas) en estos agrestes lugares, llamados *cliffs*, donde los druidas solían reunirse frente al mar y junto a vertiginosos acantilados. Basta con visitar los enclaves de las islas Aran (al oeste de Irlanda) para advertir la influencia de estos cultos antiguos: los lugareños todavía hablan el gaélico, lo cual parece un milagro lingüístico, que la revitalización de la cultura celta en la vecina ciudad de Galway está haciendo cada día más creíble.

Los edificios sagrados (templos) se usaron sólo a partir de la influencia romana. En la Galia, los druidas fueron eliminados bajo el gobierno de Tiberio -entre el 14 y el 37 antes de nuestra era- y probablemente poco después en Bretaña. En Irlanda perdieron sus funciones sacerdotales tras la llegada del cristianismo, pero sobrevivieron como poetas (en gaélico *filid*), historiadores (*senchaidi*) y jueces (*brithemain*). Muchos estudiosos afirman que los brahmanes hindúes en el este y los druidas célticos en el oeste son los últimos supervivientes del antiguo sacerdocio indoeuropeo.

En cuanto a las fuentes en que nos hemos basado a lo largo de los años para conocer la cultura druídica, ya hemos nombrado a Julio César, que tal vez es la máxima autoridad. Pero también es importante la descripción de estos sacerdotes a cargo del filósofo estoico Posidonio. Muchos de los datos que él aporta fueron confirmados siglos más tarde por las sagas medievales irlandesas. Una de estas sagas también ha confirmado el realismo con que César describía en sus textos una asamblea anual de estos sacerdotes para elegir al gran druida. Otro autor clásico que les dedicó diversos pasajes fue Diodoro, quien describió a los druidas como filósofos y teólogos, en contra de la opinión de Tácito, que los acusaba de crueldad y de impulsar los sacrificios humanos. La diversidad de opiniones manifiesta cómo la sabiduría druídica se aplicaba a tantos campos que puede parecer un precedente del Renacimiento italiano.

Como muchos aspectos de la cultura celta (leyenda, música, elementos mágicos, runas), la actividad de los druidas, muchos siglos después de su desaparición, ha perdurado en muchas personas interesadas en lo místico y se ha convertido en tema recurrente de muchos tipos de literatura, desde fascinantes sagas épicas hasta ensayos de divulgación de la magia blanca, pasando por estudios críticos de historia y antropología.

Algunos aspectos de las religiones celta y escandinava

Deidad principal

Cultura céltica: Lugh

Cultura vikinga: Odín/Wotan

Paraíso en el más allá

Cultura céltica: Tir Na N'og

Cultura vikinga: Valhalla

Diosa de la fertilidad

Cultura céltica: Brigit

Cultura vikinga: Frei y Freya (hermanos)

Animales sagrados

Cultura céltica: Ciervo, jabalí, oso, salmón

Cultura vikinga: Cuervo, vaca, caballo

Arma mágica

Cultura céltica: Excalibur, en gaélico Caladwyclh (espada de Artús)

Cultura vikinga: Gungnir (lanza de Odín) y Mjolnir (martillo de Thor)

Dios del infierno

Cultura céltica: Cernunnos

Cultura vikinga: Hel

Criaturas silvanas (del bosque)

Cultura céltica: Ninfas, trasgos, duendes

Cultura vikinga: Enanos, elfos, gnomos, koboldos, ninfas

Culto a los muertos

Cultura céltica: Monumentos megalíticos y puertas (*brugh*) al otro mundo

Cultura vikinga: Tumbas con restos de animales, joyas y enseres

Dios maléfico

Cultura céltica: Balor

Cultura vikinga: Loki

Herrero de los dioses

Cultura céltica: Goffannon

Cultura vikinga: Dvalin

Árbol mágico

Cultura céltica: Roble

Cultura vikinga: Fresno

Aguas sagradas

Cultura céltica: Manantiales y ríos subterráneos

Cultura vikinga: El mar (cuna de los Aesires)

Actividad sagrada

Cultura céltica: La caza

Cultura vikinga: La guerra

Creencias y ritos en Polinesia, Melanesia y Micronesia

La Polinesia comprende Nueva Zelanda, Hawái, Tahití y la isla de Pascua, entre otros archipiélagos. Las creencias de sus habitantes incluían toda una serie de divinidades similares a las del Olimpo griego; es decir, no son deidades identificadas únicamente con las fuerzas de la naturaleza, como es habitual en este tipo de zonas no civilizadas, sino seres humanizados con relaciones de amor, sexo, odio y rivalidades.

En Melanesia (compuesta por Nueva Guinea y otras islas menores como las Hébridas o Nueva Bretaña) la acción de los misioneros hizo que muchos de los cultos religiosos se perdieran en pocos años. No obstante, nos han quedado algunos restos muy interesantes, como los coloristas y complejos dramas culturales -a medio camino entre el teatro y la celebración ritual- que celebran algunas de estas tribus.

Muy pocos de los ritos de Micronesia (infinidad de pequeñas islas más al norte de la Polinesia y la Melanesia) han llegado hasta nosotros, debido a la despoblación de las islas y la facilidad con que muchas tribus abandonaron sus creencias para pasarse al cristianismo. Pero se conocen algunos detalles de cultos bastante curiosos y con un componente sexual muy claro.

Los "dema" melanesios

Sacrificios humanos, canibalismo y teatralidad

Los suntuosos dramas culturales

Ritos melanesios de iniciación juvenil

El culto a la ferocidad

Sacrificios humanos, canibalismo y teatralidad

El legado de los aborígenes melanesios, hoy casi extinto a causa del descenso demográfico, la imposición o asimilación cultural y los cuatrocientos años de evangelización misionera, es variado y sorprendente: de la crueldad de los sacrificios humanos a una ingenuidad rayana en lo infantil, pasando por el impresionante espectáculo de los coloristas dramas religiosos dedicados a los dema o dioses.

La afición de algunas tribus de Nueva Guinea y otras islas de la Melanesia a coleccionar cabezas de enemigos e incluso a comerse a los prisioneros ha llevado a muchos a considerar bárbaras estas culturas. Pero otras civilizaciones que se han considerado muy avanzadas, por ejemplo, la de los aztecas, también practicaron la antropofagia ritual y no fueron tildadas de primitivas.

Por otro lado, el sacrificio humano y el canibalismo fueron sucesos aislados e infrecuentes entre aquellos nativos y, además, cuando sucedieron tuvieron una razón claramente religiosa.

En algunos grupos melanesios de la isla de Nueva Guinea se veneraba a los dos *dema* gemelos que, según la leyenda, habían conseguido acabar con un jabalí gigantesco que asolaba a los ancestros de las tribus, atravesando los testículos del monstruo con una lanza. Los gemelos y su madre se comieron más tarde la carne del malvado jabalí.

Este es el mito que reproducían los melanesios cazadores de cabezas.

Y al devorar a sus prisioneros más realizaban un acto de comunión con los sagrados *dema*, que daban satisfacción una bárbara afición al sabor de la carne humana o a la crueldad. Para los melanesios, el cuerpo del dema-jabalí se proyectaba simbólicamente durante el rito en la carne del prisionero.

De hecho, muchos de estos rituales se celebraban, y se siguen celebrando, sustituyendo la carne humana por carne de cerdo, animal que además tiene gran importancia en las sociedades melanesias. La riqueza y el rango social de un *Big Man* (hombre preeminente) se calculan por el número de cerdos que posee.

Un tipo de ceremonias que ha suscitado la curiosidad de los etnólogos, antropólogos y estudiosos de la religión en Melanesia son los llamados dramas culturales. En ellos, los participantes se pintan con colores muy vivos, se disfrazan con estrafalarios atuendos y se ponen unas máscaras rituales que han hecho famosa la cultura de la zona.

Algunos de los grupos étnicos melanesios, especialmente los *marind-anim* del sur de Nueva Guinea, tenían estas representaciones como la fiesta principal del calendario. Se les llamaba *mayo* y mientras duraban se suspendía cualquier otra actividad, como pudiera ser la caza de cabezas u otros actos de culto.

Los suntuosos dramas culturales

Los ritos del *mayo* no podían ser presenciados por personas ajenas a la tribu. En ellos, los actores personificaban a cada uno de los *dema*. Para las vestimentas se usaban varas de bambú, pieles, plumas de casuarios, aves del paraíso y patos e incluso semillas. Las máscaras eran de madera e incorporaban figuras simbólicas.

La que representaba al *dema* del Sol era especialmente impresionante: casi tres metros de abanico amarillo a modo de corona solar. Las máscaras de los *elemas*, también de Nueva Guinea, de forma oval y acabadas en punta, recordaban a las africanas y formaban parte de una representación siniestra, al estilo de las danzas de la muerte medievales, en las que los espíritus del mal, procedentes de las profundidades marinas, atemorizaban al espectador.

Dignas de mención son también las máscaras de los *bainings* (Nueva Bretaña), llamadas *haraiga*, que solían medir entre diez y quince metros. Se ha conservado incluso una de casi treinta metros. Para poderlas llevar sin dañarse, los actores debían ayudarse de fuertes varas de bambú. Muchos de los mensajes que se daban durante las representaciones eran un misterio incluso para la gran mayoría de los espectadores, ya que sólo los iniciados (los sacerdotes) podían comprender el significado de los ritos y su relación con la vida y milagros de los *dema*.

Ritos melanesios de iniciación juvenil

Como en otras culturas con un fuerte apego a la naturaleza y poca tendencia a la abstracción individual, los indígenas de la Melanesia valoran sobremanera los cambios de edad y de manera especial el paso a la edad adulta. En varias de la tribus de Nueva Guinea, por ejemplo, *bukauas*, *yabims* o *tamis*, la fiesta de iniciación es la más importante del calendario. El *dema* que regía esta fiesta se llamaba *Balum* y se representaba en los dramas culturales como un ser monstruoso que devoraba a los jóvenes aspirantes a adulto para luego escupirlos. Mientras se sacrificaba un cerdo a *Balum*, los jovencitos eran circuncidados, lo cual significaba su "muerte temporal" durante el rito y, por tanto, su paso a otra vida, en este caso la vida adulta.

Muchos de los *dema* importantes entre los pueblos aborígenes melanesios tienen un origen mítico común, pero las diversas tribus no se ponen de acuerdo en sus nombres.

No obstante, mencionemos al cocodrilo que extrajo del agua las primeras extensiones de tierra, para crear el lugar donde habitan los hombres.

O a la madre común, personificada en distintos animales, que era objeto de una veneración principal. También nos ha llegado el nombre de *Geb*, un *dema* que suele ser identificado con el ser supremo y de cuyo cuerpo salió el primer plátano.

Como los *sioux* con el bisonte, los melanesios identifican a su deidad principal con su sustento alimentario. Nombremos también a *Yawi*, que se identifica a su vez con un cocotero.

También se rinde culto a los antepasados familiares; este culto se conserva en la actualidad y es similar al de muchas tribus de África occidental. Los ancestros se cuidaban de proteger a los nativos de cada clan de la influencia de los espíritus malignos que habitaban la selva, y además velaban por su prosperidad y salud.

Asimismo, podían castigar a sus descendientes si se portaban mal, pero en general los ayudaban. Por otro lado, según la visión de los aborígenes, esta ayuda tiene algo de interesada, ya que si los descendientes desaparecieran por una guerra o epidemia, los antepasados se quedarían sin familia, con lo cual se desarraigaban y se convertirían en espíritus malignos.

Muchas de las costumbres mencionadas hace ya tiempo que dejaron de practicarse. Las enfermedades que los blancos llevaron a los Mares del Sur diezmaron muchas poblaciones, y la acción de los misioneros también ayudó a enterrar viejas creencias.

Por otro lado, el indígena melanesio ha tenido una cierta tendencia a dejarse deslumbrar por todo lo foráneo. Por tanto, sepamos que de todo lo explicado sobreviven restos entre las tribus que menos se han dejado influir. Pero muchas de las máscaras de los dramas culturales -por poner un ejemplo representativo- sólo pueden verse hoy día en los museos.

El culto a la ferocidad

Agiba: Altar para cráneos que se usaba en las culturas del pueblo kerewa (Nueva Guinea). Se hacían de madera troquelada y representaban inquietantes figuras antropomorfas.

Amenta: Según la tradición de los indígenas de Nueva Guinea, *dema* primigenio que plantó una semilla de coco y la regó con su propia sangre; de allí salió Hainuwele (ver definición), que estaba destinada a convertirse en el sustento de los seres humanos.

Balum: *Dema* (véase) que rige los ritos de iniciación en los pueblos melanesios del golfo de Huon (Nueva Guinea). Los ritos de pasaje son tal vez el rasgo o característica de mayor peso y más generalizado entre los pueblos de esta zona.

Big Man: En la sociedad melanesia, persona que posee riquezas y el máximo rango social. Su riqueza se cuenta por el número de cerdos que posee, lo cual es normal en una estructura económica prácticamente neolítica.

Cargo cult: Curioso fenómeno que se dio durante la segunda guerra mundial entre los indígenas melanesios, que quedaron tan asombrados por las riquezas y adelantos que mostraban los barcos norteamericanos que los veían como un objeto de culto. Otra hipótesis afirma que los nativos esperaban la llegada de una nueva era (al estilo del milenarismo) y que la señal de que llegaba era la aparición de barcos extranjeros.

Dema: Ente divino al que los indígenas melanesios dan culto y al que festejan en las famosas representaciones teatrales en que cada persona se disfraza de un *dema* concreto. Como los dioses de cualquier tradición politeísta, se los imaginan como seres humanos con sus sentimientos amorosos y sus disputas bélicas.

Geb: *Dema* que en algunas tribus melanesias es el ser supremo y benéfico y en otras un ser repulsivo y atormentado. En todo caso, la dualidad entre la adoración y el sacrificio violento es uno de los pilares de las leyendas de las tribus de la Melanesia.

Hainuwele: Criatura primigenia que surgió del coco plantado por Amenta. Tras madurar en nueve días, fue sacrificada por otros *dema*. Amenta la desenterró, la desmembró y de sus pedazos nacieron las plantas de tubérculos que alimentan a los *marind-anim*s; de ahí que el mito hable del enterramiento del cadáver de Hainuwele (los tubérculos crecen bajo tierra).

Haraiga: Máscaras que usan los bainings de Nueva Bretaña, en Melanesia. Son similares a las que usan para sus dramas religiosos otros pueblos de la zona, pero se diferencian en su enormidad dado que pueden contar más de quince metros de altura.

Jensen, Adolf E: Antropólogo danés que estudió en profundidad el culto a los *dema* en el sur de Nueva Guinea, especialmente la leyenda de Amenta y Hainuwele.

Locura de Vailala: Fenómeno que se dio en Papúa-Nueva Guinea a partir de 1919 y proliferó en algunas zonas marginales hasta los años 30: era un movimiento que mezclaba la ingenuidad de los cultos Cargo y la pasión del milenarismo y estaba regido por profetas melanesios.

Malaggan: Festividades que celebraban los indígenas de Nueva Irlanda (Melanesia). Durante las celebraciones, los nativos mezclaban el culto a los muertos con el de la fertilidad y en los ritos se usaban máscaras de un aspecto cuando menos inquietante.

Mana: En las culturas de los Mares de Sur en general, fuerza sobrenatural, pero también en términos genéricos, carisma o "ángel". Se aplica a culturas tanto melanesias como polinesias o de la Micronesia.

Mayo: Fiesta principal de los nativos marind-anims (Melanesia) en la que se practicaba un rito secreto -estaba prohibido llevarlo a cabo en presencia de extranjeros- relacionado con los *dema* y la iniciación de los jóvenes.

Moaro: En las culturas de la isla de Nueva Caledonia (Melanesia), choza reservada exclusivamente a los hombres que se preparan para la *pilou* o fiesta del culto al ñame.

Ñame: Tubérculo gigante alrededor del cual los melanesios del nordeste de Nueva Guinea y también de otras islas como Nueva Caledonia, celebran un extraño culto fálico y místico en que los hombres, tras cultivarlos con artes mágicas para que se hagan más grandes, presumen exhibiéndolos ante sus vecinos.

Papua: Antiguo nombre de los indígenas que poblaban la isla de Nueva Guinea. Por extensión, el sinfín de diversas lenguas que hablan en esta isla y en el resto de enclaves de la Melanesia.

Sepik: Río de la isla de Nueva Guinea alrededor del cual todavía existen culturas arcaicas que dan culto a los viejos dioses melanesios y representan dramas culturales con máscaras, escudos y otros ornamentos.

Yawi: *Dema* que algunas tribus melanesias identifican con el cocotero y otras con la muerte.

Las religiones de los Mares del Sur

El "buen salvaje" religioso

La dualidad sagrada polinesia: mana y tabú

Micronesia: ritos perdidos

Las islas de la felicidad

El "buen salvaje" religioso

Los aventureros del siglo XVIII que como James Cook exploraron los Mares del Sur se encontraron con sociedades muy diferentes y con costumbres cuando menos curiosas a los ojos de un europeo: desde los rígidos tabúes (de este vocablo austronesio procede la palabra que han adoptado posteriormente muchas lenguas) introducidos por los sacerdotes polinesios, hasta los cultos de fuerte componente sexual de algunas tribus de la Micronesia.

La cultura polinesia fue idealizada desde su descubrimiento por los intelectuales europeos. La belleza física de sus habitantes -especialmente de los jefes que, al no trabajar, tenían la piel más suave y clara- atrajo los ensueños rousseauianos de quienes creían haber encontrado al "buen salvaje" en su hábitat natural. Además, algunos aspectos de la sociedad polinesia recordaban a civilizaciones muy mitificadas, como el imperio inca: por ejemplo, el hecho de que dentro de la jerarquizada estirpe gobernante, el jefe supremo sólo pudiera casarse con una de sus hermanas, ya que sólo ésta tenía pureza de sangre y era descendiente directa, como él, de los dioses. Tener estos criterios (la blancura de la piel, la armonía de los rasgos, el elitismo de la sociedad polinesia) para admirar una cultura dice

muy poco de los europeos de aquella época, al menos en cuanto a su pensamiento político. Pero ya sabemos que un gran partidario de las libertades teóricas como Voltaire era, a su vez, defensor de la esclavitud. No abundaremos en el tema (no es el que nos ocupa) y nos centraremos en las particularidades religiosas de estos indígenas, cuyas islas siguen constituyendo, ahora por motivos turísticos, una atracción de los occidentales.

Es curioso que uno de los detalles que se conocen popularmente sobre la cultura que nos ocupa sean los zumos y bebidas exóticas que la gente consume en muchos países, en oscuros bares de ambiente polinesio. Todo ello, aunque parezca mentira, tiene un origen socio-religioso: la *kawa*, bebida euforizante que procede de las raíces del pimentero. En todas las islas polinesias, salvo Nueva Zelanda, los indígenas bebían *kawa* respetando ciertos ritos y en pequeños grupos. Sólo los varones podían hacerlo y ello reforzaba la colectividad.

La dualidad sagrada polinesia: mana y tabú

Dos conceptos marcaban la vida en común (recordemos el componente de marcado carácter social de las religiones de los Mares del Sur) de los polinesios: el *mana* y el *tabú*. El primer concepto es difícil de traducir, pero equivale a una especie de fuerza de origen sobrenatural que, al concentrarse en el ser humano, refuerza sus virtudes, le da carisma. Es algo próximo a lo que en castellano llamamos "ángel" o don.

En principio, el *mana* se opone al concepto de *tabú*. El primer europeo en escuchar esta palabra fue el capitán Cook. Su significado original entre los polinesios era lo prohibido, especialmente lo que es sagrado y, por tanto, está vedado al no iniciado. En la práctica, los *tabúes* eran impuestos por los sacerdotes y dirigentes de las tribus (los que tenían más *mana*) al resto de pobladores, y ello acabó sacando de su contexto la primigenia oposición entre ambos conceptos. Al final, las clases dirigentes consideraban *tabú* toda actitud que pudiera minar su poder. Tal vez por ello muchos polinesios fueron abandonando tales creencias y hoy en día las religiones nativas casi no se practican en estas islas.

Entre los dioses de que tenemos noticia, destaca Tangaroa, que para los maoríes (Nueva Zelanda) era el dios del mar y para las tribus de la Polinesia occidental, el creador. En cambio, para muchos otros pueblos, el creador llevaba por nombre Tane, quien surgió de Papa (Madre Tierra) y Rangi (Padre Cielo). Tane dio vida a Hina, la primera mujer, y con ella a toda la humanidad. También algunos hombres eran recordados por el mito polinesio: el héroe Maui (que recuerda a Hércules y aún es objeto de culto en muchas islas del sudeste) y el primer hombre, Tiki, salido del falo de Tane.

Los hawaianos celebraban el culto en los llamados *heiau* y veneraban especialmente a Laka, diosa de las plantas, y a Tu, dios de la guerra. Por el contrario, los habitantes de Tahití consideraban a Tu un mero ayudante de Tangaroa y tenían a su propio dios de la guerra, Oro. Longo es el dios de la agricultura y se contraponen a Tu, ya que representa la paz. Los hawaianos lo llaman Lono. Lono es responsable de la anécdota más divertida de los nativos de Hawai: como era representado por una lámina blanca ensartada en un palo, los indígenas creyeron que James Cook era el mismísimo Lono, ya que había llegado a sus tierras en un barco de vela que se parecía mucho al símbolo de este dios.

Micronesia: ritos perdidos

Poco nos ha quedado de las costumbres religiosas de los pueblos de Micronesia, un puñado de islas casi despobladas que además sufrieron la intervención de los misioneros desde fecha muy temprana. Por si esto fuera poco, las enfermedades introducidas por los europeos minaron la salud de los ancianos, que eran precisamente los que conservaban en la memoria estas tradiciones, con lo que muy poco se ha salvado.

Aparte de las impresionantes ruinas de la ciudad lacustre de Nan Mataol (que muchos han comparado con el enigma de la isla de Pascua) y algunas nociones sobre los espíritus marinos malignos de los chamorros (islas Marianas), tenemos información sobre dos culturas indígenas de esta zona: las islas Yap y las islas Palaos, donde los ritos religiosos son bastante curiosos.

Los habitantes de las islas Yap rinden culto a las llamadas *fae* o monedas sagradas. Se trata de unas gigantescas monedas perforadas como rosquillas y hechas de aragonito, con las que se saldan deudas importantes: por ejemplo, indemnizaciones o compras de mucho valor. Poseer un *fae* proporciona a las familias no sólo rango social y prestigio, sino que les garantiza un lugar de privilegio en el más allá, un poco al estilo de lo que significaban las indulgencias que los ricos compraban a la Iglesia católica en la Edad Media para obtener la salvación del alma. Además del dinero, otro aspecto muy valorado por los indígenas de las islas Yap es la fertilidad: tienen hasta siete dioses relacionados con ella.

En las islas Palaos, en el siglo pasado, existían unos clubes llamados *bai*, en los que los jóvenes se encontraban. En estas chozas no se permitía la entrada de mujeres, pero estaban decoradas con motivos sexuales. El ornamento más impresionante era la Dilukai, una mujer con las piernas completamente separadas, en una postura que podría interpretarse como pornográfica. Pero la razón es ritual: lo que significaba este motivo es que los jóvenes estaban en el interior de la mujer, como si hubieran vuelto al útero materno, tal vez con el fin de "volver a nacer", en este caso a la vida adulta. También hay quien relaciona a la Dilukai con Latmikaik, la madre primigenia de la cultura Yap, que creó el cielo y el infierno, a los dioses y, finalmente a los seres humanos, en un mito que recuerda algunas de las religiones de Indonesia.

Las islas de la felicidad

Ahu: Cada uno de los altares de más de cien metros de largo en que se colocaban las gigantescas estatuas de la isla de Pascua.

Airoi: Orden mixta (hombres y mujeres, plebeyos y nobles) religioso-teatral que habitaba la isla de Tahití. Recorrían la región representando espectáculos de música, danza y teatro, y practicaban el amor libre.

Anite: Espíritus de los muertos que atemorizaban a los indígenas que profesaban la hoy extinta religión de los chamorros, en las islas Marianas (Micronesia).

Dilukai: Escultura que preside las chozas de los jóvenes de las islas Palaos (Micronesia). Aparece con las piernas abiertas y suele representar a la diosa Latmikaik (véase definición).

Fae: Gigantesca moneda de piedra sagrada que tiene un gran valor socio-religioso en las islas Yap (Micronesia).

Galid: Nombre genérico que los nativos de las islas Palaos (Micronesia) dan a espíritus, dioses y demonios.

Hawaiki: Tierra mítica en la que sitúan sus orígenes los maoríes de Nueva Zelanda y otros pueblos polinesios.

Heiau: Nombre que daban los indígenas hawaianos a los lugares (templos, torres, altares) donde se celebraba el culto.

Hina: En las culturas polinesias, hija de Tane; por un lado es la Primera Madre, pero por otro es también soberana del reino de los muertos, lo cual demuestra la ligazón esencial que las culturas de los Mares del Sur establecen entre la fertilidad y la muerte.

Hula: Grupos de danzarines y actores que mantienen el culto a la diosa Laka en Hawai (Polinesia), aunque hoy sólo sea para disfrute de los turistas.

Kahuna: Nombre hawaiano que se da a los sacerdotes y que coincide con la definición de Tohunga (ver más adelante).

Laka: Diosa hawaiana de las plantas, la poesía y la danza.

Lapita: Tipo de cerámica que ha dado nombre a una cultura anterior al 1400 a.C. cuyos pioneros, de piel clara, poblaron desde el sudeste asiático gran cantidad de islas de los Mares del Sur.

Latmikaik: Madre Primigenia de los nativos de las Palaos que engendró primero a los dioses y después a los seres humanos.

Lono: Véase Rongo.

Makemake: Hombre-pájaro de los indígenas de la isla de Pascua. Es el dios principal y creador de esta cultura.

Marae: Nombre que dan al culto los indígenas de Tahití (Polinesia).

Maui: Héroe muy venerado por las sociedades polinesias: la leyenda dice que proporcionó el fuego a los hombres.

Nan Matol: Centro de culto -en ruinas desde hace muchos siglos- de los indígenas de las Carolinas (Micronesia). Sus grandes y numerosas plataformas (estaba construido sobre un lago) y su monumentalidad han creado un misterio sobre la civilización que lo construyó.

Olifat: Héroe venerado en varias de las islas Carolinas, especialmente en la cultura de Nukuor (Micronesia).

Oro: Versión tahitiana de *Tu*, el dios de la guerra de los pueblos polinesios.

Rongo: Dios maorí de la agricultura, representado por una caracola (*rongo* es en maorí "sonido"), que en Hawai es conocido como Lono.

Tabú: En la cultura polinesia, acción o concepto prohibido y peligroso y, por tanto, fuera del alcance del no iniciado.

Tane: Dios creador de los maoríes de Nueva Zelanda, también conocido por ser señor de la selva y de los animales. Surgió del abrazo entre Papa (la Tierra) y Rangi (el Cielo). En otras islas polinesias sus funciones son atribuidas a la deidad Makemake.

Tangaroa: Para los maoríes, dios del mar. Para otros pueblos polinesios, dios de la creación. Para todos, deidad cuya fecundidad ha sido un motivo importante para muchas obras artísticas.

Taputapuata: Gran centro de culto de los indígenas de Tahití. En él se veneraba especialmente al dios de la guerra, Oro.

Tiki: Nombre que se da en las islas Marquesas (Polinesia) a los antepasados. En muchas culturas polinesias, miembro viril del dios Tane.

Tohua: Grandes altares de más de tres metros de altura donde se celebraba el culto de los nativos de las islas Marquesas. También eran usados por el jefe de la tribu para construir su casa.

Tohunga: En lengua austronesia "experto"; sumo sacerdote de las culturas polinesias. Por extensión, algunos pueblos llaman también así a los magos y curanderos.

Tu: Para los polinesios de Tahití, lugarteniente de Tane: para los maoríes y los hawaianos, dios de la guerra.

Tuaha: Recinto cuadrangular prohibido a los profanos en que el sacerdote de la cultura maorí de Nueva Zelanda se encerraba para buscar inspiración y consejo de los dioses.

La religión en la isla de Pascua

Megalitos esculpidos. ¿Para qué?

Los "ahu" y las enigmáticas cabezas

El culto al dios pájaro

Elementos religiosos de los Mares del Sur

Concepto de los espíritus

Fascinación por lo foráneo

Gran lugar sagrado

Héroe cultural

Cultos a la fertilidad

Ser supremo

Lugar de culto

Fuerza sobrenatural

Manifestaciones culturales

Megalitos esculpidos. ¿Para qué?

Las famosas estatuas de piedra de la aislada isla de Pascua fueron descubiertas por Roggeveen en 1722, en una isla escasamente poblada por habitantes de origen polinesio. La cultura y las tradiciones que se ocultan tras estos enormes megalitos constituyen un misterio. No lo es tanto el culto que estos indígenas rendían a Makemake, el dios pájaro.

A 3 760 km de la costa occidental de Sudamérica se encuentra una isla de origen volcánico que ha cautivado la atención y la curiosidad de todo el mundo desde que los europeos llegaron a ella en pleno siglo XVIII. Es muy sorprendente que en un lugar donde nunca vivieron más de 6 000 nativos (aun hoy, la población no supera los dos millares) se encuentren restos de más de cien lugares dedicados al culto. Si tenemos en cuenta la proporción de templos por miles de feligreses que en la actualidad se aplica en cualquier parte del mundo, aún es más sorprendente este dato.

Los "ahu" y las enigmáticas cabezas

Los polinesios (y los habitantes de la isla de Pascua pertenecen a esta cultura) llaman *ahu* a una especie de altar de piedra que, a modo de pedestal, sostiene diversos motivos ceremoniales, por lo general de grandes dimensiones. En el caso que nos ocupa, los *ahu* eran tan grandes que a veces cabían en ellos hasta quince estatuas. La isla estaba plagada de estos megalitos, ya que se han contabilizado unos seiscientos, pero hay restos de muchos más. Como hemos visto en fotografías y reportajes, se trata de unos enormes torsos, rematados con cabezas de extraña forma cuadrangular. Las estatuas están construidas con toba y pesan varias toneladas. Las extrañas cabezas están coronadas por una especie de moño hecho de otro material.

Qué representan estas estatuas continúa siendo un enigma, pero lo que está claro es el gran valor que tenían para los indígenas, que hacían tremendos esfuerzos para transportarlas a los *ahu*, tratando de que no se cayeran y rompiesen por el camino, lo cual, sin embargo, ocurría a menudo. Parece ser que las diversas tribus habían empezado a competir respecto a quién veneraba a la estatua mayor, de modo parecido a lo que hacen los abelames melanesios de Nueva Guinea con el culto al ñame -recordemos cómo estos últimos competían entre sí por ver quién tenía el tubérculo de mayor tamaño-, aunque la situación

debió de llegar a tales extremos de obsesiva competitividad que provocó varias disputas bélicas. Estas guerras internas acabaron, casi con toda probabilidad, con el culto a las estatuas gigantes, por lo cual, cuando Roggeveen llegó a la isla, la mayor parte habían sido destruidas o abandonadas. Por ello, nadie puede asegurar si se trataba de dioses, héroes u otro motivo artístico-religioso. Esto nos recuerda a las quince cabezas gigantes pertenecientes a la cultura olmeca encontradas en La Venta (México).

El culto al dios pájaro

Los habitantes de la isla de Pascua compartían dioses con otras culturas polinesias: veneraban a Tangaroa (señor del mar) y a Rongo (dios de la agricultura), pero, al contrario que los maoríes, tahitianos o hawaianos, no reconocían a Tane como deidad principal. Este papel lo desempeña un dios bastante interesante: Makemake, también conocido como el hombre-pájaro.

Makemake era un dios primordial: se le consideraba el creador del universo, el fecundador por excelencia y paradigma de la masculinidad; recordemos lo habitual que es entre las culturas de Oceanía el culto al falo, como podemos comprobar si observamos cualquier estatuilla polinesia o melanesia de las que se hallan en los museos etnológicos de todo el mundo.

Los nativos imaginaban a Makemake como un hombre-pájaro y las representaciones artísticas que nos han llegado de su figura lo retratan como un híbrido con cabeza de ave y cuerpo de hombre, al estilo de las divinidades egipcias. La fiesta anual en honor de esta deidad se celebra en la isla de Moto Nui, muy cercana a la isla principal. El rito era poco menos que curioso y consistía en lo siguiente: los jóvenes nadaban por el estrecho entre las dos islas -que además estaba plagado de peligrosas rocas y escollos- hasta llegar a los nidos de las golondrinas que había en el desfiladero, para robar los huevos de estas aves. Cada nadador representaba a una de las tribus. El primero que conseguía llevar el huevo a su jefe, adquiría gran prestigio, pero además convertía, por efecto de esta extraña competición deportivo-ritual, a su caudillo en la reencarnación de Makemake durante todo el año siguiente.

El culto al dios pájaro ha llegado hasta nosotros a través de la información de los observadores extranjeros y también por el testimonio de los propios nativos, pero hay más: los indígenas polinesios conocían la escritura y se han descubierto textos nativos que se sabe que hablan de este dios y de otros que se veneraban en la zona, aunque todavía no se han podido descifrar por completo. Tal vez las próximas generaciones puedan acceder, gracias a la labor de los paleógrafos, lingüistas y antropólogos, a los secretos de la isla de Pascua. Entonces, los enormes megalitos que tan bien representan el enigma de este enclave oceánico cobrarán nuevo sentido.

Elementos religiosos de los Mares del Sur

Concepto de los espíritus

Melanesia: Culto a los antepasados y existencia de espíritus maléficos en los dramas culturales

Polinesia: Espíritus de los antepasados (*tiki*)

Micronesia: Existencia de espíritus (*anite*) en las islas Marianas

Fascinación por lo foráneo

Melanesia: Cultos. Cargo

Polinesia: Identificación de James Cook con la deidad Lono

Micronesia: Pronta conversión en masa al cristianismo

Gran lugar sagrado

Polinesia: Isla de Pascua

Micronesia: Nan Matol (islas Carolinas)

Héroe cultural

Polinesia: Maui

Micronesia: Olifat (islas Carolinas)

Cultos a la fertilidad

Melanesia: Culto al ñame (Nueva Guinea)

Polinesia: Diosa Hina

Micronesia: Estatuas Dilukai (islas Palaos)

Ser supremo

Melanesia: Balum/Geb

Polinesia: Makemake/Tane/Tangaroa

Micronesia: Latmikaik (Diosa Madre de los dioses y seres humanos)

Lugar de culto

Melanesia: La aldea

Polinesia: Altares. Ej.: Heiau (Hawai)

Micronesia: Chozas; altares (islas Marquesas)

Fuerza sobrenatural

Melanesia: Mana/dema

Polinesia: Mana/dioses

Micronesia: Mana/dioses

Manifestaciones culturales

Melanesia: Dramas culturales, ritos de pasaje

Polinesia: Danzas músico-teatrales

Micronesia: Ritos de pasaje

Las formas de religión en la América precolombina

Cuando los conquistadores europeos llegaron a una América en la que habían predominado tres imperios principales (mayas, aztecas, incas), se encontraron con un panteón indígena que tenía ya mil años y una tradición que combinaba la literatura oral con los códices y estelas, y una singular mitología con bastantes puntos en común. Los dioses mayas, olmecas, chimúes, toltecas, teotihuacanos, aztecas e incas se parecían bastante entre sí y en ocasiones eran intercambiables.

Los chamanes de estas culturas, desde sus dotes sagradas y su papel de intermediarios entre el mundo de arriba (cielo) y el de abajo (reino de los muertos), por un lado, y el mundo de aquí -conceptos también comunes a las culturas precolombinas-, por otro, habían recurrido a una mitología cosmogónica y etiológica para explicar los orígenes del universo,

de los héroes culturales y civilizadores (el más famoso, la serpiente emplumada) y de la vida material y espiritual.

El legado de estas civilizaciones pasó de la memoria de los indígenas a códigos escritos ya en época de dominación europea, y muchos elementos de las creencias precolombinas, a veces mezclados socráticamente con la doctrina cristiana, han perdurado hasta hoy. El hecho de que muchos de los países herederos de los mayas, aztecas e incas mantengan un porcentaje muy elevado de población indígena y rural (Guatemala, Bolivia, zonas de México y Perú, etc.) ha permitido la pervivencia de los rasgos distintivos de estas religiones.

La religión en las tribus de Norteamérica

El hilo de la vida

Los hombres sagrados y sus visiones

Ética y religión

Fauna sagrada entre los indios norteamericanos

El hilo de la vida

Cuando el jefe Seattle escribía en su carta al presidente de los Estados Unidos de América "Hombre blanco: no tejemos la vida; somos tan sólo uno de sus hilos. Si deshaces el tejido te deshaces a ti mismo", estaba ofreciendo una aproximación muy lúcida al concepto principal de las religiones nativas de Norteamérica: la espiritualidad sencilla y en armonía con la naturaleza.

Como otras culturas, los indios norteamericanos no entienden la religión como los occidentales. Para nosotros, este término está lleno de implicaciones abstractas, pues refiere un culto a algo que está fuera del plano material o terreno. En cambio ellos tienen una concepción mucho más tangible, ya que identifican el mundo que conocen (tierra, nubes, lagos, plantas, animales) con lo sagrado. Por ello, por ejemplo, el dios principal de los sioux-oglalas (Dakota del Sur) es descendiente de un búfalo, es decir, del animal que durante siglos les ha proporcionado sustento.

Como ocurre con sus parientes lejanos de Latinoamérica, creen que el paso entre el mundo del más allá y el del más acá no es tan abrupto. De ahí la importancia de los chamanes, que son los principales intermediarios entre dos mundos que no están claramente separados como en otras religiones, sino unidos por vínculos materiales.

De norte a sur encontramos indios yuma, navajos, cherokees, apaches, shoshoni, winnebago, arapahoes, cheyennes, dakotas, pies negros, aleutianos y esquimales, entre muchos otros grupos étnico-culturales.

Sabemos que todos estos grupos fueron masacrados por el hombre blanco y confinados en pequeñas reservas. Aun así, el ingente número de pueblos dispersos que forman la población indígena hace que no podamos centrarnos en ninguna tribu concreta. Haremos un repaso general de los rasgos comunes que presentan sus cultos, poniendo, eso sí, ejemplos concretos de cada cultura.

Los hombres sagrados y sus visiones

Uno de los rasgos comunes es la necesidad de un proceso de iniciación para lo místico. Determinados conceptos sagrados otorgan mucho poder y sería peligroso que cualquiera accediera a ellos, por lo que sólo unos pocos elegidos (los hechiceros) pueden iniciarse en el uso de la magia y el contacto con los espíritus. Por ejemplo, los *wicasa-wakan* ("hombres sagrados", es decir, chamanes sioux) acceden al conocimiento del mundo de los espíritus a través de una visión. A partir de ella, adquieren poder sobre la realidad y pueden

interceder ante los dioses para ganar batallas, curar enfermedades o hacer que llueva, entre muchas otras cosas.

Otro detalle común a muchas de estas culturas es la concepción de la muerte como una transición. Los ritos que la envuelven provienen de la creencia de que la condición humana tiene diversas implicaciones espirituales más allá de la vida que conocemos. Es decir, que la muerte no es más que el tránsito hacia un nuevo tipo de vida, diferente según las personas. Esto emparenta esta religión con las más antiguas creencias de Egipto o con el budismo.

La religión de estos pueblos se transmite de forma oral y se suele dar gran importancia a los lugares: muchos enclaves son sagrados, por lo que las ceremonias deben celebrarse siempre en ellos, ya que así lo designaron los dioses. Esto da la medida de lo trágico que debió de ser para muchas de estas tribus verse desplazadas por la civilización estadounidense y canadiense a lugares que no eran aquellos en los que siempre habían vivido. Especialmente conflictivas fueron pérdidas como la Torre del Diablo, en Wyoming, o el Monte Graham, en Arizona.

Ética y religión

Un gran número de los mandamientos de estas religiones tienen algo de simple ética comunal: la generosidad y la solidaridad son valoradas por encima de muchas otras cosas. Los indígenas de la Costa del Noroeste (nutkas, yakimas) tienen la obligación religiosopolítica de compartir riquezas. Esta especie de comunismo primitivo los emparenta curiosamente con los indígenas del sur de Chile (justo en el otro extremo del larguísimo continente). La participación en las ceremonias y en la comunidad suele ser más importante que la creencia en sí. La doctrina es menos importante que el comportamiento de los fieles. Ejemplo de ello es el caso de los indios pueblo (Nuevo México), cuyo calendario ritual rige el trabajo comunal, y los beneficios se reparten a partes iguales entre todos los miembros de la tribu.

La importancia de la entrada en la edad adulta es otro rasgo común a estas culturas, como ocurre también en muchos pueblos africanos. Los niños son informados muy pronto de sus obligaciones familiares y con la comunidad, y en el paso al estado adulto deben superar una serie de pruebas, a veces crueles.

Se ha producido un cierto sincretismo debido al afán cristianizador de los misioneros que han convivido con los nativos durante los últimos doscientos años. Pero por tratarse de una conversión forzada, el sincretismo suele ser un disfraz que los nativos dan al hecho de seguir con sus antiguas creencias. Cuando se prohibió la danza del Sol, muchos nativos dijeron creer en un Dios único, en principio el de los cristianos, pero lo que estaban haciendo era mantener el culto al Sol bajo la apariencia del nuevo dios impuesto. No obstante, no todos los pueblos nativos son politeístas; hay culturas, como la iroquesa, que antes de la llegada de los misioneros ya tenían la concepción de un dios principal, omnipotente, creador y perfecto.

Dos ejemplos de cómo se ha combinado la tradición con la renovación religiosa en Norteamérica son la Iglesia Nativa Americana y el Movimiento de la Danza de los Espíritus. Ambas han conseguido unificar tribus distintas en un mismo culto. La primera surgió en Nuevo México y, combinando ritos de los pueblos mesoamericanos con conceptos del cristianismo, se ha extendido de costa a costa de Estados Unidos. La Danza de los Espíritus fue prohibida por el gobierno en 1890, pero ha resurgido recientemente y es una reacción que podríamos llamar "indio-centrista" a las religiones oficiales impuestas de Norteamérica.

En la actualidad, por tanto, la recuperación del orgullo indio en Norteamérica, y la exigencia de respeto hacia las antiguas tradiciones significan un reequilibrio entre la tradición y la modernidad.

Fauna sagrada entre los indios norteamericanos

Los indios norteamericanos, desde Alaska hasta la frontera con México, identifican lo religioso con la naturaleza. La armonía con parajes, plantas y animales fue la clave del sentimiento trascendente del indígena de esta vasta zona del Nuevo Continente. Según la mitología de los indios nez percé, por ejemplo, antes de la llegada del hombre había existido un pueblo animal.

Como ejemplo muy conocido, el búfalo ha pasado a la mitología popular entre los indios como el animal sagrado por excelencia. Pero son muchos más los que se incluyen en las diversas leyendas de creación y mitos de las tribus norteamericanas.

Águila: Según los nez percé, primer animal alado que compareció en el escrutinio del pueblo animal. Es la reina de las aves y su vuelo majestuoso no puede ser igualado.

Alce: Animal sagrado para los sioux, que valoraban especialmente su carne. Según los nez percé, el alce fue el primer animal que se sometió a la prueba para determinar qué criaturas volarían, cuáles se arrastrarían, cuáles andarían y cuáles nadarían.

Antílope: Según los gros ventres, el antílope forma una tríada de animales sagrados, junto con el bisonte y el alce: los tres eran las presas favoritas de la deidad cazadora Cuerpo Chamuscado.

Arrendajo: Animal que suele estar presente en las diversas mitologías indias. Desempeña un papel divertido: viene a ser el bufón, como a veces lo es también el coyote, eterno cazador cazado.

Búfalo (o Bisonte): Animal sagrado y centro del culto ceremonial de los sioux, kiowas y assininboin, pueblos que dependían de su carne para el sustento y de su gruesa piel para soportar los duros inviernos. La danza del sol está muy relacionada con su culto.

Búho: Según las leyendas hidatsa, pueblo del Missouri, el búho es un aliado del mítico guerrero Collar de Cuervo, a quien asesoraba con su clarividencia sobre el pasado, el presente y el futuro. En la mitología assininboin existe también un hombre-búho. Según los esquimales, fue el búho quien tiñó de un negro intenso, con grasa de ballena, las plumas de su amigo el cuervo.

Carnero: Animal de las Montañas Rocosas, cuya piel era muy apreciada por los indios pueblo y assininboin.

Ciervo: Animal sagrado para los sioux. Su piel se utilizaba para vestir a las mujeres y en las celebraciones. El gamo cumplía una función similar.

Coyote: Según los sioux, uno de los hijos de Iya y, por tanto, enemigo del género humano. Según los mandan de Missouri, animal sagrado en que se convirtió el Hombre Único cuando su misión creadora estuvo cumplida. Según los nez percé, animal que suplió su carencia de cualidades físicas con la astucia, y por ello es muy admirado.

Cuervo: En la mitología de los esquimales, único animal que puede acompañar a los muertos hasta la Aurora Boreal. Según los mandan, será un cuervo blanco quien anuncie el fin del mundo a los hombres.

Grulla: Según los indígenas del área de Vancouver, se trata de doncellas que se convirtieron en pájaro y, llevándose los moluscos que formaban parte de su dieta, huyeron de la zona donde habían vivido, pero regresan todos los años.

Iya: Según las leyendas sioux, espíritu maléfico que adoptaba la forma de un gigante y luchaba contra los héroes sioux enviándoles a sus dos hijos: el coyote y el árbol de las serpientes. Fue vencido por el Chico de Piedra.

Lobo: Según los assiniboin, animal sagrado, símbolo del ardor guerrero. El héroe de este pueblo se llamaba Lobo Hambriento. Entre los kiowas es conocida la historia del Muchacho Lobo, un personaje que fue recogido por una manada de lobos, que le ayudaron a vengarse de quien lo había abandonado.

Oso: Entre los sioux, el Gran Oso era un maléfico aliado de Iya en su lucha contra los seres humanos. Para los nez percé, rey de los animales que andan y muy temido por el hombre. Entre los shasta es también el señor de los animales.

Perro: Como en el mundo occidental, fiel compañero del hombre. Según los couer d'alene, Perro era amigo de Lobo, hasta que fue a robar a los humanos la chispa del fuego y nunca volvió con Lobo: prefirió las comodidades humanas y se olvidó de su misión.

Polla de agua: Según las leyendas de los mandan, animal primigenio que poblaba los lagos en los que el Hombre Único fabricó el barro del que saldrían el resto de animales.

Rana: Según la mitología mandan, la Abuela Rana fue el primer animal que se dio cuenta de que el Hombre Único estaba superpoblando la Tierra de animales. Para compensarlo, propuso el crear el concepto de muerte. El resto de animales aceptaron, pero ella fue la primera en morir.

Salmón: Es un animal muy importante para las tribus del área de Vancouver, ya que era la base de su sustento y el rey de los animales acuáticos.

Serpiente: Según casi todas las mitologías indígenas, animal perverso. En una leyenda de los cowlitz, el Hombre de Misterio las ahogó, erradicándolas de los lugares sagrados. Según los sia, de Nuevo México, la serpiente es paradigma de astucia, pues consigue engañar incluso al coyote.

Wayinkan: En la mitología sioux, animal mitológico cuyo nombre significa "pájaro del trueno". Era considerado una divinidad que al pasar por el cielo ensordecía a los demás animales.

Zorro: Por su inteligencia, desempeña un papel similar al del coyote. Para los pit river, el zorro y su ayudante el coyote fueron los creadores del mundo.

La religión en el México antiguo

Los antecesores de los mayas y los aztecas

Teotihuacán: la morada de los dioses

Los toltecas: la leyenda del hombre-dios

Los antecesores de los mayas y los aztecas

Las culturas olmeca, teotihuacana y tolteca poseyeron una religiosidad cuyos elementos rituales y artísticos impusieron una visión del mundo común a casi toda la Mesoamérica precolombina.

En lengua náhuatl, olmeca significa "habitante del país del caucho", porque su origen se encuentra en las regiones mexicanas de Tabasco y Veracruz, en una gran llanura que cruzan caudalosos ríos. La cultura olmeca se desarrolló entre 1200 a.C. y 400 d.C., y resulta difícil obtener muchos datos sobre ella. Muchos detalles nos han llegado a través de los mayas, sobre los que ejercieron una gran influencia.

Uno de los pocos complejos arqueológicos que nos dan bastante información sobre los olmecas es el enclave de La Venta, al sur de Veracruz, que incluye la más importante pirámide de esta cultura que se conserva, además de los mosaicos con cabezas de jaguar y las enigmáticas esculturas. Además de las de La Venta, en otros enclaves se han encontrado cabezas gigantes coronadas con extraños cascos, que probablemente representaban a dioses, aunque es difícil decirlo con seguridad.

Las estelas halladas en Tres Zapotes entroncan el rito calendárico olmeca con el maya, ya que sus jeroglíficos incluyen la fecha más antigua que existe en los calendarios mesoamericanos. También son destacables los altares en forma de boca de jaguar y los sostenidos por atlantes, detalle mitológico que la cultura teotihuacana reprodujo algún tiempo después.

Se antoja evidente que la divinidad principal de los olmecas debía ser representada por un jaguar, animal muy común en casi todos los panteones precolombinos. Aparte de los altares, la figura de este felino aparece en los sarcófagos, las máscaras y las esculturas gigantes. Una de las piezas conservadas parece representar a un jaguar copulando con una mujer, lo que tal vez sea un mito explicativo de la naturaleza antropomorfa del dios jaguar. Otros animales (serpientes, águilas) también están presentes en el arte olmeca, lo cual sugiere que el elemento antropomorfo de sus dioses fue un precedente adaptado posteriormente por teotihuacanos, mayas y aztecas. No en vano, varios estudiosos han denominado a la olmeca la cultura madre de Mesoamérica.

Teotihuacán: la morada de los dioses

No debe extrañar el título de este apartado: en náhuatl la palabra Teotihuacán significa literalmente "Casa de los dioses", aunque en la actualidad se la conoce como la ciudad de las pirámides y es uno de los enclaves arqueológicos más visitados de Centroamérica.

Era una ciudad-estado de gran prosperidad y cargada de elementos míticos: como muchos rincones de la ciudad, la pirámide del Sol está construida teniendo en cuenta detalles astronómicos y mágicos. Recientemente se ha desubierto debajo de su base una cueva antequísima que era lugar de peregrinación y contiene varias tumbas. No por casualidad se construyó la ciudad posterior sobre este santuario. En México siempre se han venerado las cuevas como lugares sagrados: en ellos se establecía un punto de encuentro entre lo terreno y lo sobrenatural. Algunos antropólogos relacionan estos lugares con la figura materna: según un texto contenido en códices náhuatl, la Luna nació en la cueva de Teotihuacán.

Los constructores de Teotihuacán se plantearon su diseño como una imagen del cosmos, de igual modo que los aztecas consideraban Tenochtitlán el centro del universo. Las pirámides estaban comunicadas por una avenida principal, llamada la calle de los Muertos. La disposición de la pirámide del Sol es cuando menos curiosa: está erigida en un punto que guarda una perfecta armonía con los movimientos celestes, y en algunos de sus rincones sagrados se podía observar con exactitud la puesta de sol o los movimientos de las Pléyades.

El carácter de eje del mundo no es la única aportación teotihuacana a las culturas posteriores: también lo es su reorganización del panteón mesoamericano y la importancia del juego de pelota, así como las estatuas de Quetzalcóatl, divinidad estrella de los mayas y aztecas y que, como veremos enseguida, era el centro de la leyenda tolteca.

Los toltecas: la leyenda del hombre-dios

Tras la decadencia de Teotihuacán, varias poblaciones se unieron para crear la gran Tula o Tollán, otra ciudad-estado de los refinados toltecas: un pueblo que, según la leyenda, vivió feliz durante un tiempo en Tollán, gobernado por Quetzalcóatl. Este personaje era el héroe

y no debe confundirse con el dios: más bien era su representante o personificación. Quetzalcóatl -la serpiente emplumada- dictaba las leyes y edificó una pirámide y cuatro templos que señalaban a los cuatro puntos cardinales. También instauró las autoinmolaciones, aunque no permitía los sacrificios humanos.

El equilibrio tolteca fue roto, siempre según las leyendas conservadas en varios códices, por la aparición del malvado Tezcatlipoca, que pretendía introducir en el reino tolteca los sacrificios humanos que la serpiente emplumada no permitía. Tezcatlipoca causó con sus malas artes la ruina del soberano, que tuvo que huir de Tollán, aunque otras versiones dicen que se autoinmoló quemándose.

La leyenda también afirma que tal vez un día la serpiente emplumada vuelva y restaure su reino. La identificación hombre-dios de Quetzalcóatl es una característica básica de la cultura tolteca, pero ejerció gran influencia en la civilización azteca. En esta figura se aúnan el poder cosmogónico y creador del dios con el poder político y de liderazgo del soberano.

El arquetipo de la serpiente emplumada ha llegado hasta nosotros como algo inmutable dentro del cambiante mundo de las religiones mesoamericanas.

La religión de los pueblos aztecas

Un culto apasionado y dual

Cosmología, cosmogonía y divinidades aztecas

Templos y chamanes

El mundo religioso azteca

Un culto apasionado y dual

La civilización que floreció durante más de dos siglos alrededor de la fastuosa ciudad de Tenochtitlán, considerada el centro del mundo por sus habitantes, se caracterizó por un culto que exaltaba por igual la crueldad y la belleza.

El conocimiento que tenemos de la religión azteca es un complejo mosaico formado por las piezas que sobrevivieron al violento giro histórico que supuso la conquista española (1521) del imperio cuya rutilante capital era Tenochtitlán, que en aquella época tenía más de 300 000 habitantes.

El término *azteca* fue popularizado por los investigadores del siglo XIX, especialmente Humboldt y Prescott, pero es históricamente incorrecto, ya que hace referencia a los ancestros de los moradores de Tenochtitlán. Para hablar de la civilización que floreció alrededor de esta ciudad-estado desde 1300 hasta la llegada de Hernán Cortés, sería más adecuado hablar de civilización mexicana o incluso de cultura *tenochta* (por su localización geográfica), o bien, siguiendo patrones lingüísticos, *náhuatl*. Sin embargo, para entendernos mejor, utilizaremos el término azteca que, aun siendo inexacto, es el más universal.

En cualquier caso, tengamos en cuenta que la cultura llamada azteca es una mezcla de elementos de los pueblos que confluieron en Tenochtitlán durante ese período, especialmente los procedentes de los chichimecas (en concreto, el grupo llamado *mexica*) y, en menor medida, los de pueblos como los acolhuas, chalcas o tepanecas. Además, incorpora la herencia religiosa y ritual de civilizaciones anteriores. No olvidemos que Tenochtitlán estaba a menos de cincuenta kilómetros de la otra gran *tlatocayotl* ("ciudad-estado" en náhuatl) de la zona, Teotihuacán. De esta cultura anterior parecen provenir

detalles importantes de la religiosidad azteca, por ejemplo, la concepción astrológica y los calendarios. O la distribución (en cuatro elementos siempre organizados en torno a un quinto) de épocas, estructuras sagradas y representaciones de dioses.

Los aztecas consideraban que había habido cuatro épocas anteriores, y las llamaban "soles". La quinta -en la que ellos vivían- era la última y debía acabar con un terrible terremoto, del mismo modo que las otras habían finalizado con grandes catástrofes (lluvias de fuego, huracanes...). Cada vez que acababa una era, quedaba una sola pareja mixta que daba inicio a una nueva progenie. Los dioses, evidentemente, también intervenían en el principio y final de cada etapa, por lo cual era muy importante rendirles el culto adecuado. Los sacrificios humanos que se ofrecían en los ritos aztecas no eran más que una versión humana de los que hacían entre sí los dioses para dar nueva vida al universo.

Cosmología, cosmogonía y divinidades aztecas

La concepción del cosmos en esta cultura es egocéntrica. Todo gira en torno al imperio azteca. Tenochtitlán es el centro del mundo y también del cielo. El mundo es una masa cuadrada de tierra rodeada de agua y los cielos están divididos en trece niveles, en los que moran los diversos dioses. Del mismo modo, bajo tierra existen nueve niveles, el más profundo de los cuales es el que alberga a los muertos.

En cualquier caso, este cosmos tan ordenado no contradice la creencia muy arraigada entre los aztecas de que el universo es dinámico. La inestabilidad es una constante en la visión mítica de los mexica. Los dioses se aman, se reproducen y se matan entre sí, provocando con ello enormes cambios en la realidad. Por ello, para poder controlar o provocar esos cambios, los aztecas creían firmemente en la guerra y los sacrificios rituales, que posibilitaban vida nueva, cosechas provechosas y progreso. La crueldad del rito azteca no es más que una lógica natural que se impone: la vida nace de la muerte.

Las diversas deidades del panteón tenochta eran representadas de modo antropomórfico. Incluso las que son un animal o un objeto inanimado (por ejemplo, Xtol era un perro e Itzli, un cuchillo ceremonial) tienen brazos, piernas, torso y cabeza que humanizan su aspecto. Los dioses eran invisibles, pero los aztecas podían verlos en sueños y visiones.

La lista de deidades del legado azteca sobrepasa las seis decenas, aunque con dioses preponderantes: en el ámbito de la creación cósmica, la deidad determinante era el andrógino Omēteotl, creador del universo. Por debajo de él son importantes sus hijos Tezcatlipoca, muy invocado por los chamanes, y Xiuhtecuhtli (dios del fuego). Por lo que respecta a la guerra, destacan Tomatiuh (divinidad solar) y Mictlantecuhtli, el dios de la muerte, pero sobre todo Huitzilopochtli. Este protector de los aztecas era el que recibía mayor número de sacrificios humanos. Las víctimas solían ser esclavos o guerreros enemigos capturados (en los últimos tiempos, soldados españoles). Después de varios días de preparación ritual y tras un largo suplicio entre el frenesí de diversos instrumentos de percusión, se sacrificaba al prisionero y su corazón era ofrendado al terrible dios, que lo exigía para que su ira fuera aplacada.

También había deidades relacionadas con la fertilidad. La más destacable era Tlaloc, diosa de la lluvia, que ocupaba un lugar tan prominente en el panteón como Huitzilopochtli.

Templos y chamanes

La importancia de lo religioso en el mundo azteca era tal que, desde que nacía hasta que moría, el individuo cumplimentaba estrictamente todas sus actividades relacionadas con el culto. Pero, además, cualquiera de sus otras labores cotidianas estaba bajo la influencia de las prácticas rituales. En el ámbito sociopolítico, el culto contribuía a mantener la

estructura jerárquica que regía la sociedad tenochta: los nobles disfrutaban de sus privilegios por voluntad divina.

El templo azteca, llamado *teocalli*, poseía espacios no sólo para las ceremonias, sino también para dormitorios, escuelas sacerdotales, piscinas sagradas, jardines e instalaciones para el juego de pelota.

Cada dios ejercía una relación tutelar con determinados grupos sociales. Pero el vínculo entre deidad y pueblo estaba muy reforzado por la función de un intermediario: el chamán, llamado en náhuatl *teomama*. No hay que confundirlo con el sacerdote (*teopixqui*). Sus funciones y características eran distintas. Los sacerdotes, poseedores de gran poder político, se recluían en una especie de monasterios, practicando la abstinencia sexual, y sólo se socializaban durante las ofrendas y sacrificios. Los chamanes tenían un contacto más directo con la población. Eran considerados hombres-dioses y su poder mágico era ilimitado: accedían a los dioses en visiones y comunicaban sus mandamientos al pueblo, por lo cual eran los encargados de guiar a los aztecas en las diversas migraciones que llevaban a cabo.

Además de sacerdotes y chamanes, existían adivinos, llamados *tonalpohualli*, que aplicaban el complicado ritualismo del calendario. Las ceremonias podían ser fijas (según el calendario normal de 365 días) o bien movibles: éstas dependían de un ciclo adivinatorio de 260 días y otros ciclos que determinaban la existencia de la buena o la mala suerte para el individuo y la comunidad. Los sacrificios humanos y las ofrendas a las diosas de la fertilidad se regían estrictamente por los diversos ciclos.

El mundo religioso azteca

Amamaxtli: Indumentaria de los sacerdotes para las grandes celebraciones.

Amoxcalli: Literalmente, "Casa de libros", lugar donde se cuidaban los libros nahuas.

Calpulco: Residencia particular de los dioses comunales, o del *calpulli*.

Calpulli: Núcleo social unido por parentesco, profesión, religiosidad o vivienda.

Cihuacóatl: Deidad serpentiforme que representaba a la Madre Tierra.

Copal: Árbol resinoso del que se extraía el *copalli* o incienso para las festividades religiosas.

Cuauhnochtli.: Nombre dado a los corazones todavía palpitantes que eran arrancados en los sacrificios humanos a Huitzilopochtli.

Cuauhtli: Águila. Representa al Sol y a la guerra.

Huehuetlatolli: Literalmente, "Palabras de los ancianos", era un código de conducta que los ancianos recitaban a los jóvenes.

Huey miccailhuitl: Gran fiesta de los muertos en la que se sacrificaban en la hoguera prisioneros de guerra y se colocaba la imagen del dios Xocotl en lo alto de un palo engrasado al que debían ascender los guerreros.

Huitzilopochtli: Dios de la guerra que exigía sacrificios cruentos para sobrevivir y que era la más importante deidad azteca.

Itzli: Cuchillo ceremonial de obsidiana.

Izcalli: Literalmente, "Crecimiento", último mes del calendario azteca; en él se ofrecían sacrificios de niños al dios Tlaloc.

Malinalco: Gran santuario de las órdenes guerreras aztecas, construido en el Cerro de los Ídolos, a 110 km de Ciudad de México.

Mictlan: Espacio del mundo interior al que estaban destinados quienes tenían una muerte normal.

Motzontecomaitotia: Danza ritual y bélica de los guerreros aztecas con las cabezas de sus enemigos.

Náhuatl: Lengua hablada por los toltecas y los aztecas.

Nemotemi: Nombre de los cinco días inútiles con que se completaba el calendario. Los niños que nacían en estos días solían ser sacrificados.

Panquetzalitzli: Mes del calendario en que se celebraba el nacimiento de Huitzilopochtli, cuya imagen amasada en maíz era comida por todos los asistentes al rito.

Peyotl: Cactus de propiedades alucinógenas usado en ceremonias rituales, magia y curanderismo.

Quecholli: Mes dedicado a honrar a los dioses del infierno, especialmente a Mixcóatl, en cuyo honor se celebraban cacerías y se forjaban armas en los templos.

Quetzal: Pájaro bellissimo, hierofánico y mágico de los aztecas y de los mayas (los mayas lo llamaban *Kuk*).

Quetzalcóatl: Serpiente emplumada que era a la vez un personaje histórico y dios del viento, de la vida y del amanecer.

Tamoanchan: Región mítica donde viven los muertos, en concreto los que, por su categoría, pueden volver algún día a la Tierra.

Temicamatl: Libro que contenía los códigos de interpretación de los sueños.

Teoatl: Agua divina con la que se nutrían el Sol y la Tierra. No era otra cosa que la sangre derramada por los guerreos y los sacrificados.

Tlacatlaolli: Comida ceremonial hecha de maíz y carne humana ofrendada en sacrificio.

Tonalamatl: Códice sagrado donde estaba escrito el destino.

Xochiquetzal: Diosa del amor, las flores y el acto sexual.

La religión en los pueblos mayas

Las pirámides de América

Las estelas mayas

El "Popol Vuh" y otros textos del legado maya

El mundo religioso maya

Las pirámides de América

Diversas culturas precolombinas cuentan con pirámides escalonadas, pero tal vez las más famosas son las construidas por los mayas. Antiguas maravillas arquitectónicas pobladas por el recuerdo de un culto religioso singular y una precisión astronómica no igualada en su época. Vestigios de un pueblo cuyos signos de identidad están muy presentes en parte de la población mexicana y guatemalteca.

Se acostumbra dividir la historia de la civilización maya (que no la de su cultura, ya que ésta pervive aún en los estados mexicanos de Chiapas y Tabasco, Yucatán, toda Guatemala, Belice y parte de Honduras y El Salvador) en varios períodos, que trataremos brevemente en función de sus particularidades religiosas.

Poco sabemos del período *preclásico* (2000 a.C.-1 d.C.), aparte de la influencia político-social y, por tanto, religiosa de los olmecas.

El período *protoclásico* (1 d.C.-250 d.C.) ofrece ya rasgos significativos de la civilización maya: su iconografía religiosa (la luna, el día, felinos, serpientes y saurios) todavía está basada en la cultura olmeca, pero presenta elementos de transición hacia la cultura de las estelas, que predomina en el siguiente período.

Las estelas mayas

Típicas del período *clásico* (250 d.C.-1000 d.C.), se trata de columnas de piedra en que diversas figuras hábilmente talladas representan a los gobernantes, los dioses, las genealogías y los acontecimientos. Profecías y ritos se expresaban en complejos jeroglíficos contenidos en estas estelas, y muchos aún no han sido descifrados. En ellas, los gobernantes se presentaban divinizados y rodeados de símbolos míticos. Estas esculturas se encontraban en complejos arquitectónicos que incluían las famosas pirámides en torno a las cuales se construían plazas. Algunos de estos núcleos centrales donde habitaban los jerarcas políticos y religiosos eran enormes, como el de Tikal, que abarcaba más de cuatro kilómetros cuadrados. Estos centros podían ser mayores o menores y se situaban a una distancia siempre igual (29 km), lo cual da una idea del valor ritual de ciertos elementos geográficos. La presencia de obsidiana verde en algunas de las estelas demuestra la posterior influencia teotihuacana (esa piedra no se encontraba en la zona maya) en el período clásico de la cultura maya, especialmente en la iconografía. De hecho, el famoso dios maya Kukulcán (la serpiente emplumada) no era más que un trasunto del teotihuacano Quetzalcóatl.

La importancia de la astronomía en la cultura y la religión mayas es un dato importante; se sabe que tenían dos calendarios: uno solar de 360 días y otro ritual de 260. El cómputo de los días empezaba en un momento mítico, en el 8238 a.C. La historia del universo empieza cuando Itzam Na, dios de la creación, crea a los dioses de la Luna, la Tierra, los sacrificios, la lluvia, el Sol, el cocodrilo de tierra, el viento, el jaguar, el maíz, la muerte, la serpiente, el joven y el amor. Itzam Na procede entonces a la creación de los mundos terrenales, que concluye en el 353 a.C. para dar inicio a la civilización maya. El mundo terrestre acabará, según profetizan estas estelas, en el año 2012.

La sociedad maya, como la azteca y la inca, estaba fuertemente jerarquizada. El jefe supremo tenía poderes de gobernante, sumo sacerdote y caudillo militar. Por debajo de su autoridad y hasta llegar a los esclavos, había hasta cinco castas más: en las dos de mayor poder se repartían los sacerdotes, que se ocupaban de los ritos cotidianos y de las ceremonias más extraordinarias, como los sacrificios y las autoinmolaciones. El hallazgo de la tumba del rey Pacal en Palenque da algunas pistas sobre la ritualidad de los mayas, especialmente en el tránsito después de la muerte: su esqueleto se hallaba en un ataúd, en cuya tapa estaba el árbol cósmico, que debía mostrarle el camino hacia el mundo de los muertos. El árbol simboliza también los tres niveles del cosmos vertical de los mayas, cielo-tierra-infierno.

La religiosidad maya pasó por una serie de crisis, cuyos motivos desconocemos. La actividad ritual disminuyó en varias ocasiones, lo cual se traducía en un descenso en la construcción de templos o la dedicación de estelas. No obstante, a cada crisis solía seguirle una época de esplendor, lo cual sugiere una relación inestable y compulsiva de los mayas con sus ritos y divinidades.

En los últimos 200 años del período clásico, la crisis parece más profunda y muchos templos empiezan a ser abandonados. La decadencia económica y la invasión de los toltecas pudieron tener algo que ver con esta debacle cultural que hizo que, cuando los

españoles llegaron a las zonas mayas en las postrimerías del llamado período *posclásico*, la mayor parte de sus edificios y ciudades habían sido devorados por la selva.

El "Popol Vuh" y otros textos del legado maya

Pese a la cremación que los conquistadores llevaron a cabo en un intento de eliminar de raíz la cultura anterior, sobrevivieron algunos textos míticos mayas. Muchos de ellos se transmitieron de forma oral, salvaguardados por la memoria de los indígenas hasta que fueron transcritos a códices muchos años después de la desaparición de la civilización maya.

El *Popol Vuh* está escrito en dialecto quiché y sus primeros fragmentos recuerdan notablemente el *Génesis*. Al estilo de los cantares de gesta medievales, el *Popol Vuh* pudo ser memorizado por un indígena cuando los códices originales fueron destruidos, para después ser reescrito en Chichicastenango. El *Popol Vuh* es un libro fundacional, mágico, ritual, ejemplarizador y místico. Muchos lectores modernos se han sorprendido de la vigencia de sus enseñanzas y la belleza de sus pasajes, que alternan el tono épico y el poético para hablarnos de la epopeya del hombre, hecho de pasta de maíz (planta sagrada de los mayas), y su relación con los dioses.

Tan importante como el *Popol Vuh*, aunque tal vez menos divulgado, es el libro de *Chilam Balam*, un texto de clara raigambre cosmogónica maya al que se dio un barniz cristiano para evitar su quema.

El mundo religioso maya

Sobre la base de una creación del mundo debida a un dios único (Hunab cu), los mayas desarrollaron un intrincado panteón -del que no estaba excluido el funesto planeta Venus- que guarda estrecha relación con el de los otros pueblos de Centroamérica.

Ah kin: Dios del Sol sometido -al igual que IX chel, diosa de la Luna- al imperio del dios de la Tierra, Ah raxa lac.

Ah puch: Dios de la muerte.

Ah raxa lac: Dios de la Tierra; literalmente, "Señor del verde plato".

Ajtijes: Personas elegidas que eran educadas para ejercer las funciones del sacerdocio, la guerra y el gobierno.

Akbal: Dios de la noche, representado por un jaguar. El Sol, durante la noche, desciende al inframundo en la forma de este animal, cuya piel moteada es un símil del cielo nocturno poblado de estrellas y también un símbolo de poder de quienes lo utilizan como vestimenta.

Alom: Diosa Madre; literalmente, "La que engendra a los hijos".

Bacabs: Cuatro dioses tutelares que sostienen la Tierra sobre sus hombros a la manera del coloso Atlas griego.

Balche: Pócima alucinógena utilizada con fines rituales.

Bolon ti cu: Éste es el nombre que reciben las divinidades de la Maldad: los nueve dioses del inframundo que se encuentran en lucha permanente con los trece Oxlahun ti cu.

Chac mool: Ídolo de piedra antropomorfizado que sostiene con ambas manos sobre el vientre una patena para las ofrendas ceremoniales.

Chacs: Dioses de la lluvia, la tempestad y las aguas. Asumen cuatro representaciones en función del punto cardinal y el color que simbolizan.

Chichén-Itzá: Importante enclave ceremonial en Yucatán, centro de peregrinaciones, ritos y sacrificios, con numerosos elementos toltecas.

Chija tzanja: Chamán, especie de sacerdote con poderes mágicos de manipulación entre lo sagrado y lo profano.

Copán: Conjunto arqueológico situado en la actual Honduras, cuyas estelas, glifos calendáricos, templos, subterráneos y estadios para el juego de pelota son importantísimos en el estudio de la cultura maya.

Ec chuan: Dios de la guerra.

Estela: Monolito escultórico de piedra con escritura maya, que tenía grabados en sus frontispicios la historia de pueblos y gobernantes con dibujos antropomorfos y glifos.

Hunab cu: Dios único, padre de Itzam na, que proporciona al hombre el sustento diario.

Itzam na: Dios supremo de los mayas, ubicuo de la tierra y el agua. Está representado por una iguana y tiene todo tipo de poderes sobre los hombres, ya que controla el Sol, la Luna y la lluvia. Se le considera el inventor de la escritura y los libros. Es el dios que da el nombre a los sitios en su calidad de autor de la división de las tierras.

Iun kax: Dios del maíz y de los trabajos agrícolas. Se le representa como un joven con las piernas cruzadas.

IX cacau: Deidad femenina protectora de la planta del cacao.

IX canil: Deidad femenina benefactora de la floración del maíz.

IX chel: Diosa de la Luna.

IX tah: Diosa de los suicidas.

Kukulkán: (en quiché, *Gucumatz*). Héroe guerrero histórico divinizado. Equivale al Quetzalcóatl del panteón azteca.

Oxlahun ti cu: Las trece deidades del cielo, cuyas moradas están superpuestas en forma de pirámide ascendente.

Pok-tac-pok: Juego ritual de la pelota.

Tikal: Centro arqueológico situado en la actual Guatemala, cuyos centenares de edificios llegaron a albergar en sus tiempos de esplendor a más de cien mil personas.

Tzolkín: Calendario mágico de los mayas. Tenía 260 días.

Voc: Águila. Mensajero de los dioses del cielo.

Xibalba: Ser maligno. Aparición nefasta en un sueño, un trance hipnótico o producida por alguna planta alucinógena.

Zaqui-nin-ac: El gran jabalí blanco, varón de la pareja creadora de los mayas, que aparece acompañado de Zaqui-Nimá-Tziís, gran pisote blanca. También se les llama el Viejo y la Vieja. Son similares a los Manco Cápac y Mama Ocllo de la cultura incaica.

La religión del imperio inca

La saga de los hijos del Sol **De Tiahuanaco al nacimiento del imperio inca** **"Sapa-Inca" o el emperador-dios** **El mundo religioso inca**

La saga de los hijos del Sol

De entre todas las culturas sudamericanas, sólo la inca puede compararse por su grado de desarrollo con la azteca y la maya. Tauantisyu fue el imperio más extenso y avanzado socioeconómicamente de la América precolombina, unificado en lo lingüístico por el quechua, que aún hoy es hablado en muchas zonas andinas y del Altiplano por los descendientes de los que se autodenominaron hijos del Sol.

Por supuesto, hubo algunas civilizaciones menos famosas que precedieron a los incas en el territorio que más tarde ocuparían. Los habitantes -probablemente fruto de migraciones desde la Polinesia y el sur de México- de esta extensión que ocupaba los actuales estados de Perú, Bolivia, Ecuador, sur de Colombia y norte de Argentina y Chile pertenecían básicamente a dos culturas: la chimú (en el norte), de lengua quechua, y la chincha (en el sur), de lengua mochica. Sus dioses, que no exigían sacrificios humanos, estaban muy ligados a la naturaleza: el dios chincha de la tierra y el dios chimú del mar eran las divinidades primordiales.

Posteriormente tenemos noticias de Chavín de Huántar, denominado dios de los báculos: fue una deidad unificadora que durante siglos (400-1400 a.C.) fue adorada en el Altiplano peruano.

De Tiahuanaco al nacimiento del imperio inca

Tras un largo período poco conocido en el que las variedades en cuanto a los enterramientos sugieren una estructura religioso-social más compleja, llegamos a la civilización de Tiahuanaco (600-900 d.C.), cuya deidad principal era el "dios-puerta", llamado así porque su representación más famosa está en una puerta de piedra en las ruinas de la orilla boliviana del lago Titicaca. En el lado peruano floreció un pequeño imperio en torno a la región de Huari, cuya deidad principal era probablemente el mismo dios-puerta, lo cual sugiere con firmeza que la religión contribuía al impulso de las conquistas militares.

Durante un tiempo, el peso de la civilización preinca se trasladó a la costa, y cerca de la actual Lima se hallaba Pachacamac, centro de un famoso oráculo y de peregrinaciones rituales. Tras esto, una última etapa de predominio chimú fue truncada por la conquista inca.

Los incas llegaron al valle de Cuzco en el siglo XV y sometieron a los demás pueblos. Se consideraban hijos del Sol y, por tanto, de origen divino; su organización político-religiosa era perfecta, superior, pese a que desconocían la escritura, en muchos aspectos a las demás culturas mesoamericanas. Los 4 200 km de longitud del vastísimo imperio que conservaron tan sólo una centuria (1438-1532) eran llamados Tauantisyu, que significa "país de las cuatro zonas".

Alrededor de la capital imperial, Cuzco, se estructuraban estas cuatro áreas (Collasuyu, Chinchasuyu, Antisuyu y Cuntisuyu), que adoptaban el sistema de archipiélago vertical por el cual el Estado imperialista controlaba y distribuía la riqueza.

"Sapa-Inca" o el emperador-dios

La unidad básica de organización social era el *ayllu*, grupo de parentesco endógamo que descendía por línea paterna de un antepasado común. El *ayllu* real era el del *Sapa-inca* ("inca único", en quechua), que era el emperador y descendía de Inti (dios del Sol): éste podía tener varias esposas, pero su consorte principal debía ser su hermana y su sucesor el hijo más competente que tuviera con ella, por lo cual el linaje divino se perpetuaba. Según Geoffrey W. Conrad, el ansia de conquista inca era espoleada por el propio emperador, que al no heredar las propiedades de su padre (le seguían perteneciendo tras su muerte), tenía

que amasar su propia fortuna. El expansionismo militar era el único modo de hacerlo. La expansión religiosa era realizada, a su vez, al estilo de los romanos: se permitía a los indígenas de las zonas conquistadas que siguieran con sus propias religiones siempre que aceptaran la superioridad del culto a Inti.

En esencia, la religión inca era un culto a los antepasados, cuyos cuerpos y tumbas eran objetos sagrados a los que los diversos *ayllus* se encomendaban. Es decir, cada familia tenía sus propios muertos protectores. Las momias de los emperadores ocupaban un lugar de honor en los ritos y eran consultadas por los sacerdotes. Este culto a las generaciones precedentes se demuestra cuando observamos que Inti, el dios primordial, no es más que un antepasado de los emperadores.

Otros dioses destacados del panteón inca son Killa (la Luna, esposa de Inti), Viracocha (dios creador, al estilo del maya Itzam Na) y sobre todo, la Pachamama, que los actuales pobladores del Altiplano aún tienen muy presente en sus plegarias o cuando derraman la chicha (aguardiente) en el suelo para que les sea benigna.

Los rituales se regían por un calendario lunar. En ellos se sacrificaban llamas, se consumían chicha y coca (aún hoy, como sabemos, se trata de alimentos vitales para soportar el frío y el mal de altura en el Altiplano). Las *Huacas* eran lugares, personas u objetos sagrados que también recibían culto ceremonial.

Los incas dividían su cosmogonía en tres espacios: en primer lugar, el *Janan Pacha* (mundo de arriba), que era el lugar donde moraban los dioses, pero no era el cielo, sino que podía accederse a él por los sentidos. Luego estaba el *Kay Pacha* (mundo de aquí), claramente identificado con la Pachamama y las Huacas. Por último, el *Uku Pacha* (mundo de adentro) era la residencia donde moraban los muertos y donde se preparaban las semillas de nueva vida.

Los himnos que han legado los incas -tras pasados a la lengua escrita por sus descendientes y algunos intelectuales hispanos- son una especie de poemas dedicados a dioses como la Pachamama, el Sol, la Luna o Viracocha. También existen textos teatrales (el más conocido es *Ollantay*, redactado un siglo después del fin de Tawantinsuyu y transcrito por el sacerdote Antonio Valdés), en el que el protagonista es casi siempre el Inca o jefe supremo (en esta obra en concreto, Túpac Yupanki), quien, pese a su condición divina, tiene problemas que resolver y debe pedir ayuda a dioses más poderosos. Los textos en prosa también incluyen numerosas invocaciones a los antiguos dioses de Tawantinsuyu.

Mención aparte merece el famoso Templo del Sol, que tiene este nombre pese a que se ha comprobado que no estaba dedicado exclusivamente a Inti, sino también a otros dioses. Conocido como Coricancha, este templo -el principal del imperio- estaba situado en Cuzco y lo regía un numeroso grupo de sacerdotes, entre los cuales el más poderoso era pariente cercano del emperador. Los sacerdotes eran ayudados por las *mamaconas*, bellas mujeres que ayudaban en los ritos y elaboraban la chicha, bebida sagrada que se utilizaba en ellos. También se encargaban de confeccionar los ricos trajes del emperador. Para hacernos una idea de la magnificencia del ritual, pensemos que el Inca único jamás se ponía dos veces el mismo vestido.

El mundo religioso inca

El sistema de creencias de los incas nos es conocido a través de sus tradiciones, recogidas por los cronistas hispánicos o indígenas en los años inmediatamente siguientes al descubrimiento y conquista de América. La religión de la casta imperial de los incas -una mezcla de creencias animistas, fetichismo, culto a la naturaleza y ceremonias quizá mágicas- manifiesta un complejo y refinado pensamiento metafísico. La religión se basaba

en el culto al Sol (Inti); a él estaban dedicados los mayores y más ricos templos y se le dedicaban grandes ceremonias y sacrificios de llamas; eran innumerables los sacerdotes dedicados a su culto, así como las *acllas*, o "vírgenes del Sol".

Sin embargo, lejos de las complicaciones teológicas de los aledaños del emperador, la piedad del pueblo se dirigía únicamente a la veneración de un considerable número de fetiches llamados huacas: objetos que por cualquier motivo eran considerados sagrados; este carácter le provenía, al objeto, de haber estado en contacto con la divinidad o por tener alguna relación con los antepasados o con sus cadáveres momificados.

Acllawasi: Casa de las elegidas. Las *acllas* eran jóvenes buscadas por todo el imperio para ser recluidas de por vida en Cuzco como esposas de Inti.

Amaru: Dios serpiente que servía de vehículo de ascensión desde del Mundo de aquí al Mundo de arriba.

Arawiku: Poeta y declamador que recorría todo el imperio declamando, al estilo de los juglares y trovadores europeos.

Ayawaska: Potente alucinógeno procedente de la Amazonia, que se usaba con fines mágicos y medicinales.

Ayllu: Indio inca de la clase popular.

Capac inti raymi: Primer mes del año, en que se veneraba a Inti y señalaba el momento de iniciación de los incas jóvenes.

Chakra yapuy: Noveno mes del año, que se dedicaba a la primera siembra en tierra sagrada.

Hatun pukuy: Tercer mes del año, tiempo de grandes lluvias y ofrendas al Sol por el éxito de las cosechas.

Huaca: Fetiche de la clase humilde entre los incas.

Illapa: Rayo, dios celeste.

Inti: Dios del Sol, máxima deidad inca.

Kero: Vaso ceremonial de madera.

Kipu: Sistema mnemotécnico inca, consistente en cordeles con nudos de colores con significado numérico. Se ha descartado que fuera una forma de escritura.

Kuraka: Jefe o gobernante de un grupo familiar. Desde el *Hunu Kuraka*, que gobernaba diez mil familias, al *Pachaka Kuraka*, que dirigía cien, había diversos grados. Los que gobernaban menos de cincuenta se llamaban *Kamayok*.

Layqa: Hechicero, brujo.

Mamacocha: Madre de las aguas; su importancia era vital en una sociedad agraria como la incaica.

Mamapacha o pachamama: Madre Tierra. Se la tenía presente en todos los actos, pues regía la agricultura, la ganadería, el amor y la fecundidad, además de ser madre tutelar de todos los hombres.

Mama quilla: Madre Luna, esposa de Inti. Importante y venerada deidad que favorecía los matrimonios y las faenas agrícolas, por lo que se le solían sacrificar animales.

Ñusta: Princesa.

Pachacuti: Emperador inca al que se dirigieron los más hermosos poemas, himnos y oraciones incas que han llegado hasta la actualidad.

Pachapukuy: Cuarto mes del año, etapa en la que se produce la gran maduración de la tierra.

Paqarina: Lugar sagrado del que salió algún personaje mítico o el fundador de un *ayllu*.

Paqaritampu: Montaña tutelar de la que salieron Ayar Manco y sus tres hermanos y esposas para fundar el imperio inca.

Pukullo: Bóveda donde se depositaban las momias de los *Sapa-Incas* u otros personajes importantes.

Qorequenque: Ave sagrada de los incas.

Qoya raimy: Décimo mes del año, literalmente "Fiesta de la Reina", que estaba dedicado a Killa, la Luna, en cuyo honor se ofrecían purificaciones.

Runasimi: "Habla de la gente". Éste era el nombre que los incas daban a su lengua, aunque incorrectamente se ha conocido después como quechua.

Tauantisuyu: Literalmente, "Cuatro regiones", nombre del territorio inca. Se dividía en Antisuyu (Noroeste), Collasuyu (Sureste), Contisuyu (Suroeste) y Chinchasuyu (que comprendía la costa y la Sierra Norte).

Virakocha: Dios supremo, hacedor del mundo. Es además el dios civilizador que enseñó a los hombres el cultivo de la tierra, la alfarería, el tejido y las artes.

Titicaca: Lago del que, según la leyenda, salieron Manco Cápac y Mama Ocllo para fundar el Tauantisuyu.

Waka: En general, todo resto arqueológico relacionado con el pasado inca y preíncas. Fueron perseguidas primero por los extirpadores de herejías y luego por los cazadores de fortunas.

Wanka: Nación andina ubicada en la sierra central de Perú, famosa por su espíritu independiente y guerrero. Su capital era Tunanmarka.

La religión en Sudamérica, la tierra de los chamanes

Un pensamiento mítico común y diverso

El Ser Supremo

El eje del mundo

Una constelación de creencias en Sudamérica

Nombres clave de las religiones precolombinas

Dios supremo

Madre Tierra

Planeta Venus

Dios padre

Rev (humano)

Dios de la guerra

Dios de los muertos

Dios del infierno

Pájaro hierofánico

Dios del viento

Dios de la vida

Madre de los dioses

Dios de las lluvias

Dios de la fertilidad

Diosa del amor

Dios rebelde

Dios de las cosechas

Diosa de las joyas

Dios del amanecer

Dios de la noche

Diosa Luna

Dios Sol

Primer hombre

Primera mujer

Dios del fuego

Dios del rayo

Héroe cultural

Dios de las aguas

Diosa del amor carnal

Dios del maíz

Un pensamiento mítico común y diverso

La tierra de los chamanes engloba etnias, culturas, naciones y parajes muy distintos en Sudamérica. El gran número de creencias las diferencia de las del imperio religioso inca. Por ello, muchas perviven en lugares donde el hombre blanco aún tiene problemas para acceder, especialmente en la Amazonia.

Cuando estudiamos las creencias de los numerosos grupos de indígenas que pueblan Sudamérica desde las selvas venezolanas a las gélidas costas de la Tierra del Fuego, hay que tener en cuenta dos paradigmas: el de la diversidad y el de ciertas bases de pensamiento mítico común. Un aspecto que hermana todas estas visiones religiosas es la división cosmogónica del universo en tres partes: el mundo superior, el mundo "de aquí" y el mundo inferior o inframundo. La diferencia con otras culturas (sin ir más lejos, la cristiana, que concibe, como sabemos, cielo, tierra e infierno) es que los tres mundos están conectados por el rito, las visiones, los sueños y, especialmente, la actividad de los chamanes. Éstos están presentes en casi todas las formas de religión indígena y son un puente entre los hombres y los dioses, además de ejercer de curanderos, guías espirituales y transmisores de la cultura oral. Muchos de ellos, al entrar en trance, se identifican con animales salvajes, especialmente el jaguar, que es un animal sagrado en todas las culturas de Latinoamérica.

Otro rasgo común es la idea de que el universo no ha sido creado de la nada, sino transformado a partir de algo (agua, fuego, tierra). A veces, a partir del verbo, como afirman los indios piaroas, según los cuales Buoka dio forma al mundo con una "brisa de palabras". Muchas veces los indígenas piensan que un elemento material une su mundo con el mundo superior, por lo general una columna o un árbol. Es el concepto de *axis mundi*.

El Ser Supremo

La visión del Ser Supremo en estas tribus suele ser la de un ente eterno, omnipotente, invisible y ocioso que hace ya tiempo que se ha alejado de los hombres, por lo que no se le suelen hacer ofrendas ni ceremonias. Muchos, sin embargo, creen en dioses menores, casi siempre relacionados con la naturaleza y cuestiones más cotidianas (sexo, guerra, iniciación, familia, viajes).

Pero, tal vez si ofrecemos ejemplos de las distintas culturas, veamos con más claridad el sustrato común; echemos una ojeada a distintas tribus, siguiendo un orden más o menos geográfico, de norte a sur.

En Venezuela encontramos varias tribus muy interesantes: por ejemplo, los yanomamas, cuya idea de la creación del mundo es muy original: no fue un ser supremo quien lo hizo, sino dos hermanos. También piensan que el reino de los muertos está en el mundo superior (lo habitual en estos pueblos es situarlo en el inframundo). También venezolanos son los makiritare, que tienen un concepto muy original del *axis mundi*: la parte baja de la columna que une el mundo con el cielo puede verse desde cierto monte, por lo que los lazos que atan lo terrestre con lo divino no son sólo abstractos, sino también materiales. La idea de cómo el creador formó a los hombres (similar al Adán bíblico) está también presente en muchas tribus de esta zona: los guahibos y los yupas piensan que el hombre fue creado a partir de figuras de madera, ya que el barro no ofrecía la suficiente resistencia al agua.

En Colombia hallamos a los uíotos, con una concepción religiosa muy típica de la Sudamérica no andina: aceptan que hay un dios creador (en este caso, Moma), pero no celebran ceremonias en su honor, porque después de crear el mundo, Moma se ha separado de él y no se le debe molestar. Por ello, los uíotos practican rituales relacionados con actividades más terrenales que el origen del hombre. En Santa Marta nos encontramos con un caso de asimilación cultural: los indios koguis y aruhacos, ambos de la familia teyrona, han adoptado -por contacto- el ancestral concepto inca de la Pachamama. Veneran a la madre común (tierra) como una diosa dormida que cuida de ellos. Por otro lado, presentan detalles propios: su tradición religiosa viene de antes de la llegada de los europeos y consideran a los blancos "hermanitos menores". Además, no se dejan tomar fotos, porque consideran que ello podría robarles el alma, por lo que vemos que creen en la dualidad cuerpo/espíritu.

En Brasil, tribus amazónicas como los sherentes, cayapós y shipayas tienen la creencia de que el mundo empezó cuando sus antepasados llegaron a sus dominios: venían de otra región del universo y al encontrar un lugar tan acogedor, se quedaron e iniciaron la historia del mundo. No obstante, algo tuvieron que ver los dioses creadores en todo ello. En concreto, los shipayas atribuyen el origen del hombre a Kumakari y los tucunas, a Dyai, quien los creó transformando peces que había pescado en el río. Otros grupos brasileños tienen otras teorías al respecto: según los mundurucúes, los pioneros subieron a la superficie de la tierra desde el inframundo, usando una soga. Los baikaris, por el contrario, piensan que sus primeros antepasados vinieron directamente del mundo superior.

Perú y Ecuador están bastante dominados por la cultura inca andina, pero también tienen zonas de selva donde los indígenas profesan creencias similares a las que estamos describiendo: en relación a lo dicho anteriormente sobre el material del que está hecho el hombre, los indios campas (Perú) piensan que el hombre está destinado a morir precisamente por estar fabricado con una sustancia tan frágil como el barro. Los secoyas de Ecuador tienen teorías religiosas muy interesantes: por ejemplo, que el creador dio lugar al mundo a partir de una gran masa cenagosa de la que hizo salir a un tatú (armadillo) que transportó un pequeño trozo de barro hasta sus manos. De él consiguió Ñane (la divinidad) extraer todo el material necesario para construir el mundo terrestre. Muchas religiones convienen en que dios crea a partir de la nada. Los secoyas lo suavizan diciendo que crea a partir de poca cosa: es decir, transformando. La transformación es un concepto muy arraigado entre casi todos los indígenas americanos. Es una visión mítica de una inocencia casi infantil: recordemos cómo en los cómics Superman conseguía un valioso diamante a base de estrujar con su superfuerza un pobre trozo de carbón.

El eje del mundo

En el sur, los matacos argentinos aportan a la teoría del *axis mundi* que el árbol que llevaba al cielo fue derribado por un anciano al que los cazadores habían ofendido ofreciéndole

una ración de carne demasiado pequeña, mientras que los makás (Paraguay) opinan que fue la Luna quien derribó el árbol. Pero tal vez el pueblo más interesante de la zona sea el de los guaraníes, con sus migraciones, que han llevado a cabo en los últimos 200 años, guiados por sus chamanes. En ellas buscan un paraíso, la tierra sin mal, al que hay que llegar recorriendo miles de kilómetros y practicando danzas y ayunos que aligeren el *peqo-achy* (véase glosario) y les permitan llegar a ese lugar ideal donde no existen las enfermedades ni la muerte. Casi todos los pueblos de Sudamérica tienen la idea de que el mundo envejece y camina hacia su extinción, pero sólo los guaraníes creen que pueden huir de ello mediante las migraciones.

Como vemos, elementos comunes y particularidades que hacen de las culturas precolombinas y poscolombinas un mosaico religioso digno de estudio y rico en matices e imaginación mítica.

Una constelación de creencias en Sudamérica

Ademi: Canciones sagradas de los indios makiritare (Venezuela). Son cantadas por los chamanes para implorar la ayuda de los dioses, quienes se las enseñaron en sus viajes al mundo superior.

Amaru: Según los indios baniwas (Brasil), serpiente acuática que se apareó con un armadillo dentro de una cesta para dar origen a las diversas especies animales y también al hombre. Por ello, en los ritos iniciáticos de esta cultura las jóvenes aspirantes a mujer adulta son encerradas en canastas.

Axis mundi: En latín, "el eje del mundo". Se aplica a una creencia muy extendida entre los indígenas sudamericanos y según la cual un árbol, columna o escalera une el mundo terrenal con el cielo.

Buoka: Héroe fundador del mundo según los indios piaroas (Venezuela), que creó el mundo visible a partir de una "brisa de palabras".

Chamán: Especialista del trance, cuya alma puede abandonar el cuerpo para viajar al cielo o al inframundo. Son comunes en casi todas las religiones nativas precolombinas y poscolombinas.

Dyai: Dios de los indios tucunas (Brasil) que creó a la humanidad de una manera harto curiosa; fue a pescar, arrojó los peces en la orilla y éstos se convirtieron en los primeros hombres.

Kuwai: Dios creador de los indios guahibos (Venezuela), que trató por dos veces de hacer al hombre. Primero con barro y luego con cera. Al no tener éxito, probó con la madera y por fin lo consiguió.

Kwarup: Figuras antropomórficas talladas en madera por el dios Mavutsine (véase) para hacer inmortal al hombre. Por culpa de una intrusión inoportuna, no lo consiguió, pero los kamayurás aún los usan en los ritos de iniciación a la vida adulta.

Mavutsine: Dios creador de los kamayurás (Brasil).

Moma: Dios creador de los indios uitotos (Colombia), que lo identifican con la Luna. También se le llama *nainuema* ("el Inaccesible") y se dice que dio origen a todo a partir del vacío absoluto.

Ñanderuvusu: Dios de los indios guaraníes (Paraguay, Argentina, Brasil) que se encaramó en una cruz de madera para crear el mundo. Según la cultura guaraní, si este soporte se rompiera alguna vez, el mundo se desmoronaría.

Ñane: Dios creador de los indios secoyas (Ecuador). Hizo salir de un inmenso cenagal a un armadillo con un diminuto trozo de barro adherido al lomo. Ñane transformó este barro en el mundo. También se identifica con la Luna.

Peqo-achy: Según los guaraníes, el peso que las imperfecciones humanas pueden ejercer sobre los peregrinos, impidiéndoles llegar a su destino: la Tierra sin maldad.

Wlaha: Deidad de los indios marikitare (Venezuela) que regía las estrellas. Sobrevivió a las pirañas, caimanes y anacondas del Amazonas, y ascendió al firmamento junto con otras estrellas.

Nombres clave de las religiones precolombinas

Dios supremo

Civilización azteca: Tezcatlipoca

Civilización maya: Itzam Na

Civilización inca: Viracocha

Madre Tierra

Civilización azteca: Cihuacóatl

Civilización inca: Pachamama

Planeta Venus

Civilización azteca: Citlápul

Civilización maya: Xux Ek (dios avispa)

Dios padre

Civilización maya: Qaholom

Civilización inca: Viracocha

Rey (humano)

Civilización azteca: Huey Tlatoani

Civilización inca: Sapa Inca

Dios de la guerra

Civilización azteca: Huitzilopochtli

Civilización maya: Ek Chuah

Dios de los muertos

Civilización azteca: Miccailhuitontli

Civilización maya: Ah Puch/Kizin

Dios del infierno

Civilización azteca: Mixcóatl

Civilización maya: Bolon Ti Ku (nueve dioses)

Pájaro hierofánico

Civilización azteca: Quetzal

Civilización maya: Kuk

Civilización inca: Qorequenque

Dios del viento

Civilización azteca: Quetzalcóatl

Civilización maya: Kukulcán/Gucumatz

Civilización inca: Virakocho

Dios de la vida

Civilización azteca: Quetzalcóatl

Civilización maya: Tlachiitonatiuh

Civilización inca: Virakocho

Madre de los dioses

Civilización azteca: Teteo Innan

Dios de las lluvias

Civilización azteca: Tlaloc

Civilización maya: Chaacs (varios dioses)

Civilización inca: Illapu

Dios de la fertilidad

Civilización azteca: Xipe Tótec (la diosa se llama Tzazolteotl)

Civilización maya: Hunahpú-Utiú

Civilización inca: Mama Quilla (femenina)

Diosa del amor

Civilización azteca: Xochiquetzal

Dios rebelde

Civilización azteca: Xolotl

Dios de las cosechas

Civilización maya: Chahal

Civilización inca: Illapu

Diosa de las joyas

Civilización azteca: Chicunai Itzlicunti

Dios del amanecer

Civilización azteca: Quetzalcóatl

Civilización maya: Hunahpú-Vuch

Dios de la noche

Civilización azteca: Tezclatipoca

Civilización maya: Akbal (jaguar)

Diosa Luna

Civilización azteca: Coyolxauhqui

Civilización inca: Mama Quilla

Dios Sol

Civilización azteca: Cuauhtli (el águila blanca)

Civilización maya: Itzam Na/Kinich Ahau

Civilización inca: Inti

Primer hombre

Civilización maya: Zaqui-Nin-Ac (Gran Jabalí Blanco)

Civilización inca: Manco Cápac

Primera mujer

Civilización maya: Zaqui-Nima-Tziis (Gran Pisote Blanca)

Civilización inca: Mama Oello

Dios del fuego

Civilización azteca: Xiutehcutli

Civilización maya: Tohil

Civilización inca: Viracocha

Dios del rayo

Civilización azteca: Tlaloc

Civilización inca: Illapa

Héroe cultural

Civilización azteca: Quetzacóatl

Civilización maya: Kukulcán

Civilización inca: Viracocha

Dios de las aguas

Civilización azteca: Huixtocihuatl

Civilización inca: Mamacocha (femenina)

Diosa del amor carnal

Civilización azteca: Tlazoteotl

Dios del maíz

Civilización azteca: Centeotl

Civilización maya: Ah mun

Las formas de religión en el África Negra

Una relación cotidiana

Antepasados y muertos vivientes

Los dioses tienen otras cosas en que pensar

En ninguna lengua de las que se hablan en el África no musulmana ni cristianizada existe una palabra para designar el concepto "religión". Este hecho da una idea de cuán diferente puede llegar a ser el concepto de lo ultraterreno y del sentido de la vida para estas culturas, que no tienen mayores preocupaciones de tipo cosmogónico. Lo religioso se concentra en un modo de vivir entre los demás, formando parte de una comunidad.

Los diversos cultos africanos están tan fragmentados como sus etnias: hay rasgos religiosos comunes en los grupos mayores (por ejemplo, la cultura yoruba en África occidental o la bantú en África oriental), pero también encontramos características propias en las numerosas tribus de cada zona. Existieron grandes imperios religiosos (Songay, Malí), pero la ausencia de textos o de doctrinas unitarias impide una contemplación unitaria del fenómeno religioso africano.

Debe destacarse la influencia de otros credos, que en algunos casos consiguieron desplazar las creencias nativas: el islam y el cristianismo se propagaron por gran parte del continente.

Una relación cotidiana

La presencia de dioses en las religiones africanas a menudo no tiene mayor sentido que justificar la existencia de fuerzas cósmicas que rigen el universo, pero en general apenas incide en la vida en común: los dioses viven apartados de los hombres, y éstos sólo se acuerdan de ellos en las grandes ocasiones, pero tienen alguien en quien confiar en su vida cotidiana: los antepasados.

La carencia de un lenguaje escrito tuvo como consecuencia probable la despreocupación de los africanos por lo teórico: la tradición oral está mucho más apegada a lo que los seres humanos conocen, por lo que las formas de religión de esta parte del mundo no son aficionadas a la reflexión abstracta o a las doctrinas rígidas. Si no existe un texto, difícilmente puede asentarse una doctrina; por ello, en el África Negra las creencias evolucionan con el mundo que rodea a quienes las profesan: las relaciones entre los miembros de la tribu, la naturaleza, los fenómenos naturales... Pero todos estos cultos tienen un denominador común, una creencia que engloba el presente, el pasado e incluso el futuro del grupo: el culto a los antepasados.

La vida después de la muerte no es un tema que el africano primitivo tenga muy claro: en sus creencias no hay cielo ni infierno. En la mayoría de aquellas culturas existe la creencia de que, al morir, cada uno se reunirá con sus antepasados en algún lugar, pero esta idea no conlleva implicaciones éticas o morales en el comportamiento cotidiano: el premio y el castigo no existen. La mayor parte de reglas que se observan en estas sociedades tienen sentido en el marco de la comunidad; es lo que los occidentales llamaríamos un "manual de buenas costumbres".

El culto a los antepasados equipara a los hombres y a las mujeres ya fallecidos con otras fuerzas cósmicas. Al contrario que en otras religiones, los dioses tienen menos poder que las almas de los difuntos y, salvo excepciones, no lo utilizan para influir en el mundo. En cambio, los ancestros sí velan por la tribu a la que pertenecieron. Al igual que en algunos cultos melanesios, en África los antepasados cuidan de sus descendientes por tradición pero también por interés propio: si algún cataclismo asolara a la tribu y ésta desapareciese - junto con su culto-, el antepasado perdería lo que le arraiga a la tierra, y se convertiría en un espíritu maligno y errante. Mientras el ancestro sigue conectado a su tribu, todo va bien para ambas partes: los descendientes le rinden culto y él los cuida y protege de las enfermedades y problemas de todo tipo. No como un dios inaccesible y lejano, sino como un ser que está presente en muchos aspectos de la vida del individuo.

Algunos de los miembros de la tribu se ponen en contacto con los antepasados a través de un oráculo y de los sueños. Incluso se dice que, en lugares solitarios, un espíritu puede aparecerse para advertir o aconsejar a su descendiente.

Antepasados y muertos vivientes

Hay que tener en cuenta que diversas culturas distinguen claramente entre antepasados y muertos vivientes. Los primeros son los miembros de la tribu que murieron hace mucho tiempo (por lo menos dos o tres generaciones atrás) y cuidan de sus descendientes. Por el contrario, el término muerto viviente alude a los muertos recientes: padres, abuelos. En el segundo caso, los difuntos pueden no tener todos los poderes ni la lucidez necesarios para usarlos de forma correcta, por lo que es mejor no recurrir a ellos: los muertos vivientes son utilizados de forma egoísta por personas con aviesas intenciones, los hechiceros y las brujas.

En casi toda África oriental y central el culto a los ancestros (y en algunos casos, a los muertos vivientes) es básico: en bantú se les llama *muzimu* y desempeñan un papel fundamental, ya que inciden desde el núcleo familiar en toda la tribu. Sin embargo, se discrepa sobre su valor religioso: según algunos antropólogos los antepasados no son fuente de un verdadero culto religioso, sino únicamente receptores del respeto y afecto de sus descendientes, de manera similar a como se entiende en la cultura cristiana, que honra a sus familiares difuntos por Todos los Santos poniendo flores en sus tumbas. Por el contrario, otros antropólogos sostienen que se practica un verdadero culto: los antepasados son realmente adorados y se les considera seres sobrenaturales que pueden incidir en cualquier aspecto de la vida.

Sin entrar en la polémica, lo que sí está claro es que los antepasados son el elemento más importante de las creencias aborígenes del África Negra, tengan o no estatus divino.

Los dioses tienen otras cosas en que pensar

No obstante, existe el concepto de divinidad, si bien es muy diferente del de otras culturas. Para empezar, comprobamos que casi todas las tribus, en particular las del grupo bantú, tienen la idea de un dios central o creador, generalmente llamado Mulungu (con todas sus variantes lingüísticas, como *Mungu*, *Murungu*). Ya antes de los contactos con el islam y el cristianismo se atribuían a este dios características antropomorfas y poderes ilimitados sobre la naturaleza. Se le identifica con determinados fenómenos que adquieren de este modo cualidades míticas: el sol es su ojo; la lluvia, su saliva; el trueno, su voz, etc. Algunas culturas dicen que vive en grandes montañas, como el Kilimanjaro o el monte Kenia. Se le rinde culto, pero con menor frecuencia que a los antepasados. Por ejemplo, los kikuyus de Kenia afirman que no se debe molestar al dios por nimiedades, y los ashantis (África occidental) sólo celebran ceremonias en momentos de gran apuro. Esto equipara la noción de un dios creador que se ha desentendido del mundo con la que tienen (recordemos) las tribus de indígenas no andinas de Sudamérica.

Aparte de espíritus menores (malinos o de antepasados) algunas tribus, como los basogas (Uganda), consideran que hay unos espíritus superiores, los *babubale*, que tienen categoría de dios y hasta se les dedican templos. No es habitual, pero en algunas culturas, como la yoruba (Nigeria) y otras, tienen incluso un panteón: alrededor del dios supremo yoruba, Olorun, existen unas divinidades secundarias, llamadas *orisha*, que están encargadas de diversos ámbitos. Algunos *orisha* son descendientes de Olorun, pero a su vez ancestros de los hombres actuales, por lo que han servido para perpetuar una serie de dinastías políticas, al estilo de los faraones egipcios o los sapa-incas de los Andes.

La religiosidad del África Negra

Una ética en honor al grupo

Brujas y hechiceros: ¿delincuentes o chivos expiatorios?

La tierra como fuerza cósmica común

La noción de Dios en el África negra

Una ética en honor al grupo

La religiosidad del África Negra no se basa en abstracciones o visiones individuales, sino en elementos que hermanan a los hombres y mujeres en unidades comunitarias. La familia, el clan, la tribu o el grupo étnico son lo más importante, y la mayoría de detalles religiosos están orientados a preservar esta armonía, por lo que quienes puedan perjudicarla (brujas, hechiceros) suelen ser marginados de inmediato.

En la mayoría de culturas africanas, los antepasados y algunos dioses que dieron el "soplo" a la vida humana son entendidos como expresiones tangibles (al menos en oráculos, sueños y revelaciones) de las fuerzas cósmicas. Pero su función suele ser más pragmática: ayudar a la comunidad en todas sus actividades. El componente social de estas ideas está muy claro. No responden a las grandes preguntas filosófico-religiosas de rigor ("quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos"), sino que son un referente, una tabla a la que agarrarse en el naufragio de las penalidades de la vida. Todos los componentes de la tribu respetan, veneran, temen y se sienten seguros con estas fuerzas porque garantizan la armonía social. Pero algunos pretenden utilizar el poder cósmico para sus propios fines. Son los llamados brujas y hechiceros.

Brujas y hechiceros: ¿delincuentes o chivos expiatorios?

Empecemos por diferenciar ambos conceptos. La diferente denominación no obedece únicamente al sexo, aunque en África la mayoría de brujas son mujeres y la mayoría de hechiceros, hombres. La diferencia es bastante compleja: en principio, las brujas están imbuidas de un poder maligno que raras veces pueden controlar y que las impulsa a actuar mal y a perjudicar a los demás. Por el contrario, los hechiceros son conscientes de que quieren hacer el mal, y son ellos quienes se ponen en contacto con las fuerzas malignas mediante ritos y conjuros. De todos modos, tan peligrosa puede ser para la comunidad la acción de unos como la de otros. Es conveniente descubrir a los hechiceros, para castigarlos o expulsarlos de la comunidad. Por lo que respecta a las brujas, a veces basta con exorcizarlas, aunque se han dado casos de lapidamiento.

A las brujas se les atribuyen poderes como el del vuelo o la metamorfosis, transformándose en monos o elefantes. Puesto que no son conscientes de su verdadera personalidad, pueden llevar una doble vida sin saberlo: mujer normal durante el día y bruja por la noche. Al amparo de las sombras, estas mujeres chupan la sangre a los incautos, celebran aquelarres, devoran las almas y matan a los niños.

La creencia en la existencia de estos seres maléficos suele deberse a razones sociológicas. Witte considera a brujas y hechiceros meras válvulas de escape de las tensiones sociales. Cuando alguien tiene un problema, ya sea de salud, económico, de relación, o afectivo, busca un culpable, porque se niega a admitir que se deba a la mala suerte. En estas

situaciones es cuando es más fácil atribuir a alguien conocido malas intenciones, por envidia, manía u otras razones. De ahí a demonizar al rival, sólo hay un paso. El hecho de que los africanos crean en este tipo de personajes asociales y malignos se nos antoja primitivo, pero esto no es más que paternalismo y sentimiento de superioridad: en las sociedades industrializadas otros focos de demonización social tienen consecuencias tan trágicas como los destierros o muertes de brujas y hechiceros. Y si hablamos de fanatismo o superstición primitivos, no olvidemos que en nuestras ciudades, los "hinchas" de muchos equipos de fútbol insultan, atacan e incluso llegan a matar a personas cuyo único delito es pertenecer a otro equipo y, por tanto, a otro clan. Otro tipo de exclusión social o de justificación de la violencia.

No sólo las brujas y hechiceros son marginados. También hay casos de exclusión por razones que parecen peregrinas. Es conocido (especialmente para los amantes de la música) el caso del cantante y compositor Salif Keita: descendiente de una familia real en Malí y, por tanto, heredero de poderes políticos sobre decenas de tribus, fue rechazado por su padre desde que nació. El motivo es que era albino, y el blanco es un color que da mala suerte en las culturas de la zona. Keita emigró a Francia y triunfó en el mundo de la música étnica y ello le ha permitido volver cargado de honores a su país, pero el trauma de su infancia no podrá borrarlo de su memoria mientras viva; de hecho, algunas de sus canciones hablan de él.

La tierra como fuerza cósmica común

El apego de los africanos a su tierra es comprobable también en algunos detalles del culto a fuerzas superiores: la diosa que se correspondería a la Pachamama andina. Entre los yorubas, las divinidades femeninas se relacionan claramente con la tierra y las masculinas, con el cielo. Esta misma cultura llama a la madre tierra *Iyanla* ("gran madre"), pero son muchas las tribus de otras zonas que veneran a figuras similares.

El culto a los antepasados y el culto a la tierra están íntimamente relacionados porque ambos participan de lo que perpetúa la existencia de las tribus: la fecundidad. Por ejemplo, los ibos (África occidental) llaman a los antepasados "el antiguo pueblo de nuestra tierra". Y muchas tribus, a la hora de hablar de jefes o caudillos, distinguen claramente entre el "jefe político" y el "jefe de tierra". El primero puede haber conquistado un territorio, pero hay leyes que no puede imponer a los vencidos, pues de ellos es la tierra que habitan, la tierra que habitaron sus antepasados (objetos primordiales de la religiosidad) y que les pertenece porque están arraigados en sus parajes. No es de extrañar, por tanto, que los nativos que abandonan sus poblaciones para vivir en las grandes ciudades africanas (Nairobi, Lagos, Ciudad del Cabo) acaben abandonando sus creencias y siendo asimilados por las doctrinas cristiana y musulmana.

La noción de Dios en el África negr

El investigador John Mbiti publicó en Londres, en 1970, su obra *Concepts of God in Africa*. En ella incluye una lista de diversas tribus de África central y oriental con los nombres que utilizan para designar el concepto de ser creador y todopoderoso.

He aquí algunos ejemplos en los que puede observarse que el nombre *Mulungu*, y sus similares, es el más repetido porque las lenguas de estas zonas tienen un léxico común para aspectos muy básicos, como ocurre con las diversas ramas de lenguas indoeuropeas.

Pueblo: Abaluyia

País: Kenia

Nombre: Wele

Pueblo: Akamba
País: Kenia
Nombre: Mulungu
Pueblo: Ankore
País: Uganda
Nombre: Ruhanga
Pueblo: Baganda
País: Uganda
Nombre: Katonda
Pueblo: Banyarwanda
País: Ruanda
Nombre: Imana
Pueblo: Banyoro
País: Uganda
Nombre: Ruhanga
Pueblo: Barundi
País: Burundi
Nombre: Imana
Pueblo: Bemba
País: Zambia
Nombre: Mulungun
Pueblo: Chaga
País: Tanzania
Nombre: Ruwa
Pueblo: Gogo
País: Tanzania
Nombre: Mulungu
Pueblo: Ila
País: Zambia
Nombre: Leza
Pueblo: Kikuyu
País: Kenia
Nombre: Murungu
Pueblo: Meru
País: Kenia
Nombre: Murungu
Pueblo: Shona

País: Zimbabwe

Nombre: Mwari

Pueblo: Sukuma-Nyamwezi

País: Tanzania

Nombre: Mulungu

Pueblo: Swahili

País: Kenia, Tanzania

Nombre: Mungu

Pueblo: Yao

País: Malawi, Mozambique

Nombre: Mulungu

Dioses, iluminados y místicos en la religiosidad asiática

Si en Occidente la relación con la divinidad siempre se ha entendido como una relación del hombre con algo superior y externo -llámese Dios, dioses o con cualquier otro nombre-, la religiosidad oriental se percibe mejor como una relación del individuo con lo más profundo de sí mismo. En las cosmogonías asiáticas existen, claro está, los dioses, los genios, los seres sobrenaturales, los conceptos trascendentes, la búsqueda de la inmortalidad, lo eterno, la lucha del Bien contra el Mal, lo infinito... Pero el matiz distintivo quizás no se encuentre tanto en el sometimiento del hombre a un Creador incomprensible y exterior a él, como en la búsqueda incesante del equilibrio en el interior de la persona, como señal y medio de comprender y alcanzar ese mismo equilibrio entre la propia persona y su entorno natural, entendiendo como tal el universo, el cosmos, el Todo, incluidos los dioses creadores y eternos y la pirámide de los seres sobrenaturales. En definitiva, la paz interior establecida como camino necesario para el encuentro con la divinidad.

Esta percepción puso en camino a numerosos occidentales rebeldes hacia los monasterios del Himalaya, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX. Es probable que la cultura occidental no pueda ya dar mucho más de sí a quienes advierten que la felicidad íntima está más allá de la posesión de bienes, del liderazgo social, del crecimiento económico sin límites o de la cultura de la prisa. Pero el hecho de maldecir la propia cultura y peregrinar a Oriente en busca de la paz interior volvería a indicar, paradójicamente, esa dependencia que experimenta el occidental con respecto a lo exterior a sí mismo.

A lo largo de su historia religiosa, Asia enseña, sobre todo, el camino del peregrinaje interior hacia lo más profundo de la paz con uno mismo y con el entorno.

El hinduismo

Una mística milenaria

El "Rig-Veda" y los "Upanishad": primeros textos indoeuropeos

El período épico de la cultura hindú (300 a.C.-300 d.C.)

Las creencias hindúes

Los cuatro objetivos de la vida

Cosmología hindú

La religión védica

La religión hindú pretende que los creyentes se liberen de las ataduras terrenales a fin de que les sea posible apreciar los valores supremos: la Bondad, la Verdad y lo Eterno.

La palabra "hindú", que hace referencia al río Indo, es un término de origen moderno que sólo empezó a utilizarse hacia 1800 como referencia a una tradición religiosa desarrollada durante varios miles de años y entrelazada con la historia y el sistema social de la India.

La religión hindú no remonta sus orígenes a un determinado fundador, no tiene profetas ni un sistema de doctrinas establecido canónicamente, ni siquiera una estructura institucional determinada, sino que, abarcando creencias y prácticas religiosas diversas, se limita a poner el énfasis en el recto modo de vivir de la persona.

Las diversas tradiciones de la religión hindú están unidas por rasgos comunes, basados en la creencia fundamental en la reencarnación (o nueva identidad) marcada por las acciones, buenas o malas, de una vida anterior.

Una mística milenaria

El hinduismo, una de las grandes religiones de la historia de la humanidad y una de las que han pervivido, procede de una tradición antiquísima, milenaria. Su misticismo constituye todavía hoy una llamada al espíritu.

En un momento difícil de precisar, pero con toda seguridad anterior a 1200 a.C., unas tribus indoeuropeas se asentaron en el Punjab. Su modo de vida era nómada, pero conocían la escritura y nos legaron un documento religioso arcaico: el *Rig-Veda*, una colección de himnos que probablemente se cantaban en los antiguos rituales.

Muchos de los himnos del *Rig-Veda* están dirigidos al dios del fuego, Agni, fuego que se refiere tanto al físico como al sagrado -el del hogar-, e incluso al fuego de la combustión digestiva, lo cual anticipa la idea común a varias religiones de un dios personal en el interior de cada ser humano.

En los rituales védicos también era importante Soma, divinización de la bebida sagrada que probablemente se destilaba a partir de setas alucinógenas. Completa la trilogía de dioses védicos principales Indra, dios fálico de la lluvia y la fertilidad, campeón y rey de los dioses. En el hinduismo posterior, estos tres dioses cederán el protagonismo a Visnú y Siva.

El "Rig-Veda" y los "Upanishad": primeros textos indoeuropeos

El contenido del *Rig-Veda* es esencialmente litúrgico, aunque también presenta referencias al destino del ser humano y a aspectos cosmogónicos y mitológicos. En el siglo X, estos dos últimos temas se concentraron en las *Brahmanas*, texto en el que cada paso de los ritos védicos está justificado con algún argumento mitológico que narra las aventuras de los dioses y los demonios de la mitología hindú.

El elemento místico reaparece entre el 800 y el 600 a.C. en los *Upanishad* que, surgiendo de la tradición védica, se centran en conceptos filosóficos: la unidad del alma y la divinidad, la transmigración y la estructura del cosmos explicado como las partes de un animal desmembrado durante una ceremonia.

Dos aspectos importantes en el contenido de los *Upanishad* y, por tanto, de las prácticas religiosas de aquella época fueron el yoga y el ayuno. Ambas técnicas eran probablemente un intento de alcanzar el éxtasis por métodos distintos de los que usaba la religión védica arcaica. Como sabemos, el éxtasis védico se lograba ingiriendo el *soma* o bebida sagrada; el yoga, el control de la respiración y el ayuno eran técnicas equivalentes.

El período védico finalizó aproximadamente en el 600 a.C.

El período épico de la cultura hindú (300 a.C.-300 d.C.)

En la religión hindú existen tradiciones grandes y pequeñas aportadas tanto por la población indoaria como por los pueblos del sustrato precedente. Así mismo, se ha de distinguir entre la labor religiosa de los sacerdotes védicos e hindúes y la influencia del folclore de la zona. La primera, como hemos visto en la cultura védica, proporciona los textos más claramente místicos y la segunda, una visión más popular del mito, que será recogida en las dos grandes epopeyas de la India: el *Ramayana* y el *Mahabharata*.

El *Ramayana* fue redactado y completado en una época en la que la cultura hindú sufrió grandes cambios: su carácter palaciego puede provenir de la época en que se produjo el crecimiento de las grandes y complejas urbes indias. Su autor fue Valmiki y lo escribió en sánscrito, pero la epopeya que narra (el secuestro de la princesa Sita por el demonio Ravana y su posterior rescate por el rey Rama y el mono Hanuman) ha visto muchas traducciones posteriores, desde la tamil hasta la hindi, y otras muchas en las lenguas del Sudeste Asiático. Su contenido religioso es evidente, pues Rama pasa de ser un hombre a convertirse en encarnación del dios Visnú. El mono Hanuman no deja de ser una especie de dios menor, muy popular entre las clases humildes de la India.

El *Mahabharata* es un texto mucho más largo y variado y difícil de fechar. Se fue completando en varias reelaboraciones entre el 200 a.C y el 200 d.C. Además de la historia de la rivalidad entre las familias Kaurava y Pandava, incluye muchos temas: míticos, cuentos populares, discursos filosóficos, discursos de pensamiento social y versos de alabanza a los dioses Visnú y Siva. Todo ello perfectamente integrado en la trama.

Más adelante hablaremos extensamente de ellos. Ahora, nombremos otros frutos de este texto, el más rico de la cultura hindú antigua, entre ellos: pasajes claramente filosóficos, como el célebre *Bhagavad Gita* o los *Vedanta*; tratados de pensamiento social, como los *Dharmash Astras*, cuyo contenido es esencialmente de ética social; y por último, himnos de alabanza, los *bhakti*, de origen tamil, que consisten básicamente en la cita de los mil nombres y epítetos de Dios. En ellos es claramente perceptible la influencia popular en la intelectualidad remota de lengua sánscrita.

Otro libro esencial para entender la cultura hindú son los *Puranas*, un conjunto de mitos y cuentos populares escritos en sánscrito que incluyen a los dioses de la tradición védica y la posterior, y en los que se reivindican los rasgos de lo femenino en la cultura hindú.

Todos estos libros constituyen el paradigma y la culminación del hinduismo: una síntesis entre la tradición sánscrita de los sacerdotes arios y las costumbres populares indias con su mundo de brahmanes, tigres, mitos e historias maravillosas.

Las creencias hindúes

Samsara: Proceso de nacimiento y renacimiento que se repite vida tras vida en las sucesivas reencarnaciones. Supone un ciclo de vida ininterrumpido: nacimiento-muerte-renacimiento.

Brahma: El objetivo principal de las reencarnaciones es conseguir la purificación a lo largo de las sucesivas vidas. La purificación permite al hombre liberarse del ciclo y formar parte de la realidad última eterna: el *Brahma*, que a su vez es el origen de toda la creación.

Karma: Cuando muere una persona, su alma renace en otro cuerpo, sea éste humano o animal. La forma y condición particular, placentera o no, de renacimiento es el resultado del *karma*, ley por la cual las consecuencias de las acciones dentro de una vida se tienen en cuenta para la siguiente, e influyen en el carácter de quien ha sido reencarnado.

Moksha: El proceso de reencarnación finaliza cuando el hindú alcanza la meta espiritual última, el *moksha*, que es la liberación definitiva del ciclo *samsara*, la liberación de todas las ataduras terrenales y el retorno al descanso eterno de la divinidad.

Los cuatro objetivos de la vida

El hinduismo tradicional afirma que deben alcanzarse cuatro objetivos en la vida:

1. *Dharma*: el cumplimiento de los deberes impuestos a cada uno en función de su situación en la vida; se consigue a través de la amabilidad, la verdad, la ayuda a los vecinos, el amor a la humanidad y el sacrificio por el pueblo.
2. *artha*: la consecución de la prosperidad material y la búsqueda de la legitimación del éxito.
3. *kama*: el disfrute del placer legítimo.
4. *moksha*: liberación definitiva de las ataduras de este mundo.

Cosmología hindú

En el hinduismo, el culto a las imágenes es un elemento esencial tanto en el hogar como en los templos. El templo es erigido como el hogar de la imagen del dios y "guarda" su presencia. De acuerdo con la estructura del universo, la imagen se sitúa en el punto más alto, en el eje del mundo. El poder sagrado del universo es plasmado de distintas formas mediante diagramas cósmicos, llamados *yantras* o *mandalas*, y también es recopilado en los cantos sagrados -cuyo sonido evoca la energía y el orden- llamados *mantras*.

La cosmología hindú contempla el universo como un círculo (*mandala*) dividido en zonas. Se trata de una ordenación concéntrica con un cuadrado, dividido a su vez en cuadrados más pequeños alrededor de la divinidad suprema. El *mandala* une el mundo de los dioses con el templo, que se basa en la misma estructura geométrica.

Los diagramas, llamados *yantras*, están a su vez basados en el *mandala* y se refieren a las diversas deidades y prácticas religiosas.

El *yantra* más complejo en imágenes, color y diseño es conocido como *Shri Yantra*, y expresa los poderes e influencias de Shakti, la Diosa Madre.

La religión védica

En el período védico, hacia el año 1500 antes de nuestra era, el valle del Indo fue invadido por tribus arias procedentes de Asia central. La invasión, con el tiempo, produjo la fusión de elementos culturales foráneos con los autóctonos.

Seiscientos años más tarde, la tradición oral, compuesta ya por todos aquellos elementos, dio paso a la tradición escrita, y las creencias religiosas se recogieron en textos sagrados que hoy conocemos como los Cuatro Vedas.

La religión védica está basada en sacrificios rituales de animales a distintos dioses, y en particular a Indra y Agni, que tienen mucho en común con los antiguos dioses griegos, que también representan elementos de la naturaleza.

Los sacrificios son realizados por los brahmanes, funcionarios del culto especialmente entrenados para este menester. Los cantos sagrados que acompañan a los sacrificios fijan las bases de los *mantras*, como un camino que comunica el cielo con la Tierra.

La trinidad hindú

Una constelación de símbolos

Brahma, el creador

Visnú, el preservador

Siva, el destructor

Diosas, dioses y castas

El sistema de castas

Una constelación de símbolos

La idea de Dios está contenida en la palabra "brahman", que significa el origen y la causa de toda existencia. Dios se muestra de distintas formas y es adorado representado en diferentes dioses.

Por encima de todas las deidades se encuentran tres dioses masculinos, que constituyen el máximo exponente del ciclo continuo de la vida formado por la creación, la preservación y la destrucción.

Brahma, el creador

Es el señor de toda la creación. Está por encima de la adoración humana y tiene dedicados muy pocos templos. Se le representa con cuatro caras orientadas hacia las cuatro direcciones del espacio, porque es el creador del universo. Originariamente tenía cinco rostros, pero Siva destruyó el quinto porque Brahma le ofendió. En sus ocho manos sujeta los Cuatro Vedas, que representan el conocimiento; un collar con forma de rosario, que significa el tiempo; un recipiente con agua, que simboliza la fertilidad, y un instrumento para los sacrificios, ya que el mundo fue creado mediante el sacrificio.

Brahma aparece sentado sobre una flor de loto que simboliza la creación y un cisne o un ganso, que son su vehículo y representan la sabiduría.

Visnú, el preservador

Es el dios encargado de preservar la vida y a todos los seres vivos. Es el responsable del destino de los hombres. Se le representa bajo diez encarnaciones distintas -llamadas *avatara*-, de las cuales las dos más representativas son las de Krishna y Rama, y se le asocia con el amor altruista (lo cual induce a pensar que su culto podría derivar de otro destinado a un antiguo héroe erótico).

Con una mano sujeta un disco solar o una maza dorada, que representa los elementos de la fuerza de la naturaleza, de los que se derivan los poderes físicos y mentales. En la otra mano sostiene un caracol marino, que simboliza el sonido "om", que es el que emerge de la creación.

Su ojo izquierdo es oscuro y simboliza la noche, mientras que el derecho es claro y representa al día. El Sol emerge de su boca, su vestido está compuesto de llamas, en su cinturón aparece el arco iris y las nubes son el cabello de su cabeza.

En su representación avatar como Krishna es de color azul, el color del infinito.

Visnú se apoya sobre mil cabezas de serpiente, y su esposa, Lakshmi, es la diosa de la fortuna y aparece en cada una de sus diez encarnaciones bajo una forma simbólica.

Siva, el destructor

Siva, el dios de la destrucción, también es conocido como dios del tiempo. En él convergen -y en él se resuelven- todos los extremos. Se le considera responsable tanto de la destrucción como de la creación, así como de la no creación: el comienzo es el fin y el fin es un nuevo comienzo. Aparece representado danzando dentro de un círculo de fuego que significa el eterno movimiento del universo, y reconciliando las fuerzas opuestas de la oscuridad y la luz. La danza representa la destrucción de Maya, el mundo ideal.

Siva se representa despeinado, como símbolo de desprecio a la sociedad: sus cabellos representan los siete ríos sagrados de la India; por ello es el protector de las aguas del río Ganges que, para los hindúes, significan la vida eterna. En el rostro de Siva se observan otros símbolos, como un tercer ojo que significa el grado más alto de percepción, porque con él puede descubrir y destruir con fuego a los enemigos. Este tercer ojo apareció cuando su esposa, Parvati, le cubrió los otros dos durante un juego. Sobre el tercer ojo se encuentra la representación de la Luna creciente, que a su vez es el símbolo del toro Nandi, que representa la fertilidad.

El cuerpo de Siva aparece rodeado por tres serpientes que actúan como armas defensivas ante cualquier enemigo. De las manos del dios, una simboliza la destrucción y el renacimiento porque guarda la llama de la destrucción; a través de la otra, el redoble del tambor ("*om*") supone la nueva creación; el gesto intrépido de mostrar la palma de la mano ofrece al fiel protección y favor, así como refugio seguro. El pie izquierdo levantado indica liberación, mientras que bajo el pie derecho aparece un demonio asesino sobre el que está danzando el dios.

El culto a Siva es uno de los más populares entre los hindúes. En su honor se realizan prácticas y penitencias ascéticas, entre las que destacan el yoga y la renuncia.

Siva tiene tres esposas: Durga, Kali y Parvati. Cada una expresa aspectos del carácter y facetas de la naturaleza del dios, así como su propia feminidad.

Diosas, dioses y castas

Aunque una de las características de la cultura védico-hindú es una cierta misoginia, de hecho ésta se contraponía a la tendencia natural de las tradiciones tribales de la región antes de las invasiones arias. Ni el *Rig-Veda* ni los *Brahmanas* ni los *Upanishad* tuvieron muy en cuenta a la mujer en su panteón divino. Hubo que esperar a que aparecieran los *Puranas* (textos sagrados con relatos sobre la vida de los dioses) para que se reivindicara lo femenino.

Mahadevi, la Gran Diosa Madre, se presenta como la consorte de las principales deidades masculinas hindúes, aunque también engloba a miles de diosas locales, las llamas *devi*.

Mahadevi, en sus distintas representaciones, puede ser benigna y fructífera, como Lakshmi o Parvati, o poderosa y destructora, como Kali o Durga.

En toda la India hay muchos templos destinados a diosas. Algunos tienen orígenes tribales y están basados en la idea primitiva de que la tierra, o una Diosa Madre asociada a la fertilidad y a la agricultura, puede necesitar ofrendas de sacrificios sangrientos para calmarse.

El culto de las diosas como energía femenina (Shakti) reviste una gran importancia en los antiguos textos conocidos como *Tantras*. En algunas tradiciones tántricas, la energía femenina es contemplada como un poder abstracto y creativo del dios Siva; sin embargo, en otras tradiciones está personificada en diversas formas, pacíficas o agresivas. Shakti, esposa de Siva, representa, frente a la conciencia pasiva de él, la energía o el poder del dios, aquél mediante el cual realiza los cinco actos de la creación, mantenimiento y

destrucción del universo, concediendo la gracia a los devotos y, a la vez, ocultándose de ellos.

La posesión espiritual chamanística es un componente del ritual de la Diosa Madre, sobre todo en las tribus y ciudades indias. El chamán entra en trance para asumir la personalidad de la diosa.

Por último, no debe olvidarse la tradición del *sati* en el hinduismo ortodoxo. El *sati* es una forma de suicidio que se realiza cuando la viuda (que por serlo ha quedado al instante marginada de la sociedad) asciende a la pira funeraria del marido. Este acto de autoinmolación se considera como un sacrificio de purificación válido tanto para el marido difunto como para la propia esposa.

El sistema de castas

Durante la primera etapa de su desarrollo, la sociedad hindú fue dividida en cuatro clases o castas, llamadas *varna*. Cada una de ellas corresponde a un estilo de vida.

Brahmanes: son los sacerdotes y representan la cúspide de la escala social.

Kshatriyas: son los guerreros.

Vaishyas: son los comerciantes y granjeros.

Shudra: son los siervos y los trabajadores.

En la actualidad, los gobiernos intentan mejorar la situación de un grupo todavía inferior, los *dalit*, también conocidos como "intocables", que realizan los peores trabajos en la sociedad tradicional hindú.

Para la mentalidad occidental, la organización en castas puede parecer una forma brutalmente anticuada de relación social. Como contrapartida, la mentalidad hindú (compartida en este caso con el budismo y el jainismo) respeta siempre la *ahimsa*, un principio universal de respeto hacia todo lo vivo para no herirlo.

Libros y sitios sagrados del hinduismo

La permanencia de los dioses entre los hombres

"Mahabharata" y "Ramayana"

Los lugares sagrados

Ritos del hinduismo

Conceptos básicos del hinduismo

La permanencia de los dioses entre los hombres

"El conocimiento de que este espíritu, que es esencialmente uno, está en el propio cuerpo y en todos los demás, es la gran finalidad, o la auténtica sabiduría, de aquel que conoce la unidad y los verdaderos principios de las cosas" (Visnú Purana).

La religión y la mística hindúes se basan, desde la aparición de la escritura en la región central del sur de Asia, en los grandes textos sagrados.

Destacan en primer lugar los Vedas, que se empezaron a escribir hace más de mil años antes de nuestra era. Los Cuatro Vedas constan del *Rig-Veda*, que recoge las canciones o himnos sagrados de alabanza a los dioses elementales de la tierra, el fuego, el aire y el agua; el *Sama Veda*, que reúne las melodías y los cantos entonados por los sacerdotes

durante los rituales de sacrificio; los *Yahur Veda* o fórmulas sacrificiales y, por último, el *Athava Veda* (añadido con posterioridad) que contiene encantos, hechizos y cantos de exorcismo.

Aparecieron más tarde las obras filosóficas hoy conocidas como *Upanishad* o *Vedanta*. Se trata de escritos que consolidan la filosofía hindú y muestran un cambio significativo de la religión hacia la interiorización y espiritualización de los conceptos, desmitificando a la vez gran parte de la tradición védica. En su doctrina, el *moksha* no se puede alcanzar solamente a través de la acción ciega, sino que, en su lugar, el devoto debe vencer la ignorancia (*avidya*) y adquirir el conocimiento (*jnana*) de la verdadera naturaleza del universo, esa que el engaño (*maya*) oculta al individuo.

Por último, y después de los *Puranas* con sus historias sobre la vida de los dioses, surgieron los dos textos cruciales de la literatura hindú: el *Mahabharata* y el *Ramayana*.

"Mahabharata" y "Ramayana"

El *Mahabharata* fue escrito entre el 300 y el 100 a.C. Es el poema épico más largo de la historia de la literatura universal. Fue transmitido por tradición oral de generación en generación y no se imprimió por primera vez hasta el siglo XIX.

El argumento central refiere el conflicto entre Kurus (los espíritus del Mal) y Pandus (los espíritus del Bien). En forma de relato histórico basado en discusiones, el poema desarrolla aspectos de la vida hindú, incluyendo las leyes, la política, la geografía, la astronomía y las ciencias. Como consecuencia, lo que surge, junto con una emocionante historia de guerra, es una obra de gran calidad sobre el pensamiento hindú.

La parte central es conocida como *Bhagavad Gita* ("La canción del Señor") y reproduce el diálogo entre Krishna (un avatar o representación de Visnú) y su cochero, Arjuna. Analiza cuestiones esenciales de la vinda hindú y constituye una meditación sobre las vías a través de las cuales se puede conseguir la liberación, la devoción y el conocimiento. El *Mahabharata* está considerado como una enciclopedia del hinduismo, y el *Bhagavad Gita* es como su biblia.

El *Ramayana* fue escrito alrededor del año 200 a.C. y narra las aventuras del príncipe Rama de Ayodhya, quien, mientras estaba con sus hermanos y compañeros, rescató a su esposa Sita de las garras de Ravana, el rey de los demonios de Lanka. Esta obra concentra en Ravana el símbolo de la ambición y la codicia, vencidas por el orden cósmico y la bondad de la mujer y la familia.

Los lugares sagrados

Los destinos de las numerosas peregrinaciones promovidas por la religiosidad hindú puntean los lugares sagrados, siempre asociados al lugar de nacimiento de un dios, a orillas de los ríos o en la cordillera del Himalaya.

La peregrinación, para la religión hindú, simboliza el paso de una vida a otra, y la transición del *samsara* al *moksha* que cada fiel espera realizar en sí mismo.

El río sagrado por excelencia en la India es el Ganges y su lugar de culto preferente es la ciudad de Benarés.

Otras ciudades sagradas están asociadas a diversas leyendas de culto; algunas fueron el lugar donde los dioses, como Kurukshetra, Ayodhya o Matua, se manifestaron a los hombres.

Ritos del hinduismo

El hindú puede realizar sus ritos de adoración en el hogar o en los templos.

En el hogar, la *puja* es una oración diaria que se realiza frente a un altar ricamente decorado con imágenes o esculturas de los dioses preferidos. Las familias acomodadas destinan una habitación de la vivienda a este fin.

La adoración se inicia con el *mantra*, plegaria principal que incluye la palabra sagrada "om" con la que es posible entrar en contacto con la divinidad. A éste le siguen otros *mantras*. Puede realizarse cualquier día, pero el jueves se considera especialmente favorable.

Cuando el escenario de la adoración es el templo, ésta se realiza en el espacio exterior y bajo la supervisión de los brahmanes, que conducen las plegarias leyendo los textos sagrados y recitando *mantras*. Se considera que la divinidad vive en todas partes, pero el templo es su morada especial, por lo que sólo los sacerdotes pueden acercarse a la divinidad residente en el santuario ubicado en el interior.

Antes de las plegarias, los miembros de la congregación llevan a cabo rituales elaborados para la purificación: lavado de los pies, enjuague de la boca, preparación de una comida especial y presentación de ofrendas.

Conceptos básicos del hinduismo

Arjuna: Personaje del *Bhagavad Gita*, al que se considera reencarnación del dios guerrero Indra. Ante la disyuntiva de cumplir con su deber o de incumplirlo para salvar la vida de sus primos, mantiene un diálogo ético, filosófico y religioso con Krishna.

Asana: Postura del yoga. En descubrimientos arqueológicos de la civilización del valle del Indo (antes de 2000 a.C.) se han hallado sellos con figuras de *asanas*.

Atman: Alma. En el hinduismo se presupone que el *atman* vive varias veces en distintos cuerpos, hasta que se completa el ciclo de la *moksha*.

Avatara: Manifestación visible de una deidad, en forma de animal o humana.

Bhakti: Originalmente, "sendero de la devoción" dentro de la religión hinduista. Posteriormente (a partir de la Edad Media), movimiento de religiosidad más ascética y personal, probablemente influido por el sufismo y el islam.

Brahma kumaris: Nuevo movimiento religioso de carácter dualista, integrado principalmente por mujeres.

Casta: Sistema de división sociorreligiosa característica del hinduismo. Es una palabra portuguesa que adapta el concepto hindi original: *varna* (color). Cada *varna* se divide en varios grupos, llamados *jatis*.

Civilización del Indo: Cultura muy anterior (2400-1800 a.C.) al desarrollo del hinduismo, pero que incluye numerosos aspectos de sus prácticas religiosas, entre ellos el yoga. Las dos ciudades principales de esta poco conocida civilización fueron Mohenjodaro y Harappa.

Darshan: Audiencia con un gurú, especialmente en el movimiento Sathya Sai Baba.

Dharma: Ley social. Se puede identificar también con el concepto de ética y centra gran parte del diálogo del *Bhagavad Gita*. Es a la vez un dios del panteón hindú.

Intocable: En el sistema de castas establecido por el hinduismo, la más baja. Sin embargo, el propio Shiva apareció en la Tierra como un hombre sucio y desnudo, perteneciente a esta casta.

ISKON: Siglas de Nuevo Movimiento Religioso, más conocido como Hare Krishna. Practican el yoga *bhakti* y la estructura de su congregación es sectaria.

Kalki: Encarnación semihumana del dios Visnú como un héroe que, montando a lomos de un caballo blanco, derrotó a los bárbaros.

Kama: Dios del amor; su esposa es Rati, diosa de la voluptuosidad.

Krishna: Deidad variopinta de la mitología que ha ido adquiriendo importancia con el paso del tiempo. En los *Puranas* aparece como un niño, en las epopeyas como un hombre adulto y en los textos antiguos -como el *Rig-Veda*- ni siquiera se le menciona. Se le supone una encarnación de Visnú y parece el vínculo más claro entre los dioses y los hombres.

Linga: Culto fálico que se tributa al dios Siva, cuyo falo fue cercenado por los sabios a cuyas esposas había ultrajado.

Maha mantra: Verso o estrofa principal que se suele repetir en un cántico hindú.

Maya: Generalmente traducido como "ilusión", su significado se relaciona con el poder creador y transformador de un dios védico. El hinduismo considera que el mundo es *maya*, emanación de una energía divina, atractiva y misteriosa a la vez.

Narasimbha: Encarnación del dios Visnú, llamado también Hombre-león. Narasimbha derrota a los demonios y rescata de sus entrañas al hijo del diablo, devorado por adorar a Visnú.

Puja: Culto que rinden los hindúes a determinadas deidades. Puede celebrarse en el templo, pero también en casa, especialmente en la cocina.

Prahapati: Nombre con que en ocasiones se designa al dios creador Brahma.

Sai Baba: Fundador del Sathya Sai Baba, movimiento derivado del hinduismo cuyo objetivo fundamental es apartar a sus fieles del materialismo.

Sankirtana: Servicio religioso multidisciplinar (culto, cocina, pedagogía, jardinería) que ofrecen los Hare Krishna.

Sannyasins: Hombres santos y vagabundos que han renunciado al mundo. A diferencia de las demás castas no son quemados al morir, sino inhumados.

Shiv baba: Según *Brahma kumaris*, alma suprema que contiene todos los atributos de amor, pureza, beatitud, poder y paz.

Soma: Deidad de la mitología. Tiene su origen en la cultura védica, de la que, junto a Indra y Agni, es uno de los tres puntales. Recibe el nombre de la bebida de efectos alucinógenos que usaban los sacerdotes védicos para alcanzar el éxtasis en las ceremonias.

Tamil: Etnia melanohindú cuyos cultos en el sur de la India y en Sri Lanka presentan un hinduismo influido por el sustrato cultural de aquellos lugares y se transforma en una forma de religiosidad muy apasionada y personal.

Trimurti: Trinidad hindú compuesta por Brahma, Visnú y Siva.

Veda: Conocimiento sagrado.

Vitra: Gran Sacerdote de los demonios que aparece como rival de los dioses en los *Brahmanas*.

Yogui Bajan: Antiguo oficial de aduanas y agente de la Interpol, fundador del Nuevo Movimiento Religioso Fundación 3HO, de tendencia sij.

Yudhistira: Personaje que aparece en el *Mahabharata*. Se trata de un rey que es la reencarnación natural del dios Dharma y, por tanto, simboliza la ley social.

El hinduismo en el siglo XX

Un misticismo exportable

"Brahma kumaris" y TM: meditación exportable

Esos locos de naranja: el movimiento Hare Krishna

Distribución actual del hinduismo. Número de fieles

Más de 600 millones

De uno a 20 millones

De 100 000 a un millón

De 5 000 a 100 000

Sistemas filosóficos del hinduismo

Un misticismo exportable

La religiosidad de la India y su zona de influencia (Pakistán, Bangladesh) tiene raíces milenarias, pero jamás había sido exportada a Occidente. Sin embargo, desde las primeras aproximaciones de Madame Blavatsky y Henry Olcott, el siglo XX ha mostrado un creciente interés por la espiritualidad de estas zonas.

El concepto de gurú se ha exportado con facilidad, probablemente por la ausencia de líderes religiosos en un Occidente cada vez más laico, donde la figura de los sacerdotes cristianos ha ido perdiendo fuerza. La migración de paquistaníes, indios, etc., a países como el Reino Unido o Estados Unidos ha facilitado aún más su adaptación. Sin embargo, algunas de estas corrientes han quedado reducidas a cultos prácticamente sectarios.

"Brahma kumaris" y TM: meditación exportable

Probablemente, el aspecto de las religiones del subcontinente indio que mayor interés ha despertado en la agobiada sociedad occidental es el de la meditación: dedicar un tiempo al día a reflexionar se ha convertido en un verdadero bálsamo psicológico para un gran número de occidentales que se acercan a las derivaciones del hinduismo. Los dos movimientos que más hincapié hacen en este concepto son *Brahma kumaris* y TM (Meditación Trascendental).

Meditación Trascendental es considerado por algunos un nuevo movimiento religioso, mientras que para otros se reduce a una simple técnica. Fue fundado en 1958 en la India por Maharishi Mahesh Yogui, quien poco después exportó su método a Occidente. El gurú Maharishi se hizo mundialmente famoso como instructor a finales de la década de 1960 con los Beatles (la influencia de la cultura hindú se proyectó posteriormente en la obra musical de uno de ellos, George Harrison).

TM es considerada en la actualidad una comunidad de iniciados que imparte cursillos místico-científicos para que sus adeptos mejoren su vida y su actividad laboral. La iniciación es sencilla y consiste en memorizar un *mantra* en sánscrito y meditar a diario. La relajación es un concepto importante en TM y sus adeptos han crecido tanto en Gran Bretaña como para formar un partido, el Natural Law Party, que ya se ha presentado a varias elecciones.

Brahma kumaris, también llamado Universidad Mundial Espiritual, es un movimiento formado casi exclusivamente por mujeres (*kumari* significa "doncella"), aunque fue fundado en 1937, en la India, por un hombre llamado Dada Lejraj. *Brahma kumaris* es una doctrina dualista sobre la distinción entre cuerpo y espíritu: una de sus oraciones diarias es un *mantra* que significa "mi cuerpo es sólo el vestido de mi alma". Sus miembros están obligados a practicar la castidad (incluso los casados) y la mayoría son mujeres porque esta religión las considera más espirituales, sensibles y pacientes que los hombres. *Brahma kumaris* se ha extendido en las últimas décadas por Europa y Estados Unidos.

Esos locos de naranja: el movimiento Hare Krishna

En la mayoría de países del mundo los transeúntes se han acostumbrado a ver a esos cantores y danzantes vestidos de forma estrafalaria, que hacen proselitismo constante por las calles y ofrecen sus pastelitos a los curiosos. Los famosos Hare Krishna pertenecen a un nuevo movimiento religioso llamado oficialmente Sociedad Internacional de la Conciencia Krishna y practican un tipo de yoga *bhakti* en el que el dios principal no es Visnú (como en el hinduismo tradicional) sino Krishna. Tampoco se trata del Krishna de la mitología hindú, sino una especie de dios personal, adaptable a cada adepto por medio del amor.

El movimiento fue refundado en pleno siglo XX por el gurú Swami Prabhupada, pero se basa en las enseñanzas de Caitanya, un maestro bengalí del siglo XV, experto en el *Bhagavad Ghita*. Sus conocidos cánticos obedecen al hecho de que su principal actividad devota es el canto congregacional de los nombres de Dios, en este caso Krishna, de quien el ser humano no es más que una chispa, aunque participa de su naturaleza divina, y con quien se unirá definitivamente cuando haya completado su *karma* a través de sucesivas reencarnaciones. Oran 16 veces al día. En lo social, la dependencia del devoto Hare Krishna de su gurú es casi total; practican una estricta dieta vegetariana, así como la abstinencia lúdica (tienen prohibido jugar) y sexual (sólo realizan el coito con fines reproductivos). El hecho de que los miembros masculinos de la congregación se rapen el cabello dejándose tan sólo una larga trenza obedece a su creencia de que de ella tirará Krishna para arrastrarlos hacia el cielo cuando llegue el momento.

Con los flujos migratorios que van emplazando comunidades de origen hindú en todo el mundo, es de esperar que, por sincretismo e influencia recíproca, sigan proliferando nuevas derivaciones del hinduismo, mezcladas con conceptos occidentales.

Distribución actual del hinduismo. Número de fieles

Más de 600 millones

Asia: India

De uno a 20 millones

Asia: Pakistán, Nepal, Bangladesh, Malasia, Sri Lanka

De 100 000 a un millón

Asia: Indonesia, Singapur, Birmania, Bután

Europa y América: Estados Unidos, Reino Unido, Guayana

África y Oceanía: Sudáfrica

De 5 000 a 100 000

Europa y América: Holanda, Surinam, Trinidad, Canadá, Jamaica

África y Oceanía: Zambia, Zimbabwe, Kenia, Tanzania, Malawi, Australia

Sistemas filosóficos del hinduismo

Nombre del sistema: Nyaya

Fundador: Gautama

Características: Se ocupa de la lógica y el análisis del razonamiento

Nombre del sistema: Vaisheshika

Fundador: Kanada

Características: Atea y dualista; defiende que la realidad está hecha de alma y materia

Nombre del sistema: Samkhya

Fundador: Kapila

Características: Dualista: distingue entre la materia y las incontables almas

Nombre del sistema: Yoga

Fundador: Patañjali

Características: Busca llegar al *moksha* a través de disciplina mental

Nombre del sistema: Purva mimamsa

Fundador: Jaimini

Características: Precedente de la filosofía vedanta

Nombre del sistema: Vedanta

Fundador: Badarayana

Características: Es el sistema más importante; basado en los *Upanishad*, postula las reencarnaciones hasta conseguir la liberación y unión con la única realidad o Brahma.

El budismo

Una religión sin dioses ni castas

Reacción contra la sociedad brahmánica

Del imperio budista al ascenso del Mahayana

Las creencias del budismo

Los Ocho Pasos

Cosmología budista

Buda: libros y retratos

La meta del budismo es el *nirvana*, palabra que significa la "extinción" de los fuegos de todos los deseos y la absorción del yo en el infinito.

Los budistas no adoran a una persona o a un dios, sino que siguen un sistema de pensamientos, meditación y ejercicios del espíritu basados en las enseñanzas de Sidharta Gautama (Buda, el *Iluminado*). Su doctrina, transmitida oralmente en vida de Buda por sus seguidores, se recopiló por escrito bastante tiempo después de su muerte.

La doctrina de Buda se resume en las Cuatro Verdades Nobles, que son:

1. Toda la existencia es insatisfactoria.
2. Las insatisfacciones están causadas por el deseo de algo permanente, cuando en el mundo no existe la permanencia.
3. Es posible conseguir el cese de las insatisfacciones, el *nirvana*.
4. El *nirvana* puede alcanzarse siguiendo los Ocho Pasos.

Una religión sin dioses ni castas

El budismo es la única gran religión que no teoriza sobre un dios creador ni un culto dirigido a él. La meditación, la sabiduría y la moral son los tres pilares básicos en que se asientan las enseñanzas de Buda, que arrebataron al hinduismo brahmánico muchísimos fieles a partir del siglo VI a.C.

En el siglo VI a.C., cuando Buda empezó a difundir su doctrina, la civilización india estaba dominada por el brahmanismo hindú: los brahmanes eran la casta dominante. La pertenencia a la casta era estrictamente hereditaria y las monarquías se perpetuaban en una sociedad brahmánica cada vez más dominada por grandes y poderosos jefes. La decadencia a la que se veían sometidas las clases humildes creó un profundo malestar contra la tradición que cristalizó en nuevos puntos de vista sobre el mundo y en una revolución religiosa cuya cabeza visible fue Gautama Buda.

Reacción contra la sociedad brahmánica

Gautama Buda no pertenecía a la clase religiosa de los brahmanes, sino a la militar de los *ksatriyas*. Tal vez por ello Buda, que había nacido cerca de Nepal, casi en la frontera del imperio cultural brahmánico hindú, rechazó muchos dogmas de los brahmanes. Del origen militar de Buda pueden proceder también el valor que dio a la autodisciplina y, por contraste, sus tendencias pacifistas, rasgos ambos esenciales en el pensamiento budista.

Buda rechazó el dogma brahmánico que declara la necesidad de los cánticos y los sacrificios rituales, así como la visión teocéntrica del hinduismo. Según Buda, el hombre no puede conocer nada sobre la creación del mundo por Dios y mucho menos las características de esa deidad. En su lugar, propone analizar la naturaleza y la experiencia humana, y concluye que el único principio que rige el universo es el constante cambio (*anicca*); ante esta realidad, lo único que puede hacer el hombre es adaptarse: aprovechar el cambio para mejorar, dejar atrás todo el sufrimiento posible y alcanzar el equilibrio. Los caminos para conseguirlo son dos: la meditación y unos principios éticos individuales, familiares y sociales. Es evidente que una doctrina tan antidogmática e igualitarista constituía una seria amenaza para el brahmanismo, que sólo se basaba en la estricta división en castas, por lo que fue tachada de herejía.

Del imperio budista al ascenso del Mahayana

Entre los seguidores de Buda había desde siervos y humildes barberos hasta reyes, como Bisimbara de Magadha o su vecino el rey Kushala. Tras la muerte del *Iluminado*, la comunidad de discípulos fue creciendo, pese a la oposición del hinduismo brahmánico imperante.

Tres siglos más tarde, una de las dinastías hinduistas más rígidas, la de los Mauryas, tuvo un vástago, el rey Asoka, que imprimió un giro inesperado a la situación del budismo. Tras una cruenta guerra en Bengala que ocasionó miles de bajas y de víctimas inocentes, Asoka tuvo noticia de las enseñanzas de Gautama Buda y prohibió cualquier acto de violencia en todo su imperio. Sus medidas, inspiradas en el *dharma* budista, se reflejaron en muchos pequeños aspectos insólitos en otras civilizaciones: restringió los sacrificios de animales para los banquetes, facilitó la comunicación entre las personas y los pueblos; creó un sistema de ayudas logísticas para los viajeros (pozos, árboles en los senderos); dictó normas de cortesía social y familiar; creó santuarios populares en los que fuera posible venerar a los santos representados por sus reliquias, impulsó la convivencia entre todas las religiones y filosofías... En fin, aplicó en lo político y lo social las enseñanzas de Buda.

La popularización de los conceptos budistas acabó por desvirtuar en algunos aspectos el énfasis personal que el *Iluminado* había dado a su doctrina. Por tanto, junto con el budismo primigenio se extendieron nuevas interpretaciones, muchas de ellas erróneas o interesadas. A este respecto, es interesante conocer el *Kathavathu*, un texto de la época a modo de catecismo, con el que el budismo oficial trataba de corregir los errores en que incurrían algunos sectores del budismo.

Tras el reinado de Asoka, cuando la rivalidad entre los monjes budistas y los brahmanes ortodoxos iba en aumento, muchos de estos últimos se integraron en la comunidad budista para no perder sus privilegios, lo cual dio pie a un período de confusión doctrinal que acabó con la unanimidad en la interpretación de las enseñanzas de Buda.

Hacia el siglo I a.C. se inició una nueva etapa o movimiento del budismo, el llamado Mahayana, o gran "vehículo". Este movimiento ampliaba considerablemente el número de discípulos que podían alcanzar el *nirvana*. Los seguidores del Mahayana, en su afán por volver a las esencias del budismo primigenio, promovían el Bodhisattva, "ser poseído por la esencia de Buda". Los Bodhisattvas eran futuros budas que retrasaban su llegada al *nirvana* para ayudar a los discípulos que se rezagaban en el camino de la iluminación.

Las reformas Mahayana, que no obligaban a vestir unas tradicionales túnicas monacales, permitieron que sus creencias se extendieran a lo largo de los siglos por los países fríos, llegando, a través de Asia central, por el sur y este, hasta los actuales países Sri Lanka, Tailandia y Birmania, y por el norte hasta el Himalaya y desde allí, por la ruta de la seda, hasta China, Mongolia, Corea y Japón. En la actualidad, el budismo Mahayana ha penetrado en muchas zonas de Europa, Australia y América.

Las creencias del budismo

Según el budismo, todos los pensamientos tienen consecuencias, tanto para el sujeto pensante como para los demás: es el *karma* un proceso de causa y efecto que establece el resultado de las acciones en la reencarnación en una vida posterior.

La conducta moral que el budismo propone al hombre se basa en cinco prohibiciones básicas: no matar, no robar, no mentir y abstenerse de conductas sexuales inadecuadas y de sustancias tóxicas.

Como principios rectores de la vida de la persona se establecen dos: la compasión y la amabilidad.

Por su parte, el sendero hacia la liberación espiritual discurre a través de la moralidad (*sila*), la meditación (*samadhi*) y la sabiduría (*panna*), como se recoge en los Ocho Pasos.

Los Ocho Pasos

El camino hacia el *nirvana*, que es el estado de máximo conocimiento y paz interior, consta de ocho pasos o estadios. Cada paso incluye la palabra *samma*, que significa "correcto":

1. Conocimiento correcto.
2. Actitud correcta.
3. Discurso correcto.
4. Acción correcta.
5. Una vida correcta.
6. Esfuerzo correcto.
7. Estado mental correcto.
8. Concentración correcta.

Cosmología budista

El budismo comparte la cosmología de las religiones hindúes. El cosmos no es permanente ni creado. En su cima se encuentran los cuatro reinos sin forma de la pureza mental. Por debajo están los reinos de forma pura, donde moran los "dioses". Los dioses están

presentes en la vida cotidiana budista, pero no son estáticos -no son propiamente dioses, sino seres sobrenaturales-; no crean, sino que permiten lo eterno; ellos mismos se encuentran sujetos al renacer y a la tarea de buscar la iluminación. En el tercer nivel está el reino del deseo.

El cosmos incluye también los niveles en los que viven los animales y los hombres. Por debajo están los reinos de los fantasmas hambrientos y los infiernos.

A través de los *mandalas*, el budismo -al igual que el hinduismo- recrea la representación del mundo ideal según Buda. Son importantes las prácticas tántricas de meditación en las que el participante aprende a visualizar los diversos reinos celestiales de Buda donde existen centros de energía física que se distinguen del mundo profano.

Buda: libros y retratos

Buda no quiso tener un retrato e instó a sus seguidores para que desistieran de difundir su imagen. A pesar de todo, la imagen de Buda aparece de diferentes formas y se le representa con diversos símbolos, siendo los más comunes la rueda, sus huellas, la estupa o túmulo sagrado y el árbol de la iluminación.

La variedad de estilos de las imágenes de Buda refleja las diferentes culturas en las que floreció el budismo. Tradicionalmente, los artistas representan doce episodios de la vida de Buda: por una parte, sus antecedentes en el Ciclo Tusita, que comprenden su concepción, nacimiento, educación, matrimonio y entretenimiento; y, por otra parte, su renuncia, su ascetismo, el árbol de la iluminación (Bodhi), la derrota de Mara, la iluminación, el primer sermón y la muerte.

Buda se vio a sí mismo como un físico y un profesor que señala el camino hacia la iluminación. Como consecuencia, sus enseñanzas fueron muy apreciadas y son repetidas en los monasterios.

El budismo no posee una colección de textos que constituya una especie de "biblia", sino distintas colecciones que son utilizadas, sobre todo, en las comunidades monacales (*Sangha*). Las distintas facciones del budismo, sin embargo, produjeron sus propios cánones o colecciones.

Cultos budistas

El sagrado recuerdo de las enseñanzas

El monacato budista

Los budismos regionales

El sagrado recuerdo de las enseñanzas

Después de la muerte de Buda, sus reliquias se guardaron en bellos relicarios contruidos a propósito y se distribuyeron entre sus seguidores. En ocasiones, los relicarios se convirtieron en lugares de peregrinación.

Con las peregrinaciones se multiplicaron a su vez los objetos y los lugares que estaban relacionados con la vida de Buda o con algún prodigio realizado por él. Se convirtió en un deber visitar estos lugares y honrar la memoria de Buda meditando sobre sus enseñanzas y presentando ofrendas de flores, perfumes, lámparas de aceite y pequeñas banderitas. De esta manera la figura de Buda fue elevada a la categoría divina.

El monacato budista

La *Shanga*, o comunidad de monjes budistas, se convirtió en la columna vertebral de la sociedad budista desde que el propio Buda decidió preservar y difundir sus enseñanzas.

En los monasterios, la vida de los monjes transcurre entre la realización de los ritos prescritos y la meditación para la autoeducación. Es una vida dura, regida por una severa disciplina conforme a las más de 250 reglas recogidas en el *Vinaya*, el libro-guía de los monjes. Deben renunciar a todo bien personal y vivir en la pobreza y la austeridad.

Los monjes pueden poseer ocho objetos personales: tres mantos, una campanilla, un cuenco para las limosnas, una navaja, un alfiler y un tamiz para el agua. En la actualidad también pueden tener un paraguas y algunos libros, pero no dinero.

Las disputas constituyen la falta más grave en el seno de la comunidad. Por otro lado, existen instrucciones precisas sobre la vida diaria de los monjes, de modo que la vida del monasterio gira alrededor de la meditación, el estudio de las escrituras y la participación en las ceremonias.

Tradicionalmente, los monjes salen del monasterio para captar almas y, al regreso, ofrecer una guía espiritual. Los laicos pueden invitarlos a sus casas para compartir la comida. La budista es una sociedad en la que existe una fuerte interdependencia entre monjes y laicos, por lo que la convivencia es muy estrecha. En muchos casos, el monasterio es la escuela del pueblo.

Sin embargo, el pueblo controla o supervisa la vida y el comportamiento de los monjes; mientras un monje actúe como debe, es aceptado de buen grado, pero si infringe las normas, pierde sus prerrogativas y es expulsado de la población.

Los budismos regionales

El *budismo chino* floreció tras la dinastía Han (siglo III de nuestra era), una vez superados los numerosos obstáculos que dificultaron su penetración, ya que se trataba de una religión extranjera que proclamaba la reencarnación y además apenas se fijaba en la familia, centrandose su atención en los monjes.

El *budismo japonés* penetró desde China a través de Corea hacia el año 500 de nuestra era. Su escuela más popular, Jodo Shu, se basa en los textos del Mahayana. Cuenta que Buda, llamado aquí Amida, vivía en un mundo distante, la Tierra Pura. Más tarde floreció en el oeste la escuela zen. El budismo zen hace hincapié en la experiencia personal de la iluminación, basada en una vida sencilla en estrecha relación con la naturaleza, y en unos métodos de meditación que evitan el pensamiento y los rituales complicados. Existen dos grupos principales de zen: el Rinzai, que busca la iluminación espontánea, y el Soto, que enseña una forma de meditación en la que la iluminación es un proceso gradual.

El *budismo tibetano* combina el culto al espíritu con un tipo de budismo denominado Vajrayana ("vehículo del rayo"). El Vajrayana se basa en textos antiguos, llamados *tantras*, y recoge prácticas rituales tales como la meditación y el canto de *mantras*. Su tradición monástica pone el énfasis en la importancia de los maestros (lamas) que viven para instruir a los novicios en los caminos del pensamiento budista. El líder de esta escuela es el Dalai Lama, reencarnación del Bodhisattva Avalokiteshvara. Cuando el Dalai Lama muere, otro lama busca a un niño que recuerde la reencarnación del "Compasivo", para que con el tiempo se convierta en el próximo Dalai Lama.

El budismo en el siglo XX

Algo más que una moda de consumo

La seducción del Tíbet

Derivaciones del budismo en el Japón contemporáneo

Para entender el budismo

Las tres variantes principales del budismo

Localización geográfica

Nombre tradicional

Ideal de vida

Ideal de santidad

Leves internas

Algo más que una moda de consumo

El carácter poco dogmático y la visión abierta del budismo, así como la fácil adaptación de algunos de sus aspectos a las diversas mentalidades y modos de vida, han facilitado la aproximación en el siglo XX de muchos occidentales (y orientales) a sus diversas formas, incluyendo los nuevos movimientos religiosos.

Actores y actrices de Hollywood, cantantes famosos, altos ejecutivos... las personas más dispares afirman que practican el budismo y sus fans contemplan este hecho como un signo de humildad y lucidez espiritual por su parte. En muchos casos, sólo se practica una serie de detalles anecdóticos de esta religión que suelen interesar al occidental fascinado por lo oriental.

Digamos que lo que siente mucha gente es una cierta fascinación por el mito del Lama tibetano, pero sin renunciar a los modos de vida occidentales ni a las propias ambiciones, con lo cual estas supuestas prácticas budistas suelen quedarse en la superficie.

La seducción del Tíbet

Ya a finales del siglo XIX, una Sociedad Teosófica fundada por Madame Blavatsky pretendió combinar la sabiduría de los tiempos y religiones pasados, y buscó en el hinduismo y el budismo sus principales referentes. Precisamente la versión tibetana de este segundo movimiento fue la que más le interesó, hasta el punto de afirmar que los Mahatmas Ocultos, hermandad secreta que había de dar una revelación al mundo entero, residía en el Tíbet.

Años más tarde, el budismo tibetano se hizo famoso por el testimonio de viajeros, por la concesión del premio Nobel de la Paz al Dalai Lama y, sobre todo, por la visión idealizada que ofrecieron la literatura y el cine (*Pequeño Buda, Siete días en el Tíbet...*).

Uno de los nuevos movimientos religiosos que gozan de mayor aceptación en Occidente (y con numerosos seguidores también en la India) es el FWBO (siglas en inglés de Amigos de la Orden Budista Occidental). Su fundador fue Denis P.E. Lingwood, quien fue ordenado monje theravada y más tarde budista en la década de 1950, y cambió su nombre británico por el de Maha Sthavira Sangharakshita. Su organización no propone ninguna forma de budismo dogmático en lo que respecta al modo de vida, la jerarquía o la ceremonia. Este eclecticismo ha atraído a numerosos simpatizantes, ya que los miembros de FWBO, por su falta de proselitismo, son relativamente pocos. Los simpatizantes llamados "amigos" han ido creciendo a ritmo constante y acuden a los cursos que imparte el FWBO, tanto sobre meditación y budismo como sobre temas más pragmáticos, como la ética empresarial, desde presupuestos budistas.

Derivaciones del budismo en el Japón contemporáneo

Tres son los nuevos movimientos religiosos de origen budista que han proliferado en el país nipón durante el siglo XX.

El primero, surgido en 1925, fue el Reiyukai o Asociación de Amigos del Espíritu. Sus impulsores, Kakutarō Kubo y Kimi Kotani, se basaron en las enseñanzas del clásico *Sutra del Loto*. El concepto que mejor sintetiza su doctrina es el culto a los antepasados, similar al de algunos pueblos africanos y amerindios. El mal y el sufrimiento son un castigo para los hombres que han olvidado el respeto a sus antepasados y sólo recuperándolo se adquieren la curación espiritual y el equilibrio. Otro concepto curioso es que los pergaminos escritos por los dos fundadores de Reiyukai tienen un valor espiritual y quienes los leen pueden iluminarse y entrar en contacto con Buda y con los Bodhisattvas, seres benéficos que retrasan su entrada en el *nirvana* con el fin de ayudar a la humanidad. El principal lugar de culto de Reiyukai es el templo de Shaka, en Tokio, y cuenta con más de dos millones de fieles.

Trece años después de la fundación de Reiyukai, un matrimonio integrante del movimiento, formado por un lechero, Nikkyō Niwano, y su esposa, Myoko Naganuma, decidió escindirse de la congregación para fundar Rishō Kōsei Kai, también llamado Sociedad para Establecer la Rectitud y las Relaciones Amistosas. Este movimiento también basa parte de sus enseñanzas en el *Sutra del Loto*, pero hace hincapié en el concepto de la religión como base para el crecimiento, la paz y la prosperidad. Su estructura responde al arquetipo sectario y cuenta con unos cinco millones de adeptos.

El tercero de estos movimientos es también el más multitudinario. Se llama Sokka Gakai (Sociedad de Creación del Valor) y fue creado en 1930 por Tsunesaburo Makiguchi, un maestro de Hokkaido (norte del Japón), a partir de las enseñanzas de un monje del siglo XVII experto en el *Sutra del Loto*. Su mensaje es multidisciplinar y mezcla religión con otros conceptos como las artes, la educación, la búsqueda de la paz a través del crecimiento interior y el respeto al medio ambiente. Tal vez por eso ha derivado en una organización laica que, además de extenderse por más de cien países, ha fundado un partido político propio, Komeitō ("Gobierno Limpio"), que se ha convertido en la tercera fuerza política de Japón. Su culto se basa en dos principios fundamentales: la veneración de un *mandala* que el monje Nichiren inscribió en un pergamino secreto cerca del monte Fuji, y el cántico de invocación, dos veces al día, frente a un altar.

Para entender el budismo

Amida: Nombre de Buda en Japón.

Angulimala: Legendario asesino convertido por Buda. Ha dado su nombre a una organización budista que visita cárceles.

Anicca: Según Gautama Buda, concepto referido al cambio constante que rige y caracteriza el universo.

Arhat: "El santo". Según el budismo Theravada, persona (una minoría) que puede alcanzar la iluminación. Este elitismo fue criticado por los seguidores del Mahayana.

Arthur Schopenhauer: Filósofo alemán del siglo XIX, precursor del existencialismo y defensor del budismo entre los diversos credos. Lo consideraba la mejor de las religiones.

Asoka o Ashoka: Emperador indio de la dinastía Maurya que gobernó bajo principios budistas en el siglo III a.C. Durante siglos, el hinduismo no recogió su reinado en los libros de historia.

Avalokiteshvara: Legendaria reencarnación de un bodhisattva que fundó la secta Gelupka y que, a su vez, se ha reencarnado catorce veces en otros tantos Dalai Lama.

Bhikkus: Nombre que se da generalmente a los monjes budistas, que forman cada *Sangha* o comunidad. Su versión femenina (monjas) es *Bhikkuni*.

Bhodi: Árbol sagrado bajo el cual Buda meditó, fue tentado por Mara y alcanzó la iluminación. Estaba situado en territorio del rey Bisimbara, que sería uno de sus discípulos.

Bisimbara: Monarca indio del reino Maghara, con capital en Rajagriha. Fue uno de los primeros seguidores de Buda, a quien proporcionó un lugar donde enseñar, llamado Bodhgaya.

Buda: Con minúscula (buda) no se refiere al personaje histórico, sino a todo aquel que por su estado de iluminación sea capaz de llegar al *nirvana*. Cualquier persona puede llegar a buda si sigue el camino correcto.

Buddharupa: Imagen escultórica de Buda. No se utilizaban en el budismo arcaico, pero se fueron introduciendo poco a poco. Cada cultura budista (china, tibetana, srilanquesa, japonesa) tiene su propia estética.

Cuatro signos: Un viejo, un enfermo, un cadáver y un santo vagabundo. La visión de estos cuatro signos impulsó a Buda a buscar un significado a la vida.

Chan: Versión (anterior) china del budismo zen japonés.

Daietsu Suzuki: Escritor japonés que practicaba el budismo zen y cuyas enseñanzas fueron muy populares entre los grupos contraculturales norteamericanos, liderados por Gary Snyder y Jack Kerouac, a partir de la década de 1950.

Dharma: Concepto budista similar al del hinduismo. Es difícil de traducir y, aunque corresponde al vocablo "forma", se refiere esencialmente a un código de conducta ético-social.

Dharma chakra: Rueda de la ley. Símbolo corriente en el arte budista.

Dhukka: Literalmente, "sufrimiento". Forma parte del *Triratna* o "tres joyas" del pensamiento budista. La primera de las Cuatro Verdades Nobles es que la vida es *dhukka*.

Diez preceptos: Los diez votos que deben pronunciar los monjes budistas de la tradición Theravada. Se trata de diez pecados que se deben evitar: dañar a un ser humano, tomar lo que no es dado, usar mal los sentidos, hablar mal, consumir drogas, comer después del almuerzo, practicar bailes indecorosos, usar *guirbakdas*, perfumes y adornos personales, usar asientos lujosos y aceptar oro y plata.

Estupa: Túmulo sagrado de la religión budista. Se alzaban en honor de los grandes reyes o maestros religiosos y se convertían en centros de peregrinación y veneración.

Gelupkas: Literalmente, "partidarios de la virtud". Congregación principal del budismo tibetano a la que pertenece el Dalai Lama.

Gran renuncia: Momento en que Buda, a los 29 años e impulsado por los Cuatro Signos, deja su familia para vivir una vida sin hogar.

Haiku: Forma poética del budismo zen. Junto al Ikebana (construcción de jardines), la caligrafía y la ceremonia del té, constituye la base de los sencillos ritos que caracterizan el zen.

Jataka: *Historias de Nacimiento*, género literario budista que describe las vidas previas del *Iluminado*.

Kakutarō Kubo: Fundador, junto a Kimi Kotani, del movimiento budista Reiyukai.

Kargyupa: Tradición del budismo tibetano, iniciada en el siglo XI por Marpa, que se basa en la transmisión oral de la doctrina secreta y la meditación.

Karma: Ley moral de causa y efecto que revierte en la vida de cada hombre en las diversas reencarnaciones. El sufrimiento de una vida puede ser efecto del mal *karma* de una vida anterior y las buenas acciones pueden revertir en una vida más feliz en la reencarnación posterior.

Kathavathu: Compilación de textos hecha en tiempos del emperador Asoka. Su objetivo era corregir los errores doctrinales en que habían incurrido algunos sectores del budismo.

Ksatriyas: En la India brahmánica, casta de los guerreros. A ella pertenecía Sidharta Gautama antes de convertirse en Buda. También incluye a dirigentes y administradores.

Kumarajiva: Misionero de Asia Central que en el siglo IV d.C. ayudó con sus traducciones a difundir el budismo en China.

Kushinagara: Lugar del norte de la India donde murió, tendido de lado y en paz, Gautama Buda, a los ochenta años de edad. Su muerte es llamada *paranirvana* (entrada en el *nirvana* final).

Lama: En el budismo tibetano, "maestro".

Lhasa: Ciudad sagrada del budismo tibetano, donde está enclavado el palacio de Potala, gran centro espiritual de los gelupkas y lugar de peregrinación.

Mantras y mandalas: Ayudas espirituales que utilizan los budistas tibetanos para alcanzar la iluminación. Los *mantras* son frases sagradas y los *mandalas*, diagramas. Muchos han llamado al budismo tibetano Mantrayama o camino del Mantra.

Mara: Personaje maligno, personificación del cambio, la muerte y el mal, que tentó a Buda, pero no consiguió evitar su iluminación.

Marga: Según la Cuarta Verdad Noble, camino para llegar al *nirvana*. Lo configura la Noble Senda Óctuple, que a su vez está basada en tres consideraciones: conducta ética (*sila*), disciplina mental (*samadhi*) y sabiduría (*prajna*).

Metta: Literalmente, "amistad", es para los budistas uno de los cuatro estados elevados de la conciencia, junto con la compasión, la alegría y la ecuanimidad. A la *metta* se puede llegar bajo un estado de meditación profundo y buscando la armonía con las personas que nos rodean.

Nichiren: Congregación que practica una mezcla de budismo Mahayana y nacionalismo nipón.

Nikkyo Niwano: Fundador y líder del movimiento Rissho Kosei Kai. Antes de seguir su vocación religiosa era un humilde lechero.

Nirodha: Según la Tercera Verdad Noble, "final", es decir, momento en que puede llegarse a superar el sufrimiento y alcanzar, a través del Marga, el *nirvana*.

Padmasambhava: Pionero del budismo en el Tíbet. Después de viajar por todo el Himalaya, fundó el monasterio de Samye en el año 775 d.C.

Patimokkha: Conjunto de reglas de convivencia que se leen diariamente en voz alta en los monasterios theravada.

Prajnaparamita: Texto fundamental del budismo Mahayana, que contiene el famoso *Sutra del Corazón*.

Sakyapas: Secta del budismo tibetano fundada en el siglo X, que pervive en nuestros días.

Samatha: Técnica budista para meditar y alcanzar la serenidad mental. También se le llama "espera pacífica".

Samsara: Según los budistas, estado de constante cambio y muerte que caracteriza la existencia. El *samsara* consiste en tres cualidades: el sufrimiento (*dhukka*), la no permanencia (*anitya*) y la ausencia de ser y alma eternos que sobreviven a la muerte (*anatman*).

Sanchi: Junto a Bharhut, lugares de la India central donde se hallan las estupas más famosas.

Shakyamuni: Uno de los nombres de Gautama Buda. Significa literalmente "el sabio del clan Shakya".

Shingon: Escuela esotérica y budista fundada por el monje japonés Kukai, ex miembro de la escuela Tendai, con presupuestos de budismo Mahayana y chino.

Shunyata: Literalmente, "vacío". Es un concepto Mahayana, que es el mejor modo de describir la realidad última.

Soka Gakkai: Nuevo movimiento religioso de inspiración budista. Es el mayor del Japón y sigue las enseñanzas de Nichiren, un monje del siglo XVII, aunque la congregación fue fundada en 1930.

Sutra del Diamante: Texto fundamental del budismo Mahayana. Muy seguido en Japón, aporta el concepto de que la realidad de cada día es una ilusión.

Sutra del Loto: Texto fundamental del budismo Mahayana. Afirma que todos los senderos hacia la iluminación son buenos, lo cual sienta las bases de las teorías más abiertas del Mahayana.

Sutra Pitaka: Literalmente, "cesta de discursos". Se aplica al conjunto de enseñanzas orales del budismo.

Tanha: Literalmente, "sed", que es lo que según la Segunda Verdad Noble lleva al sufrimiento o *dhukka*.

Tanka: Pintura tibetana sobre tela. Suelen representar símbolos de Buda o fragmentos de sus enseñanzas.

Tendai: Escuela del budismo Mahayana que se basa en las enseñanzas del *Sutra del Loto*. Nació en China y pasó rápidamente a Japón en el siglo IX.

Thich Nhat Hahn: Monje vietnamita, representante del budismo zen; habló al mundo del sufrimiento de su pueblo y fundó la Compañía Budista por la Paz.

Tierra Pura: Modalidad del budismo Mahayana que se inició en China y se ha desarrollado especialmente en Japón. Su fe se basa en el *mantra Namu Amida Butsu*, veneración de "Amida Buda", y en la idea de que es posible renacer en un paraíso ("Tierra Pura") presidido por el *Iluminado*.

Tissa Mogaliputta: Monje mayor que, enviado por el emperador budista Asoka, organizó nueve misiones, la más famosa de las cuales fue la de Sri Lanka.

Triratna: Las Tres Joyas que forman la base de las creencias budistas. La primera de ellas es Buda, la segunda es el *dharma* y la tercera el *sangha*. Buda es el médico, el *dharma* el remedio y el *sangha* la enfermera que administra el remedio.

Tsunesaburo Makiguchi: Maestro de escuela nipón, fundador de Soka Gakkai. Consideraba que el *Sutra del Loto* era la personificación suprema y final de la verdad budista.

Ushnisha: Protuberancia en forma de turbante que las esculturas de Buda suelen tener en la frente y que es símbolo de sabiduría.

Vinaya Pitaka: Literalmente, "Cesta de reglas disciplinarias". Es el complemento a los *Sutra Pitaka* y se estableció en Vesali, cien años después de la muerte de Buda.

Vipassana: Técnica budista para mejorar la percepción de la realidad.

Las tres variantes principales del budismo

Localización geográfica

Budismo Theravada: Sri Lanka, Birmania, Tailandia

Budismo Mahayana: Tíbet, China, Japón, Corea

Budismo zen: Japón, Vietnam

Nombre tradicional

Budismo Theravada: Doctrina de los mayores

Budismo Mahayana: Gran Camino

Budismo zen: Meditación (*zen*, en japonés)

Ideal de vida

Budismo Theravada: Monástica, estricta y austera

Budismo Mahayana: Monástica o laica, pero de acuerdo con el *dharma*

Budismo zen: Monástica, creativa (artes) y meditativa

Ideal de santidad

Budismo Theravada: *Arhat* ("uno que merece la pena")

Budismo Mahayana: *Bodhisattva* ("el ser iluminado")

Budismo zen: Similar al Mahayana

Leyes internas

Budismo Theravada: Los Diez Preceptos que llevan a la comunión con el *sangha* y a la iluminación

Budismo Mahayana: Seguir los muchos senderos válidos para la iluminación propia y de los demás

Budismo zen: Meditación, trabajo cotidiano e introspección.

Las religiones de Oriente

Situada entre la India con el budismo y el hinduismo, y el ecléctico Japón, China ha desarrollado una tradición religiosa propia que adapta las distintas influencias a sus características sociopolíticas, que son únicas. La religión popular ha coexistido con las oficiales desde los primeros tiempos imperiales. Estos cultos locales (de los que el más conocido fue el de la Nube Blanca) se basaban en el culto a dioses concretos -a menudo espíritus de personas carismáticas del lugar- y han sobrevivido a las formas oficiales impuestas por el Estado. Estas han sido cambiantes a lo largo de los siglos: el taoísmo, el confucianismo y hasta un período budista, pero siempre han respondido a las necesidades del régimen imperial. Buda, Lao-tsé y Confucio han sido utilizados indirectamente por los emperadores para legitimar su poder y ejercer un férreo control ideológico sobre sus

millones de súbditos. La llegada del comunismo suprimió la religión de los actos oficiales, pero no consiguió erradicar sus costumbres entre el pueblo.

El Tao

Una religión de antihéroes

Las creencias del taoísmo

El Tao y la medicina natural

Una religión de antihéroes

El secreto de la felicidad reside en vivir con naturalidad, sin intentar distinguirse de los demás y renunciando a cambiar radicalmente los destinos del mundo.

Tao significa "camino". El Tao es el camino a través del cual los individuos recorren una vida de moderación y evitan cualquier exceso.

El inspirador del taoísmo fue el filósofo chino Lao-tsé, que vivió hacia el 600 a.C. Dejó una obra compuesta por sentencias breves y crípticas, abiertas, por tanto, a diversas interpretaciones. Para él la noción del Tao es esencial; no puede ser nombrado, pero es la fuente de todo lo que existe y el principio inmutable que subyace al universo. El secreto de la vida es vivir de acuerdo con el Tao. Es el camino llano y espontáneo que deben seguir los gobernantes y los gobernados, de modo que unos y otros puedan regirse a sí mismos y a los demás y vivir en armonía con la naturaleza.

Contemporáneo de Confucio, le separaron de él profundas divergencias doctrinales.

El Tao gira alrededor de dos ejes primordiales: *Tao-chia*, que desarrolla la idea política según la cual un gobernante sabio dirige a su pueblo a través de la sabiduría y no de la fuerza, y *Tao-chiao*, que promueve una visión mística del mundo según la cual los individuos pueden liberarse de las pasiones y las ambiciones, y descubrir la liberación en un estrato espiritual que culmina en la inmortalidad.

Los dos textos clásicos del taoísmo son el *Tao-te-Ching* y el *Chuang-tzu*. Enseñan que a través de la armonía de las fuerzas del *yin* y el *yang* (interior-exterior, femenino-masculino, mente-cuerpo), una persona puede alcanzar un estado mental que le aleje de la buena o la mala fortuna sin necesidad de que sea consciente de ello.

La recompensa del Tao es una larga vida y la inmortalidad, entendida ésta de dos maneras: la vida eterna en un cuerpo transformado, y, en un sentido más simbólico -y a la vez más literal-, la liberación espiritual que existe más allá del tiempo.

El Tao enseña que para progresar en la virtud es necesario practicar el procedimiento de la "inactividad activa" (*wu-wei*), es decir, la incansable búsqueda de la perfección con la superación pacífica, constante y serena de la imperfección. Se trata de no luchar contra el flujo de las energías universales, sino de moverse con ellas y aprovecharlas para progresar en una existencia equilibrada, como el marinero que, en provecho de su ruta, recoge hábilmente el viento en las velas de su barca.

Las creencias del taoísmo

Los taoístas creen que una energía pone en marcha el universo. Dicha energía está presente en todos los elementos de la naturaleza y en los seres humanos.

El crecimiento armonioso de esta energía vital (con el equilibrio entre el *yin* y el *yang*) es la clave para una vida larga y feliz. La falta de equilibrio entre el *yin* y el *yang* puede causar numerosas enfermedades, que sólo podrán curarse cuando se haya restablecido el equilibrio perdido.

Para comprender la doctrina taoísta de la armonía personal, es necesario tener en cuenta el permanente antagonismo entre el confucianismo y el taoísmo. El confucianismo parte de la educación individual y presta una atención especial a las virtudes del hombre: la justicia, el amor al prójimo, la relación interpersonal y las formas de cortesía; en cambio, el taoísmo trata de educar a la sociedad desde sus cimientos y de un modo global, de modo que a los ojos del taoísmo aquellas virtudes del confucianismo no pasan de ser actitudes más o menos superficiales, e incluso hipócritas, destinadas al engaño mutuo en el seno de una sociedad íntimamente egoísta.

El taoísmo es un sistema filosófico surgido de la contemplación de la evolución ordenada del cosmos, y no tiene nada que ver con la cultura y la filosofía chinas, basadas siempre en las tradiciones. El confucianismo, al poner el énfasis en la organización del estado ideal, se enfrenta al taoísmo, más preocupado por el desarrollo personal e individual. Algunos taoístas interpretan el concepto de inmortalidad como literalmente pretenden alcanzarla, para lo cual incorporan elementos de la alquimia, la adivinación y la magia junto con los poderes equilibrantes del *yin* y el *yang*.

El Tao y la medicina natural

El taoísmo afirma que nada es inamovible. La vida es un flujo constante y la humanidad se añade a este flujo.

En el taoísmo se advierte una gran influencia de los principios en los que se basa la medicina natural china. El cuerpo es un escenario natural, atravesado por invisibles canales de energía vital que controlan las funciones corporales. En determinados puntos a lo largo de estos canales, existen una especie de diques o compuertas que permiten interrumpir o controlar la energía para poder restablecer la correcta combinación del *yin* y del *yang*. Es en estos puntos donde los maestros de la acupuntura, por ejemplo, insertan finas agujas para tratar las diversas dolencias. Existen "mapas" con la ubicación exacta de estos puntos y canales de energía para facilitar la práctica de terapias naturales.

El taoísmo, con sus estudios sobre los misterios biológicos del cuerpo, los ejercicios que ha puesto en práctica y los conocimientos que ha desarrollado sobre cuestiones psicósomáticas y fisiológicas, ha realizado importantes contribuciones a la ciencia tradicional y moderna.

El confucianismo

Confucio, maestro y sabio

La doctrina de Confucio

Principios básicos del confucianismo

Confucio y los seguidores de la virtud

Confucio, maestro y sabio

El confucianismo se caracteriza por utilizar la cultura como un medio para promover los sentimientos humanos y mantener la integridad y el bienestar de los individuos.

Confucio, que vivió aproximadamente entre el 550 y el 479 a.C., es una de las grandes figuras de la historia del pensamiento humano, un pionero de la pedagogía, crítico social e investigador de la política. Se consagró al estudio de las antiguas tradiciones y de los ritos y tratados religiosos contenidos en los *Cánones* o *King*, y se propuso recuperar las antiguas normas de buenas costumbres morales, sociales y de convivencia.

La recopilación de sus *Conversaciones*, que supone la existencia de una fuente escrita básica, es un amplio abanico de consejos referidos a los asuntos humanos, desde el gobierno de las naciones y la dirección de empresas, hasta el trato social, las relaciones entre amigos y de familia, y el autoconocimiento.

La doctrina de Confucio

Confucio atisbó un orden social conducido por sensibilidades razonables, humanas y justas, no por las acciones arbitrarias de gobernantes entronizados de forma hereditaria, y advirtió las consecuencias sociales si los hombres que ostentan el poder obran sólo en beneficio propio, pasando por encima de la piedad y de la justicia.

Creía en la regeneración de las conciencias pública y privada mediante la educación y la influencia de ideales culturales unificados. La educación en su conjunto constituía el valor general del individuo y de los grupos en los cuales éste se integra de forma activa: la familia, la comunidad y la nación. Su objetivo era la restauración de un gobierno justo y la revivificación de la sociedad a través del cultivo de las virtudes de la persona. Pensaba el maestro que la eficacia de un planteamiento como el que él proponía residía en el ejemplo personal; por ello, la clase gobernante debía cultivar las virtudes de la persona ejemplar.

Para ello, elaboró las herramientas necesarias para que el desarrollo humano fuera más asequible mediante la transmisión de la historia y de la cultura a todos los individuos, incluso a los más desheredados, y no sólo a aquellos que tuvieran acceso a las mismas por su pertenencia a una clase social privilegiada.

Confucio no fue un preceptor dogmático, sino que por lo general sus enseñanzas básicas fueron bastante diáfanas para poder generar nuevas interpretaciones a través del tiempo, por lo que diferentes culturas y sociedades pudieron, a lo largo de la historia, aplicar su mensaje a las realidades de los tiempos cambiantes y en los lugares más distantes.

A ello se debe tanto la presencia durante siglos de sus ideas en las variantes del neoconfucianismo, como su influencia posterior en culturas ajenas a China: el *I-King* se ha convertido en un *best-seller* en el mundo occidental.

Principios básicos del confucianismo

Confucio afirmaba que las virtudes fundamentales del noble son tres: la bondad, que produce alegría y paz interior; la ciencia, que disipa todas las dudas; y la valentía, que ahuyenta todo temor. El pecado original es inconcebible para Confucio, para quien el hombre se encuentra inmerso en un orden meramente natural.

La verdad (es decir, el principio verdadero y racional que se halla en el interior de todos los hombres y en todos por igual) es el camino del cielo, y el principal deber del hombre consiste en meditar sobre ella y descubrirla en todo su contenido y significado. Existe un solo medio para ser sinceros y veraces en todo: alcanzar la virtud, porque sin virtud no existe veracidad ni sinceridad verdadera. Es decir, la virtud en el ser humano es natural y fruto de la propia y precisa voluntad de ser virtuoso. Esto puede conseguirse por medio de

la corrección en el trato fraterno, entre otras actitudes y cualidades que son connaturales al hombre.

El confucianismo afirma que no basta con cumplir con los deberes personales y familiares, porque cuando alguien puede ser útil en el desempeño de un cargo público, falta a su deber si se aleja de la política.

Respecto a su vertiente religiosa, debe advertirse que el confucianismo sólo se desarrolló y expuso como una doctrina religiosa mucho tiempo después de la muerte de Confucio y, al parecer, por intereses creados y prescindiendo de la auténtica obra del maestro.

Confucio no fundó en realidad una nueva religión, sino que fue un estudioso, crítico y reformador político, aunque, claro está, no se dedicó a predicar una moral atea. En resumen, podría decirse que el confucianismo es una doctrina en la que se reconoce a un Supremo Señor (al que se da el nombre de Schng-li), pero como religión carece de ideales y de espiritualidad, en el sentido en que entienden ambos conceptos las demás religiones. Además, esta impropriamente llamada "religión" rechaza explícitamente la petición de favores y milagros al filósofo divinizado, lo cual resulta sorprendente, hablando de religiones, ya que la gran mayoría con el tiempo proceden a divinizar a sus fundadores y, en sus plegarias, se incluyen sistemáticamente diversas fórmulas impetratorias.

Pese a su influencia en muchas actitudes religiosas, el confucianismo debe considerarse más bien una doctrina ética; y pese a que en ella se tenga en cuenta la existencia de un principio regulador del universo y de un ser supremo, los conceptos básicos de la doctrina son esencialmente referentes al ser humano y a cómo debe relacionarse con sus semejantes. Confucio fue mucho más un humanista que un místico.

Confucio y los seguidores de la virtud

Para Confucio, la virtud esencial es una fuerza interior innata en el hombre, a la que llamó *ren*. El *ren* presenta un aspecto negativo, representado por la máxima "No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti", y un aspecto positivo, representado por la máxima inversa: "Haz a los demás lo que te gustaría que te hicieran a ti".

"No hacer" significa pasividad, y en términos chinos, una actitud negativa.

"Hacer" significa actividad, una actitud positiva.

El *ren* no tiene un contenido definible al modo occidental, sino que forma parte de la persona, es una fuerza propia y natural de cada uno que le impulsa en la dirección adecuada para el correcto desarrollo y aprovechamiento de la propia vida. Siempre se entiende de un modo positivo y loable, es decir, el *ren* o es bueno o no se tiene; el *ren* malo no existe.

Una persona que tiene *ren* significa que está capacitada para actuar del mejor modo posible según sus propias potencias morales e intelectuales, siempre y cuando escuche su propia conciencia.

La influencia religiosa de Confucio

La armonía entre los pueblos

De Mencio a los jesuitas

El neoconfucianismo

Ideas, textos y autores del confucianismo y del neoconfucianismo

La armonía entre los pueblos

La influencia de Confucio en la religiosidad posterior sorprende si se tiene en cuenta que él no era un profeta ni un místico. Se consideraba más bien un caballero civilizado y su búsqueda de una sociedad armoniosa y ordenada se basó más en criterios sociales y éticos que en principios religiosos.

Aunque no restaba importancia al culto de los antepasados y creía en el cielo, Confucio evitó siempre la especulación religiosa. Sus enseñanzas eran muy pedagógicas y en ellas estaba excluido el sentido del humor. Por tanto, era más un sabio amable que un gurú o un santón. Durante su vida, no lo siguieron muchos discípulos, pero los tres siglos posteriores a su muerte vieron el desarrollo del confucianismo como un sistema de valores filosóficos, éticos, sociales y -aunque no fuera su intención- religiosos.

De Mencio a los jesuitas

El seguidor más importante de la doctrina de Confucio fue Mencio, que vivió dos siglos más tarde que el maestro. Mencio se centró en la parte más moral de la doctrina confuciana y elaboró una teoría basada en la metáfora de que las semillas del bien existen en todo ser humano, pero deben ser regadas para que crezcan. Otro confucianista, Xun Zi, basándose en la doctrina de Confucio, llegó a conclusiones opuestas a las de Mencio: puesto que la gente no es innatamente buena, se han de prevenir -siguiendo los libros confucianistas- las conductas malvadas para evitarlas.

La tradición humanista inaugurada por Confucio en China sufrió períodos de silencio coincidiendo con las dinastías autoritarias y las grandes guerras. Pero la paz que siguió al siglo II a.C. estableció las condiciones idóneas para que el confucianismo se convirtiera poco a poco en la doctrina oficial del estado. Esta doctrina perduró tantos siglos que sólo la llegada del comunismo consiguió acabar con ella.

Casi mil años más tarde de la muerte de Confucio, los jesuitas establecieron misiones en China. Estos cultos clérigos se plantearon, antes de empezar a cristianizar a los chinos, la posible compatibilidad de la doctrina confuciana con los dogmas católicos. La conclusión positiva fue rápida: no sólo lo era, sino que Confucio fue llamado el "Aristóteles chino" y como había hecho santo Tomás con el filósofo griego, procedieron a la cristianización de las ideas del sabio chino. A partir del trabajo del padre Matteo Ricci (1552-1610), Confucio fue estudiado en Occidente y ello explica que nos haya llegado la versión occidentalizada de su nombre: tanto Confucio como Mencio son latinizaciones de los nombres Kong Fuzi y Mengzi y son las denominaciones que se han popularizado.

El neoconfucianismo

Sin embargo, quinientos años antes de que llegasen los cristianos, las ideas de Confucio ya habían dado lugar en el imperio chino a varias reelaboraciones que los historiadores han llamado neoconfucianismo.

Fue durante la dinastía Song (siglos X-XIII) cuando los estudiosos empezaron a establecer una tradición confuciana que se caracterizaba por contrastarla con pensamientos de mayor raigambre religiosa, como el taoísmo o el budismo. No obstante, la distinción no siempre fue precisa; el pensador del siglo IV Mouzi ofrece una clara visión al respecto: "Los sutras dicen que todos los seres sintientes pertenecen a Buda, así que le honro: pero ¿por qué debería rechazar el camino de los sabios confucianistas? El oro y el jade no se dañan el uno al otro". El confucianismo rara vez ha sido excluyente.

Las dos escuelas confucianas que surgieron de esta perspectiva en los siglos siguientes fueron la del Principio y la de la Mente. La escuela del Principio, liderada por Chu XI en el siglo XII, aboga por la importancia del estudio intelectual. Por el contrario, la escuela de la Mente, fundada por Wang Yangming en el siglo XV, se basa en el valor de la intuición. Pero detengámonos un poco más en ellas.

Chu XI basa su sistema en que todo el universo se fundamenta en un elemento material adornado por un principio subyacente llamado *Li*. Asimismo, pensaba que era necesario estudiar los antiguos textos (especialmente los de Confucio) para alcanzar la sabiduría, cuya posesión otorga al ser humano un estado de plenitud. Chu XI superó las ideas algo retrógradas de los fundadores -cien años antes- de la escuela del Principio, Cheng Hao y Cheng Yi.

Wang Yangming, con su escuela de la Mente, ofreció un camino menos académico y elitista a quien quisiera acceder a la sabiduría. Sus dos vías principales eran la meditación y la reflexión moral. Sus ideas triunfaron en un primer momento, pero tras la invasión manchú del siglo XVII la reacción típica de los tiempos de guerra acabó con la visión idealista de Wang y fue sustituida por otra más conservadora y basada estrictamente en los textos clásicos.

Sin entrar en consideraciones doctrinales profundas, es fácil comparar, por un lado, la divergencia confucianista entre la escuela de la Mente y la del Principio, por un lado, y el budismo Mahayana y Theravada, por otro. La escuela de la Mente y el Mahayana son abiertos y reformistas, mientras que la escuela del Principio y el Theravada se caracterizan por su concepción elitista y cerrada.

Hasta el fin del imperio, ya entrado el siglo XX, el confucianismo y el neoconfucianismo tuvieron tal importancia en la estructura ideológica, política y social de China que su tradición era cumplida en ritos palaciegos y de estado, cuyo más famoso exponente son los complicados exámenes de temática confuciana que los aspirantes a cargos públicos debían superar.

Cuando en 1949 el partido comunista de Mao Zedong declaró al gobierno chino ateo, el budismo y el taoísmo perdieron su importancia, aunque algunas asociaciones internas del propio partido consiguieron integrar algunas de sus costumbres en el sistema revolucionario. Bajo Mao, también el confucianismo cayó en desgracia (pese a que se reconoció la importancia de Confucio como educador histórico de la nación), pero a su muerte Deng Xiaoping recuperó cuando menos al personaje: a mediados de la década de 1980 se empezaron a celebrar tímidamente ceremonias en honor de Confucio.

Curiosamente, tras la revolución comunista en China, las tradiciones confucianas han tenido una clara continuación en la sociedad y el gobierno del país vecino, Corea.

Ideas, textos y autores del confucianismo y del neoconfucianismo

Canon confuciano: Extensa colección formada por cinco textos (llamados los Cinco Clásicos) de índole diversa. Confucio los compiló, pero también incluyó ideas propias. Pretendía que los interesados pudieran hallar en ellos un reflejo de la edad de oro de China, para utilizarlos como modelo social, político, ideológico y religioso.

Chong Yong: Literalmente, "doctrina del significado". Es un libro cuya autoría se atribuye al nieto de Confucio. Versa sobre las relaciones entre la naturaleza humana y el orden moral del universo.

Chu XI: Máximo exponente de la neoconfuciana escuela del Principio. Vivió en el siglo XII y su pensamiento se basa en la existencia del *Li* como principio del universo y en la capacidad de alcanzar la sabiduría.

Chun Qiu: El último de los Cinco Clásicos. Es una crónica de Lu, lugar de origen de Confucio. También se denomina *Anales de primavera y verano*, y es considerado por su compilador como un paradigma del desarrollo histórico.

Daxue: Atribuido a Zeng Chen, discípulo de Confucio. Su título significa "gran aprendizaje" y forma parte de la colección *Li-Ki* de rituales. Su tema es la relación entre el desarrollo espiritual y la mejora social.

Edicto sagrado: Texto de inspiración confuciana redactado en 1670, que pretende extender las normas de conducta del emperador a todos los súbditos.

Han: Período de la historia de China comprendido entre los siglos II a.C. y II d.C., en el que se empezó a aplicar por primera vez el canon confuciano en la administración pública. Un funcionario no era aceptado si no cumplía estrictamente determinados principios de la doctrina de Confucio. Las siguientes dinastías, Tang y Song, también lo aplicaron.

I-King: También conocido como *I Ying*, *I-Ching* o *Libro de las mutaciones*. Es el más conocido de los Cinco Clásicos. Planteado como un libro de adivinación, sus partes más importantes son las filosóficas, y su autoría se atribuye a Confucio. Podrían haber sido completadas algunos siglos más tarde.

Ju-chia: Literalmente, "escuela de los literatos". Es uno de los nombres dados al confucianismo.

Kowtow: Reverencia que practican los confucianos y que es un gesto de respeto hacia un semejante. La más practicada es la que se hace delante de la autoridad paterna. El respeto filial estaba claramente recogido como norma en el Edicto sagrado.

Li-Ki: Uno de los Cinco Clásicos. Reúne una serie de escritos sobre los rituales y sus distintas características, por lo que es conocido también como *Registro de ritos*.

Lunyu: También llamado *Analectas*, es el libro que contiene los dichos de Confucio y fue el más consultado desde la muerte del maestro.

Memorias históricas de Suma-chien: Documento histórico del siglo I a.C. del que se han extraído la mayor parte de los datos para elaborar la biografía de Confucio.

Mengzi: También llamado Mencio. Aunque vivió doscientos años después de la muerte del maestro, es el discípulo más aventajado de Confucio. *Mengzi* es también el título de un libro que contiene los dichos de este autor y que ha ejercido gran influencia en el confucianismo posterior.

Movimiento de vida nueva: Organización de filiación confuciana con que el régimen del Kuomintang intentó hacer frente en la década de 1930 a la creciente influencia de las teorías marxistas sobre la política y la sociedad china.

Relaciones sociales: Según Confucio, hay cinco tipos de relaciones entre los miembros de la sociedad, que sirven de paradigma para todas las demás: soberano-súbdito, padre-hijo, hermano mayor-hermano menor, marido-mujer y amigo-amigo. Ninguna de estas relaciones es paritaria (incluso la última contempla que el amigo mayor está por encima del más joven), lo cual da una imagen jerárquica del pensamiento social confuciano. No obstante, Confucio reconoce que no todo es inmutable y la persona que hace méritos para estar por encima de los demás lo estará sin que importe su estatus previo.

Ricci, Matteo: Sacerdote jesuita italiano del siglo XVI. Ejerció con éxito su ministerio en la China imperial y sus escritos dieron a conocer a Confucio y Mencio en Europa.

Shi Ying: También llamado *Libro de las Odas*, es una recopilación de poemas de origen popular y cortesano. Confucio los ponía como ejemplo de la sociedad ideal en la que se suponía habían sido escritos trescientos años atrás.

Shu Ying: Uno de los Cinco Clásicos. Está dedicado a la historia y contiene documentos sobre los legendarios gobernantes antiguos que Confucio tomaba como ejemplo de época esplendorosa.

Song: Dinastía del imperio chino durante la cual las ideas de Confucio empezaron a cobrar vigencia y dieron lugar a las dos tendencias contrapuestas que sintetizan el movimiento neoconfuciano: la escuela de la Mente y la escuela del Principio.

Tres enseñanzas: Doctrina expuesta por Lin Chaoen en el siglo XVI para conciliar las ideas del confucianismo, el budismo y el taoísmo.

Wang Bi: Filósofo chino del siglo II d.C. Pese a haberse formado en parte bajo el taoísmo, consideraba que Confucio era más sabio que Lao-tsé, y se aproximaba más a su doctrina del no-ser, llamada Estudio Oscuro.

Wang Yangming: Máximo exponente de la neoconfuciana escuela de la Mente, cuyos presupuestos constituían el camino hacia la sabiduría menos elitista y compleja y concedían gran importancia a la intuición por encima de lo analítico.

Xing: Según Confucio, término identificable con la naturaleza humana. El budismo chino también adoptó el término.

Xunzi: Uno de los más conocidos seguidores de Confucio. Vivió en el siglo III a.C. y su pesimista conclusión sobre la moralidad humana se opone a la de Mencio. Mientras que para Mencio el hombre es bueno por naturaleza, para Xunzi es innatamente malo, por lo que la única solución es aplicar los principios confucianos para controlar las previsibles conductas malvadas de los hombres.

Yuan: Dinastía mongola que gobernó China en los siglos XIII y XIV. Instauró la costumbre de los rígidos exámenes de ingreso para acceder a determinados cargos, cuyo contenido era la doctrina de Confucio, a través de los textos de Chu XI. Este sistema, con algunas modificaciones, se mantuvo vigente en China hasta el siglo XX.

El jainismo

Una religión sin dios creador

Creencias y ritos

Cosmología

Templos e imágenes de culto

Una religión sin dios creador

El término jainismo procede de la palabra "jina", que describe a la persona que ha superado el apego a este mundo y ha ganado la victoria del conocimiento y la iluminación.

El jainismo es una religión y filosofía autóctona de la India (concretamente de la cuenca del río Ganges, al nordeste del país). Su fundador fue Vardhamana Mahavira (599-527 a.C.), aunque su primer mentor fue posiblemente Parsva, personaje que vivió hacia el siglo IX y del que apenas se tienen datos.

Surge como reacción contra el elitismo del sistema de castas hindú y la práctica de sacrificar animales. El jainismo guarda cierta similitud con el pensamiento budista.

Los jainíes consideran que la salvación consiste en conquistar la existencia material a través de la adhesión a una disciplina ascética estricta, liberando así al alma de la obra del *karma* para una bendición eterna que lo conoce todo. La liberación exige la separación de la existencia mundana, de la que una parte esencial es la *ahimsa*, no herir a los seres vivos.

Como uno de los dogmas centrales del jainismo, esta política se desarrolló a partir de la creencia de que, puesto que en la reencarnación una persona podía volver a la vida en forma de animal o insecto, ninguna criatura viviente debe ser herida. Para evitar el daño accidental a las criaturas, los jainíes deben llevar mascarillas en la nariz para evitar la inhalación de insectos y barrer bien el suelo que van a pisar. Su dieta es estrictamente vegetariana.

El ideal ascético es fundamental tanto para el jainismo monástico como para el laico, aunque la renuncia definitiva sólo es factible en el primero.

En el camino hacia la iluminación, los monjes y las monjas jainíes pronuncian cinco votos: *ahimsa*, no hacer daño a ninguna forma de vida; *satya*, decir siempre la verdad; *asteya*, no robar; *brahmacharya*, abstinencia sexual; *aparigraha*, renuncia a todas las ataduras y bienes terrenales.

Los votos de la "no violencia" y "no causar daño" son fundamentales en el jainismo. En 1975, los jainíes decidieron adoptar el símbolo de la palma de la mano extendida como signo de paz.

Existen seis profesiones que son tradicionalmente aceptadas por los jainíes: trabajos en la administración pública, escritores, trabajos relacionados con las artes en general, granjeros, comerciantes y artesanos.

Esta religión se dividió en dos sectas: *digambaras*, que renuncian a todo lo terrenal, lo que lleva a creer que los hombres (las mujeres quedan excluidas) deben renunciar a vestirse, y *shvetambaras*, que creen que los monjes y las monjas deben vestir siempre ropas blancas.

Creencias y ritos

Los jainíes no creen en un único dios ni rezan a los dioses para que les ayuden. En su lugar, confían en guías espirituales o *jinas*, que les entrenan en los principios básicos de la doctrina: ascetismo, meditación y autodisciplina.

Un concepto esencial en esta religión es el de *karma* (es distinto del de los hindúes y budistas). Para los jainíes se compone de finas partículas que se adhieren al alma, modelándola de forma gradual y aportándole un peso que la ata a la tierra. Todas las acciones, sean buenas o no, producen cierta materia kármica que se adhiere al alma, pero las malas acciones producen un *karma* más pesado, del que es más difícil liberarse. La liberación de la rueda de renacimientos tiene lugar en dos planos.

Al abandonar la acción, es posible prevenir la aparición de un nuevo *karma*, y mediante la penitencia, centrada en la vida de austeridad, es posible alejar el *karma* ya adquirido. Por eso, la no violencia absoluta y la muerte voluntaria de hambre eran rasgos de la vida del fundador Mahavira y de otros santos jainíes.

Cosmología

La tradición jainí es atea, no existe el concepto de la creación del universo por Dios. Se considera que el cosmos es eterno e indestructible, y en él existen componentes "vivos" y "materiales" en flujo continuo.

Mahavira y otros *tirthankaras* descubrieron la naturaleza del universo, que en sánscrito recibe el nombre de *loka*.

En el universo (*loka*) existen varios cielos y varios infiernos.

En lo más alto del universo viven los *tirthankaras* y otras almas liberadas, y son superiores a los dioses que viven en los cielos debajo de ellos. En la parte central del universo, bajo los cielos, viven los hombres (sujetos a procesos de progreso y declive similares a los de otras religiones indias), los animales y otros seres vivos, sujetos a la ley del renacimiento y el *karma*. Cuando las almas son liberadas, ascienden del centro a la cumbre del universo, donde moran eternamente en bienaventuranza. Debajo de la parte central del universo hay varios infiernos.

A partir de la Edad Media, el *loka* se representa con una figura humana, en cuyo interior aparecen todas las zonas. Estas imágenes sirven como objetos de culto y recuerdan a los jainíes la importancia de realizar acciones que faciliten el renacimiento humano.

Templos e imágenes de culto

Los primitivos textos jainíes no cuentan nada sobre templos ni imágenes. Existen evidencias de devoción y culto que debieron desarrollarse a partir del siglo II a.C., cuyo centro de culto serían las imágenes de los *tirthankaras* o maestros, halladas en unas excavaciones en Mathura, al noroeste de la India.

Los templos son similares a los hindúes, pero tienen un santuario interior donde se encuentra una imagen de cualquiera de los 24 *tirthankaras* que preside la estancia desde un plano superior.

El zoroastrismo

La lucha del bien contra el mal

Elementos religiosos

Evolución

La lucha del bien contra el mal

El zoroastrismo pone el acento en el libre albedrío del hombre para elegir entre el bien y el mal. El hombre tendrá que rendir cuenta de sus actos en el momento de pasar de la vida a la muerte.

El zoroastrismo es una religión fundada por Zoroastro (o Zaratustra), entre los años 700 y 600 antes de nuestra era y desarrollada a partir de sus enseñanzas en lo que ahora es Irán. Zoroastro era un sacerdote muy bien formado, instruido en la tradición religiosa de su pueblo.

En una primera fase, la religión antigua indoiraniana adoraba a las divinidades que guardaban y mantenían el "recto orden", y la estabilidad del universo y de la sociedad. Probablemente, durante el período de sus migraciones hacia el sur desde las estepas de Asia central, alguna de estas tribus se convirtió en ardiente devota de divinidades cuyas cualidades reflejaban mejor su propia edad heroica y aventurera, especialmente el belicoso y amoral Indra.

Zoroastro rechazó el culto a tales "dioses", a los que consideraba perversos, y restringía el culto a los morales Ahuras, como Ahura Mazda, Mitra y los Amesha Spentas.

Elementos religiosos

El zoroastrismo entiende el mundo como un escenario de guerra, limitado en el espacio y en el tiempo, en el que los poderes del bien y del mal pueden luchar hasta el fin. El destino de una persona depende de su elección entre el bien y el mal. La recompensa, según la elección, es el cielo o el infierno, "la casa de la vergüenza", un lugar de tormento. El zoroastrismo es una religión optimista.

Todas las criaturas y fenómenos del mundo, con excepción de los humanos, fueron creados por Ahura Mazda o por su maligno oponente, Angra Mainyu, y, por tanto, no se les puede ayudar a ser buenos o malos. Los elementos de la creación buena (como el fuego, el agua, la tierra, las plantas útiles, los animales benéficos y las personas justas) merecen reverencia. Los hombres son las únicas criaturas capaces de elección moral, y a cada individuo se le exige elegir en favor de Ahura Mazda, colaborando con ello a la derrota definitiva de Angra Mainyu.

Después de la muerte, el alma será juzgada en el puente Chinvat y enviada al cielo (temporalmente), al infierno o al purgatorio, en función del equilibrio entre sus buenos y malos pensamientos, sus palabras y las obras que haya realizado en la tierra.

Evolución

El zoroastrismo se desarrolló primero en Irán oriental, llegando a imponerse en las regiones occidentales gracias a la subida al poder de la dinastía aqueménida (559-323 a.C.). En este período se convirtió en la religión de un gran imperio, desarrollada como respuesta a las demandas de una fe imperial.

La victoria de Alejandro Magno (conocido por la tradición zoroástrica como "el Maldito") provocó el fin de la era aqueménida, y propició el contacto de Irán con el pensamiento y la cultura helenística. Sin embargo, esta influencia fue superficial a causa de las hondas raíces en la cultura irania.

Más tarde, la dinastía sasánida (226-mediados del siglo VII d.C.), que se consideraba a sí misma como la defensora de la ortodoxia zoroástrica, intentó borrar de la fe todo rastro de influencia griega. Cuando los sasánidas fueron derrotados a su vez por los ejércitos musulmanes, el zoroastrismo empezó a quedar reducido a una religión marginal.

Las comunidades, en creciente disminución, no podían sostener la formación sacerdotal en interés propio, y el saber zoroástrico lo acusó. Enfrentados a esta amenaza, los sacerdotes pusieron por escrito todo lo que pudieron de sus tradiciones durante los siglos IX y X.

En el siglo X, un grupo de zoroastras se trasladó desde el noreste de Irán hacia la India, donde se les conocía con el nombre de *parsis* (persas).

Bajo el gobierno británico los *parsis* se convirtieron en una comunidad muy próspera, mantuvieron un estrecho contacto con la cultura occidental y tuvieron que responder a sus desafíos. Ejerció una notable influencia en el judaísmo y el cristianismo.

Bajo la dinastía Pahlevi (1926-1979), la posición social de los zoroastras iraníes experimentó una sensible mejoría. En la actualidad, el número de miembros de la comunidad *parsi* está disminuyendo de manera considerable, debido en gran parte a las emigraciones y a los matrimonios mixtos, mientras que el de zoroastras iraníes ha crecido de forma espectacular desde la revolución islámica, hasta el punto de haber tenido representantes en la asamblea (parlamento) de Irán.

El sijismo

La religión de los gurús

La vida como sij

Lugares sagrados: Amritsar y el Templo Dorado

Algunos datos sobre las religiones asiáticas

Hinduismo

Jainismo

Sijismo

Confucianismo

Taoísmo

Budismo Theravada

Budismo Mahayana

Islam

Zoroastrismo

La religión de los gurús

El objetivo de la tradición sij es propagar la armonía religiosa, trabajar por la paz, y ofrecer liberación espiritual a todo el mundo.

El sijismo es una religión fundada por el gurú Nanak (1469-1539) en el Punjab, al norte de la India, y combina elementos del hinduismo y el islam. Nanak presentaba que en estas dos religiones la verdad sobre Dios estaba oscurecida por el ritual, y propugnó que era más fácil acercarse a Dios mediante la meditación y la devoción individual que a través de ceremonias y rituales religiosos.

Se denomina religión de los gurús. Dios es el verdadero gurú, y su palabra divina ha llegado a la humanidad a través de los diez gurús históricos.

Los sijs creen en un Dios o "verdadero maestro" llamado Satguru, creador del mundo y de todas las cosas que hay en él, aunque ese Dios no sea visible en la creación. Por tanto, la voluntad de Dios ha de darse a conocer a través de hombres santos y sabios o "gurús". El concepto de gurú ha sido importante para los sijs en dos sentidos: representa la voz interior que guía y, a la vez, es la presencia de Dios. El espíritu y el título de gurú fueron heredados por nueve gurús consecutivos, que fueron sucedidos por el *Adi Granth* o libro sagrado de la religión sij. Representa a la autoridad suprema en la tradición sij. Recoge las obras de los gurús y, aunque no es humano, se le venera como tal. Comúnmente es conocido como *Gurú Granth Sahib*, y revela la verdad sobre Dios, el Ser primigenio, que ha sido verdadero desde toda la eternidad.

Los principales motivos que impulsaron su fundación son el deseo de estar más cerca de Dios y de la voluntad divina y el convencimiento de que el amor a Dios es imposible sin amar a todos los hombres (de ahí la necesidad de ser amable con los vecinos y compartir los frutos de las cosechas). Los individuos se rigen por el *karma* o *karam*, la ley moral sobre la causa y el efecto, y para obtener el renacimiento o la purificación deben pasar por cinco niveles.

En la doctrina sij existen dos emblemas especialmente populares y significativos. El primero es un símbolo de Dios, *Ik Oankar*, que combina el número "1" con la letra "O" de la palabra "*Oankar*". Se encuentra en la estrella del *Mul Mantra*, uno de los más importantes poemas sij, y significa la unidad de Dios. El segundo es la *khalsa*, que es un símbolo del sijismo. En el centro de este emblema hay una espada de doble filo, que está colocada en medio de un círculo en forma de aro de acero, a cada uno de cuyos lados hay una daga ceremonial sij (*kirpan*). La espada de doble filo simboliza el ideal sij del santo

guerrero; el círculo representa la unidad de Dios y la humanidad, y las dos dagas ceremoniales aluden al equilibrio de los poderes temporal y espiritual. Este emblema, llamado *khanda*, se lleva en los vestidos, en las banderas de los templos sij y en el palanquín en el que se guarda el *Gurú Granth Sahib*.

La vida como sij

Por lo que respecta a la apariencia física, se aprecian los siguientes rasgos distintivos: el uso del turbante y los símbolos de las cinco *K* (como rasgos de observación en la disciplina de todo sij). El sij iniciado en la *khalsa* o comunidad debe llevar dichos símbolos en su atuendo; los no iniciados también pueden llevarlos como señales externas de pertenencia al grupo.

A continuación, se describe el significado de las cinco *K*. *Kesh*. Se debe mantener el cabello sin cortar (no sólo se refiere al pelo de la cabeza, sino al de todo el cuerpo). *Kirpan*. Espada corta o daga que simboliza la resistencia al diablo. *Kara*. Ajuera o brazalete de acero que se lleva en la muñeca derecha; no es ornamental sino funcional y plana. Simboliza la fe en Dios. *Kangha*. Peine que se lleva en el pelo para sujetar el moño y simboliza la higiene personal. El turbante que cubre el peine y el moño no es una de las cinco *K*, pero se ha convertido en un emblema de santidad sij. *Kachh*. Pantalón corto que se lleva como prenda exterior o interior (como parte de la vestimenta occidental) y simboliza la pureza.

Simbólicamente, las cinco *K* representan motivaciones para la disponibilidad inmediata en un tiempo de incertidumbre y peligro; funcionalmente, son distintivos de la identidad sij.

Otras normas de vida son, por ejemplo, no consumir carne de vaca y, si se consume, el animal debe ser sacrificado de acuerdo con la tradición islámica. Asimismo, se prohíbe tomar bebidas alcohólicas, fumar, robar y realizar apuestas.

La tradición sij señala cinco vicios particularmente nocivos: la lujuria o el deseo sexual indebido (infidelidad a la pareja); la ira, o cólera incontrolada; la avaricia, o persecución de los bienes mundanos por sí mismos; apego o adhesión a una persona o cosa de tal modo que impide la unión con Dios; y el egoísmo, la dependencia del yo en lugar de la fe en Dios. Estos cinco vicios conducen a una falta de control y a una espiritualidad imperfecta, mientras que lo que debe perseguirse es la capacidad de vivir en el mundo como un individuo puro, sin que le afecte la "suciedad" o las imperfecciones del entorno. La meta de la vida es vencer el vicio y conocer a Dios.

Respecto a la norma que debe regir en los templos, destaca la colocación del libro sagrado (*Gurú Granth Sahib*) en el centro del templo, a cuyo alrededor se arrodillan los miembros de la congregación, que deben ir descalzos y con la cabeza cubierta. Este libro también desempeña un papel muy importante en las ceremonias familiares (nacimientos, matrimonios, etc.).

Por lo que respecta al culto a los muertos, destaca el hecho de que el cuerpo es preparado por miembros de la familia, y debe llevar las cinco *K*. De acuerdo con la costumbre india, la incineración se realiza el mismo día de la muerte, o al día siguiente cuando el fallecimiento ocurre al final del día. Las cenizas se esparcen en un río cercano. Después se lee a intervalos el *Gurú Granth Sahib* entero. Al final de la lectura (nueve días más tarde) se celebra una ceremonia con toda la familia, que termina con el reparto de comida especial. Fuera de la India las ceremonias pueden adaptarse a las costumbres locales.

Lugares sagrados: Amritsar y el Templo Dorado

La forma sij de entender la vida está íntimamente relacionada con la identidad del Punjab. En esta región se encuentra la ciudad de Amritsar y su Templo Dorado que, a pesar de la

actitud un tanto ambivalente de los sij hacia la peregrinación, se han convertido en lugares de peregrinación para los sij de todo el mundo.

El Templo Dorado, erigido en el centro del estanque sagrado (denominado Estanque de la Inmortalidad), es especialmente sagrado para los sij; bajo su cúpula de oro y cobre se guarda el libro sagrado de los sij, el *Adi Granth*.

La ciudad de Amritsar fue el centro del imperio sij en el siglo XIX, y hoy lo es del moderno nacionalismo sij.

El asalto al Templo Dorado por soldados indios durante su ocupación por radicales sij fue una de las causas del asesinato, en 1984, de Indira Gandhi por sus guardaespaldas sij.

Algunos datos sobre las religiones asiáticas

Hinduismo

Origen: A partir del brahmanismo, en el siglo IX

Distribución geográfica: India, Pakistán, Bangladesh, Bután, Malasia y Reino Unido (migración)

Situación actual: Religión oficial de la India

Jainismo

Origen: Fundada por Nataputta en el siglo VI a.C.

Distribución geográfica: Maharashtra y Rajastán (oeste de la India)

Situación actual: 3 millones de seguidores en la India

Sijismo

Origen: Fundada por Nanak en el siglo XVI

Distribución geográfica: 12 millones de seguidores en el Punjab; 4 millones en otras zonas

Situación actual: Activo en el Punjab, donde reivindica independencia político-religiosa

Confucianismo

Origen: A partir de las enseñanzas de Confucio (siglo V a.C.)

Distribución geográfica: China imperial (hasta la revolución)

Situación actual: Vivo aunque semisilenciado por el régimen comunista

Taoísmo

Origen: A partir de las enseñanzas de Lao-tsé (siglo V a.C.)

Distribución geográfica: China imperial (hasta la revolución)

Situación actual: Vivo aunque semisilenciado por el régimen comunista

Budismo Theravada

Origen: 100 años después de la muerte de Buda se separa del Mahayana

Distribución geográfica: Camboya, Birmania, Sri Lanka, Tailandia, Laos

Situación actual: Vigencia en Tailandia, Sri Lanka y Birmania. Decadencia en Laos y Camboya

Budismo Mahayana

Origen: 100 años después de muerte de Buda se separa del Theravada

Distribución geográfica: Tíbet, Nepal, China, Japón

Situación actual: Gran aceptación en las sociedades de Japón, Tíbet y Nepal. Problemas en China

Islam

Origen: Fundado por Mahoma I en el siglo VI

Distribución geográfica: 800 millones de fieles en Oriente Medio, Pakistán, Indonesia, Singapur, India, Afganistán, etc.

Situación actual: Se mantiene en las zonas citadas, tanto en la opción sunita como la shiíta

Zoroastrismo

Origen: A partir del mazdeísmo de Zoroastro, en 1400 a.C

Distribución geográfica: De Persia pasó a la India en un flujo migratorio de los parsis

Situación actual: Practicado por cien mil parsis al oeste de la India.

El sintoísmo

El camino espiritual

Resurgimiento del sintoísmo clásico

Santuarios y culto

Dioses y ritos del sintoísmo

País de contrastes y abiertamente inclinado a adoptar algunos elementos de las culturas foráneas, Japón ha basculado siempre entre su propia religión, el sintoísmo, y las influencias externas.

En japonés, "sintoísmo" significa "el camino de los dioses". Los orígenes del sintoísmo se remontan a la Edad Antigua, cuando todavía era un culto a los fenómenos naturales (las tormentas, las montañas, el Sol, la Luna o los ríos), que los creyentes identificaban con unas deidades llamadas *kami*.

A partir del siglo VI de nuestra era, la religión nacional de Japón empezó a recibir la influencia, a través de China, del taoísmo, el confucianismo y el budismo. Esta última religión, además de condicionar muchos aspectos del culto sintoísta posterior, constituyó una vertiente nueva y propia de las islas, el budismo zen; éste, en las últimas décadas, suscita el interés occidental por la sencillez de sus ritos y el atractivo de sus artes y técnicas de meditación.

El sintoísmo popular, con la influencia extranjera y, a la vez, con el nacionalismo japonés, se convirtió en la religión del Estado y, pese a esta condición, tras la segunda guerra mundial ha mantenido su estatus en la mayoría de japoneses que, aunque no crean en los *kami*, siguen dedicándoles ofrendas.

El camino espiritual

El sintoísmo a menudo se entiende como la "vía" que permite a la sociedad japonesa unirse en valores y actitudes, y en la que los mitos y las prácticas religiosas son elementos unificadores.

El sintoísmo no tiene ni un creador ni una colección de textos religiosos ni un cuerpo fijo o consensuado de doctrina.

La palabra "*shinto*" significa "el camino de los dioses o espíritus". Esta creencia se remonta a una concepción animística del mundo, asociada con el culto tribal de las deidades del clan.

El sintoísmo, o shintoísmo, es una religión primitiva y popular de Japón, llamada así en el siglo VIII para distinguirla del budismo, del que posteriormente incorporó muchos rasgos. Surgió del culto a la naturaleza de las religiones populares, y esto se refleja en ceremonias que invocan a los poderes misteriosos (espíritus o deidades) de la naturaleza (*kami*) para recibir un trato benevolente y protección. La naturaleza está habitada por una cohorte infinita de esas deidades o espíritus, y la vida humana se halla íntimamente vinculada a sus pensamientos y acciones. Por tanto, la religión sintoísta es una combinación de adoración a la naturaleza y culto ancestral, y en la mayoría de casos el mito-naturaleza es inseparable de la naturaleza relativa a la deidad ancestral y de su adoración.

Los mitos fundamentales del sintoísmo japonés están recogidos en el *Kojiki* (escrito en el 712) y el *Nihongi* (escrito en el 720). Describen la creación del cosmos, a partir del caos, en forma oval que después se separó. Durante la subsiguiente época mitológica de los dioses, se formaron el mundo y sus *kamis*. Una sucesión de siete generaciones de divinidades fue el resultado del matrimonio de un *kami Izanagi* masculino y un *kami Izanami* femenino, y juntos crearon el mundo terrestre con el agua, las montañas y otros elementos naturales. En este contexto, la muerte quedaba marginada como mal que obstaculiza la vida y era alejada mediante ritos de purificación. También crearon las islas japonesas como rasgo especial. De *Izanagi* e *Izanami* desciende la diosa solar Amaterasu, que dio origen al linaje imperial de Japón. Los mitos sintoístas fundamentales resumen así el origen divino de Japón, de sus emperadores y de sus súbditos, y realzan el significado de las divinidades o *kamis*, que son la base de la tierra japonesa y de sus habitantes.

Resurgimiento del sintoísmo clásico

En los primeros siglos del primer milenio, antes de la muerte de Jesucristo, el budismo se extendió por todo el Japón y absorbió las creencias locales. De este modo, los "espíritus" fueron considerados como "budas" e incorporados al budismo. Sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del XX, los estudiosos en la materia redescubrieron los textos antiguos y empezó el renacer del sintoísmo clásico. El país miró hacia su pasado mítico para construir una nación fuerte y orgullosa.

Santuarios y culto

Los santuarios sintoístas japoneses son de diferentes tamaños y figuras. En el nivel más bajo están los santuarios de los hogares, que con frecuencia son "estanterías del dios" (*kamidama*), en las que se depositan los *kamis*. Se disponen en las habitaciones de muchas casas y en otros lugares, por ejemplo, las tiendas. En esta misma línea existen santuarios "portátiles" llamados *mikoshi*, que se guardan en los templos y se sacan cuando se realizan procesiones.

Los santuarios sintoístas más grandes suelen contar en su recinto con un arco de entrada o *torii* donde se lavan las manos y se enjuaga la boca, una sala en la que los sacerdotes dirigen el culto y una sala *kami* hacia la que se dirige éste y en la que están colocados los símbolos del *kami*, como una espada o un espejo. Los grandes santuarios, como el dedicado a la diosa Amaterasu en Ise, tienen renombre a nivel nacional.

A medida que el sintoísmo se aproximaba al budismo, los santuarios se vieron influidos por elementos budistas, pero después de la restauración Meiji de 1868, estuvieron controlados por el gobierno japonés. Tras el derrumbamiento de 1945, los santuarios

recuperaron el control. La tradición todavía ocupa un lugar significativo en la vida japonesa.

El culto sinto (o *matsuri*) se practica tanto en el ámbito público (templos) como en el privado y gira en torno a los hechos de la vida cotidiana, la familia o la comunidad. El culto sintoísta se resume en la palabra *matsuri* (festividades). El *matsuri* implica servir al *kami* o a la autoridad, lo cual supone una actitud de respeto y obediencia. En público, el *matsuri* se expresa en forma de festividad en la que el *kami* es recibido como un invitado al que se reverencia con actos de agradecimiento.

Existe un ritual muy elaborado para entrar en un templo. El camino hacia un templo sintoísta está marcado por un *torii*. Simbólicamente, separa el lugar sagrado que rodea al templo del mundo exterior profano. A menudo, los *torii* están bastante alejados del templo.

En las proximidades del templo, antes de la entrada, hay un estanque u otro tipo de balsa sobre la que se erige un puente sagrado. Éste, al igual que el *torii*, separa el mundo sagrado del templo del mundo profano exterior. Muchos templos sintoístas eran áreas sagradas a cuyo alrededor se distribuían objetos sagrados, como árboles, estanques o piedras y en la actualidad, en la mayoría de los casos, se han convertido en bosques a lo largo de todo el territorio japonés.

Los templos acogen a uno o más *kamis* o divinidades. Son visitados durante todo el año y especialmente atraen a numerosos seguidores los días festivos. Como acto religioso también destacan las peregrinaciones para pedir algún favor a las deidades.

Dioses y ritos del sintoísmo

Amaterasu: Deidad japonesa femenina que representa al Sol. El emperador de Japón era considerado su descendiente directo. Se la puede identificar con el buda celestial Vairocana.

Ema: Tablilla de madera donde se escriben peticiones y oraciones a los *kami*. Se utilizan en los santuarios sintoístas.

Haiden: Especie de plataforma de los templos sintoístas en la que se presentan las ofrendas a los *kami*.

Hatsumode: Celebración sintoísta de Año Nuevo.

Hinamatsuri: Celebración sintoísta conocida como el Día de los Jóvenes. Se celebra en marzo.

Honden: Edificio central de los templos sintoístas, en el que se encuentra el objeto sagrado que se venera en el lugar, objeto que suele simbolizar a un *kami*. De pie ante el *honden*, los fieles depositan monedas o arroz envuelto en un papel en la caja de las ofrendas.

Inari: Deidad o *kami* sintoísta que simboliza el arroz. Es la más venerada en los templos, aunque ahora se le considera patrón de los negocios en general, no tan sólo de los agrícolas.

Ise: Santuario sintoísta al que los fieles han acudido en peregrinación durante siglos. Tales peregrinaciones tenían mucho de fiesta profana, como lo prueba la fama de que gozaban las tabernas y burdeles de Ise.

Kami: Nombre con que se designa a las innumerables deidades que pueblan la naturaleza. En este culto está la base del sintoísmo popular.

Kasuga: Nombre que se da a los santuarios sintoístas de cierta importancia.

Konkokyo: Rama del sintoísmo fundada en 1859 por Bunjiro Kawate, tras varias revelaciones divinas. Este movimiento difiere del sintoísmo por afirmar la existencia de un mediador (en concreto el propio Kawate) entre Dios (Konko) y la humanidad. Tiene medio millón de seguidores.

Meiji: Imperio japonés del siglo XIX en el que el ritual sintoísta se convirtió en una imposición estatal.

Michizane, Sugawara: Sabio del siglo X d.C. En muchos altares sintoístas es venerado como un *kami*.

Omotokyo: También conocida como "el Gran Origen", es una secta del sintoísmo fundada por una mujer llamada Nao Deguchi, que provenía de las filas del movimiento konkokyo. Su pacifismo le ha causado problemas con los diversos gobiernos de Japón y cierta afinidad con algunas organizaciones cristianas. Su doctrina se basa en el principio panteísta de que todas las criaturas están animadas por el alma de Dios.

Ritos de estado: Tradición del imperio Meiji que ha perdurado e incluye una serie de celebraciones nacionales basadas en ritos sintoístas: el Día de la Cultura, el Día de los Adultos, los Festivales de la Agricultura, el Día de la Fundación del Estado y el discutido Cumpleaños del Emperador.

Sakaki: Árbol endémico de Japón, cuyas ramas son utilizadas en las ofrendas sintoístas.

Seicho no ie: Conocida también como "Casa del Crecimiento", es una rama del sintoísmo fundada en 1893 por un antiguo miembro de Omotokyo llamado Masaharu Taniguchi. Su mensaje entre nacionalista japonés y *new age* ha atraído a muchos seguidores a lo largo del siglo XX, contando en la actualidad con tres millones de fieles.

Sekai kyuseyko: Secta del sintoísmo fundada en 1934 por Mokichi Okada, antiguo fiel de Omotokyo, que basa su actividad en las curaciones, a medio camino entre las prácticas rituales y la medicina tradicional, llamadas *jorei*. Su millón de seguidores se encuentra en Japón y algunos otros países, como Tailandia y Brasil.

Sekai mahikari bunmei kyodan: Rama del sintoísmo fundada en 1959 por Yoshikazu Okada. Se basa en el *okiyome*, un ritual curativo para iniciados que consigue expulsar, a través de la Luz Verdadera, a los espíritus de vidas anteriores, que son los que causan la enfermedad. Creen, por tanto, en la reencarnación e incorporan conceptos del budismo y de la Biblia.

Shichigochan: Festividad sintoísta del Día de los Niños. Se celebra en noviembre.

Shimenawa: Cuerda gruesa hecha de paja de arroz utilizada en algunos ritos de purificación, llamados *suygo*, que se celebran en cascadas naturales.

Sintoísmo político: Legitimación de los gobernantes japoneses mediante ritos solemnes por sacerdotes. Con la adaptación de algunos aspectos del sintoísmo popular, acabó creando el llamado sintoísmo de estado, que desapareció tras la segunda guerra mundial.

Sintoísmo popular: Corriente tradicional del sintoísmo, basada en el culto a los *kami* y en diversas formas de religiosidad personal que difieren ligeramente según la región.

Tamashiro: Altar portátil donde se coloca a los muertos en los ritos funerarios sintoístas, en los cuales el difunto es considerado un *kami* más.

Torii: Puerta ceremonial de los templos sintoístas. Su forma suele tener connotaciones simbólicas y recuerda a la caligrafía japonesa. Su función es establecer la división entre el mundo terrenal y ordinario y el recinto sagrado.

Yasukuni: Altar sintoísta de Tokio en el que se ha rendido y rinde culto a los muertos por la patria. Es un centro con una clara connotación militar.

La religión imperial japonesa

Un origen divino del imperio

La mitología, base de la nación japonesa

La divina línea imperial japonesa

Período de las Dos Cortes.

Un origen divino del imperio

Los japoneses siempre fueron susceptibles a las fuerzas impresionantes de la naturaleza, sensibles a los diversos aspectos de la vida humana y siempre estuvieron dispuestos a aceptar las influencias extranjeras.

Los rasgos naturales y el clima de la tierra habitada por un pueblo ejercen una gran influencia sobre su actividad formadora de mitos. Pero la manera como reaccionan ante estas condiciones externas está determinada por su temperamento, el conjunto de ideas tradicionales y las influencias ajenas a las que han estado expuestos.

La mitología, base de la nación japonesa

Los mitos cosmológicos son los cimientos de la tierra y la cultura japonesas, y también de la familia que gobernaba el imperio. Las antiguas leyendas sobre el origen y la llegada de los primeros habitantes a su morada actual también alimentaban el mismo origen. El resultado de una batalla pacificadora entre los primeros habitantes y los enviados de los dioses, que debían anular el caos reinante entre los nativos y actuaron como conquistadores, fue que los enviados celestiales se instalaron en la región de Yamato, que se convirtió en la sede de la residencia imperial hasta finales del siglo VII. El clan principal de japoneses, representados por los descendientes de esos conquistadores, se denomina desde entonces Yamato. Los Yamato siempre han creído que descendieron del cielo y rinden culto a la diosa solar como antecesora de la familia reinante, si no de todo el pueblo. También procuraron imbuir esta creencia en el pueblo subyugado, y en parte lograron impresionarlo con ésta y otras ideas asociadas. Estas leyendas y creencias, junto con las prácticas religiosas, formaron la religión original del clan Yamato, conocida como sintoísmo.

En el siglo VIII se había atribuido origen divino a la familia imperial japonesa; se creía que el emperador descendía de la diosa solar, y con el tiempo este argumento se convirtió en la base del sintoísmo estatal y de la lealtad y obediencia al emperador.

En 1868, durante el período de la restauración Meiji, los altares sintoístas fueron purificados, es decir, se liberaron de las influencias budistas y se impuso el sistema de estado sintoísta. Las escuelas enseñaban que la familia imperial era de origen divino y se insistía en la total sumisión a la voluntad del emperador.

Se abogaba por una estructura nacional basada en el culto al emperador, por la que la nación japonesa se consideraba que era querida por los dioses y que el emperador japonés era, en cierto sentido, el gobernador del universo.

Por tanto, la línea de emperadores japoneses es considerada la continuación de los *kami*, y como tal no puede ser rota. Irónicamente, Hirohito renunció a la divinidad de los emperadores japoneses en 1945, al final de la segunda guerra mundial, pero aun así la línea

imperial japonesa todavía goza de gran respeto, aunque ya no se le rinde culto. Antes de eso, el emperador era a la vez gobernador y sumo sacerdote de la nación, y la actitud de reverencia a su persona se vio fortalecida por las tradiciones confucianas de lealtad y jerarquía.

La divina línea imperial japonesa

En Japón, el emperador fue considerado como descendiente directo de la divinidad Sol, Amaterasu, hasta que Hirohito, con la proclamación imperial de 1946, renunció a este tratamiento. La rígida genealogía histórica de los emperadores dioses se inicia en el año 539 coincidiendo con la introducción del budismo coreano en Japón. Los emperadores anteriores son puramente legendarios o su dinastía no está históricamente comprobada.

539-571 Kimmei
573-585 Bidatsu
585-587 Yomei
587-592 Sushun
592-628 Suiko
629-641 Jomei
642-645 Kogyoku
645-654 Kotuko
655-661 Saimei
662-671 Tenji
671-672 Kobun
673-686 Temmu
686-697 Jito
697-707 Mommu
707-715 Gemmei
715-724 Gensho
724-749 Shomu
749-758 Koken
758-764 Junnin
764-770 Shotoku
770-781 Konin
781-806 Kammu
806-809 Heizei
809-823 Saga
823-833 Junna
833-850 Nimmyo
850-858 Montoku
858-876 Seiwa
876-884 Yozei

884-887 Koko
887-897 Uda
897-930 Daigo
930-946 Suzaku
946-967 Murakami
967-969 Reizei
969-984 Enyu
984-986 Kazan
986-1011 Ichijo
1011-1016 Sanjo
1016-1036 Go-Ichijo
1036-1045 Go-Suzako
1045-1068 Go-Reizei
1068-1072 Go-Sanyo
1072-1086 Shirakawa
1086-1107 Horikawa
1107-1123 Toba
1123-1141 Sutoku
1141-1155 Konoe
1155-1158 Goshirakawa
1158-1165 Nijo
1165-1168 Rokujo
1168-1180 Takakura
1180-1183 Antoku
1183-1198 Go-Toba
1198-1210 Tsuchimikado
1210-1221 Juntoku
1221 Chukyo
1221-1232 Goshirakawa
1232-1242 Shijo
1242-1246 Go-Saga
1246-1259 Go-Fukakusa
1259-1274 Kameyama
1274-1287 Go-Uda
1287-1298 Fushimi
1298-1301 Go-Fushimi
1301-1308 Go-Nijo

1308-1318 Hanazono

1318-1331 Go Daigo

Período de las Dos Cortes.

1331-1339 Go Daigo

1339-1368 Go-Murakami

1368-1383 Chokei

1383-1393 Go-Kameyama

1331-1333 Kogon

1336-1348 Komyo

1348-1351 Sujo

1352-1371 Go-Kogon

1371-1382 Go-Enyu

1382-1392 Go-Komatsu

1392-1412 Go-Komatsu

1412-1428 Shoko

1428-1464 Go-Hanazono

1464-1500 Go-Tsuchimikado

1500-1526 Go-Kashiwabara

1526-1557 Go-Nara

1557-1586 Ogimachi

1586-1611 Go-Yozei

1611-1629 Go-Mizunoo

1629-1643 Meisho

1643-1654 Go-Komyo

1654-1663 Go-Sai

1663-1687 Reigen

1687-1709 Higashiyama

1709-1735 Nakamikado

1735-1747 Sakuramachi

1747-1762 Momozono

1762-1770 Go-Sakuramachi

1770-1779 Go-Momozono

1779-1817 Kokaku

1817-1846 Ninko

1846-1866 Komei

1867-1912 Meiji

1912-1926 Taisho

1926-1989 Hirohito

Las religiones monoteístas

La aparición del monoteísmo

Las tres religiones monoteístas, judaísmo, cristianismo e islam, tienen cerca de 2.500 millones de creyentes, es decir, la mitad del género humano.

Existe entre las tres un claro nexo histórico y una limpia línea de continuidad doctrinal.

En el orden cronológico, el primer pueblo en profesar una religión monoteísta ha sido Israel. En un primer momento, con Abraham (hacia el siglo XIX a.C.), tal vez sólo tuvo la forma de monolatría. En la época de Moisés (hacia el siglo XIII a.C.), era ya un claro monoteísmo, cada vez más acentuado, acrisolado y purificado de contaminaciones politeístas gracias a las enseñanzas de los profetas (a partir del siglo IX a.C.). El mensaje cristiano de Jesús se declara heredero directo de esta fe monoteísta. En cuanto al islam, el *Corán* manifiesta en repetidas ocasiones que su doctrina sobre la divinidad es simple continuación de las doctrinas monoteístas de los judíos y cristianos.

La idea central común a estas tres grandes religiones es la afirmación de que hay un solo Dios, un solo Ser supremo, expresada en la declaración solemne: "No hay dios fuera de Dios"; "No hay otro Dios sino Alá".

De esta fe en un solo Dios se deriva el principio básico: hay un solo Creador. No existen dos principios creadores, el Bueno, origen de la luz y de las realidades positivas, y el Malo, del que procederían las tinieblas y las cualidades negativas.

Este Dios bueno es el Creador del género humano. Esta fe implica consecuencias de radical trascendencia para el código ético y las pautas de conducta de los creyentes: en cuanto creados por el único Dios, todos los hombres son esencialmente iguales. Las religiones monoteístas rechazan el racismo. No hay razas superiores, no hay hombres inferiores, todos son hermanos. La vida de cada hombre es sagrada en su misma raíz, porque todos proceden del único Dios creador.

La aparición del monoteísmo

Por qué caminos ha llegado la humanidad al concepto del monoteísmo, es decir, a la idea de la existencia de un Dios único, cuya esencia se sitúa infinitamente por encima de todos los seres de la creación?

Se dan diversas respuestas a esta pregunta. Los antropólogos han descubierto en prácticamente todas las culturas primitivas la creencia en fuerzas o poderes invisibles, ocultos tras las realidades visibles, que se manifiestan, entre otras cosas, a través de los fenómenos de la naturaleza. Estas fuerzas pueden intervenir en la vida de los hombres. Es, por tanto, preciso aplacarlos para evitar sus castigos y dirigirles súplicas para obtener sus bendiciones (totemismo, fetichismo, animismo, politeísmo). La psicología explicaría el origen de esta creencia como lógica consecuencia de la estructura del hombre, ser finito dotado de necesidades infinitas, que diviniza cualquier cosa que parezca satisfacer sus necesidades.

En un segundo paso, la historia de las religiones descubre en las altas culturas de la antigüedad múltiples intentos de organizar este universo de seres supraterranos, jerarquizarlos, fijar sus características específicas, establecer sus ámbitos de competencias y determinar sus relaciones mutuas.

Se da un tercer paso, definitivo, en esta comprensión de la divinidad cuando las altas culturas de talante racional llegan, a través del análisis lógico, a la conclusión de que en el origen de todas las cosas creadas y finitas debe haber necesariamente -si se quiere evitar el

absurdo de una cadena de eslabones infinitos sin principio ni fin- un único primer principio increado e infinito, al que se aplica el nombre de Dios. El Dios de los filósofos de Pascal.

Existe una segunda hipótesis de signo contrario. Según ella, el proceso conceptual habría recorrido el camino inverso. En los primitivos grupos humanos habría imperado al principio la adoración de un solo ser supremo que sólo más adelante habría degenerado en las creencias fetichistas, animistas y politeístas. Aunque ambas teorías gozan de la misma probabilidad teórica, los testimonios de la etnología y la arqueología apoyan más la primera de ellas.

No todos los sistemas de pensamiento comparten esta especie de ascensión conceptual de la mente a Dios. Para muchos pensadores, sobre todo en el tramo de la cultura europea que se inicia con la Ilustración, la noción de Dios es una simple proyección de la mente humana, tras la que no se oculta ninguna realidad objetiva.

Para las tres grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam) la respuesta es de un signo totalmente diferente: el monoteísmo llega hasta los hombres en virtud de una revelación expresa de Dios, que tuvo lugar en un lugar y un momento concretos de la historia y tuvo como destinatario un hombre concreto: el patriarca Abraham. Este Dios no es un ser abstracto, no es un concepto. Es una persona viviente, que mantiene relaciones personales vitales con todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra a través de los tiempos. El monoteísmo no es, pues, producto de la razón. Es don de la fe a través de una comunicación personal con Dios.

Debe, de todas formas, consignarse que en las tres grandes religiones monoteístas ha habido siempre filósofos de enorme capacidad intelectual (Averroes, Maimónides, Tomás de Aquino) que han desarrollado magníficos esquemas intelectuales con el propósito de tender puentes de unión y armonización entre los contenidos de la fe y las conquistas de la razón.

El nacimiento de una religión monoteísta en Israel

Los primeros monoteístas

El Génesis como aproximación religiosa

Héroes, patriarcas longevos, diluvios y torres malditas

El paso definitivo hacia el monoteísmo

El libro del Génesis

El plan de Dios

Abraham e Isaac

Isaac y Jacob

José y sus hermanos

Israel emerge en el horizonte histórico sobre un fondo que apenas conocemos. Se autoproclama descendiente del patriarca Abraham, cuya tenaz memoria oral ha retenido el dato de que formaba parte de los grupos arameos o amorreos que se desplazaban, de acampada en acampada, al frente de sus rebaños de cabras, ovejas y camellos, por la llanura mesopotámica, de manera similar a los actuales beduinos seminómadas.

Aquel confuso conglomerado humano se diferenciaba claramente de todos los pueblos de su entorno: los hebreos adoraban a un solo Dios y se consideraban el pueblo predilecto de este Dios, llamado Yahvé. Entendían sus relaciones con la divinidad en términos de alianza o pacto: el pueblo de Israel se compromete a adorar en exclusiva a Yahvé y, a cambio, éste se compromete a darles la posesión perpetua de un país fértil "que mana leche y miel": la

tierra prometida. El título de propiedad del pueblo de Israel es, por lo tanto, de "derecho divino". Mientras cumplan su parte del pacto, ningún poder terreno está legitimado para despojarles de esta tierra. Sólo puede hacerlo Dios, como castigo por el incumplimiento de las cláusulas pactadas.

Tal vez tras el obstinado aferramiento de la actual población hebrea a su tierra se perciba una pulsión ancestral inextinguible, que considera la posesión de Palestina como señal de que cuentan con la complacencia divina.

Los primeros monoteístas

Desde los tiempos en que Noé recibió el encargo de salvar a una pareja de cada especie del diluvio que Yahvé envió sobre la tierra como castigo por la impiedad de los hombres, hasta el momento en que Moisés liberó a los israelitas y los llevó a la tierra prometida, muchos personajes pueblan la historia religiosa de Israel.

Algunos de ellos desempeñan cometidos determinantes en varios pasajes del Antiguo Testamento: es el caso de Abraham, Isaac, Terah, Onán o Sem. Las creencias hebreas evolucionan hasta llegar a la ley mosaica y, posteriormente, a la fundación, con David, de un verdadero Estado judío. Un Estado que, una vez destruido, dará lugar a la diáspora durante siglos.

Como sabemos, el judaísmo fue la primera religión claramente monoteísta. El islamismo y el cristianismo también lo son, pero hay que tener en cuenta que gran parte de su doctrina procede de las Escrituras hebreas. Así, desde que los judíos formaron un pueblo y, tras dejar atrás unos comienzos de monolatría, centraron su fe en un único Dios. Ya en el Deuteronomio se habla de un Dios único y creador del universo, que ha de ser adorado. En muchos pasajes del Génesis también se nos da la idea de los judíos como pueblo elegido: en el capítulo 17, versículo 7 Yahvé habla:

"Y estableceré mi pacto entre Mí y entre ti, y entre tu posteridad después de ti en la serie de sus generaciones con alianza sempiterna; para ser yo el Dios tuyo y de la posteridad tuya después de ti."

Ya antes de que a Moisés le fueran entregadas las tablas de la ley, el pueblo judío tenía unas reglas de comportamiento ético. Creían que todos los seres humanos habían sido creados con la inclinación para hacer el bien (*yetzer-a-tov*) y la inclinación para hacer el mal (*yetzer-a-ra*), y los códigos morales están encaminados a conseguir que triunfe el primero sobre el segundo.

El Génesis como aproximación religiosa

Los acontecimientos que narra la *Biblia* y que preceden a Abraham (la creación, la torre de Babel, el diluvio) tienen un valor mítico e incluso fabuloso, pero no un peso específico en la religión judía. De hecho, los once primeros capítulos del Génesis fueron escritos bastante después que otros textos del Pentateuco. A partir de cierto momento, los hebreos parecen olvidar cuestiones cosmogónicas y mitos sobre los orígenes (por otra parte tan típicos de otras religiones surgidas en Mesopotamia) y se centran más en su relación con Dios, en este caso Yahvé.

Por otra parte, la concepción del origen del universo que se ofrece en los primeros capítulos del Génesis es bastante distinta de la que nos da, por ejemplo, el *Enuma elish* mesopotámico. Yahvé (en algunas fuentes llamado Elohím) crea el mundo a partir de la palabra, por etapas, pero no hay en ese proceso ningún concepto antagónico. Es decir, no hay un caos o un agua primordial de la que Dios extraiga violentamente la tierra, como el caso de la mitología babilónica: no hay combate cosmogónico como el que se libra entre Marduk y Tiamat: Yahvé va creando todo sin más. Es cierto que se habla de un océano

primordial (en hebreo *Tehom*), pero éste no está personificado (Tiamat, en la mitología mesopotámica) en una deidad que se oponga al creador.

Héroes, patriarcas longevos, diluvios y torres malditas

La parte de la *Biblia* que habla de los descendientes de Adán y Eva, hasta llegar a Noé, está llena de detalles fabulosos, fácilmente relacionables con mitologías como la griega. Set, Henoc y Matusalén son hombres que viven más de ochocientos años. Algunos de ellos, según ciertos pasajes, son fruto de relaciones de seres celestes (ángeles caídos) con mujeres terrenales: engendran una especie de héroes, de semidioses similares al griego Heracles. Esto se corresponde con la visión estrictamente monoteísta del judaísmo.

Estas uniones entre ángeles caídos e hijas de mortales molestaron a Dios, por lo que decidió limitar la edad del hombre a ciento veinte años.

Varios de los mitos previos a Abraham parecen tener referentes en leyendas de otras culturas. El diluvio bíblico, de cuya acción mortal sólo se salvaron Noé, su esposa y sus hijos (Sem, Cam y Jafet), tiene muchos puntos en común con el poema de creación babilónico *Enuma elish*. Y el episodio de la torre de Babel, en que la soberbia hace a los hombres tratar de alcanzar el cielo, es muy similar a mitos de culturas tan diversas como la babilónica o las creencias de las religiones no andinas de Sudamérica. En ellas se habla de héroes, personajes legendarios, reyes o chamanes que tratan de alcanzar el cielo con ayuda de un árbol, una cuerda o una lanza.

Para los hebreos, la historia sagrada adquiere un claro valor ejemplarizante a partir de Abraham, pero la estructura y la función mitológica de los capítulos anteriores de la *Biblia* sientan también unas bases culturales y religiosas. Éstas serán completadas en la doctrina judía (y más tarde, en parte, la cristiana y la islámica) durante la época de los patriarcas: Abraham, su hijo Isaac, su nieto Jacob y José, que establecerán una tradición llamada por algunos autores "culto al Dios del padre".

El paso definitivo hacia el monoteísmo

El primer gran patriarca del judaísmo vivió hacia el año 1900 antes de nuestra era y, como sabemos, se llamaba Abraham; viajó con su familia, dejando la ciudad de Ur, en Mesopotamia, con la esperanza de encontrar una tierra fértil para los pastores que le seguían. Su viaje tuvo una importancia religiosa capital: dejando de lado los ídolos tan comunes en aquella época, estableció una alianza con Yahvé, que se mantendría en todos sus descendientes y culminaría siglos más tarde con la llegada a Canaán (la tierra prometida por Dios para premiar la fe de su pueblo) de Moisés y los israelitas.

El corpus teórico del judaísmo lo aportará Moisés con el Pentateuco o Torá (los cinco primeros libros de la *Biblia*), pero el paso decisivo hacia el monoteísmo lo había dado Abraham.

Todas estas tradiciones marcarán la diferenciación religioso-cultural del pueblo hebreo y serán continuadas durante siglos: pensemos que el judaísmo es una de las pocas religiones anteriores a Jesucristo que han mantenido su doctrina prácticamente inamovible a través del tiempo.

El libro del Génesis

El primer libro de la *Biblia* (el *Génesis*) habla de los orígenes. En primer lugar explica la "prehistoria" de la humanidad, aunque desde una óptica religiosa en la que prevalecen los relatos de sabor mitológico y las genealogías que de alguna manera sitúan el panorama "histórico" de los pueblos que progresivamente se separan entre sí y se alejan de Dios. La creación, el paraíso, el árbol de la vida y del conocimiento, el pecado como pretensión

humana de igualar a Dios, la muerte de Abel a manos de su hermano, el diluvio y la torre de Babel desembocan en una larguísima tabla genealógica que, pretendiendo comprender a "todos los pueblos", en realidad incide particularmente en los pueblos semitas.

La segunda parte -la más importante y extensa- relata el nacimiento del pueblo de Israel. Se trata de un relato que avanza por etapas sucesivas hasta llegar a su objetivo: Jacob con sus hijos entrando en Egipto, donde los descendientes se convertirán en un pueblo numeroso.

El plan de Dios

El *Génesis* habla de un Dios que crea a los hombres y que pacta después con ellos un reconocimiento como único Dios verdadero; para ello, se vale primero de Noé, y después de Abraham y de sus descendientes. Dios les guardará de los peligros y los conducirá a Egipto, desde donde se convertirán en un pueblo numeroso y cohesionado.

El *Génesis* constituye un conjunto de narraciones sobre los patriarcas, a través de las cuales se percibe la intensificación de la proximidad entre Dios y el hombre. Prevalecen las tradiciones familiares, muchas de ellas centradas en lugares concretos, casi siempre santuarios locales. Estas narraciones pueden considerarse agrupadas alrededor de tres personajes principales distribuidos en tres bloques: Abraham e Isaac (capítulos 12 a 25), Isaac y Jacob (capítulos 25 a 36), y José y sus hermanos (capítulos 37-50).

Abraham e Isaac

El ciclo de Abraham e Isaac empieza con la invitación que Dios dirige a Abraham para que abandone su tierra y su familia y se encamine al país de Canaán, y termina con la muerte del patriarca.

El punto capital de las narraciones lo constituyen los diversos episodios que aseguran a Abraham que gozará de una descendencia numerosa, que poseerá el país en el que vive como nómada y que él será para los pueblos una fuente de bendición. Estos anuncios se ven confirmados por unas promesas en forma de juramento o de pacto, cuyo signo entre los humanos será la circuncisión de Abraham y de todos sus descendientes.

Todo ello mezclado con una crónica familiar constituida por tradiciones y leyendas que nos pintan un entorno indómito y unas costumbres de nómadas primitivos entre las que no faltan matanzas, raptos, sodomía, prostitución, incesto, engaños, trazas de sacrificios humanos y la permanente idolatría contra la que Moisés luchó denodadamente y que todavía denunciaban los profetas.

Isaac y Jacob

En el ciclo de Isaac y de Jacob, el primero no tiene un protagonismo propio excepto en los pasajes en los que Dios le renueva las promesas realizadas a Abraham y hace que sea respetado por sus vecinos. El protagonista real es Jacob, y aquí toman relieve dos hechos dramáticos: Jacob, futuro padre del pueblo de Israel, suplanta a su hermano Esaú; y, emigrado al país de los arameos y casado con dos hijas de su tío Labán, arameo, termina por emanciparse de éste. En ambos casos la protección divina salva al futuro pueblo de Israel: Esaú se separa definitivamente de su hermano y Labán regresa al país de los arameos después de haber fijado la frontera que protegerá a los descendientes de Jacob. El punto central de la narración es el retorno de Jacob sumamente rico y con un gran número de hijos. Su prosperidad y la protección divina se fundamentan en una visión en el santuario de Betel y en una extraña lucha nocturna de Jacob contra Dios mismo en el santuario de Peniel: allí recibe el nombre de Israel.

Aquí de nuevo, raptos, venganzas e incestos se entretajan en la narración de las promesas divinas.

José y sus hermanos

La narración de José y sus hermanos incorpora elementos de orígenes diversos, pero aun así es una de las más extensas y unitarias de toda la Biblia. Jacob ("Israel") tiene en ella todavía un lugar destacado, pero el protagonismo de José y la intención final de la narración piden una lectura como si de un ciclo independiente se tratara. El argumento narrativo queda interrumpido solamente por la noticia sobre la descendencia de Judá y por el tono poético de las bendiciones de Jacob antes de su muerte.

La intriga de la narración de José está muy bien articulada: Dios ha decidido encumbrar a José hasta la más alta cima del poder y se lo ha revelado en un doble sueño; los hermanos intentan impedirlo y nuevos tropiezos terminan por provocar la desgracia de José. Sin embargo, los mismos infortunios abren el camino para que se cumplan los designios de Dios.

El propio José, al final de su historia, explica el sentido de la narración: su accidentada vida era por completo obra de Dios, quien se había propuesto salvar la vida del numeroso pueblo con el que había pactado la supervivencia y la protección.

Abraham y la evolución hacia el monoteísmo

La manifestación de Dios a través de la razón

El paso racional hacia el monoteísmo

El paso a la fe monoteísta

La manifestación de Dios a través de la razón

Abraham es el prototipo del hombre que confía en Dios y deposita en Él todas sus esperanzas, incluso en las situaciones más desesperadas. Venerado por igual por judíos, cristianos y musulmanes, su noble comportamiento le convierte en uno de los personajes más relevantes de la historia religiosa de la humanidad. Abraham es "el amigo de Dios".

Según los datos proporcionados por la Biblia, Abraham era originario de Ur, en Caldea, antiquísima ciudad situada junto al Éufrates, en Mesopotamia. A juzgar por los nombres propios, las costumbres y la legislación matrimonial a que se atenía el patriarca, se movía en el espacio cultural y político imperante en Mesopotamia en torno a los siglos XX-XIX a.C. Su infancia y juventud transcurrieron en un ambiente politeísta. Su familia adoraba probablemente a la divinidad lunar Sin, que tenía un gran templo en Ur.

En un momento de su vida, y como resultado de un proceso que la *Biblia* interpreta como revelación divina, abandona el politeísmo y empieza a rendir culto a un solo Dios. La revelación incluía la orden de abandonar la patria y la familia y emprender un género de vida absolutamente nuevo, de incesante peregrinación por los amplios espacios de Irak, Siria, Jordania y Palestina, con ocasionales -y peligrosos- desplazamientos a Egipto. En esta nueva vida de "arameo errante", Abraham es el hombre que "cree contra toda esperanza", que se somete inquebrantablemente a los mandatos divinos hasta el punto de estar dispuesto a sacrificar al hijo en que parecía estar depositado el cumplimiento de las promesas de Dios.

El paso racional hacia el monoteísmo

¿Cómo explicar, desde una perspectiva racional, las creencias monoteístas de este errante jeque nómada, en contacto con pueblos mesopotámicos, cananeos y egipcios de cultura netamente superior, pero invadida por un tupido y a veces inextricable universo politeísta?

El *Corán* presenta al patriarca como un hombre reflexivo que, del carácter efímero y caduco de los seres o los fenómenos de la naturaleza que sus contemporáneos consideraban dioses, deduce que son simples criaturas y llega a la conclusión de que existe un único Creador eterno. Se habría dado, pues, en la historia del pensamiento humano, un proceso de ascensión de la mente a Dios, cuyos primeros peldaños serían la creencia en fuerzas o poderes invisibles ocultos tras las realidades visibles (totemismo, fetichismo, animismo).

La psicología explica el origen de tales creencias ancestrales como una consecuencia lógica de la estructura propia del hombre, que es paradójicamente un ser finito dotado de necesidades infinitas, y que diviniza cualquier objeto que parezca ser capaz de satisfacerlas.

En un segundo paso, la razón intenta introducir el orden en este caos multiforme de seres sobrenaturales, definir sus características específicas, delimitar sus ámbitos de competencias y fijar sus relaciones mutuas a través de parentescos y genealogías divinas (politeísmo). El tercer paso, definitivo, se da cuando las especulaciones de talante racional llevan, a través del análisis lógico, a la conclusión de que en el origen de todas las cosas creadas y finitas debe haber necesariamente -si se quiere evitar el absurdo de una cadena de eslabones infinitos sin principio ni fin- un único primer principio increado e infinito, al que se aplica el nombre de Dios. Sería el Dios de la filosofía de Pascal.

En la historia del pensamiento este estadio coincide en el tiempo con los grandes sistemas conceptuales de la filosofía griega, a partir del siglo IV a.C. aproximadamente. Este dato de la evolución de las ideas acentúa aún más la sorprendente fe monoteísta de Abraham, que habría alcanzado este nivel conceptual, y siguiendo el mismo razonamiento, casi con 1 500 años de antelación y en climas culturales absolutamente inhóspitos para este tipo de reflexiones.

El paso a la fe monoteísta

Para la religión judía y, como consecuencia de ella, para el cristianismo, la explicación es completamente distinta: Abraham alcanza el monoteísmo en virtud de una revelación expresa de Dios, recibida en un momento concreto y determinado de la historia del hombre.

Este Dios único no es un ser abstracto, no es un concepto, no es una deducción lógica. Al contrario, es una persona viviente, que mantiene relaciones vitales con todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra en todas las partes y a través de todos los tiempos. El monoteísmo no es un producto de la razón que deduce efectos de las causas. Es un don de la fe, recibido a través de una comunicación íntima y personal de Dios.

En cualquier caso, debe señalarse que en las tres grandes religiones monoteístas de la historia, ha habido siempre filósofos de una capacidad intelectual reconocida unánimemente (como Averroes, Maimónides y Tomás de Aquino) y que han desarrollado magníficos esquemas conceptuales, con el propósito de tender puentes de unión y armonización entre la creencia en el Dios único y las conquistas de la razón.

Las genealogías hebreas

La herencia de la promesa
La descendencia de Abraham
Cuadro de las genealogías bíblicas

La herencia de la promesa

Dijo Yahvé a Abraham: "Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia por siempre. Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia" (Génesis, 13,14-17).

Las listas genealógicas bíblicas no son, ni pretenden ser, rigurosos documentos históricos, a modo de registros notariales. Se trata más bien de recursos literarios que se proponen aglutinar en torno a determinados personajes y sus descendientes elementos dispersos de las tradiciones del pasado, o explicar las relaciones y afinidades no sólo de sangre, sino también laborales, comerciales, artesanales, lingüísticas, etc., entre los grupos humanos del entorno étnico, cultural y político de la *Biblia*.

Así, por ejemplo, de Yúbal se dice que es "el padre de todos los flautistas y arpistas"; de Túbal Caín que lo es de "cuantos trabajan el hierro y el cobre", y de Yabal, "de todos los ganaderos". En el caso concreto de los levitas, sus genealogías, cuidadosamente anotadas, sirven para testificar que ejercen legítimamente las funciones sacerdotales y los servicios del Templo. La secuencia genealógica del capítulo 16 del *Libro primero de las Crónicas* incluye, entre los descendientes de Leví, a los cantores del Templo para justificar su actividad en el santuario, aunque su origen más probable no es levítico, sino que se remonta a los grupos corales de músicos profesionales de los santuarios antiguos.

La descendencia de Abraham

Ser descendientes directos de Abraham era para los judíos de capital importancia, porque su inclusión en este árbol genealógico los convertía en herederos y dueños legítimos de la tierra prometida por Dios al patriarca. De ahí la proliferación de listas genealógicas en diversos pasajes bíblicos.

Pero el texto bíblico da a entender que esta descendencia trascendía los aspectos meramente biológicos. En efecto, Abraham tuvo a su primer hijo, Ismael, a los 86 años de edad, y al segundo, Isaac, cuando era centenario y tanto él como su esposa, Sara, habían superado ampliamente la edad de la fertilidad natural. Se trataba, pues, de una paternidad que desbordaba las posibilidades de la realidad física y se inscribía en la esfera de lo sobrenatural.

Tampoco la herencia de la tierra prometida se transmitía según las estrictas normas de la primogenitura. Ismael era el primer hijo de Abraham, pero la promesa pasó al segundo, Isaac. La razón aducida por el apóstol Pablo para justificar este traspaso de los derechos hereditarios de Ismael a Isaac (el primero era hijo de la esclava egipcia Agar y el segundo, de la esposa libre, Sara) es de índole teológica, pero carece de validez jurídica. En el derecho mesopotámico, por el que se regían las relaciones conyugales de Abraham y de sus descendientes inmediatos, la esposa estéril podía adoptar como hijos propios, a todos los efectos, a los tenidos por su marido -con su consentimiento- de una esclava. De hecho, en la historia de Jacob no se establece la más mínima diferencia entre los hijos de esposas libres (Lía y Raquel) y los nacidos de esclavas (Bilhá y Zilpá): todos ellos son, por igual, los fundadores de las doce tribus de Israel.

Estos datos relativizan el valor sacro de la descendencia física y señalan que el elemento fundamental de pertenencia al pueblo elegido no es el aportado por "la carne y la sangre".

No es el rito de la circuncisión, sino la participación en la fe la que convierte a los hombres en "hijos de Abraham y herederos de las promesas". Una de las antepasadas inmediatas del rey David, el auténtico fundador del Estado de Israel, no era hebrea, sino una mujer moabita que abrazó la fe judía. Es esta fe la que hace que Abraham sea el padre de todos los creyentes.

Cuadro de las genealogías bíblicas

Para los hebreos, la descendencia genealógica y la posesión de la tierra eran los dos factores esenciales de garantía de los pactos divinos.

Moisés, el libertador

El cohesionador del pueblo israelita

Moisés, el libertador

La marcha por el desierto

Moisés, el legislador

El Éxodo

Historicidad

Codornices

Maná

Aguas amargas

Nación y religión

Teología del desierto

Simbología del desierto

El cohesionador del pueblo israelita

En la historia de Israel Moisés es el caudillo que libera a su pueblo de la esclavitud de Egipto y le conduce, a través del desierto, a la libertad. Es también el gran legislador, cuyo Decálogo ha sido, durante milenios, uno de los pilares básicos de la ética de la cultura occidental.

El segundo gran capítulo de la historia de Israel gira en torno a la figura de Moisés. A través de su persona y de su obra las tribus hebreas toman conciencia de su unidad como grupo diferenciado de todos los pueblos de su entorno.

Moisés es un nombre netamente egipcio (como Tutmés o Ramsés). Una buena parte de su actividad discurrió en tierras egipcias, casi con entera seguridad en el decurso del siglo XIII a.C.

Durante su juventud, las tribus hebreas asentadas en el país del Nilo atravesaban una época calamitosa. Puede asumirse con probabilidad que sus antepasados nómadas se habían instalado en Egipto en condiciones ventajosas, como integrantes de los contingentes de guerreros semitas hicsos que, apoyados en sus veloces carros, hasta entonces nunca utilizados como arma de guerra, se apoderaron de Egipto en los siglos XVII y XVI a.C. No es, por tanto, sorprendente que, en estas circunstancias, algunos hebreos llegaran a desempeñar altos cargos en las cortes faraónicas de las dinastías semitas XV y XVI (léase la bella historia de José en los capítulos 37-50 del libro del *Génesis*).

Moisés, el libertador

Cuando, a mediados del siglo XVI a.C., una insurrección de la población autóctona expulsó a los hicsos, la situación de los hebreos experimentó un dramático empeoramiento. Los grupos semitas fueron reducidos a la esclavitud y una draconiana legislación, que incluía la orden de matar a

todos los varones hebreos recién nacidos, ponía en peligro de exterminio a corto plazo a toda la estirpe. Ése fue el instante preciso en que Moisés recibió la misión de salvar a su pueblo.

Estaba magníficamente preparado para tan ardua empresa. En su persona confluían tres culturas: la hebrea, asimilada en el seno del hogar; la egipcia, adquirida en la corte del faraón, donde tal vez tuvo noticia de las enseñanzas monoteístas que un siglo antes había difundido el faraón Akenatón, y la nómada de la tribu madianita de los quenitas, con los que convivió largos años ejerciendo el oficio de pastor. Probablemente fue aquí donde, a través de su yerno, el sacerdote Jetró, llegó al conocimiento del nombre de Yahvé, que la *Biblia* describe bajo la forma de una teofanía, en el episodio de la zarza ardiendo (*Éxodo*, 3).

A partir de entonces, Moisés y su pueblo no adoran, como habían hecho sus antepasados, a un ser divino genérico (*elohim*: Dios o Dioses). Yahvé es el nombre de un Dios específico, vivo y personal, del Dios de Israel.

Tras varios enfrentamientos con las autoridades egipcias (las "plagas de Egipto" narradas en el libro del *Éxodo*, 5-12), Moisés consiguió liberar a los hebreos de su humillante esclavitud y conducirlos, a través del mar Rojo, hasta las puertas de la tierra prometida. Fueron para ello precisas largas jornadas por el desierto, en las que sin duda le sirvieron de gran ayuda los conocimientos adquiridos acerca de las rutas, los puntos de agua y los recursos de la estepa, durante sus años de formación como escriba especializado en los asuntos asiáticos.

La marcha por el desierto

La experiencia de aquellos "cuarenta años" de marcha por el desierto ha forjado uno de los rasgos esenciales de la autocomprensión de Israel. En la posterior interpretación profética, la estancia en el desierto fue la época dorada de la fidelidad del pueblo hebreo, cuando las tribus nómadas adoraban exclusivamente a Yahvé, en contraposición a la crasa idolatría surgida en la estela de la opulencia de la vida sedentaria. La austeridad del desierto es, por lo tanto, uno de los ideales de la espiritualidad judía.

Fue así mismo el tiempo en que la presencia de Dios adquirió formas tangibles a través del arca de la alianza, depositada en una tienda situada en el centro del campamento. En ella habitaba Yahvé, sentado entre dos queburines, y desde ella hablaba con Moisés "como un hombre habla con su amigo". Esta presencia divina cobraba también forma palpable en la nube -interpretada como el carro en el que Dios se desplaza- que se ponía delante del pueblo y dirigía su marcha, y en la columna de fuego que alumbraba su camino cuando avanzaban de noche (*Éxodo*, 21-22).

Moisés, el legislador

El desierto fue, ante todo y sobre todo, el grandioso escenario en el que la *Biblia* presenta la promulgación del Decálogo en el monte Sinaí, en medio de un formidable despliegue de las fuerzas de la naturaleza (*Éxodo*, 19 y 20). Es muy probable que durante los años de aprendizaje en las escuelas egipcias el escriba Moisés tuviera conocimiento de las diversas legislaciones (Código de Hammurabi, leyes sumerias, asirias, hititas y, por supuesto, egipcias) por las que se regían las civilizaciones antiguas y que aprovechara algunos elementos para su Decálogo.

La Ley mosaica (la *Torah*) tiene una función muy superior a la de mera fijación escrita de las normas que regulan la convivencia de un grupo humano. Esta Ley es la materialización concreta de las cláusulas que Israel debe cumplir para mantener en vigor su alianza con Yahvé. Su observancia es condición para la existencia misma del pueblo de Israel. De nada sirven los sacrificios si no se cumple la Ley. El culto y los sacrificios pueden cesar -y de hecho han cesado durante milenios. Pero la Ley permanece por siempre y su cumplimiento es exigible en todo tiempo y lugar. Para los cristianos, Jesús no vino a abolir la Ley, sino a darle su perfección y su sentido último y definitivo.

El Éxodo

Según los datos aportados por la *Biblia*, los israelitas que huyeron de Egipto bajo la dirección de Moisés vagaron durante cuarenta años, es decir, durante una generación, por el desierto, antes de asentarse en Palestina. De esta afirmación se desprende que la gran mayoría de los hombres adultos, entre ellos el propio Moisés, que salieron de Egipto murieron durante la travesía, sin poder poner pie en la anhelada tierra prometida.

Historicidad

Sobre los desplazamientos concretos de aquellos contingentes humanos por los amplios espacios esteparios de la península del Sinaí existe muy escasa información documental histórica y geográfica. Muchos de los lugares mencionados en la *Biblia* son hoy de dudosa o imposible identificación. Es incluso probable que se hayan registrado varios éxodos o fugas de grupos de esclavos, prisioneros de guerra y desarraigados que escaparon, por diversas rutas y en diversas épocas, del dominio egipcio. En cualquier caso, el principal de todos ellos fue el dirigido por Moisés. Tal vez en torno a él haya acumulado la *Biblia* recuerdos antiquísimos de migraciones de otros grupos, lo que explicaría la complejidad del relato, las marchas y contramarchas a veces incomprensibles de la masa de fugitivos.

Codornices

Tal vez pueda localizarse a lo largo de este trayecto el episodio de las codornices que, según la *Biblia*, proporcionaron alimento a la masa de caminantes. Estas aves surcan, en efecto, en grandes bandadas, y volando a muy baja altura, las costas de estas regiones durante la época de las migraciones de primavera y otoño.

Maná

En cuanto al maná, que también fue una de las principales fuentes de alimentación del pueblo en su marcha por el desierto, se trata probablemente de las excrecencias de las hojas del tamarisco mannífero producidas por la picadura de la cochinilla. Al caer en tierra, adquieren un aspecto granuloso, a modo de escarcha, de color ambarino y sabor azucarado.

Aguas amargas

Respecto al agua amarga de Mará que Moisés transformó en agua dulce en "el desierto del Sur", son varias las posibles localizaciones.

Nación y religión

La significación de la marcha del pueblo de Israel por el desierto desborda ampliamente los detalles históricos y geográficos y se sitúa en su función de forja de la unidad nacional enucleada en torno a la religión monoteísta yahvista. Fue durante aquel período de peregrinación, y a lo largo de las etapas por el desierto, cuando la masa amorfa de individuos que huyeron, bajo la dirección de Moisés, de la tiranía de los faraones se transformó en un pueblo con conciencia de unidad y de identidad netamente diferenciadas -precisamente por su fe- del resto de las poblaciones de su entorno.

Teología del desierto

La teología israelita posterior idealizó aquella época y la describió como la edad dorada en la que existía la más pura comunicación, sin sombras, entre el pueblo y su Dios. Los profetas de la época del cautiverio de Babilonia pintaban el retorno a la tierra prometida como un nuevo éxodo, grandioso y triunfal. Bajo esta misma imagen del éxodo se espera también la llegada de los días mesiánicos escatológicos del triunfo definitivo de Dios y de su pueblo sobre todos sus enemigos.

Simbología del desierto

El desierto ha pasado a ser, en fin, tanto en la literatura profana como en la religiosa, el gran símbolo de las etapas existenciales de silencio y soledad a través de las cuales las grandes figuras de la historia se han purificado, han comprendido el sentido y la misión de sus vidas y han escalado las más altas cumbres de la autenticidad.

Yahvé y la tierra prometida

El Dios que protege a su pueblo fiel

La geografía palestina

El significado de la posesión de la tierra prometida

La conquista de Palestina

Aproximación cronológica a la historia del judaísmo primitivo. Años a.C.

1400

1300

1200

1100

1000

El Dios que protege a su pueblo fiel

El establecimiento de las tribus hebreas en Palestina es el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham y la prueba palpable de que Yahvé, el Dios de Israel, es fiel y verdadero.

En torno a la época en que las tribus israelitas, bajo la dirección de Moisés, se desplazaban por las grandes extensiones semidesérticas de la península del Sinaí (hacia 1250-1220 a.C.), en las regiones agrícolas del Creciente Fértil, cuna de los grandes imperios de la Antigüedad, se producían dramáticos acontecimientos que ejercerían una influencia decisiva en el destino futuro del pueblo de Israel.

En el siglo XIV se registró una profunda alteración en las relaciones de poder del espacio afroasiático. Coincidiendo con los débiles reinados de los faraones Amenhotep III (1402-1364 a.C.) y Amenhotep IV Akenatón (1364-1347 a.C.), se fueron consolidando en los territorios de la actual Anatolia los hititas, pueblo resultante de la fusión de elementos indoeuropeos llegados a Anatolia hacia el siglo XX a.C. con los habitantes autóctonos de aquellas regiones. Bajo la enérgica jefatura de Suppiluliuma I (1360-1336 a.C.), los hititas iniciaron una lenta y persistente penetración hacia el sur, en un primer momento sin gran resistencia egipcia. Pero con la instauración de una nueva dinastía (la XIX), Ramsés II decidió poner freno a la expansión asiática y recuperar el control de Siria y Canaán.

La decisión tenía sólidas razones estratégicas, geopolíticas y económicas. Esta franja de tierra era paso obligado entre Egipto y Mesopotamia. Por ella discurrían las rutas comerciales que enlazaban el océano Índico con Europa y los países ribereños mediterráneos. Pero, por estas mismas razones, los hititas no estaban dispuestos a abandonar la partida, y sobrevino una larga etapa de enfrentamientos. En 1275 a.C. se registró un choque decisivo en Cades, junto al río Orontes. Ambos bandos se atribuyeron la victoria, pero lo cierto es que la frontera egipcia retrocedió un gran trecho hacia el sur. Con toda probabilidad, las dos potencias quedaron tan debilitadas que en adelante fueron incapaces de ejercer un control efectivo en la franja fenicio-cananea en disputa. De hecho, en estos años aparecen fechadas varias cartas de los príncipes de las ciudades-estado cananeas solicitando al faraón el envío urgente de arqueros para defenderse de los saqueos de los "habiru".

En este frágil escenario se abatió (hacia el 1200 a.C.) sobre todo aquel espacio una nueva oleada de pueblos, predominantemente egeos, procedentes de Europa, a los que las fuentes egipcias denominan "pueblos del mar". Cayeron como un alud sobre Asia Menor, aniquilaron de un solo golpe el imperio hitita y se precipitaron en un choque brutal contra las fronteras de Egipto. Sólo mediante un esfuerzo supremo consiguieron las fuerzas conjuntas terrestres y marítimas egipcias aguantar la embestida. Algunos de los elementos atacantes, llamados filisteos, refluyeron hacia las costas cananeas y se asentaron en aquel país. De ellos tomó su nombre Palestina.

Desaparecidas las grandes potencias capaces de garantizar la seguridad de las ciudades, había llegado la hora de las tribus de pastores seminómadas. Ahora los grupos hebreos que habían vagado por el desierto durante cuarenta años podían iniciar la conquista de las zonas agrícolas y sedentarias.

La geografía palestina

Desde el punto de vista geográfico Palestina es una prolongación de Siria y el Líbano, en forma de cuadrilátero, de unos 23 000 km² de superficie, que se extiende, por el sur, hasta Egipto y de oeste a este desde la orilla occidental del Mediterráneo hasta las altiplanicies de Transjordania. Su longitud máxima alcanza los 240 km, con una anchura de 50 km por el norte y 80 km por el sur. El país está cruzado por la doble cadena montañosa del Líbano y el Antilíbano. Entre sus características más notables figura la fosa del Jordán, accidente impresionante y único en el mundo, formado por una gran depresión situada por debajo del nivel del mar. Por su fondo discurre el río Jordán, que desemboca en el mar Muerto.

El significado de la posesión de la tierra prometida

El significado religioso de la conquista de Palestina desborda ampliamente los límites de su importancia en la historia política. Más allá y por encima de la seguridad existencial que para aquellos clanes nómadas suponía la posesión de una tierra "que mana leche y miel", el asentamiento implicaba el cumplimiento de la promesa de Dios a sus antepasados. Palestina es la tierra prometida. Se daba un nuevo paso hacia adelante -un paso decisivo- en el proceso de consolidación de la alianza que ligaba a Israel con Yahvé. Era la confirmación de que Yahvé era su Dios protector y ellos el pueblo elegido, el pueblo predilecto de Yahvé. De aquí se desprende que esta tierra debe administrarse de acuerdo con los deseos de su genuino propietario, Dios.

Si se hace mal uso de ella, si no se aprovechan los frutos que ofrece para socorrer a los pobres y necesitados, no sólo se sucumbe a la avaricia, sino que se contraría la voluntad de su dueño. El castigo será despojarles de ella. Por este camino, a esta tierra le adviene un carácter sacro y escatológico. Es "tierra santa". Al fin de los tiempos, cuando la alianza alcance su consumación, Dios creará una tierra nueva, en la que reinará la paz y pastarán juntos el lobo y el cordero. Será la paz paradisíaca, la paz escatológica. Es la promesa de una tierra nueva en el futuro, infinitamente superior a la promesa de tierra del pasado.

La conquista de Palestina

Cuando los grupos seminómadas hebreos avanzaron desde sus campamentos del desierto hacia la frontera cananea, se adentraron en un espacio de composición étnica compleja. Predominaban, sin duda, los elementos semitas, aunque no faltaban algunos contingentes indoeuropeos. En una visión muy simplificada, parece probable la penetración, desde finales del IV milenio a.C., de pueblos semitas del este, que acabaron repartiéndose el país: los amorreos se asentaron en las regiones montañosas del interior y los cananeos, en las franjas costeras.

La *Biblia* designa a todo este espacio con el nombre de "tierra" o "país de Canaán". En los textos de Nuzi, del siglo XV a.C., aparece la palabra *kinahhu* con el significado de "púrpura roja". Es sabido que en las costas fenicias existió desde antiguo un próspero comercio de telas de púrpura, y tal vez a esta actividad deba el país el nombre de "Canaán".

El nombre de Palestina es de origen extrabíblico. Procede de los "filisteos", uno de los componentes del conglomerado de "pueblos del mar" que, tras ser rechazados por Egipto, se instalaron (hacia 1200-900) en las regiones costeras y mantuvieron durísimos enfrentamientos con las tribus hebreas.

En el aspecto político, antes de la conquista israelita el territorio estaba organizado en ciudades-Estado, gobernadas a veces por un solo dinasta y otras por un Consejo de Notables.

Respecto de la ocupación real de la tierra por los hebreos se han propuesto varias hipótesis.

La explicación más probable admite varias penetraciones de diversas tribus, en distintas épocas, desde diferentes direcciones. A grandes rasgos, puede mencionarse una primera invasión, desde el sur, de grupos de las tribus de Simeón y Leví y contingentes calebitas y quenitas, entre otros, integrados todos ellos más adelante en la tribu de Judá. Esta masa se asentó, inicialmente de forma pacífica, en la región montañosa, sin traspasar la línea de fortalezas cananeas. Fue contemporánea de Moisés la llegada de contingentes de Rubén y Gad, que se instalaron en Transjordania. El "grupo de Raquel", formado básicamente por las tribus de José, Benjamín y Manasés, cruzó el Jordán y ocupó la región montañosa del centro del país, a veces mediante acciones bélicas y otras a través de pactos con los cananeos o con grupos hebreos asentados en la zona con anterioridad. Al parecer, los grupos israelitas del norte (Zabulón, Isacar, Aser y Neftalí) no bajaron nunca a Egipto. Su asentamiento pudo ocurrir en fechas muy tempranas, hacia mediados del II milenio a.C. Más difícil resulta seguir el rastro de la tribu de Dan. Su héroe nacional, Sansón, mantuvo estrechos contactos con los filisteos, lo que sugiere una localización en las regiones costeras del sur. Pero, por causas desconocidas, tal vez por la presión de la población de Judá y Benjamín, iniciaron un desplazamiento hacia el norte, conquistaron la ciudad de Lays y se instalaron en el extremo septentrional de Israel, en las proximidades de Tiro. La zona costera permaneció en manos cananeas o filisteas hasta la época de David.

Aproximación cronológica a la historia del judaísmo primitivo. Años a.C.

1400

Oriente Próximo

Egipto. Akenatón (1364-1347) con capital en la actual Tell al-Amarna

Hititas. Reino Nuevo (hacia 1450 a 1190)

Palestina

Edad del bronce (hasta 1200). Trazas de la presencia de los *hapiru* (nómadas de origen semítico) según unas cartas encontradas en Tellal-Amarna

1300

Oriente Próximo

Siria. Destrucción de Ugarit (1300). Tablillas alfabéticas con mitos y leyendas

Egipto. XIX dinastía. Ramsés II (1290-1224). Campaña contra los hititas y, después, alianza con ellos.

Menephtá (1224-1204). Estela fechada en 1207 que menciona una victoria sobre un grupo llamado "Israel"

Palestina

Dominio de Egipto en Canaán

Moisés. Salida de Egipto (1250-1230)

Josué. Penetración de tribus de isarelitas en Canaán, primero por el sur y poco más tarde hacia el este (1230-1220)

1200

Oriente Próximo

Egipto. XX dinastía. Ramsés III (1184-1153). Derrota de los "pueblos del mar", los filisteos entre ellos

Palestina

Edad del hierro (1200-900)

Los filisteos, empujados por Ramsés III, se instalan en la costa sur de Canaán

Período de los Jueces (hacia 1200-1030)

1100

Oriente Próximo

Mesopotamia. Preponderancia asiria, después debilitamiento bajo la presión de los arameos
Nacimiento de los reinos arameos, entre ellos el de Damasco

Egipto. Tercer Período Intermedio (1070-664)

Palestina

Elí es derrotado por los filisteos y muere hacia 1050

Samuel, profeta y juez (hacia 1040)

Saúl, rey (1030-1010). Batalla de Guilboa

1000

Oriente Próximo

Egipto. Dinastía XX (1070-941) con capital en Tanis

Fenicia. Reina Hiram de Tiro (hacia 976 a 930)

Palestina

David, rey de Judá y más tarde de los reinos de Judá e Israel (hacia 1010-970)

Salomón, rey de Judá y de Israel (970-931). Construcción del primer templo en Jerusalén

Inicio de la elaboración literaria de los cinco primeros libros de la Biblia: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*.

David y Salomón, los grandes reyes teocráticos

David, fundador del estado hebreo

Salomón

Dinastía davídica

Supranacionalismo

El cisma

El pueblo de Abraham refulge esplendoroso cuando, concluida la conquista de la tierra prometida por Dios a los antepasados, inaugura una dinastía que es contemplada por las tribus de Israel como el cumplimiento de la gran alianza establecida antaño, el reino de Dios. Y ello a pesar del cisma que muy pronto dividirá en dos el territorio que David unificó.

Los reyes más célebres son el propio David como cabeza de la dinastía y unificador del territorio desde Samaria hasta Judea, pero sobre todo su hijo Salomón, quien, a través del pacto con la realeza de Tiro y Sidón, expande su influencia, su fama, sus riquezas y su leyenda allende los mares incluso hasta los confines de África. Pero por encima de todo, construye el templo en Jerusalén.

Con la tierra conquistada, el reino enriquecido y el templo establecido como centro cohesionador de la conciencia nacional judía, se consolida el marco religioso, se codifican las leyes y las antiguas tradiciones, se establecen los ritos y su calendario, y se fijan las jerarquías políticas y espirituales.

David es el auténtico fundador del reino de Israel como entidad política. Salomón es la más alta encarnación de la sabiduría humana y el constructor del Templo de Jerusalén.

David alcanzó la realeza en torno al año 1000 a.C., cuando las tribus de Israel se hallaban en una situación desesperada, amenazadas de exterminio.

Tras las brillantes victorias de Josué, había sobrevenido la disgregación política y territorial de las tribus. No existían jefes nacionales ni unidad de acción conjunta. Cada tribu se instaló en un territorio propio y solucionaba sus problemas por sus propios medios. Las alianzas intertribales fueron ocasionales. No faltaron incluso los enfrentamientos, a veces muy sangrientos, entre los diferentes clanes. Los confines tribales eran fluctuantes y con frecuencia se interponían franjas no conquistadas entre las zonas israelitas.

En esta delicada situación, hacia el año 1100 a.C., hizo su aparición un nuevo adversario, mucho más peligroso que los anteriores: los filisteos. Bien organizados y muy superiores en el plano militar, gracias a sus temibles armas de hierro y a sus carros de combate, poco podían hacer contra ellos las desorganizadas tribus de Israel con sus rudimentarias espadas y lanzas de bronce.

Desde sus sólidos asentamientos costeros de Gaza, Asqalón, Ashdod, Ekrón y Gat, los filisteos se lanzaron a la conquista del interior del país, probablemente con el propósito de hacerse con el control de las rutas caravaneras que conectaban la península Arábiga con las costas fenicias a través de Damasco.

Hacia el año 1010 a.C., en la batalla de Gelboé, aniquilaron al ejército de Israel, establecieron guarniciones en los puntos clave del país y controlaron la actividad metalúrgica (y, por tanto, toda la capacidad de producción armamentista) en todo el territorio ocupado.

David, fundador del estado hebreo

La salvación vino de la mano del judío David. Las azarosas circunstancias de su vida parecían predestinarle para tan arriesgada empresa.

Soldado del rey Saúl desde su juventud, su resonante victoria sobre el gigante Goliat y la serie de brillantes éxitos militares a la cabeza de las tropas de Israel le valieron tal prestigio que despertó los celos del monarca. Perseguido a muerte, buscó la protección del rey de Gat, donde tuvo ocasión de conocer las tácticas y técnicas militares de los filisteos. Tras la muerte de Saúl, fue proclamado rey en Hebrón, en un primer momento sólo por los miembros de su propio pueblo, la tribu meridional de Judá, y más adelante por las demás tribus septentrionales. Su primera empresa fue expulsar a los filisteos del territorio israelita y someterlos a tributo. Más tarde, una serie de campañas militares contra los moabitas, arameos, edomitas y amonitas le permitieron establecer, por vez primera en la historia, un gran reino autóctono en el corredor siro-palestino bajo hegemonía hebrea.

Con gran sagacidad comprendió que aquella estructura política sería efímera si no conseguía la unificación de las tribus. Con este propósito, conquistó la fortaleza jebusea de Jerusalén, hasta entonces considerada inexpugnable, y estableció en ella la capital no sólo administrativa, sino también, y sobre todo, religiosa con el traslado del arca de la alianza donde moraba Yahvé, según la antigua tradición conservada celosamente desde la travesía del desierto.

David se ganaba de este modo el favor del estamento sacerdotal.

En la vertiente religiosa, David, "el cantor de salmos", fue el iniciador del culto a Dios en Jerusalén y el fundador de la dinastía en la que, avanzando un paso más en el terreno de la historia, la promesa de Dios a los patriarcas se confirmaba y concretaba en la persona de David y de su linaje.

Posteriormente, de hecho, en los momentos trágicos de la desaparición de Israel como entidad política independiente, durante las noches oscuras del exilio y del sometimiento a las potencias extranjeras, los profetas que mantenían viva la llama de la esperanza describirían la restauración de Israel bajo la figura de la reaparición de un nuevo David.

Y cuando los primeros judíos retornaron del exilio babilónico e iniciaron la construcción del nuevo templo y la creación de la nueva comunidad, lo hicieron bajo la guía de Zorobabel, descendiente de David.

A este mismo linaje pertenece, según los cristianos, el Mesías, Jesús.

Salomón

A la muerte de David (hacia 970 a.C.), ascendió al trono, en un clima de intrigas palaciegas, su hijo Salomón. Fue el suyo, casi hasta el final, un reino de paz en el interior y en las fronteras.

Explotó con gran habilidad todas las posibilidades económicas que le deparaba el control de las rutas mercantiles del corredor siro-palestino. Impulsó la minería y activó, en sociedad con los avezados marinos de Tiro, el comercio de ultramar. En este contexto debe situarse el episodio de la visita a Jerusalén de la reina de Saba que tantas leyendas habría de originar hasta nuestros días, en que ha sido llevada a la pantalla de las grandes superproducciones cinematográficas.

Bajo el reinado del Salomón histórico se desarrolló, asimismo, una gran actividad constructora, se fortificó el país y se modernizó el ejército con la dotación de caballería y carros de combate. Por otra parte, durante su reinado la literatura hebrea alcanzó su edad de oro, hasta el extremo de que se le atribuyera a él personalmente la redacción poética y amorosa del *Cantar de los cantares*.

La tradición bíblica ensalza sin medida su sabiduría legendaria:

"La sabiduría de Salomón superaba a la de todos los hijos de Oriente y a toda la sabiduría de Egipto. Superó en sabiduría a cualquier hombre" (*I Reyes* 5,10-11).

Pero por encima de todas sus restantes empresas, Salomón es, en la historia sagrada, el constructor del Templo de Jerusalén y el organizador del culto a Yahvé.

Dinastía davídica

Con la elección de David, avanza un paso más la promesa de Dios a los patriarcas. La descendencia abrahámica se materializa ahora en este monarca y en su familia, a la que, en los primeros oráculos proféticos, se le promete la posesión del trono de Israel para siempre.

En esta elección se descubre una de las enseñanzas más persistentes de las creencias religiosas de Israel: para llevar a cabo sus planes, Dios elige a los débiles y rechaza a los

poderosos. Los orígenes del linaje de David son humildes. Según el *Libro de Rut* -una de las creaciones más deliciosas de la literatura universal-, sus antepasados tuvieron que emigrar desde su lugar natal de Belén de Judá al extranjero para poder subsistir. La propia Rut se ganaba el sustento ejerciendo el derecho de los pobres de recoger las espigas que dejaban sueltas los segadores.

Supranacionalismo

La segunda lección es en cierto modo inesperada. Entre los ascendientes de la dinastía "eterna" de Israel figura una extranjera, "Rut la moabita". El libro señala taxativamente que de su matrimonio con Booz nació Jesé, el padre de David. Con esta enérgica pincelada supranacionalista se quiere señalar que la auténtica pertenencia al pueblo de Dios no depende de la ascendencia física, sino de la aceptación de la fe.

El cisma

Al producirse, tras la muerte de Salomón, hijo de David, la escisión de la monarquía en los reinos, con frecuencia enfrentados, de Israel en el norte y Judá en el sur, las promesas proféticas se concentran en la dinastía real de Jerusalén, capital de Judá. Sobre los monarcas del reino de Israel, cismáticos en lo político y lo religioso, la *Biblia* emite veredictos monocordemente negativos: "Hicieron el mal". Sin embargo, debe advertirse que la *Biblia* juzga la conducta de los reyes bajo el exclusivo prisma del monoteísmo o la idolatría. Así, por ejemplo, de Omrí, rey de Israel, afirma que "actuó peor que cuantos le precedieron", a pesar de los grandes éxitos alcanzados por este monarca tanto en su política interior -con la fundación de la espléndida capital de Samaria, sus grandes actividades de construcción de defensas, la reactivación de la economía y la reanudación de las actividades comerciales internacionales- como en la exterior. Cuando subió al trono (885 a.C.), Israel era una nación débil, desgarrada y a merced de sus adversarios. A su muerte, once años más tarde, se había convertido en una de las potencias más sólidas del espacio siriopalestino. Y, por el contrario, estos mismos autores vierten grandes alabanzas sobre el piadoso rey Josías, pasando por alto que fue su desacertada política internacional la causa directa de la destrucción de Jerusalén y del fin del reino independiente de Judá.

Es indudable que, hasta la catástrofe de la destrucción de Jerusalén, fueron muchos los judíos yahvistas que entendieron al pie de la letra la solemne promesa de Natán a David: "Consolidaré su trono para siempre... lo estableceré en mi casa y en mi reino para siempre y su trono estará firme eternamente". Incluso en el supuesto de que los descendientes de David se aparten de la recta senda, Dios los castigará, pero no apartará de ellos su amor. "Tu casa y tu reino permanecerán para siempre." El episodio más ilustrativo de esta interpretación lo ofrece, 150 años después de la muerte de David, Atalía, hija del rey de Israel, Ajab. Su matrimonio con Joram, rey de Judá, le permitió ejercer una influencia -nefasta, según la *Biblia*- sobre su hijo Ocozías. Asesinado éste por Jehú, rey de Israel, Atalía decidió apoderarse del trono. Para despejar el camino y desembarazarse de posibles competidores, se propuso exterminar a todo el linaje de David. Pero, según la *Biblia*, Dios desbarató su proyecto por un doble motivo: porque había difundido en Judá los cultos idolátricos y porque "como dijo Yahvé, ha de reinar uno de los hijos de David".

La espantosa suerte sufrida por el último representante de la dinastía, el rey Sedecías, ofrece un brutal contraste con esta brillante perspectiva de eterna permanencia en furor del linaje davídico. Tras una desesperada defensa de Jerusalén frente al asalto de las tropas babilónicas, quebrantada ya toda posibilidad de resistencia, decidió huir en secreto. Pero, hecho prisionero, degollaron en su presencia a sus hijos, le arrancaron los ojos y lo llevaron cautivo a Babilonia, cargado con una doble cadena de bronce. Todavía algunos años más tarde, la fe yahvista en el linaje eterno de David alimentó una tenue llama de

esperanza en la figura de Zorobabel, descendiente de Yoyaquín, penúltimo rey de Judá, nombrado gobernador por la corte persa. Pero las esperanzas de restauración no se vieron cumplidas y el linaje de David, como dinastía reinante, desapareció en la noche de la historia.

Como ocurre a menudo en la visión religiosa de Israel, tras la catástrofe intrahistórica la promesa se mantiene viva en otro nivel superior, el mesiánico, esperado para el tiempo final del triunfo definitivo de Yahvé sobre todas las naciones de la Tierra.

En la religión cristiana, la promesa del reino eterno se cumple en Jesús, presentado en los Evangelios como descendiente de David.

La importancia religiosa y social del Templo de Jerusalén

El deber y la justicia

El Templo de Salomón

Los sacrificios

Las festividades hebreas

Salmo 110 (109 en algunas versiones)

Referido a David. Salmo

El deber y la justicia

La excepcional importancia del Templo de Jerusalén se deriva del hecho de que era concebido como la morada donde residía físicamente Yahvé, el Dios de Israel.

Cuando David decidió trasladar el arca de la alianza a Jerusalén, lo hizo con el propósito de construir un magnífico edificio para albergarla. Pero no fue él, sino su hijo Salomón, quien convirtió el proyecto en realidad.

El Templo de Salomón

La construcción fue ejecutada bajo las órdenes de un arquitecto de Tiro, con la colaboración de obreros especializados de esta misma ciudad. Por tanto, sus planos y disposición respondían a los cánones usuales de los templos fenicios. Las descripciones bíblicas son confusas. Aunque ensalzan la magnificencia del Templo, su esplendor parecía radicar más en la decoración que en la estructura arquitectónica. Se estima que el edificio tenía unos 27 metros de longitud, articulados en tres espacios: un atrio (*ulam*), seguido de una sala rectangular (*hecal*), denominada "lugar santo" o "morada", y, a continuación, el *debir* o "santo de los santos". El *hecal* estaba iluminado por una hilera de ventanas; en él se celebraban los actos culturales y se encontraban la mesa de los panes presentados o "panes de la proposición", el altar de los perfumes y el candelabro de diez brazos. El *debir* se hallaba en un nivel ligeramente más elevado y estaba separado por una cortina del *hecal*. Aquí reposaba el arca. Aquí habitaba Yahvé.

La construcción tenía una orientación este-oeste con la puerta de acceso en el este. Esta entrada estaba flanqueada por dos grandes columnas de bronce meramente decorativas, sin función arquitectónica. A escasa distancia del atrio se hallaba el altar de bronce o altar de los holocaustos. El emplazamiento ocupaba, con toda probabilidad, el lugar de la actual mezquita de Omar o Cúpula de la Roca. Junto al Templo se hallaba el palacio real.

En 587 a.C. el Templo fue arrasado hasta sus cimientos por las tropas babilónicas de Nabucodonosor. No queda de él ningún vestigio en la actualidad.

Una de las preocupaciones fundamentales del grupo de judíos que, en virtud del edicto de Ciro, retornaron del destierro babilónico a Jerusalén fue la restauración del altar de los holocaustos (538 a.C.), seguida, a los pocos meses, de los primeros trabajos de reconstrucción del templo (537 a.C.). Muy probablemente la construcción imitaba la traza

del templo salomónico aunque, dada la precaria situación económica de la comunidad, fue de proporciones y ornamentación mucho más modestas. Ya no se menciona la presencia del arca de la alianza, tal vez perdida para siempre durante el saqueo babilónico. El candelabro tenía ahora siete brazos. En 167 a.C. el Templo fue profanado por el monarca seléucida Antíoco IV Epífanes, que ofreció sacrificios a Zeus Olímpico en el altar de los holocaustos de Yahvé. En 164 a.C., Judas Macabeo acorraló a la guarnición siria en la ciudadela de Jerusalén y purificó el templo (fiesta de la Dedicación).

Con la intención de ganarse la voluntad de los judíos, el monarca idumeo Herodes el Grande acometió, en el invierno del 20-19 a.C., grandiosas obras de ampliación y embellecimiento del templo, aún no concluidas en tiempos de Jesús. Los trabajos, llevados a cabo en una explanada de 1 500 metros de perímetro, incluían varios edificios rodeados de pórticos. En el curso de los trabajos se alzó, al suroeste del recinto, el "Muro de las Lamentaciones". Este tercer templo corrió la misma suerte que los dos anteriores. El 6 de agosto del año 70 d.C., en el curso del asedio y conquista de Jerusalén por las legiones romanas de Tito, fue pasto de las llamas.

Los sacrificios

El sacrificio, en su sentido esencial, es la entrega a Dios de un bien que nos es querido, como reconocimiento de que todo cuanto poseemos viene de Él y, al entregarle una parte, expresamos nuestra gratitud. La entrega puede revestir también el carácter de expiación, nacida del arrepentimiento y el deseo de obtener el perdón y la reconciliación con Dios.

En Israel, los sacrificios son tan antiguos como los primeros patriarcas. Abraham, Isaac y Jacob erigieron altares en lugares elevados o en aquellos en los que se había producido alguna manifestación especial de la divinidad. En ellos ofrecían como sacrificio productos del campo o cabezas de ganado. Al contrario que en los países de su entorno, en Israel parecen haberse excluido totalmente los sacrificios humanos.

Según las diversas motivaciones o finalidades, los israelitas practicaron diferentes tipos de sacrificios: de comunión, de acción de gracias, de expiación por los pecados... El más importante de todos ellos era el holocausto. Aquí la víctima era quemada en su totalidad, es decir, estaba enteramente dedicada a la divinidad, sin reservarse nada para el disfrute humano.

Con el curso del tiempo, y gracias a un proceso de profundización del significado del ritual, los conceptos de templo y sacrificio fueron adquiriendo creciente contenido espiritual. Los profetas anunciaron que el verdadero culto radica en el cumplimiento del derecho y la justicia. Este proceso de espiritualización alcanza su cumbre en el cristianismo con la idea de que la morada de Dios se encuentra en la comunidad de los fieles. Así, cada creyente es templo del Espíritu Santo.

Las festividades hebreas

Las solemnes festividades contribuyen a acentuar el sentimiento de pertenencia a un grupo en el que cada individuo se identifica con una comunidad en la que halla cobijo y sentimiento de seguridad.

En el calendario festivo hebreo se distinguen, en razón de su origen, dos componentes básicos: el derivado del pastoreo, que hunde sus raíces en el remoto pasado nómada de Israel, y el surgido del ciclo agrícola, predominante a partir de la conquista y el asentamiento en Palestina. A veces, ambos orígenes acaban fundiéndose en una misma festividad.

Dado que la religión judía está sólidamente anclada en la creencia de la intervención de Dios en la historia, es obvio que, con independencia de los orígenes reales de cada

festividad, en su reinterpretación cultural posterior se las haya asociado con acontecimientos concretos tras los que se percibe una actuación singular de Yahvé en favor de su pueblo elegido. Se abre, por tanto, la posibilidad de que una misma fiesta haya tenido diferentes atribuciones e interpretaciones en las diversas épocas de la historia de Israel.

En su sentido originario, estas fiestas eran días de alegría, como se desprende del término con que se las designa: *jag*, "corro de danza", aunque la evolución posterior ha convertido algunas de ellas en conmemoraciones de penitencia y duelo.

El calendario religioso se rige por el año lunisolar, de 29 o 30 días. A diferencia del año civil, el año litúrgico se iniciaba en primavera, en el mes de *nisan*, llamado "el comienzo de los meses". El calendario arrancaba de la observación del novilunio de *nisan*. Puesto que la Luna aparece al oscurecer, los días se contaban desde una puesta del sol hasta la puesta siguiente.

Bar Mitzvá: Ceremonia de la mayoría de edad (trece años) de los niños menores. La de las niñas se llama Bat Mitzvá.

Guefilte Fish: Pescado (preferiblemente carpa) que se come, deshuesado, picado y mezclado con matzá, en el Shabbat.

Januccá: Fiesta de las luminarias, que conmemora la reconstrucción del templo de Jerusalén por los macabeos.

Jaróset: Mezcla de frutas y especias que se come en el Séder del Pesaj.

Kaddish.:Oración por los muertos.

Kiddush: Oración sobre el vino que se recita en las vísperas.

Matzá: Pan ázimo que se come durante los ocho días de Pésaj.

Mazel Tov!: ¡Enhorabuena!

Menorá: Candelabro de siete brazos.

Minián: Quórum, número mínimo necesario (diez varones mayores de trece años) para empezar un servicio religioso.

Pesaj: Pascua judía que conmemora el éxodo.

Purim: Fiesta carnavalesca que conmemora la salvación de los judíos de Persia, que se explica en el libro de Ester.

Rosh Hashaná: Fiesta de Año Nuevo (otoño).

Séder: Cena de la primera noche del Pesaj.

Shabbat: Sábado, día de descanso y de oración.

Shavuot: Festividad conmemorativa de la entrega de los diez mandamientos a Moisés.

Shminí Atseret: Octavo día de la fiesta de Succot.

Shofar: Cuerno de carnero que se toca en la sinagoga, en los servicios religiosos de Año Nuevo y cuando acaba el Yom Kippur.

Simjat Torá: Festividad del noveno día de Succot.

Succot: Fiesta de la cosecha y que conmemora también la travesía del desierto. En ella se construye una *succa* o cabaña.

Taled: Humeral litúrgico que se utiliza durante la oración.

Yármulke: Gorro litúrgico que deben llevar los hombres en lugares sagrados y durante los servicios religiosos

Yom Kippur: Día de ayuno y perdón, que se celebra el décimo día de Año Nuevo.

Salmo 110 (109 en algunas versiones)

"Oráculo del Señor a mi señor"

Oráculo dedicado al rey, ungido del Señor y con funciones sacerdotales propias. Se trata de un himno precioso para comprender e imaginar las ceremonias de entronización de los reyes de Israel y de Judá. Con el tiempo, se aplicó al Mesías y fue muy citado en el Nuevo Testamento.

Referido a David. Salmo

Oráculo del Señor a mi señor:

"Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga por peana de tus pies
a tus contrarios".

Desde Sión extiende el Señor tu cetro poderoso:

Impera en medio de tus enemigos.

Contigo la realeza desde el día en que naciste
entre poderes santos:

Antes ya del lucero de la aurora

Él te engendró, como rocío.

Juró el Señor y no le penará su juramento:

"Tú eres eternamente sacerdote
según el orden de Melquisedec".

El Señor a tu diestra

aplasta los reyes el día de su ira.

Juzga a las naciones,

alza hacinas de cadáveres

y aplasta cabezas por la vasta tierra.

En plena campaña bebes en el torrente

y después levantas la cabeza

Israel y la visión espiritual de Dios

Según la concepción imperante bajo la dinastía dividida, a los ojos del pueblo judío el Templo de Jerusalén era indestructible por ser la morada de Dios. Su aniquilación significaría que los dioses de los pueblos idólatras eran más poderosos que Yahvé. Esta idea era blasfema. Los dramáticos acontecimientos que desembocaron en la destrucción de la ciudad y del Templo, la desaparición del reino de Judá como nación independiente y el destierro del pueblo (589 a.C.) suponían, por tanto, una cesura sin precedentes, una gravísima amenaza para la fe. Parecían implicar, en efecto, que Yahvé había sido vencido.

En aquella trágica situación se registró uno de los fenómenos más sorprendentes de la historia de las religiones. De aquella, a primera vista, aniquiladora catástrofe nacional surgió una fe yahvista firme, absolutamente purificada, ya para siempre, de las desviaciones idolátricas que habían sido una constante en el pasado de Israel.

El prodigio se produjo a través del mensaje de los profetas. El Templo no había sido destruido porque los ídolos babilónicos hubieran derrotado a Yahvé, sino porque Israel había sido infiel a su alianza y Dios le había castigado, sirviéndose, como instrumento para ejecutar el castigo, de los imperios paganos. Es Dios quien dirige los acontecimientos de la historia. No hay historia profana. Todo es historia sagrada.

Los profetas y las religiones

Una dolorosa purificación de la fe

Los profetas de la cautividad

La desaparición del profetismo

Los escritos proféticos

La doctrina de los profetas

Una dolorosa purificación de la fe

El profeta es el hombre que habla en nombre de Dios. Es el mensajero que anuncia a los hombres la voluntad divina.

El profetismo no es un fenómeno exclusivo de Israel. Son numerosas las culturas que conocen la figura de profetas extáticos, con sus multiformes y a menudo extrañas manifestaciones a través de cantos, danzas rítmicas y redoble de instrumentos músicos. Alcanzado el estado de trance, estos hombres tienen visiones que describen con lenguaje muchas veces indescifrable y entrecortado. En la época de la monarquía israelita fueron tan numerosos que formaban comunidades que la Biblia denomina "hijos de los profetas".

En las antiguas culturas de Mesopotamia, Egipto y Canaán era bien conocido otro tipo de profeta, el hombre dotado de poderes y técnicas especiales que le permiten descubrir los designios de Dios. Algunos de ellos estaban al servicio de la corte para hacer saber a los monarcas la voluntad divina. Su consulta era obligada en todos los asuntos importantes del Estado, sobre todo en lo relacionado con el culto y las campañas militares. Dada la condición de la naturaleza humana, entre los profetas cortesanos no faltaron, tampoco en Israel, quienes para asegurarse los favores de los monarcas, sólo les transmitían como palabra divina lo que respondía a los deseos de los gobernantes. Son los "falsos profetas".

La religión yahvista conoce, además, otra clase de profetas, a saber, los hombres llamados personalmente por Dios para comunicar el auténtico mensaje divino, con frecuencia conminativo y exigente. Son los "verdaderos" profetas. Saben bien que Yahvé es el Señor de la historia, que la dirige a un fin e interviene activamente en los acontecimientos humanos. Por tanto, leen e interpretan los acontecimientos como expresión de la voluntad divina.

No llevaron a cabo esta labor de interpretación porque tuvieran una singular capacidad de análisis que les permitiera comprender mejor que sus contemporáneos el auténtico alcance de los hechos, sino en virtud de las revelaciones de Dios. De donde se deduce que uno de los criterios para distinguir a los "profetas verdaderos" de los falsos era el cumplimiento real de sus vaticinios.

Los profetas de la cautividad

Los profetas preexílicos habían anunciado repetidas veces, con apremiantes expresiones, la gran catástrofe que se abatiría sobre el pueblo si persistía en la idolatría y el incumplimiento de la Ley. El castigo anunciado se había cumplido, y habían acreditado

que eran profetas verdaderos. Hablaban en nombre de Dios. Su palabra era palabra de Dios.

Ahora, en las calamitosas circunstancias del destierro, aquellos mismos profetas que habían anunciado el castigo proclamaban un mensaje nuevo. Declaraban que en los planes de Dios el castigo no es nunca la última palabra. El castigo tiene siempre, como objetivo final, promover el arrepentimiento y obtener la reconciliación. El destino de los sufrimientos es mantener viva la esperanza del perdón, pero no entendido como olvido del pasado y restablecimiento de la situación anterior, sino como su radical superación, como la creación de nuevos cielos y tierra nueva, como la aparición de un nuevo estilo de hombres, en los que Dios deposita un corazón nuevo y con los que pacta una alianza nueva en la que la Ley no está escrita en tablas de piedra, sino que se enraíza en el mismo ser humano. Por tanto, no será ya una ley quebrantada, sino cumplida "de corazón".

El destierro fue, pues, el oscuro túnel del castigo a través del cual Israel expió sus pecados y accedió al perdón. Desde la dramática experiencia del cautiverio, la idea de los sufrimientos entendidos como expiación se configura como uno de los elementos permanentes de la conciencia religiosa judía individual y comunitaria. Este pueblo vive y percibe los sufrimientos y las persecuciones -a menudo trágicas- que ha sufrido a lo largo de la historia por su concisión específica de judíos desde el prisma y con la conciencia de expiación. Pero no sólo como expiación por sus propios pecados. El hecho de ser el pueblo elegido le convierte en cierto modo en interlocutor privilegiado de la humanidad ante Dios. En los bellísimos poemas del "Siervo doliente de Yahvé" se describe a este varón (representante del pueblo judío) como víctima expiatoria ante Dios por las transgresiones de todo el género humano. Así, todas las vivencias de este pueblo son dolor y consuelo al mismo tiempo.

En la visión cristiana, esta misión expiatoria alcanza su plenitud y consumación última en la figura de Jesús, el hijo de Dios, cuya pasión y muerte han sido expiación, para siempre, de los pecados de la humanidad.

La desaparición del profetismo

Aquellas figuras de profetas que tan decisivo papel desempeñaron en la preservación de la fe monoteísta y tan firmemente contribuyeron a mantener viva la llama de la esperanza desaparecieron de la escena religiosa judía tras el retorno del exilio. Varias razones pueden aducirse para explicar su extinción. En primer lugar, el acendrado y ya para siempre incommovible monoteísmo que Israel alcanzó en el exilio hacía superflua la función ejercida en el pasado por los profetas, a saber, la defensa a ultranza de la fe en el Dios único. La misión estaba cumplida. Por otra parte, con la edificación del nuevo templo y el restablecimiento del culto fue adquiriendo creciente importancia la función de los sacerdotes, inactivos durante el cautiverio, y pasaron a segundo término los profetas. La eclosión de la literatura sapiencial, que escudriñaba la Ley y descubría su sentido auténtico, asumía la tarea docente desarrollada en el pasado por el profetismo. Y, por último, y tal vez lo más importante, no se habían cumplido las grandes expectativas que el mensaje profético había despertado en el pueblo judío. Ciertamente, habían retornado a la tierra prometida según lo anunciado, pero la comunidad retornada era pobre, sufría numerosas privaciones y estaba rodeada de vecinos hostiles y sujeta a monarcas extranjeros. No parecía que pudiera convertirse en realidad, en un futuro próximo o remoto, aquella grandiosa visión de Isaías que contemplaba a Jerusalén como centro de peregrinación al que acudían, desde todos los puntos cardinales, multitudes humanas cantando himnos de alegría y cargadas de regalos.

Su desaparición dejó un poso de melancolía en el pueblo judío. Todavía en los últimos escritos revelados flota una esperanza nostálgica: "Hasta que aparezca un profeta..." (*I Macabeos*, 14,41).

Los escritos proféticos

Los mensajes de los profetas fueron, ante todo, discursos orales vivos, y sólo secundariamente comunicación escrita. En la historia de Israel ha habido profetas que han influido decisivamente en los acontecimientos de su pueblo, pero de los que no se ha conservado ningún escrito (Natán, Elías, Eliseo).

En algunos casos aislados, el profeta dictó el texto de sus mensajes (así Jeremías a su secretario Baruc). De ordinario, los círculos de los seguidores retenían en la memoria sus sentencias que luego, en un momento posterior, eran puestas por escrito y agrupadas por temas, retocándolas para acomodarlas a las situaciones concretas y completándolas con datos relativos a las circunstancias personales del profeta.

Los mensajes escritos se estructuran según un esquema básico muy simple. En la primera parte se denuncia la conducta errónea del pueblo o de sus dirigentes y a continuación se enuncia, poniéndola en labios de Dios ("oráculo de Yahvé", o "así habla Yahvé") la aplicación del castigo, seguida con frecuencia de la promesa de perdón en caso de arrepentimiento.

La doctrina de los profetas

Dentro de la gran diversidad de los mensajes proféticos, derivada de la personalidad de cada profeta y de las diferentes situaciones históricas y sociológicas en que pronuncian su sentencia, hay en todos ellos varias enseñanzas comunes.

El monoteísmo de los profetas incluye siempre *un componente ético* que no se contenta con el simple cumplimiento de los ritos. Sus palabras son una firme denuncia de las injusticias sociales. En las etapas de prosperidad económica vividas por el reino de Israel en la primera mitad del siglo IX a.C. y por ambos reinos, Israel y Judá, en el siglo VIII, se registró la desintegración del tejido socioeconómico israelita basado en la presencia de numerosos pequeños propietarios de la tierra. Las clases dominantes, en concreto la casta militar y los funcionarios de la corte, amasaron grandes riquezas a costa del campesinado. Para poder superar los períodos duros, por ejemplo en tiempos de grandes sequías, los minifundistas se veían forzados a contraer deudas, hipotecando para ello sus fincas e incluso sus propias personas. Este sistema generó un pequeño número de grandes latifundistas y una gran masa de campesinos empobrecidos o vendidos como esclavos. Contra esta situación alzaron su voz enérgica los profetas, denunciándola como pecado contra Dios, puesto que había sido Yahvé quien, después de la conquista de Palestina, había establecido aquel sistema de propiedad ahora arruinado.

El mensaje profético está siempre *abierto al futuro*, sustentado por la esperanza de una salvación última, de la implantación definitiva del reino de Dios universal. Será un reino regido por medio de un representante de Dios, un Ungido o Mesías, un descendiente de David que restablecerá su antiguo imperio terrenal. Pero con el correr del tiempo, y ante la cruda realidad de que muchos de los monarcas del linaje davídico eran claramente indignos, aquella esperanza de restauración se fue desplazando hacia horizontes cada vez más lejanos, situados al final de los tiempos, en dimensiones inequívocamente escatológicas. Hay incluso pasajes proféticos que describen a este Mesías no como soberano glorioso y dotado de poder, sino como príncipe humilde y benigno e incluso como siervo que expía los pecados de Israel. El cristianismo ha identificado a este Mesías anunciado por los profetas con la persona de Jesús.

Los libros sagrados

De la tradición oral a la fijación canónica

Los libros de la Biblia

La formación del canon judío

De la "Torah" a la cábala

El Talmud

La cábala

Las prácticas cabalísticas

De la tradición oral a la fijación canónica

El judaísmo, el cristianismo y el islam reciben el nombre de "religiones del Libro" porque creen que sus textos sagrados han sido escritos por inspiración o revelación divina, y contienen la palabra y la verdad de Dios.

Antes de alcanzar su forma escrita final, los libros sagrados del judaísmo recorrieron un camino preliterario de varios siglos, a menudo accidentado.

Sus más remotos orígenes se remontan a tradiciones orales de las diversas tribus hebreas que, desde principios del II milenio antes de nuestra era, nomadeaban por las amplias estepas débilmente pobladas de Irak, Siria y la península Arábiga. Eran tradiciones dispersas, que giraban en torno a las vicisitudes de los patriarcas considerados fundadores de los diversos clanes. Sólo en una etapa posterior, sobre todo después del asentamiento en Palestina, comenzaron a cohesionarse y armonizarse para formar la primera urdimbre de un relato unitario. A este primer avance unificador contribuyeron, sin duda, las peregrinaciones de diversas tribus a unos mismos santuarios, como los de Betel, Siquem o Silo.

Puede admitirse sin dificultad que algunas de estas tradiciones orales, varios textos éticos y jurídicos y normas rituales de no muy amplia extensión fueron consignados por escrito en épocas muy tempranas, ya en vida de Moisés. El conocimiento de la escritura estaba muy difundido en Oriente Próximo desde fechas muy remotas. Es indudable que Moisés, educado en la corte de los faraones, dominaba la escritura. Se le atribuyen varios pasajes del libro del Éxodo, entre ellos la victoria sobre los amalecitas de 17,14, el "libro de la alianza" de 24,4, el "decálogo cultural" de 34,27 y el itinerario de la marcha por el desierto de Números 33,2. Probablemente también es suyo el "canto de Moisés" del *Deuteronomio* (31,22).

Puede situarse en la primera época de la monarquía, bajo los reinados de David y Salomón, la creación de escuelas para la formación de los escribas indispensables para el funcionamiento de la administración del estado. En estos centros se fueron recopilando y consignando por escrito las pequeñas unidades orales dispersas, agrupadas en torno a los grandes temas de la liberación de la esclavitud de Egipto, la marcha por el desierto, la alianza en el Sinaí y la conquista de la tierra prometida. Surgía así el embrión de una especie de "historia sagrada" de Israel. Por otra parte, es evidente que, en esta época, también los sacerdotes recopilaron y escribieron las normas rituales, las festividades y los salmos necesarios para el culto en el templo. Asimismo, en estas fechas de florecimiento

cultural israelita pueden situarse los primeros pasos de la literatura sapiencial, expresada sobre todo en proverbios.

Los libros de la Biblia

Esta actividad literaria desembocó en un cuerpo que abarca fundamentalmente lo que la Biblia hebrea denomina *Torah* o Ley (libros del Génesis, Éxodo, Levítico, Números, amplias secciones del Deuteronomio) y la colección de "profetas anteriores" (Josué, Jueces, Samuel [1 y 2] y Reyes [1 y 2]). No era todavía un texto cerrado e intocable. En las copias posteriores se fueron añadiendo nuevos datos y reflexiones hechas desde las perspectivas de los diversos redactores. Probablemente, estos textos adquirieron una forma muy parecida a la actual bajo el sacerdote Esdras, funcionario de la corte persa especializado en los asuntos de Judea, enviado a Jerusalén hacia el 398 a.C., o tal vez incluso antes (a mediados del siglo V), con poderes plenipotenciarios en todo lo relacionado con "la Ley de Dios".

La consignación escrita de los oráculos de los "profetas posteriores" (los *nebí'im*, libros de Isaías, Jeremías y Ezequiel más "los Doce", es decir, los libros de Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías) se remontan, en parte, a los mismos profetas, pero con mayor frecuencia a los círculos de sus seguidores, que agruparon sus sentencias por grupos temáticos, en vida misma de los mensajeros divinos o poco después de su muerte. También en este caso, las copias sucesivas de los amanuenses registraron reagrupaciones, añadidos y dislocaciones. Puede situarse el punto final de esta labor de redacción hacia el año 200 antes de nuestra era.

El tercer gran bloque (los *ketubim* o "Escritos") fue consignado básicamente después del exilio, aunque aprovechando con frecuencia recopilaciones de documentos anteriores. La *Biblia* hebrea enumera aquí Salmos, Job, Proverbios, los llamados "cinco rollos" (Rut, Cantar de los Cantares, Qohélet, Lamentaciones y Ester), Daniel, Esdras-Nehemías y Crónicas.

La formación del canon judío

De la gran masa de producción literaria generada por Israel durante más de un milenio, sólo la pequeña parte antes reseñada ha entrado en el "canon hebreo", es decir, ha sido considerada por la comunidad judía como inspirada por Dios. Este reconocimiento se produjo a lo largo de varias etapas y no sin controversias. Únicamente el grupo de la *Torah* gozó desde el principio de general aceptación. Es el único libro que fue aceptado también por los judíos samaritanos, hacia el año 300 a.C. El canon de los libros proféticos parece haber quedado cerrado hacia el 200 a.C. Fue más accidentada la inclusión de los "Escritos". De hecho, algunos de ellos suscitaron cierta resistencia a causa de su contenido (Qohélet, Ester) o de su erótica expresión literaria (Cantar de los Cantares). Existe la opinión generalizada de que este proceso de fijación del canon alcanzó su punto final en el llamado sínodo de Yabné/Yamnia, celebrado por doctores judíos de orientación farisea hacia el año 90-110 d.C.

El criterio para discernir que un libro ha sido inspirado por Dios no reside en que su autor lo afirme. La comunidad creyente reconoce que un escrito está inspirado porque así se desprende del texto mismo, es decir, porque su lectura genera fe. Es un texto inspirado porque inspira.

De la "Torah" a la cábala

La destrucción del Templo en el año 70 d.C. supuso el fin del culto y de los sacrificios, y la desaparición de Jerusalén como centro político y cultural de Israel. A partir de entonces, la vida religiosa se centró en la sinagoga, en la enseñanza y en el cumplimiento estricto de la

Ley. El sanedrín se trasladó a la ciudad costera de Yabné/Yamnia, próxima a la actual Tel Aviv, donde un grupo de doctores de orientación farisea fundó una academia, pronto convertida en la máxima autoridad doctrinal judía. En las escuelas, la enseñanza se impartía de viva voz y consistía en la repetición constante, hasta grabarla en la memoria, de la *Torah* y de los restantes preceptos transmitidos oralmente de generación en generación. Ambas formas, la oral y la escrita, se remontaban, en opinión de los doctores, al mismo Moisés.

Una de las funciones esenciales de los maestros se centraba en explicar el sentido profundo de la Ley y reinterpretarla para adecuarla a las diferentes situaciones históricas y culturales de las comunidades. A esta tarea se le dio el nombre de *midrash* (explicación), y podía revestir un doble carácter: normativo, de aplicación a la conducta práctica (haláquico) o simplemente edificante (hagádico).

El aplastamiento a sangre y fuego de la rebelión de Bar Kokeba (135 d.C.) introdujo en el sistema educativo un novedad que habría de tener hondas repercusiones para la posterior vida cultural y religiosa de Israel. En la contienda pereció un gran número de los maestros de las escuelas, y ello supuso una grave amenaza para la conservación de la enseñanza basada en la transmisión oral. Para garantizar su supervivencia se inició la tarea de consignar por escrito las sentencias de las principales escuelas. Surgieron así, en el siglo II, colecciones escritas de *midrashim*, redactadas en hebreo y conocidas con el nombre de *mishna* (enseñanza).

Con el paso del tiempo comenzaron a producirse notables divergencias en las aplicaciones prácticas, según las diferentes soluciones que los doctores de las diversas comunidades daban a un mismo problema. Para evitar la desintegración y el caos de la normativa que regulaba el cumplimiento de la Ley, hacia el año 200, el rabí Yehudá Han-Nasi (153-217 d.C.) acometió la tarea de coleccionar y unificar los materiales jurídicos existentes para darles un carácter oficial y vinculante. Esta recopilación, la *Mishna* por antonomasia, configura la parte fundamental del Talmud.

El Talmud

En su raíz histórica, el Talmud (conocimiento) es la exégesis y el comentario de los textos jurídicos consuetudinarios nacidos de las interpretaciones que los rabinos daban a la *Torah* y consignados por escrito en la *Mishna*. Esta labor exegetica se desarrolló en los centros de enseñanza judíos de Palestina (Cesarea, Sóforis y Tiberíades) y de la comunidad babilónica que había permanecido en el exilio (Sura, Pumbedita). Los comentarios, consignados por escrito en lengua aramea, reciben el nombre de *Guemara*. La suma de la *Mishna* y la *Guemara* es el Talmud. Surgieron, por tanto, dos "talmudes", el de Jerusalén, concluido hacia el 400 d.C., y el de Babilonia, mucho más extenso (cerca de 10 000 páginas en su traducción española), cuya etapa final se sitúa en los últimos años del siglo V d.C. Ambos fueron la norma jurídica vinculante de sus respectivas comunidades. Pero también ahora, como ya había sucedido con las *mishnayot*, se daban soluciones divergentes a los mismos problemas, a veces en cuestiones muy importantes, por ejemplo de derecho matrimonial, ya que eran muy distintas las circunstancias y las necesidades de las comunidades de Palestina y las de la diáspora. En razón de la evolución histórica (represión de las comunidades palestinas bajo el dominio bizantino y mayor margen de libertad en Babilonia bajo el califato de Bagdad), acabó imponiéndose el Talmud babilónico.

La cábala

Junto a esta vida religiosa orientada al cumplimiento de la Ley según la interpretación jurídica oficial, ha fluido, desde fechas muy antiguas, otra corriente de espiritualidad, de perfil místico, en la que, con el correr del tiempo, han ido desembocando otras muchas

creencias, tan heterogéneas y de tan diverso origen que resulta difícil establecer un orden unitario y clarificador.

Esta dimensión mística parte de la idea básica de que, más allá de su texto literal, la *Torah* encierra otro sentido esotérico, oculto, que es preciso indagar. A todo este movimiento espiritual se le ha dado, desde la alta Edad Media, el nombre de "cábala". Tuvo importantes manifestaciones escritas en Alemania y Provenza, donde a las enseñanzas genuinamente judías se añadieron numerosos elementos gnósticos y neopláticos y, sobre todo, en España, donde alcanza su forma definitiva en el *Sefer Hazoar* ("Libro del Esplendor") "descubierto" por Moisés bar Sem Tob, muerto en Guadalajara en 1305, en realidad escrito por él mismo, aunque lo atribuía a Shimon ben Yohay, del siglo II.

Los teorizadores de la cábala admiten el principio -irrenunciable para la fe judía- de la trascendencia y la inmanencia de Dios, pero no creen que sea Dios el creador inmediato del universo. Lo ha creado por intermedio de diez emanaciones escalonadas (*sefirot*), dotadas de poderes que ejercen una influencia benéfica en la creación. La religiosidad última de la cábala perseguía liberarse de las cadenas de este mundo mediante la ascética y la mística. Las buenas acciones de los judíos piadosos pueden acelerar la llegada de la era mesiánica, cuya esperanza sobrevuela por encima de todas las especulaciones cabalísticas.

Tras la expulsión de los judíos de España, surgieron en Europa y en los países islámicos varios centros de difusión de las concepciones cabalistas. El más importante fue el Safed de Galilea y, bajo la dirección de Isaac Lauria (1534-1572), experimentó una profunda remodelación. En la época algunos renacentistas europeos, como Pico della Mirandola, se sintieron interesados por el universo de la cábala.

Las prácticas cabalísticas

En la búsqueda del sentido esotérico de la *Torah*, hubo cabalistas que recurrieron a técnicas interpretativas exotéricas, como la sustitución de las letras de un texto por su correspondiente valor numérico o la transformación de las letras de una palabra en siglas de otras palabras para formar un texto completo. Se llegó así a una especie de magia de las letras expuesta a innumerables arbitrariedades. Estas prácticas no pasan de ser desviaciones de la intencionalidad profunda de los grandes teorizadores de la cábala.

Los galut de Israel

Como semillas expandidas por el viento

La interpretación teológica

Las cuatro grandes dispersiones históricas

Los profetas en su entorno histórico. Años

900

850

750

650

550

Como semillas expandidas por el viento

"El que vive fuera de Israel se asemeja al que no tiene Dios".

Además de los movimientos migratorios normales, que comúnmente obedecen a razones económicas, la literatura tradicional de Israel conoce cuatro grandes desplazamientos masivos forzados, es decir, expulsiones de la patria por métodos violentos, a los que se da el nombre de galut.

La primera de ellas tuvo lugar en los años 722-721 a.C., cuando Sargón II conquistó el reino de Israel. Siguiendo la política practicada en el imperio asirio desde la época de Tiglat Piléser de desterrar a los pueblos vencidos para prevenir futuras revueltas, los israelitas fueron deportados a Media y Mesopotamia, donde se fusionaron con la población autóctona y acabaron por desaparecer como pueblo diferenciado. Su territorio fue ocupado por colonos politeístas que, al entrar en contacto con los habitantes pobres e incultos no desterrados, crearon un sistema religioso sincretista en el territorio de Samaria.

Siglo y medio más tarde (596 y 587 a.C.) corrió la misma suerte el reino de Judá. Los judíos, derrotados por Nabucodonosor, tuvieron que emprender el camino del destierro a Babilonia. En el exilio, las comunidades judías cambiaron el hebreo por el arameo, pero conservaron tenazmente su identidad religiosa yahvista.

La tercera gran dispersión violenta se registró en la época helenística. En el curso de las guerras entre los diádocos griegos por el control de Palestina (entre el 300 y el 200 a.C.), numerosos contingentes de prisioneros de guerra fueron trasladados a Egipto y Cirenaica. Las comunidades deportadas adoptaron el griego como lengua propia y muchos de sus dirigentes entraron en contacto directo con la cultura y la filosofía helenísticas. En esta época se registra, además, la presencia de comunidades judías en Frigia, Bitinia, Galacia, Cilicia, Macedonia y Grecia.

La cuarta y última expulsión de Palestina tuvo lugar bajo el imperio romano. Tras la represión de las revueltas de los años 70 y 135 d.C., cientos de miles de judíos fueron vendidos como esclavos y dispersados por toda la ecumene.

La interpretación teológica

Las deportaciones, con su secuela última de desaparición del pueblo judío como nación independiente, han sido los episodios más dramáticos de la historia política de Israel y, a primera vista, el colapso final de todas sus esperanzas. Es, pues, natural que sus capas dirigentes se hayan esforzado por analizarlas y descubrir su sentido.

La explicación más obvia ha visto en ellas un castigo. Las penalidades sin cuento, el camino hacia el destierro de grandes muchedumbres encadenadas, desnudas, hambrientas y sedientas, la pérdida de los bienes, el alejamiento de la patria para tener que vivir en tierras desconocidas, entre pueblos de costumbres, lenguas y religiones extrañas, todo esto era consecuencia de la infidelidad de Israel.

La reflexión profética descubrió un segundo sentido, esta vez esperanzador. La diáspora es, ciertamente, un castigo, pero también una expiación, un proceso de purificación de las culpas pasadas como antesala del perdón de Dios y del restablecimiento de la antigua alianza. Expiada la culpa y alcanzada la purificación, surgirá una comunidad renovada. La diáspora es, pues, la etapa intermedia -necesaria tras la caída- hacia un futuro que los profetas describen con espléndidas pinceladas.

Los escritos sagrados posteriores ponen de relieve una finalidad aún más honda, más universal, en la diáspora. Las comunidades diseminadas entre las naciones son el instrumento de que Dios se sirve para manifestarse y dar a conocer su gloria a todos los

pueblos de la tierra. De aquí se derivaba para los desterrados una responsabilidad acrecentada, porque su mala conducta desacreditaba a Yahvé.

El contacto diario con los ídólatras enfrentaba a las comunidades judías con un problema que apenas se había planteado antes del exilio, a saber, la posibilidad de ganarse a estas personas para la fe y la religión yahvista o, dicho en otros términos, de admitir en el seno de la comunidad judía a individuos procedentes de otras etnias. Según la legislación talmúdica, quienes abrazaban en su totalidad la fe y las prácticas judías (incluida la circuncisión) gozaban, a todos los efectos, de la consideración de judíos. También ellos podían dirigirse a Dios, en las plegarias litúrgicas, y con el mismo título que los judíos de nacimiento, como "nuestro Padre". Había además quienes, atraídos por la superioridad del monoteísmo y la mayor pureza de costumbres de los judíos en el disoluto clima moral del paganismo, aceptaban las creencias y, en parte, la legislación judías. A éstos se les aplicaba el nombre de "prosélitos en el umbral" o "temerosos de Dios".

En la concepción de la cábala, la diáspora es una de las emanaciones (*sefirot*) de la divinidad. Por su medio acompaña Dios a su pueblo por toda la ecumene también en los momentos de adversidad. La misión última de la diáspora no es tan sólo difundir por el universo el conocimiento de la Ley, sino que implica un proceso cósmico suprahistórico y es símbolo de cuanto acontece en el universo superior de las emanaciones divinas.

Un análisis objetivo del devenir de las comunidades de la diáspora debe constatar el hecho, verdaderamente excepcional en las páginas de la historia, de que estos pequeños grupos humanos, minúsculas gotas de agua en océanos de naciones muy a menudo de superior cultura, de mayores progresos técnicos y de más amplia prosperidad económica, han sabido, por una parte, asimilar la lengua y numerosos elementos científicos y culturales de las comunidades de su entorno, pero conservando al mismo tiempo, durante milenios, la conciencia inalterada de su singularidad como pueblo diferenciado del resto.

Las cuatro grandes dispersiones históricas

Fiel a su palabra, el Dios de Abraham había dado a su pueblo la tierra que manaba leche y miel. La pérdida de la tierra fue proclamada por los profetas por una parte como fruto de la infidelidad de los judíos: el cisma entre los reinos de Judá e Israel, la idolatría y el incumplimiento de la Ley; y, por otra, como instrumento de inducción a una nueva visión de Dios -espiritual- y de la posesión de la tierra -simbólica.

El mapa de las dispersiones puede contemplarse, por tanto, como el cierre de un ciclo que había empezado con el periplo de Abraham desde Ur hasta Egipto atravesando las tierras fértiles (de pastoreo) en los límites septentrionales del gran desierto de Arabia, y que, siguiendo con el retorno de los judíos tras el liderazgo de Moisés, alcanzaba con la ocupación de Palestina la plenitud de un estado nacional. La división y la decadencia dieron pie a las invasiones extranjeras y, tras derrotas sucesivas, a otros tantos exilios: el definitivo de Israel, en los años 722-721, a Asiria, donde desaparece bajo Sargón II; el de Judá en 596 y 587, a Babilonia después de la derrota frente a Nabucodonosor y del que Judá se recuperará tras la intervención de Ciro; el de 300 y 200 a Egipto, Cirenaica, Frigia, Bitinia, Galacia, Cilicia, Macedonia y Grecia (estos judíos serán llamados más tarde helenistas); y el último y definitivo, bajo el Imperio romano, tras la represión de las revueltas de los años 70 y 135 de nuestra era.

La tercera dispersión hacia la cuenca oriental del Mediterráneo, por otra parte, explicará siglos más tarde -cuando la secta cristiana empiece a tomar los visos de una nueva religión derivada pero no dependiente del judaísmo- los numerosos viajes de Pablo y los destinatarios de sus epístolas; porque Pablo, en primer lugar, dirigirá el nuevo mensaje a

los judíos dispersos por el mundo helénico, y sólo después a los demás que quieran escucharle (los "gentiles").

Los profetas en su entorno histórico. Años

900

Entorno: Edad del Hierro

Reina Acab en Israel (874-853)

Reina Josafat en Judá (871-846)

Profetas: Actividad del profeta Elías en Israel

850

Entorno: Reina Jehoram en Israel (852-841)

Reina Joram en Judá (848-841)

Profetas: Actividad del profeta Eliseo en Isarel; muere aproximadamente en 800

750

Entorno: En Isarel, rápida sucesión de reyes hasta la ocupación de Samaria por Sargón II de Mesopotamia y deportación de los israelitas. Fin del Reino del Norte

Profetas: Entre 750 y 730, inicio de la actividad de los profetas Miqueas e Isaías en Judá

650

Entorno: Reina Josías en Judá (640-609). Reforma religiosa.

Muere en campaña contra los egipcios

Bajo Sedecías (595-587), sitio y toma de Jerusalén, captura del rey, destrucción del templo y deportación a Babilonia: Profetas: Actividad de los profetas Sofonías, Nahum y Abacuc.

Inicio de la actividad de Jeremías.

Actividad de Ezequiel en Babilonia

Lamentaciones de Jeremías Capítulos 40 a 55 del libro de Isaías (llamado Segundo Isaías)

550

Entorno: Ciro el Grande (550-530) se apodera de Babilonia y autoriza a los judíos para que vuelvan a Jerusalén. Construcción del segundo templo sobre el primero

Profetas: Capítulos 56 a 66 de *Isaías* (*Tercer Isaías*)

Actividad de los profetas Ageo y Zacarías 450

Entorno: Reconstrucción de la ciudad de Jerusalén

Profetas: Libro de *Jonás*

El monoteísmo de Israel frente a los pueblos paganos

Judaísmo, mazdeísmo y helenismo

El mazdeísmo

El contacto con el helenismo

La traducción griega de la Biblia

La cultura hebrea en la Europa medieval

El florecimiento europeo

El caso específico español

Maimónides y su influencia

Una espera mesiánica de milenios de duración ha cambiado el signo de la fe del pueblo de Abraham y de Moisés. La alianza divina, cuyo cumplimiento por parte del pueblo elegido suponía la posesión de la tierra prometida, ha tenido que ser reinterpretada desde una óptica profética estrictamente espiritual. La mística ha ocupado el espacio de la conquista bélica; el éxodo, la persecución, la exclusión y finalmente el Holocausto han puesto a prueba el mesianismo.

La teología judaica más radical ha comprendido que la literalidad de la "posesión de la tierra" no sólo está fuera de los términos de la alianza, sino que su mantenimiento a costa de más sufrimiento supone realmente el final de la religión judaica. Israel hoy se enfrenta a vida o muerte -como punto final- con el objeto del segundo Isaías en el tiempo de la deportación del reino de Judá a Babilonia: la comprensión espiritual de Dios y de su relación con el ser humano.

Judaísmo, mazdeísmo y helenismo

A lo largo de la historia, el esfuerzo intelectual y la mística judaica fueron perfilando la doctrina en los libros sagrados a fin de que fuera posible discernir netamente los aspectos espirituales y monoteístas de Israel frente a los pueblos paganos.

A través de las comunidades de la diáspora llegaba hasta las naciones politeístas el conocimiento del monoteísmo y de la moral del pueblo judío. Pero se trataba de un proceso de doble dirección, porque al entrar en contacto con la cultura pagana la fe yahvista, monolingüe, encerrada en sí durante los siglos de la época nómada y bajo las monarquías independientes de Judá e Israel, aprendía lenguas de comunicación universal y conectaba con mentalidades y sistemas conceptuales que aportaban nuevas ideas y planteaban problemas hasta entonces inexplorados.

La interrelación con culturas, filosofías y religiones distintas ha conocido en la historia del pueblo judío dos epicentros de singular trascendencia por sus repercusiones sobre las concepciones religiosas del judaísmo. El primero se dio en el ámbito mesopotámico de lengua aramea, en los siglos VII-II antes de nuestra era; el segundo coincidió con el espacio cultural del helenismo.

El mazdeísmo

La conquista de Babilonia por el persa Ciro (539 a.C.) aportó mayores niveles de libertad religiosa para el conjunto heterogéneo de pueblos del imperio aqueménida. A partir de Darío I (521-486 a.C.), la religión oficial persa fue el mazdeísmo, cuyos remotos orígenes parecen situarse en Irán oriental, en una fecha en torno al siglo XVII a.C. El rico y con frecuencia confuso universo conceptual de esta orientación religiosa gira en torno a la creencia en una serie de dioses, dotados de poderes y cualidades benéficas, frente a la que se alinea otra serie simétrica y opuesta de dioses con cualidades y poderes malévolos. Existen dos principios creadores: Ormuz, de quien procede cuanto es bueno, y Ahrimán, origen de todo cuanto es malo. El universo creado es el escenario en el que ambos principios se enfrentan. El hombre está dotado de libertad y puede elegir entre estos dos principios. Los ángeles siguen a Ormuz y procuran el bien de los hombres, mientras que los demonios se inclinan por Ahrimán y se esfuerzan por sembrar y difundir el mal. Los buenos serán premiados y los malos castigados en una existencia ultraterrena. El combate

cósmico entre el bien y el mal finalizará con la llegada de un Salvador y con la renovación del universo, ampliamente descrita en la rica literatura apocalíptica iraní.

Diffícilmente pudieron las capas cultas de las numerosas y a menudo florecientes comunidades judías del espacio mesopotámico mantenerse totalmente impermeabilizadas en este mar de ideas, sobre todo porque parecían aportar nuevos elementos para la solución del problema -inextricable desde las categorías antropológicas del judaísmo preexílico- de la justicia divina, que permite que los malvados prosperen y los justos sean humillados en la tierra. Existen indicios de la presencia de algunas de estas nociones mazdeístas en los escritos judíos de aquella época (*Job*, *Proverbios*, algunos salmos, la visión apocalíptica de *Daniel*). El profeta Jonás aporta una concepción del gobierno y la providencia de Dios de perfiles netamente universalistas. Parece asimismo de origen iraní la figura de Satán como autor del mal, mientras que en las concepciones preexílicas era simplemente un servidor de Yahvé. En el libro de Tobías, ángeles y demonios son personajes protagonistas. De todas formas, el estricto monoteísmo judío cerró herméticamente la puerta a la penetración de las concepciones gnósticas de dos principios -uno bueno y otro malo- como creadores del universo.

El contacto con el helenismo

La segunda gran zona de contacto entre las concepciones de los pueblos paganos y la visión del mundo del judaísmo se sitúa en el espacio del helenismo, y de una manera muy concreta y destacada entre la numerosa y floreciente comunidad judía de Alejandría y el vigoroso movimiento literario, filosófico y científico desplegado en aquel gran centro cosmopolita.

Tal vez el hombre que mejor encarna la problemática surgida como consecuencia del encuentro y el enfrentamiento entre las categorías racionales del pensamiento griego y las creencias religiosas judías sea Filón de Alejandría (hacia 13 a.C.-45/50 d.C.). Profundamente creyente, gran conocedor y sincero admirador de la literatura y la filosofía griegas, se impuso la tarea de conciliar las afirmaciones del *Pentateuco* y los enunciados filosóficos, las sentencias de Moisés y las tesis platónicas y aristotélicas, es decir, las verdades de la fe y las de la razón, a partir de la convicción básica de que no puede haber contradicción entre ellas, puesto que todas tienen su origen en Dios. Para alcanzar este objetivo recurrió a la interpretación alegórica de las páginas bíblicas. En el marco de las concepciones platónicas, Filón entiende que Dios no llevó a cabo la creación directamente y por sí mismo, sino mediante su *Logos* (Palabra). Aunque es controvertido el origen de este concepto en los escritos sagrados, está fuera de duda la influencia que, a través de la idea del *Logos*, ejerció Filón en los grandes pensadores cristianos -también alejandrinos- Clemente y Orígenes.

El *Libro segundo de los Macabeos*, surgido en el seno de la diáspora grecorromana, ofrece palpables pruebas de la profunda penetración de las ideas y las costumbres (a menudo paganas) helenísticas en la comunidad de Palestina, y es una excelente demostración de la aceptación de los cánones literarios griegos en las comunidades grecoparlantes judías.

La traducción griega de la Biblia

La aportación más trascendente nacida del encuentro entre las comunidades de la diáspora y el entorno helenístico es la traducción griega de la *Biblia*, llamada de los Setenta. Según la tradición, el rey Tolomeo (Tolomeo Filadelfo, 283-246 a.C.) hizo llevar de Palestina a 72 sabios hebreos (seis por cada una de las 12 tribus), cada uno de los cuales realizó, por separado, en 72 días, la traducción de los Libros de la Ley" (el *Pentateuco*). Dejando aparte los datos legendarios, el hecho cierto es que hacia el siglo III a.C. se vertían por primera vez las ideas bíblicas a un idioma y un universo conceptual no semita.

La cultura hebrea en la Europa medieval

Uno de los aspectos más reseñables de las comunidades hebreas en la Europa medieval radica en el hecho de que, con independencia de la hostilidad latente contra los judíos en las capas incultas de la población (véase "El Holocausto"), los grupos dirigentes de ambas confesiones, es decir, los judíos y los cristianos, a los que se añadían, en el caso de España y Portugal, los musulmanes, supieron mantener con frecuencia relaciones de amistad, diálogo y cooperación en numerosos campos de las artes y las ciencias.

El florecimiento europeo

En Italia destaca la figura del médico, poeta y exegeta Immanuel ben Salomo (1263-h. 1330), amigo personal de Dante. Judas León Abravanel (1460-1520), llamado León Hebreo, de origen portugués, ejerció una notable influencia en la poesía amorosa y la mentalidad platónica renacentista a través de sus *Dialoghi d'amore*.

En Alemania, los judíos consiguieron, ya desde el siglo X, organizarse en comunidades autónomas. Crearon importantes centros culturales en Maguncia, Worms, Tréveris y Espira. Entre sus aportaciones más destacadas figura el libro *Luces del exilio*, de Gerschom ben Yehudá (960-h. 1028 o 1040), rector de la Academia de Maguncia. La obra contiene una serie de disposiciones morales, que se convirtieron en obligatorias para todas las comunidades judías occidentales, entre ellas la prohibición de la poligamia y del divorcio sin el consentimiento de la esposa. Sorprende, por su modernidad, la garantía del secreto de la correspondencia epistolar.

En Francia se crearon, a partir del siglo XI, numerosas escuelas rabínicas de orientación básicamente babilónica. Las exégesis bíblicas de Salomo ben Isaac de Troyes (1040-1105), conocido como "Rashi", ejercieron una notable influencia en las interpretaciones de Nicolás de Lyra e incluso de Lutero. Sus comentarios al Talmud (*Tossafot*, "Añadidos") figuran en todas las ediciones talmúdicas posteriores.

El pensamiento hebreo alcanzó un vigoroso desarrollo en el espacio meridional francés de la *Langue d'oc*. La confluencia en tierras provenzales de ideas talmúdicas, platónicas y gnósticas y de nuevas sensibilidades artísticas permitió un despliegue científico y literario de amplios vuelos. Entre sus logros más destacados pueden mencionarse los tratados cabalísticos.

El caso específico español

En España la floración de escuelas hebreas potenció los estudios de gramática, lexicografía, exégesis bíblica y talmúdica, tratados de filosofía y medicina y el cultivo de la poesía.

La nómina de pensadores judíos de esta época es abundante. Ocupan en ella un lugar destacado el malagueño Salomón Ibn Gabirol (m. 1050), llamado Avicibrón por los latinos, exponente del aristotelismo contemplado con ojos neoplatónicos; el toledano Yehudá Ha Levi (m. 1141), más interesado por la poesía y la mística que por la filosofía; Ibn Saddiq, muerto en Córdoba hacia 1149, seguidor de la línea platónica de Ibn Gabirol aunque con mayor insistencia en la antropología, y el toledano Abraham ibn Ezra (m. 1167), cuyos comentarios bíblicos incluyen numerosos elementos conceptuales neoplatónicos. Las ideas aristotélicas se abren paso a través del también toledano Abraham ibn David (m. 1180), filósofo firmemente convencido de la armonía, e incluso de la coincidencia, entre la fe y la ética bíblica y las ideas aristotélicas.

Maimónides y su influencia

Este clima de efervescencia cultural tuvo su culminación en el cordobés Moisés Maimónides (m. 1204, en El Cairo). Su obra principal lleva el significativo título de *Guía de indecisos*, porque es precisamente a los pensadores que vacilan entre las verdades de la fe y las de la razón a quienes presenta sus reflexiones. Maimónides basa su argumentación en la filosofía aristotélica. Afirma que la revelación y la filosofía constituyen un todo, un *continuum*, en el sentido de que la segunda es el instrumento más idóneo para llegar a captar el auténtico contenido de las verdades reveladas.

El universo conceptual de Maimónides ofrece abundantes puntos de contacto, aunque también profundas divergencias, con su contemporáneo Averroes y con Tomás de Aquino, y ha ejercido una persistente influencia en numerosos filósofos, entre ellos Spinoza. Su obra tuvo como consecuencia la división en dos campos enfrentados, en partidarios y adversarios de sus ideas, de los estudiosos y los dirigentes de las comunidades judías. Entre los adversarios más radicales debe mencionarse a los cabalistas. Abraham Abufalia (1240-1292) intentó crear vías de entendimiento entre el racionalismo de Maimónides y el misticismo de la cábala.

La sinagoga y el culto

Para satisfacer las necesidades de la comunidad

La arquitectura sinagoga

La liturgia sinagoga

Para satisfacer las necesidades de la comunidad

La sinagoga ha sido, durante siglos, la asamblea de los creyentes, el hogar, punto de encuentro, centro de reunión y de oración, tanto como la patria del pueblo judío en el destierro.

El término griego "sinagoga" (compuesto de la partícula syn, con, y el verbo ago, actuar) traduce el concepto hebreo de *beit ha kneset* o "casa de la reunión" e incluye las acepciones de asamblea religiosa y edificio donde ésta se celebra. Las sinagogas, además de lugares de oración y culto, sirven también, según la tradición rabínica, "para satisfacer todas las necesidades de la comunidad".

Aunque no se conocen con exactitud sus orígenes históricos, es opinión unánime entre los estudiosos que pueden situarse, en términos generales, al menos como lugar de culto organizado, en la época del exilio de Babilonia, donde ejercieron el papel de templo sin el ritual de los sacrificios.

Hay testimonios escritos de la existencia de sinagogas ya desde la época de Esdras (siglo IV antes de nuestra era) y puede asumirse que se consolidaron como institución firme de uso consagrado bajo los gobernantes asmoneos (siglos II-I antes de nuestra era), con la decidida colaboración de los fariseos. En tiempos de Jesús existían sinagogas en numerosas poblaciones de Palestina, a las que acudían regularmente los fieles los sábados.

La arquitectura sinagoga

En el aspecto arquitectónico, es probable que en sus inicios las sinagogas apenas se diferenciaban de los edificios comunes. Con el paso del tiempo, fueron adquiriendo características que facilitaban el cumplimiento de sus objetivos como centros religiosos. En términos generales, el estilo arquitectónico de las sinagogas se adaptaba al predominante en sus respectivas regiones. La decoración podía consistir en relieves en piedra con motivos geométricos (pentagramas, hexagramas) y vegetales (granadas), aunque no faltan los motivos zoomorfos y antropomorfos. Así lo testimonia el descubrimiento de las espléndidas pinturas murales del siglo III a.C. en la sinagoga de Dura-Europos, en la orilla occidental del curso medio del Éufrates, con treinta frescos divididos en tres hileras sobre

temas bíblicos. Las sinagogas de Toledo y Córdoba muestran la influencia del arte árabe español.

La disposición del espacio interior se subordina a su función de centro de oración y enseñanza. La construcción se orienta hacia Jerusalén, es decir, para las comunidades judías de Europa, hacia el este. En la pared oriental se abre un nicho en el que se instala el "arca" o armario donde se depositan los rollos de la Ley. Este espacio, llamado "santo", está separado por un velo del resto del edificio. En un lugar algo elevado, junto al "santo", se coloca el pupitre (*bema*) para el lector y un sitial honorífico ("cátedra de Moisés") para el presidente de la asamblea. A lo largo de las paredes laterales se colocan bancos para los fieles. En los servicios sinagogaes actuales ha desaparecido la asignación de dos espacios distintos para hombres y mujeres.

La liturgia sinagogaal

La liturgia sinagogaal se inicia con la recitación de la *semá* ("escucha...") y de algunas oraciones, seguida de la lectura de algunos pasajes de la Ley y los Profetas. Este servicio de lectura tiene un cierto sello democrático. Puede ejercerlo cualquier persona capacitada para hacerlo según las reglas establecidas. Acabada la lectura, sigue su exposición, generalmente bajo la forma de exhortación piadosa. La asamblea finaliza con la fórmula de bendición: "Que Yahvé te bendiga y te guarde; que ilumine Yahvé su rostro sobre ti y te sea propicio; que Yahvé te muestre su rostro y te conceda la paz", tomada del capítulo sexto del *Libro de los Números*.

Como consecuencia de la destrucción del primer Templo de Jerusalén (587 a.C.), con la consiguiente desaparición de los sacrificios y de las funciones sacerdotales, la liturgia judía se concentró en la lectura e interpretación de los libros sagrados. De aquí se siguió, necesariamente, una revalorización de la Palabra, la doctrina y los "doctores", en detrimento del sacrificio y el sacerdocio. La situación se afianzó aún más durante los largos siglos de diáspora tras la destrucción del segundo Templo (70 d.C.). El culto se desarrolló en las sinagogas. Una de las preocupaciones básicas de las comunidades judías de la diáspora era construir en sus lugares de residencia una sinagoga donde poder congregarse para los servicios del culto. Puede afirmarse que sin sinagogas estas comunidades no hubieran podido conservar su identidad -religiosa y nacional- en el mar de los pueblos circundantes. De ellas puede decirse, en sentido estricto, que fueron, durante milenios, la patria de los judíos errantes. Contribuyó poderosamente a la eficacia de esta función de preservación de su conciencia de pueblo singular el hecho de que la administración de las sinagogas estuvo siempre, incluso bajo los gobernantes cristianos o musulmanes, en manos de las autoridades judías. Ser expulsado de la sinagoga equivalía en la práctica a un edicto de destierro del judaísmo.

Además de esta función de hogar cálido de la cultura y la espiritualidad judías, las sinagogas fueron el centro de irradiación del monoteísmo hacia el exterior mediante una labor de captación de prosélitos. La homilía que seguía a la lectura de los textos sagrados puso en manos de los apóstoles de Jesús una oportunidad y un instrumento de valor incalculable para difundir, a través de las sinagogas, el mensaje del cristianismo.

En la actualidad, las sinagogas están por lo general orientadas en dirección a Jerusalén. Al fondo del local se encuentra el tabernáculo, el arca santa que contiene los rollos de la Ley. Delante del tabernáculo pende una lamparilla constantemente encendida, en recuerdo de la luz perpetua que brillaba en el templo de Jerusalén. Un candelabro de lámparas en línea recuerda el candelabro de siete brazos que con frecuencia constituye el símbolo del judaísmo. El ministro oficiante se coloca frente a una mesa elevada sobre una plataforma que equivale al altar en otras confesiones religiosas. El culto es presidido por un rabino y

cantado por un ministro oficiante. Un comité de notables de la comunidad se hace cargo de la administración de la sinagoga.

El Holocausto de la Alemania nazi

El mayor crimen de la historia conocida

El antisemitismo nazi

Datos y obras sobre el Holocausto

El mayor crimen de la historia conocida

El Holocausto o "solución final", es decir, la fría, deliberada y despiadada determinación de los dirigentes de la Alemania nazi de exterminar a la raza judía ha sido la más dantesca implantación del horror que la mente humana ha podido concebir y una de las páginas más sombrías de la historia de la humanidad.

Las comunidades judías de la diáspora han oscilado, a lo largo del tiempo, entre la tendencia a la asimilación con las lenguas y culturas de su entorno y el deseo de mantenerse fieles a los usos y las creencias de los antepasados. Gracias a esta voluntad, han logrado preservar su identidad y singularidad.

Pero justamente esta singularidad, esta fidelidad a prácticas y cultos distintos de los de las poblaciones circundantes, les hacía aparecer a los ojos de los restantes ciudadanos como un grupo extraño, cerrado, incomprensible. De aquí se derivaban fácilmente sentimientos de rechazo y hostilidad, acentuados, en el cristianismo, por la acusación de "pueblo deicida", porque sus antepasados condenaron a muerte a Jesús, el Hijo de Dios.

Esta animadversión, acentuada en Europa a partir de la época de las Cruzadas, se tradujo en leyes y disposiciones discriminatorias contra los judíos. Se les obligó a vivir en barrios separados (*ghettos*) y a llevar sobre los vestidos señales que les identificaban como hebreos. Al prohibírseles los oficios laborales normales, se vieron forzados a concentrarse en actividades prestamistas, añadiendo así nuevo combustible a la hoguera de la envidia y del resentimiento de los cristianos. Un inevitable mecanismo psicológico desplazaba sobre las comunidades judías la responsabilidad de las catástrofes naturales, las epidemias y las crisis económicas, y las convertía en fácil blanco de la ira y la frustración populares. Durante la Edad Media fueron frecuentes en toda Europa los estallidos de violencia y las matanzas de judíos. Con el advenimiento de los Estados modernos se avivó el sentimiento antisemita, porque constituían un cuerpo extraño dentro de las sociedades en busca de homogeneidad nacional. Fueron expulsados de Inglaterra en 1290, de Francia en 1394, de España en 1492 y de Portugal en 1496. En el siglo XIX, esta hostilidad difusa subió un nuevo y peligrosísimo escalón al teñirse de xenofobia y racismo.

El antisemitismo nazi

Los sentimientos antisemitas tuvieron un excelente caldo de cultivo en la Alemania derrotada en la primera guerra mundial y encontraron en el partido nacionalsocialista liderado por Hitler uno de sus más duros núcleos de cristalización.

Para el racismo patológico de la Alemania nazi el judaísmo era un bacilo incrustado en el tejido de la raza aria, que debía ser eliminado a toda costa. Esta voluntad de aniquilación fue una de las causas principales del ataque alemán contra Rusia. Se estima que en los seis meses transcurridos desde el estallido de la guerra, en junio de 1941, hasta finales de aquel mismo año, fueron pasados por las armas 500 000 judíos rusos.

El 31 de julio de 1941, el dirigente nazi Hermann Goering mencionó por primera vez a Reinhard Heydrich las palabras fatídicas: *Gesamtlösung* (solución global) y *Endlösung*

(solución final) para resolver el problema judío. La "solución" consistía en "la eliminación biológica planificada de la raza judía en los territorios del Este".

Las cifras derivadas de esta demencial decisión son aterradoras. De los casi nueve millones de judíos que vivían en los territorios europeos ocupados por las tropas nazis en 1941, en los primeros meses de 1945 habían sido asesinados casi seis millones. Su distribución por naciones ofrece las siguientes cifras:

Polacos 2 600 000

Rusos 750 000

Rumanos 750 000

Húngaros 402 000

Checoslovacos 277 000

Alemanes 180 000

Holandeses 106 000

Lituanos 104 000

Franceses 83 000

Letones 70 000

Griegos 65 000

Austríacos 65 000

Yugoslavos 60 000

Búlgaros 40 000

Belgas 28 000

Italianos 9 500

En el caso francés consta el dato de que al menos 6 000 de los asesinados eran niños menores de seis años.

Curiosamente, los lugares más seguros para los judíos del continente europeo fueron España y Portugal.

Pero más espeluznante incluso que el número de las víctimas fue el método elegido para su eliminación. Tras varios ensayos con prisioneros de guerra, se optó por la eliminación en cámaras de gas mediante zyklon-B. A los condenados se les conducía a estas cámaras - situadas bajo prados de césped esmeradamente cuidados-, asegurándoles que se trataba de instalaciones de baño. Una vez dentro, y herméticamente cerrado el recinto, los vigilantes arrojaban los cristales de zyklon por las chimeneas. Las escenas siguientes eran el horror en su estado más espeluznante. Los desdichados se precipitaban contra la enorme puerta de hierro, gritaban y se aplastaban unos a otros. Al cabo de 25 minutos, bombas aspirantes eliminaban los gases. Luego, grupos especiales limpiaban con mangueras las heces y la sangre y, mediante garfios, separaban el amasijo de cadáveres para iniciar la repulsiva tarea de "recuperación de elementos útiles": se arrancaban las piezas de oro de las dentaduras y se ponían aparte los cabellos para colchones y la grasa para fabricar jabón. A continuación, los cadáveres eran trasladados a hornos crematorios y los restos calcinados eran reducidos a cenizas, que se arrojaban a la corriente de los ríos. Ocurría a veces que, por las necesidades de ahorro de la maquinaria militar germana, las cantidades de zyklon eran insuficientes para matar a todo el grupo, y los supervivientes eran incinerados vivos.

De Auschwitz dijo Rudolf Hess que era "la mayor instalación de aniquilamiento humano jamás inventada".

¿Tuvo el pueblo alemán conocimiento de esta siniestra actividad de sus dirigentes? Y si lo tuvo, ¿tenía la posibilidad de evitarla, de modo que su pasividad le convertía en cómplice o responsable de este sobrecogedor genocidio? Probablemente, la respuesta a estas preguntas es negativa. Consta que en una reunión con los *Gauleiters* (gobernadores militares) de los territorios ocupados, el 29 de mayo de 1944, Himmler les advirtió: "Ahora ustedes lo saben todo [sobre el genocidio judío], pero es mejor que se lleven a la tumba este secreto".

Datos y obras sobre el Holocausto

Antisemitismo: Desde tiempos inmemoriales, doctrina hostil a los judíos. La Alemania nazi fue la que llevó más lejos el antisemitismo, pero en todos los países de Europa se produjeron brotes de violencia por esta causa. Son hitos históricos en este sentido la expulsión de los judíos de España por los Reyes Católicos en el siglo XV, el "caso Dreyfus" en Francia en el XIX, y el fascismo internacional de la primera mitad del siglo XX.

Auschwitz: (en polaco, *Oswiecim*). Campo de exterminio nazi, tal vez el más tristemente famoso de la historia del Holocausto. Situado cerca de Cracovia, se han conservado parte de sus instalaciones (cámaras de gas, hornos crematorios, etc.) para que sirvan de ejemplo de los horrores que la humanidad debe evitar.

Baeck, Leo: Rabino, filósofo y teólogo, en 1905 publicó su obra fundamental, *Esencia del judaísmo*. Años más tarde, fue líder de los judíos alemanes durante la persecución nazi. Sobrevivió a las penalidades del campo de concentración de Theresienstadt, donde escribió varias obras, como *Este pueblo: Israel, el significado de la existencia judía*, que recupera la tradición teológico-filosófica de Hermann Cohen, de quien fue discípulo.

Belzec: Campo de exterminio nazi situado cerca de la frontera entre Polonia y Ucrania. En él, como en casi todos los campos de exterminio, fueron eliminados tanto judíos como eslavos, gitanos, homosexuales, comunistas y enfermos mentales.

Bergen-Belsen: Campo de exterminio nazi situado en el norte de Alemania.

Buchenwald: Campo de concentración nazi situado cerca de Leipzig.

Dachau: Campo de concentración nazi situado en el sur de Alemania.

Díáspora: Dispersión del pueblo judío por todo el mundo, a lo largo de los siglos. Su última manifestación, provocada de modo abrupto y trágico por el Holocausto en Alemania y Europa Oriental, llevó a muchos al Estado de Israel, creado en 1948.

Frank, Anna: Judía holandesa que murió durante la ocupación nazi, a los 16 años y tras haber escrito un conmovedor diario que expresa, desde el inocente punto de vista de una adolescente, la barbarie nazi. El *Diario de Anna Frank* han tenido millones de lectores.

Ghetto de Varsovia: En 1943, Hitler envió a sus tropas para ocupar la capital polaca, esperando no encontrar resistencia. Sin embargo, con métodos improvisados y apenas armados, los hombres y mujeres del ghetto judío de Varsovia resistieron heroicamente a los ejércitos alemanes durante un mes, lo cual se convirtió en un símbolo de lucha para la futura Israel.

Judaísmo del Holocausto y la Redención: Según Jacob Neusner, tendencia unificadora de los judíos del siglo XX. Por encima de ideologías o variantes doctrinales, están unidos por la experiencia (en carne propia o en la de familiares) del Holocausto nazi y por la Redención, que sería la creación del Estado de Israel.

Kaddish: Oración hebrea en homenaje a los muertos.

Kristalnacht: En alemán, "noche de los cristales", momento en que se llevó a cabo (noviembre de 1938) la quema de sinagogas, tiendas y casas de judíos alemanes.

Levi, Primo: Escritor judeo-italiano interesado en los campos nazis y autor de la conocida novela *La tregua*.

Madjanek: Campo de exterminio nazi situado cerca de la frontera entre Polonia y Ucrania. La mayoría de sus víctimas reposan en el cementerio judío de Lublin, junto al cual se erigió la Izba Pamieci (en polaco, Cámara de la memoria), un complejo arquitectónico diseñado por Stanislaw Machnik que recuerda a las víctimas del Holocausto.

Mauthausen: Campo de concentración nazi situado entre Austria y la República Checa.

Psicoanálisis: Escuela de psicología y psiquiatría fundada por Sigmund Freud. Muchos de sus continuadores han sido hebreos y algunos de ellos, como Eugene Heimler, Viktor Frankl o Bruno Bettelheim, fueron supervivientes de los campos nazis, lo cual les hizo desarrollar sus estudios teniendo en cuenta su experiencia en situaciones límite. El psicoanálisis ha sido también una vía de escape para muchos pacientes que conocieron el horror.

Schindler, Oskar: Nombrado por Israel "persona justa" en la década de 1950, Schindler fue un empresario alemán que trasladó sus fábricas a Cracovia y consiguió salvar a cientos de trabajadores judíos de los campos de exterminio. Su figura se hizo célebre a raíz de una excelente película del director de origen judío Steven Spielberg.

Singer, Isaac Bashevis: Escritor polaco que obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1978 escribiendo en yiddish, cuando esta lengua estaba prácticamente muerta. Emigrado a Estados Unidos en 1935, conoció en los años siguientes a muchos judíos que huían del Holocausto. Muchas de sus obras hablan del tema con gran lucidez. Su novela póstuma, *Sombras sobre el Hudson*, es básica para comprender las distintas posturas (sionismo, ortodoxia, comunismo, ultracapitalismo, agnosticismo y ateísmo) que los judíos han adoptado tras el Holocausto: uno de los personajes de la novela, Anna Makaver, afirma:

"-¡Oh, no soporto que me hablen de Dios! Después de lo ocurrido en Europa, me indigna que se pronuncie esa palabra, porque si Dios realmente existe y permitió todo aquello, es aún peor que si no existiera."

Las obras de Singer son importantes para entender la cultura judaica, tanto la anterior al Holocausto (sus cuentos y leyendas de inspiración jasídica) como la posterior.

Treblinka: Campo de exterminio nazi situado cerca de la frontera entre Polonia y Bielorrusia. En él la resistencia moral judía fue tan enconada que se ha convertido en uno de los símbolos de la lucha por la dignidad del pueblo hebreo.

Sobibor: Campo de exterminio nazi situado cerca de la frontera entre Polonia y Ucrania.

Wiesel, Elie: Escritor que popularizó el concepto de Holocausto (que significaba "sacrificio u ofrenda con fuego") referido a la muerte de seis millones de judíos durante la persecución nazi. Él mismo fue superviviente de un campo de exterminio.

Yad Va-Shem: Instituto de estudios del Holocausto, fundado en 1957 en Jerusalén, con el objeto de recopilar todo lo concerniente a tan trágico hecho de la historia del pueblo judío.

El judaísmo en la actualidad

Entre la identidad nacional y la espera mesiánica

El Estado hebreo

Ortodoxos reformistas y radicales

Datos del judaísmo contemporáneo

Del judaísmo al sionismo

Judaísmo

Sionismo

1900

Entre la identidad nacional y la espera mesiánica

En el Estado hebreo, objetivo último del sionismo, se diluye el fenómeno religioso del judaísmo abrahámico como componente esencial de la nacionalidad judía.

La nostalgia por la patria, el deseo de retorno a la tierra prometida, ha ardido como una llama inextinguible en el alma de los judíos diseminados por la tierra. La espeluznante experiencia vivida bajo el terror nazi convirtió aquel anhelo en una necesidad existencial, apremiante e irrefrenable. Era indispensable disponer de un territorio propio, gobernado por autoridades judías, con leyes judías, donde guarecerse de las atrocidades, saqueos, humillaciones y matanzas del pasado.

Estas aspiraciones, durante muchos siglos más bien nostálgicas por inalcanzables, comenzaron a adquirir cuerpo y expresión concreta en el movimiento sionista organizado y encauzado por el periodista vienés Theodor Herzl. En 1896 publicó su libro programático *Der Judenstaat* (El Estado judío). En 1898 se celebró en Basilea el primer congreso sionista y se pusieron los cimientos de un hogar nacional judío, aunque por razones tácticas no se mencionaba aún la creación de un Estado judío soberano e independiente.

El movimiento sionista partía del principio de que la "cuestión judía" es una cuestión nacional que no puede solucionarse en el destierro, sino que requiere, ineludiblemente, el asentamiento del pueblo judío en un territorio concreto y propio que, por razones históricas, no puede ser otro que Palestina. Para el sionismo, los judíos son un pueblo que, por los avatares de la historia, ha sido privado de algunos de los elementos esenciales definidores de una nación (una tierra, una lengua, unas estructuras políticas y jurídicas propias), y es preciso reconquistarlos. El manifiesto sionista declaraba en términos expresos que se trataba de un movimiento netamente político.

El sueño se hizo realidad con la proclamación del Estado hebreo, el 14 de mayo de 1948.

El Estado hebreo

El nuevo Estado se convirtió rápidamente en polo de atracción de numerosos judíos de todas las regiones del mundo. Al asentarse en Israel, los componentes de esta masa de emigrantes aportaban su propia cultura, sus usos y costumbres, sus convicciones. Así, junto a personas profundamente creyentes, había otras indiferentes en cuestiones religiosas, agnósticas e incluso declaradamente ateas. Las estructuras políticas del moderno Estado de Israel son homologables con las de cualquier democracia occidental. El país es gobernado por un parlamento elegido por votación popular. No es una teocracia.

Esta situación plantea inexorablemente la pregunta de en qué consiste ser judío hoy o, en otros términos, qué cualidades han de confluir en un individuo para ser judío.

Según el *Talmud*, es judío quien nace de madre judía o abraza la religión yahvista. Esta doble condición era de índole estrictamente religiosa en los días en que fue redactada esta ley, porque era impensable que el nacido de madre judía no siguiera su misma religión. La situación es distinta en la actualidad. Un nacido de madre judía puede ser religioso, pero también puede no serlo. Además, una persona convertida al judaísmo puede proceder de otras etnias. Desaparece, por tanto, el gran elemento de identificación de la nación judía del pasado.

Incluso dentro de los grupos religiosos y genuinos descendientes de padres hebreos las divergencias son profundas y, no pocas veces, radicales. A muy grandes rasgos, pueden señalarse dos corrientes religiosas: los asquenazes (judíos alemanes, polacos y rusos), que conservan en parte el yiddish como lengua propia, y los sefardíes, descendientes de judíos españoles, que han hablado, durante siglos, en los países de su dispersión tras la expulsión de la península Ibérica, el ladino (castellano antiguo con fuerte presencia de hebraísmos y vocablos hebreos).

Ortodoxos reformistas y radicales

Dentro de estos grupos religiosos tienen distinta intensidad el peso de la religión y el carácter vinculante de las tradiciones, con repercusiones directas sobre la concepción del moderno Estado de Israel y su legislación. Para los ortodoxos reformistas, la *Biblia* es un libro en el que hombres impregnados del espíritu divino han expresado la vivencia de su encuentro con la divinidad. Adoptan, por tanto, una actitud independiente respecto del sentido literal de estas doctrinas y reclaman el derecho a modificarlas y darles expresiones nuevas según las cambiantes circunstancias. Rechazan el carácter obligatorio de las leyes ceremoniales o las aceptan sólo en la medida en que responden a las situaciones concretas de las comunidades.

Los judíos ortodoxos radicales, por el contrario, afirman que la *Torah* es la revelación escrita de Dios, mientras que el *Talmud* es la consignación de la otra gran fuente de la revelación, también divina, transmitida durante generaciones por vía oral. Ambas son obligatorias y sus preceptos son inalterables. Mantienen el carácter vinculante de la legislación mosaica como base insustituible de la estructura del Estado, consideran irrenunciable la circuncisión, el descanso sabático riguroso, las normas sobre pureza ritual, las reglas sobre los alimentos permitidos y prohibidos y las prescripciones ceremoniales.

Esta visión radical de la ultraortodoxia no considera que el Estado judío, en su forma actual, sea el cumplimiento de las esperanzas bíblicas. Para ellos, el reino prometido llegará al final de los tiempos y será implantado, de acuerdo con las profecías, no por el poder de los hombres, sino por la poderosa intervención de Dios.

El judaísmo puro aguarda, pues, expectante, con la mirada y la esperanza abierta al futuro, la llegada de los días escatológicos del Mesías prometido.

Datos del judaísmo contemporáneo

Asquenaze: En la Edad Media, decíase de los judíos que habitaban Europa Central y Oriental. Su lengua era el yiddish y su legado se ha mantenido en algunas zonas de Europa (aunque mucho menos tras el Holocausto), América (EE.UU. y también el Cono Sur) y el moderno Estado de Israel. Hoy en día son un 70 % de los judíos del mundo y el yiddish se ha ido recuperando como lengua escrita, sobre todo desde la entrega del premio Nobel de Literatura en 1978 al escritor polaco-estadounidense Isaac Bashevis Singer, gran divulgador de la tradición jasídica.

Balfour: Declaración promovida en 1917 por el científico Chaim Weizmann, en la que el gobierno británico apoyaba oficialmente la pretensión sionista de establecer una patria judía en Palestina, que en aquel entonces formaba parte del tambaleante imperio turco. Dos años después se adhirió a ella el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson.

Buber, Martin: Filósofo y teólogo judío de origen austriaco. Gran estudioso de la *Biblia* y exponente del sionismo, aunque lo invistió de un cariz marcadamente filantrópico: sus nociones de cooperación y fraternidad provienen de la tradición jasídica.

Cohen, Hermann: Filósofo y teólogo alemán del siglo XIX. Eminentemente neokantiano, consideraba el judaísmo una religión afín a la razón y era contrario al sionismo. Su pensamiento ha ejercido una gran influencia en el mundo hebreo contemporáneo.

Eliezer, Israel ben: (véase *Jasídico*).

Gurion, David Ben: Líder político que en 1948 proclamó el Estado de Israel, con el beneplácito de la ONU, en la ciudad de Tel Aviv.

Herzl, Theodor: (véase *Sionismo*).

Intifada: Movimiento de liberación islámico surgido en las zonas ocupadas por Israel desde la guerra de los Seis Días (1967).

Jasídico: Movimiento fundado en Polonia, en el siglo XVII, por Israel ben Eliezer, llamado por sus seguidores Baal Shem Tov ("Buen Maestro de Renombre"). Sus tesis contrarias a la rigidez intelectual de la tradición rabínica atrajeron a gran cantidad de fieles, especialmente entre los hebreos de clase humilde. La sencilla piedad y la alegría de vivir defendidas por los *jasidim* (jasídicos) se extendieron por toda Europa Oriental y aunque su influencia decreció en el siglo XX, ha llegado hasta nuestros días, especialmente entre los judíos de origen ruso, bielorruso, polaco, húngaro y ucraniano que emigraron a Estados Unidos.

Judaísmo liberal: Tendencia nacida en el siglo XIX y desarrollada especialmente en el XX. Se contraponen al judaísmo unitario y al conservador. Se trata de una discreta observancia de las leyes de la *Torah* por parte de muchos individuos, que la adaptan a un pensamiento no categórico y personal. Probablemente procede del carácter ecléctico del siglo que ha dado conocidos intelectuales hebreos de muy distinta orientación ideológica: agnósticos, socialistas y, en algunos casos, hasta ateos.

Judaísmo ortodoxo: Tendencia surgida en el siglo XIX que pretende conjugar el respeto sagrado a la *Torah* con un modo de vida justo, pero adaptado a la vida moderna. Por ejemplo, los judíos pueden llevar las mismas ropas que los no judíos, pues son sus creencias las que los diferencian, no su aspecto físico, y también pueden llevar una vida secular mientras no se aparten de las normas, que son inmutables. En el siglo XX, paradójicamente, se llama ortodoxos a los judíos que visten de forma explícitamente hebrea (de negro, con filacterias y sombrero, el pelo de las sienes crecido) y acuden al Muro de las Lamentaciones a leer y comentar fragmentos de la *Torah*; es decir, se identifica con el judaísmo ultraconservador.

Judaísmo reformado: Nacido al mismo tiempo que el judaísmo ortodoxo (siglo XIX), abandona la concepción mística de que los judíos son el pueblo elegido. De modo pragmático, los reformistas son conscientes de que el pueblo de Israel ya no tiene Estado y de que son tan sólo una opción religiosa minoritaria en muchos países, por lo que hay que adaptarse: el judaísmo es un producto de la historia y puede -y debe- cambiar con los tiempos. Ejerce una clara influencia en el judaísmo no dogmático y liberal del siglo XX.

Kibbutz: (plural, *kibbutzim*). Pequeñas explotaciones agrícolas en régimen de cooperativa, de clara inspiración socialista, que se fundaron en el nuevo Estado de Israel y que aún hoy están vigentes.

Muro de las Lamentaciones: Originalmente, parte del muro de Jerusalén en época romana. Hoy se ha convertido en un símbolo de la nueva Sión y a él acuden los hebreos a conmemorar desde fiestas sacras hasta acciones militares, como ocurrió al acabar la guerra de los Seis Días.

Rebbe: (a veces, abreviado *Reb*). Título de respeto que se da al rabino que lidera un grupo jasídico. También se aplicaba a los maestros de escuela primaria en Europa Oriental antes del Holocausto.

Rosenzweig, Franz: Filósofo y teólogo alemán, discípulo de Hermann Cohen y traductor de la *Biblia*. Escribió su obra máxima, *La estrella de la redención*, en las trincheras durante la primera guerra mundial.

Sefardíes o sefarditas: Originalmente, tras la diáspora medieval, nombre que se dio a los judíos que habitaban España, Portugal y algunas áreas del Mediterráneo. Hablaban ladino y hoy en día apenas quedan unos pocos descendientes (especialmente en Bulgaria y Turquía). De hecho, la última gran comunidad sefardí fue aniquilada en Tesalónica durante la segunda guerra mundial.

Sionismo: (del antiguo nombre de Israel, Sión). Originalmente, movimiento ideológico y político fundado por el periodista austriaco Theodor Herzl. El sionismo es un movimiento de emancipación que nació como respuesta al antisemitismo y las falsas promesas de las naciones; su principal objetivo era crear un estado judío en Palestina. Herzl murió en 1904, siete años después del Primer Congreso Sionista en Basilea y casi medio siglo antes de que fuera cumplido su sueño.

Universidad hebrea de Israel: Institución fundada en la década de 1950 por judíos procedentes de la diáspora. A su cargo ha estado, y sigue estándolo, gran parte del renacer de la cultura hebraica, del retorno del hebreo como lengua hablada y de la conservación de la historia y tradiciones sefardíes y askenazíes.

Del judaísmo al sionismo

Judaísmo

Hacia 1800 a.C.: Abraham. Fundador de la religión judaica

Hacia 1250 a.C.: Moisés y las Tablas de la Ley

970-931 a.C.: Reinado de Salomón. Construcción del primer templo. A su muerte, cisma y establecimiento de los reinos de Israel al norte y de Judá al sur.

900-150 a.C.: Actividad de los profetas

Hacia 40: Aparición de la secta cristiana y escisión

70: Destrucción de Jerusalén por los romanos y diáspora de los judíos por el imperio

1135-1204: Maimónides, principal teólogo judío, resume la fe judaica en trece artículos. Su credo reproduce las palabras de Moisés en el Sinaí

1492: Los judíos son expulsados de España. El antisemitismo, alentado por las religiones cristianas, es común en toda Europa

Sionismo

1800: Yehuda ben Salomón al-Kalai (1788-1878), Moises Hess (1812-1875) y Hirsch Kalischer (1795-1874) exponen por primera vez que el regreso por medios humanos a la tierra de los antepasados no se opone a la voluntad de Dios

En 1882, el grupo "Bilú", compuesto por jóvenes judíos rusos, funda colonias de pioneros judíos en Palestina

En 1895 Theodor Herzl (1860-1904) publica *El Estado judío*

En 1897 se celebra el I Congreso Sionista en Basilea

1900

En 1917, "Declaración de Balfour", piedra angular del Estado de Israel

1939-1945: el fascismo internacional se propone eliminar para siempre a la raza judía. Holocausto

En 1948, el mandato británico sobre Palestina, después de la segunda guerra mundial, facilita la creación del nuevo Estado de Israel contra los intereses de los palestinos que habitan en esta región.

Se asegura de este modo una interminable sucesión de guerras.

Jesús de Nazaret y sus discípulos

Jesús de Nazaret

Biografía de Jesús según los Evangelios

El perfil humano de Jesús

El Nuevo Testamento y los apócrifos

Los libros canónicos

Los escritos apócrifos del Nuevo Testamento

Cuando Jesús inició su ministerio público, Palestina era un pequeño territorio oriental sometido al Imperio Romano. Roma nombraba los gobernadores, dictaba las leyes, establecía los tribunales y cobraba los tributos. La clase dirigente judía estaba escindida en dos bandos, los saduceos y los fariseos, que mantenían concepciones políticas y religiosas enfrentadas. Los saduceos, descendientes de Sadoc, sacerdote del Templo de Jerusalén en tiempos de Salomón, se cuidaban del culto y los sacrificios y, en el plano político, procuraban abrir vías de entendimiento y colaboración con la potencia ocupante. Los fariseos, los grandes mentores religiosos del pueblo, se atenían al cumplimiento escrupuloso de los preceptos de la ley mosaica y se dedicaban al estudio y la interpretación de las Escrituras. Tenía también importancia la corriente espiritual de los esenios, cultivadores de la vida ascética en sus apartados monasterios. Observaban con rigor los ritos y los preceptos sobre la pureza y rechazaban el sacerdocio de Jerusalén. Gozaba asimismo de gran simpatía entre la población el movimiento nacionalista y violento de los zelotas.

A este heterogéneo y en parte contradictorio auditorio dirigió Jesús su mensaje, y entre todos sus componentes encontró seguidores: fariseos, miembros del alto tribunal del Sanedrín, pescadores, las clases humildes, ricos y funcionarios del Imperio, mujeres cercanas a la corte real, y en fin, hombres y mujeres santos y también pecadores.

Jesús de Nazaret

En la historia de la humanidad no existe un personaje que haya inspirado tanto amor y tantas polémicas. Si por él murieron muchos, otros tantos por él mataron. ¿Dios y hombre? ¿Quién fue Jesús de Nazaret?

La tesis propugnada por algunos racionalistas radicales en el siglo XIX, negando la existencia de Jesús de Nazaret y afirmando que se trataba de un personaje mitológico, es hoy día unánimemente rechazada por los investigadores. La existencia real de Jesús de Nazaret es aceptada por toda la crítica histórica. Menciona a Jesús, con declarada simpatía, el historiador judío Flavio Josefo, quien hacia el año 95 le describía como "varón sabio" que contó con numerosos seguidores y a quien Pilato condenó a morir en la cruz. Más

conciso, pero sin duda auténtico, es otro texto del mismo autor, en el que habla de Santiago el Menor, "hermano de Jesús, el llamado Cristo".

El historiador Suetonio alude a "un tal Khrestos" (fácil corrupción de Khristos, Cristo), ejecutado bajo el reinado de Tiberio por orden de Poncio Pilato. Tácito menciona a algunos "cristianos, así llamados por ser seguidores de Cristo, condenado a muerte por Poncio Pilato". Plinio el Joven, en una carta a Trajano, informa sobre "cristianos que cantan himnos a Cristo como a un dios".

Biografía de Jesús según los Evangelios

Fuera de estas breves alusiones, la únicas fuentes escritas de que se dispone sobre la vida y las actividades de Jesús son los *Evangelios* y algunas cartas de Pablo. Las noticias cronológicamente más antiguas son las aportadas por las dos cartas de Pablo a los cristianos de Tesalónica, hacia el año 50, y el *Evangelio de Marcos*, escrito hacia el 65 pero con documentación extraída probablemente del hoy perdido evangelio arameo de Mateo, redactado hacia el año 50, es decir, apenas 20 años después de los acontecimientos narrados.

Debe advertirse que los evangelistas no pretendieron escribir una biografía de Jesús en el sentido de la historiografía moderna. Los evangelios configuran un género literario particular en el que los datos biográficos no son invenciones, pero tampoco son expuestos siguiendo una rigurosa secuencia histórica, sino que están ordenados y agrupados con la mirada puesta en su principal objetivo, transmitir el mensaje de Jesús. Por ello, la exactitud cronológica de los episodios o sus circunstancias geográficas pasa a un segundo plano.

Con esta aclaración, el dato más seguro acerca de la biografía de Jesús es la fecha de su muerte, que puede situarse, con bastante probabilidad, en el viernes 7 de abril del año 30. Admitiendo como hipótesis más probable que su actividad pública se extendió a lo largo de 2 o 3 años, como dice el *Evangelio de Juan* (y no de un año tan sólo, como se deduce de los *Evangelios sinópticos*), Jesús habría iniciado su ministerio hacia el año 27 o el 28. Siempre según estos cálculos, y de la mano de la información de Lucas de que cuando Jesús comenzó su actividad pública "tenía unos 30 años", puede fijarse su nacimiento entre los años 7 y 4 antes de nuestra era, bajo el reinado de Herodes el Grande en Palestina, durante el imperio de Augusto. Los "Evangelios de la infancia" hablan de su nacimiento en Belén de Judá y de su niñez y juventud en Nazaret de Galilea.

Su doctrina, sus curaciones de enfermos, expulsiones de malos espíritus y otros prodigios despertaron la admiración del pueblo, que le seguía a todas partes, pero también la suspicaz curiosidad y, al cabo de poco, la abierta hostilidad de los dirigentes políticos y religiosos. Algunas de sus enseñanzas eran inadmisibles para la ortodoxia judía. Aunque Jesús nunca se aplicó el título de Mesías, su afirmación de que era mayor que Abraham era blasfema para la mentalidad hebrea, y el sanedrín le condenó a muerte. Dado que sólo las autoridades romanas tenían competencia para pronunciar y ejecutar sentencias capitales, los sacerdotes le llevaron ante el gobernador de Roma, Poncio Pilato, pero cambiando el contenido de la acusación. Las autoridades civiles se habrían desentendido, con seguridad, en un proceso de carácter religioso. Por tanto, la denuncia acusaba a Jesús de alborotar al pueblo, proclamarse "rey de los judíos", es decir, de rebelarse contra el emperador y, además, de prohibir pagar tributos al César. Eran delitos de alta traición. El gobernador le condenó a morir en la cruz.

El perfil humano de Jesús

La figura de Jesús ha sido contemplada en el curso de la historia desde numerosas y, a menudo, contradictorias perspectivas que le presentan unas veces como un hombre manso

y piadoso, que se somete a los designios de Dios y soporta sin quejas los sufrimientos, y otras como un gran profeta, como taumaturgo dotado de poderes curativos preternaturales o como un revolucionario radical que proclama la subversión del orden establecido para liberar a los hombres de las cadenas de la esclavitud económica y social. Una lectura atenta de los *Evangelios* descubre en su conducta -y en su prolongación en las parábolas- una personalidad riquísima y compleja, con una inabarcable gama de matices.

Es patente, ya desde el primer momento, su inequívoca inclinación hacia los pobres, los niños, los desamparados, los pecadores, las capas más humildes y despreciadas de la sociedad. Es muy compasivo y parece incapaz de negarse a socorrer a quienes acuden a él en busca de ayuda. Se conmueve cuando piensa en que la muchedumbre que le sigue carece de alimentos o en la suerte de sus discípulos cuando él muera, ya que se quedarán desvalidos y desorientados como ovejas sin pastor. No tiene ningún apego a los bienes materiales. "Las zorras tienen madrigueras y las aves nidos, pero yo no tengo donde reclinar la cabeza." Sin embargo, no ofrece la imagen de rigor y austeridad de Juan Bautista. Se comporta como una persona sociable, acepta la invitación a una boda en Caná, come en compañía de publicanos y pecadores, pero también se sienta a la mesa de fariseos de buena posición, o del acaudalado Zaqueo, hasta el punto de ser acusado de llevar una vida regalada; tiene un elevado sentido de la amistad; llora con desconsuelo la muerte de Lázaro, y al traidor Judas le dirige una reproche dolorido: "Amigo, ¿con un beso me entregas?".

Es notable la sensación de seguridad que se desprende de sus actos. Despertaba la admiración del pueblo porque enseñaba con autoridad, y no como los escribas. Se enfrentó con ánimo firme y sereno a los poderes militares, políticos y religiosos. No vaciló en presentar su propia doctrina no sólo contra las tradiciones y las enseñanzas de los doctores y maestros, sino también contra los preceptos de la ley mosaica. Vivió también instantes de turbación, que le llevaron a suplicar a Dios en Getsemaní que le ahorrara el suplicio de la muerte. Pero a continuación recobra el autodomínio y acepta con serenidad su destino. Es en las horas de agonía en la cruz donde se revela el insondable abismo de sus vivencias definitivas, desde el angustiado lamento: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", hasta la entrega final confiada: "En tus manos pongo mi espíritu. Y dicho esto, murió".

El Nuevo Testamento y los apócrifos

Jesús impartió sus enseñanzas por medio de la palabra hablada y también de manera oral transmitieron su mensaje los discípulos. Es probable que como segundo paso, tal vez unos diez años después de la desaparición del Maestro, surgieran colecciones de sus sentencias y parábolas más memorables. Estas "memorias" de los testigos presenciales, bastante numerosas según el testimonio del prólogo del *Evangelio de Lucas*, han sido la base de la consignación escrita de un "Evangelio de Mateo", originariamente redactado en hebreo (o arameo), hacia el año 50, y hoy perdido. Tal vez de este Evangelio se hicieron varias traducciones griegas (también hoy perdidas) que, junto con algunos otros datos y tradiciones no escritas aportadas por los testigos de la primera obra, sirvieron para la redacción de los *Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas*. Se les llama "Evangelios sinópticos" porque tienen muchas secciones parecidas de modo que, puestos en tres columnas, pueden apreciarse claramente sus coincidencias y divergencias. Este proceso de consignación escrita, que garantizaba la conservación para el futuro de la doctrina, era también, a la vez, un proceso de eliminación. En efecto, de toda aquella enorme masa de información sobre las cosas que hizo Jesús, sólo han llegado hasta nosotros las consignadas en los escritos canónicos. El resto se ha perdido.

Los libros canónicos

El primero de los evangelios, por orden cronológico, es el *Marcos*, el más breve, espontáneo y colorista de los tres. Puede situarse su fecha de redacción final hacia el año 64. El *Evangelio de Mateo*, en griego, debió ser redactado antes del año 70, ya que ignora la destrucción de Jerusalén por Tito. Sus destinatarios son judíos. Por eso, su genealogía de Jesús se remonta sólo hasta Abraham. El *Evangelio de Lucas* exhibe un buen estilo literario. No es posterior al año 80 y está dirigido a los gentiles: su genealogía de Jesús alcanza hasta el primer hombre, Adán. La fecha de redacción del *Evangelio de Juan* puede fijarse en torno a los años 96-98. Aunque es el más tardío de los cuatro, sorprende por la mayor exactitud en muchas de sus informaciones cronológicas y topográficas. Es el que presenta un carácter semita más acusado.

Las "cartas" configuran el segundo grupo de escritos neotestamentarios. En el sentido moderno de carta, es decir, la misiva que una persona concreta envía a otra sobre asuntos privados, en el Nuevo Testamento sólo hay una: la de Pablo a su amigo Filemón. Las restantes son más bien exposiciones doctrinales a las que sus autores han dado forma epistolar, dirigida a unos destinatarios concretos mencionados al principio y al final del escrito.

Las cartas representan más de una tercera parte de todo el Nuevo Testamento. Se distribuyen en dos grupos: cartas paulinas y cartas católicas. Las primeras, así llamadas por haber sido dictadas por el apóstol Pablo, o atribuidas a él, forman un conjunto doctrinal que ha ejercido una influencia determinante en los conceptos del cristianismo. Se llaman "cartas católicas" los documentos que mencionan el nombre del autor, pero no el de los destinatarios. Son escritos dirigidos a toda la cristiandad, es decir, de alcance universal, católico.

El *Libro de los Hechos de los Apóstoles* se inscribe en un género literario muy cultivado durante el helenismo. Pueden citarse a este propósito los *Hechos de Alejandro* y los *Hechos de Aníbal*. Escrito con toda seguridad por Lucas, autor del Evangelio de su nombre, narra, en el mejor estilo griego de todo el Nuevo Testamento, la historia de las primeras comunidades cristianas y la expansión universal del mensaje cristiano, con particular dedicación a las actividades de Pablo.

Cierra la lista de los libros sagrados del Nuevo Testamento el *Apocalipsis* de Juan. Pretende describir, a través de revelaciones divinas, las cosas arcanas del pasado, el presente y el futuro. El lenguaje presenta elevadas dosis de simbolismos que dificultan la comprensión del texto.

Los escritos apócrifos del Nuevo Testamento

"Apócrifo" significa literalmente "oculto", destinado sólo a los iniciados. Fueron muchas las obras de este género escritas entre los siglos II-I a.C. y I d.C. Sus autores intentaban dar peso y autoridad a sus doctrinas atribuyéndoselas a personajes célebres de la Antigüedad (Adán, Henoc, Abraham, Jacob, David, Elías, Isaías, Job) o del Nuevo Testamento (Jesús, María, los apóstoles).

Es abundante el material de escritos apócrifos neotestamentarios que ha llegado hasta nosotros. Merecen especial atención, por la influencia doctrinal que ejercieron, los *Hechos de Andrés*, el *Evangelio de los ebionitas*, el *Evangelio de los egipcios*, el *Evangelio de Felipe*, los *Hechos de Felipe*, el *Evangelio de los hebreos*, el *Evangelio de Marción*, el *Evangelio de los nazarenos*, los *Hechos de Pablo y Tecla*, las *Cartas de Pablo y Séneca*, el *Apocalipsis de Pedro*, el *Evangelio de Pedro*, los *Hechos de Pedro* (con el conocido episodio de "Quo vadis"), el *Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio de Tomás*, todos

ellos del siglo II. Se remontan al siglo III los *Hechos de Tomás* y al siglo IV, *La ascensión de María* y el *Evangelio de la infancia de Tomás*.

Pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo

La fe cristiana

La pasión y muerte de Jesús

La noticia de la resurrección

El "pléroma"

Expansión del cristianismo primitivo

Entre los años 25 y 30

En invierno de 36 ó 37

En los años 45-49

Entre 50 y 52

Entre 54 y 58

En 60

En julio de 64

En 67

En 70

La fe cristiana

"Él es imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, por Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la Tierra, las visibles y las invisibles. [...] Existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia" (Carta a los colosenses 1,15-17).

El elemento específico de la fe cristiana no consiste en aceptar como verdaderos los enunciados teológicos elaborados a lo largo del tiempo mediante deducciones lógicas, basadas principalmente en las categorías de la filosofía griega, y promulgados como "dogmas" por los papas o los concilios.

El contenido esencial de la fe no es una doctrina, un catecismo, sino una persona. Ser cristiano significa creer en Jesucristo, en lo que es, en lo que significa. No existe, por tanto, en contra de las tesis defendidas por numerosos partidarios de la "teología liberal" o el modernismo, una dicotomía o incluso una contradicción entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, entre lo que Jesús predica y el Cristo predicado por la Iglesia.

Los primeros anunciadores de la buena nueva extraían su mensaje de los hechos, las enseñanzas y los milagros de Jesús de Nazaret, cuya existencia habían compartido.

Pero transmitían este mensaje desde una perspectiva suprahistórica, la de la resurrección, es decir, desde una comprensión de fe que proyectaba una luz interior nueva sobre los acontecimientos externos de la biografía del Jesús terreno.

La pasión y muerte de Jesús

Las enseñanzas de Jesús habían despertado desde muy pronto primero la extrañeza y luego la abierta oposición de los grupos dominantes de la comunidad judía, los saduceos y los fariseos. Los duros enfrentamientos verbales de Jesús con ellos tuvieron un desenlace desastroso a primera vista. Jesús fue condenado a morir en la cruz y sus partidarios -los que habían depositado en él todas sus esperanzas, los que habían creído que sería él quien traería la salvación de Israel (*Lucas 24,21*)- huyeron despavoridos en todas las direcciones.

La noticia de la resurrección

La noticia, en aquellas primeras horas de la mañana del domingo, de que Jesús había resucitado provocó una conmoción profunda y una radical transformación anímica en sus seguidores. Si Dios le ha resucitado, es que está con él, testimonia a su favor, confirma que su mensaje es verdadero. De ahí la insistencia de los cuatro evangelistas y de los primeros escritos del apóstol Pablo en la realidad histórica de la resurrección, los relatos pormenorizados, la profusión de detalles con que narran los encuentros de los discípulos con Jesús resucitado, el encantador episodio de Lucas sobre la conversación de los dos discípulos, camino de Emaús, con un "desconocido", o la viva descripción de la obstinada incredulidad de Tomás aportada por el cuarto evangelista.

La resurrección es el inmovible fundamento sobre el que se levanta la estructura de la fe cristiana. Pues, como dice el apóstol Pablo: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana es también vuestra fe... ¡Pero Cristo ha resucitado!". Desde este excepcional acontecimiento volvían ahora los discípulos a repensar cuanto habían vivido con Jesús, meditaban bajo esta nueva luz sus enseñanzas. "Entonces comprendieron lo que Jesús había querido decir..."

Ahora comprendían que la pasión y muerte de Jesús no era el fin catastrófico de todas las esperanzas depositadas en él, sino que advertían que "era necesario que Cristo padeciera y muriera", porque esta pasión y muerte son la expiación de los pecados de los hombres. Jesús es el Redentor. Su sangre derramada es el sello del establecimiento de la nueva alianza, que sustituye a la antigua y señala el inicio de una nueva época en las relaciones de Dios con los hombres. Jesús es el Mesías, el ungido esperado durante siglos que viene a liberar a Israel no de la tiranía de los poderes terrenos (en su circunstancia histórica concreta del poder de los romanos), sino de la esclavitud del pecado para que, purificados, puedan acercarse de nuevo, como hijos confiados, a Dios. Jesús es el Kyrios, es el Señor, el Principio, el Primogénito entre los muertos para ser el primero en todo.

La ascensión a los cielos es la confirmación de que vuelve al Padre, de donde salió, y la prueba de que vive, en la eternidad, junto al trono de Dios.

Sobre este conjunto de ideas, extraídas de la vida y resurrección, formuladas en los primeros momentos con las categorías mentales del Antiguo Testamento y luego lentamente desarrolladas mediante reflexiones conceptuales guiadas por la fe, se construyen las enseñanzas de la Iglesia sobre su fundador, Jesús de Nazaret.

El "pléroma"

Para los cristianos, la fe en la resurrección del "Señor" y el seguimiento de sus enseñanzas conducen al *pléroma*, la plenitud, la perfección total que alcanzarán todos los seres de la creación cuando, al final de los tiempos, lleguen a la consumación definitiva. Para los cristianos, el *pléroma* es Jesús mismo, en quien están centradas todas las fuerzas divinas y desde quien se derraman al resto de la humanidad.

Expansión del cristianismo primitivo

A lo largo de la segunda mitad del primer siglo de nuestra era acontece, en el seno del Imperio romano, lo que nos es permitido llamar "revolución cristiana". Sucede a partir del foco de Jerusalén, pero no sería explicable sin tener en cuenta las comunidades judías que, desde la cuarta diáspora, se encontraban diseminadas por todo el imperio.

Entre los años 25 y 30

-Bajo el emperador romano Tiberio- había aparecido a orillas del Jordán un último profeta, Juan Bautista, que predicaba la inminente llegada del Mesías. Su trágica desaparición coincidió con las primeras predicaciones de Jesús, que a su vez también fue recibido como

profeta. Jesús también fue ajusticiado y, según sus seguidores, resucitó al tercer día de su muerte en la cruz.

En invierno de 36 ó 37

Ya existe una comunidad de seguidores de Jesús (considerados como sectarios por el judaísmo oficial), presidida por Pedro, heredero de Jesús. Uno de los seguidores, llamado Esteban, es ajusticiado públicamente. Una parte de la comunidad huye de Jerusalén.

El judío, y a la vez ciudadano romano, Saulo de Tarso, mientras se encuentra persiguiendo celosamente a esos seguidores huidos cerca de Damasco, se convierte, se une a ellos y pasa a ser su principal ideólogo. Cambia su nombre, latinizándolo, por el de Pablo, y empieza a ser perseguido él también. Hacia el año 39, Pablo huye de Damasco y se presenta ante la comunidad de Jerusalén. Viajero incansable, se desplaza después a Siria y la Cilicia y hacia el año 43 llega a Antioquía. En el mismo año 43, Agripa I, una especie de virrey del emperador para la región mediterránea oriental, ordena la decapitación de otro de los primeros discípulos, Santiago ("el Menor").

En los años 45-49

Pablo realiza su primer viaje de anuncio del evangelio de Jesús entre los judíos dispersos por el imperio. En el año 49 se celebra la primera asamblea general de los cristianos en Jerusalén.

Entre 50 y 52

Pablo realiza su segundo viaje apostólico y escribe las dos cartas a los cristianos de Tesalónica. En la ya provincia romana de Judea, entre tanto, los ánimos se van encendiendo; Agripa murió en 44 y ahora un mero procurador, Antonio Félix, debe hacer frente a la resistencia armada contra Roma por parte de los judíos.

Entre 54 y 58

Pablo desarrolla un tercer viaje de predicación, con una estancia de dos años en Éfeso, y regresa a Jerusalén. Incansable en su actividad intelectual, escribe a los cristianos de Corinto, Galacia, Filipo de Macedonia y Roma. En Jerusalén es arrestado y llevado a Cesarea, donde permanece preso durante dos años. Desde la cárcel escribe a los colosenses.

En 60

Pablo, preso, apela al César utilizando el privilegio que le otorga su condición de ciudadano romano. Entre 60 y 61 es llevado a Roma y aquí permanece otros dos años bajo arresto domiciliario. Dos años que aprovecha para escribir de nuevo a los colosenses, a los efesios, a Filemón y a los hebreos en general. Se le atribuyen también las cartas enviadas a Timoteo y Tito, aunque es posible que éstas daten de fechas bastante posteriores (años 80 a 100) y se deban a otro autor.

En julio de 64

Acontece un gran incendio en la Roma de Nerón y se desata la persecución contra los seguidores de Jesús, que ahora ya reciben el nombre de cristianos. Pedro, el heredero de Jesús, está también en Roma. Pedro y Pablo son ajusticiados en Roma hacia los años 64 a 67. Pedro clavado en una cruz como los esclavos judíos, y Pablo decapitado como los ciudadanos romanos.

En 67

Vespasiano reconquista Galilea, ocupa el litoral marítimo y el valle del Jordán y somete a los judíos; los que pueden escapar, se hacen fuertes en Jerusalén.

En 70

Tito conquista Jerusalén y destruye e incendia el templo. Judea pasa a ser gobernada militarmente por un legado.

El cristianismo, entre tanto, se ha difundido por todo el imperio, primero en las comunidades hebreas dispersas y a partir de aquí en núcleos que acogen a fieles de cualquier procedencia, desde Alejandría a las Galias y desde Hispania hasta la región del Ponto.

Los apóstoles de Jesucristo

Testigos y enviados de Jesús

El ministerio apostólico

Testigos y enviados de Jesús

Tomando la palabra, Pedro dijo: "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué recompensa recibiremos?". Jesús les contestó: "Os aseguro que vosotros, los que me habéis seguido, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Mateo 19,28).

Los Evangelios narran que Jesús eligió de entre sus seguidores a "doce", a los que introdujo en el círculo más íntimo de su vida, les hizo partícipes directos de sus enseñanzas y les confió la tarea de transmitir sus enseñanzas a todas las naciones de la tierra. Éste es el significado de la palabra apóstol: enviado, mensajero, portador autorizado de un mensaje, de acuerdo con el principio rabínico: "El enviado de una persona es como esa persona".

Los elegidos fueron: el pescador *Simón*, a quien más adelante Jesús le añadió el nombre de "Cefas" (Piedra, *Pedro*); su hermano, y también pescador, *Andrés*; los también pescadores *Santiago (el Mayor)* y su hermano *Juan*, hijos del Zebedeo, cuyo carácter impetuoso les valió que Jesús les calificara de *Boanerges* (hijos del trueno); *Felipe de Betsaida*, hombre al parecer bien relacionado con los paganos, pues un grupo de éstos solicitaron su intervención para conseguir una entrevista con el Maestro; *Bartolomé* (a quien a veces se identifica con Natanael); el recaudador de impuestos *Mateo*, hijo de Alfeo, también llamado *Leví*, probablemente originario de Cafarnaúm, autor al parecer de una colección de sentencias de Jesús en arameo (o hebreo) hoy perdidas; *Tomás*, llamado *Dídimo* (gemelo), célebre por su obstinada negativa a creer en la resurrección de Jesús; *Santiago (el Menor)*, tal vez oriundo de Nazaret, a quien el *Evangelio de Marcos* llama "hermano del Señor" y que desempeñó en Jerusalén una importante labor mediadora entre los cristianos judaizantes y los helenistas; Pablo le menciona como "una de las columnas" de la comunidad jerosolimitana; se le atribuye la carta transmitida bajo su nombre; *Santiago*, hijo de Alfeo, a menudo erróneamente identificado con Santiago el Menor; *Judas Tadeo*; *Simón el Zelota*, así llamado por haber pertenecido a este grupo de nacionalistas militantes; finalmente, *Judas Iscariote*, el que traicionó a Jesús. A ellos debe añadirse *Matías*, elegido por "los once" para sustituir al traidor Judas.

Son escasos los datos seguros de las biografías de cada uno de ellos. El primero en morir fue Judas Iscariote. Arrepentido de su traición y desdeñosamente tratado por los sacerdotes, tomó la desesperada decisión de ahorcarse en las afueras de Jerusalén, en el "campo del alfarero" o "campo de la sangre". El siguiente fue Santiago el Mayor, ejecutado entre los años 41 y 44 por orden de Herodes Agripa. Simón Pedro ejerció su ministerio en Jerusalén, Antioquía, Asia Menor y Roma, donde murió crucificado, durante la persecución de Nerón, hacia el año 64 o 67. Figuran bajo su nombre dos cartas católicas, si bien la segunda es con seguridad pseudoepigráfica. Juan formó parte del grupo más íntimo de Jesús. Según una leyenda no comprobada, después del concilio de Jerusalén se trasladó a Éfeso con María. Esta misma leyenda le presenta desterrado por Domiciano a la isla de Patmos, donde escribió el *Apocalipsis*. Se le atribuye también el *Evangelio* de su nombre y tres cartas. Se ignora la fecha y el lugar de su muerte. Los datos sobre las actividades y el género de martirio de los restantes apóstoles proceden de leyendas y escritos tardíos de escaso rigor histórico.

Pablo constituye un caso excepcional. No formó parte de "los doce" pero él reclamó enérgicamente para sí este título. Nacido en Tarso de Cilicia, ciudadano romano por derecho de nacimiento y educado en el rigor del fariseísmo, tras su conversión llevó a cabo una enorme labor evangelizadora por toda la cuenca mediterránea. Escribió numerosas cartas que son la verdadera urdimbre de gran parte de la vida espiritual del cristianismo. Pudo afirmar con razón que "había trabajado más que ningún otro apóstol". Murió decapitado en Roma, hacia el año 64 o 67. La liturgia ha unido indisolublemente el nombre de este "apóstol de los gentiles" al de Pedro, "apóstol de los judíos".

El ministerio apostólico

La tarea principal de los apóstoles fue la oración y el anuncio de la "buena nueva" (del evangelio), es decir, la proclamación fiel del mensaje de Jesús. Los escritos sagrados les presentan como un grupo colegiado ("los doce"), en el que se asigna a Pedro un papel especial: "Tú eres Pedro (piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mateo 16,19). "He rogado por ti [Pedro] para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (*Lucas* 22,32).

Como oyentes y testigos directos de la doctrina de Jesús, se constituyen en garantes de su transmisión auténtica. Se saben asimismo revestidos de una especial autoridad en cuanto que han sido enviados por Jesús del mismo modo que Jesús ha sido enviado por el Padre. Han recibido el Espíritu Santo y el poder de "atar y desatar", de perdonar los pecados. Es esta conciencia de la autoridad recibida de Jesús la que les permite remitir a las comunidades de Antioquía, Siria y Cilicia las graves decisiones tomadas en el concilio de Jerusalén con esta solemne introducción: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros..." (*Hechos de los Apóstoles* 15,28).

Para poder cumplir el mandato de anunciar la buena nueva a todas las naciones de la tierra "hasta el fin de los tiempos", eligieron sucesores a quienes confiaron, con igual autoridad, la prosecución del ministerio de la palabra. En ellos se inicia, pues, la sucesión apostólica. La cadena ininterrumpida de sus sucesores se convierte en criterio de la verdadera doctrina. A ellos ha de volver incesantemente su mirada la Iglesia para cerciorarse de que no se producen desviaciones doctrinales. La Iglesia es apostólica porque se mantiene fiel a la tradición recibida de los apóstoles (tradición apostólica).

El cristianismo primitivo

El impulso de un espíritu comunitario
Evolución interna de la comunidad de Jerusalén
Carisma y ministerio

El impulso de un espíritu comunitario

"Todos los creyentes lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según las necesidades de cada uno" (Hechos de los Apóstoles 2,44-45).

Tras haber presenciado la ascensión de Jesús al cielo desde un monte de Galilea, el pequeño grupo de discípulos -unos 120 en total según los Hechos de los Apóstoles- se volvió a Jerusalén, a la espera de los acontecimientos, según las últimas instrucciones del Señor. Debieron ser días idílicos de intenso gozo y exaltación para aquella comunidad, embebida en el recuerdo de Jesús resucitado. Libres de preocupaciones materiales, se dedicaban a la oración, tal vez con la esperanza puesta en el cumplimiento a corto plazo ("antes de que pase esta generación") de la nueva venida -en gloria- de Jesús.

La efusión del Espíritu el día de Pentecostés fue la señal de partida de la actividad evangelizadora de los apóstoles. En su primer discurso, Pedro logró la conversión de 3 000 personas. Y en el segundo, tras la curación milagrosa de un tullido en el templo, se les unieron, contando sólo los hombres, otros 5 000.

Este movimiento masivo de conversiones, unido al enorme prestigio de que los seguidores de Jesús gozaban a los ojos del pueblo, alarmó a las autoridades religiosas judías. En un primer momento, tras una reunión de urgencia, les prohibieron hablar más a nadie "en este nombre". Al verse desobedecidos, pasaron de las amenazas a los hechos y ordenaron flagelar a Pedro y Juan. Pero fue un devastador discurso del diácono Esteban, asegurando que veía a Jesús a la diestra de Dios, el que colmó la paciencia de los judíos. Lapidaron a Esteban y desencadenaron la primera gran persecución contra los cristianos. Fue también el principio de la evangelización a gran escala por toda la ecumene. Cuando los perseguidos, en su mayor parte helenistas (de hecho los apóstoles se quedaron en Jerusalén), retornaron a sus lugares de origen, llevaron a todas partes la noticia de Jesús.

Evolución interna de la comunidad de Jerusalén

Varios indicios señalan que los discípulos fueron tomando conciencia lentamente de la significación trascendental de la persona y el mensaje de Jesús. Reconocían, por supuesto, que era el Mesías esperado, el Hijo de Dios, el Señor. Pero, al parecer, entendían su actividad como la prolongación, el punto culminante de la religión judía. Seguían yendo al templo, como el resto de sus compatriotas, para hacer sus oraciones y consideraban obligatorio el cumplimiento de la ley de Moisés, incluidos los preceptos sobre alimentos lícitos y prohibidos. Echaron en cara a Pedro que hubiera entrado en la casa de un pagano, el centurión Cornelio, porque constituía una impureza legal. Hubo incluso un grupo muy influyente, el de los "judaizantes", que intentaron imponer a todos los convertidos al cristianismo, incluidos los procedentes del paganismo, el rito de la circuncisión para su integración en la comunidad. Fue el apóstol Pablo, un helenista, quien advirtió el enorme peligro de vaciamiento de la realidad de Jesús que esta actitud entrañaba, ya que si la salvación viene como consecuencia del cumplimiento de la ley, de nada habría servido la muerte de Jesús. Jesús no sería el Redentor. De ahí la enérgica afirmación paulina: "La justificación no viene por las obras de la ley, sino por la fe en Jesús". El cristianismo no es una prolongación ni un perfeccionamiento del judaísmo. Es su superación radical.

Carisma y ministerio

El creciente número de conversiones hizo necesario un primer intento de organización. Los apóstoles decidieron descargar el peso de las necesidades materiales de la comunidad (el "servicio de las mesas", es decir, la atención y el cuidado de los pobres) en algunos hombres elegidos, a los que impusieron las manos, confiriéndoles con este gesto autoridad y legitimidad para el desempeño de sus funciones. Ellos, por su parte, liberados de estas tareas, podían dedicarse a la oración y el "servicio de la palabra", es decir, al anuncio del mensaje de Jesús.

Además de estos servidores de las mesas, los *Hechos* mencionan, como miembros con autoridad en la comunidad, a los "presbíteros", que toman parte, al lado de los apóstoles, en las decisiones del concilio de Jerusalén (*Hechos* 15,5).

Junto a los apóstoles, diáconos y presbíteros con autoridad para tomar decisiones doctrinales, figuran también en la comunidad jerosolimitana los "profetas" (*Hechos* 15,32). De donde se sigue que, desde el primer momento, en las comunidades cristianas coexistían pacíficamente el ministerio y el carisma.

La comunidad de Jerusalén tuvo una existencia corta y accidentada. Surgieron fricciones entre los hebreos y los griegos; estos últimos se quejaban del trato de favor dispensado a las viudas de los primeros. La situación económica se deterioró y se hizo necesario organizar colectas en las restantes comunidades para acudir en su ayuda. En el año 70 la comunidad cristiana se trasladó a Pella, al otro lado del Jordán.

El encuentro del cristianismo con el paganismo

Sangre de mártires, semilla de cristianos

Las persecuciones

El culto a los mártires

La nueva terminología cristiana

Sangre de mártires, semilla de cristianos

Los primeros destinatarios del mensaje de Jesús fueron los judíos de la diáspora y los prosélitos. Las sinagogas se convirtieron en centros de difusión de la buena nueva. Pero en el espacio de muy pocos años, y ante el rechazo de los dirigentes judíos, los cristianos ampliaron su círculo de oyentes para incluir también a los paganos.

Dentro de las fronteras del Imperio romano los primeros contactos fueron pacíficos. La política romana en asuntos religiosos se basaba en la tolerancia. A los pueblos sometidos se les permitía conservar sus creencias y practicar sus ritos. Los romanos podían adoptar los cultos extranjeros que, de hecho, proliferaron en Roma, en particular los cultos orientales de Mitra e Isis. El clima prevalente era proclive a un cierto sincretismo. Pablo aprovechó al máximo para su labor misionera dos grandes conquistas del Imperio: una lengua común (el griego) y una magnífica red de calzadas que garantizaban la seguridad de los viajeros.

Pero el cristianismo estaba llamado a chocar de forma inevitable con el paganismo. No era un culto más que viniera a sumarse a los ya existentes, sino que por sí mismo era excluyente. No admitía la legitimidad de otras creencias porque negaba la existencia de otros dioses. Esta actitud negativa frente a los restantes cultos le acarreaba la hostilidad de una sociedad sincretista, permisiva y tolerante. Más aún, el cerrado monoteísmo cristiano - que confesaba un solo Dios, un solo Salvador y un solo Señor- era inconciliable con la religión oficial romana, que incluía entre sus elementos el culto al divino emperador y a la diosa Roma. Participar en estos cultos se interpretaba como signo de lealtad al Estado. Negarse a ello equivalía a cometer un crimen de lesa patria.

Las persecuciones

De todas formas, en los dos primeros siglos sólo se registraron persecuciones esporádicas contra los cristianos, aduciendo razones que a veces no tenían un componente religioso. Así, la de Nerón fue provocada por la acusación de que los cristianos habían provocado el incendio de Roma. Las grandes persecuciones sistemáticas contra el cristianismo en cuanto tal, porque se le consideraba una amenaza para la existencia del Imperio, se iniciaron con el emperador Decio (249-251) y tuvieron una terrible culminación en 303-304, cuando el emperador Diocleciano dictó cuatro edictos contra los cristianos, al parecer no por iniciativa propia, sino bajo la presión de su César Galerio.

Las persecuciones no fueron continuas, sino esporádicas, con amplios intervalos de tregua que permitieron llevar adelante la tarea de evangelización y el aumento de las conversiones. Pero aun con estos dilatados períodos de paz, la suerte de los cristianos era muy precaria, ya que al no estar incluido el cristianismo en el catálogo de las religiones toleradas, en cualquier momento y lugar, y dependiendo del capricho o del talante personal de las autoridades, podían verse despojados de sus bienes, desterrados o condenados a la pena capital. Con ello, la fe de los cristianos se ahondó en su forma de expresión más eminente: la del martirio.

El culto a los mártires

"Mártir" designa a quien presta un testimonio bajo juramento. Durante las persecuciones, este concepto adquirió su significación actual de persona que testifica la verdad de su fe cristiana, aunque este testimonio le cueste la vida.

Pasados setenta años desde la última persecución, rigió la Iglesia de Roma el papa Dámaso (366-384), quien compuso no menos de ochenta poemas dedicados a santos mártires enterrados en las catacumbas. De su profundo respeto por los mártires da fe este fragmento conservado en una lápida:

"Aquí, lo confieso, habría querido yo, Dámaso, depositar mis restos, / pero tuve miedo de causar molestia a las santas cenizas de los justos".

Fue aquélla una época de veneración dirigida a quienes durante las persecuciones habían dado su vida a cambio de la permanencia en la fe cristiana. Las catacumbas se convirtieron en el centro de culto y de peregrinación desde los más alejados confines del mundo romano y en codiciado lugar de reposo como cementerio de los devotos ricos.

La nueva terminología cristiana

La persona de Jesús y sus palabras, su misión redentora aportaban realidades hasta entonces desconocidas para las que era necesario forjar nuevos términos o dotar de nuevo contenido los antiguos. Otro tanto exigían las nuevas tareas a las que se enfrentaban las comunidades cristianas.

Abba: Fórmula de plegaria empleada por Jesús. Es un diminutivo del arameo *ab* (padre), propio del lenguaje infantil, equivalente a "papá". No figura en el Antiguo Testamento ni en la literatura judía posterior. Refleja una relación singular de Jesús con Dios, su Padre. A imitación de Jesús, también sus seguidores pueden, por inspiración del Espíritu Santo, formular esta misma invocación.

Alfa y Omega: Son la primera y última letras del alfabeto griego. La expresión se utiliza para indicar totalidad, una realidad que abarca el principio y el fin. Se aplica a Dios y a Jesús porque son "el primero y el último", el principio y fin de todas las cosas.

Alianza: En el Antiguo Testamento indica la relación especial de Dios con Israel, materializada en un pacto entre Yahvé y el pueblo hebreo en el monte Sinaí, en virtud del cual Israel adora exclusivamente a Yahvé y Él le ama y protege como a su pueblo

predilecto. No es un pacto entre iguales. Es Dios quien asume siempre la iniciativa. En el cristianismo, aquella relación especial de la alianza antigua es sustituida por una "alianza nueva y eterna" entre Dios y la humanidad, nacida en virtud de la sangre de Cristo.

Anciano: El término no se refiere a la edad de las personas, sino a su posición social o su autoridad. Originariamente, los ancianos eran los jefes de familia o clan que, juntos, formaban una especie de consejo de una tribu o de una población. En las monarquías y en las culturas urbanas su función equivalía a la de consejeros o concejales. En el Nuevo Testamento figuran al lado de los apóstoles, deliberan y toman decisiones con ellos. Véase también *Presbítero*.

Anticristo: Los orígenes de este concepto se remontan a las ideologías dualistas que admiten la existencia de un principio del bien y otro del mal, en constante pugna, que librarán, al final de los tiempos, una batalla decisiva. El Anticristo es el gran adversario de Cristo que, en la etapa última de la historia, desarrollará una actividad funesta contra los cristianos. Algunos comentaristas creen que se trata de un personaje concreto, dotado de poderes sobrehumanos, que actuará bajo inspiración diabólica. Otros lo interpretan como el conjunto de doctrinas y sistemas contrarios a las enseñanzas del cristianismo.

Apóstol: Vocablo griego que significa "enviado". Es el nombre que, según Lucas, dio Jesús a los doce que eligió, de entre sus discípulos, para ser testigos y proclamadores de su vida, muerte y resurrección. Los *Hechos de los Apóstoles* aplican esta denominación exclusivamente a los doce. Más tarde, con este término se designaba un círculo más amplio de anunciadores del evangelio.

Carisma: El carisma es un don gratuito, sobrenatural, que el Espíritu concede a unas determinadas personas para el bien de la comunidad. Los hay de varias clases: singular capacidad didáctica, fe destacada, don de curaciones, de milagros, de profecía, de discernimiento de espíritus, de lenguas. En las primeras comunidades cristianas fueron tan abundantes que se ha hablado de una Iglesia carismática contrapuesta a la ministerial. Sin embargo, el mismo Pablo advierte: "Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu, diversidad de ministerios, pero un mismo Señor" (*1 Corintios 12,4-5*).

Conversión: La conversión es el tema central de la predicación de Juan Bautista y la primera exhortación que formula Jesús a sus oyentes según el *Evangelio de Marcos*. Implica dos ideas: la de cambio de conducta, invirtiendo la dirección errónea por la que se avanzaba para, dando media vuelta, caminar por el sendero recto; y la de cambio de mentalidad, abandono de las ideas equivocadas que se profesaban para abrir la mente al pensamiento correcto.

Cordero: Juan Bautista llamó a Jesús "cordero de Dios". Según muchos exegetas, la expresión alude al cordero que era sacrificado y comido en familia por los judíos en la fiesta de Pascua. En apoyo a esta interpretación puede aducirse la sentencia de Pablo: "Ha sido inmolado Cristo, nuestro cordero pascual" (*1 Corintios 5,7*).

Diácono: Término griego que significa servidor. La primera vez que aparece en el Nuevo Testamento se refiere a los siete "servidores de las mesas" elegidos por los apóstoles. La expresión debe entenderse en sentido amplio, es decir, como personas puestas al frente de las necesidades materiales y las obras de caridad prestadas por la comunidad. De hecho, sus funciones incluían también el servicio de la palabra (por ejemplo, el discurso apologético del diácono Esteban o la labor evangelizadora del diácono Felipe). Por tanto, en aquella decisión apostólica podría verse el origen de la institución del diaconado actual.

Eucaristía: El significado literal de este término griego es "acción de gracias". Designa las comidas que celebraban los cristianos en memoria de la última cena de Jesús con sus

discípulos. Los relatos y ritos que las acompañaban tendían a subrayar la idea de que Jesús sigue estando presente entre los suyos.

Evangelio: En sus orígenes, este vocablo griego se refería a la recompensa (las albricias) que se daba a los mensajeros portadores de felices noticias. Más tarde pasó a designar la noticia misma, por ejemplo, la coronación de un soberano. En el primitivo cristianismo se refería a la noticia de la venida de Dios en la persona de Jesús y a los cuatro libros (de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) que la consignan por escrito. Hoy se admite que ninguno de estos libros se debe a la pluma de un testigo ocular, sino que son el resultado de diversas tradiciones orales y escritas, de recorrido muy complejo, con diferencias de unas a otras según las diversas comunidades, recopiladas, en su estadio actual, desde distintas perspectivas, para varios auditorios y con diversas finalidades. Se explicarían así tanto las coincidencias entre ellos (en definitiva, se refieren a un mismo acontecimiento) como las diferencias.

Iglesia: Voz procedente del latín *ecclesia*, que a su vez vierte el concepto griego de *ekklesia* y éste el hebreo de *qahal*. Su significado básico es convocatoria de una asamblea y, en sentido pasivo, la asamblea convocada. En el primitivo cristianismo designaba las comunidades locales y, en una segunda etapa, el conjunto de todas ellas, es decir, la Iglesia universal.

Hijo de Dios: El concepto de "hijos de dioses" era frecuente en las antiguas religiones orientales. También en la mitología griega abundaban los héroes, semidioses y dioses nacidos de otros dioses o de la unión de dioses con seres humanos. Hubo soberanos, entre ellos los emperadores de Roma, que se hacían venerar como hijos de un dios. En los Evangelios sinópticos Jesús nunca se califica a sí mismo como "Hijo de Dios", pero sí en el Evangelio de Juan. Después de la resurrección, la primitiva comunidad cristiana asumió que Jesús era el Hijo de Dios en sentido propio, es decir, que es igual a Dios y actúa como tal.

Hijo del hombre: En arameo, la expresión equivale a miembro de la raza humana, ser humano. Pablo aplica el concepto a Cristo como el hombre celestial, salvador, contrapuesto al hombre (Adán) terreno, pecador. "Por un hombre (Adán) entró el pecado en el mundo y por un hombre (Cristo) vino la salvación." En los Evangelios, la idea de que Jesús es hombre implica dos aspectos: es el hombre (Siervo) doliente de que habla Isaías y es también el Hijo del hombre glorioso que viene en las nubes.

Justificación: Dios es justo y hace llegar su justicia hasta los hombres justificándolos, en el sentido de que, después de que éstos se habían hecho pecadores, injustos, les otorga una gracia justificante que, admitida por ellos, les hace justos, los libera del pecado. La justificación es el modo como el hombre admite, se apropia, hace suya esta gracia que le torna justo. Para el judaísmo, sobre todo en la vertiente legalista cultivada por los fariseos, el hombre la conseguía mediante las obras de la Ley. Para los cristianos, y en particular para Pablo, el hombre hace suya esta justicia y se justifica por medio de la fe en Jesucristo. De esta fe fluyen a continuación, como lógica consecuencia, obras justas.

Logos: Término griego que encierra muchos significados: palabra, razón, discurso, tratado. En la filosofía helenística es el elemento racional y racionalizador del cosmos. Penetra todo el universo, le da vida, movimiento y orden. En el judaísmo helenístico es el vínculo universal, el primogénito de Dios, la más antigua de las criaturas, el demiurgo, el instrumento del que Dios se sirve para llevar a cabo la creación. En el neoplatonismo es la primera emanación de Dios. En el prólogo del *Evangelio de Juan*, el Logos es eterno, como Dios, es la Palabra de Dios. Para muchos autores, este Logos joánico no tiene origen helenístico, sino semita. Véase *Palabra*.

Maran atha: Expresión aramea que significa "nuestro Señor ha venido". También puede leerse *marana tha*, "¡Señor nuestro, ven!". En la primera hipótesis, su contexto se sitúa en la liturgia eucarística ("nuestro Señor ha venido y está aquí con nosotros"). En la segunda, se inscribe en la espera de la venida de Jesús.

Mesías: Término arameo que significa "ungido". En la historia antigua, entre los ritos y solemnidades con que los grandes personajes (soberanos, vasallos de elevado rango, sacerdotes...) accedían a su cargo o dignidad figuraba la unción con aceite. En la literatura paleotestamentaria, la expresión Mesías de Dios se refiere siempre, a partir del s. I a.C., a un futuro salvador. El Nuevo Testamento utiliza casi siempre su equivalente griego, Cristo.

Obispo: Del griego *epískopos*, "inspector", "vigilante". Un texto de los *Hechos de los Apóstoles* lo entiende en el sentido de personas que se mantienen "vigilantes" para pastorear a la Iglesia del Señor. En la literatura neotestamentaria no se definen con claridad ni su estado ni sus funciones. Puede admitirse que en los primeros momentos las comunidades cristianas estuvieran regidas por un consejo de ancianos (véase *Presbítero*) y que en una segunda etapa (hacia el 61-63, fecha probable de la redacción de la primera Carta a Timoteo y la Carta a Tito) hubiera ya uno solo como dirigente de cada comunidad. En los últimos años del siglo I o en los primeros años del siglo II estaba ya generalizado el establecimiento de un obispo al frente y como responsable de cada una de las iglesias locales.

Palabra: Para la mentalidad semita, la palabra no es la simple expresión fonética de una cosa o de una idea, sino que se identifica con la realidad significada. Una vez pronunciada es irrevocable. Las bendiciones y maldiciones, tras ser formuladas, permanecen por siempre. Las palabras encierran un poder mágico. La Palabra de Dios tiene el mismo poder que Dios. Dios crea con una palabra. En el Nuevo Testamento, Cristo es la Palabra de Dios. Véase *Logos*.

Paráclito: En el griego profano significa defensor de una causa y también intercesor. En el Nuevo Testamento, y en particular en los escritos joánicos, equivale a abogado o testigo de la defensa ante un tribunal. No es un término específico del Espíritu Santo, porque también Jesús es paráclito, pues actúa como abogado de sus discípulos ante el Padre. El Espíritu Santo es "otro paráclito".

Parusía: Vocablo griego que significa "presencia" en el sentido de que alguien viene y está, por tanto, presente. En la literatura profana se aplica a la visita y presencia de príncipes, reyes o emperadores en una ciudad e implica, por ello, un evento festivo, solemnizado con un prolijo ritual. En el Nuevo Testamento alude a la venida de Jesús en gloria y majestad al final de los tiempos.

Presbítero: Voz griega que significa "anciano". De los textos que incluyen este término en el Nuevo Testamento se desprende que los presbíteros desempeñaron una función especial en las primitivas comunidades cristianas. Según los *Hechos*, actúan al lado de los apóstoles. En la *Carta de Santiago*, son los encargados de la unción de los enfermos. No se sabe con certeza si estos presbíteros tenían el rango de obispos. Véase *Anciano, Obispo*.

Sóter: Salvador. La figura de un salvador que acudirá en socorro de la humanidad o de una parte de ella (de los adeptos, los iniciados) estuvo muy difundida en el espacio religioso de la Edad Antigua. Del ámbito religioso pasó al político y en muchos países, entre ellos el Imperio Romano, los soberanos reclamaron este título. Para los cristianos hay un solo Salvador, un solo nombre en el que poder ser salvados, el de Jesús, que ha llevado a cabo la salvación de todo el género humano con el derramamiento de su sangre.

Constantino el Grande

Filosofía, religión y poder

El florecimiento de la teología filosófica

La interpretación gnóstica y neoplatónica del cristianismo

Constitución del dogma cristiano

Filosofía, religión y poder

En el clima de libertad concedido a la Iglesia por las autoridades civiles del Imperio Romano se aceleró la construcción del gran edificio doctrinal cristiano con materiales procedentes de la revelación y analizados a la luz de la filosofía.

A principios del siglo IV, y en el espacio de apenas un decenio, la situación del cristianismo en el Imperio Romano experimentó un cambio radical. Todavía en el año 304, el cuarto edicto de Diocleciano obligaba a todos los cristianos sin excepción (no sólo, como hasta entonces, al clero y a los funcionarios y los soldados) a ofrecer sacrificios a los dioses bajo pena de muerte. Fue la gran persecución universal. La renuncia del emperador, en el año 305, supuso el cese o al menos el relajamiento de la aplicación de las medidas en los territorios occidentales. En el año 311 se promulgaba el "edicto de tolerancia", confirmado, para todo el imperio, por Constantino el Grande en virtud del llamado "edicto de Milán". Se han aducido varias causas para explicar tan trascendental decisión: una visión divina, un sueño o la promesa de ayuda del Dios cristiano en la batalla de Puente Milvio (312), donde Constantino alcanzó un triunfo decisivo sobre Majencio. En cualquier caso, el emperador comprendía que no podía gobernar y mantener unido el Imperio con la oposición de los cristianos. Sin embargo, no fue ésta la única razón de su cambio de actitud. En efecto, a partir de entonces no trató al cristianismo como una religión más, sino que le concedió, de forma cada vez más acentuada, un trato de favor que la convertía prácticamente en la religión oficial del Imperio. Se prohibió a los funcionarios públicos ofrecer sacrificios a los dioses y se destruyeron algunos templos paganos. La situación había experimentado un cambio radical.

El florecimiento de la teología filosófica

El nuevo clima de tolerancia y favor de que gozaba el cristianismo impulsó el ritmo de las conversiones. Urgía establecer fórmulas claras y sencillas que hicieran conceptualmente accesible el contenido de su nueva religión a aquellas grandes masas, de muy diferentes niveles culturales y muy poco o nada familiarizadas con la mentalidad y las expresiones semitas de las primeras generaciones cristianas.

Esta tarea de esclarecimiento conceptual contaba con insignes antecedentes. Ya en el siglo II, y sobre todo en el III, hubo pensadores cristianos que fundaron, por iniciativa propia, es decir, no comisionados ni respaldados por la autoridad religiosa oficial, academias particulares en las que enseñaban, a quienes quisieran acudir a ellas, la "nueva filosofía". Destacan en este sentido las escuelas cristianas de Alejandría y Antioquía, los dos grandes centros del saber de aquella época, y campo, por tanto, bien abonado para la especulación. Estuvo al frente de la primera Clemente de Alejandría y, a continuación, y desde los 18 años de edad, Orígenes (185-254). Dotado de una inteligencia excepcional, Orígenes, uno de los pensadores más originales de toda la historia del pensamiento teológico, asumió la tarea de exponer a sus alumnos los sistemas filosóficos entonces cultivados (fundamentalmente el neoplatonismo), para presentar a continuación el cristianismo como la culminación de todos ellos. Orígenes desarrolló una prodigiosa actividad literaria y

ejerció una influencia determinante en los Padres y doctores de la Iglesia, y a través de ellos, en toda la teología cristiana. Para desgracia suya y de la ciencia, fueron numerosas las copias de sus escritos hechas por herejes que intentaban así deslizar -bajo la autoridad del gran maestro- sus propias ideas, por lo que el pensamiento origenista fue perdiendo crédito. La condena de su doctrina en el II concilio de Constantinopla, celebrado en el año 553, supuso la práctica desaparición de todas sus obras.

Frente a la interpretación alegórica de la Escritura practicada por la Escuela de Alejandría, los maestros de Antioquía cultivaban una exégesis más ceñida al sentido literal. En realidad, muchas de las grandes controversias cristológicas y trinitarias libradas en la Iglesia antigua tuvieron su origen en las diferentes orientaciones filosóficas y exegéticas, no exentas de rivalidades personales entre sus dirigentes, de estas dos grandes escuelas cristianas.

Los pensadores cristianos debían mantener un principio irrenunciable de su fe: Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre. Debían esforzarse por arrojar sobre este misterio luz racional que facilitara su aceptación y que, además, demostrara que la afirmación de que Jesús es Dios es conciliable con el otro gran enunciado de que hay un solo Dios.

La interpretación gnóstica y neoplatónica del cristianismo

De entre los múltiples credos, cultos y sistemas que pululaban, se enfrentaban o mezclaban para confluír en una especie de sincretismo religioso universal, había dos que parecían particularmente idóneos, en razón de su vocabulario y del contenido de sus enseñanzas, para convertirse en útiles herramientas intelectuales con las que explicar la realidad cristiana: el gnosticismo y el neoplatonismo.

La poderosa corriente de la *gnosis* (= ciencia, conocimiento) aportaba, en su vertiente cristiana, la idea de que la salvación se obtiene gracias a una serie de enseñanzas ocultas, reveladas a los iniciados por un ser supramundano, que purifican el espíritu, lo liberan de las tinieblas y lo redimen elevándolo a las regiones de la luz. Dios no puede ser el creador directo del universo porque no puede tener ningún contacto con la materia, que es mal y oscuridad. Lo ha creado a través de un demiurgo. Éstas habrían sido justamente las misiones desempeñadas por Jesús. Al principio del cosmos habría sido el demiurgo el plasmador del universo a partir de una materia preexistente. Y en la plenitud de los tiempos se habría convertido, mediante las enseñanzas de Jesús de Nazaret, en el Redentor de los hombres.

La influencia más profunda de la filosofía helenista sobre el cristianismo fue ejercida por el neoplatonismo. De hecho, casi todos los grandes pensadores cristianos de aquellos siglos aceptaron ideas platónicas y recurrieron a sus categorías para explicar la naturaleza de la divinidad, la esencia del Logos (identificado con Cristo) o el proceso de la creación mediante enamaciones divinas. Avanzaban así por la senda intelectual ya practicada desde antiguo por los judíos de la diáspora helenista.

Constitución del dogma cristiano

El persistente deseo de adecuar las verdades de la fe al cambiante lenguaje y a las nuevas preguntas que la mente racional siempre plantea a la fe ha desembocado en renovados esfuerzos por descubrir las fórmulas más adecuadas a cada etapa histórica y a cada ambiente filosófico, cultural y existencial. Por ello, ha sido necesario precisar y matizar los credos anteriores. Puede mencionarse como una de las aportaciones más destacadas al símbolo niceno-constantinopolitano (pero que ya no goza del asentimiento de todas las corrientes cristianas) el credo del concilio de Toledo del año 589, con la explicitación de que el Espíritu Santo procede del Padre "y del Hijo". El llamado credo Quicumque,

falsamente atribuido a san Atanasio, parece inspirarse en las obras de san Agustín. En 1564, Pío IV propuso una profesión de fe, a la que el concilio Vaticano I añadió el enunciado sobre la infalibilidad del papa. En 1910, el papa Pío X formuló como profesión de fe exigible especialmente a los profesores de teología el juramento antimodernista. En 1968, en un nuevo intento de búsqueda de fórmulas comprensibles para las generaciones actuales, Pablo VI propuso su personal profesión de fe. Se trata, de hecho, de una tarea nunca acabada. Se registrarán siempre nuevas formulaciones, aunque posiblemente no serán presentadas a los fieles de la misma manera y con las mismas estructuras que las declaraciones dogmáticas del pasado.

En la tarea de exploración de los contenidos de la revelación cristiana con ayuda de la razón filosófica hubo muchos tanteos, aproximaciones, inexactitudes, confusiones e incluso claras desviaciones conceptuales. Los grandes concilios dogmáticos de este período, desde el siglo IV al VII, llevaron a cabo la labor de aclaración, delimitación y fijación de la doctrina.

Concilio de Nicea (325), contra el arrianismo. Arrio, presbítero de Alejandría pero educado en la Escuela de Antioquía, se proponía salvaguardar ante todo el principio de la existencia de un solo Dios. Creía, por tanto, necesario negar la divinidad y la eternidad del Hijo. El concilio condenó estas ideas, declarando que el Hijo es de la misma sustancia (*omoousios*) que el Padre. No son dos dioses porque ambos comparten la misma y única naturaleza divina.

Concilio I de Constantinopla (381), contra el apolinarismo. Apolinar de Laodicea defendió con tal ardor la divinidad de Cristo, que pasó al extremo contrario y negó que fuera verdadero hombre. El concilio definió que Jesús es Dios verdadero y verdadero hombre. En este concilio se declaró también la divinidad de la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo.

Concilio de Éfeso (431), contra el nestorianismo. El monje antioqueno Nestorio sostenía que Jesús y el Hijo de Dios eran dos personas distintas. La Virgen María habría sido madre tan sólo del hombre Jesús, no de Dios. Los padres conciliares establecieron que en Jesús hay una sola persona, la divina, en dos naturalezas, una divina y otra humana. La Virgen, por haber engendrado la naturaleza humana de Jesús, es llamada, con justo título, madre de la persona que posee esta naturaleza, esto es, madre de Dios.

Concilio de Calcedonia (451), contra el monofisismo. El monje Eutiques de Constantinopla entendía que en Cristo había dos naturalezas sólo antes de la unión personal (hipostática). Después de la unión, la naturaleza divina habría absorbido a la humana y Jesús tendría una sola naturaleza (*monofisis*). Los padres conciliares insistieron en la doctrina de las dos naturalezas, una divina y otra humana, en Jesús.

Concilio II de Constantinopla (553), contra los tres grandes maestros ("los tres capítulos") de la Escuela de Antioquía, acusados de defender doctrinas favorables al nestorianismo, y contra el origenismo.

Concilio III de Constantinopla (680-681), contra el monotelismo. Sergio, patriarca de Constantinopla, creía poder deducir lógicamente, de la doctrina de la unión hipostática en Cristo, la existencia de una sola energía y una sola voluntad (*monotelismo*), divina, en Cristo. El tema provocó grandes y enconadas controversias. El concilio de Constantinopla restableció la paz al confirmar la doctrina ortodoxa de las dos voluntades y dos operaciones en Cristo.

No cabe ocultar, sin embargo, que tan complejas tomas de postura religiosa ocultaban intereses de poder en los imperios. Las tres grandes Iglesias actuales (católica, ortodoxa y protestante) aceptan las enseñanzas de estos seis concilios ecuménicos.

Los grandes cismas de Oriente

Una antigua herida

El primado del patriarcado de Constantinopla.

La iconoclastia

La controversia del "Filioque"

El cisma de Focio

La escisión definitiva con Miguel Cerulario

El primitivo cristianismo en su entorno político

Jesús de Nazaret (hacia 4 a.C.-hacia 33 d.C.)

Tiberio (42 a.C.-37 d.C.)

Poncio Pilato

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano (245-316)

Constantino I el Grande (hacia 285-337)

Dámaso I, Papa (muerto en 384)

Una antigua herida

El cisma -o separación- de las Iglesias de Oriente y Occidente es una de las mayores catástrofes que se han abatido sobre la cristiandad. En su génesis y consumación intervinieron numerosos factores, no sólo de índole religiosa, sino también política. La unión de las Iglesias es la mayor causa pendiente del cristianismo actual.

El proceso que culmina con la separación y la mutua excomunión de las Iglesias de Oriente y Occidente es la cristalización de una larga serie de controversias de índole doctrinal y litúrgica, en la que no faltaron las ambiciones personales y rivalidades políticas, alimentadas por el cesaropapismo de los emperadores de Oriente y por algunas decisiones tomadas por los obispos de Roma, no en su calidad de papas, sino como soberanos de los Estados Pontificios. A todo ello se ha de sumar la declarada animadversión entre los griegos y los latinos.

En un intento de simplificar la sucesión de los acontecimientos, muchas veces confusos, podrían señalarse los siguientes factores:

El primado del patriarcado de Constantinopla.

El canon 3 del concilio I de Constantinopla (381) reclamaba para la sede episcopal de esta ciudad el primado de honor, después del obispo de Roma, aduciendo que Constantinopla era la nueva Roma, pues a ella se había trasladado la capitalidad del Imperio Romano. Los papas no admitieron nunca esta pretensión, en la que se producía una desviación de gravísimas consecuencias desde la fundamentación dogmática a la argumentación política. Roma no ostentaba el primado en la Iglesia por ser la capital del Imperio, sino por haber sido la sede episcopal del apóstol Pedro. Constantinopla no había sido sede de ningún apóstol y, en este sentido, gozaban de mejor posición Jerusalén, Antioquía y Alejandría.

La iconoclastia

El primer enfrentamiento doctrinal, de matiz litúrgico, se produjo a propósito de la licitud del culto a las imágenes (iconos) de Cristo, María y los santos. En esta controversia se entremezclaban aspectos psicológicos, culturales y políticos. La sensibilidad y la mentalidad semita (judíos, sirios y musulmanes) no admiten representaciones sensibles de realidades trascendentes ni reproducciones muertas de seres vivos. El emperador León III (717-741), primer desencadenante de la iconoclastia, era de origen sirio. Por otra parte, el

imperio bizantino sentía en sus fronteras la constante amenaza del poder emergente islámico. El culto a las imágenes, prohibido en el islam, podía constituir un motivo -o un pretexto- para enfrentamientos armados en los que Bizancio tenía muy poco que ganar. Por lo que respecta al aspecto estrictamente religioso, al decreto imperial (730) que obligaba a destruir las imágenes, respondió el sínodo de Roma (731), bajo Gregorio III, con la amenaza de excomunión contra quienes obedecieran aquella orden. La réplica oriental fue dura: el sínodo de Constantinopla (754) declaró que el culto a las imágenes es idolatría. En el concilio II de Nicea (758), los padres conciliares proclamaron la licitud de la veneración de las imágenes. Las aguas parecían calmarse, pero sólo en la superficie.

La controversia del "Filioque"

Mayor densidad dogmática entrañaba la controversia del Filioque. El credo niceno-constantinopolitano había declarado que el Espíritu Santo procede del Padre. El concilio III de Toledo (589) añadió la frase *Filioque* ("y del Hijo"). El añadido, admitido sin dificultad por la mayoría de las Iglesias occidentales, fue incorporado al símbolo de la fe a lo largo de los siglos VII y VIII. Focio (867) lo rechazó como herético, afirmando que el Espíritu Santo procede *únicamente* del Padre.

El cisma de Focio

Focio, secretario de Estado y hombre de vastísima cultura, fue elegido patriarca de Constantinopla en controvertidas circunstancias. Fueron muchos los que rechazaron la legitimidad de su nombramiento y el papa Nicolás I le declaró privado de toda dignidad eclesiástica. Focio replicó de forma fulminante. Lanzó gravísimas acusaciones contra las costumbres y las doctrinas de los latinos (entre ellas la cuestión del *Filioque*) y en un sínodo (867) tomó la inaudita decisión de excomulgar al Papa como hereje. Jugaba a su favor el clima antilatino de la corte, avivado por la decisión del papa Nicolás I de mantener bajo la jurisdicción de Roma el territorio de Bulgaria, que había sido evangelizado por misioneros griegos de rito bizantino. De todas formas, aquel mismo año, coincidiendo con la entronización de un nuevo soberano, Focio fue depuesto y se restableció la comunión con Occidente.

La escisión definitiva con Miguel Cerulario

El patriarca Miguel Cerulario, hombre dotado de una férrea voluntad, se propuso hacer realidad la vieja aspiración de elevar la sede bizantina a patriarcado de Oriente, en pie de igualdad con el Papa, patriarca romano de Occidente. Para conseguir su propósito desencadenó una ofensiva en la que se acumulaban diversas acusaciones contra los latinos, como que comulgaban con pan ácimo, suprimían los aleluyas en Cuaresma o permitían que los sacerdotes se rasuraran la barba. La respuesta latina no fue menos virulenta. Tachaban, por ejemplo, de adulterio el matrimonio de los sacerdotes orientales. Los legados del Papa enviados a Constantinopla fueron vejados por Cerulario, que llegó a prohibirles celebrar la misa. En aquel ambiente de crispación, los legados depositaron en el altar de Santa Sofía, en presencia del clero y del pueblo, una bula de excomunión (16 de julio de 1054) contra el patriarca de Constantinopla. Pocos días más tarde, el 24 de julio, un edicto sinodal constantinopolitano excomulgaba a los latinos. Se había consumado la ruptura. El saqueo de Constantinopla por los cruzados francos (1202) ahondó aún más el foso entre Oriente y Occidente. Dada la tensa hostilidad mutua, fueron efímeros los resultados de los intentos de unión llevados a cabo en el concilio de Lyon (1274) y de Ferrara-Floencia (1439), más debidos a la angustiada situación de Constantinopla frente al poder musulmán y a su desesperada necesidad de la ayuda militar del Occidente cristiano que a un verdadero deseo de comunión religiosa.

El primitivo cristianismo en su entorno político

Jesús de Nazaret (hacia 4 a.C.-hacia 33 d.C.)

Fundador de una corriente mesiánica en la Palestina del siglo I y figura central del cristianismo.

Sus discípulos le consideraron el Mesías (*Cristós* en griego), el salvador enviado por Dios.

Los evangelios conservan el testimonio de sus estrechas relaciones con Juan, llamado el Bautista. Ambos se mostraron cercanos al movimiento de los esenios y fueron muy críticos con la clase dirigente de Jerusalén y los sacerdotes del templo.

Su movimiento fue juzgado potencialmente subversivo y fue tratado como rebelde y condenado a la crucifixión.

Murió sin dejar obra escrita.

Sus discípulos fundaron la Iglesia cristiana, comunidad de los seguidores de Cristo.

Tiberio (42 a.C.-37 d.C.)

Emperador romano entre los años 14 y 37 de nuestra era, durante su mandato se desarrolló la actividad de Jesús de Nazaret.

Era hijo de Lidia e hijastro del emperador Augusto, a quien sucedió.

Profundamente conservador por naturaleza, continuó la política de Augusto y se limitó a consolidar las conquistas de él.

A pesar de la eficacia de su administración y política exterior, en política interior su reinado fue un desastre saturado de sospechas de asesinatos y abusos; implantó su sede en la isla de Capri, desde la que instauró un régimen de terror.

Poncio Pilato

Procurador romano en Judea de quien se conservan pocos documentos que prueben fehacientemente su existencia real (a finales del siglo XX se descubrió en Alejandría, sepultada en el mar, una inscripción con su nombre).

Aparentemente estuvo en su cargo entre los años 26 y 36, siendo Tiberio emperador de Roma, quien le mantuvo en su cargo a pesar de haber provocado las iras de los judíos por haberse apropiado del tesoro del templo.

Según los evangelios, juzgó y condenó a Jesús de Nazaret, más a causa de su desdén para con los judíos, que por creer que el reo fuera realmente culpable de algo digno de castigo.

Habiendo caído finalmente en desgracia, fue enviado a Roma.

Aparece muy tarde en numerosas y pintorescas leyendas de los apócrifos cristianos.

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano (245-316)

Emperador romano. Nacido en una humilde familia de Dalmacia, ascendió en el escalafón del ejército hasta llegar a ser el mayor de los emperadores militares del siglo III. Abdicó en 305.

Se conserva en la memoria de los cristianos como el más encarnizado perseguidor de los seguidores de Jesús.

Constantino I el Grande (hacia 285-337)

Emperador romano. Gracias a sus victorias sobre Majencio en Roma y sobre Licinio, emperador de Oriente, se convirtió en emperador único en 324.

Al creer que su victoria sobre Majencio (en 312) había sido obra del Dios cristiano, promovió por primera vez el cristianismo en el Imperio.

Estableció su capital en Constantinopla, en una enclave estratégico de Bizancio, y por tanto la ciudad fue cristiana desde su fundación.

Después de su muerte, el Imperio Romano fue de nuevo dividido entre sus hijos.

Dámaso I, Papa (muerto en 384)

Español de origen, fue elegido en un tiempo de enfrentamiento entre los cristianos, de modo que recurrió al emperador Teodosio para hacer valer sus derechos. El cisma se resolvió por la intervención del emperador.

Encargó a su secretario, san Jerónimo, la revisión de la antigua traducción latina de la Biblia.

Las Iglesias cristianas

Las tres Iglesias cristianas (católica, ortodoxa y protestante) y sus ramas menores (copta de Egipto, nestoriana o caldea, siro-malabar o "cristianos de Santo Tomás", maronita, jacobita y armenia) constituyen el fenómeno religioso de mayor difusión geográfica y social de la Edad Contemporánea. Durante los primeros 1 500 años de su historia, y tras la desaparición, a consecuencia de las invasiones islámicas, de las florecientes comunidades cristianas de Oriente Medio y África Septentrional, estuvieron prácticamente reducidas al ámbito europeo. Pero a partir del siglo XVI, y al compás de los descubrimientos y la colonización, primero de España y Portugal y, más adelante, de Holanda, Gran Bretaña y Francia, católicos y protestantes iniciaron una vertiginosa expansión que ha desembocado en su sólido establecimiento en los cinco continentes. Las Iglesias cristianas están presentes y ejercen su influencia tanto en los países más ricos y avanzados del planeta como en los más pobres y atrasados, y cuentan entre sus filas con seguidores de todos los estratos económicos y de todos los niveles culturales.

Cada una de las tres grandes confesiones ha tenido su particular trayecto y está marcada por unos rasgos peculiares que las distinguen entre sí.

La Inquisición y la revolución científica

A remolque de las evidencias

Los fundamentos de las sentencias de la Inquisición

Los fundamentos de la revolución científica

Los conflictos entre ciencia y fe en la Edad Moderna

El caso Galileo

El darwinismo o evolución de las especies

Monogenismo frente a poligenismo

La infalibilidad de la Biblia y los pasajes bíblicos contradictorios entre sí

A remolque de las evidencias

El Tribunal de la Inquisición es el severo defensor del universo de las ideas trascendentes, metafísicas e inmutables. La revolución científica introduce un universo físico y conceptual fluctuante, relativo, inasible en sus realidades últimas.

Durante la Baja Edad Media, surgieron numerosos movimientos espirituales para hacer frente a la decadencia moral generalizada de la alta jerarquía, el clero llano y el monacato. Algunos de ellos, encarnados en las órdenes mendicantes de los franciscanos y los dominicos, se esforzaban por reimplantar el modelo de la pobreza evangélica de las primeras comunidades cristianas. Otros, en cambio, como los de los albigenses y valdenses, aunque nacidos de este mismo anhelo de purificación, desbordaron ampliamente las fronteras de la ortodoxia, rechazaron la jerarquía y los sacramentos, reavivaron las antiguas herejías gnósticas, dualistas y maniqueas, exigieron la supresión de los diezmos, condenaron la guerra bajo todas sus manifestaciones y negaron la autoridad civil. En los siglos XII y XIII, aquellas sectas, ampliamente difundidas sobre todo en el sur de Francia y en el norte de Italia, no sólo implicaban un ataque a la Iglesia oficial, sino que constituían también, en razón del contenido anárquico de sus doctrinas, una grave amenaza para el orden social de la cristiandad europea.

Para erradicar el peligro se tomaron diversas medidas, entre otras la cruzada contra los albigenses, promovida por Inocencio III y dirigida militarmente por Simón de Montfort (1208), o la labor misional desarrollada por santo Domingo de Guzmán y sus compañeros en el sur francés. Ante su inutilidad, el papa Gregorio IX decidió crear, en 1231, un tribunal permanente, conocido con el nombre de Inquisición, para descubrir (*inquirir*) a los herejes, juzgarlos y, si eran hallados culpables, condenarlos y entregarlos a la autoridad civil para la ejecución del castigo.

Este tribunal medieval, sustituido más tarde por la Sagrada Congregación de la Suprema y Universal Inquisición o Santo Oficio, creada por Paulo III en 1542, fue ampliando poco a poco el campo de sus competencias y vigilaba celosamente cualquier mínima desviación doctrinal. En su variante española fue a menudo un instrumento eficaz con el que los monarcas (en especial los Reyes Católicos y Felipe II) eliminaron los elementos que constituían una amenaza para la unidad (religiosa y/o política) de sus reinos.

Con independencia de las intenciones de los inquisidores, varios elementos hacían moralmente discutible -si no ya claramente reprobable desde el primer momento- el tribunal de la Inquisición: admitía denuncias anónimas, sin revelar al acusado el nombre del acusador, por lo que se le privaba de la posibilidad de recusar al denunciante. Fuera cual fuese el nivel intelectual y la capacidad de autodefensa de los acusados, no se les concedía la asistencia y el consejo de abogados entendidos. Se admitía, además, la práctica de la tortura para arrancar confesiones, lo que llevó a la comisión de numerosos abusos y atrocidades. Se ignora el número de los condenados a morir en la hoguera. Algunos autores afirman que los procesos de brujas llevados a cabo en Alemania desde el siglo XV dejaron desiertas regiones enteras.

Los fundamentos de las sentencias de la Inquisición

Para emitir su veredicto, los inquisidores, la mayoría teólogos dominicos, se atenían a la más estricta interpretación de las decisiones conciliares y de las enseñanzas de los Padres y doctores de la Iglesia. Bastaba la más mínima sospecha para despertar su recelo. No se libraron de sus suspicacias teólogos de la talla de fray Luis de León ni místicos como Juan de la Cruz o Teresa de Jesús.

La mentalidad dogmática de los inquisidores respondía a las pautas de la teología medieval. Entendían las afirmaciones de la *Biblia* al pie de la letra y como verdades absolutas e infalibles de validez universal en todos los campos.

Los fundamentos de la revolución científica

Esta mentalidad estaba llamada a chocar frontalmente con las categorías conceptuales que sirvieron de base a la revolución científica. Para la ciencia, el punto de arranque del conocimiento no es la argumentación silogística deductiva que parte de unas premisas establecidas, sino el razonamiento inductivo, basado en la observación empírica. Sólo el análisis de las realidades concretas permite formular hipótesis explicativas, que luego son de nuevo contrastadas con los hechos para comprobar su verdad o su falsedad. Esta nueva forma de entender el mundo culmina, en el campo de la exploración del universo físico, en la mecánica cuántica de Max Planck, la teoría de la relatividad de Einstein o el principio de incertidumbre de Heisenberg. En el campo de la epistemología, la teoría del conocimiento de Kant somete a severo examen y a estrictas limitaciones la aprehensión de la realidad. No hay verdades objetivas absolutas. O, en todo caso, la mente humana no es capaz de descubrirlas. Surgía, pues, un entramado conceptual radicalmente contrario al universo categórico de la teología medieval.

Las enormes conquistas científicas y técnicas conseguidas por esta modalidad del conocimiento empírico inclinaban decididamente el platillo de la balanza en favor de la nueva forma de entender el cosmos. La mente humana había cruzado el umbral de una nueva era en la que no había lugar para tribunales inquisidores apoyados en verdades inmutables. El pensamiento oficial católico se veía en la imperiosa necesidad de revisar sus postulados a la luz de los nuevos avances.

De hecho, el choque entre la mentalidad dogmática y las ciencias experimentales ha aportado un nuevo enriquecimiento a la teología y la religión católicas. Ha servido para poner de relieve que el conocimiento derivado de la fe no se identifica con el extraído de la física o las matemáticas. La fe ni se opone a la razón ni se basa en ella. Dios sigue siendo un misterio al que se accede por la adhesión libre creyente. Ciencia y fe avanzan no por caminos enfrentados, sino diferentes. Sobre la razón creyente recae la noble tarea de explicitar los contenidos de la revelación, hacerlos accesibles a las diferentes culturas de las distintas razas y generaciones y demostrar que no son incompatibles con las verdades descubiertas por la natural capacidad de la mente humana.

Los conflictos entre ciencia y fe en la Edad Moderna

El lenguaje y las categorías conceptuales de la teología católica en las primeras etapas de la Edad Moderna prolongaban los esquemas de las *Sumas* teológicas medievales. Los exegetas entendían las afirmaciones de la *Biblia* al pie de la letra. No admitían que pudieran existir contradicciones entre las verdades de la fe y las descubiertas por la razón, ya que ambas tienen su origen en el mismo y único Dios. En caso de conflicto, debería prevalecer la verdad de la fe revelada en la Escritura, en la que se expresa la palabra infalible de Dios.

Esta rígida postura doctrinal se vio desbordada repetidas veces por los avances de las ciencias experimentales, que estaban llegando a conclusiones inconciliables con las afirmaciones literales de la Escritura. Las autoridades eclesiásticas no reaccionaron con la deseable prontitud y flexibilidad, por lo que se produjeron enfrentamientos, incomprensiones y condenas de opiniones científicas en diversos campos, sobre todo de la física, la astronomía y la exégesis bíblica. Entre las controversias más significativas pueden citarse las siguientes:

El caso Galileo

El pisano Galileo Galilei (1564-1642), hombre de gran capacidad matemática y grandes dotes de observación, difundió en sus escritos la teoría heliocéntrica de Copérnico según la cual es la Tierra la que gira alrededor del Sol, y no al contrario. La Inquisición condenó estas ideas en 1616 y luego de nuevo en 1632 por oponerse abiertamente a las enseñanzas

de la Escritura. En efecto, un pasaje bíblico narra cómo el caudillo hebreo Josué ordenó al Sol detenerse: "Y el Sol se detuvo y la Luna se paró... El Sol se paró en medio del cielo" (Josué 10,13). Galileo fue confinado, bajo custodia, en su villa de Arcetri hasta 1633. De allí pasó a Florencia, donde, ya ciego, siguió trabajando hasta su muerte en sus *Discorsi e dimostrazione matematiche intorno a due nuove scienze*. Cuatro siglos más tarde, la Iglesia ha reconocido y deplorado oficialmente sus erróneas decisiones.

El darwinismo o evolución de las especies

A los 22 años, el británico Charles Darwin (1809-1882) emprendió un viaje, en el navío *Beagle*, para topografiar las costas de la Patagonia. Durante una escala en el archipiélago de las Galápagos hizo una serie de observaciones sobre las variaciones morfológicas de los animales que poblaban las islas, que le llevaron a la conclusión de que las especies cambian bajo la influencia de las condiciones del medio (el clima y la alimentación, entre otras). Los organismos que al evolucionar van adquiriendo cualidades que se adaptan a la situación, sobreviven. Los que no logran hacerlo, desaparecen. Por lo tanto, no hay una barrera infranqueable entre las especies, sino evolución de unas a otras. En aquella época, la teoría darwinista implicaba una doble herejía, científica y religiosa. Científica, porque se admitía como incuestionable la doctrina de Linneo, que concebía las especies a modo de esencias metafísicas inmutables. Podían existir variedades dentro de una misma especie, pero no el paso de una especie a otra diferente. Y religiosa, porque el evolucionismo (en el que, en su libro *La raza humana*, de 1871, Darwin parecía incluir también al hombre) chocaba frontalmente con el relato bíblico según el cual es Dios quien crea las especies (fijismo creacionista). Lo más que podría concederse es que la evolución afecte al cuerpo humano, pero no al alma, creada directamente por Dios. En consecuencia, la doctrina católica condenó la teoría darwinista, sobre todo la que incluía la evolución ininterrumpida desde el simio al hombre.

Monogenismo frente a poligenismo

A medida que las excavaciones de yacimientos antropológicos realizadas en los siglos XIX y XX iban sacando a la luz huellas y vestigios de la existencia de grupos humanos o humanoides de edades cada vez más remotas, de varios millones de años, y en lugares de la tierra muy distantes entre sí, se fue abriendo paso entre los científicos la hipótesis de que la evolución humana, desde el nivel puramente animal al racional, ha acontecido en diversos lugares, en diferentes épocas y en distintos grupos, independientes entre sí. La teoría topó con la oposición de la Iglesia oficial. Todavía en 1950, en la encíclica *Humanae vitae*, el papa Pío XII declaraba que no era posible conciliar esta doctrina con el dogma - fundamental para la teología católica- del pecado original, según el cual por la transgresión de un solo hombre (Adán) entraron el pecado y la muerte en todo el género humano. De donde se deduce que de este hombre descienden todos los demás. El problema sigue abierto tanto en su vertiente antropológica como dogmática. Los modernos avances genéticos parecen decantarse a favor del monogenismo: todas las razas actuales proceden de una sola pareja. Pero no se dice nada acerca de las numerosas razas humanas anteriores hoy desaparecidas.

La infalibilidad de la Biblia y los pasajes bíblicos contradictorios entre sí

El argumento fundamental esgrimido por el magisterio de la Iglesia para rechazar las teorías científicas antes mencionadas y varias más es que estaban en abierta contradicción con las enseñanzas de la *Biblia*, que contienen la verdad infalible de Dios. Fue precisamente en este campo de la interpretación de las afirmaciones bíblicas donde se abrió paso un nuevo frente de conflictos.

Se deben al sacerdote francés Richard Simon (1638-1712) los primeros pasos en la dirección correcta. Su sagacidad le permitió descubrir que el *Pentateuco* -universalmente considerado en aquel tiempo como escrito por Moisés- se compone en realidad de varias fuentes o documentos cuyas informaciones no siempre son coincidentes. En un siguiente paso, más perturbador para el magisterio, se detectó la existencia de pasajes bíblicos no sólo diferentes, sino contradictorios. Por citar algunos ejemplos muy simples, en el *Evangelio de Marcos* (2,26) se dice que el sacerdote Abiatar dio a David los panes de la presencia, pero según el *Libro primero de Samuel* (21,2-7) no fue él, sino Ajimélec. Este mismo libro narra en el capítulo 17, con gran lujo de detalles, la victoria de David sobre el gigante Goliat de Gat, pero en el *Libro segundo de Samuel* (21,19) se atribuye esta hazaña a Eljanán, hijo de Yaír. La solución, trabajosamente lograda superando censuras y condenas del magisterio, no se abrió paso en la esfera oficial hasta 1943, gracias a la encíclica *Divino afflante spiritu* de Pío XII, confirmada por la constitución dogmática sobre la divina revelación del concilio Vaticano II.

En esencia, estos documentos reconocen que las afirmaciones bíblicas, para ser correctamente entendidas, deben tener en cuenta el género literario en el que se inscriben y la intención de los autores sagrados. Los libros de la Escritura no son tratados históricos, filosóficos o científicos, sino que contienen un mensaje revelado que explica la relación del hombre con Dios. Por tanto, la ciencia y la fe hablan lenguajes diferentes. Los dos interpelan al mismo ser humano, pero con distintas claves de interpretación.

Se abre así una puerta de acceso hacia el mutuo respeto y comprensión de la ciencia y la fe.

La Reforma de Lutero

Contra la decadencia de la Iglesia romana

La Reforma de Martín Lutero

Lutero y el movimiento humanista

Contra la decadencia de la Iglesia romana

"Entonces empecé a entender la justicia de Dios como la justicia por la que el justo vive gracias al don de Dios, y vive por la fe. La justicia de Dios... ha de entenderse en sentido pasivo, es decir, en el sentido de que es Dios quien nos justifica, en su misericordia, por la fe" (Lutero, en una "charla de sobremesa" del año 1523).

En los últimos años del siglo XV, la necesidad de una reforma de la Iglesia "en la cabeza y los miembros" se había convertido en un clamor generalizado.

El papado se hallaba sumido en un profundo descrédito. Los pontífices se mostraban más interesados en la defensa de sus intereses como soberanos que en el desempeño de su alta misión de guías espirituales. El traslado de la corte pontificia de Roma a Aviñón (1309-1376) ofreció a la cristiandad el espectáculo de los papas dependiendo de los deseos y las conveniencias de los monarcas franceses. Durante el posterior "Cisma de Occidente" (1378-1417) pudo verse a los pretendientes a papas pugnar entre sí y disputarse el favor de los príncipes y los reyes. La confusión era tal que ni las personas más piadosas sabían quién era el verdadero pontífice. La situación permitió hacer germinar la idea de que también sin papas puede funcionar la Iglesia y de que, en todo caso, la autoridad suprema reside en los concilios ("conciliarismo"). Junto a sus innegables méritos como mecenas de

la cultura, los papas renacentistas iniciaron un profundo proceso de "mundanización" de la curia romana.

El descrédito había alcanzado también al alto clero. Obispos y abades rivalizaban por acaparar el mayor número posible de diócesis, canonjías, monacatos o fundaciones piadosas para apoderarse de sus rentas, prebendas y beneficios. Las diócesis alemanas, con sus pingües ingresos, estaban reservadas a los segundones de la alta aristocracia, que a veces ni siquiera abrigaban la intención de recibir las sagradas órdenes. Todavía a mediados del siglo XVI, el cardenal Alejandro Farnesio, sobrino de Paulo III, acumulaba diez obispados, 26 monasterios y otros 133 beneficios entre parroquias, capellanías y canonjías. Los prelados no residían en los lugares donde debían ejercer su labor de cura de almas. Delegaban estas funciones a vicarios mal instruidos y miseramente pagados. Este afán de acaparación fue el detonante que hizo estallar la revolución reformista.

Todos estos abusos eran conocidos, y también denunciados, desde antiguo. Pero en la segunda mitad del siglo XV se había añadido un factor nuevo que hacía que la situación fuera insostenible: había emergido el hombre renacentista. Los círculos ilustrados -los creadores del "humanismo cristiano", entre los que destacan Petrarca (1304-1374), Ficino (1433-1499), Pico de la Mirándola (1463-1494), Tomás Moro (1478-1555) y Erasmo de Rotterdam (1466-1536) entre otros muchos- no se contentaban ya con las viejas respuestas y pedían a la Iglesia soluciones nuevas que ésta fue incapaz de dar. Aquellos hombres toleraban mucho peor los abusos, las lacras y la ignorancia del clero, y adoptaban actitudes rebeldes allí donde las generaciones anteriores se habían mostrado profundamente dolidas, pero siempre obedientes y resignadas. Sin las aportaciones de estos círculos humanistas no puede explicarse el éxito y la expansión fulminante del movimiento reformista.

La Reforma de Martín Lutero

Martín Lutero nació en Eisleben, en 1483, en el seno de una familia de mineros del cobre. En 1505 ingresó en el convento de los agustinos de Erfurt, donde estudió una teología marcada por el nominalismo. Fue un monje ejemplar, completamente dedicado al estudio, la enseñanza y la predicación. En 1510 hizo un viaje a Roma, de donde regresó con una impresión muy negativa y convencido de que la Iglesia necesitaba una urgente y profunda reforma.

El estudio de la *Carta a los romanos* del apóstol Pablo y de las obras de san Agustín sobre el pecado y la gracia divina llevó a Lutero al descubrimiento del enunciado central de toda la Reforma: el hombre no se salva por sus obras, sino por la fe que Dios le concede y a través de la cual le justifica. En esta doctrina teológica no tienen cabida las indulgencias. Reaccionó, por tanto, indignado ante la predicación de la indulgencia plenaria llevada a cabo en las diócesis de Magdeburgo y Maguncia a partir de 1514. Fue una indulgencia particularmente nefasta en su origen y en su ejecución. En su origen, porque la curia romana había concedido al arzobispo de Magdeburgo la sede de Maguncia a cambio de 10 000 ducados y la mitad de los ingresos obtenidos por la venta de la indulgencia. Y en su ejecución, por la burda manera con que el dominico Tetzel incitaba a los fieles a comprar indulgencias en favor de las almas de los difuntos: "Apenas suena en el cepillo el dinero, el alma del difunto vuela al cielo". Tal vez pertenezca a la leyenda el episodio que describe a Lutero clavando, en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, el 31 de octubre de 1517, las 95 tesis que había redactado en latín contra ellas. A partir de esa fecha inició una enorme labor en defensa de su doctrina de la verdadera Iglesia. En el año 1520, en su escrito *A la nobleza alemana*, proclamó el sacerdocio universal de todos los bautizados y el principio de que la Escritura se entiende por sí misma y no necesita ser interpretada por el magisterio. En *La cautividad babilónica de la Iglesia* sólo admite los sacramentos del

bautismo y la cena (y deja en duda el de la penitencia). En *La libertad del cristiano* afirma que "el cristiano es un hombre libre respecto a todas las cosas y no está sometido a nadie".

El 3 de enero de 1521 fue excomulgado. Para salvarle del poder del emperador Carlos V, el príncipe Federico el Sabio le ocultó en el castillo de Wartburg, donde entre 1521 y 1523 inició la traducción de la *Biblia* al alemán.

Lutero y el movimiento humanista

Inicialmente, las ideas de Lutero contaron con el favor de los humanistas que, además, le consideraban uno de los suyos por su conocimiento de las lenguas antiguas. Pero a medida que el reformador insistía en la salvación por la sola gracia o la sola fe, sin intervención de la voluntad humana, se fue enajenando las simpatías de muchos de ellos. Erasmo advirtió claramente cuál era la víctima principal de los ataques de Lutero: no el papado o las indulgencias, sino la libertad del hombre que, para el pensador holandés, es la que le permite ser socio de Dios.

Para Lutero, en cambio, "el libre albedrío después del pecado es pura palabrería, y si el hombre hace lo que de él depende, peca gravemente" (Assertio). Erasmo objetó que sin libertad para elegir entre el bien y el mal no hay ética cristiana. Lutero, en su escrito de réplica *Sobre el libre albedrío*, tachó a Erasmo de "ateo, despreciador de la Escritura, destructor del cristianismo, hipócrita, blasfemo y escéptico". La ruptura entre ambas doctrinas era inevitable.

El protestantismo en Europa Central

Contra el poder de la jerarquía oficial

Los hombres de Lutero

Zuinglio y la reforma suiza

Contra el poder de la jerarquía oficial

En el último tercio del siglo XV y a lo largo de todo el XVI, la efervescencia reformista se expandió por una Europa ya impregnada de humanismo y sedienta de coherencia entre la fe y las costumbres.

Las ideas de Lutero se extendieron como una llamarada por toda Europa. Fueron numerosos los factores que contribuyeron a su difusión en un espacio de tiempo muy corto. Entre ellos ocupan un lugar destacado la excelente preparación doctrinal, la gran energía y la entrega incondicional de algunos de sus promotores. No todos fueron seguidores de Lutero y simples repetidores de sus enseñanzas. De hecho, los reformadores defendieron con frecuencia posturas enfrentadas, mantuvieron numerosas controversias, a menudo muy enconadas, y no faltaron las enemistades y los odios mortales entre sí. Pero a todos ellos les unía el mismo sentimiento de irreductible rebeldía contra las estructuras de la jerarquía oficial de la Iglesia instalada en el poder y compartían la misma pasión por imponer drásticas reformas.

Los hombres de Lutero

Lutero contó desde el primer momento con el apoyo de un buen número de seguidores y colaboradores leales. Destacaron entre ellos Nicolás de Amsdorf (1483-1565), que le ayudó a traducir la *Biblia* al alemán. Fue consagrado obispo evangélico de Nuremberg por el propio Lutero y era tan ardiente partidario de la justificación por la sola fe que llegó a sustentar la tesis de que las buenas obras son dañinas para el alma. El humanista Justus Jonas (1493-1555) puso sus conocimientos de jurista al servicio de las iglesias reformadas para la redacción de las ordenaciones eclesiásticas. También él colaboró con Lutero en la traducción de la *Biblia*, estuvo a su lado en el lecho de muerte y pronunció su oración

fúnebre en Eisleben. Jorge Burckhard (1484-1545), llamado Espalatino por su lugar de nacimiento (Splat, cerca de Nuremberg), estuvo al servicio de la corte del príncipe elector de Sajonia Federico el Sabio. Trabajó amistad con Lutero desde fechas muy tempranas y le prestó una ayuda inestimable al conseguir que el elector le ofreciera un refugio seguro en el castillo de Wartburg cuando, ya excomulgado y declarado hereje, estaba expuesto al castigo del emperador.

La personalidad más destacada del círculo de seguidores de Lutero fue, sin duda, Philipp Schwarzerd (1497-1560), más conocido como Melanchthon, traducción de su apellido ("negro") del alemán al griego. Iniciado en las lenguas antiguas y los estudios teológicos por su tío, el hebraísta Juan Reuchlin, abrazó las ideas de Lutero en 1517. Sus *Loci communes rerum theologicarum*, publicados en 1521, le han valido la fama de teólogo de la Reforma protestante. Su gran formación humanista y el gran aprecio que siempre profesó a Erasmo le convirtieron en el lazo de conexión (a punto de romperse a causa de la áspera controversia entre este último y Lutero) entre los círculos humanistas y las ideas de la Reforma. Melanchthon aceptaba la tesis luterana sobre la incapacidad de la inteligencia humana de llegar al conocimiento de Dios y sobre la carencia de libertad de la voluntad, pero se oponía a renunciar a la existencia de una ética filosófica. Entendía que también después de la caída puede la naturaleza conocer la ley natural y la voluntad hacer obras naturalmente buenas, aunque de nada sirven para la justificación. En la dieta de Augsburgo de 1530, celebrada con el propósito de restablecer la unidad de la fe y de reagrupar a todas las fuerzas cristianas contra el peligro turco, Melanchthon elaboró una "confesión" protestante en la que su deseo de paz y armonía le inducía a calificar de "pequeñas diferencias" lo que en realidad eran graves diferencias dogmáticas. Aunque la dieta no alcanzó sus objetivos, Melanchthon siguió buscando, hasta el final de sus días, fórmulas de compromiso aceptables para católicos y protestantes. Esta postura ha sido valorada de diversas maneras. Para algunos, vacía totalmente de contenido las ideas de Lutero sobre la justificación; para otros, ofrece una síntesis fecunda -de signo ético neoaristotélico- entre la Reforma y la cultura humanista.

Zuinglio y la reforma suiza

Ulrico Zuinglio (1484-1531) estudió en Viena y Basilea, donde existían florecientes centros humanistas. Su proceso de ruptura con Roma se inscribe en la rebelión generalizada contra la Iglesia jerárquica, pero -como él mismo se encargó de subrayar- no dependía de Lutero. "Antes de que nadie hubiera oído entre nosotros el nombre de Lutero, comencé yo, en 1516, a predicar el evangelio de Cristo." "El principio básico de su concepción teológica es que no hay otra autoridad doctrinal que la de la Escritura, que no es ya privilegio de sacerdotes, sino bien común". Rechazaba todo lo que no está explícitamente contenido en la *Biblia*: el papado, la misa, la invocación de los santos, el celibato sacerdotal... El consejo del cantón de Zurich aceptó e impuso, en 1525, las tesis de Zuinglio.

Desde Zurich, la reforma de Zuinglio se propagó a varios cantones, entre otros Sank Gallen, Basilea -en éste en competencia con los seguidores de Lutero- y Berna. Otros (Lucerna, Uri, Schwyz, Unterwalden, Zug, Glaris, Friburgo, Solothurn y Appenzell) se mantuvieron fieles a Roma. Muy pronto, de las discusiones teológicas se pasó a los enfrentamientos armados. En 1531, un ejército zuriqués encabezado por Zuinglio, que había sido capellán castrense de tropas suizas, fue derrotado en Kappel por los católicos. Zuinglio encontró la muerte en el combate. Como consecuencia de la derrota, los zuinglianos firmaron la paz con los católicos y, a continuación, entraron en negociaciones doctrinales con los calvinistas, que culminaron con la unión de ambos movimientos en 1549.

El protestantismo en el Norte y Occidente de Europa

De Calvino a Servet

Juan Calvino

Crisis religiosas o políticas

Expansión y conflictos de la Reforma

De Calvino a Servet

El protestantismo de Europa Occidental está profundamente marcado por la obra y la personalidad de Juan Calvino (Jean Cauvin, 1509-1564). Su ruptura con la Iglesia se produjo hacia 1533, según él de forma imprevista y por intervención divina.

En 1536, Calvino publicó su obra *Institutiones doctrinae christianae*, que le acreditaba como el más sistemático de los teólogos reformistas. Aquel mismo año se trasladó a Ginebra, donde con firme voluntad logró imponer su propia reforma. Implantó una severísima disciplina en la ciudad, que no excluía la pena de muerte para quienes se oponían a sus ideas (p. ej., contra el médico español Miguel Servet, condenado a la hoguera por negar la Trinidad). Ginebra se convirtió en la Roma del protestantismo. Muerto Lutero (1546), Calvino fue la figura más destacada y el líder indiscutible del movimiento reformista.

Juan Calvino

Las teorías de Calvino crean una Iglesia de tipo democrático y presbiteriano. Existen en ella cuatro oficios: pastores o predicadores, maestros, presbíteros y diáconos. Se rechaza la figura del obispo. La comunidad es la guardiana de la ortodoxia y la tutora de la ley. Sólo se admiten dos sacramentos: la cena y el bautismo que, por lo demás, no producen ningún efecto en quienes no están predestinados. El calvinismo comparte (aunque con distintas interpretaciones) los dos grandes principios luteranos: que la justificación nos viene de fuera y que la Escritura, principio único de la fe y de las creencias, se explica por sí misma.

El movimiento calvinista se difundió rápidamente por Francia, a pesar de la oposición de los monarcas franceses (que, por otra parte, apoyaban a los reformistas en las tierras del imperio). Las cuestiones religiosas dividieron a las poderosas familias aristocráticas (los Borbones a favor de la reforma, los Guisa en contra). Los enfrentamientos armados fueron numerosos y a veces muy sangrientos. Las guerras de religión se prolongaron desde 1562 hasta finales del siglo XVI. El conflicto se decantó a favor de Roma cuando el hugonote Enrique IV de Navarra, pretendiente al trono de Francia, abandonó la reforma ("París bien vale una misa") y fue aceptado también por los católicos. En el edicto de Nantes (1598) se concedía a los calvinistas libertad de culto, pero Luis XIV lo revocó en 1683.

Crisis religiosas o políticas

Las doctrinas calvinistas se difundieron en Escocia gracias, sobre todo, a la predicación de Juan Knox, formado en Ginebra bajo la dirección personal de Calvino.

La expansión de la reforma por los restantes países europeos estuvo protagonizada por personajes de menor talla teológica, y las razones religiosas estuvieron con mucha frecuencia entreveradas de ambiciones políticas.

En los Países Bajos, el calvinismo se alió en las provincias del norte con el sentimiento antiespañol liderado por la familia de los Orange.

En Suecia, los protestantes proclamaron (1523) al rey luterano Gustavo I para separarse religiosamente de Roma y políticamente de Dinamarca.

Finlandia abrazó el luteranismo de su influyente vecina, Suecia.

En Dinamarca, la imposición del luteranismo (entre 1533 y 1559) tuvo como objetivo poner fin al predominio del alto clero y de la nobleza. Siguió este mismo destino Noruega e Islandia, pertenecientes a la corona danesa.

En Prusia, el Gran Maestre de la Orden Teutónica abrazó, a principios de la década de 1520, las ideas reformistas, secularizó los territorios de la orden y se apoderó de ellos con el título de duque de Brandeburgo-Prusia.

Polonia, bajo el reinado de Segismundo I (1506-1548), se mantuvo firmemente católica.

También en Italia y España surgieron brotes protestantes en el entorno de los círculos humanistas, pero la Inquisición cortó de raíz estos movimientos con la celebración de los sangrientos autos de fe de Valladolid (1558-1559) y Sevilla (entre 1559 y 1564).

Expansión y conflictos de la Reforma

A finales del siglo XV, parecía que la reforma religiosa y moral reclamada por las Iglesias cristianas ya la habían iniciado los predicadores y los reformadores de las órdenes religiosas. Pero Roma no renunciaba a su política de poder, y el descontento popular era profundo. Por otra parte, resultaba cada vez más insoportable el pulso político entre la Europa Central y la Mediterránea. El conflicto religioso que desencadenó Martín Lutero encontró terreno abonado para los enfrentamientos no sólo teológicos, sino -y quizá principalmente- políticos. Aquí y en el mapa adjunto se pretende ofrecer unos nombres clave para la comprensión del gran estallido del cisma que marcará al cristianismo durante los cinco siglos posteriores.

Academia de Ginebra: Fundada en 1559 y dirigida por Théodore de Bèze, fue la principal escuela protestante de Europa.

Andreas Karlstadt: Colaborador de Lutero que abolió los votos monásticos, el celibato sacerdotal y el culto a las imágenes. Defendió que la misa católica no era el sacrificio de Jesús sino una conmemoración de él. Lutero se deshizo de él cuando comprobó su excesivo radicalismo.

Contrarreforma: Movimiento católico de recuperación. En su dimensión política de enfrentamiento a la Europa Central, la Contrarreforma tuvo sus principales bastiones en España e Italia. Tuvo su momento álgido en el concilio de Trento.

Enrique VIII de Inglaterra: Tomó la iniciativa de una Reforma resueltamente hostil al luteranismo. Excomulgado el 11 de julio de 1533 por su divorcio de Catalina de Aragón y su matrimonio con Ana Bolena, tomó una serie de decisiones que abocaron en enero de 1534 a la confirmación del cisma anglicano.

Erasmus de Rotterdam: (Desiderius Erasmus Roterodamus, 1469-1536). Filólogo, filósofo y teólogo no especulativo y humanista, fue un personaje que por un lado fustigó las instituciones y el sistema filosófico de los eclesiásticos de su época -con lo que preparó el camino del protestantismo- y por otro se enfrentó ideológicamente con Martín Lutero, con quien a pesar de todo le unían lazos de profundo respeto.

Federico I de Dinamarca: Una vez destronado Cristián II, hizo del luteranismo la religión oficial. Su victoria sobre el pretendiente católico determinó, en 1537, el paso de Noruega al protestantismo.

Gustavo I Vasa: Rey sueco; al liberar Suecia de la dominación danesa en 1523, secularizó los bienes del clero y organizó a partir de 1529 una Iglesia luterana estatal estrechamente sujeta a la monarquía nacional.

Humanismo: Movimiento intelectual que a partir del estudio de los textos antiguos propugnaba, en el Renacimiento, el cultivo de las facultades del hombre para acercar a éste a un ideal que creía realizado en la antigüedad grecorromana. En el siglo XVI, el humanismo de Erasmo de Rotterdam había introducido en el estudio filológico de la Sagrada Escritura y la crítica de las creencias y las instituciones religiosas del cristianismo.

Johannes Tetzel: Fraile dominico alemán que en tiempo de Lutero recorría Sajonia predicando la indulgencia concedida por el papa León X para financiar la reconstrucción de San Pedro.

Juan Calvino: Francés (Jean Cauvin). Reformador más estricto que Lutero, en 1536 publicó la *Institución de la religión cristiana*, una obra que defendía que el *Evangelio* es la única fuente de la verdad. Su autoridad se extendió a Ginebra. Exiliado, reconstruyó en Estrasburgo una Iglesia de refugiados franceses y combatió todo entendimiento tanto con los luteranos como con Roma, lo que no le impidió denunciar a Miguel Servet ante la Inquisición Católica.

Reforma: Movimiento religioso del siglo XVI, por el que una gran parte de Europa se sustrajo a la obediencia del Papa, lo que dio origen a las diversas Iglesias protestantes.

Thomas Cromwell: Consejero de Enrique VIII de Inglaterra. El 11 de febrero de 1531 consiguió que el parlamento votara la subordinación de la Iglesia a la Corona.

Thomas Münzer: Colaborador de Lutero que intentó crear comunidades sin culto ni sacerdotes. En 1524 alentó la guerra de los campesinos, lo que le valió el enfrentamiento con el propio Lutero.

Tomás Moro: Consejero de Enrique VIII de Inglaterra. Permaneció en el catolicismo romano y luchó contra la herejía.

Ulrico Zuinglio: Discípulo de Lutero, implantó la Reforma en Zurich y Berna entre 1525 y 1528. Rechazando los sacramentos, simplificaba radicalmente la liturgia. También enfrentado con Lutero, un intento de unión fracasó en 1529 en el llamado "coloquio de Marburgo".

El concilio de Trento

La Contrarreforma católica

La celebración del concilio

La importancia del concilio de Trento

La doctrina oficial de la Iglesia católica

Las grandes definiciones dogmáticas del concilio

La jerarquía eclesiástica

La Contrarreforma católica

El concilio de Trento coronó con éxito, en muy difíciles circunstancias, la doble tarea de trazar con firmeza las líneas de la recta doctrina católica y poner los cimientos de una renovación sólida, profunda y duradera de las instituciones de la Iglesia.

La difusión de las ideas reformistas y los esfuerzos de los católicos por frenar su expansión crearon un gran caos no sólo doctrinal, sino también social y político en toda la cristiandad europea. El imperio alemán, escindido en numerosos principados, ducados y obispados, amenazaba con quedar reducido a ruinas. En Francia, el calvinismo parecía arrastrar a toda la nación, y estallaron sangrientas guerras religiosas. Inglaterra se había perdido para Roma. En Escocia triunfó el partido calvinista. Habían abrazado el luteranismo el norte alemán y los países escandinavos. Polonia, Hungría y Bohemia estaban desgarradas por movimientos protestantes. Los cantones suizos se habían escindido en bandos irreconciliables. Incluso en los dos baluartes del catolicismo, las penínsulas Itálica e Ibérica, había círculos que simpatizaban con la Reforma. Y todo ello en un momento en que el imperio turco alcanzaba la cima de su poder y sus ejércitos avanzaban incontenibles por la cuenca del Mediterráneo oriental y Europa Central.

Para evitar el colapso de la cristiandad era imprescindible recomponer la unidad, y el único medio eficaz era la celebración de un concilio. Pero el concilio se demoró demasiado. No se convocó hasta 1545, es decir, casi treinta años después de los primeros grandes estallidos de la rebelión. Si, por un lado, todos eran conscientes de su necesidad, por otro, la idea del concilio suscitaba suspicacias. Los papas temían que su convocatoria acentuara las tendencias conciliaristas y mermara la autoridad papal. Los príncipes protestantes alemanes y el rey de Francia recelaban que acrecentara el poder y la influencia del emperador. Por fin, con la paz de Crespy (1544) firmada entre el emperador Carlos V y el rey de Francia, Francisco I, se consiguió crear el clima mínimo de colaboración necesario para convocar la gran asamblea. La inauguración tuvo lugar en la ciudad italiana de Trento el 13 de diciembre de 1545. Las sesiones se desarrollaron en tres etapas.

La celebración del concilio

Primera etapa (1545-1548), bajo el pontificado de Paulo III. A la sesión inaugural apenas asistieron treinta obispos. Hubo tan sólo dos obispos alemanes y tres franceses. La mayoría eran italianos. Los españoles presentaban un grupo compacto y bien preparado. En febrero de 1547, una peste declarada en Trento aconsejó trasladar las reuniones a Bolonia, pero los obispos "imperiales" se negaron. Para evitar una peligrosa escisión, Paulo III suspendió el concilio (febrero de 1548).

Segunda etapa (1551-1552), bajo el pontificado de Julio III. Asistió una nutrida representación alemana, rompiendo el predominio italiano de la etapa anterior. Destacó la presencia de brillantes teólogos españoles (Soto, Cano, Castro). A instancias del emperador, asistieron algunos delegados reformistas, pero sus exigencias de participar en las deliberaciones, entre ellas el reconocimiento de la superioridad del concilio sobre el papa, no fueron aceptadas. En 1552 la situación política alemana experimentó un súbito agravamiento. Mauricio de Sajonia, en quien Carlos V había depositado su confianza, se unió a los príncipes protestantes. Sus tropas cruzaron el desfiladero de Klause y avanzaron sobre Innsbruck, donde se encontraba, desprevenido, el emperador. Sólo pudo salvarse huyendo a una de caballo. Ante la gravedad de los acontecimientos, los obispos alemanes abandonaron Trento y el pontífice suspendió el concilio.

Tercera etapa (1562-1563), bajo el pontificado de Pío IV. No hubo representantes de los obispos alemanes ni delegados de los reformistas. Al final, se leyeron y aprobaron, una por una, las resoluciones de las tres etapas conciliares. El Papa dio su aprobación verbal a los

pocos días, y solemnemente, en la bula *Benedictus Deus* de 30 de julio del año siguiente, aunque con fecha retrotraída al 26 de enero del mismo año.

La importancia del concilio de Trento

La importancia del concilio de Trento radica en que con sus decisiones dogmáticas los padres conciliares fijaron de forma clara el contenido de la ortodoxia católica y con sus decretos disciplinares eliminaron las gravísimas lacras que durante siglos habían aquejado a la alta jerarquía de la Iglesia. Se ponía, por fin, en marcha la verdadera reforma, tan urgentemente reclamada por muchos sectores de la cristiandad.

En el plano de la disciplina destaca, por sus profundas repercusiones, el deber de los obispos de residir en sus diócesis. Se les impuso, además, la obligación de celebrar sínodos diocesanos anuales y de visitar sus parroquias para prevenir y erradicar los abusos. Se establecieron los principios a que debían atenerse las órdenes religiosas para adaptarse al espíritu conciliar. La creación de seminarios fue un poderoso instrumento de formación espiritual y cultural de los aspirantes al sacerdocio: dignificó notablemente el estamento clerical, elevó su prestigio y confirió mayor eficacia a sus tareas pastorales.

Por falta de tiempo, los padres conciliares tuvieron que dejar pendiente y confiar a los futuros pontífices una de las peticiones más solicitadas por los obispos: la reforma de la Curia Romana.

La doctrina oficial de la Iglesia católica

La principal preocupación de los padres conciliares fue delimitar claramente la verdadera fe de la Iglesia católica frente a las desviaciones de la Reforma. Los reformadores ponían el acento sobre dos temas y a ellos consagró el concilio la mayor parte de sus sesiones dogmáticas: la sola Escritura como única autoridad doctrinal y la sola fe como fuente de justificación. Las definiciones conciliares sobre estos puntos han sido, durante cuatrocientos años, la piedra angular de la enseñanza oficial de la Iglesia católica. De hecho, una gran parte del esfuerzo de los teólogos postridentinos se consagró a fundamentar y consolidar, con argumentos extraídos tanto de la Escritura como de la tradición, la patrística y la teología especulativa, las enseñanzas del concilio.

Del rigor intelectual con que procedieron para determinar la recta doctrina da buena idea el orden seguido para llegar a las conclusiones. Se fijaron tres tipos de "congregaciones": particulares, generales y solemnes. En las congregaciones particulares, teólogos expertos en el tema debatido exponían sus puntos de vista en presencia de los padres conciliares, que podían así tener información rápida, sólida y de primera mano. A continuación, en las congregaciones generales, los padres conciliares analizaban de nuevo la materia y formulaban sus conclusiones. Por último, en las congregaciones solemnes se sometía el tema a votación. Sólo tenían derecho a voto los obispos, en cuanto garantes de la tradición apostólica. Excepcionalmente se concedió este derecho a algunos superiores generales de órdenes religiosos adornados de singular prestigio. La función de los teólogos era meramente consultiva.

Las grandes definiciones dogmáticas del concilio

Frente al postulado protestante de la sola Escritura, los padres conciliares establecieron que las enseñanzas de la Iglesia se fundamentan en la Escritura, debidamente interpretada, y en la tradición. En este contexto, tuvieron que llevar a cabo la laboriosa pero indispensable tarea de fijar el canon de la Escritura, es decir, determinar, con sus nombres concretos, los libros de la *Biblia* inspirados por Dios que deben ser tenidos como fuente de la revelación. Esta labor se hizo urgentemente necesaria porque los reformadores negaban el carácter de sagrados a los escritos que estaban en abierta contradicción con sus enseñanzas, como la

Carta de Santiago (la "carta de paja" según Lutero), que habla de la necesidad de las obras para la salvación. En las medidas disciplinarias tomadas sobre este punto se decretó la obligación de crear en las iglesias principales cátedras para la exposición de la Escritura. Se echaban así los cimientos del posterior florecimiento de la exégesis católica.

Otro de los grandes principios de la teología protestante afirma que el hombre se justifica - y, por consiguiente, se salva- por la sola fe, sin las obras. Es más, según algunos teólogos de la Reforma, las obras del hombre son siempre y en cualquier circunstancia malas, porque proceden de una naturaleza radicalmente corrompida por el pecado original. El concilio enunció una doctrina mucho más matizada. Admitía, de acuerdo con la Escritura, que la justificación es un puro don de Dios al hombre. Ahora bien, esta justificación no consiste en que Dios declara, como juez que emite una sentencia, que el hombre queda justificado. Así podría entenderlo tal vez la teología nominalista estudiada por Lutero. Según el concilio, el hombre se justifica mediante una gracia que Dios le concede, que le renueva interiormente y le convierte en una nueva criatura, capacitada para llevar a cabo obras buenas, agradables a Dios. Estas obras son, pues, don de Dios, pero también, a la vez, mérito del hombre que las lleva a cabo con la ayuda de la gracia de Dios.

Tras el decreto sobre la justificación, los padres conciliares desarrollaron -como prolongación lógica de la misma- la doctrina sobre los sacramentos, ya que a través de ellos Dios comunica al hombre la justicia, o se la aumenta cuando ya la tiene, o la repara si la ha perdido.

Los sacramentos son actos o ritos simbólicos, por los que Dios comunica al hombre la salvación. Son símbolos necesarios para hacer posible el encuentro personal con Dios, porque el hombre, ser espiritual y trascendente, tiene también, al mismo tiempo, una estructura corpórea, social e interpersonal. Son signos eficaces por sí mismos, es decir, transmiten, a quienes lo reciben con la debida disposición, lo que las palabras que acompañan al rito o símbolo significan. Nada importa la santidad o la maldad personal de quien los administra. Confirmando la doctrina del concilio de Florencia, el de Trento fija su número en siete y afirma que todos ellos han sido instituidos por Cristo.

La jerarquía eclesiástica

En la exposición de la doctrina sobre los sacramentos ocupó un lugar destacado en la labor de los padres conciliares tridentinos el del orden, porque contra él habían dirigido los reformistas sus más apasionados ataques. No sólo se negaban a reconocer en la Iglesia jerárquica una institución querida y creada por Cristo, sino que afirmaban que era la nueva ramera babilónica y veían en el Papa la encarnación del Anticristo. Según el concilio, el sacramento del orden confiere a quienes lo reciben -y sólo a ellos, no al resto del pueblo fiel- la potestad de consagrar la eucaristía y de perdonar los pecados. Los obispos son sucesores de los apóstoles y han sido instituidos por el Espíritu Santo. Por consiguiente, las autoridades civiles no son competentes para instituir obispos ni para rechazarlos cuando han sido válidamente ordenados. Se afirma asimismo que existe una diferencia esencial entre los obispos y los simples sacerdotes. Los obispos son superiores a los presbíteros porque tienen potestades superiores. La principal de ellas radica en que sólo los obispos, y no los presbíteros, pueden ordenar nuevos sacerdotes.

Las Iglesias del cristianismo reformado

Una tempestad de ideas

Asentamiento de las doctrinas

El embate racionalista

La teología protestante hasta hoy

Los teólogos protestantes contemporáneos

Una tempestad de ideas

El principio reformista que proclama como única autoridad doctrinal legítima la Sagrada Escritura libremente interpretada por cada creyente estaba llamado a desatar un torrente de opiniones encontradas y enconadas controversias, y así ocurrió.

Hubo una primera etapa agitada por efervescentes discusiones doctrinales no sólo con los teólogos católicos, sino también dentro del movimiento reformista, polémicas de todos contra todos: de Lutero contra Zuinglio, contra Melanchthon, contra Agrícola, contra Osiander y Calvino; de Calvino contra Arminio y contra Miguel Servet; de Knox contra los calvinistas holandeses; de Flacio Ilírico y Amsdorf contra Pfeffinger. Surgieron numerosos grupos, sectas y comunidades de los más diversos géneros. Hubo grupos anárquicos que asaltaban las iglesias y destruían las imágenes, sectas de exaltados o iluminados, agitadores que, invocando las proclamas de Lutero, provocaban insurrecciones sociales. Hubo también comunidades de severa moral, como los anabaptistas, una vez superada su primera fase revolucionaria y destructora, y sus sucesores, los menonitas.

De todo aquel tumultuoso torbellino de ideas, con el paso del tiempo sedimentaron dos Iglesias que descuellan por la gran personalidad de sus fundadores, por el rigor y la solidez del edificio teológico que consiguieron levantar y por el considerable número de sus seguidores: la Iglesia luterana y la calvinista.

Su historia externa tiene algunos puntos comunes. Tras una etapa inicial de rápida expansión numérica y geográfica por toda Europa en la primera mitad del siglo XVI, siguió un período de asentamiento e incluso de retroceso bajo los efectos de la Contrarreforma católica. Sin embargo, hubo una importante circunstancia divergente en esta trayectoria. Mientras que el luteranismo conseguía implantarse como religión mayoritaria en muchos países nórdicos y contaba con la protección de las autoridades civiles, el calvinismo era (a excepción de en Escocia y los Países Bajos) una confesión minoritaria, en situación de asedio y sometida (sobre todo en Francia) a sangrientas persecuciones.

Asentamiento de las doctrinas

En su historia interna, superada la virulencia de las discusiones de la primera hora, en ambas confesiones se inició un proceso de cristalización, clarificación y sistematización de la doctrina, muchas veces expuesta de forma fragmentaria y hasta contradictoria, en escritos surgidos al compás de los acontecimientos o dictados por urgentes necesidades del momento.

La escisión de la Iglesia de Inglaterra presenta una génesis peculiar. En ella las controversias doctrinales tuvieron una importancia secundaria. De hecho, el principal impulsor de la rebelión contra la Iglesia romana, el rey Enrique VIII, había sido honrado por el papa León X con el título de "defensor de la fe" por sus escritos contra Lutero. Pero la negativa del papa Clemente VII a concederle el divorcio de su esposa, Catalina de Aragón, llevó al monarca a negar la autoridad del pontífice. En el año 1534, el parlamento inglés aprobó el Acta de Supremacía que proclamaba al rey la autoridad suprema de la Iglesia de Inglaterra. La Iglesia anglicana, así nacida, se subdividió en dos ramas, la episcopaliana (que admite la figura del obispo) y la presbiteriana (que la niega). Como reacción a las costumbres relajadas de la Iglesia anglicana oficial surgió la comunidad metodista, que tiene numerosas afinidades con el movimiento pietista. La Alta Iglesia anglicana mantiene muchos puntos de contacto doctrinales con el catolicismo.

El embate racionalista

En los siglos XVIII y XIX, las confesiones protestantes tuvieron que hacer frente, al igual que el catolicismo, a los asaltos que la Ilustración lanzó contra ellas en nombre de la razón. La idea de una religión y unas verdades reveladas parecía inconciliable con el talante racionalista del Siglo de las Luces. Una de las respuestas a estos embates fue la "teología liberal", que intentaba explicar "razonablemente" los contenidos del cristianismo al precio de vaciarlos de contenido. En aquel gélido clima espiritual surgió, como reacción, el movimiento pietista, que cultiva una religiosidad íntimamente sentida y profundamente personal. Fundado por el párroco de Frankfurt Felipe Spencer, alcanzó con Friedrich Schleiermacher (1768-1834) su máxima formulación filosófica y teológica. Schleiermacher, considerado por algunos el verdadero "padre de la teología protestante moderna", se propuso exponer el cristianismo desde una perspectiva asequible a la mentalidad culta de su tiempo (*Discurso sobre la religión dirigido a los espíritus cultivados que la desprecian*). Para Schleiermacher, la religión se fundamenta en el sentimiento y la intuición y no depende de los dogmas. Pero no en el sentimiento entendido como emoción psicológica, sino como vivencia profunda, que incluye también un género de sensibilidad que abre el espíritu y la mente a otras dimensiones, a las que no se puede acceder por la vía de la racionalidad. El pietismo cristalizó en numerosas agrupaciones de fieles que cultivan en sus reuniones una viva religiosidad y practican una elevada moral cristiana en el ámbito personal y familiar. Así surgieron, entre otras, la Iglesia baptista, la congregacionista, los cuáqueros, los hermanos moravos y los metodistas. Este nuevo fenómeno nacido en el seno del protestantismo ha tenido importantes repercusiones sociales a través de movimientos de ayuda a grupos necesitados y ha contribuido a mantener lazos de unión entre las masas proletarias y urbanas crecientemente descristianizadas y el mundo de la religión.

Uno de los frutos más destacados de este movimiento ha sido la evangelización de países que, al compás de la colonización y la expansión europea y norteamericana, fueron penetrando en el círculo de visión occidental. Numerosas sociedades misioneras financiadas por los movimientos pietistas contribuyeron poderosamente, a lo largo de los siglos XIX y XX, a difundir el cristianismo por todos los continentes.

La teología protestante hasta hoy

La multiplicidad de credos y formulaciones doctrinales dentro de un protestantismo que comprende grupos religiosos tan dispares como los luteranos, los reformados, los anglicanos, los metodistas, los congregacionistas y otros, hace muy difícil sistematizar su pensamiento en un esquema común. Sin embargo, pueden presentarse algunos de sus aspectos peculiares y específicos, sobre todo comparándolos con las interpretaciones cristianas frente a las cuales se plantearon.

La revelación y la gracia: Ya desde la Reforma, la teología protestante ha defendido siempre la trascendencia de la revelación salvífica de Dios en Jesucristo, en la que el hombre puede participar exclusivamente por la gracia de Dios.

La palabra: La revelación salvadora se realiza por la palabra, entidad real que partiendo de Dios llega con fuerza irresistible al hombre. Esta palabra no es una mera información sobre verdades, ni siquiera es en exclusiva el contenido material de la *Biblia*, sino que se trata de un contacto vital, una situación de la persona abierta al Espíritu.

El Espíritu y la fe: La palabra de Dios recibida bajo el influjo personal e individual del Espíritu Santo engendra la fe en la persona; es decir, la confianza que le transforma, le perdona los pecados y le asegura la justicia y la bienaventuranza eterna.

La justificación por la fe: La fe que el creyente ha recibido como don espiritual no corre riesgo alguno ni está expuesta a inestabilidades irreparables, sino que está asegurada por toda la eternidad puesto que, como regalo gratuito de Dios y no como merecimiento humano, es absolutamente independiente de la conducta de la persona.

Pesimismo existencial: A pesar de la justificación por la fe, el hombre será culpable ante Dios y no tiene posibilidad alguna de reparar su culpa. Su naturaleza seguirá inclinada a no amar a Dios y al prójimo y, aunque en orden a la salvación sus pecados dejarán de serle imputados, él seguirá siendo esencialmente pecador.

Jesucristo y los santos: El pecado de la persona acentúa el carácter exclusivo de Jesucristo como salvador y redentor de la humanidad.

Los santos son ejemplos estimulantes de la fe, así como la Virgen María, que, por ser madre de Cristo sin concurso humano, es signo de la acción trascendente y solitaria de Dios en la salvación del hombre.

Los teólogos protestantes contemporáneos

También como reacción a la teología liberal imperante durante el siglo XIX en el panorama cultural (sobre todo en el espacio germanoparlante), la teología protestante dio en el siglo XX una pléyade de brillantes pensadores que abrieron nuevas y luminosas perspectivas para la comprensión del cristianismo en el momento actual.

Entre los nombres que mayores aportaciones han proporcionado a este proceso de renovación y revitalización de la teología pueden mencionarse los siguientes:

Rudolf Bultmann (1884-1976): Exegeta y teólogo luterano alemán. Intentó una aproximación a los enunciados del cristianismo enmarcándolos en sus relaciones con el mundo en que se originó, es decir, un mundo de religión judía influenciado por la espiritualidad griega y modelado con las categorías de la filosofía helenista y algunos elementos de las religiones de Oriente Próximo. La gran aportación de Bultmann es la idea de la desmitologización: el mensaje del Nuevo Testamento está envuelto en un lenguaje mítico, de acuerdo con la mentalidad que tenían sus destinatarios, los cristianos, en aquella época. Para descubrir su verdadero significado es preciso desmitificarlo, traducirlo a nuestras categorías existenciales.

Karl Barth (1886-1968): Teólogo calvinista suizo. La base de su espléndido edificio doctrinal es la afirmación de la trascendencia de la palabra de Dios. Es esta palabra la que crea la fe. "Todo lo humano es espacio vacío... Sólo queda la pura fe." En las primeras etapas de su exposición teológica, Barth aplicaba a la religión lo que Pablo dice de la ley y las obras. La religión, entendida como intento de apoderarse de Dios, es el pecado fundamental. En su segunda etapa matizó este punto de vista. Cristo ha salvado toda la realidad del hombre pecador, incluida la religión. Por eso es verdadera la *religión cristiana*.

Paul Tillich (1886-1965): Teólogo protestante alemán. Su credo religioso insistía en la trascendencia, pero mostraba al mismo tiempo un gran respeto por las conquistas culturales humanas, y por ello se definía a sí mismo como teólogo de frontera. Dedicó al estudio de las interrelaciones entre la cultura y la teología una de las obras más significativas sobre este tema (*Teología de la cultura y otros ensayos*). En ella afirma que la religión no es un ámbito más de la realidad humana, sino una dimensión esencial de la misma. Pero esta dimensión trascendental sólo se hace palpable al hombre cuando adquiere formas concretas en símbolos en los que se expresan las vivencias y se manifiesta la irrupción de lo sacro en la historia. El símbolo básico del cristianismo es Jesús en cuanto Cristo.

Oscar Cullmann (1902-): Historiador, exegeta y teólogo luterano francés. Es uno de los más destacados exponentes de la teología de la historia: la historia es una historia de salvación, de una salvación que se desliza en el tiempo y tiene su centro en Cristo. Cullmann ha analizado las relaciones socioculturales del cristianismo primitivo con el helenismo (en el que se configuró conceptualmente, pero con el que está siempre en pugna), el judaísmo y el gnosticismo. Sus teorías implican un claro acercamiento a las posiciones católicas, pero no una aceptación y mucho menos una identificación con ellas.

Dietrich Bonhoeffer (1906-1945): Teólogo luterano alemán. En las cartas que escribió en la cárcel, donde fue recluido por su oposición al nazismo y de donde sólo salió para ser

ejecutado, lleva adelante, de una manera radical, las ideas de su maestro, Karl Barth, y de Bultmann. Siguiendo la línea de pensamiento del primero, se pregunta si no habría que hablar de la religión en los mismos términos con que Pablo se refiere a la circuncisión: como rito del pasado definitivamente superado. La humanidad se encaminaría, por tanto, a una era "no religiosa". En sintonía con Bultmann, declara que no sólo es mítico el lenguaje del evangelio, sino también sus conceptos. Por tanto, la tarea del exegeta y del teólogo consistiría en interpretar este mensaje (y a Dios mismo) con categorías ajenas a la religión.

El catolicismo, entre Trento y la Nueva Era

Contra toda forma de progreso

Contra toda forma de progreso

Una vez trazadas en el concilio de Trento las grandes líneas maestras del dogma católico y definida en el concilio Vaticano I (1870) la infalibilidad del Papa, parecía desaparecer del horizonte de las ideas la necesidad de nuevos concilios.

Con el concilio de Trento, la Iglesia contaba con los medios y la autoridad doctrinal suficiente para garantizar la ortodoxia y esclarecer cuantas dudas pudieran ir surgiendo en las materias relacionadas con la fe y las costumbres, con las creencias teóricas y las conductas prácticas. De ahí la gran sorpresa que provocó el anuncio del papa Juan XXIII, el 25 de enero de 1959, de su propósito de convocar un nuevo concilio.

Pero, más allá de la sorpresa inicial, lo cierto es que se trataba de una decisión plenamente justificada, adoptada por un hombre dotado de un gran realismo, una penetrante perspicacia y una notable fuerza de carácter. En efecto, bajo la aparente quietud de las aguas en la superficie del universo católico, se agitaban en el fondo corrientes encontradas, tensiones latentes, que estaban reclamando un profundo análisis y una urgente solución.

El dogma de la infalibilidad del obispo de Roma era una de las cuestiones más espinosas. Si el Papa es infalible *por sí mismo*, y si, además, en virtud de su suprema autoridad de jurisdicción sobre toda la Iglesia puede nombrar, trasladar o deponer libremente a los obispos, parecía que éstos quedaban reducidos a la condición de meros ejecutores de las órdenes del sumo pontífice. No parecía tener ninguna significación práctica la afirmación del concilio de Trento de que los obispos son puestos al frente de sus diócesis por el Espíritu Santo, lo que en la terminología eclesiástica equivale a decir que les asiste un derecho divino, que debe ser respetado por el Papa. Era urgente armonizar estos principios y delimitar las fronteras y las competencias de ambas instituciones, entre otras razones porque, en el sentir de no pocos obispos, la curia romana no los trataba y respetaba de acuerdo con la dignidad y autoridad que les confería el hecho de ser sucesores directos de los apóstoles.

También en la comunidad de los teólogos existía una amplia sensación de malestar. Muchos entendían que no gozaban del clima de libertad intelectual necesario para llevar adelante, sin trabas, sus investigaciones y publicar sus resultados. Se habían vivido, en el pasado reciente, episodios muy dolorosos a propósito, sobre todo, del modernismo. Las autoridades doctrinales romanas mostraban una innegable desconfianza hacia muchos pensadores, tachados de ideas afines a aquella doctrina considerada como "la suma y la síntesis de todas las herejías". Fueron frecuentes las delaciones. Muchos profesores se vieron obligados a retractarse, fueron privados de sus cátedras y reducidos al silencio. Los métodos empleados por el Santo Oficio para la toma de decisiones distaban mucho de ser transparentes. A los acusados se les concedían escasas oportunidades de defensa. Era un secreto a voces el descontento de los exegetas. La Pontificia Comisión Bíblica, creada por León XIII en 1903 para impulsar los estudios de la Sagrada Escritura, emitía, bajo la

autoridad del Papa, dictámenes que no se correspondían con los resultados de las investigaciones de la crítica bíblica más solvente. Hasta 1943, con la encíclica *Divino afflante Spiritu*, no comenzaron a abrirse puertas y ventanas por las que pudo penetrar en el espacio católico la corriente de los modernos estudios.

También estaba a la espera de una respuesta satisfactoria el problema de la relación de la jerarquía, es decir, el Papa y los obispos, con los seglares. Parecían reducidos a la condición de grey que sigue ciegamente, y sin presentar objeciones, la senda que le señalan sus pastores. No se tenían en cuenta las opiniones autorizadas de seglares expertos en algunos de los temas abordados por el magisterio, por ejemplo, en el campo de la moral matrimonial. Carecía de repercusiones prácticas la doctrina del sacerdocio universal de todos los fieles. Las instrucciones de los dicasterios relacionadas con el comportamiento ético no respetaban lo suficiente el principio de que todos los cristianos tienen el deber ineludible de atenerse, ante todo, a los dictados de su propia conciencia. Se diría que el pueblo de Dios estaba aún en la etapa de minoría de edad.

La emergente y cada vez más impetuosa corriente de los movimientos feministas había abierto un nuevo frente en el capítulo de las cuestiones pendientes de solución, a saber, el relativo al papel de la mujer en la Iglesia. Durante siglos, habían estado excluidas no sólo de funciones ministeriales, sino también de cualquier actividad que implicara el ejercicio de la autoridad eclesial. Su labor en la comunidad se había reducido a tareas asistenciales y obras de caridad. Pero ahora numerosas voces reclamaban un mayor protagonismo para ellas.

Existía, asimismo, una creciente presión en la opinión pública para abordar con seriedad, objetividad y claridad el problema, en sí mismo escandaloso, de la división de las Iglesias. Deberían buscarse las verdaderas causas de la desunión, individualizar los puntos de desacuerdo para intentar superarlos y, sobre todo, eliminar el clima de hostilidad y enfrentamiento que había prevalecido durante un milenio con las Iglesias de Oriente y durante cerca de quinientos años con el mundo protestante.

Y había una creciente descristianización de la sociedad occidental que obligaba a plantearse una pregunta fundamental: ¿Qué es, qué significa, qué sentido tiene la Iglesia para el hombre actual?

No eran preguntas que pudieran solucionarse con definiciones dogmáticas, anatemas al viejo estilo e instrucciones de obligado cumplimiento de los dicasterios romanos. Era indispensable crear un ambiente nuevo, introducir un nuevo espíritu. Y para ello era necesario un concilio.

El concilio Vaticano II

Punto de llegada o de partida

Desarrollo del concilio

Doctrina conciliar

La "nueva" teología del concilio Vaticano II

Naturaleza y misión de la Iglesia

El Colegio Episcopal

La libertad religiosa

Punto de llegada o de partida

El concilio Vaticano II significó un punto de referencia para los creyentes católicos inmersos en un mundo que evolucionaba vertiginosamente hacia un modo de vivir ajeno a la religión.

El papa Juan XXIII inauguró el concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962, con asistencia de 2 860 padres conciliares procedentes de 141 países. Estuvieron también presentes 101 representantes de otras Iglesias no católicas en calidad de observadores.

En la etapa preparatoria se habían enviado consultas al episcopado solicitando su opinión sobre los temas que se deberían estudiar. Se recibieron cerca de 2 000 sugerencias, que varias comisiones romanas se encargaron de agrupar por materias y de organizar en esquemas que luego serían sometidos al examen de los padres conciliares.

Ya desde el primer momento se percibieron entre los asistentes dos corrientes enfrentadas: la de los adictos a las doctrinas y actitudes tradicionales, dispuestos a secundar las posiciones de la curia romana, y la de los renovadores, deseosos de buscar soluciones nuevas para los nuevos problemas. El primer asalto concluyó con la victoria de estos últimos, que rechazaron un esquema presentado desde el punto de vista de la curia. El episodio revelaba claramente que los padres conciliares no se limitarían a otorgar su asentimiento a los documentos que les fueran presentando. Se anunciaban vivas discusiones. Por lo demás, no hacía sino repetirse la situación vivida ya en todos los concilios anteriores.

Desarrollo del concilio

Las deliberaciones se desarrollaron a lo largo de cuatro etapas. La primera discurrió desde el 11 de octubre al 8 de diciembre de 1962. El 3 de junio de 1963 fallecía Juan XXIII, lo que implicaba la suspensión del concilio. Fue convocado nuevamente por su sucesor, Pablo VI. La segunda etapa se desarrolló desde el 29 de septiembre al 4 de diciembre de 1963. La tercera, del 14 de septiembre al 21 de noviembre de 1964. La cuarta y última, desde el 14 de septiembre al 8 de diciembre de 1965.

Doctrina conciliar

Los padres conciliares -todos los obispos de la Iglesia católica de todo el mundo- aprobaron tres constituciones dogmáticas, es decir, documentos en los que el elemento predominante es el doctrinal: sobre la sagrada liturgia (5 de diciembre de 1963), sobre la Iglesia (21 de noviembre de 1964), sobre la divina revelación (18 de noviembre de 1965) y una constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (7 de diciembre de 1965).

Se aprobaron también nueve decretos, más orientados a cuestiones y soluciones prácticas, sobre el ministerio pastoral de los obispos, el ministerio y vida de los presbíteros, la formación sacerdotal, la adecuada renovación de la vida religiosa, el apostolado de los seglares, las Iglesias orientales católicas, la actividad misionera de la Iglesia, el ecumenismo y los medios de comunicación social.

Hubo, finalmente, tres declaraciones que enunciaban los puntos de vista y la actitud de la Iglesia sobre la libertad religiosa, la educación cristiana de la juventud y las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

A pesar de la expectación que los temas del celibato sacerdotal y del acceso de las mujeres al sacerdocio suscitaban en amplios sectores de la opinión pública, no se abordaron en el concilio por indicación expresa de los dos papas que lo presidieron.

Al convocar el concilio, Juan XXIII se había propuesto como meta poner al día (*aggiornare*) la Iglesia. Finalizada la gran asamblea, el papa Pablo VI declaraba que se había impuesto una "nueva psicología en la Iglesia". Se había alcanzado el objetivo.

La "nueva" teología del concilio Vaticano II

El concilio Vaticano II no se limitó a repetir las antiguas enseñanzas. Tampoco demolió el viejo edificio doctrinal para alzar sobre sus ruinas otro nuevo. Una vez más, como había acontecido ya muchas veces en la historia de la Iglesia, se intentó dar respuesta, desde los postulados irrenunciables de la fe, a los nuevos problemas, adecuar las verdades inmutables del cristianismo a la sensibilidad y las necesidades de los nuevos tiempos.

Hubo un aspecto en que estuvieron de acuerdo, ya de entrada, todos los asistentes: se renunciaba al antiguo esquema de formular verdades dogmáticas y, a continuación, lanzar el anatema contra quienes no las aceptaran. No habría condenas ni excomuniones. Se buscaría una exposición de los temas en clave positiva. Emergía ya aquí una señal de los nuevos tiempos.

De las innumerables enseñanzas aportadas en los 16 documentos conciliares pueden reseñarse como más novedosas (por ser también las más conflictivas) las siguientes:

Naturaleza y misión de la Iglesia

De la Iglesia se han dado en la Escritura, el magisterio y la teología numerosas definiciones. De acuerdo con su significación hebrea (*qahal*) y griega (*ekklesía*), la Iglesia es, en el sentido activo de los términos, una convocatoria, una llamada dirigida a todos los hombres para que acepten el Evangelio. En sentido pasivo, indica la reunión de cuantos aceptan esta llamada. Es también el cuerpo (místico) y la esposa de Cristo, el templo del Espíritu Santo, el pueblo de Dios de la nueva alianza, la comunidad de todos los bautizados, el conjunto de cuantos confiesan a Jesucristo, el reino (imperfecto) de Dios en la Tierra, la madre y maestra de los fieles. El concilio hizo suyas todas estas definiciones y amplió algunas de ellas. Pero añadió también una nueva, de gran calado teológico y sociológico: la Iglesia es "como un sacramento, una señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano" (*Constitución sobre la Iglesia*, n.º 1).

En cuanto sacramento, la Iglesia es, a través de todas sus actividades, el instrumento visible de la salvación invisible. Es la manifestación concreta y la realización histórica del designio salvífico de Dios llevado a cabo en Jesucristo. Esta cualidad de sacramento la convierte, según la teología católica, en medio o instrumento a través del cual Dios comunica su gracia a los hombres, es decir, los salva. Quedaban así superadas las fórmulas excesivamente jerárquicas y jurídicas.

De este mismo concepto de sacramento se deduce que la Iglesia tiene una función esencialmente misionera, está abierta a todos los hombres de todas las razas y culturas, a los que ha de hacer llegar la llamada y la invitación del Evangelio. Su mensaje tiene como destinatarios -y, por consiguiente, como interlocutores- no sólo a los católicos, sino a todos los cristianos, los no cristianos y los ateos. Pero a la vez el concilio se cuida también de precisar el alcance del antiguo axioma: "Fuera de la Iglesia no hay salvación", surgido en otro tiempo y en otro contexto. También quienes desconocen el evangelio de Cristo y no admiten a la Iglesia pueden conseguir la salvación eterna, si buscan con sinceridad a Dios y se esfuerzan por cumplir los deberes que les dicta su conciencia. Dios no está sujeto a la Iglesia. La Iglesia es simplemente un instrumento en el plan salvífico de Dios.

El Colegio Episcopal

Uno de los temas que mayor tensión suscitaron se centraba en torno a la aclaración de las relaciones del episcopado con el Papa. Todos los obispos reconocían la supremacía del pontífice romano. Pero también se sabían pastores puestos por el Espíritu Santo, sucesores legítimos de los apóstoles y garantes, por consiguiente, de la sucesión apostólica y de la verdadera doctrina. Las deliberaciones alcanzaron su formulación definitiva en el *Decreto*

sobre el ministerio pastoral de los obispos y en las secciones de la *Constitución dogmática sobre la Iglesia* que abordan su estructura jerárquica. En estos documentos se declara que el Colegio Episcopal, es decir, los obispos de todo el mundo, con el obispo de Roma como cabeza, es el sucesor del Colegio Apostólico. Los obispos rigen sus diócesis con potestad propia, no delegada por el Papa. "No deben ser tenidos como vicarios del Papa." En el espinoso tema de la infalibilidad se llegó a esta conclusión: "La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el cuerpo de los obispos cuando ejercen el supremo magisterio juntamente con el sucesor de Pedro" (*Constitución sobre la Iglesia*, n.º 25). En este mismo pasaje se señala que "cuando el Romano Pontífice, o con él el cuerpo episcopal, definen una doctrina, lo hacen siempre de acuerdo con la revelación, a la cual deben sujetarse y conformarse todos". Es decir, una doctrina no es verdadera porque el Papa (y los obispos) la defina, sino que la define porque es verdadera (ya antes de la definición). La función de la definición es conferir seguridad y claridad, y excluir de toda controversia posterior la verdad así revelada y definida.

La libertad religiosa

Fue en este punto donde el choque de las opiniones alcanzó la máxima tensión. Para algunos (en general, los obispos y teólogos procedentes de países tradicionalmente católicos) el principio de la libertad religiosa era radicalmente inaceptable. El hombre no goza de libertad en esta materia. Tiene el inexcusable deber moral de elegir la religión (objetivamente) verdadera. Concederle libertad de elección significaría poner en el mismo nivel a todas las religiones. La proposición sería incluso herética, puesto que había sido explícitamente condenada por Gregorio XVI (en 1832 y 1834) y por Pío IX en el *Syllabus* (1864). Para otros, residentes en lugares de población mayoritaria no católica y, sobre todo, en los países expuestos en aquellos mismos momentos a una implacable persecución -los países sometidos al marxismo ateo-, el principio de la libertad religiosa era radicalmente irrenunciable. El hombre goza de libertad para elegir la religión (subjektivamente) verdadera o incluso para no optar por ninguna. No aceptarlo así significaría que el ofrecimiento de diálogo dirigido por el concilio a otras confesiones y a los no creyentes era hipócrita. Además, situaría a la Iglesia en la incómoda posición de institución retrógrada e intolerante a los ojos de la comunidad internacional. En la Declaración de la ONU de 1948 sobre los derechos humanos se incluía entre ellos la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.

A la hora de formular su doctrina, los padres conciliares tenían plena conciencia de que se estaban dirigiendo a un nuevo tipo de hombre, en el contexto de una cultura y una sociedad nuevas. "Los hombres de nuestro tiempo tienen más clara conciencia de la dignidad de la persona humana y exigen que el hombre, en sus actuaciones, goce y use de su propio criterio y libertad responsable, no bajo coacción" (*Declaración sobre la libertad religiosa*, n.º 1). Esta postura contaba con un sólido argumento dogmático a su favor. La Iglesia ha proclamado siempre que la aceptación de la fe es un acto libre que a nadie le puede ser impuesto. Sin libertad, la aceptación es nula. Pero se trata siempre de una libertad responsable. Al reconocerle al hombre la libertad de religión, el concilio no le exonera de su responsabilidad. Le incumbe el deber de indagar antes de elegir. No puede éticamente elegir lo que le plazca, sino lo que juzgue verdadero. Así lo entiende ya con toda claridad el subtítulo de la "Declaración": "El derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa". Lo que el concilio se propone es situar la libertad humana, también en el ámbito de la religión, fuera del alcance de las imposiciones y las coacciones de los poderes políticos, económicos o ideológicos de cualquier signo.

El ecumenismo

Hacia la reunificación de las Iglesias cristianas

El Consejo Ecuménico de las Iglesias

El ecumenismo católico

La Iglesia cristiana, una historia de dogmas y divisiones

49

Siglo IV

1215

1274

1378-1417

1414

Siglo XVI

1869-1870

1965-1968

Hacia la reunificación de las Iglesias cristianas

"Que todos sean uno... La gloria que me has dado, yo se la he dado a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno... y así el mundo conozca que tú me enviaste" (Evangelio de Juan 17,21-23).

Cristo ha querido y fundado una sola Iglesia. Por tanto, las escisiones son contrarias a su voluntad y tienden a restar credibilidad a su mensaje como enviado de Dios. A pesar de ello, las divisiones han sido un fenómeno permanente en la historia de la Iglesia desde sus primeros días. Ya en el siglo V se registró la presencia de numerosas Iglesias (monofisita, apostólica armenia, ortodoxa etíope, siria de Oriente, siria de Malabar -cristianos de Santo Tomás-, patriarcado sirio de Alejandría). Pero fueron sobre todo el cisma de Oriente (1054) y la separación de las Iglesias de la Reforma (a partir del año 1520) las que introdujeron una enorme fractura en la cristiandad, escindida, hasta el día de hoy, en tres grandes bloques. A pesar de la enorme gravedad del problema y de su evidente contradicción con los designios de Jesús, hasta fechas relativamente recientes las autoridades jerárquicas de los diferentes grupos no contemplaban entre sus prioridades el restablecimiento de la unidad. Por supuesto, en el plano teórico nunca se renunció a ella. Pero cada Iglesia entendía la reunificación en términos poco menos que de rendición del adversario, de conversión y renuncia a las ideas "erróneas" de los otros, sin ceder ni un palmo en las posiciones propias, consideradas irrenunciables. Tampoco los teólogos consideraban que su labor consistiera en explorar posibles vías de armonización entre las opiniones contrapuestas. Tendían, más bien, a subrayar los errores y las desviaciones de los contrarios, deformándolas a veces, en el ardor de la polémica, hasta límites caricaturescos, y presentando como obstáculos insalvables para el restablecimiento de la unidad diferencias sin importancia en el campo de la liturgia o del calendario eclesiástico. Fue la época de los desencuentros, las controversias, las persecuciones y las guerras de religión.

Fue en el espacio protestante, en el que la fragmentación había alcanzado mayores cotas, donde surgieron las primeras tentativas de reunificación. En 1846 se fundaba la Alianza Evangélica Universal y, en 1855, la Alianza Universal de Uniones Cristianas de Jóvenes.

El movimiento recibió un fuerte impulso en 1910, cuando, con ocasión de la celebración de una Conferencia Universal de las Misiones, en Edimburgo, las jóvenes Iglesias de África y Asia, ajenas a los conflictos que habían enfrentado en el pasado a las Iglesias europeas y americanas, solicitaron que se pusiera fin al triste espectáculo de las luchas entre los misioneros de las distintas confesiones. Reclamaron que, por encima de las divisiones, se anunciara en los países de misión un mensaje con un denominador común.

El Consejo Ecuménico de las Iglesias

Tras varias tentativas y reuniones, entre las que destacan la Constitución del Consejo Internacional de Misiones (1921), la primera Conferencia del Cristianismo Práctico ("Vida y Acción", Estocolmo, 1925) y la primera Conferencia sobre Cuestiones Doctrinales ("Fe y Constitución", Lausana, 1927), y superado el paréntesis de la segunda guerra mundial, en 1948 se creó en Amsterdam el Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI), del que formaban parte las grandes Iglesias de la Reforma y de la Ortodoxia. Entre los grandes pioneros de la iniciativa figuran el arzobispo luterano sueco N. Söderblom, el arzobispo de la Iglesia ortodoxa griega Germanos y el teólogo reformista francés W. Monod.

El CEI no tiene autoridad sobre las Iglesias que lo componen. Es más bien un lugar de encuentro y de intercambio de opiniones. Sus decisiones no son obligatorias, aunque en la práctica ejercen una profunda influencia sobre sus miembros. El Consejo se autodefine como una "unión fraterna de Iglesias que confiesan a Jesucristo como Dios y salvador según las Escrituras e intentan dar una respuesta conjunta a su común vocación, para la gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo".

El ecumenismo católico

En un primer momento, la actitud de la jerarquía católica fue displicente. El gran cambio oficial se produjo con ocasión del concilio Vaticano II. Entre sus objetivos, Juan XXIII mencionaba una "invitación a la búsqueda de la unidad dirigida a las comunidades separadas". En el curso de las deliberaciones conciliares, la Iglesia católica y la ortodoxa levantaron los lamentables anatemas de 1054 que habían originado la grande y milenaria separación. El *Decreto sobre el ecumenismo* de 21 de noviembre de 1964 declara en sus primeras palabras que "promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto el sacrosanto concilio Vaticano II" (n.º 1), y exhorta a los católicos a "adquirir mejor conocimiento de la doctrina y de la historia de la vida espiritual y cultural, de la psicología religiosa y de la cultura peculiares de los hermanos (separados)" (n.º 9). Se creó un grupo mixto de representantes del CEI y del Vaticano para analizar las posibilidades de entendimiento. Pablo VI entendía que el ecumenismo era "la empresa más importante de su ministerio pontificio", y en 1969 hizo una visita a la sede del CEI. Se han multiplicado los encuentros, conferencias y publicaciones. Se han conseguido importantes aproximaciones en la interpretación de los textos sagrados. Han sido también notables los progresos en los temas capitales de la salvación por la sola gracia. En el concilio parecen haberse abierto importantes vías de entendimiento para la intelección de la infalibilidad del Papa (sujeta a la Revelación) y de la naturaleza del Colegio Episcopal (véase el tema anterior).

No se ha avanzado tanto como las esperanzas iniciales prometían, pero tal vez se haya conseguido algo importante: también aquí se ha instalado un nuevo clima de mutua comprensión y respeto. Los desconocimientos y enfrentamientos de antaño han cedido el puesto a los encuentros fraternos de los papas con las máximas jerarquías ortodoxas y reformistas en ambientes de cordialidad. Las actitudes de rechazo y condena se transforman ahora en peticiones de perdón por los errores propios.

La Iglesia cristiana, una historia de dogmas y divisiones

49

Primer concilio en Jerusalén, bajo la presidencia de Pedro

Siglo IV

Cisma bizantino o de Oriente, generado en apariencia por cuestiones dogmáticas, pero en realidad por las rivalidades políticas entre las capitales de Constantinopla y Roma, y las antipatías entre griegos y latinos

Concilio de Nicea (año 325). Se acepta el *Credo*, también llamado *Símbolo de los apóstoles*

Concilio de Constantinopla (año 381), convocado por Dámaso I para combatir las numerosas herejías que seguían proliferando en Oriente

1215

Concilio de Letrán. Contra la herejía de los albigenses

1274

Concilio de Lión: se intentó la reunificación de las Iglesias romana y griega

1378-1417

Gran cisma de Occidente. División en el seno de la Iglesia cristiana romana con motivo de la elección de Urbano VI como Papa

1414

Concilio de Constanza: para poner término al cisma de Occidente

Siglo XVI

Cisma protestante

Concilio de Trento (1545-1563), contra la Reforma impulsada por el protestantismo

1869-1870

Concilio Vaticano I; contra el modernismo; definió la infalibilidad del Papa

1965-1968

Concilio Vaticano II, para la puesta al día del papel de la Iglesia católica en el mundo contemporáneo.

Mahoma, el Corán y el Islam

El nacimiento del Islam

Los árabes paganos

Cristianos y judíos en Arabia

Judíos, cristianos y musulmanes en la Arabia coránica

Arabia en el siglo VII

El Islam -religión que nació como una secta sincrética que unía elementos del judaísmo con los del cristianismo- supone una experiencia religiosa originalísima, en perfecta armonía con el entorno en el que surgió: el desierto atravesado por las caravanas de comerciantes, ciudades bulliciosas en los oasis donde se entrecruzan los caminos, predicadores de la religión abrahámica y anacoretas que buscan a Dios en la soledad, la mortificación y la meditación.

Mahoma es un creyente radical capaz de percibir en el rostro invisible de Dios su lado más misericordioso, de modo que todas las suras del *Corán* se inician invocando precisamente su misericordia. Su fe impetuosa le atrae pronto adeptos; en su familia en primer lugar, porque estamos en una cultura de clan, pero pronto entre los ciudadanos de Medina y La Meca, y en nuestros días por todo el mundo.

Mahoma cree, recibe directamente de Dios el texto sagrado y funda el Islam, la religión de los sumisos a la voluntad suprema del Creador. Una religión de teología absolutamente simple, y de una fecundidad asombrosa.

El nacimiento del Islam

"Islam" significa literalmente "sumisión incondicional a la voluntad de Dios". Éste es el sencillo y único mensaje del Corán, entregado al profeta Mahoma y por él predicado en Arabia entre los años 610 y 632. Pero como el texto del Corán contiene diversas alusiones a acontecimientos contemporáneos, estas alusiones exigen, para ser comprendidas, el conocimiento de algunos hechos.

En primer lugar, en política general era el tiempo en que las guerras entre Bizancio y Persia alcanzaban su punto culminante. Este estado de beligerancia tuvo graves repercusiones en el comercio de las diferentes regiones de Siria y Mesopotamia. No sabemos hasta qué punto pudo beneficiarse Arabia. El *Corán* alude a estas guerras, pero no imparcialmente: en realidad, simpatiza con los bizantinos.

Los árabes paganos

En el siglo VII Arabia profesaba principalmente las religiones paganas tradicionales, aunque cobraban cada vez más influencia algunas minorías importantes de judíos ortodoxos o cristianos de sectas marginales.

Predominaban dos tendencias religiosas, pero había individuos aislados que pertenecían a otras sectas. La gran masa árabe era pagana. En el *Corán* aparecen los nombres de algunos de sus ídolos, pero por lo general el texto se limita a recordar que los árabes no adoraban únicamente al Dios supremo y creador, sino que asociaban a Dios otros dioses. El *Corán* no les llama ni paganos ni politeístas, sino "asociadores" y su crimen, "asociación". Reconocen que Dios ha creado el cielo y la Tierra, pero adorarle les deja fríos, sólo vibran cuando invocan a otros dioses. De esos otros dioses, de esos "asociados", el *Corán* habla sobre todo, en general, para demostrar su impotencia, para describir su ruina el día del Juicio Final y para burlarse de ellos cuando se trata de divinidades femeninas. El *Corán* presenta a estos árabes como personas muy apegadas a las tradiciones de sus antepasados, que rechazaban un Islam que se oponía a estas tradiciones, especialmente en dos puntos: el monoteísmo y la resurrección de los muertos. Acerca de este último punto, el *Corán* no cesa de polemizar y de acumular argumentos: Dios, que ha creado el mundo o el embrión en el seno de la madre, es también capaz de devolver la vida a los difuntos mediante una

especie de segunda creación. Quien por la lluvia devuelve la vida al desierto seco, es también capaz de devolver la vida a las osamentas secas.

Ciertamente, ni el monoteísmo absoluto ni el dogma de la resurrección de la carne se compaginaba con el sentir de las religiones tradicionales árabes. En cambio, la atmósfera propiamente árabe se reconoce en el *Corán* en algunos puntos: la existencia de seres misteriosos, llamados genios; el culto a la generosidad, a la bravura, a la solidaridad familiar, al cultivo de la elocuencia. También de la tradición árabe provienen los meses sagrados, durante los cuales estaban prohibidas las hostilidades.

Cristianos y judíos en Arabia

El *Corán* contiene numerosos elementos de las literaturas bíblica o rabínica. El monoteísmo coránico se sitúa en la línea del judaísmo y la proclamación coránica de la unicidad de Dios bajo la forma *la ilah illa llah* ("No hay más dios que Dios") constituye un eco del versículo de la *Biblia*: "Soy Yahvé, sin igual. Fuera de Mí, no hay Dios". En cuanto a la resurrección de los cuerpos, se enseñaba en el judaísmo tanto como en las sectas cristianas. Son numerosas las imágenes que se encuentran a la vez en el *Corán* y en la tradición bíblica; para el musulmán, todo se explica por el origen común de los libros sagrados, es decir, por la revelación divina.

Es evidente que hubo contactos entre las comunidades judías o cristianas y la comunidad musulmana primitiva. Los cristianos contemporáneos consideraban que el Islam era una nueva secta derivada del tronco bíblico.

La existencia de comunidades judías en Arabia es un hecho comprobado. En el oasis de Medina, a 425 kilómetros al norte de La Meca, donde los musulmanes buscaron refugio en el año 622, existía una poderosa colonia judía o, más probablemente, de árabes judaizados. Había colonias análogas en una serie de oasis que se escalonaban entre Medina y Jordania. En Medina, la presencia judía es absolutamente segura, y los textos hablan de rabinos y escuelas. La comunidad parecía estar bien estructurada. Había, asimismo, una presencia judía en el sur de Arabia, en el Yemen. Varios documentos mencionan al rey judío que persiguió a los cristianos en el oasis de Nachran (a 800 kilómetros al sudeste de La Meca), hacia el año 523.

Por lo que respecta a los cristianos es un hecho su establecimiento en Arabia. Se mencionan iglesias en el Yemen, y las relaciones políticas y guerreras con la Abisinia cristiana se traducen asimismo en una presencia cristiana. Los cristianos de Nachran enviaron una delegación para discutir con los primeros musulmanes la conclusión de un pacto de protección. Había monjes cristianos en varios puntos del camino que comunicaba La Meca con Siria, y la tradición ha conservado el recuerdo de uno de ellos, Bahira, quien habría visto a Mahoma.

Pero en La Meca y en Medina las tradiciones musulmanas mencionan a monoteístas y cristianos buscadores de Dios. ¿A qué sectas pertenecían esos cristianos? Es difícil de decir: el desierto siempre fue refugio o exilio de inconformistas.

Judíos, cristianos y musulmanes en la Arabia coránica

Arabia en el siglo VII

La península de Arabia está limitada al oeste por el mar Rojo, que se extiende desde el Sinaí hasta el océano Índico, con el puerto de Adén. A mitad de camino entre el Mediterráneo y Adén, a 80 kilómetros del mar Rojo, se encuentra una ciudad de nombre ahora famoso: La Meca. Esta ciudad, muy antigua, era a fines del siglo VI un activo centro

comercial y caravanero, al mismo tiempo que de peregrinaciones. Como la navegación del mar Rojo presentaba ciertos riesgos, las grandes corrientes comerciales entre la India y el mundo grecorromano habían buscado otras rutas. Una de ellas pasaba por La Meca. Las mercancías, transportadas con facilidad por mar desde la India hasta Adén gracias a los vientos estacionales del monzón, eran recogidas, primero, por las caravanas de Adén a La Meca y, luego, por las de La Meca a Siria o Egipto. Toda la vida en La Meca dependía de la llegada y salida de las caravanas.

Muhammad, el Profeta

La revelación

El primer estado islámico

Nombres ilustres de la fundación del Islam

Cronología de Mahoma

Mahoma tenía unos cincuenta años cuando la primera comunidad musulmana emigró de La Meca a Medina en el año 622. A los musulmanes les gusta citar la aleya llamada "peregrinación de despedida", proclamada durante la peregrinación que en 632 dirigió Mahoma poco antes de su muerte: Hoy os he perfeccionado vuestra religión, he completado mi gracia en vosotros y me satisface que sea el Islam vuestra religión.

Mahoma nació hacia el año 570. Su padre Abd Allah estaba de viaje y murió lejos sin haber podido conocerle. Su madre lo confió a un ama, según la costumbre de la época, y creció en el desierto. Su nodriza se llamaba Halima. Entre los árabes, las relaciones colactáneas eran consideradas un verdadero vínculo familiar, y creaban unas solidaridades de las que Mahoma se beneficiaría al crear el Estado musulmán en Medina.

Huérfano de padre, Mahoma perdió a su madre a los siete años. En La Meca, con su familia, fue educado por su tío Abu Talib, que le protegió hasta la muerte. En reconocimiento, Mahoma se obligaba a cuidar de su primo Alí, hijo de Abu Talib. El *Corán* menciona la orfandad y la protección que Dios dispensó a Mahoma: el texto pide a quien se ha beneficiado de tal gracia que ayude, a su vez, a los huérfanos y a los débiles.

De la adolescencia de Mahoma nos han llegado algunas narraciones en las biografías tradicionales. Según ellas, en cuanto tuvo edad tomó parte en las caravanas comerciales y se convirtió en el hombre de confianza de una viuda rica, Jadicha, con la que se casó enseguida, aunque ella tenía unos quince años más que él. Las tradiciones se complacen en relatar hechos edificantes, sobre todo con el fin de demostrar que Mahoma era fiel y fiable cuando afirmaba que hablaba en nombre de Dios.

La revelación

Hacia el año 610, Mahoma se encontraba orando en una gruta del monte Hira, en el desierto próximo a La Meca, cuando tuvo la visión de un personaje enorme que le dio la orden de predicar. Inquieto, abandonó la gruta y confió su turbación a Jadicha, quien a su vez consultó con su primo cristiano Waraqa ibn Nawfal. Este la tranquilizó y afirmó que la visión venía de Dios. No tuvo más visiones durante casi tres años, pero en 612 se reanudaron. El *Corán* alude a estas manifestaciones y maldice a quienes trataron a Mahoma de poseso, iluso y extraviado. Toda la tradición musulmana ve en las visiones del Profeta al Ángel de la Revelación, quien le encomendó la misión de advertir a los malos que su conducta les llevaría al infierno, y anunciar a los buenos la buena nueva del paraíso. La dureza de corazón para con los pobres y la oposición a los enviados de Dios, ésas eran las causas de condenación. El *Corán* recoge alguna de las polémicas entre Mahoma y el pueblo que rehusaba creerle.

La primera conversa de la nueva religión fue su esposa, Jadicha, a la que siguieron su primo Alí y un amigo, el futuro primer califa Abu Bakr. Sus adversarios le exigían milagros y pasaron a los hechos contra los musulmanes. Ante estas dificultades, Mahoma envió a Abisinia (h. 616-617) un primer contingente de discípulos amenazados por la persecución. En La Meca, los paganos boicotearon a los musulmanes. Pero en 619, cuando la crisis empezó a ceder, Mahoma perdió sucesivamente a su esposa, Jadicha, y a su tío Abu Talib. Sin protectores en la familia, quedaba a merced del primero que quisiera asesinarle. Tuvo que buscar protección y se dirigió a Taif, ciudad que le rechazó. Fueron los medineses llegados en peregrinación anual quienes le aceptaron, se convirtieron y le prestaron juramento de obediencia. Finalmente, en 622, Mahoma emigró a Medina con sus fieles.

El primer estado islámico

En Medina, Mahoma se convirtió en jefe del oasis y firmó un pacto con las tribus judías, imponiéndoles una especie de protectorado que ellas nunca aceptaron. Entre las tribus árabes paganas de Medina que se adhirieron al Islam, había cierto número de miembros que se mantuvieron muy reservados. Entre los musulmanes de Medina y los paganos de La Meca no tardaron en estallar las hostilidades. Según la ley del desierto, cuando un grupo se separa de otro y emigra, declara por el mismo hecho la guerra a aquel que acaba de dejar. Al principio hubo escaramuzas. El primer choque se produjo en marzo de 624 y, aunque los musulmanes eran tres veces menos numerosos que sus adversarios, su éxito constituyó un gran triunfo. Al año siguiente, en un nuevo encuentro en Uhud, cerca de Medina, poco faltó para que los musulmanes fueran vencidos. En 627 hubo una última y muy breve expedición de los paganos, la llamada "campana del foso", porque los musulmanes habían abierto un foso para proteger Medina. En 628 se firmó un tratado entre los paganos y los musulmanes, una victoria moral para el rebelde de otro tiempo, que ahora era tratado como un igual.

Después se produjeron incursiones hacia el norte. La toma de La Meca tuvo lugar en 630. La actitud musulmana se endureció. Una batalla en Hunayn, en la carretera de Taif, estuvo a punto de terminar mal, pero se decidió a favor de los musulmanes y dio pie a conversiones en masa.

En la vejez del Profeta, surgieron algunas dificultades en su harén. Después de la muerte de Jadicha, Mahoma había vuelto a casarse y sólo había tenido una esposa hasta el día en que se casó con Aisa, hija de su amigo Abu Bakr. Sin embargo, durante los nueve últimos años de su vida, sus matrimonios se multiplicaron tanto para consolidar alianzas con diversos clanes como para acrecentar su prestigio de jefe, según las costumbres árabes. Aisa fue acusada de adulterio y la comunidad se dividió. Mahoma se casó con la mujer de su hijo adoptivo en contra de las costumbres árabes, y mantuvo más de las cuatro esposas autorizadas por el *Corán* con la condición de que el marido obre con arreglo a la justicia.

En 632, poco antes de su muerte, el Profeta declaró que su mensaje estaba completo.

Nombres ilustres de la fundación del Islam

Abd al-Muttalib: Abuelo de Mahoma, a quien acogió a la muerte de Amina.

Abd Allah: Padre de Mahoma: estaba de viaje cuando éste nació y murió lejos sin llegar a conocerle.

Abd Allah ibn Ubayy: Jefe de los adversarios políticos de Mahoma, que, aunque pocos en número y sin formar un partido definido, se hicieron fuertes entre los años 625 y 627.

Abu Bakr: Amigo de Mahoma, tercer converso del Islam y sucesor del Profeta como primer califa. Ordenó la primera recopilación de los textos coránicos.

Abu Lahab: Enemigo de Mahoma, se resistió, con su esposa, al ministerio del Profeta.

Abu Talib: Tío de Mahoma, a la muerte de Abd al-Muttalib, se hizo cargo de su educación.

Aisa: Hija de Abu Bakr y segunda esposa de Mahoma.

Alí: Hijo de Abu Talib, primo de Mahoma, quien se hizo cargo de él a la muerte de su tío. Segundo converso del Islam.

Amina: Madre de Mahoma; al nacer éste, le confió a un ama, según la costumbre de la época. Las relaciones colactáneas eran consideradas entre los árabes como verdaderos vínculos familiares. Murió cuando Mahoma tenía siete años.

Bahira: Monje cristiano que presintió milagrosamente el porvenir del joven Mahoma cuando se encontró con él por vez primera.

Coraixíes: Árabes sedentarios cuya tribu constituía la población de La Meca y a la cual pertenecía Mahoma.

Hafsa: Hija de Umar y una de las esposas de Mahoma. A la muerte de su padre, recibió la custodia del texto coránico.

Halima: Nodriza de Mahoma.

Jadicha: Viuda rica protectora del joven Mahoma, con quien contrajo un temprano matrimonio. Primera conversa del Islam.

Musaylima: Profeta árabe contrario a los musulmanes.

Sachab: Profetisa cristiana enfrentada a los musulmanes después de la muerte de Mahoma.

Umar: Consejero de Abu Bakr y su sucesor como califa.

Utman: Sucesor de Umar. Ordenó reunir de nuevo y establecer los textos del *Corán*.

Waraqá ibn Nawfal: Primo de Jadicha y cristiano, que poseía libros en hebreo y conocía esta lengua. Afirmó que la criatura que Mahoma había divisado era el Ángel de la Revelación.

Yasir: Primer mártir del Islam. Su hijo apostató después de haber sido sometido a tortura.

Zayd ibn Tabit: Joven familiar de Mahoma, a la muerte de éste recibió el encargo de reunir por escrito todos los textos coránicos. Lo hizo de nuevo bajo el califato de Utman.

Cronología de Mahoma

La cronología de la época no tenía la precisión que revestiría más tarde, por lo que, según la tradición, los años se designaban simplemente por el hecho más relevante que se había producido.

- 570 Mahoma nace en La Meca
- 576 Mahoma pierde a su madre Amina y es recogido por su abuelo Abd al-Muttalib
- 578 Muere Abd al-Muttalib y Mahoma es confiado al cuidado de su tío Abu Talib
- 595 Mahoma se casa con la viuda Jadicha
- 610-632 Revelación del *Corán* a Mahoma
- 613 Mahoma comienza su predicación
- 615 Emigración de musulmanes de La Meca a Abisinia
- 616 Primeros mártires musulmanes
- 619 Mahoma pierde a su esposa Jadicha y a su tío Abu Talib

- 620 Mahoma visita Taif
- 621-622 Guerras y compromisos de al-Aqaba
- 622, 16 de julio Comienzo de la Hégira o calendario musulmán
- 24 de septiembre Mahoma y Abu Bakr, emigrados de La Meca, llegan al oasis de Yatrib
- 623, a fines de año Cambio de alquibla: de Jerusalén a La Meca
- 624, enero/febrero Mahoma rompe con los judíos
- 15 de marzo Batalla de Badr: los musulmanes vencen a los guerreros de La Meca
- septiembre Umm Kultum, hija de Mahoma, se casa con Utman, futuro califa
- 624 ó 625 Fátima, hija de Mahoma, se casa con Alí, futuro califa
- 5, finales de enero Mahoma se casa con Hafsa, hija de Umar, futuro califa
- 23 de marzo Batalla de Uhud: los musulmanes son vencidos en La Meca por los mecanos
- agosto Expulsión de Medina del clan judío de Nadir
- 627, abril Exterminio del clan judío de Qurayza
- 628, marzo Tregua de Hdaybiyya
- mayo Conquista del oasis de Jaybar
- 629, marzo Mahoma realiza la peregrinación menor a La Meca
- 630, enero Conquista de La Meca
- 630, 31 de enero Batalla de Hunayn
- octubre-noviembre Expedición a Tabuk
- 631 Mahoma recibe en Medina a una delegación de cristianos de Nachran
- 632, febrero-marzo Mahoma realiza su peregrinación de despedida a La Meca
- 632, 8 de junio Mahoma muere en Medina, sin dejar ninguna colección de revelaciones
- 632-634 Califato de Abu Bakr
- 633, a principios de año Batalla de Yamama: mueren muchas personas que conocían el *Corán* de memoria
- 633-650 Formación de varias colecciones coránicas
- 634-644 Califato de Umar
- 644-656 Califato de Utman
- 651 Establecimiento del texto canónico del *Corán* por orden del califa Utman
- 656-661 Califato de Alí.

El Corán

Texto sagrado que se recita

Autenticidad del texto

La lectura del Corán

Un texto espiritual

Un texto intocable

Un texto para la meditación

Clasificación de las suras

Cronología de la redacción

Texto sagrado que se recita

El Corán es el libro sagrado de los musulmanes. Es una recopilación que reúne una serie de oráculos o textos escritos en lengua árabe, predicados a sus discípulos por el fundador del Islam, Muhammad ibn Abdallah -Mahoma- entre los años 610 y 632.

Para el musulmán, el Corán no es una palabra humana, sino la palabra misma de Dios, entregada físicamente a los hombres por un enviado especial, un profeta. Según señala el Islam, el autor del Corán es Dios y Mahoma no hizo más que transmitirlo, comunicarlo. El Islam concede también gran valor a las palabras propias de Mahoma, pero en un plano muy inferior al del Corán, y su recopilación constituye lo que se llama hadiz o tradición. El Corán, en primer lugar, como don supremo de Dios, seguido de las tradiciones, constituye la base del Islam.

Respecto a la lengua árabe, es para el musulmán aquella en la que fue revelado el texto coránico. Para él, el estilo árabe del *Corán* es milagrosamente bello, imposible de imitar: cualquier traducción del *Corán* a otra lengua no puede sino desfigurar el texto. Después de muchas discusiones, la mayoría de los teólogos musulmanes han terminado por admitir que las traducciones son legítimas en tanto en cuanto permiten conocer las "ideas" del *Corán*. Además, salvo en casos muy especiales, la ley prohíbe formalmente el empleo litúrgico del *Corán* traducido.

El problema de los orígenes del Islam y del *Corán* ha suscitado numerosas controversias. En la perspectiva musulmana todo es sencillo. Dios, después de haber creado el cielo y la tierra, creó al hombre en la persona de Adán, le enseñó los nombres de todos los seres y le encargó que fuera su vicario en la tierra. Desde los albores de la historia de la humanidad, la religión deseada por Dios fue el Islam, pero como los hombres lo olvidaron, Dios envió a profetas para recordárselo. Además, estos profetas-enviados podían tener otra misión, la de promulgar una legislación temporal que se injertara en la religión inmutable.

De este modo, la historia de la humanidad se entendió como la de sucesivos envíos de profetas a los distintos pueblos. Unos fueron enviados a los pueblos de Arabia y otros, a los hebreos. El penúltimo de los enviados fue Jesús, criatura simple, enviado únicamente a los hijos de Israel. Al final, cuando se cumplió el tiempo, Mahoma fue enviado a los árabes primero y luego a toda la humanidad. Después de él, no será enviado ningún profeta y la legislación promulgada en el *Corán* será válida hasta el día de la Resurrección.

Autenticidad del texto

La historia de la expansión musulmana es posterior a los acontecimientos descritos en el *Corán*. Mahoma murió en 632. Entonces tuvo lugar la secesión de las tribus árabes que se habían sometido al Islam. La rebelión fue general y los historiadores designan esa apostasía con el nombre de *ridda*. Abu Bakr, compañero de los primeros tiempos y padre de Aisa, la esposa más joven y predilecta de Mahoma, fue nombrado califa, jefe de la comunidad musulmana. Como los compañeros de Mahoma no conocían de memoria los textos del *Corán*, la desaparición del Profeta suponía la pérdida de numerosos pasajes. Abu

Bakr, aconsejado por Umar, dio la orden de reunir por escrito todos los textos coránicos. La tarea le fue encomendada a un joven musulmán, Zayd ibn Tabit, junto con una comisión de varios miembros presidida por él.

Antes, los oráculos coránicos proclamados por Mahoma habían sido grabados en la memoria. En aquella época, para hombres que vivían en una civilización oral, conocer de memoria centenares de versos era un juego de niños. Sin embargo, según la tradición, los musulmanes habían puesto por escrito un buen número de pasajes. Todo este material fue recogido, se interrogó a docenas de compañeros del Profeta y, finalmente, se estableció un texto oficial, que fue remitido a Abu Bakr. Éste lo conservó y, a su muerte (634), se lo confió a su sucesor, el califa Umar (634-644), quien, al morir, se lo confió a su hija Hafsa, una de las viudas de Mahoma.

Con la dispersión de los musulmanes ocasionada por las conquistas, el texto coránico corría un nuevo peligro: los nuevos conversos amenazaban con modificar las lecturas. Por otra parte, la comunidad musulmana vivía en estado de tensión y era importante que no pudiera utilizarse el *Corán* en las luchas internas con fines partidistas. El califa Utman mandó hacer una edición oficial del texto y se encargó otra vez del trabajo Zayd ibn Tabit. Éste tomó de nuevo los documentos y reanudó la encuesta. Por fin, se estableció el texto oficial y se enviaron sendos ejemplares a las principales ciudades del imperio islámico.

Sin embargo, hasta el siglo IX no se dispuso del texto definitivo; además, no hubo un solo texto, sino varios, que se llamaron "lecturas". En un principio se admitieron siete lecturas oficiales, luego, diez y después catorce. Desde luego, las variantes de estas lecturas son mínimas: se trata con frecuencia de una persona verbal y poca cosa más.

Desde que tuvo lugar la fijación oficial de las lecturas, el texto coránico se ha conservado con escrupuloso cuidado.

Desde el principio, el *Corán* se presentó como la religión bíblica (tal como se la conocía en La Meca) descendiente de Abraham, pero en Medina, después de que se manifestaran las diferencias entre el Islam y las comunidades judía y cristiana, el *Corán* se presentó como la reforma del judaísmo y el cristianismo. El Islam, desde entonces, declara ser la única religión verdadera, el retorno a la pureza de la religión de Abraham.

La lectura del Corán

El texto oficial del *Corán* se divide en 114 suras, o capítulos, y cada capítulo en aleyas. Las aleyas no son simplemente versículos, a modo de divisiones (arbitrarias o a efectos de memorización) del texto, sino que en la fe islámica cada una de las aleyas tiene el significado de una particular manifestación del poder de Dios y de su bondad.

Un texto espiritual

El *Corán* no es un libro de enseñanzas abstractas, sino un texto de exhortaciones que interpelan continuamente al auditorio, le piden que mire, que reflexione, atrae su atención hacia los signos. No es un texto compuesto de una vez, sino una serie de fragmentos proclamados sucesivamente por Mahoma y agrupados más tarde. Tampoco hay por qué leerlos de una tirada. A veces, tal o cual aleya se basta a sí misma y forma una unidad, tal o cual párrafo forma un todo independiente del resto. E incluso la mención de tal o cual hecho histórico o de tal o cual fenómeno de la naturaleza no se hace por sí misma, sino por la lección que va a obtenerse. Vale más demorarse en la lección que en los hechos o fenómenos evocados.

Un texto intocable

Desde los primeros tiempos, la tradición teológica musulmana se opuso a que el libro sagrado fuera traducido a otras lenguas además del árabe; en efecto, en tanto que palabra de Dios entregada directa y personalmente al Profeta para que la divulgara entre los hombres, ese texto sagrado era intocable. Sólo en los últimos tiempos se admite la licitud de las traducciones, e incluso éstas se fomentan, aunque se las considera como simples comentarios y auxiliares del texto original. Sin embargo, y a pesar de los primitivos y constantes recelos, desde muy temprano aquellas traducciones se multiplicaron inevitablemente al tiempo que el Islam se extendía más allá de Arabia. La primera traducción latina conocida fue realizada hacia 1141 por el monje Pedro el Venerable, abad de Cluny (1092-1156). La primera a una lengua vulgar de la que se tiene noticia fue al catalán por encargo de Pedro IV (en la actualidad esta traducción se ha perdido). En cuanto a las versiones en lengua española, se sabe que en el primer tercio del siglo XV Juan de Segovia (1400-1458) realizó una versión trilingüe árabe-latín-castellana.

Un texto para la meditación

La lectura del *Corán*, tal y como se practica en la mezquita o en las casas de los musulmanes piadosos, es una lectura meditada, pausada, que recuerda al espíritu algunas verdades esenciales. El lector las descubrirá por sí mismo, lo mismo si abre el libro al azar que si se deja guiar por indicaciones ajenas.

Clasificación de las suras

En el *Corán* las suras están clasificadas según una longitud decreciente, a partir de la más larga, la sura 2. Cada sura, excepto la novena, comienza con la fórmula: *¡En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso!*, que el musulmán emplea constantemente al principio de una acción, de una empresa, etc.

Cronología de la redacción

Los musulmanes conceden una gran atención al orden histórico de las suras. Muchas de las ediciones árabes del *Corán* señalan este orden tal como lo enseñaban los autores de los siglos X y XI: además de la distinción entre *suras mecanas* (de La Meca) y *suras medinesas* (de Medina), observan si una sura fue predicada antes que otra. Esto tiene gran importancia en el derecho islámico porque, por haber cambiado la legislación coránica en algunos puntos ya en vida de Mahoma, una aleya puede abrogar otras aleyas más antiguas. Por tanto, y cronológicamente, la última aleya de una serie de ellas será la que haga ley.

El Dios creador y el hombre en el Corán

Una relación de omnipotencia y gratitud

Los dones divinos

El hombre es débil

Una relación de omnipotencia y gratitud

Aunque el *Corán* exalta la grandeza y la omnipotencia de Dios, no por ello aplasta al hombre, que conserva su personalidad y su consistencia. Cuando el *Corán* menciona a Dios creador, es muy raro que no evoque al mismo tiempo a la criatura. Con ello atrae la atención del creyente a la magnificencia de este mundo y a las responsabilidades del hombre.

Por lo general, el *Corán* se sitúa en el marco de la vida de los beduinos o de los cultivadores del oasis, aunque también de los comerciantes, los grandes caravaneros, los navegantes y los pescadores; no narra la creación por sí misma, sino que habla de ella para

subrayar la omnipotencia de Dios y la debilidad humana. Todo converge en la evocación de la omnipotencia de Dios, cuyas órdenes obedecen todos los seres. El Islam se inserta fundamentalmente en el Islam cósmico: todo lo que existe, en la tierra o en el cielo, se prosterna ante la majestad de Dios: la sombra que se alarga por la mañana y por la tarde simboliza esta prosternación de los seres.

Los dones divinos

La utilidad que los seres ofrecen a los hombres se menciona con tal insistencia que se diría que el *Corán* pretende seducir al hombre por interés. Pero también se sugiere un aspecto de la creación que excede al hombre y no le atañe: es frecuente la expresión "creó para vosotros". Así, por ejemplo, la Luna, con sus fases sucesivas, sirve para fijar los días y los meses y, por tanto, para calcular el tiempo. Todo esto supone misericordia por parte de Dios.

La vida humana es la de cada día y tanto el *Corán* como la práctica de los musulmanes lo suponen claramente. Dios es Todopoderoso, hace lo que quiere y nadie puede impedir que realice lo que ha decidido, nadie puede pedirle cuentas. Pero deja a los hombres que obren sin salir del marco de su vida. Excepto en el caso de la guerra santa, sólo les exige que obren bien allí donde se encuentren, que no cometan excesos, que utilicen con mesura los bienes concedidos aun en el caso de desprenderse de ellos para ayudar a los pobres.

En cuanto a los comerciantes, Dios ha enviado al Profeta para pedirles que sean honrados en sus transacciones, que el *Corán* llama "favores" de Dios. El comercio está permitido tanto en la peregrinación, una vez terminadas las ceremonias, como los viernes excepto en la hora de la oración del mediodía; la misma guerra santa se presenta como un trueque comercial por el que el musulmán renuncia a su vida y la ofrece a Dios, quien le promete a cambio el paraíso, "el Jardín" que es también la sede de una vegetación maravillosa.

Cuando se alude -brevemente- a técnicas en la elaboración de la vestimenta y las armas, a la construcción de viviendas, a la fabricación de utensilios..., estos procedimientos se presentan como dones del Señor a fin de subrayar la bondad de Dios para con el hombre y de provocar su agradecimiento. El musulmán cree en la omnipotencia de Dios, que ha creado y dado forma al hombre a partir de la arcilla.

El hombre es débil

Una vez ha nacido, el hombre crece, alcanza la plenitud de la fuerza y luego se encorva y declina. Entonces Dios llama ante Sí a los que Él quiere, y a los otros se les deja que alcancen una edad decrepita para que, después de haber sabido, terminen no sabiendo nada. A veces el *Corán* recuerda al mismo tiempo la ignorancia del hombre y la suerte que le espera, ante la cual está inerme. Estos avisos ayudan al hombre a mantenerse en su sitio frente a su Señor y Maestro, así como a mantener vivo su agradecimiento por los beneficios recibidos. Quien se haya dado cuenta de hasta qué punto todo lo que posee procede de Dios, no podrá menos que emocionarse al leer aleyas tan sumamente sencillas como la que sigue: *Él es quien os ha creado, quien os ha dado el oído, la vista y el intelecto. ¡Qué poco agradecidos sois!* Desde el principio, las simples afirmaciones del poder de Dios y de la nada del hombre suscitan una reacción, un grito de alabanza a Dios, una censura del hombre que se atreva a discutirlo. La creación es obra de Dios; el hombre debe alabarle. La creación misma canta la gloria de Dios y proclama su unicidad. El hombre es invitado a meditar en la creación y a invocar a Dios "de pie, sentado o prosternado", es decir, sin cesar y en todo lugar. La mística de la creación se encuentra así en el centro de una profesión de fe ingenua y sencilla de Abraham, que agradece a Dios todos sus beneficios.

El hombre es libre, dotado de inteligencia. Se le pide que reflexione, que obre, que comercie, que trabaje, etc. Pero también que invoque a Dios, que le ruegue y alabe. Se le pide que refiera a Dios todas sus actividades.

El Señor resucitará a los muertos el último día, y el hombre deberá dar cuenta de todo lo que haya hecho. Se presentarán los libros de las acciones humanas: los buenos irán al paraíso y los malos al infierno. Por tanto, mientras está sobre la Tierra, el hombre puede y debe pedir perdón porque cuando se acerque la hora del Juicio será ya demasiado tarde. Se encontrará solo ante su Juez, ante Dios, *Dueño del día del juicio*. No habrá mediador, aunque muchas tradiciones musulmanas hablan del papel de intercesor que entonces desempeñará Mahoma.

El *Corán* enseña un humanismo compatible con todas las sociedades basadas en la familia, la patria, el trabajo y la propiedad concebida en sus justos límites. Por ello el Islam pudo adaptarse a civilizaciones diferentes en Asia y en África -y actualmente en todo el mundo-, comunicándoles al mismo tiempo un sello que le es propio: la incesante proclamación de la grandeza de Dios y la práctica de un cierto número de conductas que marcan la vida social.

La comunidad musulmana

Perfección del plan divino

Partido de Dios

El prototipo de ciudadano musulmán

Perfección del plan divino

El *Corán* describe el nacimiento de una comunidad, pero un poco por todas partes asoman reacciones y reflejos defensivos ante un peligro; en el diálogo se comprueba frecuentemente la fuerza de este sentimiento común. La lucha contra el paganismo, las dificultades y la austeridad de vida de los primeros años, el orgullo de sentirse pueblo de Dios, todo eso cimentó la unión entre los musulmanes.

Dirigiéndose a Mahoma, se dice de Dios en un pasaje del *Corán*: "Él es Quien te ha fortalecido con su auxilio y con los creyentes, cuyos corazones Él ha reconciliado. Tú, aunque hubieras gastado todo cuanto hay en la Tierra, no habrías sido capaz de reconciliar sus corazones. Dios, en cambio, los ha reconciliado. Es poderoso, sabio". O también: "Recordad la gracia que Dios os dispensó cuando erais enemigos: reconcilió vuestros corazones y, por Su gracia, os transformasteis en hermanos". Y esta aleya que actualmente es quizás una de las más citadas en los sermones: "Sois la mejor comunidad humana que jamás se haya suscitado".

Esta comunidad representa, en la perspectiva musulmana, la cumbre de la historia de la humanidad, la perfecta realización del plan divino. Preparada con una serie de ensayos, todas las comunidades anteriores fracasaron y la lección de su fracaso permite apreciar mejor las cualidades del Islam como la comunidad del fin de los tiempos.

Partido de Dios

Ahora bien, ¿cómo caracterizar a la comunidad musulmana tal como la define el *Corán*? ¿Es una confesión religiosa o un Estado político? En primer lugar, hay que señalar la ausencia de jerarquía en el orden religioso. El Profeta recibe directamente su misión de Dios y en la comunidad nadie goza de poderes religiosos que los otros no puedan tener. Existen jefes, pero tienen un poder político. El Islam no tiene ningún sacerdocio, todos los musulmanes son iguales ante Dios: "Os creamos de un varón y de una hembra e hicimos de vosotros pueblos y tribus, para que os conozcáis unos a otros. Para Dios, el más noble de entre vosotros es el que más Le teme". Esta aleya se opone a toda discriminación basada en la clase, la inteligencia o la raza. No admite más que una fuente de distinción: el grado de

temor de Dios. Esto significa que forman capítulo aparte los musulmanes que tienen un auténtico temor a Dios. Todos los hombres son iguales, pero los musulmanes poseen una nobleza particular. Se presentan como el pueblo de los que, de verdad, temen a Dios.

El Islam será, pues, una comunidad de laicos, a los que el *Corán* asigna unos objetivos concretos: fraternidad, y propagación del ideal de la ley musulmana. En una ocasión llama a esta comunidad "pueblo de Dios" en oposición al pueblo de Satanás. En este plano de afiliaciones, el musulmán no se afilia sin reservas más que a otro musulmán, aunque no le esté prohibido mantener relaciones sociales con otros hombres, siempre que éstos no ataquen al Islam. En cualquier caso, tiene el deber de ser justo con ellos.

El prototipo de ciudadano musulmán

En la persona de Mahoma aparece el tipo humano preconizado por el Islam y en él la comunidad busca la realización del ideal coránico: generoso, paciente y valeroso, perdona después de la victoria, pero sabe mostrarse duro durante el combate. Permite la poligamia hasta el número de cuatro esposas (su estado personal constituye un caso aparte y el *Corán* lo soluciona directamente), y todo amo tiene derecho a unirse con sus esclavas. El repudio es lícito en ciertas condiciones, aunque no se recomienda, sino que el *Corán* indica medidas para reconciliar a los esposos y, en todo caso, insiste en la justicia que debe observarse frente a determinados problemas de la relación.

Se alaba el perdón, en primer lugar, para restablecer la paz en el interior de la comunidad y, en general, sabiendo que este gesto podrá conmovir el corazón del adversario y convertirle en amigo. Pero el que quiera hacer valer su derecho de talión puede hacerlo. Y en la guerra que se combata con firmeza.

Los compañeros de Mahoma eran "severos con los infieles y cariñosos entre sí". Eran para la paz, pero para la paz de los fuertes, después de la victoria. Y la guerra ocupa un lugar destacado en el *Corán*: guerra para regresar a La Meca, guerra para someter a los que en Arabia se habían negado a aceptar la ley musulmana, guerra contra los perseguidores de los musulmanes. Tienen éstos una misión que cumplir en el mundo y no temen a la muerte, piensan en la felicidad que el *Corán* les promete.

Al musulmán se le permiten los bienes terrenales, pero no debe gozar de ellos sino con mesura y sin excesos. Se censuran las renunciaciones del monacato y las tradiciones narran que a Mahoma le gustaban la oración, el perfume y las mujeres.

En el *Corán* se encontrará toda una legislación referente al estatuto personal, así como a la observancia religiosa. Varios textos tocan también las prohibiciones alimentarias, la guerra, los contratos y la usura, que se prohíbe de manera expresa. Se alude a la esclavitud como hecho social de la época, pero se cita la manumisión como algo recomendable y hasta se prescribe para reparar algunas infracciones de la ley.

La comunidad musulmana presenta, pues, un aspecto característico. Ha conocido, a través de la historia, diferentes formas. Al principio, imperio árabe unificado bajo el mando efectivo del califa; luego, yuxtaposición de Estados independientes unidos por la misma fe en el *Corán* y con un califa que gozaba sólo de un título honorífico; finalmente, desde que se suprimió el califato, un conjunto de Estados unidos por la misma fe, que aspiran a cierto acercamiento. La expresión más sencilla y más elocuente sería, tal vez, la de pueblo o partido de Dios. Tendríamos que añadir que esta comunidad encuentra en el *Corán* algunas directrices o normas de conducta, pero se deja a los creyentes gran parte de las iniciativas.

La tradición y las sectas del Islam

La "sunna" y el "hadiz"

Las sectas

Escuelas teológicas y jurídicas

Glosario coránico

La primera sura o "Fatíha"

La "sunna" y el "hadiz"

Cuanto más crecía la comunidad y con mayor frecuencia surgían nuevos problemas, tanto más apremiante era la necesidad de fijar por escrito las sentencias y modos de obrar del Profeta transmitidos hasta entonces por tradición. Sólo así podía garantizarse que la comunidad se mantuviese fiel al camino de Dios.

La forma en que vivió el Profeta, su conducta, sus manifestaciones y hasta sus silencios, todo ello constituía una aclaración del camino de su vida (la *sunna*). Los detalles particulares del camino de Mahoma se conservaron en la tradición (el *hadiz*), que comprende la conducta del Profeta, sus sentencias, amonestaciones y ordenanzas, y la conducta de sus primeros compañeros. Sólo así podía garantizarse que la comunidad se mantuviese fiel al camino de Dios. Así, la valoración de la *sunna*, el camino del Profeta, fue haciendo de la tradición la segunda fuente de la religión islámica.

Sin embargo, la tarea de recoger las tradiciones existentes acabó por hacerse apremiante porque las sentencias y actuaciones que se atribuían al Profeta eran cada vez más numerosas. La arbitrariedad y la novelería hicieron acto de presencia y llegaron tan lejos que fue necesario poner un dique que estableciera principios y desarrollara métodos para distinguir las tradiciones auténticas de las falsas. Los requisitos que se establecieron para llenar las tradiciones auténticas hacían referencia a dos vertientes de cada tradición: por un lado su contenido y, por otro, la cadena de fiadores tradicionalistas de quienes se exigía una calidad moral capaz de respaldar la autenticidad de las afirmaciones.

De este modo, las compilaciones tradicionales que la ortodoxia islámica ha reconocido como genuinas fueron reunidas sobre todo en el siglo IX por al-Bujarí, Muslim, Abu-Dawud, al-Tirmidhi, Ibn Madia y al-Nasia, éste ya en el siglo X. A partir de estas colecciones, en el siglo XII se elaboraron epítomes como la *Mishkat* ("Nicho") de al-Baghawi.

Las sectas

La primera escisión de la comunidad islámica fue muy temprana (año 660) y se debió a motivos políticos tanto o más que estrictamente religiosos. El gobernador omeya de Damasco, Muawiya, se alzó contra el cuarto sucesor de Mahoma, el legítimo califa Alí, y éste se dejó persuadir para llegar a un acuerdo. Se escindió entonces el Islam y se formaron tres grupos que defendieron opiniones distintas acerca de la legitimidad del acuerdo y las condiciones para asumir el califato. Estas tres tendencias -y en algunos casos sucesivamente divididas en nuevas ramas- han llegado hasta nuestros días.

Los *sunníes* defendieron a los omeyas. Para ellos bastaba con que el califa fuera miembro de la tribu de Mahoma, sin necesidad de que estuviera emparentado con el Profeta y sin que importaran las cualidades piadosas ni morales del califa.

Los *jarichitas*, o separados, abandonaron a Alí porque para ellos lo que contaba era el principio de que debía elegirse para califa al mejor, más piadoso y digno, sin que importara la consanguinidad con el Profeta, la pertenencia a su tribu o el derecho hereditario.

Los *chiíes*, o partisanos, defendieron el acuerdo del califa Alí y más tarde le rindieron pleitesía a él y a sus descendientes. Para ellos, para acceder al califato, era condición indispensable llevar sangre del Profeta. Fueron a menudo objeto de persecuciones y formaron una minoría asociada con otras escuelas religiosas y de tendencias místicas. Con

el tiempo, los chífes se escindieron a su vez en numerosas sectas, como los imamitas, los zayditas, los drusos, los ismailitas, los nusayrís, el babismo y el bahaísmo.

Escuelas teológicas y jurídica

La reflexión teológica islámica expone los fundamentos de la religión, la defiende frente a las otras creencias y proporciona bases a la vida religiosa de la comunidad islámica. Según las diversas escuelas, la argumentación pone el acento en la tradición, en la razón o en una tradición razonable.

Los *tradicionalistas*, o *hanbalitas*, se apoyan exclusivamente en el *Corán* y la tradición como únicas fuentes fiables de la fe y la práctica religiosa.

Los *mutazilíes* parten del principio de que el hombre es un ser al que Dios ha dotado de razón y tiene el deber de emplearla también en el campo religioso. Recomiendan adoptar la duda y no una falsa seguridad como principio en la búsqueda de la verdad: "Cinco dudas son mejores que una certeza". La tradición y la fe, según ellos, han de someterse al control de la razón para eliminar las contradicciones.

Los *asharíes*, por su parte, se oponen al empleo desmesurado de la razón, que aboca a una fe racionalista, así como a la fe ciega tradicionalista. Este tradicionalismo racional de los asharíes fue durante siglos la posición de la ortodoxia islámica.

Pero el *Corán* y la tradición no sólo definen los principios de la fe, sino que sobre todo establecen las normas de actuación práctica y las prescripciones de la ley. La fijación de las disposiciones legales ha dado origen, en el Islam, a diversas escuelas, todas ellas consideradas ortodoxas y, por tanto, legítimas. Hay cuatro principales escuelas jurídicas que, fundamentalmente, sólo se diferencian por el distinto valor que otorgan a la tradición o al consenso de la comunidad.

Los *malikitas* son conservadores y otorgan el valor máximo a la tradición. Los *hanafitas* se pueden considerar liberales y apoyados en la sana razón humana. Los *shafítas* ocupan una posición intermedia entre los liberales hanafitas y los conservadores malikitas. Los *hanbalitas*, por su parte, siguen un tradicionalismo rígido y sin compromisos.

Glosario coránico

El *Corán* es, ante todo, un libro religioso, que define cierto tipo de relaciones entre el hombre y Dios, entre la criatura y su Creador. En su lectura, en su meditación y en su recitación millones de hombres han encontrado a Dios. Además, la influencia excepcional que ha ejercido y ejerce aún hoy día es incomprensible fuera del plano religioso.

La doctrina coránica conmueve por su simplicidad tanto como por la capacidad de proyección mística a la que lleva su estudio. Sus elementos fundamentales son la sumisión a la voluntad divina ("Islam"), la limosna a los pobres y la justicia en las relaciones humanas, la resurrección de los muertos y el juicio final. Aun así, algunos vocablos árabes y algunos conceptos particulares, como los que se describen a continuación, pueden ayudar a comprender el texto.

Agradecimiento: El agradecimiento es del hombre para con Dios, no de los hombres entre sí.

Alá: Dios.

Aleya: Versículo del *Corán*, considerado como signo de la omnipotencia de Alá.

Alquibla: Dirección de la Caaba en La Meca, adonde debe orientarse el musulmán durante la azalá.

Amonestación: Recuerdo que se hace de una enseñanza religiosa para su consideración. La "Amonestación" es el propio *Corán*.

Asociación o sinteísmo: Pecado enorme que consiste en equiparar a Dios con otro u otros entes. El asociador o sinteísta es diferente del idólatra y del politeísta.

Auxiliares: Los primeros convertidos de Medina al Islam, que dieron asilo al Profeta y a sus compañeros.

Azalá: Oración institucional obligatoria, diferente de la invocación.

Azaque: Impuesto-limosna legal sobre los bienes, diferente de la limosna espontánea.

El Camino: El camino que conduce a la Verdad, el camino por excelencia.

Corán: Escritura revelada por Dios a Mahoma con encargo de que la comunicara a los hombres. Otros nombres: "Escritura", "Amonestación", "Criterio".

Creador: Alá es el único Dios, el creador del hombre. Éste le adora, se somete absolutamente a su voluntad y vive en su presencia.

Criterio: Norma que permite distinguir la verdad de la falsedad, el bien del mal, lo permitido de lo prohibido, a los creyentes de los que no lo son, y facilita la salvación.

Desagradecer: El desagradecido a los beneficios divinos pasa a ser infiel.

Desmentir: Decir a los enviados de Dios que mienten, tachar los signos de Dios de mentira.

Dios (*Allah*): El único Dios real. *Alá* es el vocablo árabe para designar a Dios y lo emplean tanto los musulmanes como los árabes cristianos.

Dirección: Lo que lleva rectamente hacia la verdadera religión. La *Torah* y el *Evangelio* son direcciones, el *Corán* es "La Dirección".

Edén: El paraíso o morada de los bienaventurados.

Emigrados: Seguidores de Mahoma que emigraron de La Meca a Medina antes o después que él.

Enviado: El *Corán* no ofrece una clara distinción entre "enviado" y "profeta", aunque los distingue. Para la tradición poscoránica, enviado es el receptor de la revelación divina que ha recibido el encargo de transmitirla a toda la humanidad o a una parte de ella. "El Enviado" es Mahoma. Para la tradición, es "profeta" quien recibe una revelación de Dios y predica, amonesta; la predicción del futuro le es extraña. "El Profeta" es Mahoma.

Escritura: Las *Escrituras*, en general, son todas las *Escrituras* reveladas por Dios. Las *Escrituras* mencionadas en el *Corán* son: la *Escritura Matriz*, el propio *Corán*, la *Torah* (de Moisés), el *Evangelio* (de Jesús), los *Salmos* (de David), las *Hojas* (de Abraham y de Moisés).

Evangelio: Escritura de los cristianos contemporáneos del Profeta.

El Fuego: El fuego del infierno.

Gabriel: Ángel encargado de la revelación de Dios a Mahoma. Llamado también "el Espíritu", "el Espíritu Santo", así como "el Espíritu digno de confianza".

Gehena: Infierno.

Gente de la Escritura: Depositarios de una *Escritura*; en particular, los judíos y los cristianos.

Hanif: Monoteísta inflexible preislámico -no judío ni cristiano-, cuyo prototipo sería Abraham. Individualidad disidente en un medio pagano, buscador de Dios.

Hijos de Israel: Antepasados bíblicos de los judíos. Cuando en el *Corán* se habla de los "judíos", se refiere a los contemporáneos de Mahoma.

Hipócritas: Es un concepto religioso. Eran medineses (y medinesas), musulmanes de palabra, infieles de corazón, observantes remisos, indignos de confianza, intrigantes, oportunistas. Su jefe era Abd Allah ibn Ubayy.

Las Hojas: Libros (hoy considerados apócrifos) que contendrían las revelaciones comunicadas a Abraham y Moisés.

La Hora: El día de la Resurrección.

Iblis: Nombre personal del Demonio. En la sura 24 y en otras aleyas, Iblis es un ángel o un genio.

Ignorar: Suele tener una acepción moral -ignorar la ley de Dios- y alguna vez, intelectual.

Infiel: Aquel que, conscientemente, no acepta la revelación divina. Su postura, pues, no es pasiva, sino activa y, por tanto, es diferente de "pagano".

Invocación: Oración individual y libre; por tanto, diferente de "azalá".

Islam: Sumisión incondicional a la voluntad de Dios. De aquí la religión predicada por Mahoma, la "Religión".

El Jardín: El paraíso terrenal; el paraíso o morada de los bienaventurados.

Judíos: Véase "Hijos de Israel".

Letras enigmáticas: Son letras recitadas como si fueran del alfabeto al comienzo de 29 suras; están aisladas o formando grupos de hasta cinco, en combinaciones variadas, cuya significación, si es que la tienen, no ha sido aún resuelta satisfactoriamente. Podría tratarse de abreviaciones de palabras, frases o ideas de las suras; de nombres de propietarios de colecciones de suras; de símbolos mágicos, místicos, o de simples valores numéricos.

Lo oculto: Los misterios metafísicos.

Pagano: Quien no ha recibido la revelación divina; es, por tanto, diferente de "infiel". Véase también "ignorar".

Peregrinación: La peregrinación mayor a La Meca es de carácter colectivo y obligatorio, y se celebra en los días prescritos. La peregrinación menor es de carácter individual y potestativo, y puede realizarse en cualquier época del año. Con frecuencia, ambas peregrinaciones fueron confundidas ya en vida del Profeta.

Profeta: Véase "enviado".

Saber: Muchas veces tiene más una acepción moral que intelectual. Véase "ignorar".

Sakina: Término de difícil traducción, en su origen significa "presencia divina". Los comentaristas musulmanes lo interpretan como "tranquilidad del alma".

Servir: Cuando se dice "Servid a Señor", suele significar "Dad adoración al Señor".

Siervo: Suele sugerir la idea de "siervo del Señor", "hombre"; alguna vez también "esclavo".

Signo: En sentido amplio, evocación; en sentido estricto, prueba irrefutable (un fenómeno natural, un prodigio, una "aleya" de la omnipotencia de Dios).

Sura (en español también llamada "azora"): Capítulo del *Corán*.

El Ungido: Sobrenombre, de significado impreciso, de Jesús. En la aleya 45 de la sura 3 parece entenderse como nombre propio, pero no tiene forma de tal.

La primera sura o "Fatiha"

En el *Corán* la primera sura, "la que abre", ha de ser puesta aparte. Los musulmanes la recitan sin cesar como oración y desempeña entre ellos el papel del *Padrenuestro* entre los cristianos.

¡En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso!

Alabado sea Dios, Señor del universo,

el Compasivo, el Misericordioso,

Dueño del día del Juicio.

A Ti sólo servimos y a Ti sólo imploramos ayuda.

Dirígenos por la vía recta,

la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.

El Islam contemporáneo

El fundamentalismo y la Ley Coránica

Formación de los estados islámicos modernos

El Islam y el fundamentalismo

El Islam en nuestros días

Distribución actual del Islam. Porcentaje de población islámica

Entre el 95 y el 100 %

Entre el 75 y el 94 %

Entre el 50 y el 74 %

Entre el 25 y el 49 %

Menos del 25 %, pero con presencia importante

El siglo XX, con sus múltiples transformaciones históricas, culturales, políticas y sociales ha proporcionado un marco de cambio constante que ha influido en las religiones de todo el mundo. El Islam no se ha visto libre de estos cambios, lo cual es lógico si tenemos en cuenta procesos como la descolonización o aspectos como la increíble expansión secular de esta religión por zonas alejadas miles de kilómetros de Medina y La Meca: desde el África subsahariana hasta Malasia: desde ciertas zonas de Europa Oriental hasta la India.

Unos mil millones de seguidores del Islam comparten hoy un credo con muchas variantes debidas al sustrato geográfico, la evolución sociopolítica y la tradición cultural, factores que hacen de la práctica del Islam un culto mucho más multiforme de lo que los medios de comunicación dan a entender.

Además, han proliferado fenómenos colectivos como el Movimiento Musulmán Negro, en Estados Unidos, que aun rechazando la vida más allá de la muerte, adopta otros muchos dogmas coránicos. O el neosufismo, cuyo máximo exponente sería Idries Sha, cuya doctrina se basa en gran parte en el *Corán*, pero introduce la idea de una religión universal por encima de todos los credos y en la que Dios es uno para todos.

El fundamentalismo y la Ley Coránica

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos pusieron de manifiesto una vez más que nunca en la historia hubo, en realidad, guerras religiosas, sino que bajo el nombre de Dios se ocultaron siempre objetivos meramente políticos y económicos.

A partir de los movimientos antiimperialistas del siglo XIX y de la descolonización que siguió a ellos, territorios tan distintos geográfica y culturalmente como Arabia, Indonesia, el Magreb, Afganistán, Pakistán, Turquía o Egipto dejaron atrás la pertenencia a diversos imperios (el otomano, el británico, el francés) y su signo fundamental de identidad a partir de entonces fue el Islam.

Muchos de los gobiernos de los países recién independizados trataron de crear sistemas políticos occidentalizados, pero la mayoría fracasaron. El estilo de vida "occidental" fue visto por muchos sectores como una concesión al neocolonialismo y como un rechazo intolerable de las tradiciones religiosas. El resultado fue la ascensión de movimientos fundamentalistas islámicos, que propugnaban una transformación sustancial de la teoría y la práctica política, adaptándolas a las costumbres sociales tradicionales del mundo antiguo. También subyacía el panarabismo, un movimiento excluyente que pretendía unificar a los musulmanes de Oriente Medio por encima de las nacionalidades.

Formación de los estados islámicos modernos

Esta amalgama de circunstancias y opciones fue adoptando muy diversas vertientes a lo largo de los años, hasta abocar en el momento presente en opciones regionales muy diversas que probablemente son todavía provisionales: Irán y Libia fueron en un tiempo países muy radicales en su actitud antioccidental y fundamentalista.

Por el contrario, Túnez y Turquía habían separado claramente la religión de la política y, a pesar de mantenerse fieles al Islam, adoptaron en gran medida el estilo social de la cultura europea. Los países del golfo Pérsico mantuvieron las tradiciones, pero al mismo tiempo formalizaban cómodos pactos económicos con Occidente. Occidente, por su parte, capitaneado por Estados Unidos de Norteamérica, poco se interesaba por tendencias religiosas sino que se preocupaba exclusivamente en el control de la producción de petróleo.

El Islam y el fundamentalismo

En otros casos, el Islam se identificó con tendencias de liberación política de territorios ocupados por otros países y religiones: por ejemplo, Líbano y Palestina contra Israel, o Afganistán contra la Unión Soviética.

En todos los casos, todos los intentos de pacificación fueron paradójicamente boicoteados por grupos obcecados y contrarios a la cesión de cualquier pretensión. Así, líderes islámicos y hebreos moderados como Anuar el Sadat y Yitzak Rabin fueron asesinados por ultraconservadores de sus propias filas: Sadat por la Yihad egipcia y Rabin por un judío ultraortodoxo.

En el entorno occidental se tiende a identificar el fundamentalismo con el Islam, lo cual se debe más a presiones mediáticas sobre la opinión pública que a la realidad, puesto que actualmente se encuentran fundamentalismos en todas las religiones monoteístas. Baste recordar la violencia ejercida por no pocos creyentes obcecados contra las personas que optan libremente por el aborto o la eutanasia.

Pero incluso entre el Islam existen diversos grados de celo en el cumplimiento del Corán. En el fundamentalismo islámico (como por otra parte, en cualquier fundamentalismo de toda religión) debe distinguirse entre ámbitos y países, puesto que su aparición depende de factores políticos, pero también del sustrato cultural y social y del desarrollo económico.

Si tenemos en cuenta que cualquier religión no es sólo un sistema de creencias sino también un modo de vida, está claro que el fundamentalismo religioso arraigará con mayor facilidad en cualquier lugar donde la supervivencia esté en peligro.

El Islam en nuestros días

La historia del Islam ha sido tan larga y su expansión tan intensa que muchos países (algunos situados a miles de kilómetros de La Meca en puntos tan alejados entre sí como Indonesia y Mauritania) siguen hoy día fieles a la fe islámica. Fieles, pero con las particularidades evidentes que el sustrato socio-religioso y las características políticas e históricas imponen a cada enclave geográfico; sobre estas particularidades, y poniendo algunos ejemplos.

Asia Central: El Islam se implantó en Asia Central en unas fechas difíciles de determinar, pero en todo caso, anteriores a la llegada de Tamerlán (el príncipe musulmán de Samarkanda) y los mongoles (siglo XIV). Su fe ha conseguido sobrevivir a través de los siglos, incluso a la antirreligiosa y comunista Unión Soviética: a principios de 1990 la mayoría de estados independientes (Uzbekistán, Kazakistán, Tadjikistán, Kirguizistán, Turkmenistán, Azerbaiján) de esa zona tiene el Islam como religión oficial, es decir, son repúblicas islámicas.

Turquía: Durante muchos siglos el otomano fue un enorme imperio (en el siglo XVI, bajo Solimán el Magnífico, controlaban Oriente Medio, Hungría, el Oeste de Asia, el Norte de África y los Balcanes) y su capital, conquistada a Bizancio, fue la bella Estambul: las potencias europeas consideraban a Turquía "El Enfermo" y desmantelaron su imperio tras la segunda guerra mundial. En la actualidad el país vive en buena parte del turismo y, como consecuencia de ello, guarda un cierto equilibrio entre una versión moderada del Islam y el laicismo político. De hecho, desde el gobierno de Mustafá Kemal (1881-1938), la constitución turca es laica. La huella musulmana del Imperio otomano, ha quedado, sin embargo en zonas europeas como Bulgaria, Bosnia o Hungría.

Los duodecimanos de Oriente Medio: La rama más extensa del chiísmo es llamada la de los *imami* o duodecimanos; reconocen a doce imanes o cabezas religiosas como descendientes de Alí, primo y yerno de Mahoma, y reniegan de los cuatro primeros califas que usurparon la legitimidad de Alí. Una de sus creencias es que el duodécimo imán, llamado Al Madhi, que desapareció en el año 874, reaparecerá tarde o temprano. Estas creencias son propias de los regímenes islámicos de Irán (donde la mayor parte de los habitantes son duodecimanos) y el sur de Irak. También hay población *imami* en Líbano, Arabia Saudí, los estados del Golfo Pérsico y Siria. Y pequeñas comunidades en India, Estados Unidos, Pakistán, Azerbaiján y Europa Occidental.

Indonesia: Los comerciantes procedentes de la India llevaron el Islam a Indonesia durante el siglo XI. Pero cuando Marco Polo llegó a la isla de Sumatra en 1292, sólo una de sus ciudades (Perlak) era musulmana, lo cual sugiere que el Islam se ha ido imponiendo gradualmente a través de los siglos. En la actualidad el noventa por ciento de los 130 millones de habitantes de las islas indonesias son musulmanes, lo cual la convierte en la mayor nación musulmana del mundo. Sin embargo, las caras del Islam son bastante heterogéneas en las diversas islas que forman Indonesia: desde el centro de Java, cuyo islamismo es muy leve, como un barniz sobre el dibujo que han hecho el hinduismo y el budismo, hasta el sur de Borneo, donde la fuerza del Islam ha borrado incluso cualquier huella de cultura preislámica.

Senegal y otros países subsaharianos: El Islam llegó a Senegal, como a otros países subsaharianos, en el siglo XI. Estableció califatos importantes, como el de Sokoto en Nigeria. En Senegal, ha tenido tanta fuerza que prácticamente se ha impuesto por completo a las religiones previas: hoy en día más del 90 por ciento de los habitantes de este país son musulmanes. Otros países en que el Islam es religión mayoritaria son Djibuti y Somalia. Por su parte, su fuerza es importante en las ex colonias francesas, como Mauritania, Malí,

Níger, e inglesas, como Sudán, Nigeria y Tanzania. La ex colonia italiana de Etiopía también es básicamente musulmana.

El Magreb: nacionalismo, turismo e Islam: En la zona del norte de África, los países que a lo largo de los siglos han formado parte de grandes califatos, imperios como el turco o potencias coloniales europeas, obtuvieron su independencia en diversos momentos del siglo XX. Todos han adoptado el Islam como religión oficial, pero su nivel de radicalismo político antioccidental ha condicionado las características de la religión y su relación con los gobiernos: en el Magreb encontramos países claramente fundamentalistas y antioccidentales como Libia y otros prácticamente laicos como Túnez. Entre estos dos extremos y según ciertos ciclos políticos se encuentran los casos de Marruecos, Argelia o Egipto: sus gobernantes y sus movimientos sociales hacen evolucionar el Islam a gran velocidad.

El polvorín de Oriente Medio: La zona en la que nació la fe musulmana es evidentemente el enclave históricamente más propicio al Islam, pero también ha ofrecido variaciones doctrinales y socio-religiosas en función de cada país y las influencias externas: por ejemplo, la revolución islámica ha hecho de Irán el país más beligerante con Occidente; la ocupación israelí ha radicalizado el integrismo en Líbano y Palestina. Siria y Jordania se mantienen en un islamismo ortodoxo y una cierta ambigüedad con respecto a Occidente. Irak ha radicalizado su discurso contra Estados Unidos usando la fe islámica y, por último, hay países en que la religión islámica y la política no tienen nada que ver porque están controlados por jeques aliados económicamente a Occidente, en virtud de sus posesiones petrolíferas: es el caso de los Emiratos Árabes Unidos, Omán o Arabia Saudí.

El volcán del Oriente Próximo: La zona en la que nació la fe musulmana es evidentemente el enclave históricamente más propicio al Islam, pero también ha ofrecido variaciones doctrinales y socio-religiosas en función de cada país y las influencias externas: por ejemplo, la revolución islámica ha hecho de Irán el país más beligerante con Occidente; la ocupación israelí ha radicalizado el integrismo en Líbano y Palestina. Siria y Jordania se mantienen en un islamismo ortodoxo y una cierta ambigüedad con respecto a Occidente. Irak ha radicalizado su discurso contra Estados Unidos usando la fe islámica y, por último, hay países en que la religión islámica y la política no tienen nada que ver porque están controlados por jeques aliados económicamente a Occidente, en virtud de sus posesiones petrolíferas: es el caso de los Emiratos Árabes Unidos, Omán o Arabia Saudí.

Osama Bin Laden y Afganistán: El fundamentalismo islámico ha presentado las masacres del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, como la respuesta desesperada del mundo islámico contra un Occidente enemigo en Palestina, Irak y otros países. Osama Bin Laden y su protector, el mulá talibán Omar, de Afganistán, se han asignado el papel vengador de los oprimidos, como Robin Hood en el siglo XXI. A pesar de contar con un considerable apoyo popular, especialmente en el vecino Pakistán, la autoproclamada "guerra santa", acaudillada por Bin Laden ha sido condenada de modo explícito por la práctica totalidad de las naciones de la órbita islámica (con la notable excepción de Irak), hasta el punto de prestar ayuda logística a la contundente respuesta militar y diplomática instigada por Estados Unidos.

Pakistán y Bangla desh: Pese a estar dominada durante los primeros mil años de nuestra era por dos religiones principales como el hinduismo y el budismo, la India tuvo gran influencia del Islam, especialmente durante el sultanato de Delhi y las invasiones de gaznavíes y mogolas: en la India actual ha quedado un pequeño rincón para los musulmanes, pero la independencia del imperio británico dio lugar a la escisión de una parte del subcontinente que ha quedado completamente dominada por el Islam: Pakistán. A

su vez, en 1971 y apoyada por la India, otra nación de mayoría musulmana (80 % frente al 18 % de hinduistas) se escindió del Pakistán: se trata de Bangla desh.

Distribución actual del Islam. Porcentaje de población islámica

Entre el 95 y el 100 %

África: Marruecos, Mauritania, Libia, Argelia, Somalia, Túnez, Comores

Asia: Turquía, Kuwait, Irak, Irán, Arabia Saudita, Yemen, Jordania, Pakistán, Afganistán, Maldivas

Entre el 75 y el 94 %

África: Egipto, Mali, Níger, Senegal, Gambia

Asia: Bangla desh, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguizistán, Singapur, Indonesia

Entre el 50 y el 74 %

África: Sudán, Chad, Burkina Faso

Asia: Malaysia, Brunei

Entre el 25 y el 49 %

África: Tanzania, Malawi, Etiopía, Nigeria, Ghana

Asia: Kazakistán, Tadjikistán, Azerbaijón

Menos del 25 %, pero con presencia importante

África: Uganda, Madagascar, Mozambique, Camerún

Asia: China, Tailandia, Filipinas, Myanmar, Sri Lanka

Resto del mundo: Francia, EE.UU., Reino Unido, Rusia, Brasil, Alemania, Bosnia-Herzegovina, Bulgaria, Rumania, Grecia.

Permanencia de la religiosidad en el mundo contemporáneo

Además de las tres grandes religiones monoteístas y de sus variantes, sobreviven infinidad de cultos que siguen practicándose en la actualidad en todos los países del mundo. Muchos han desaparecido a lo largo de la historia o han sido desplazados o asimilados sincréticamente por otros. Sin embargo, sabemos que desde los albores de la civilización la religión ha desempeñado un papel importante tanto en la trayectoria individual de cada persona como en su vida social. Esto ha sido y es así, pero la constante evolución ideológica y filosófica de los últimos siglos ha visto declinar diversas religiones o por lo menos ha demostrado que los mensajes homogeneizadores y las doctrinas rígidas pueden funcionar en determinados sectores de población pero no en todos. En Occidente es donde antes se ha notado este cierto declinar de la infalibilidad y poderío de los grandes credos. Hay sectores que los han abandonado por completo (ateísmo, agnosticismo) o parcialmente: muchos esconden su incapacidad para dejar de creer radicalmente; muchos otros se escudan en un vago deísmo no dogmático al estilo de la Ilustración. Y otros muchos enarbolan el tópico cuando afirman que "algo debe de haber".

En cualquier caso, desde que Friedrich Nietzsche escribe su famosa frase "Dios ha muerto" hay un punto de inflexión. Durante todo el siglo XX ello condiciona modos de pensar y

actitudes ante la vida. Otros, como el sociólogo Émile Durkheim, demuestran que la noción de Dios no es tan fácil de superar por la misma sociedad que la ha creado.

Por ello han surgido durante todo el siglo XX todo tipo de opciones que conviven -a menudo pacíficamente- con el pragmatismo o el agnosticismo: nuevas religiones, reelaboraciones de antiguos ritos o dogmas, acercamiento a culturas exóticas...

El siglo XX registró en uno de los mosaicos religiosos más complejos de la historia de las civilizaciones. No sólo hay que tener en cuenta la pervivencia de muchas de las religiones mayoritarias y minoritarias, sino que se ha de añadir un sinfín de nuevas creencias, apoyadas en movimientos reformistas o, en ocasiones, sectarios. Entre esta inmensa variedad de cultos resulta complicado hacer una clasificación sistemática. Algunos miran claramente al pasado (gnósticos) o reinterpretan los libros sagrados -el *Corán*, la *Biblia*- a su manera (pseudosufismo, milenaristas). Otros son una búsqueda de soluciones prácticas adaptadas al presente: por ejemplo, la teología de la liberación o las comunidades cristianas de base, que ponen en contacto la religión y el marxismo. Por último, hay algunas religiones -generalmente sectarias- que buscan la religiosidad en lo futurista o incluso se inspiran en la ciencia ficción. Muchos cultos, siguiendo ciertas modas creadas a menudo por grandes intereses comerciales, buscan el sentimiento religioso de antiguas culturas no europeas: el orientalismo, las culturas precolombinas, las religiones de Oceanía. Todo es válido para escapar por la vía mística de una sociedad occidental cada vez más vacía de espiritualidad.

Las sectas en la era tecnológica

Entre la fe y el fanatismo

Sectas y religiones

Llenando los huecos del tiempo presente

Entre la fe y el fanatismo

Cuando bajo la edulcorada apariencia de un predicador muy elocuente es posible vislumbrar la mirada de un fanático menos adiestrado para convencer que para vencer.

En un momento en el que la ciencia y la tecnología han alcanzado cotas nunca ni siquiera sospechadas, la ebullición del sentimiento y la práctica religiosa prosigue su evolución como si lo hiciera en un territorio propio e independiente; como si la especie humana pudiera desarrollarse a la vez en un doble estrato a veces contradictorio: por un lado, una fe ciega que promueve acciones sobre todo emocionales que terminan condicionando la vida del creyente; por otro, la necesidad de verificar, racionalizar y evaluar todos los conocimientos, cada uno de los progresos, todos los instrumentos, sin que nada quede al azar ni a merced de ninguna voluntad ajena, mucho menos sobrenatural. Esta doble condición, a veces enfermiza, del ser humano ha sido capaz de provocar, por ejemplo, los fenómenos simultáneos de las devastadoras cruzadas cristianas contra los musulmanes y el movimiento monástico de regeneración de los campesinos iniciado en Cluny, en la Edad Media de una Europa asolada a su vez por las invasiones de los bárbaros.

Sectas y religiones

A caballo, pues, entre la ceguera de la fe y su fuerza creativa, la religiosidad de la especie humana se ha ido polarizando a lo largo de la historia alrededor de núcleos de creencias casi siempre dependientes de núcleos de creencias anteriores a los que superaban en

coherencia y fuerza, y casi siempre también excluyentes y enfrentados a sangre y fuego contra cualquier otra confesión o profesión de fe, incluso, en cada caso, aquella que había dado origen a la que se encontraba en auge.

De este modo, de una religión establecida se desgajaba una rama herética o sectaria que, en caso de afinarse y expandirse, daba pie a una nueva religión, y en caso contrario sobrevivía vegetativamente o pasaba a la historia como un fenómeno más o menos anecdótico. El cristianismo nació como una secta dentro del judaísmo; el islam lo hizo en un entorno de sectas cristianas aisladas en los desiertos de Arabia; en el seno de la Reforma europea se afianzaron como auténticas religiones el catolicismo, el luteranismo, el anglicanismo, el calvinismo y otras pocas, mientras muchos otros movimientos procedentes del protestantismo se han ido atomizando en Iglesias más o menos pequeñas y más o menos carismáticas.

Nuestro tiempo, pues, no es ajeno a este proceso de la historia de un pensamiento religioso que a pesar de todo aún es lo bastante vital como para que sigan surgiendo, dentro de las grandes confesiones, nuevas ramas cuya incidencia real queda condicionada al paso del tiempo. Estas ramas son por su propia naturaleza casi innumerables aunque algunas de ellas, como la de los Cuáqueros, los Pentecostales, los Anabaptistas, los Testigos de Jehová o los Mormones cuentan con significativas cifras de adeptos..., y no es ajeno a ello el hecho sociológico de su nacimiento y mayor implantación en la joven, puritana y rica - aunque desigual- Norteamérica.

Llenando los huecos del tiempo presente

En su mayor parte, sin embargo, el éxito de los movimientos sectarios contemporáneos se debe a que llenan el vacío religioso dejado por la progresiva laicización de las sociedades. Quizá también influya el modo en que las Iglesias consolidadas se ha distanciado de sus feligreses o, al menos, de su cotidianidad. Los "gurús" de las sectas suelen ser personas muy capaces de conocer el modo de seducir a sus adeptos.

Se podrían definir cuatro características fundamentales que concurren en las sectas iniciáticas contemporáneas: alienación de los adeptos por presión moral; cerrazón del grupo sobre sí mismo excluyendo incluso a los familiares no afines de los adeptos; manipulación de los textos sagrados preexistentes según los intereses de la nueva doctrina; utilización de la estructura sectaria para el lucro de los líderes.

Es un lugar común que el ser humano necesita "algo en que creer" y se podría añadir que compartir una creencia con un grupo satisface las necesidades de vida social del individuo, aunque, a veces, en el seno de las sectas clasificadas como destructivas, el precio es una anulación de la personalidad del adepto.

La santería y el vudú

Un modo de preservar las antiguas tradiciones

La santería cubana o el panteón yoruba en América

El vudú haitiano: Loa, zombis y posesiones

Un modo de preservar las antiguas tradiciones

El práctico exterminio de los indígenas de Centroamérica (debido en gran parte a las enfermedades que contrajeron con la llegada de los conquistadores) y su sustitución por hombres y mujeres africanos, más dotados físicamente para el trabajo duro que les

encomendaban, ha marcado el cariz cultural y, por tanto, religioso de la población de países como Cuba, Haití y Puerto Rico.

La santería es un claro ejemplo de sincretismo religioso: muchos de los santos, en principio católicos, a los que se da culto en Cuba esconden dioses de la mitología yoruba, etnia de origen nigeriano a la que pertenecen gran parte de los negros que pueblan la isla caribeña. Por ejemplo, la famosa virgen de la Caridad del Cobre (tema central de un conocido bolero, que exalta más las connotaciones sexuales que el respeto por la divinidad) tiene un color oscuro en su piel y unos rasgos inequívocamente mulatos. Del mismo modo, Shango, el dios del trueno, se convierte en santa Bárbara, patrona de la artillería, como el poderoso Orunmila se disfraza de san Francisco, la diosa Orunbala pasa a ser Nuestra Señora de la Merced o Elegba es san Pedro. Uno de los cultos más curiosos es el que se da a Babalú-Aye o san Lázaro. En la iglesia del Rincón, a unos veinte kilómetros de La Habana, se celebran romerías que han aumentado su número de devotos al agudizarse los problemas económicos. En este culto, los fieles identifican sin problema ambas divinidades en una sola, como si se tratase de un sólo dios con dos caras; en una de las canciones que se cantan durante la peregrinación, el texto es explícito:

"Ay San Lázaro Bendito,

Mi viejo Babalú-Aye,

Yo te debo, yo te cumplo".

Los fieles piden a la divinidad afro-cubano-católica salud y mejoras económicas, y ofrecen flores, limosnas y velas encendidas. A lo largo del camino, los devotos se arrastran por el lodo y el polvo, cargan pesadas piedras y enormes cruces, y recorren penosamente durante horas el trayecto que lleva al santo/divinidad, que originalmente protegía contra la lepra, la sífilis y la viruela, y ahora se ha "especializado", siguiendo el signo de los tiempos, en la prevención del sida.

La santería cubana o el panteón yoruba en América

Los dioses menores de la santería son llamados *orishas*, exactamente igual que los del panteón yoruba y transmiten su poder mágico, llamado *ache*, a los sacerdotes o santeros. Sus ritos incluyen la adivinación y las danzas al ritmo de tambores, entonando salmodias, como reflejó en algunos poemas el escritor cubano Nicolás Guillén. Una característica típicamente africana de la santería es que es un tipo de religión popular, destinada principalmente a solucionar los problemas cotidianos de la gente, que los consulta con el santero. Éste desempeña un papel complejo que incluye los de gurú, astrólogo, asistente social, brujo y consejero. La superstición se funde con la religiosidad; por ejemplo, los santeros saludan a la gente con una reverencia mientras apoyan las palmas, cruzadas, sobre los propios hombros: jamás dan la mano porque creen que los espíritus malignos o benéficos pueden pasar de un cuerpo a otro con el contacto físico.

En otros países con etnia de origen yoruba, como Trinidad, ocurre más o menos lo mismo: divinidades africanas con máscara cristiana. Por otra parte, muchos de los ritos de la santería han sido exportados a varias zonas de Estados Unidos, debido a la emigración de numerosos grupos anticastristas. El sincretismo está muy arraigado en otros países latinoamericanos (por ejemplo, el culto Winti de Surinam, de formas protestantes pero cuyo fondo es claramente africano o el culto Macumba de Brasil), pero el caso cubano es el que despierta más interés por su riqueza ritual.

El vudú haitiano: Loa, zombis y posesiones

El influjo de las religiones de varias zonas de África (Benín, Nigeria, Zaire) converge en los ritos y la cosmogonía de los habitantes de Haití, quienes, no obstante, dan un rostro católico al culto. Sin embargo, es fácil ver que su concepto de dios es mucho más africano que cristiano: una divinidad que está por encima de todo y a la que, salvo en casos excepcionales, no hay que molestar con los problemas humanos. Lo cotidiano se confía a dioses menores (típicos de las religiones del África Negra) y a espíritus que se comunican con sus fieles y, en ocasiones, poseen a los que participan en determinados ritos. Estas celebraciones se acompañan de velas encendidas, sacrificio de animales domésticos y danzas al frenético ritmo de los instrumentos de percusión.

Su origen se remonta a la dominación francesa de la isla, que aportó los elementos católicos. La teología principal y los detalles mágicos fueron aportados por la población negra que fue llevada a la isla, de las etnias fon, yoruba y kongo principalmente. De hecho, la palabra vudú proviene de la palabra *fon*, espíritu (*vodun*).

Como en el caso de la santería, los dioses del vudú están por debajo de una divinidad central y lejana, y son identificables con santos cristianos. Son llamados *Loa* y se les ofrecen celebraciones en pequeños templos, donde el sacerdote (*houngan*) o la sacerdotisa (*mambo*) dirigen las plegarias y danzas, y actúan también como consejeros: los fieles les piden ayuda, curación (tienen conocimientos de medicina tradicional) y protección contra la brujería. En ocasiones, algunos devotos entran en trance y son poseídos por los *Loa*, lo cual aprovechan para dar consejo (inspirado sobrenaturalmente) o curar. A veces un *Loa* maléfico, los llamados *Petro Loa*, se cuela en el rito y posee al devoto, de forma bastante más violenta que los benéficos, llamados *Rada Loa*.

Tal vez el aspecto más célebre de los cultos vudú sea el zombi popularizado por la literatura cinematográfica del terror. De los zombis se dice que son cadáveres resucitados por los sacerdotes y utilizados para las labores agrícolas como autómatas sin voluntad. Una versión más racionalista del fenómeno sostiene que en realidad se trata de personas vivas a las que el sacerdote ha administrado unas sustancias sobre la piel. Este veneno las paraliza y les da aspecto de zombis.

Pese a las prohibiciones de la Iglesia católica durante siglos, el vudú ha pervivido y cree en él un ochenta por ciento de la población actual de Haití. Tal vez por ello la Iglesia se ha resignado a convivir con él y ha cesado la persecución.

El zionismo y el rastafarismo

Los cultos de la "Vuelta a África"

El zionismo: un culto cristiano en el corazón de África

El rastafarismo no es sólo marihuana y "reggae"

Los cultos de la "Vuelta a África"

Marihuana, cabellos sucios y anudados en largas trencillas, rechazo de los cánones socialmente correctos, una música ingenua e hipnótica, viejas creencias africanas a las que se han adosado vagas nociones cristianas. Una cultura propia que en el fondo seduce por su inocencia.

Quienes conocen de oídas los movimientos afrocentristas y de "Vuelta a África" que han proliferado en el siglo XX suelen mezclar erróneamente conceptos como el zionismo y el rastafarismo. Tal vez una de las razones sea el modo en que Bob Marley (gran divulgador popular de estas culturas) hacía referencia a ambos movimientos en sus canciones. Pero no deben confundirse. Para empezar, el zionismo es un culto radicado en el África Negra,

mientras que el rastafarismo nació y se ha desarrollado en las Antillas. Pero hay otras diferencias que veremos a continuación.

El zionismo: un culto cristiano en el corazón de África

Reciben este nombre varios grupos religiosos con una base doctrinal común, aunque con algunas diferencias rituales y formales, que surgieron a finales del siglo XIX en Sudáfrica y que se han ido extendiendo hacia el norte, hasta llegar a Nigeria.

El nombre zionista proviene del origen blanco de estos cultos. En 1896 se fundó en Chicago la Iglesia Católica Apostólica de Zión, un movimiento baptista que vaticinaba la segunda venida de Jesucristo como inminente. Misioneros de esta congregación fueron enviados a Sudáfrica en la década siguiente, y sus seguidores africanos, influidos también por misioneros pentecostales, decidieron escindirse y crear una congregación nueva, con influencias de ambas tendencias cristianas y algunos elementos aborígenes. Así nació la Iglesia Apostólica de Zión, que pronto fue extendiendo su influencia hacia el norte admitiendo variaciones -debidas, probablemente, al sustrato religioso de las poblaciones convertidas-, por lo cual recibe distintos nombres según la latitud geográfica: en Ghana se le llama *Espiritualismo* y en Nigeria, *Aladura*, por poner dos ejemplos.

Su doctrina tiene una base cristiana, pero ha desarrollado rasgos distintivos propios. Por ejemplo, los distintos grupos son regidos por un sacerdote al que se suele llamar mesías y cuyo cargo es hereditario. El mesías no tiene por qué ser necesariamente un varón. Por otro lado, cada movimiento zionista suele tener su origen en un profeta que tiene una visión o sueño revelador y que establece un lugar para el culto, que es denominado Nueva Jerusalén, Moriah o, simplemente, Zión.

Otra característica es la prohibición de algunos alimentos, cerveza, tabaco y medicinas occidentales. En los lugares convertidos, se acostumbra repudiar las costumbres religiosas del grupo asimilado, aunque también se adaptan sincréticamente al rito zionista para facilitar la conversión.

Los mesías tienen revelaciones directamente del Espíritu Santo, que ilumina su papel de guía y les otorga poderes. Muchos grupos zionistas admiten la poligamia.

Un rasgo muy importante y diferenciador de los zionistas es la abundancia de elementos netamente africanos en sus ritos: las ceremonias son acompañadas por danzas, percusión y cánticos tribales. Los ritos de purificación y exorcismo parecen tener también un origen subsahariano. No así la tendencia a bautizar y rebautizar a los fieles, que proviene del origen baptista de estas creencias.

El rastafarismo no es sólo marihuana y "reggae"

Rastafarista o rastafari (o incluso ras tafari) es la denominación que suele darse a quien lleva *dreadlocks* (trecitas), se deja barba y consume grandes cantidades de marihuana. Pero tras este fenómeno social, presente en casi todo el mundo, hay una religión.

Los primeros rastafaris aparecieron en Jamaica a principios del siglo XX, aunque no divulgaron oficialmente su doctrina hasta la década de 1950. El culto proviene de varias fuentes: grupos, profetas y movimientos de Vuelta a África y de rechazo a la cultura europeo-cristiana (llamada genéricamente Babilonia), impuesta a los esclavos que fueron llevados a las Antillas. También el líder político-religioso Marcus Garvey influyó en el culto.

Su doctrina se basa en la idea de que los negros son israelitas reencarnados que para purgar los pecados que cometieron siglos atrás han sido -y son- explotados por la malvada raza blanca. Están esperando regresar a África (la canción *Exodus*, de Bob Marley es muy

ilustrativa en este sentido), para alcanzar la redención y cambiar el orden de las cosas: ellos dominarán a los blancos.

El dios de los rastafaris es denominado Jah (abreviatura de Jehová), pero también rinden culto a un personaje histórico, el emperador de Etiopía Haile Selassie I, que fue para ellos paladín de la raza negra y tiene carácter divino en su doctrina. De hecho, el nombre de esta religión proviene de Ras ("príncipe") Tafari, apelativo que daban al emperador.

A partir de mediados del siglo XX, pusieron menos énfasis en el concepto de éxodo y prestaron mayor atención, por un lado, a la lucha de liberación socio-política del pueblo negro (de ahí su éxito en parte de la población de Estados Unidos) y, por otro, a un cierto misticismo, que busca referentes, a partes iguales, en el Antiguo Testamento y en las diversas tradiciones religiosas del África Negra.

Los rastafaris suelen ser vegetarianos y se caracterizan por su aspecto físico (el pelo sin peinar ni cortar, recogido en trenzas naturales o gorros de colores chillones, típicamente africanos) y sus costumbres contemplativas, favorecidas por el consumo de marihuana. Este último aspecto es tema recurrente en muchas canciones de los estilos musicales antillanos de raigambre afroamericana: *ska*, *reggae* y *raggamuffin*. El primero de ellos floreció en la década de 1960 y era un movimiento eminentemente lúdico. El segundo ha ejercido una gran influencia en la evolución de la música popular de todo el mundo desde la década de 1970. El *raggamuffin* es una mezcla de *reggae* y *hip-hop* de claras tendencias políticas, procedente de los barrios más pobres de Kingston y otras ciudades jamaicanas.

Las letras de Bob Marley han contribuido a popularizar algunos de los conceptos del movimiento rastafari, que ha ganado adeptos en todas las latitudes.

Espiritismo, astrología y magia en la sociedad postindustrial

La comercialización de lo espiritual

El espiritismo desde Madame Blavatsky

La astrología en la era científica

Supersticiones ideológicas

Nuevas Iglesias en formación

Testigos de Jehová

Mormones

Santería

Vudú

Zionismo

Rastafarismo

New Age

Iglesia de la Cienciología

La comercialización de lo espiritual

En una sociedad mercantilizada en la que "todo vale", lo mismo podrá usted comprar almohadas especiales para la meditación trascendental que pastillas para adelgazar, o un suntuoso ejemplar de la Biblia. También, la adivinación de su futuro.

El folclore y la religión oficial no siempre han ido de la mano. Esta es la razón de que muchas costumbres paganas hayan sobrevivido a la imposición de los credos de las religiones predominantes. Asimismo, la creciente tecnificación y laicización general no impide que parte de la sociedad vuelva su mirada hacia creencias y *modus vivendi* basados en antiguos conceptos místicos o antirracionalistas. Más bien al contrario, es la sociedad

postindustrial la que, al darse cuenta de que estos credos pueden generar dinero, espolea su práctica mediante la venta de libros, vídeos, consultas, etc. Las seudorreligiones ya no son perseguidas, sino aceptadas como un elemento más con el que comerciar en una sociedad de consumo.

Sin embargo, no sólo es una moda impuesta por motivos económicos. La desorientación ideológica y religiosa de muchos actúa como caldo de cultivo para la proliferación de tantos y tan distintos cultos, algunos realmente disparatados en su base doctrinal y peligrosos en su vertiente organizativa y anuladora del yo.

Sobre estos fenómenos sociológicos también puede influir la preocupación por la salud y la secular desconfianza del ciudadano medio para con la profesión médica. Muchas personas han optado por recurrir a métodos que se encuentran a medio camino entre la medicina natural y los ritos de origen oriental para solventar sus pequeños (o grandes) problemas físicos y psíquicos.

En esto podría radicar, en parte al menos, el gran interés que han suscitado terapias como el ayurveda, la medicina tibetana o los chakras, así como -en el aspecto del equilibrio psicológico y la armonía con el entorno- el fengshui japonés. Las ventas de libros sobre estos temas alcanzan cifras millonarias, y cada vez más gurús iluminados pretenden dirigir a sus seguidores hacia prácticas que por esotéricas y procedentes de lejanos países parecen más capaces de seducir a personas modestas..

El espiritismo desde Madame Blavatsky

Nacida en Ucrania en 1831 y muerta en Londres sesenta años más tarde, Helena Petrovna Blavatsky viajó durante varios años por Asia, Europa y Estados Unidos, y estudió bajo la dirección de diversos gurús en la India y Tíbet. En 1875 fundó, con otros colaboradores, la Sociedad Teosófica. Un nuevo viaje a la India contribuyó a difundir sus ideas sobre la experiencia mística, a medio camino entre lo esotérico y lo oriental. Blavatsky se atribuía poderes psíquicos extraordinarios, aunque no todo el mundo pensaba lo mismo: la prensa india y británica la acusó de farsante, pero ella continuó escribiendo y publicó, en 1888, *La doctrina secreta*, libro que ejerció una gran influencia en los movimientos espiritistas y ocultistas del siglo XX, a través de la actividad de teósofos y místicos de gran fama, como Henry Olcott, Alice Bailey y Annie Besant. El caso de esta última es curioso. Brillante oradora, teósofa y feminista, jugó un papel destacado en el proceso de independencia política de la India y enseñó a dos alumnos aventajados, aunque ninguno de los dos acabó siguiendo la doctrina teosófica, sino que fundaron dos nuevos movimientos que también han ejercido gran influencia durante el siglo XX: Gandhi con el espíritu de la no violencia, de gran influencia político-social, y Krishnamurti con su doctrina de resonancias budistas sobre la inadecuación de los conceptos humanos para ser aplicados al mundo real.

La astrología en la era científica

La astrología fue un elemento importante en muchas civilizaciones antiguas: mayas, griegos, aztecas, sumerios y persas. Todos recordamos el eminente papel que desempeñaban los astrólogos y adivinadores en las cortes medievales -tanto cristianas como árabes-, especialmente cuando se trataba de pronosticar sucesiones a la corona, períodos de riqueza o privaciones o el resultado de vitales batallas. Con el paso de los siglos, la importancia de oráculos, pitonisas y adivinos parecía haber perdido fuerza frente al creceinte progreso científico. Sin embargo, en el ámbito popular estas prácticas nunca han dejado de tener sus fieles. En el África Negra y otras culturas no industrializadas, la adivinación sigue siendo el pilar fundamental del prestigio de los sacerdotes y hechiceros. Pero en muchas sociedades más desarrolladas económica y socialmente las técnicas de

magia -blanca y negra-, tarot, lectura de manos y horóscopos han vivido en las últimas décadas del siglo XX un sorprendente renacimiento.

Muy relacionados con la *New Age*, varios elementos esotéricos y ocultistas, cuyo origen es a menudo secular, vuelven por sus fueros y cobran importancia en las creencias populares. Es un error creer que la mayor parte de aficionados o devotos de estas prácticas son personas de cultura media o baja. Esto puede ser cierto en el caso de los ritos de magia, filtros de amor (¡sí, aún existen!) o diversos rituales sincréticos. Pero hay otro perfil de "cliente de la espiritualidad" que no coincide con la persona ignorante y supersticiosa que recurre a métodos oscuros. Muchos estudiantes universitarios visitan a los expertos en el tarot o la lectura de manos antes de los exámenes. Muchos ejecutivos de altos vuelos son instados por su jefes a practicar el zen, las artes marciales, el chamanismo o el vudú para que recarguen sus "energías" y rindan más en sus trabajos.

Supersticiones ideológicas

"Viernes y trece": parece que no pudiera encontrarse nada más nefasto en nuestra sociedad... Y sin embargo, no se trata de una "superstición inocente". Viernes es el día dedicado a la diosa Venus (*Veneris*, en latín), y 13 es el número de meses lunares o, lo que es lo mismo, de ciclos femeninos en un año ($28 \times 13 = 364$); además es también el número anual de veces que el sol da vueltas sobre sí mismo. Se diría que en una sociedad de género exclusivamente masculino no sólo se hubiese alterado el recuento del ciclo cósmico para no que pareciera "femenino", sino que a todo lo que pudiera parecerlo hubiera que achacársele mala suerte y augurios nefandos. He aquí como una superstición aparentemente anodina revela un fondo ideológico anti-igualitario.

Nuevas Iglesias en formación

Testigos de Jehová

Año y lugar de fundación: 1874, Pensilvania (EE.UU.)

Fundador y/o líder espiritual: Charles Taze Russell

Área de influencia y repercusión actual: 4 millones de miembros en todo el planeta

Mormones

Año y lugar de fundación: 1830, Vermont (EE.UU.)

Fundador y/o líder espiritual: Joseph Smith

Área de influencia y repercusión actual: 5 millones en Utah (EE.UU.) y otros países desarrollados

Santería

Año y lugar de fundación: Cuba, a partir de la llegada de esclavos negros

Área de influencia y repercusión actual: Cuba, Miami, España (cubanos emigrados)

Vudú

Año y lugar de fundación: Haití, a partir de la llegada de esclavos negros

Área de influencia y repercusión actual: Haití y algunas zonas de EE.UU. (migración)

Zionismo

Año y lugar de fundación: 1896, Chicago

Fundador y/o líder espiritual: Isaiah Shembe

Área de influencia y repercusión actual: Grupos dispersos en el sur y oeste de África

Rastafarismo

Año y lugar de fundación: Jamaica, principios del siglo XX

Fundador y/o líder espiritual: Haile Selassie

Área de influencia y repercusión actual: Jamaica y comunidades simpatizantes en los países industrializados

New Age

Año y lugar de fundación: Década de 1960, EE.UU.

Área de influencia y repercusión actual: EE.UU. y los países industrializados

Iglesia de la Cienciología

Año y lugar de fundación: Nueva Jersey, 1950

Fundador y/o líder espiritual: L. Ron Hubbard

Área de influencia y repercusión actual: Grupos reducidos en EE.UU. y Gran Bretaña.

Pervivencia de formas religiosas en la cultura actual

Con la sociedad del bienestar, un sector del planeta ha pasado en poco tiempo de los dogmas religiosos al agnosticismo y al ateísmo más tarde, y ha llegado al siglo XXI con una gran multiplicidad de tendencias filosófico-religiosas y sociales. Triunfan en especial ciertos préstamos tomados de otras formas de religiosidad (sobre todo orientales) que dan al panorama de las creencias un aspecto más ecléctico que nunca. Derivaciones, mezclas, sectas, milenarismo, Nueva Era y muchos ritos camuflados en costumbres nuevas, aparentemente laicas: todo ello convive con el aparente pragmatismo que parece adueñarse del planeta siguiendo las directrices de la globalización económica y política.

Algunos estudiosos de los años 1960 pronosticaron el fin del cristianismo hacia el año 2000 y se equivocaron; lo que está claro es que el mundo contemporáneo sigue necesitando de la religión, bajo sus diversas formas. Algunas son nuevas, pero otras son vestidos nuevos para maniqués muy añejos.

El concepto de la muerte en la actualidad

La fascinación juvenil por la muerte

Los juegos de rol y lo macabro

Música y muerte

La fascinación juvenil por la muerte

El hecho de desaparecer para desintegrarse por completo o bien aparecer en otra dimensión o estado no ha dejado de preocupar al ser humano, por laico que sea. La muerte -en abstracto o en concreto- está siempre presente en innumerables aspectos de la cultura popular de nuestros días, sobre todo en los jóvenes, que parecen sentir una fascinación malsana por la Parca.

Con la postergación de lo religioso en gran parte de las sociedades actuales podría parecer que conceptos como la muerte también quedan relegados. Cuando el siempre ingenioso Woody Allen parodia la partida de ajedrez que juega la Muerte con Max Von Sydow en *El Séptimo sello* (película metafísica de Ingmar Bergman) en uno de sus relatos en que presenta a la muerte jugando al bridge y perdiendo, nos da la impresión de que la Parca ha

dejado de ser esa figura tenebrosa e implacable del folclore. Incluso resulta un personaje simpático, o cuando menos atractivo, para muchos.

En la llamada sociedad del bienestar, los jóvenes parecen sentirse fascinados por la muerte. Tal vez por carecer de excesivos problemas reales (hambre, guerra, miseria) pagan mucho dinero por practicar deportes de aventura, algunos de gran riesgo, como el rafting o el puenting, que les provocan la emoción de estar a dos pasos de la muerte. Esto se asemeja a lo que hacían algunos intelectuales románticos, que en el siglo XIX viajaban a escarpados parajes alpinos para asomarse a escalofriantes simas -bien sujetados con una cuerda o agarrados a una baranda de hierro-, donde su imaginación podía mirar a la Parca a los ojos.

En los últimos años han proliferado entre los jóvenes los llamados juegos de rol, traducción del original *role game*, ya que nacieron en Estados Unidos. Se trata de un híbrido entre el club iniciático, el juego y la representación teatral. En ellos, los temas recurrentes hacen referencia a tradiciones esotéricas y místicas, como el satanismo medieval (juego *Akelarre*) o el literario *Juego de Rol de la Tierra Media*, inspirado en la mitología creada por J.R.R. Tolkien. También hay *role games* inspirados en la mitología del vampiro.

Los juegos de rol y lo macabro

En el transcurso de las partidas, cuando el personaje que interpreta a un jugador muere, dicho jugador debe abandonar el juego, lo cual puede provocar reacciones airadas. El papel de los denominados *masters* (directores de la partida, creadores de la historia representada y en última instancia, gurús del resto de jugadores) es de tal autoridad que el juego se asemeja a un rito de iniciación para formar parte de una sociedad secreta.

Se han documentado casos, aunque evidentemente son los menos, en que la pasión o el grado de identificación que provocan estos juegos en algunas mentes frágiles han llevado a algunos jugadores a confundir la realidad con la ficción y cometer asesinatos rituales.

Música y muerte

Tradicionalmente, la muerte siempre ha sido un tema recurrente en lo musical. Recordemos las danzas de la muerte de origen medieval que aún se practican en diversos enclaves rurales de Europa. La música popular del siglo XX, el rock, ha recuperado esta temática, en algunos casos con una implicación casi ritual por parte del músico o el oyente.

En la década de 1980 proliferó el llamado pop-rock siniestro, cuyo mayor exponente es la exitosa banda The Cure. Su cantante, Robert Smith, tiene una apariencia escénica similar a una macabra marioneta que recuerda las que se venden en los mercados artesanales de Praga. Los seguidores de The Cure presentan un aspecto muy curioso y susceptible de estudio. Vestidos de luto -lo cual no les diferencia de otras tribus urbanas, ya que el negro es también el color de rockers, punkies o heavies-, se maquillan el rostro de una manera harto clarificadora: la piel blanqueada hasta conseguir una palidez mortuoria y los labios pintados de negro u otros colores oscuros, lo cual les da el aspecto de vampiros (al estilo del juego de rol que hemos mencionado, *Mascarada*), cuando no de muertos recién salidos de la tumba. Así pues, la muerte es considerada por estos jóvenes como un elemento positivo y un signo de identidad que los diferencia del resto, lo cual les hace pertenecer a un clan. Esto no es tan distinto de los subgrupos sociales que suelen formar los sacerdotes, hechiceros y chamanes en las religiones de muchas culturas. La leyenda dice que Kurt Cobain, cantante del grupo Nirvana, se suicidó en la década de 1990, antes de cumplir la treintena, para seguir los pasos de sus jóvenes ídolos caídos, Hendrix, Joplin y Morrison.

La muerte es un fenómeno recurrente en la mitología musical. Todavía hay quien afirma que Paul McCartney murió en la década de 1960 y fue sustituido por un doble que hoy en día es quien suplanta la personalidad del bajista y cantante británico.

En conclusión, la desaparición prematura de estos músicos es la que los entroniza en la mitología popular y hace que los jóvenes sueñen con seguir los pasos de sus ídolos antes que llevar una vida larga y gris. De ahí el famoso *graffiti* del movimiento punk *Vive deprisa, muere joven y serás un bonito cadáver*.

La pervivencia de los cultos solares en la actualidad

Seguimos adorando al Sol

Origen romano del calendario solar

Pervivencia del culto al Sol

Seguimos adorando al Sol

La importancia del Sol en gran parte de las culturas es indiscutible: el sánscrito Dyaus, el griego Zeus, el latín Jovis, el hindú Agni, el altoalemán Zio, el Ugnis lituano o el Ogný eslavo, el quechua Inti o el egipcio Ra son denominaciones de una misma "divinidad" que nos sigue dando vida.

Probablemente, los cultos al Sol son tan antiguos como el ser humano y caracterizan toda creencia relacionada con la naturaleza. El astro que calienta la biosfera y posibilita la vida es una de las primeras percepciones que el hombre tiene de la influencia del universo en su vida cotidiana. La imagen de poderío que representa el Sol, a menudo le ha convertido en centro de los mitos primigenios de muchas culturas.

Origen romano del calendario solar

El calendario romano era fundamentalmente solar, como el judío lo es lunar, y ello ha marcado las costumbres festivas de los pueblos de Europa que recibieron la influencia de la civilización de la antigua Roma (de todos modos, A. Kuhn defendió el origen solar de toda la mitología europea), pero también las de los países que fueron colonizados posteriormente por los europeos, lo cual da a este legado dimensiones aún mayores. El cristianismo ha dado una apariencia litúrgica a muchos de los cultos paganos: así como el sustrato de la celebración de la Pascua es una festividad hebrea -regida por la Luna-, la Navidad coincide en fechas con la festividad romana del Sol Naciente, en la que se celebraba el solsticio de invierno, momento en que el Sol se sitúa a su altura mínima y período, además, en que calienta menos. Como en el caso de la fiesta "contraria", la del solsticio de verano (San Juan), se trata de acontecimientos de gran trascendencia ritual en cualquier cultura, especialmente en las de origen ganadero y agrícola.

El calor como fuente de vida es un lugar común en cualquier momento de la historia del ser humano, y no sólo el que produce el Sol, sino también el del fuego. La primitiva hoguera y la posterior chimenea siempre han sido vínculos de sociabilización y núcleo de actividad familiar y, en ocasiones, ritual. Los romanos relacionaban el fuego del hogar con los antepasados y la pervivencia de las familias. Las cenizas de la chimenea eran esparcidas por los cultivos para protegerlos de las fuerzas de la naturaleza, ya que se creía que estos restos de la combustión tenían propiedades mágicas. El fuego es un representante del Sol, tan necesario como la lluvia para el crecimiento de los cultivos y, por tanto, un símbolo de fecundidad, aspecto éste que, como sabemos, es muy importante en todas las religiones antiguas. También se puede interpretar el fuego como símbolo de purificación. En la noche de San Juan las grandes hogueras sirven tanto para quemar las malas hierbas

como para alejar a los espíritus malignos que pueblan la noche más corta del año, fecha en que se celebra esta festividad.

La Navidad representa el momento en que el año empieza, ya que el Sol renace. También el ganado se reproducía en esta época y la vida, en general, iniciaba un nuevo ciclo. El cristianismo añadió el componente simbólico del nacimiento del Mesías. Pero el sentimiento de inicio está también inherente en la conciencia individual y colectiva: todos formulamos deseos para el nuevo año al comer las uvas y todos hacemos promesas (dejar de fumar, hacer un viaje, perder peso, ganar más dinero, encontrar un amor, etc.) justo en ese instante. El nacimiento del Sol siempre ha sido el momento escogido para todos estos deseos y esperanzas.

Si nos fijamos en muchas de las fiestas del calendario litúrgico, vemos que entre Navidad (inicio de las *Saturnalia* romanas) y el dos de febrero, fiesta de la Purificación de la Virgen, que coincide con la fiesta de *Imbolc* celta y las *Lupercalia* romanas, hay cuarenta días. Las cuarenta jornadas de la Cuaresma llevaban a la Pascua. De ésta a la fecha del primero de mayo (aproximadamente, fiesta cristiana de la Ascensión, y día de la celebración celta de *Beltaine* e incluso del homenaje marxista a los trabajadores) también hay cuarenta días. Un período de tiempo similar lleva a San Juan (solsticio de verano, como hemos visto) y, de nuevo, cuarenta días más tarde, llega el día de la Asunción de la Virgen, fecha en que los celtas celebraban el culto a Lugnasad, dios de los oficios. Si se nos apura, este período también tiene una significación especial en la sociedad moderna, pues coincide con las casi sagradas vacaciones de verano. Cuarenta días más y llega la festividad de Todos los Santos (el antiguo *Samhain* céltico), la gran fiesta de los muertos e inicio del año agrícola. Las razones de esta repetición (40) están probablemente en un intento de combinar los calendarios solar y lunar.

Pervivencia del culto al Sol

Cualquier baile que se haga con los brazos hacia arriba suele tener un origen solar. La danza del sol de los sioux, arapahoes y cheyenes fue prohibida en 1904, pero la han seguido practicando camuflada en los festejos del 4 de julio.

Globalmente considerada, la sociedad actual está perdiendo (por lo menos en el mundo industrializado) a marchas forzadas el elemento rural, que en principio era el reducto donde las creencias paganas, y el culto solar es una de ellas, mantenían su vigencia. Sin embargo, también en la ciudad, tal vez más camufladas, perviven estas costumbres. El Sol sigue teniendo su importancia: observemos los cambios de humor que provoca un domingo lluvioso. Se supone que tras seis días trabajando, la fiesta dominical, hoy día más sagrada por lo que significa de descanso y asueto que de celebración religiosa, tiene que estar presidida por un sol refulgente. Si no es así, la decepción hace su aparición. Hemos hablado antes de la noche de San Juan. En ella cambian las costumbres externas pero no el espíritu, ya que la noche del 23 de junio, aun vivida en modernas discotecas y consumiendo sofisticadas drogas de diseño, sigue teniendo el mismo objetivo que antaño: facilitar el intercambio sexual entre los jóvenes, lo cual asegura de algún modo la fecundidad y la continuidad del grupo.

El Sol se ha convertido en un paraíso natural para los turistas procedentes de países desarrollados pero con un clima desagradable. El Sol de España, México o el Caribe se convierte para ellos en una meta casi mítica a la que acudir en el sacro período de vacaciones.

Como se ve, las celebraciones de los solsticios (Navidad, San Juan) y las de los equinoccios (primavera, otoño) se relacionan con fiestas familiares y comunitarias, lo cual hace ver su origen precristiano y también común a muchas culturas. Ello las ha hecho

pervivir aun habiendo sido camufladas por las religiones posteriores y han llegado hasta nuestros días si no como culto, sí como tradición respetada. Las celebraciones adquieren hoy otras formas, pero parten de un culto común, en el que el Sol tenía una significación especial.

La peregrinación en la sociedad laica actual

El turismo como rito

La hégira laica del viajero contemporáneo

Santos sepulcros de políticos, escritores y músicos

El turismo como rito

La religión siempre se ha relacionado con el movimiento, tanto en cortos desplazamientos (romerías) como largos y penosos (peregrinaciones). En el mundo occidental laico cobra un nuevo valor mítico el rito anual de viajar en vacaciones. Pero a veces el turista busca algo más que diversión o tranquilidad.

Viajar era una actividad obligada y habitual hace decenas de miles de años, cuando el ser humano era nómada. En los siglos posteriores, la mayoría de culturas se han convertido en sedentarias (salvo algunas excepciones) y en ellas el viaje obedece a otras necesidades.

Casi todas las religiones incluyen en su doctrina el concepto del viaje. La mayor parte de mitos y leyendas incluyen en su argumento un largo viaje del protagonista o de un pueblo buscando su destino (por ejemplo, los cuarenta años en el desierto de los judíos en busca de Canaán). También es habitual en cualquier creencia el concepto de peregrinación. Existen lugares sagrados a los que los fieles acuden para dar gracias, mostrar devoción o pedir favores a su dios -o dioses, o simplemente santos- y están presentes en los diversos credos: enclaves como Santiago de Compostela o Roma para los católicos, La Meca para los mahometanos o Benarés (el lugar donde Buda predicó su primer sermón) para los budistas indios. Los budistas japoneses llegan a recorrer más de mil kilómetros para llegar al Shikoku. A menudo el recorrido, es decir, el viaje en sí, tiene tanta importancia como llegar al lugar, porque el ser humano frecuentemente ha sentido la experiencia de viajar como una prueba vital, como un proceso extraordinario que, por breve que sea, le cambiará.

La hégira laica del viajero contemporáneo

En muchos lugares del planeta siguen realizándose peregrinaciones religiosas, pero en el mundo laico se dan otro tipo de viajes rituales, relacionados con el aparentemente prosaico fenómeno del turismo.

Aclaremos el porqué del título de este subapartado. Como sabemos, la palabra árabe *hégira* conmemora la huida de Mahoma de La Meca a Medina en el año 622. Y como huida cabe calificar a menudo el tipo de turismo que practica un gran sector de la población. Muchas personas tratan de escapar de la mecanización y el estrés urbano viajando hacia realidades más próximas al sentimiento religioso o parareligioso. A veces es un viaje interior, buscando lo que queda en el inconsciente colectivo -si seguimos la terminología de Jung- de ritualidad antigua: el culto a la tierra, a la sencillez de la vida relajada. Esto explica el auge de ciertas literaturas inspiradas en culturas y creencias orientales o procedentes de países no industrializados. Pero también se dan cada vez más casos de viajeros que buscan en las tierras y ritos ajenos una luz que les ilumine. De ahí que los occidentales viajen cada

vez más a la India o a Extremo Oriente, buscando en ideas como la reencarnación o prácticas como la meditación una salvación para su atribulado espíritu.

En estos casos no podemos hablar de viaje religioso propiamente dicho, pero sí de viaje místico o ritual, pues en principio el viajero busca respuestas a problemas metafísicos, respuestas que en su sociedad es incapaz de rastrear. Entonces el viaje ya no es propiamente una huida, sino una búsqueda.

De todos modos, la mayor parte de la gente no tiene en la cabeza estos conceptos cuando se traslada de un lado a otro por vacaciones. Estos períodos son aprovechados -por este orden de preferencia- para descansar, hacer unas cuantas fotos (que justifiquen cierto interés cultural de cara a los amigos) y tratar de conocer la cultura del país visitado. Este último objetivo es el menos perseguido y, por supuesto, el menos conseguido por los viajeros, lo cual es bastante lógico si observamos que el período de tiempo pasado en el lugar rara vez supera los treinta días. Se dice que este interés por conocer las características de lo que se visita es la diferencia entre el turista y el viajero. Pero muchas veces el que afirma ir "de viajero" a un país acaba convirtiéndose, sin darse cuenta, en turista. El único rito claro que encontramos en el caso del turista es la sacralización que él mismo hace del viaje en sí, por lo que representa para él (descanso, desconexión, premio a largos meses de trabajo). Negar las vacaciones a un trabajador produciría hoy en día una indignación próxima a la del creyente al que niegan un dogma. Que el trabajo remunerado tiene derecho a unas vacaciones es, por tanto, un dogma de fe dentro de la doctrina laica del capitalismo y la economía de mercado.

Santos sepulcros de políticos, escritores y músicos

Los sepulcros de personas santas han sido a menudo el punto geográfico al que se dirigían las peregrinaciones. El apóstol Santiago o santo Tomás Beckett (cuyos restos reposan en Canterbury) son ejemplos de esta costumbre en el cristianismo. En la laica sociedad occidental, como hemos visto en otros apartados de esta última parte del libro, muchos cultos a santos y dioses son sustituidos por personas que adquieren el rol que habían tenido los anteriormente mencionados.

Empecemos por los políticos. Quien haya visitado el bonito cementerio victoriano de Highgate, en el norte de Londres, habrá podido ver el enorme panteón presidido por la cabeza gigantesca de Karl Marx con esta inscripción: *Los filósofos sólo han interpretado el mundo desde varios puntos de vista. De lo que se trata, sin embargo, es de cambiarlo. Proletarios del mundo, uníos.* Socialistas y comunistas de todo el mundo peregrinan habitualmente a visitar esta tumba, que siempre está cubierta de rosas. En España fue tal el carácter religioso que se dio a la figura del dirigente anarquista Buenaventura Durruti, que en algunos ateneos libertarios su imagen está puesta en un altar.

Muchos escritores, en especial los que fueron perseguidos y murieron lejos de su tierra tienen en común estar enterrados en lugares que se han convertido en enclaves de peregrinación. Éste es el caso del poeta Antonio Machado en Colliure (sur de Francia) o del filósofo alemán Walter Benjamin en Portbou (norte de España), curiosamente sepultados en países distintos, aunque tan sólo a unos veinte kilómetros de distancia entre sí. Machado huía del franquismo y Benjamin del nazismo, lo cual les ha convertido en símbolos políticos.

Y por último, otra de las grandes mitologías del siglo XX, la música popular tiene en las tumbas de dos héroes juveniles (Elvis Presley en Graceland, EE.UU., y Jim Morrison en París) famosos santuarios a los que los jóvenes -y no tan jóvenes- acuden en un diáfano caso de peregrinación.

Como hemos podido ver, el fenómeno de la peregrinación aparentemente ha cambiado de motivaciones, pero pervive porque es connatural al inconsciente colectivo del ser humano.

Los cultos grupales en la actualidad

Divinización del pan y circo

El deporte de masas o la vuelta de los semidioses

"Somos más populares que Jesucristo"

Divinización del pan y circo

Sin grupo no hay religión, ni tampoco habría ética. Un ser humano aislado no necesita la religión ni la ética, ya que no debe relacionarse con sus semejantes. En un período que muchos consideran laico, observamos que las grandes masas siguen congregándose alrededor de nuevos sumos sacerdotes y dioses: la televisión, el dinero, el fútbol o la música.

Dado que el fenómeno religioso es eminentemente colectivo, no es de extrañar que las nuevas formas de religión, o las nuevas caras que adopta el sentimiento ritual de siempre, se relacionen especialmente con el fenómeno del grupo.

Las reuniones de empresa o los congresos de los partidos políticos no son tan distintos de los antiguos cónclaves sacerdotales o los consejos de ancianos que regían tradicionalmente algunas comunidades.

Entre las numerosas congregaciones de masas que podemos observar y que tienen un sustrato claramente ritual, destacaremos tres: los mítines políticos, los acontecimientos deportivos y los macroconciertos.

En cuanto a los mítines, basta con observar el claro paralelismo entre el político y el sumo sacerdote. Los mítines de partido cuentan con un público completamente entregado y convencido de antemano, es decir, meros feligreses que comulgan por completo con las ideas que el sacerdote va a expresar. Es por ello por lo que un simple aumento en el tono de su voz hace que le aplaudan y vitoreen enfervorizados. Aplauden porque aplaudir forma parte del rito: estos acontecimientos políticos retrotraen a lo más oscuro e irracional de ciertos actos religiosos multitudinarios.

El deporte de masas o la vuelta de los semidioses

Podemos partir de las Olimpiadas -un acontecimiento antiguamente consagrado a los dioses griegos-, que en la actualidad se han convertido en un fenómeno ampliamente divulgado por los medios de comunicación de todo el mundo. En ellas, los atletas, que equivalen a los semidioses, compiten entre sí. Cada país respalda a sus representantes con una identificación rayana en el fanatismo, puesto que estos atletas desempeñan un papel similar al de cualquier ídolo mítico.

Pero el deporte en el que este fenómeno adquiere unas dimensiones espectaculares es el fútbol: los estadios se transforman en inmensos templos donde miles de fieles vociferan juntos, lloran, entran en trance (con los goles), se indignan y se llenan de un júbilo colectivo que durante siglos sólo proporcionó el rito religioso. Los jugadores de fútbol, en especial las grandes estrellas, son más venerados que los santos y, aunque se trata de personas normales (incluso con un carisma y nivel cultural sensiblemente inferior a la media), se convierten en nuevos dioses o ídolos cuya sola presencia provoca histerismo y admiración entre los millones de seguidores de este deporte.

"Somos más populares que Jesucristo"

Esta frase, que escandalizó a unos, divirtió a otros y sorprendió a la mayoría, fue pronunciada en una entrevista por John Lennon, en uno de los momentos de mayor fama y éxito de su banda, The Beatles. Si recordamos que en algunas religiones de Oceanía los sacerdotes se disfrazan en los dramas culturales para tener la apariencia de los dioses, no es difícil buscar un símil en el mundo del *showbusiness*, especialmente el musical y el cinematográfico: los cientos de imitadores de Elvis Presley -no sólo cantando, sino también tratando de reproducir su físico- que hay por todo el mundo responden a esta necesidad del ser humano de parecerse a alguien a quien consideran superior.

A los occidentales nos extraña que aún existan culturas en las que algunos de sus miembros entran a menudo en trances místicos. El fenómeno de los *fans* (apócope del inglés *fanatic*, con lo que se obvian más comentarios) es tan real como los trances de otros lugares del mundo. Los gritos, lloros y ataques de histeria de las jovencitas cuando se hallan ante una celebridad que admiran con fervor ciego, convierten a estos actores y músicos en auténticos ídolos. No en vano se ha ampliado el campo semántico de esta palabra (ídolo), que originalmente se aplicaba al ámbito religioso y que hoy en día sirve para explicar la veneración que siente un sector de la población hacia ciertos personajes públicos que han ocupado claramente el lugar de los dioses en la mente de sus fieles.

Siguiendo la estela de las religiones no iconoclastas, estos ídolos están representados en pósters, camisetas y adhesivos. Incluso se les construyen verdaderos relicarios o altares a la manera de los santos cristianos o los tótems de otras religiones. Esto puede parecer exagerado, pero sólo hay que ver el lugar preferente donde los adolescentes colocan una foto dedicada de alguno de sus ídolos, para comprobar que se trata de un culto, al menos en su forma externa.

A veces ciertos estilos musicales incluyen referencias, a menudo clarísimas, a cultos sectarios, especialmente el satanismo. La primera referencia de la música popular del siglo XX al Diablo son los blues compuestos por músicos negros de las primeras décadas del siglo. Siempre desde el punto de vista de la leyenda -por tanto, uno de los cauces de toda visión mítica-, se dice que Robert Johnson, el primero de los *bluesman* que obtuvo fama mundial, aprendió a tocar la guitarra gracias a un pacto que hizo con el mismísimo Mefistófeles.

A menudo el Diablo no es realmente receptor de culto, sino una excusa temática, como en la excelente canción de The Rolling Stones *Sympathy for the Devil* (casi siempre mal traducida como "simpatía por el Diablo", cuando la traducción correcta es "compasión por el Diablo"). Pero también hay grupos que han hecho del culto a Satán un concepto indisoluble de su música: el caso más conocido es el de la longeva banda británica Black Sabbath, cuya discografía está poblada de títulos tan sugerentes como *Seventh Star*, *Heaven and Hell* o *Born again* (referencia esta última, al nacimiento del Anticristo) que siempre están relacionados con el ocultismo y lo satánico. Una prueba más de cómo los conceptos rituales y el fenómeno de la música popular pueden ir ligados.

Rituales religiosos en el folclore

Entre ayer y lo futuro

Una idealización del folclore

El folclore como foco de resistencia a lo oficial

Entre ayer y lo futuro

El nuevo interés por el folclore parte de un compromiso cultural para salvaguardar las tradiciones, pero también sirve para recuperar el equilibrio que los hábitos de una sociedad mecanizada han desestabilizado.

Tras muchos siglos de cambio económico-social, las sociedades rurales han quedado a menudo como un pequeño reducto, pero eso no significa que el folclore desaparezca en su esencia. Simplemente cambia muchas de sus caras. Los aspectos cíclicos de carácter ecológico del campo fueron sincretizados por la religión, pero la superposición de una sociedad urbana con sus ritmos de consumo, las vacaciones preestablecidas o el ritmo frenético de trabajo han creado unas condiciones sociales proclives a añadir un nuevo sincretismo sobre el que ya existía: un cambio continuo de la forma sin alterar el contenido. Las festividades que se pierden en la noche de los tiempos se siguen celebrando de una u otra manera, y ni el cristianismo ni la laicización han conseguido impedirlo.

Una idealización del folclore

Se ha detectado un retorno a algunos elementos del folclore en una sociedad que se caracteriza por todo lo contrario. Parece la respuesta de un sector de la población que, harto de la mecanización y del exceso de control a que se someten sus mentes, decide tomarse un respiro. Mitificando el mundo de sus abuelos, tratan de volver a él en lo que pueden, con medicamentos naturales, productos ecológicos, retorno al medio rural y, en definitiva, una búsqueda de la sabiduría casi extinta que el progreso desbocado ha enterrado casi por completo.

La búsqueda de la fecundidad es uno de los parámetros que relacionan la religiosidad con el folclore. Casi todas las creencias basan parte de sus ritos más importantes en este concepto. Las opulentas Venus prerromanas son un ejemplo claro. Los romanos celebraban las *Lupercalia* (antepasadas de nuestro Carnaval), en las que los *luparcos* recorrían la ciudad medio desnudos, azotando con unos látigos hechos de tiras de piel de cabra a los hombres y mujeres que deseaban descendencia, con la intención de hacerlos fecundos. Aún hoy en día el Carnaval es una fiesta muy proclive al juego sexual, facilitado por los disfraces y la sensación de libertad que rezuma la noche, lo cual tiene su origen en un deseo de fecundidad. A este respecto, es curioso el origen pagano de la costumbre de los huevos de Pascua. Antes de la habitual cristianización de su contenido, era la fiesta por excelencia de la primavera y en ella las familias ingerían una gran cantidad de huevos para almorzar: un solo miembro podía comer entre media y una docena. Esta costumbre se ha mantenido, aunque hoy los huevos son de chocolate y se adornan con mil adaptaciones a personajes popularizados por los medios de comunicación para atraer a los niños. Esta tradición obedecía a razones de cohesión familiar -en algunos países es el padrino quien regala los huevos a sus ahijados o el tío a sus sobrinos- y, en una mirada aún más lejana, a cuestiones relacionadas con la fecundidad: el huevo siempre ha sido símbolo de fertilidad. El componente alegórico adquirió mayor fuerza con la llegada del cristianismo, ya que la Cuaresma era un período especialmente caracterizado por la abstinencia y la represión sexual, por lo que la Pascua abría un ciclo liberador y dedicado al intercambio sexual y, por tanto, a los ritos de fertilidad.

El folclore como foco de resistencia a lo oficial

El folclore siempre ha tenido un componente subversivo, de resistencia al culto oficial. En el caso del catolicismo, recordemos la llamada *Fiesta de los locos* que se celebraba en toda Europa hasta el siglo XVI (tras muchos intentos de persecución por parte de las autoridades), y en la que actores improvisados parodiaban los rituales cristianos para gran regocijo de los viandantes. También es reseñable la antipatía que el pueblo ha profesado a la Cuaresma (fiesta oficial cristiana y paradigma de recogimiento y culpabilidad) y las

simpatías que ha despertado siempre el Carnaval, fiesta de origen pagano y folclórico, que en las diversas formas con que se ha revestido en la tradición popular muestra de modo inequívoco las tensiones generadas por esta ambigüedad; tensiones que son referencia permanente de otra tensión mucho más profunda, aquella en la que se debate desde lo más remoto de los tiempos la condición humana, a menudo incluso escindida entre lo profano y lo religioso, entre lo inmediato y lo trascendente, como queda reflejado en estos versos de la tradición catalana:

Carnestoltes quinze voltes I Nadal de mes en mes

Cada dia fossin festes I Cuaresma mai vingués

(Carnaval quince veces y Navidad cada mes

Hubiese fiesta diaria y la Cuaresma nunca viniere.

Por más que se esfuerce el dogma católico, es evidente que el pueblo siempre preferirá el Carnaval a la Cuaresma. La abstinencia y la austeridad no son lógicas en ningún folclore, a menos que sean inevitables por razones circunstanciales. El folclore siempre tiene un elemento vitalista y epicúreo, cosa que no puede decirse de las religiones.

En ocasiones, lo popular se acaba imponiendo a la norma religiosa imperante, incluso sin que haya sustrato cultural; es decir, en una fiesta impuesta por la religión el folclore introduce sus modificaciones y la adapta al sentir popular. Es el caso del Corpus. Esta festividad fue establecida por el papa Urbano IV en el año 1264 para conmemorar el misterio del cuerpo de Cristo sacramentado. Al cabo de poco tiempo, la fiesta enraizó fuertemente en las clases populares que acudían a las procesiones de este rito e iban añadiendo elementos como pequeñas representaciones teatrales o comparsas, para modelar la fiesta a su antojo: el resultado es una celebración con muchos elementos de origen profano, que Urbano IV nunca hubiera podido imaginar.

Y es que cada folclore reinterpreta el dogma de la manera más adecuada a las características de la zona y del pueblo que la habita. Esta maleabilidad ya la detectó Xenófanes de Colofón en el siglo VI a.C: "Los etíopes dicen que sus dioses son chatos y negros; los tracios, que los suyos tienen el pelo rojo y ojos claros. Si el ganado o los caballos tuvieran manos y pudiesen dibujar, representarían a sus dioses como ganado o caballos...".

Muchos siglos más tarde podemos constatar que todas las sociedades adaptan los modelos religiosos y que el caso de las festividades de origen mixto (folclórico-religioso) no es una excepción. El signo de los tiempos prevalece y, en el capitalismo más agresivo, el dios común (el dinero) pone un sello en todas las actividades. Navidad, Pascua, Carnaval, Corpus y el resto de celebraciones funcionan gracias al esfuerzo conjunto de las empresas y los medios de comunicación en buscar una excusa para conseguir el fin último que parece marcar el pensamiento del ser humano industrializado medio: comprar, vender, comprar, vender.

Los ritos de paso en la sociedad actual

Las fiestas de la vida

Del nacimiento a la muerte consumiendo ciclos

Otros aspectos del rito iniciático

Las fiestas de la vida

Dentro de las formas de religión natural, siempre se presta una especial atención al ciclo de la vida, y a los momentos cruciales en que se pasa de una etapa a otra: el nacimiento, el paso de la niñez a la adolescencia, la vida adulta y la muerte.

La existencia de ritos de paso es una de las constantes antropológicas que caracterizan al ser humano de manera más universal y que, por tanto, no se resiente de la evolución económica y social. Los ritos cambian de cara y con ellos las costumbres correspondientes, pero su esencia sigue muy viva, en parte porque las diversas edades y ciclos del ser humano no están regidos por lo social, sino por lo natural. Según el estudioso francés Arnold van Gennep, este tipo de ritos se estructuran en tres fases: separación, transición y reincorporación. Es complejo aplicar esta división a la mayoría de ritos tal y como los concebimos hoy. Lo que está claro es que el aparato ritual que comportan tiene como objetivo reforzar la cohesión, primero familiar y luego comunitaria, del individuo que los pasa. Los bautizos, las bodas, los entierros, etc., marcan las fases y también los derechos y deberes del individuo. Además, poseen un marcado carácter socializador: los regalos que se hacen en ellas, así como las felicitaciones -o los pésames en los funerales- implican solidaridad e integración en el grupo. Todo ello refuerza los límites simbólicos de la comunidad familiar.

El primer rito de paso, aunque evidentemente su protagonista no lo siente como tal, es el nacimiento. Al cabo de poco tiempo la comunidad le da la bienvenida a su estructura socio-religiosa, haciéndole uno más. Muchos de los ritos en este caso están preñados de simbolismo y suelen aludir a la muerte (fase de separación) del niño o incluso a su vuelta al útero materno para renacer al mundo en otro estatus: por ejemplo, en el bautismo, el infante pasa de pagano a cristiano. El nacimiento es un acontecimiento en sí, pero además de asegurar la descendencia del grupo familiar, tiene connotaciones de buena suerte. Observemos el tratamiento que cada primer día de enero dan los medios de comunicación al primer bebé nacido en el nuevo año.

Del nacimiento a la muerte consumiendo ciclos

El segundo rito de paso es también común a todas las sociedades, pero la franja de tiempo en que se da es un poco más flexible: se celebra el paso de la niñez a la adolescencia. Suele tratarse de un rito más traumático y en algunas culturas están perfectamente documentadas tradiciones bastante crueles físicamente con el protagonista del ritual. Evidentemente en el mundo rural o precapitalista tiene una lógica: el niño debe endurecerse y curtirse al máximo antes de afrontar la vida. En la sobreprotectora sociedad industrializada este rito ha perdido consistencia y es difícil de definir en detalles del comportamiento de los padres con su hijo, aunque los hay: ese primer viaje que se permite hacer al adolescente, el primer vasito de vino que se le permite beber en la mesa familiar o la primera paga para que se la gaste en lo que quiera.

El rito de la madurez suele ir ligado a los desposorios. Ambos tienen la finalidad de perpetuar el futuro de la tribu mediante la posibilidad de tener descendencia. En algunas sociedades primitivas se valora más el matrimonio exógeno (con personas de otra tribu y familia) tal vez para garantizar, inconscientemente, que la mezcla genética contribuya a mejorar la raza. El incesto está explícitamente prohibido en cualquier cultura. Las bodas de hoy en día, dejando aparte las connotaciones religiosas, que se van perdiendo progresivamente, no dejan de ser una celebración en que se construye un nuevo núcleo familiar y los progenitores de ambos cónyuges respiran tranquilos ("¡Por fin lo/la he colocado/a!") al ver su continuidad asegurada. Las muy en boga despedidas de soltero/a con espectáculo pornográfico y prostitución no son más que un modo bastante chabacano - pero esto no viene al caso- de concienciar al cónyuge de que deberá renunciar a su libertad sexual a partir de ese momento.

La jubilación es un rito de paso no habitual en las sociedades anteriores. El progreso económico ha permitido que las personas que llegan a una cierta edad puedan descansar sin

más, ya que lo que han cotizado durante toda su vida laboral debería bastar para mantenerse el resto de su vida. Por eso, muchos la celebran con ganas. En ocasiones, sin embargo, el jubilado padece el síndrome de "Y ahora qué": el embrutecimiento de la vida de mucha gente que ha vivido para trabajar, y no al contrario, hace que teman la jubilación porque no han desarrollado inquietudes que puedan llenar su recién adquirido tiempo libre.

La festividad dedicada a los muertos, que es común a la mayoría de culturas, se suele celebrar en otoño (el *Samhain* celta o el Todos los Santos cristiano). El hecho de visitar las tumbas de los antepasados contribuye a fortalecer el recuerdo, y la costumbre de depositar flores tiene las connotaciones simbólicas de la eterna paradoja: la vida que se va y la que florece a partir de ella. El ciclo de los ritos de paso acaba con esta última ceremonia.

Otros aspectos del rito iniciático

La mitología, y en especial la literatura legendaria, ha recogido los diversos tratamientos que las culturas han dado a los ritos de paso. El folclorista P. Saintyves estudió en cuatro cuentos populares la referencia a cuatro de estos ritos: en *Le Petit Poucet* (*Pulgarcito*) se está hablando del paso de la infancia a la juventud. En *Barba azul* se hace referencia al casamiento de las doncellas y a las costumbres que deben observar tras celebrarlo, lo mismo que le ocurre al protagonista de *Riquet el del tupé*. En el caso del famoso cuento *El gato con botas*, el protagonista muestra a un futuro caudillo las exigencias de su nuevo estatus.

No sólo en los cambios de edad hay rito iniciático. Son conocidos los que se hacen para ingresar en sociedades secretas (masonería, sectas, hermandades) y que guardan paralelismos con los que rige la edad.

Llevado al terreno de la sociedad actual, observemos que las entrevistas de personal de las empresas y las pruebas de aptitud -y a menudo de adhesión ideológica- que plantean a los recién llegados no dejan de ser ritos de iniciación algo prosaicos.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>